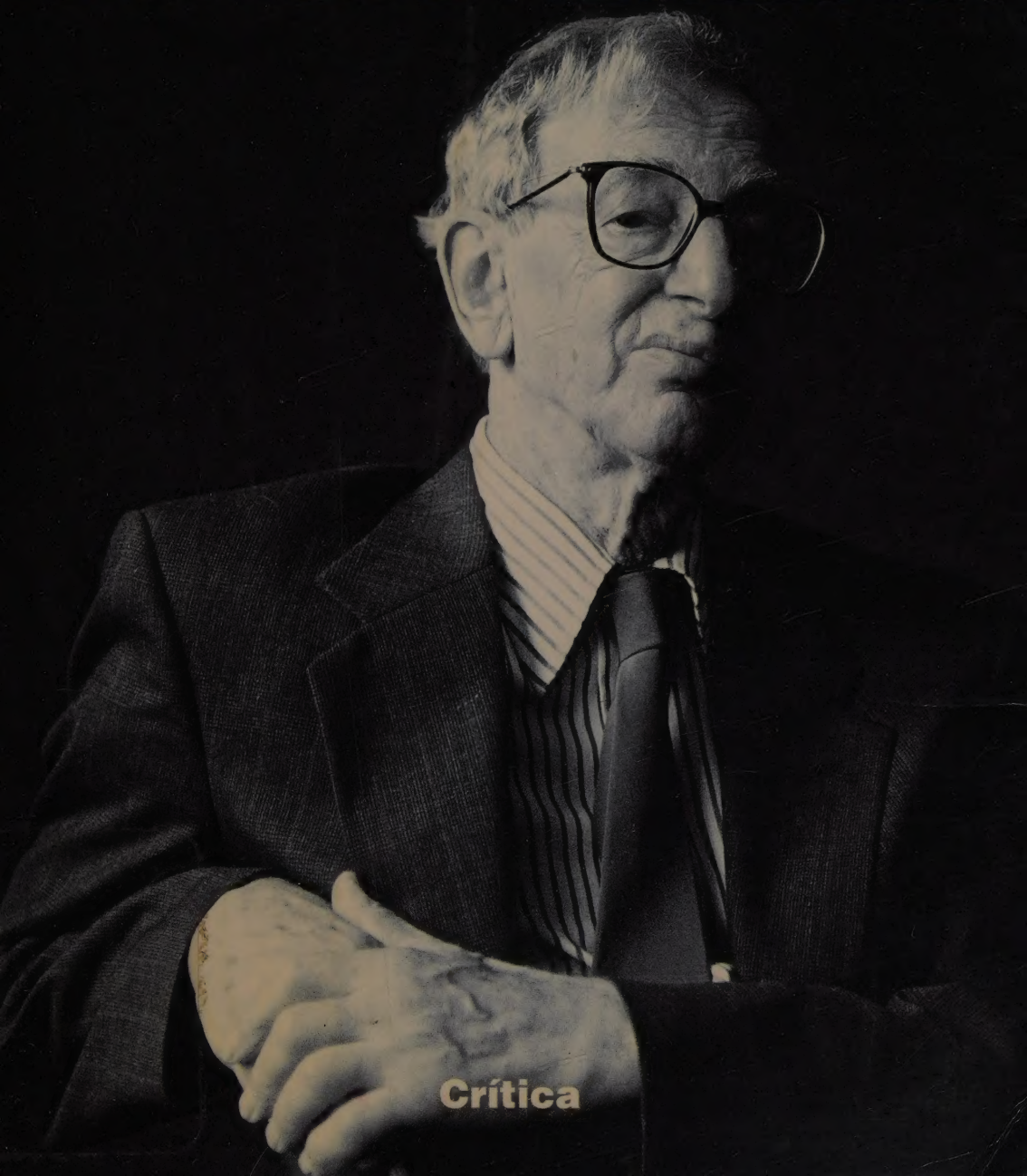


ERIC HOBSBAWM
AÑOS INTERESANTES
UNA VIDA EN EL SIGLO XX



Crítica

ERIC HOBSBAWM

Nació en Alejandría en 1917, y se educó inicialmente en Viena y Berlín y después en Londres y Cambridge. Ha sido profesor del Birkbeck College de la Universidad de Londres hasta su jubilación, así como, posteriormente, de la New School Research de Nueva York. La riqueza de su experiencia vivida y su inmensa curiosidad intelectual se han traducido en una obra diversa y siempre innovadora. Si a ello le añadimos su insólita combinación de claridad teórica, capacidad generalizadora y un ojo certero para los detalles sugestivos, capaz de utilizar sucesos y aspectos aparentemente intrascendentes para construir síntesis inesperadas y de gran fuerza imaginativa, se entenderá que se haya convertido, como ha dicho Orlando Figes, en «el historiador vivo más conocido del mundo».

AÑOS INTERESANTES

AÑOS INTERESANTES
UNA VIDA EN EL SIGLO XX

Traducción castellana de
Juan Robustida-Delgado

CRÍTICA

ERIC HOBSBAWM

AÑOS INTERESANTES

UNA VIDA EN EL SIGLO XX

Traducción castellana de
Juan Rabasseda-Gascón

CRÍTICA

907.2 Hobsbawm, Eric
HOB Años interesantes.- 1ª ed. - Buenos Aires :
Crítica, 2003.
416 p. ; 23x16 cm.

Traducción de: Juan Rabasseda Gascón

ISBN 987-9317-13-0

I. Título - 1. Historiografía

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *Interesting Times. A Twentieth-century Life*

Ilustración de la cubierta: © Juan Esteves

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

© Eric Hobsbawm, 2002

© 2003 de la traducción castellana para España y América:

CRÍTICA, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

e-mail: editorial@ed-critica.es

<http://www.ed-critica.es>

ISBN: 84-8432-432-X

1ª reimpresión argentina: 4.000 ejemplares

© 2003, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. / Crítica

Independencia 1669, C 1100 ABQ, Buenos Aires

ISBN 987-9317-13-0

Impreso en Cosmos Offset S.R.L.,
Coronel García 444, Avellaneda,
en el mes de marzo de 2003.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

A mis nietos

Cuando me dirigí a la biblioteca por un libro de poemas (casi siempre escritos en verso, me lo compré) al abrimos muchos hombres y mujeres que he conocido a lo largo de mi vida se han apegado a la idea de publicar su propia biografía, por no hablar de sus figuras (importantes) más notorias o reconocidas que han hecho que otros la escribieran por ellos. Esto sin incluir el gran número de autobiografías de personajes contemporáneos desafiados de ficción. Quiero mi respuesta no esté maliciosa. Las personas que se esfuerzan en escribir (o cometen) se tienden a dar malvicio en su ambiente formado por ese mismo tipo de gente. Van a dar, como dicen los historiadores, prensa, crítica, o incluso video, y libros como éstos, como los que he leído, en la obra de hombres y mujeres que han hecho sus nombres en la universidad. Así pues, no soy la única.

En cualquier caso, la cuestión que se plantea es por qué alguien como yo debe escribir una autobiografía y, más concretamente, por qué alguien como yo mencione ningún tipo de relación en particular o ningún tipo de relación con la vida de su existencia. Aunque sea el único libro en una (o más) en la biblioteca que vale la pena leer otra vez. No pienso que sea un grupo de gente que aparecen clasificados como subespecie excepcional en la sección de poesía de las estanterías de librerías bajo el rótulo "Poesía de la vida" o, como me lo dicen en la jerga de ahora, "el amor", esto es, gente que suficientemente conocida por el mundo que sea, cuyo solo nombre sea la historia de su vida. Tampoco pienso que a esa clase de individuos cuya vida pública los propios artículos sus autobiografías "memorias", generalmente hombres y mujeres cuyo trabajo en la vida pública merece la pena recordar o defender, o que han tenido un contacto directo con acontecimientos importantes, o que quizá tomaron decisiones que afectaban a dichas acontecimientos. Nunca me he encontrado dentro de este grupo. Probablemente mi nombre aparecerá en la historia de un par de materias en concreto, como por ejemplo el marxismo y la historiografía del siglo XX y quizá en algunas obras sobre la cultura intelectual británica del siglo XX. Aparte de eso, y por lo que fuera, pienso que desaparecerá cualquier tipo de la vida, como ocurrió con la figura de mis padres en el Cementerio de Viena que hace cinco o años estuvo funcionando en vano, no se producirá ninguna historia en el relato de la sociedad en la historia del siglo XX. Con Brecht, como una poeta.

PRÓLOGO

Quien escribe su biografía debe también ser un lector de este género literario. Mientras escribía este libro, me he sorprendido al observar cuántos hombres y mujeres que he conocido a lo largo de mi vida se han aventurado en la experiencia de publicar su propia biografía, por no hablar de esas figuras (normalmente) más notorias o escandalosas que han hecho que otros la escribieran por ellas. Esto sin incluir el gran número de autobiografías de personajes contemporáneos disfrazadas de ficción. Quizá mi sorpresa no esté justificada. Las personas cuya profesión implica escribir y comunicarse tienden a desenvolverse en un ambiente formado por ese mismo tipo de gentes. Aun así, existen artículos, entrevistas, prensa, cintas, o incluso vídeos, y libros como éste, muchos de los cuales, curiosamente, son obra de hombres y mujeres que han hecho sus carreras en la universidad. Así pues, no soy el único.

En cualquier caso, la cuestión que se plantea es por qué alguien como yo debe escribir una autobiografía y, más concretamente, por qué alguien que no mantiene ningún tipo de relación en particular conmigo, y que quizá ni siquiera sabía de mi existencia antes de ver la cubierta del libro en una librería, va a pensar que vale la pena leer esta obra. No pertenezco a ese grupo de gentes que aparecen clasificadas como subespecie excepcional en la sección de biografías de las cadenas de librerías bajo el rótulo «Personalidades» o, como suele decirse en la jerga de ahora, «Famosos», esto es, gente lo suficientemente conocida por el motivo que sea, cuyo solo nombre suscita curiosidad por saber de sus vidas. Tampoco pertenezco a esa clase de individuos cuya vida pública les permite titular sus autobiografías «Memorias», generalmente hombres y mujeres cuya actuación en la escena pública merece la pena recordar o defender, o que han tenido un contacto directo con acontecimientos importantes, o que quizá tomaron decisiones que afectaban a dichos acontecimientos. Nunca me he encontrado dentro de este grupo. Probablemente mi nombre aparecerá en la historia de un par de materias en concreto, como por ejemplo el marxismo y la historiografía del siglo xx, y quizá surja en algunos libros sobre la cultura intelectual británica del siglo xx. Aparte de esto, si por lo que fuese mi nombre desapareciera completamente de la vista, como ocurrió con la lápida de mis padres en el Cementerio Central de Viena que hace cinco años anduve buscando en vano, no se produciría ninguna laguna en el relato de lo sucedido en la historia del siglo xx, ni en Gran Bretaña ni en ninguna otra parte.

Además, este libro no está escrito en el estilo de «confesión», tan fácil de vender hoy en día, en parte porque la única justificación de semejante viaje al ego es la genialidad, y yo no soy ni un San Agustín ni un Rousseau, y en parte porque nadie que escriba su propia biografía podría revelar la verdad privada acerca de asuntos relacionados con otras personas todavía vivas, sin herir injustificadamente los sentimientos de algunas de ellas. Y yo no tengo ninguna buena razón para hacerlo. Ese campo pertenece a la biografía póstuma y no a la autobiografía. En cualquier caso, por mucha curiosidad que sintamos por esos hechos, se debe tener en cuenta que los historiadores no son unos columnistas de prensa rosa. Los méritos militares de los generales no deben ser juzgados por lo que hagan o dejen de hacer en la cama. Cualquier intento de relacionar las teorías económicas de Keynes y Schumpeter con sus respectivas vidas sexuales, igualmente plenas, pero totalmente distintas, está condenado al fracaso. Por otro lado, sospecho que el lector aficionado a las biografías en las que se cuentan asuntos de cama encontraría la mía muy decepcionante.

Tampoco está escrita como una apología de la vida del autor. Si no se quiere comprender el siglo xx, lo mejor es leer las autobiografías de quienes se autojustifican, las alegaciones esgrimidas en su defensa, o justamente todo lo contrario, las de los pecadores arrepentidos. Todas ellas son investigaciones post mortem en las que el cadáver pretende ocupar el lugar del juez instructor del caso. La autobiografía de un intelectual debe tratar necesariamente también de sus ideas, sus posturas y sus actos, pero no debería ser un discurso forense. Creo que el presente volumen contiene las respuestas a las preguntas que con mayor frecuencia me han planteado los periodistas y otras personas interesadas en el caso, en cierto sentido insólito, de un comunista de toda la vida, eso sí, anómalo, y en «Hobsbawm, el historiador marxista», aunque dar esas respuestas no haya sido mi objetivo. La historia podrá juzgar mi ideología política —de hecho ya la ha juzgado suficientemente—, los lectores mis escritos. Lo que busco es la comprensión histórica, no el acuerdo, el beneplácito, o la simpatía del público.

No obstante, existen algunos motivos por los que vale la pena leerla, aparte de la curiosidad que puedan sentir los seres humanos por sus semejantes. Mi vida se ha desarrollado prácticamente a lo largo del siglo más extraordinario y terrible a la vez de toda la historia. He vivido en varios países y he sido testigo de algunos acontecimientos ocurridos en muchos otros lugares de los tres continentes. Quizás en el curso de esta larga vida yo no haya dejado en el mundo una huella tangible, aunque sí he dejado un número considerable de huellas impresas en papel, pero desde que a los dieciséis años fui consciente de ser un historiador, he pasado la mayor parte de mi existencia observando y escuchando, y he intentado comprender la historia de mi propia época.

Cuando, tras escribir la historia del mundo entre finales del siglo xviii y 1914, empecé la redacción del libro titulado *Historia del siglo xx*, creo que la obra se benefició del hecho de que escribí no sólo como un especialista, sino como lo que los antropólogos denominan un «observador partícipe». Fue así por dos motivos distintos. No cabe duda de que mis recuerdos personales de unos acontecimientos distantes en el tiempo y en el espacio acercaron la historia del siglo xx a los lec-

tores más jóvenes, mientras que reavivaban en los de mayor edad sus propios recuerdos. E, incluso más que en cualquier otra de mis obras, a pesar de lo apremiantes que puedan ser las obligaciones de los estudios de historia, ese libro fue escrito con la pasión que corresponde a una época de extremos.* Ambos tipos de lectores así me lo han confirmado. Pero más allá de este hecho existe un sistema más profundo en el que el entramado de la vida y la época de un individuo, y la observación de estas dos circunstancias, contribuyeron a dar forma a un análisis histórico que, al menos así lo espero, resulta independiente de ambas.

Eso es lo que puede hacer una autobiografía. En un sentido, este libro es la cara dos de la Historia del siglo xx: no es una historia universal ilustrada a través de las experiencias de un individuo, sino una historia universal que da forma a esas experiencias, o que, mejor dicho, ofrece un abanico cambiante, aunque limitado, de posibilidades a partir de las cuales, haciendo una adaptación de la frase de Karl Marx, «los hombres construyen [sus vidas], pero no como a ellos les gustaría, no [las] construyen bajo circunstancias de su elección, sino bajo circunstancias provenientes y transmitidas directamente del pasado» y, añadiría yo, del mundo que los rodea.

En otro sentido, la autobiografía de un historiador o de una historiadora constituye una parte importante de la construcción de su obra. Junto a la fe en la razón y a la capacidad de diferenciar entre realidad y ficción, la conciencia de sí mismo, esto es, el hecho de situarse dentro del propio cuerpo y fuera de él, es un talento imprescindible para los que participan en el juego de la historia y de las ciencias sociales, particularmente para todo aquel historiador que, como yo, ha elegido sus objetos de estudio de forma intuitiva y accidental, pero que ha conseguido unirlos en un todo coherente. Otros historiadores quizá presten atención a esos aspectos más profesionales de mi libro. Sin embargo, espero que los demás lo lean como una introducción al siglo más extraordinario de la historia universal siguiendo el itinerario de un ser humano cuya vida posiblemente no hubiera podido tener lugar en otra época.

La historia, como dijo mi colega, la filósofa Agnes Heller, «habla de los hechos que suceden vistos desde fuera, y las memorias hablan acerca de lo que sucede visto desde dentro». Éste no es un libro en el que tengan cabida los reconocimientos académicos, sino sólo los agradecimientos y las disculpas. Los agradecimientos van dirigidos sobre todo a mi esposa, Marlene, que ha vivido la mitad de mi existencia, que ha leído y criticado todos los capítulos con espíritu siempre constructivo y que ha soportado los años en que un marido a menudo distraído, malhumorado y a veces descorazonado, vivía, más que en el presente, en un pasado que se esforzaba en poner sobre el papel. También doy las gracias a Stuart Proffitt, un príncipe entre los editores. El número de las personas a las que he consultado a lo largo de los años sobre distintas cuestiones relevantes para esta autobiografía es demasiado grande para confeccionar una nota de agradecimientos, aunque varias de ellas ya hayan fallecido. Todas saben por qué les doy las gracias.

* El título original, en inglés, de la Historia del siglo xx era *The Age of Extremes*. (N. del t.)

Las disculpas también van dirigidas a Marlene y a mi familia. Probablemente ésta no sea la autobiografía que hubieran deseado, pues, aunque están constantemente presentes en ella, al menos desde el momento en que entraron en mi vida y yo en la suya, este libro trata más del hombre público que del privado. También deseo disculparme con esos amigos, colegas, estudiantes y demás personas que no aparecen en estas páginas y que quizás esperaron verse nombrados en ellas, o recordados más extensamente.

Por último, quiero decir que he distribuido el libro en tres secciones. Tras una breve introducción, los capítulos 1-16, de carácter personal y político, siguen más o menos un orden cronológico y cubren el período comprendido entre principios de los años veinte —hasta donde llega mi memoria— y comienzos de los noventa. No obstante, no pretenden ser una crónica llana y simple. Los capítulos 17 y 18 tratan de mi carrera profesional como historiador; los 19-22 hablan de los distintos países o regiones (aparte de mi Centroeuropana natal e Inglaterra) con los que he estado vinculado durante largos períodos de mi vida: Francia, España e Italia, Latinoamérica y otras partes del Tercer Mundo y Estados Unidos. Como estos últimos capítulos comprenden todo tipo de relaciones mantenidas por mi parte con dichos países, no encajan fácilmente con el relato cronológico principal, aunque se solapan con él. Por lo tanto creí oportuno que formaran una sección aparte.

ERIC HOBSBAWM

Londres, febrero de 2002

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

Un día de otoño de 1994, mi esposa Marlene, que se encargaba de nuestra correspondencia en Londres mientras yo daba un curso en la New School de Nueva York, me telefoneó para decirme que había una carta de Hamburgo que no podía leer porque estaba escrita en alemán. La remitente firmaba con el nombre de Melitta. ¿Merecía la pena que me la mandara? Yo no conocía a nadie en Hamburgo, pero sin la menor vacilación supe inmediatamente quién la había escrito, a pesar de que hacía algo así como tres cuartos de siglo desde que viera por última vez a la persona que la firmaba. Sólo podía tratarse de la pequeña Litta —en realidad era más o menos un año mayor que yo—, de la Villa Seutter en Viena. No me equivocaba. En su carta decía que había visto mi nombre en algún artículo de *Die Zeit*, el famoso semanario intelectual alemán de corte liberal. Inmediatamente había llegado a la conclusión de que yo debía ser el Eric con el que habían jugado ella y sus hermanas hacía tantos, tantos años. Había hurgado entre sus álbumes y había encontrado una fotografía que adjuntaba a la carta. En ella aparecían cinco niños posando en la terraza veraniega de una villa con sus respectivas *Fräuleins*, y las criaturas —quizá yo entre ellas— llevaban una corona de flores sobre la cabeza. Litta estaba allí con sus hermanas pequeñas, Ruth y Eva (Susie, a la que siempre llamábamos Peter, todavía no había nacido), y yo con mi hermana Nancy. Su padre había escrito en el dorso el año en que fue tomada la fotografía: 1922. Litta preguntaba por Nancy. ¿Cómo iba a saber ella que Nancy, tres años y medio más joven que yo, había fallecido hacía dos años? Durante mi última visita a Viena, había ido a las casas en las que habíamos vivido, y le había enviado a Nancy fotografías de las mismas. Creía que era la única que seguía acordándose de Villa Seutter. Ahora ese recuerdo volvía a hacerse vivo.

Tengo también esa fotografía. En el álbum familiar que termina conmigo, último vestigio de mis padres y demás parentela, las instantáneas tomadas en la terraza de Villa Seutter constituyen el segundo archivo iconográfico de mi existencia y el primero de mi hermana Nancy, cuyo nacimiento tuvo lugar en Viena en 1920. El primer dato que, al parecer, consta de mí en esos anales es la fotografía de un recién nacido en el interior de un enorme cochecito de mimbre, solo, sin adultos u otro tipo de contexto a la vista, que, según creo, fue tomada en Alejan-

dría, ciudad en la que vi la luz en junio de 1917, con el fin de que mi existencia fuera registrada por un funcionario del consulado británico (de forma incorrecta, pues anotaron una fecha equivocada y escribieron mal mi nombre). Las instituciones diplomáticas del Reino Unido presidieron mi concepción y mi nacimiento, ya que fue en otro consulado británico, el de Zúrich, donde mi padre y mi madre contrajeron matrimonio con la ayuda de una dispensa oficial firmada personalmente por sir Edward Grey, a la sazón secretario de Asuntos Exteriores, por la que se autorizaba al súbdito del rey Jorge V de Inglaterra, Leopold Percy Hobsbaum, a casarse con la súbdita del emperador Francisco José de Austria, Nelly Grün, en una época en la que ambos imperios estaban en guerra, conflicto ante el cual mi futuro padre reaccionó con un patriotismo británico residual, pero que mi futura madre rechazó. En 1915 no existía el servicio militar obligatorio en Gran Bretaña, pero de haberlo habido, le dijo mi madre, él habría debido registrarse como objetor de conciencia.¹ Me gustaría creer que les casó el mismo cónsul que aparece como protagonista en *Travesties*, la obra de Tom Stoppard. También me gustaría pensar que, mientras esperaban en Zúrich que sir Edward Grey dejara a un lado otros asuntos más urgentes para ocuparse de su boda, estaban al corriente de la presencia en la ciudad de otros exiliados como ellos, Lenin, James Joyce y los dadaístas. Sin embargo, es obvio que no fue así, y es prácticamente seguro que no habrían estado interesados por ellos en un momento como aquél. Estaban seguramente mucho más preocupados por su próxima luna de miel en Lugano.

¿Qué hubiera sido de mi vida si *Fraülein* Grün, de dieciocho años de edad, una de las tres hijas de un joyero vienés relativamente próspero, no se hubiera enamorado de un inglés mayor que ella, cuarto de los ocho hijos de un inmigrante judío de Londres de profesión ebanista, en la Alejandría de 1913? Presumiblemente se habría casado con un joven judío de clase media de origen centroeuropeo, y sus hijos se habrían criado como austríacos. Como casi todos los judíos jóvenes de Austria acabaron convirtiéndose en emigrantes o refugiados, mi vida subsiguiente quizá no habría sido muy distinta (muchos de ellos fueron a parar a Inglaterra, donde estudiaron y llegaron a profesores universitarios). Pero yo no me hubiera criado ni hubiera entrado en Gran Bretaña con un pasaporte de británico nativo.

Incapaces de vivir en ninguno de los países beligerantes, mis padres regresaron, vía Roma y Nápoles, a Alejandría, donde originalmente se habían conocido y se habían prometido antes de que estallara la guerra, y donde ambos tenían todavía familia: el tío de mi madre, Albert, de cuyo almacén de *Nouveautés* y su plantilla de trabajadores aún guardo una fotografía, y el hermano de mi padre, Ernest, cuyo nombre llevo y que trabajaba en los Servicios de Correos y Telégrafos de Egipto. (Puesto que toda vida privada constituye una materia prima para los historiadores y los novelistas, he utilizado las circunstancias en las que se conocieron como introducción histórica de mi libro *La era del imperio*.) Mis padres se trasladaron a Viena junto con su hijo de dos años tan pronto como finalizó la guerra. Por ese motivo Egipto, país al que estoy vinculado de por vida por las cadenas de la documentación oficial, no constituye una parte de mi existencia. No recuerdo absolutamente nada sobre él a excepción, posiblemente, de una jaula de

pájaros pequeños del zoo de Nouzha, y un fragmento impreciso de una canción infantil griega, que quizá me cantara una nodriza helena. Tampoco siento curiosidad alguna por mi lugar de nacimiento, un distrito conocido con el nombre de Sporting Club, situado junto a la línea del tranvía que iba desde el centro de Alejandría hasta Ramleh, pero del que no hay mucho más de qué hablar, según E. M. Forster, cuya estancia en Alejandría coincidió prácticamente con la de mis padres. Todo lo que cuenta Foster acerca de la estación «Sporting Club» del tranvía en su libro *Alexandria. A History and a Guide* es que la parada se encontraba: «Cerca del Gran Pabellón del Hipódromo. Playa para baños a la izquierda».

Así pues, Egipto no tiene nada que ver conmigo. No sé con exactitud cuándo empiezan los recuerdos en la vida de una persona, pero creo que muy pocos se remontan a los dos años. No he vuelto a pisar el país desde que el buque de vapor *Helouan* zarpó de Alejandría rumbo a Trieste, ciudad que por aquel entonces acababa de ser cedida a Italia por los austríacos. No recuerdo nada de nuestra llegada a Trieste, punto de encuentro de distintas lenguas y etnias, un lugar reboante de lujosos cafés, avezados marinos, y cuartel general de un coloso de las compañías de seguros, las Assicurazioni Generali, cuyo imperio financiero define probablemente el concepto de «Centroeuropa» mejor que cualquier otro. Ochenta años más tarde tuve la ocasión de descubrirlo en compañía de unos amigos triestinos, y especialmente en la de Claudio Magris, ese maravilloso rememorador de la Europa central y del recodo formado por el Adriático, punto en el que convergen las culturas alemana, italiana, eslava y húngara. Mi abuelo, que había venido a vernos, nos acompañó en los Ferrocarriles del Sur hasta Viena. Ahí es donde empieza mi vida consciente. Nos alojamos algunos meses en casa de mis abuelos, mientras mis padres buscaban un piso propio.

Mi padre, que trajo consigo unos sólidos ahorros —no había nada más sólido por aquel entonces que la libra esterlina— a un país empobrecido con una divisa tan débil que estaba a punto de hundirse, se sentía seguro y relativamente rico. La Villa Seutter pareció ideal. Fue el primer lugar en mi vida que sentí «nuestro».

Cualquier viajero que llegue a Viena por tren desde el oeste todavía pasa delante de ella. Si se mira por la ventanilla de la derecha cuando el tren empieza a adentrarse en los suburbios occidentales de la ciudad, al llegar al apeadero de Hütteldorf-Hacking, es imposible no fijarse en ese sólido y amplio edificio situado en la falda de la colina con su cúpula de cuatro lados sobre una torre achatada, construido por un acaudalado empresario a finales del reinado de Francisco José (1848-1916). La finca llegaba hasta la Auhofstrasse, que se dirigía hacia el oeste bordeando los muros del antiguo coto de caza imperial, el Lainzer Tiergarten, al cual se tenía acceso a través de una estrecha calle que subía colina arriba (la Vinzenz-Hessgasse, actualmente Seuttergasse), en cuya cima todavía se alzaban por aquel entonces una serie de casitas con techumbre de paja.

La Villa Seutter de mis recuerdos de infancia corresponde, en gran medida, a la parte que compartían el mayor y el menor de los Hobsbaum (pues mi apellido, a pesar del funcionario consular de Alejandría, se escribía de ese modo), que alquilaban un apartamento en el primer piso de la villa, y los Gold, que eran los inquilinos del apartamento situado en la planta baja. Básicamente, esa zona era la

terrazza correspondiente a uno de los flancos de la casa, en la que se llevaba a cabo gran parte de la vida social de las distintas generaciones de las dos familias citadas. Desde esa terraza arrancaba un sendero —en pendiente, según recuerdo— que conducía a las canchas de tenis de abajo —en la actualidad se han erigido edificios en ellas—, pasando junto a un árbol, gigantesco a los ojos de un niño, pero con algunas ramas lo suficientemente bajas para poder trepar a él. Recuerdo cómo le mostraba sus secretos a un chico que había llegado a mi escuela procedente de un lugar de Alemania llamado Recklinghausen. Nos habían pedido que lo cuidáramos, pues venía de una región donde la situación era crítica. De él sólo recuerdo las anécdotas del árbol y su pueblo de origen, situado actualmente en el *Land* de Renania del Norte-Westfalia. Al poco tiempo regresó a su país. Aunque no fuera consciente de ello, probablemente éste fuera mi primer contacto con los grandes acontecimientos históricos del siglo xx, a saber, la ocupación francesa del Ruhr en 1923, a través de uno de los niños evacuados temporalmente y acogidos en Austria por personas simpatizantes con su causa. (Por aquel entonces todos los austríacos se consideraban alemanes y, de no ser por el veto impuesto por los que firmaron la paz después de la Primera Guerra Mundial, hubieran votado a favor de su anexión a Alemania.) También tengo un vivo recuerdo de cómo jugábamos en un granero lleno de heno que había en la finca, pero en mi última visita a Viena junto a Marlene, estuvimos inspeccionando la villa y no pudimos encontrar el lugar de su emplazamiento. Resulta muy curioso que no tenga recuerdos del interior de la vivienda, aunque en mi cabeza ronda la vaga impresión de que no era demasiado luminosa ni confortable. Por ejemplo, no consigo acordarme de nada de nuestro apartamento ni del de los Gold, con la excepción, quizá, de que tenían techos altos.

Cinco niños, que posteriormente serían seis, en edad preescolar o, a lo sumo, en sus primeros años de escuela primaria, metidos en un mismo jardín, se convierten en los mejores cimentadores de las relaciones entre familias. Los Hobsbaum y los Gold se llevaban bien, a pesar de su distinta idiosincrasia, pues (pese a su apellido), estos últimos no eran, al parecer, judíos. En cualquier caso, se quedaron y prosperaron en Austria, que es como decir en la Gran Alemania de Hitler, después del Anschluss. Tanto el Sr. Gold como su esposa eran oriundos de Sieghartskirchen, una aldea perdida de la Baja Austria, siendo él hijo de un agricultor y también único posadero local, y ella del único tendero del pueblo (que vendía de todo, desde calcetines a aperos de labranza). Ambos mantenían una estrecha relación con sus familiares del pueblo. Su situación económica en los años veinte era lo suficientemente holgada como para haber encargado a un pintor la ejecución de sus respectivos retratos (tengo ante mí una foto en blanco y negro de ambos cuadros que me envió hace aproximadamente un año una de sus dos hijas vivas). La imagen de un caballero de aspecto grave vestido con un traje oscuro y con el cuello de la camisa almidonado no evoca en mí ningún recuerdo, y de hecho no tuve un contacto estrecho con él de pequeño, aunque en cierta ocasión me mostró su gorra de oficial de antes de la caída del imperio, y fue la primera persona que conocí que ya había visitado Estados Unidos, país al que había viajado por negocios. De allí se trajo un disco de gramófono, cuya melodía sé en la ac-

tualidad que era la de «The Peanut Vendor», y la noticia de que los norteamericanos tenían un modelo de automóvil llamado «Buick», nombre que me pareció, por alguna oscura razón, difícil de creer. Por otro lado, la imagen de una hermosa mujer de cuello largo con pelo corto ondulado por los lados, que observaba el mundo mirando con gravedad, aunque no demasiado segura de sí misma, por encima de sus hombros escotados, hace que inmediatamente reviva en mi mente su persona. Y es que las madres son una presencia mucho más constante en la vida de los niños, y la mía, Nelly, una mujer intelectual, cosmopolita y culta, y Anna («Antschi») Gold, de pocos estudios, consciente siempre de sus orígenes provincianos, pronto se convirtieron en buenas amigas y siguieron siéndolo hasta el final. De hecho, según la hija de esta última, Melitta, Nelly fue la *única* amiga íntima de Anna. Esta circunstancia quizás explique por qué en los álbumes que poseen los nietos de los Gold que se quedaron en Viena todavía aparecen fotos de los miembros desconocidos y no identificables de la familia Hobsbawm. Una de las hijas de los Gold se acuerda, casi tan bien como yo, de cómo iba (con su madre) a visitar a la mía en sus últimos días de vida. Entre sollozos, Antschi le dijo: «Nunca más volveremos a ver a Nelly».

De este modo, dos personas nacidas prácticamente con el corto siglo xx, empezaron su vida juntas y luego siguieron rumbos distintos en el extraordinario y terrible mundo del siglo pasado. Por ese motivo empiezo todas estas reflexiones sobre una dilatada existencia con los recuerdos inesperados que me produce una fotografía conservada en los álbumes de dos familias que no tenían nada en común excepto que sus vidas se vieron brevemente entrelazadas en la Viena de los años veinte. Pues los recuerdos de unos cuantos años de la infancia compartidos por un profesor de universidad retirado e historiador peripatético y una antigua actriz, presentadora de televisión y traductora eventual jubilada («¡como tu madre!») prácticamente sólo tienen un interés privado para los interesados. Incluso para éstos no son más que un hilo sutilísimo de la tela de araña urdida en el enorme hueco que se abre a lo largo de casi setenta años de existencia en dos vidas completamente separadas y desvinculadas, que se han desarrollado sin saber nada la una de la otra e incluso sin dedicarse ni un solo pensamiento consciente. Es la extraordinaria experiencia de los europeos que han vivido a lo largo del siglo veinte lo que une esas vidas. Una infancia común redescubierta, un volverse a poner en contacto en la vejez, son hechos que dramatizan la imagen de nuestra época: absurda, irónica, surrealista y monstruosa. Los protagonistas no la crean. Diez años después de que los cinco niños miraran a la cámara, mis padres ya estaban muertos y el Sr. Gold, víctima de la catástrofe económica —prácticamente la totalidad de los bancos de Europa central se hallaban en una situación técnica de insolvencia en 1931— se dirigía con su familia a prestar sus servicios en el sistema bancario de Persia, cuyo *sha* prefería que sus banqueros procedieran de lejanos imperios derrotados en lugar de otros más cercanos y peligrosos. Quince años más tarde, cuando me encontraba en la universidad en Inglaterra, las chicas de los Gold, ya de vuelta de los palacios de Shiraz, estaban —todas ellas— empezando sus carreras de actrices en lo que estaba a punto de convertirse en parte de la Gran Alemania de Hitler. Veinte años después, yo vestía en Inglaterra el

uniforme de soldado británico y mi hermana Nancy censuraba correspondencia para las autoridades del Reino Unido en Trinidad, mientras Litta actuaba, bajo los bombardeos continuos de nuestra aviación, en el Kabarett der Komiker del Berlín de la guerra ante un público, parte del cual probablemente hubiera acorralado a aquellos parientes míos que quizás acariciaban las cabecitas de las hijas de los Gold en Villa Seutter, para deportarlos a los campos de concentración. Cinco años más tarde, cuando yo empezaba a enseñar entre las ruinas de los edificios bombardeados de Londres, los señores Gold ya habían muerto: él, probablemente de hambre inmediatamente después de la derrota y la ocupación, y ella, evacuada a los Alpes occidentales poco antes de que acabara la guerra, de enfermedad.

El pasado es otro país, pero ha dejado su huella indeleble en los que una vez vivieron en él. Aunque también ha dejado su huella en los que son demasiado jóvenes para haberlo conocido, como no sea de oídas, o incluso, en una civilización estructurada de forma antihistórica, para tratarlo, utilizando el nombre de un juego que gozó de cierta popularidad a finales del siglo xx, como un «Trivial Pursuit». Sin embargo, el historiador que escribe una autobiografía no sólo debe volver a él, sino que también debe confeccionar su mapa. Pues sin ese mapa, ¿cómo podemos seguir los pasos de una existencia a través de los múltiples paisajes que le han servido de escenario, o comprender por qué y cuándo tuvimos dudas y tropezamos, o cómo vivimos entre las personas con las que estábamos vinculados y de quienes dependíamos? Pues todos estos aspectos arrojan luz no sólo sobre la vida de un individuo, sino también sobre el mundo en general.

Por lo tanto, esta imagen puede servir de punto de partida para la tentativa de un historiador de desandar un sendero a través del espinoso terreno del siglo xx: hace ochenta años cinco criaturas fueron colocadas por unos adultos en una terraza de Viena para tomarles una fotografía, sin ser conscientes (a diferencia de sus padres) de estar rodeados de los escombros de una derrota, de unos imperios en ruinas y de un colapso económico, sin ser conscientes (lo mismo que sus padres) de que tendrían que abrirse camino a través del período más sanguinario y a la vez más revolucionario de la historia.

Capítulo 2

UN NIÑO EN VIENA

Mi infancia transcurrió en la empobrecida capital de un gran imperio, la cual, tras la caída de éste, pasó a formar parte de una reducida república provinciana de gran belleza, cuya existencia ella misma ponía en tela de juicio. Salvo raras excepciones, después de 1918 los austríacos creían que debían formar parte de Alemania, y las únicas que se lo impidieron fueron las potencias que habían impuesto el acuerdo de paz en Europa central. La crisis económica que se vivió en los años de mi infancia no contribuyó a mejorar la opinión del pueblo respecto a la viabilidad de la primera República Federal Austríaca. El país acababa de conocer una revolución, y los ánimos se habían calmado temporalmente bajo un régimen de reaccionarios clericales liderados por un monseñor, fundamentado en los votos de una clase social rural creyente, o al menos de fuertes raíces conservadoras, a la que se enfrentaba una odiosa oposición de socialistas marxistas revolucionarios, apoyados en Viena (no sólo capital del país, sino también estado autónomo de la República Federal) de forma masiva y casi unánime por todos aquellos que se identificaban a sí mismos como «obreros». Además de la Policía y el Ejército, controlados por el Gobierno, ambas facciones estaban asociadas con grupos paramilitares para los cuales la guerra civil simplemente había quedado en suspenso. Austria no sólo era un Estado que no quería existir, sino un avispero que no podía durar mucho tiempo así.

Y efectivamente no duró. Pero las últimas convulsiones de la primera República Austríaca —la destrucción de los socialdemócratas tras una breve guerra civil, el asesinato del primer ministro católico a manos de los nazis insurrectos, la tan aclamada entrada triunfal de Hitler en Viena— tuvieron lugar después de que yo abandonara esa ciudad en 1931. No regresaría a ella hasta 1960, cuando este mismo país, bajo el mismo sistema bipartidista de católicos y socialistas, se había convertido en una pequeña república estable enormemente próspera y neutral, plenamente satisfecha —cabría decir incluso demasiado satisfecha— con su propia identidad.

Pero ésta es una visión retrospectiva propia de un historiador. ¿Cómo transcurría la infancia de un niño de la clase media en la Viena de los años veinte? El problema radica en saber distinguir qué es lo que uno ha aprendido a partir de lo

que sus contemporáneos sabían o pensaban, y en saber diferenciar las experiencias y reacciones de los adultos de las de los niños de aquella época. El conocimiento que tenía un niño nacido en 1917 de los acontecimientos del todavía embrionario siglo xx, tan vivos en las mentes de sus padres y abuelos —guerra, crisis, revolución, inflación—, se basaba en lo que los adultos le contaban o, más probablemente, en lo que la criatura les oía decir. El único testimonio directo de los hechos que poseíamos los nacidos por aquel entonces consistía en los cambios que se producían en las imágenes de los sellos de correos. El coleccionismo de sellos durante los años veinte, aunque no ofreciera una explicación clara de los acontecimientos, pasó a ser una buena propedéutica a la historia política de Europa a partir de 1914. Para un niño británico expatriado, la filatelia teatralizaba el contraste existente entre la continuidad sin cambios de la efigie de Jorge V en los sellos británicos y el caos de las sobreimpresiones, los nuevos nombres y las nuevas divisas en el resto del mundo. El otro único lazo directo con la historia de la época venía de los cambios sufridos por monedas y billetes en una era de gran desorden económico. Yo ya tenía edad suficiente para darme cuenta del cambio de coronas a chelines y a *groschen*, de billetes llenos de ceros a billetes y monedas, y sabía que antes de las coronas había habido *gulden*.

Aunque el Imperio de los Habsburgo había desaparecido, seguíamos viviendo sobre su infraestructura y dominados hasta extremos sorprendentes por presupuestos centroeuropeos anteriores a 1914. El marido de una de las mejores amigas de mi madre, el Dr. Alexander Szana, vivía en Viena y, para desgracia de la paz de ánimo de su esposa, trabajaba en un periódico de lengua alemana a unos cincuenta kilómetros al sur del Danubio en la ciudad que nosotros llamábamos Pressburg y los húngaros Pozsony, y que luego pasaría a ser Bratislava, la principal localidad eslovaca de la nueva República de Checoslovaquia. (Actualmente es la capital del estado de Eslovaquia, reconocido internacionalmente.) Si exceptuamos la expulsión de los antiguos oficiales húngaros, esa ciudad no sufrió durante el período de entreguerras la limpieza étnica en su población, políglota y multicultural, formada por alemanes, húngaros, checos y eslovacos, judíos de dos tipos, unos asimilados y occidentalizados, y otros piadosos provenientes de los Cárpatos, gitanos, etc. Todavía no se había convertido *realmente* en una ciudad eslovaca de «bratislavos», de los que todavía se diferenciaban como «pressburgueses» aquellos que tenían recuerdos anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Para ir y volver de su trabajo, el Dr. Szana tomaba el Pressburger Bahn, un tranvía que iba desde una calle del centro de Viena hasta un recodo situado en las calles centrales de Pressburg. Había sido inaugurado en la primavera de 1914 cuando ambas ciudades formaban parte del mismo imperio, un triunfo de la tecnología moderna que simplemente seguía funcionando; al igual que el famoso «tren de la ópera», utilizado por la gente cultivada de Brünn/Brno en Moravia para acudir a la Ópera de Viena, trayecto que se realizaba en unas dos horas. Mi tío Richard vivía a caballo entre Viena y Marienbad, donde era propietario de una tienda de artículos de fantasía. Las fronteras aún no eran impenetrables, como lo fueron después de que en la guerra se destruyera el puente utilizado por el tranvía de Pressburg para cruzar el Danubio. En 1996, cuando colaboré en un reportaje te-

levisivo sobre este tema, todavía tuve la oportunidad de contemplar las ruinas de este puente.

El mundo de la clase media vienesa, y por supuesto el de los judíos que en gran medida la conformaban, seguía siendo el de una vasta región políglota cuyos inmigrantes, en los últimos ochenta años, habían transformado la capital en una ciudad de dos millones de habitantes (después de Berlín, era sin lugar a dudas la ciudad más grande del continente europeo entre París y Leningrado). Nuestros parientes procedían de lugares tan dispares como Bielitz (actualmente en Polonia), Kaschau (hoy en día en Eslovaquia) o Grosswardein¹ (en la actualidad en Rumanía), y algunos seguían residiendo en estos lugares. Los dueños de las tiendas de ultramarinos donde nos abastecíamos y los porteros de los edificios de apartamentos en los que vivíamos eran casi con toda seguridad checos, y nuestras criadas y niñeras no eran vienesas de nacimiento: todavía recuerdo los relatos sobre hombres lobo que me contaba una de ellas, oriunda de Eslovenia. A diferencia de los que emigraban a América, ninguno de ellos estaba o se sentía desarraigado de su «patria», pues para los europeos del continente el océano constituía la gran línea divisoria, mientras que los viajes por tren, incluso los de largo recorrido, eran algo a lo que todo el mundo estaba acostumbrado. Incluso a mi abuela, una mujer muy nerviosa, no le importaba realizar desplazamientos cortos para visitar a su hija en Berlín.

Era una sociedad plurinacional, aunque no pluricultural. El alemán (con sus distintos acentos locales) era su idioma, y la alemana (también con un toque local) era su cultura, así como su puerta de acceso a la cultura universal, antigua y moderna. Mis parientes hubieran compartido la indignación visceral que manifestó el gran especialista en historia del arte, Ernst Gombrich, cuando, siguiendo la tendencia de finales del siglo xx, le pidieron que calificara de judía la cultura de su Viena natal. Era simplemente la cultura de la clase media vienesa, a la que no afectaba para nada el hecho de que un buen número de sus representantes más destacados fueran judíos y de que (frente al antisemitismo endémico de la región) se reconocieran como tales, como tampoco la afectaba el hecho de que algunos procedieran de Moravia (Freud y Mahler), de Galitzia o la Bukovina (Joseph Roth), o incluso de Ruse, en el Danubio búlgaro (Elias Canetti). Habría sido tan absurdo como buscar elementos conscientemente judíos en las canciones de Irving Berlin o en las películas de Hollywood de la época de los grandes estudios, todos ellos dirigidos por emigrantes judíos: su objetivo, por lo demás logrado, consistió precisamente en componer canciones o rodar películas que resultaron ser una forma concreta de expresión para el cien por cien de los norteamericanos.

Como hablantes de la *Kultursprache* en la capital de un antiguo imperio, los niños compartían instintivamente el sentido de superioridad cultural, si bien ya no política. El modo de hablar alemán de los checos constituía un rasgo de inferioridad y por lo tanto resultaba tan gracioso como la lengua checa, incomprensible por su aparente acumulación de consonantes. Con un toque de desprecio y una absoluta falta de conocimiento u opinión sobre ellos, llamábamos a los italianos *Katzelmacher*. Los judíos de Viena emancipados e integrados hablaban de los judíos del este como si pertenecieran a otra especie. (Recuerdo muy bien ha-

ber preguntado a un desconcertado pariente de edad avanzada si aquellos judíos del este tenían apellidos como nosotros, y si era así, cuáles eran, puesto que a todas luces eran tan distintos de nosotros.) Me parece que estos detalles explican en gran medida el entusiasmo con el que los austríacos acogieron la anexión a la Alemania de Hitler: les devolvía su sentido de superioridad política. Por aquel entonces sólo observé que uno o dos de mis compañeros de clase de secundaria eran *Hakenkreuzler* (llevaban la cruz gamada). Como yo era inglés, aunque culturalmente no me diferenciara de los austríacos, es evidente que aquello no me concernía de forma directa. Pero me lleva al tema político.

Como me vi atrapado desde muy joven y durante tanto tiempo por el compromiso político, esa pasión característica del siglo xx, es lógico preguntarse en qué medida pueden encontrarse sus raíces en una infancia transcurrida en la Viena de los años veinte. Resulta difícil de descifrar. Vivíamos una época marcada por la política. Aunque, tal como he apuntado con anterioridad, nos enterábamos de los temas relacionados con el mundo exterior principalmente a través de las conversaciones de los adultos, cuyo significado suele ser difícil de captar para un niño. Recuerdo dos de ellas que probablemente tuvieron lugar alrededor de 1925. Una sucedió en un sanatorio de los Alpes en el que me habían ingresado para recuperarme de una enfermedad (los niños solíamos padecer constantemente de algún que otro problema de salud) bajo los atentos cuidados de mi tía Gretl, que también estaba allí convaleciente. «¿Quién es ese Trotsky?» preguntó una mujer a la que recuerdo vagamente o me la imagino como una persona maternal de mediana edad, aunque no sin un toque de satisfacción. «No es más que un judío llamado Bronstein.» Teníamos conocimiento de la Revolución rusa, pero ¿qué era exactamente? Otra tuvo lugar en un certamen de atletismo al que me llevó mi tío (y presumiblemente mi padre), y que resultó memorable para mí por ser la primera ocasión que tuve de ver a un velocista de raza negra llamado Cator. «Dices que en este momento no hay ninguna guerra en el mundo —comentó alguien—, pero ¿estás seguro?, ¿no hay una revuelta en Siria?» ¿Qué significado tenía o podía tener eso para nosotros? Sabíamos que había habido una guerra mundial, como cualquier niño inglés nacido en 1944 crecería sabiendo que había habido una. Dos de mis tíos de Inglaterra habían participado en ella, nuestro vecino, el Sr. Gold, me enseñaría su gorra de oficial, y mi mejor amigo era un huérfano de guerra (su madre conservaba la espada de su esposo colgada en una pared). Sin embargo, no conocía a nadie, ni inglés ni austríaco, que considerara la Gran Guerra un episodio heroico, y las escuelas austríacas no hablaban de ella, en parte porque era un asunto de otro país y de otra época —el viejo Imperio de los Habsburgo—, y en parte quizá también porque los ejércitos de los austríacos no se cubrieron demasiado de gloria. Hasta mi llegada a Berlín no conocería el orgullo que sentía el director de mi escuela, y antiguo oficial del Ejército, por haber prestado sus servicios en primera línea. Hasta entonces, las imágenes más poderosas que tenía de la Gran Guerra procedían del maravilloso dramón documental *Los últimos días de la humanidad* de Karl Kraus, que mi madre y mi tía Gretl compraron tan pronto como fue publicado en 1922. Todavía conservo el ejemplar de mi madre que releo de vez en cuando.

¿Qué más sabíamos de la época que nos tocaba vivir? Los escolares de Viena creían a pies juntillas que la gente sólo podía elegir entre dos partidos políticos: el cristianosocial y el socialdemócrata o rojo. Nuestro simplismo materialista nos llevaba a creer que si uno tenía propiedades, votaba al primero, y si era un arrendatario, al segundo. Como la mayoría de los vieneses vivían de alquiler, esta circunstancia naturalmente hacía de Viena una ciudad roja. Hasta el fin de la guerra civil de 1934 los comunistas tuvieron tan poca relevancia que un sector de sus militantes más entusiastas decidieron llevar a cabo sus actividades en otros países donde sus objetivos tuvieran un mayor sentido: principalmente en Alemania, como ocurrió con los famosos hermanos Eisler: Hanns, el compositor, Gerhart, el agente de la Internacional Comunista (o Komintern), y la formidable Elfriede, más conocida como Ruth Fischer, que durante un corto período de tiempo lideró el Partido Comunista Alemán, aunque también en Checoslovaquia, como fue el caso de Egon Erwin Kisch. (Muchos años después el pintor Georg Eisler, hijo de Hanns, se convertiría en mi mejor amigo.) No recuerdo haberme interesado por el único comunista del círculo de las antiguas hermanas Grün, que escribía bajo el seudónimo de Leo Lania, por aquel entonces un hombre joven que manifestaba que su libro favorito era *L'Oeuvre* de Zola, y sus héroes de ficción y de la historia, Eugene Onegin y Espartaco respectivamente. Por supuesto, nuestra familia no era ni negra ni roja, pues los primeros eran antisemitas y los segundos obreros, no de nuestra clase social. Además, éramos ingleses, por lo que ese tema no nos concernía.

Y sin embargo, al pasar de la escuela primaria a la secundaria y de la infancia a la pubertad en la Viena de los años veinte, tomé conciencia política con la misma naturalidad con la que empecé a ser consciente de la sexualidad. En el verano de 1930, durante mi estancia en Weyer, una aldea en la Alta Austria donde los médicos intentaron en vano tratar los pulmones de mi madre, hice amistad con Haller Peter, el hijo de la familia a la que alquilábamos nuestro alojamiento. (Según la tradición de los estados burocráticos, cuando se preguntaba a alguien cómo se llamaba, primero decía el apellido y luego el nombre de pila.) Íbamos de pesca y a robar fruta juntos, ejercicio que pensé que a mi hermana también le gustaría, pero, según me confesó muchos años más tarde, en realidad le aterrorizaba. Como el padre del muchacho era ferroviario, su familia era roja: en Austria, y sobre todo en las zonas rurales, no cabía pensar que en aquella época un trabajador que no se dedicara a la agricultura fuera otra cosa. Aunque Peter —más o menos de mi edad— no mostrara un interés aparente por las cuestiones políticas, daba también por supuesto que era rojo; y en cierta manera, mientras arrojábamos piedras a las truchas y robábamos manzanas, yo también llegué a la conclusión de que quería serlo.

Me acuerdo de otro veraneo que tuvo lugar tres años antes, en un pueblo de la Baja Austria llamado Rettenegg, en cierto momento situado vagamente en mi vida privada, pero con toda firmeza en la historia. Como de costumbre, mi padre no vino con nosotros, sino que se quedó trabajando en Viena. Pero en el verano de 1927 los obreros de la capital, indignados por la sentencia absolutoria de unos derechistas que habían matado a unos socialistas en el transcurso de una reyerta,

salieron a las calles en masa y prendieron fuego al Palacio de Justicia en la Ringstrasse (el cinturón que rodea el centro histórico de Viena), muriendo ochenta y cinco de ellos durante la refriega. Mi padre, al parecer, se encontró en medio de la revuelta, pero logró salir de allí sano y salvo. No me cabe la menor duda de que los adultos estuvieron hablando largamente del tema (y la primera mi madre), pero no puedo decir que ese episodio me impactara lo más mínimo, a diferencia de la historia de aquella vez que —exactamente en 1908, durante un viaje a Egipto— su barco pasó muy cerca de Sicilia al mismo tiempo que tenía lugar el gran terremoto de Mesina. Lo que en realidad recuerdo de aquellas vacaciones es que contemplaba a unos hombres del pueblo construyendo una barca delante del lugar donde vivíamos y las pinedas en lo alto de la montaña que exploré en soledad, hasta que fui a dar con un aserradero, donde unos hombres me ofrecieron un poco de su *Sterz*, las gachas de cereales espesas que eran todo su alimento en el monte. Durante mi paseo vi, por primera vez en mi vida, el gran pájaro carpintero negro, cuyos casi cincuenta centímetros de longitud coronados por un casquete de color rojo intenso estaban picoteando a ritmo de tambor un tocón en un claro del bosque, cual ermitaño diminuto en un ataque de locura, solo en medio de la quietud de los árboles.

No obstante, sería decir demasiado que el verano transcurrido en Weyer me politizara. Sólo retrospectivamente puede contemplarse mi infancia como un proceso de politización. Por aquel entonces los juegos y el aprendizaje, la familia y la escuela conformaban mi vida, al igual que conformaban la de la inmensa mayoría de los niños vieneses en la década de los veinte. Prácticamente todas nuestras experiencias llegaban hasta nosotros por uno de esos conductos o se inscribían en uno de esos marcos.

De los dos pilares sobre los que se ha fundamentado mi vida, la familia ha sido, con mucho, el más relevante. Estaba formada por una parte vienesa mucho más numerosa, los parientes de mis abuelos y un grupo más reducido anglo-austríaco, dos de las hermanas Grün, mi madre y una hermana suya más joven, Gretl, casadas con sendos hermanos Hobsbaum, es decir mi padre y su hermano pequeño, Sidney, que también vivieron en Viena durante casi toda la década de 1920. Por lo que respecta al colegio, no empecé a asistir a él hasta que cumplí los seis años. Posteriormente, a medida que cambiamos de lugar de residencia, fui pasando por dos escuelas de primaria y tres *Gymnasias*, y mi hermana —que se marchó de Viena antes de cumplir los diez—, por dos de primaria. En semejantes circunstancias, las amistades escolares solieron ser temporales. De todos los amigos que tuve en mis cinco escuelas de Viena, sólo uno no desaparecería totalmente de mi vida posterior.

La familia, por otro lado, era una red activa, unida no sólo por los lazos sentimentales entre madres, hijos y nietos, y entre hermanas y hermanos, sino por la necesidad económica. Lo que existía en los años veinte del actual Estado de bienestar apenas repercutía en las familias de clase media, pues eran pocos los miembros de las mismas que estaban asalariados. ¿A quién, si no, se podía recurrir en caso de necesidad? ¿Cómo alguien podía negarse a ayudar a un pariente en apuros, incluso en el caso de que ese pariente no fuera particularmente santo de

su devoción? No creo que se tratara de un hecho característico de las familias judías, aunque la familia vienesa de mi madre tenía el principio de que los *mish-pokhe*, o cuanto menos los parientes que vivían en Viena, constituirían un grupo que se reunía de vez en cuando —siempre, por lo que recuerdo de uno de esos encuentros tan largos e increíblemente aburridos, alrededor de una serie de mesas colocadas juntas en la terraza de algún café— para tomar decisiones familiares o simplemente para chismorrear. A nosotros nos daban helados, pero los placeres breves no compensan los largos ratos de tedio. Si había una característica típicamente judía en las reuniones, ésta era que todos daban por hecho que la familia conformaba una red que se extendía cruzando países y océanos, que trasladarse de un país a otro era algo normal en la vida, y que para la gente que se dedicaba a la compra-venta —como solía ser el caso de muchos miembros de familias judías— el ganarse la vida era una cuestión incierta e imprevisible, especialmente en el período de catástrofes en el que se vio sumida Centroeuropa desde la caída de la civilización en agosto de 1914. Como se vería más tarde, ningún miembro de la familia Hobsbaum-Grün necesitó más la red de salvación del sistema familiar que mis padres, sobre todo después de que la muerte de mi padre transformara una situación de crisis económica permanente en catastrófica. Pero hasta entonces —en mi caso hasta pasados los once años— nosotros, los niños, apenas nos dábamos cuenta de estas circunstancias.

Todavía vivíamos en una época en la que coger un taxi parecía una extravagancia que requería una justificación especial, incluso para la gente relativamente acomodada. Nosotros —o cuando menos yo— poseíamos, al parecer, todas las cosas que nuestros amigos solían tener, y hacíamos todo lo que ellos hacían. Sólo me acuerdo de una vez en la que tuve un indicio de lo dura que era la situación. Acababa de entrar en la escuela secundaria (en el Bundesgymnasium XIII de la Fichtnergasse). El profesor encargado del nuevo curso —a todos los profesores de un instituto se les llamaba automáticamente *Herr Professor*, del mismo modo que automáticamente ellos nos trataban a nosotros de *Sie*, como a cualquier adulto, y no de *Du*, como a los niños— nos había dado la lista de los libros que debíamos comprar. Para geografía necesitábamos el *Kozenn-Atlas*, un libro muy voluminoso y obviamente con un precio bastante elevado. «Esto es muy caro. ¿Es verdaderamente imprescindible que lo tengas?», me preguntó mi madre en un tono que me transmitía claramente una sensación de dificultades económicas, aunque sólo fuera porque la respuesta a su pregunta era tan evidente. Por supuesto que era necesario. ¿Cómo se le ocurría a mi madre plantear esa duda? Al final se compró el libro, pero la sensación de que en esa ocasión, cuando menos, se había hecho un sacrificio importante, siempre me ha acompañado. Quizá por este motivo todavía conservo el atlas en las estanterías de mi librería, un poco maltrecho y lleno de los dibujitos y notas al margen típicos de un niño en los primeros cursos de secundaria, pero que sigue siendo un buen atlas que consulto de vez en cuando.

Quizás otro chico de mi edad habría sido más consciente de nuestros problemas económicos. Como niño que era, no me daba cuenta de las realidades prácticas; y los adultos, en la medida que sus actividades e intereses no interfirieran en los míos, no formaban parte de la realidad práctica por lo que a mí concernía.

En cualquier caso, yo vivía casi siempre en un mundo en el que no había un límite claro entre la realidad, lo que descubría a través de la lectura y lo que creaba mi imaginación. Incluso una criatura como mi hermana, con un sentido mucho más riguroso de la realidad, no tenía una idea clara de nuestra situación. Simplemente se daba por hecho que un conocimiento semejante no debía formar parte de nuestro mundo infantil. Por ejemplo, yo no tenía la menor idea de cuál era el trabajo de mi padre. Nadie se preocupaba de hablar a los niños de esas cosas, y en cualquier caso, la forma en la que gente como mi padre y mi tío se ganaban la vida era bastante difícil de explicar. No tenían una profesión fija y descriptible, como los personajes que aparecen en las tarjetas de felicitación: médicos, abogados, arquitectos, policías, tenderos. Cuando me preguntaban qué hacía mi padre, solía responder vagamente de palabra o por escrito «*Kaufmann*» («comerciante»), a sabiendas de que el término carecía de significado y de que seguramente no se ceñía a la verdad. ¿Pero qué otra cosa iba a decir?

Nuestra falta de conciencia —o cuando menos la mía— de la situación financiera que atravesábamos se debía, en gran medida, a la renuencia, mejor dicho al rechazo, de mi familia vienesa a reconocerla. No es que se empeñara en el último resorte al que se aferra la gente de clase media cuando pasa por una temporada de vacas flacas, esto es, «guardar las apariencias». Todos eran conscientes de lo bajo que habían caído. «Resulta verdaderamente un alivio para el ánimo ver cosas como ésta en una época empobrecida y proletarizada como la nuestra», escribía mi abuela en una carta dirigida a su hija, maravillada por lo bien que había salido la boda de un sobrino y la opulencia de la misma, haciendo hincapié con cierta amargura sobre el hecho de que el novio había regalado a la novia «un espléndido anillo de gran valor, hecho por nosotros» en otros tiempos mejores. Esto es antes de que el abuelo Grün, tras ver reducido el valor de sus ahorros a lo que costaba un café con un trozo de tarta en el Café Ilion a causa de la gran inflación de principios de los años veinte, regresara en la vejez a la actividad de su juventud, a saber, representante comercial, vendiendo baratijas por las ciudades de provincia y las aldeas de los Alpes. Una enorme cantidad de austríacos de clase media vivieron una situación similar, empobrecidos por la guerra y la posguerra, debiendo acostumbrarse a apretarse el cinturón y a llevar un estilo de vida mucho más modesto que «en tiempos de paz», esto es, antes de 1914. (Desde 1918 no podía hablarse de tiempos de paz.) La falta de dinero se les hizo cuesta arriba, más cuesta arriba —creían ellos— que para los obreros, los cuales, al fin y al cabo, estaban acostumbrados a semejante situación. (Con posterioridad, cuando me convertí en un apasionado adolescente comunista, mi tía Gretl haría un gesto de desaprobación con la cabeza ante mi negativa a aceptar lo que, a su juicio, suponía esta afirmación evidente.) No es que los ingleses casados con las hermanas Grün estuvieran mejor. Dos de ellos eran claramente unos negados para desenvolverse en la jungla de la economía de mercado: mi padre y Wilfred Brown, un atractivo joven confinado durante la guerra que se casó con la mayor de las hermanas, Mimi. Incluso mi tío Sidney, el único Hobsbaum que se ganaba la vida como hombre de negocios, se pasó casi toda la década saliendo del atolladero al que lo había llevado el fracaso de un proyecto para meterse en otra empresa y llegar al mismo resultado.

En el fondo para mi familia vienesa resultaba inconcebible otro sistema de vida distinto al que había llevado antes de 1914, y se veía obligada a cargar con ese peso contra viento y marea. Así, mi madre, aun cuando no podía pagar las facturas de la tienda de ultramarinos, por no decir las del alquiler y otros servicios básicos, siempre contrataba personal de servicio. No se trataba de esas criadas de toda la vida, como Helene Demuth, que está enterrada con la familia de Karl Marx en el cementerio de Highgate, sino que constituían el eterno «problema del servicio» de las señoras de clase media, una sucesión sin fin de muchachas enviadas por las agencias de colocación que permanecían en casa uno o dos meses; desde la poco habitual *eine Perle* («una perla»), a la torpe recién llegada del pueblo, que no había visto en su vida un horno a gas, por no hablar de un teléfono. Cuando mi madre visitó Inglaterra en 1925 por primera vez para cuidar de su hermana Mimi, que estaba enferma en Barrow-in-Furness, escribió una carta a su otra hermana en la que le comentaba lo impresionada que estaba, no sólo por la eficiencia, ecuanimidad y diligencia con las que se llevaban los hogares ingleses (cualidades tan lejanas de las familias judías de Viena...), sino por el hecho de que todo ello se llevaba a cabo *sin servicio*. «Aquí encuentras señoras que lo hacen todo por sí mismas, y tienen hijos, e incluso se encargan de hacer toda la colada, y aún así siguen siendo unas señoras.»²

Sin embargo, jamás consideró seriamente seguir el modelo británico. «De acuerdo con mis largos años de experiencia de no tener ni un céntimo», escribía a su hermana, que se lamentaba de los problemas económicos que tenía en Berlín,

permíteme darte el mejor de los consejos, que te ruego tomes en serio. ¡Intenta no admitir nunca que puedes pasar sin una criada! De todos modos, a la larga no consigues arreglártelas sin una, y por lo tanto lo mejor es partir del presupuesto de que una criada es tan necesaria como la comida o el techo que te cobija. Lo que ahorras no es nada comparado con la pérdida de salud, de comodidad y, sobre todo, con el equilibrio de tu estado nervioso: y cuanto peor van las cosas, más lo necesitas. Es verdad, últimamente me preguntaba si debía despedir a Marianne o no —no es que pudiera hacerlo antes de Navidad, ya es demasiado tarde, y ella siempre ha sido muy buena—, pero la única razón que me empujó a considerarlo fue que me sentía avergonzada de que se diera cuenta de que no puedo pagar al tendero, etc. Y, en mi fuero interno, sé perfectamente que es mejor que te suban los colores que prescindir de ella.³

De todo esto no sabíamos ni entendíamos nada, excepto que nuestros padres tenían sus peleas, posiblemente cada vez con mayor frecuencia —¿pero qué padres no las tienen?— y, durante los inviernos que azotaban Europa central, que las habitaciones estaban heladas. (De haber vivido en Gran Bretaña en la época de las estufas de carbón, seguramente el sistema de calefacción menos eficaz que se haya inventado, esta situación no se habría dado necesariamente por la falta de dinero para comprar combustible.)

Firme y coherente, en parte por la precariedad de su base económica, la familia dividía el mundo, y por lo tanto mi vida, en dos: el interior y el exterior. En efecto, por lo que nos concernía a los niños, la familia y sus amigos íntimos cons-

tituían, o determinaban, el mundo de los adultos que yo conocía como *gente* y no simplemente como proveedores de servicios, o, de hecho, como extras cinematográficos en las escenas de la película de nuestras vidas. (También determinaba qué niños seguirían formando parte de nuestras vidas permanentemente y viceversa, como las hermanas Gold o las hijas de los Szana.) Los adultos que yo conocía eran casi todos parientes, o amigos de nuestros padres y parientes. Por ese motivo no me acuerdo físicamente del dentista al que mi madre me llevaba, aún cuando la experiencia de visitar su consultorio se convertía sencillamente en un hecho inolvidable, pues no se trataba de una persona a la que mi madre «conociera». Por otro lado tengo un recuerdo del doctor Strasser como una persona de carne y hueso, presumiblemente porque mi familia les conocía tanto a él como a su familia. Curiosamente, los profesores no parecen haber pertenecido para mí al mundo de los adultos hasta el último año que pasé en Viena, y sólo se convirtieron en gente con la que mantenía una relación personal a partir de mi estancia en Berlín.

La escuela pertenecía estrictamente al mundo exterior. Y el «exterior», a falta de adultos considerados personas reales, estaba formado esencialmente por otros niños. El de los niños, tanto el «interior» como el «exterior», era un mundo que en realidad los adultos no comprendían, del mismo modo que nosotros no entendíamos sus cosas. A lo sumo, entre una generación y la siguiente existía una aceptación de lo que la otra hacía en la forma de «qué chiquilladas» o «eso es lo que hacen los mayores». Fue la pubertad, en la que entré durante mi último año en Viena, la que empezó a derribar el muro que dividía esas esferas separadas.

Por supuesto, las dos esferas se solapaban en parte. Casi todos mis libros de lectura, especialmente los escritos en inglés, me los proporcionaban los adultos, aunque el *Children's Newspaper* de Arthur Mee, que me enviaron desde Londres unos parientes bienintencionados, me pareció aburrido e incomprensible. Por otro lado, desde edad muy temprana leía con avidez los libros alemanes sobre la vida de las aves y otras especies animales que solían regalarme y, después de la escuela primaria, me sumergí en las publicaciones de la revista *Kosmos, Gesellschaft der Naturfreunde*, una organización dedicada a fomentar las ciencias naturales —sobre todo las relacionadas con la biología y la evolución—, a la que me subscribieron. Desde muy pequeños, solían llevarnos al teatro a ver obras que nos resultaran divertidas, pero que también fuesen del agrado de los adultos (por ejemplo, el *Guillermo Tell* de Schiller —pero no el *Fausto* de Goethe—, obras de dramaturgos populares vieneses de principios del xix, piezas de Raimund, tan encantadoras, mágicas y sentimentales, y las comedias increíblemente divertidas de Johann Nestroy, cuya amargura todavía no podíamos captar). Sin embargo, nos hacían ir con otros niños de primaria a las sesiones matinales del cine del barrio, el Maxim-Bio (desaparecido hace ya mucho tiempo), a ver cortometrajes de Chaplin y Jackie Coogan, y, cosa bastante sorprendente, los *Nibelungen* de Fritz Lang, prácticamente un largometraje. Según mi experiencia vienesa, los adultos y los niños no iban juntos al cine. Por otra parte, los niños intelectuales normalmente eligen los libros que leen entre los que encuentran en las estanterías de sus padres y familiares, quizás influenciados por lo que escuchan en casa, o quizá no.

En esa medida, los gustos de las distintas generaciones eran los mismos. Por otro lado, se suponía que los temas de lectura que elegían nuestros mayores para los niños no eran, en general, de interés para los adultos. A la inversa, de todos los adultos que tratábamos, sólo los profesores (que lo desaprobaban) estaban más o menos al tanto de la pasión que suscitaban en los muchachos de trece años los libros de bolsillo sobre peripecias de detectives de nombre invariablemente inglés que circulaban en nuestras clases con títulos como *Sherlock Holmes, el detective universal* —nada que ver con el original— de Sexton Blake, *Frank Allen, el vengador de los desheredados* y el más popular de todos, el del detective de Berlín Tom Shark, con su compañero Pitt Strong, que actuaban en los alrededores de la Motzstrasse, conocida para los lectores de Christopher Isherwood, pero que para los chicos de Viena resultaba tan lejana como la Baker Street de Holmes.

En la Viena de mediados de los años veinte, los niños todavía aprendían los viejos caracteres góticos, garabateando las letras en unas pizarras enmarcadas en madera, y borrándolas luego con unas esponjitas. Como la mayoría de los manuales escolares posteriores a 1918 estaban impresos en los nuevos caracteres romanos, obviamente aprendimos también a leer, y luego a escribir, esta otra caligrafía, aunque no recuerdo cómo. Cuando a los once años pasábamos a secundaria se suponía que teníamos nociones de las tres materias básicas, a saber, leer, escribir y aritmética, pero no recuerdo qué otras cosas estudiábamos durante la escuela primaria. Evidentemente debió de parecerme interesante, pues contemplo aquellos días de mi infancia en el colegio con agrado, evocando todo tipo de anécdotas sobre Viena y las excursiones que realizábamos por las proximidades semirrurales en busca de árboles, plantas y animales. Supongo que todo ello quedaba encuadrado en la asignatura de *Heimatkunde*, que, como resulta difícil encontrar un equivalente de la palabra *Heimat* en su sentido más exacto, traduciré como «conocimiento de nuestro lugar de procedencia». Ahora me doy cuenta de que no fue una mala preparación para un historiador, ya que los grandes acontecimientos de la historia convencional de Viena y sus alrededores constituían sólo una parte de lo que los niños vieneses aprendían de su hábitat. Aspern no era únicamente el nombre de la batalla en la que los austríacos derrotaron a Napoleón (la de Wagram, muy cerca de esta última, y que perdieron estrepitosamente, no estaba en la memoria colectiva), sino un lugar lejano situado al otro lado del Danubio, no incluido todavía en la ciudad, donde la gente iba a bañarse en las lagunas que se habían formado en el antiguo cauce del río, y a observar animales como las martas o las aves acuáticas en su estado salvaje. Los asedios a los que los turcos sometieron Viena eran importantes porque supusieron la llegada de café a la ciudad como parte del botín turco, y por lo tanto la de nuestros *Kaffeehäuser*. Por supuesto teníamos la gran ventaja de que la historia oficial del antiguo imperio austríaco había desaparecido, sólo quedaban los edificios y los monumentos, y la nueva Austria de 1918 todavía carecía de historia. La continuidad política es la que tiende a reducir la asignatura de historia en las escuelas a una sucesión canónica de fechas, monarcas y guerras. El único hecho histórico que recuerdo haber celebrado en el colegio de la Viena de mi infancia fue el centenario de la muerte de Beethoven. Los propios profesores sabían que, en la nueva era, la escuela tam-

bién debía ser distinta, aunque no tenían demasiado claro cómo y en qué. (Como decía por aquel entonces —1925— mi cancionero escolar, «sin haber definido todavía con claridad los nuevos métodos de enseñanza».) En el instituto de educación secundaria, cuyos temarios aún no se habían emancipado del sistema pedagógico tradicional, iba a descubrir la historia tipo «1066 y lo que vino después». Naturalmente no tenía nada de excitante. Las asignaturas de alemán, geografía, latín y, posteriormente, de griego (la cual tuve que abandonar cuando me trasladé a Inglaterra) eran mucho más de mi agrado, pero, lamentablemente, no sucedía lo mismo con las matemáticas y la física.

Y desde luego la religión tampoco me gustaba. No creo que este sentimiento surgiera en la escuela primaria, pero en la secundaria me parece recordar que los no católicos, los luteranos, los evangélicos, los curiosos ortodoxos griegos, y sobre todo los judíos, tenían permiso para no asistir a las clases de esta materia. La alternativa para la minoría, una clase para los judíos que se impartía por la tarde en otro lugar de la ciudad por una tal señorita Miriam Morgenstern y sus distintos sucesores, resultaba muy poco atractiva. Nos hablaban repetidamente de las historias bíblicas del Pentateuco, sobre las que nos planteaban preguntas sin cesar. Recuerdo la conmoción que causé cuando, la enésima vez que preguntaron quién era el hijo más importante de Jacob, respondí que Judá, incapaz de creer que, de nuevo, estuvieran refiriéndose a José. Después de todo, pensé, ¿acaso los judíos (*Juden*) no se llaman así por él? Di la respuesta equivocada. También aprendí algo del alfabeto judío, del que ya me he olvidado, además de la plegaria principal para un judío, el «Shema Yisroel» (la pronunciación siempre era la asquenazí y no la sefardí impuesta por el sionismo), y un fragmento del «Manishtana», la serie de preguntas y respuestas rituales que se supone que debe recitar el varón más joven de la casa durante la Pascua. Como en mi familia nadie celebraba la Pascua, ni observaba el Sabat, ni el cumplimiento de las demás festividades judías, y tampoco seguía las normas de ayuno religiosas, nunca tuve ocasión de poner en práctica mis conocimientos. Sabía que era preciso cubrirse la cabeza dentro del templo, pero las únicas veces que me encontré a mí mismo en uno fue con ocasión de bodas y funerales. Me quedaba observando a un amigo del colegio que ejecutaba todo el ritual cuando rezaba al Señor —el manto para las oraciones, las filacterias y todo lo demás— con ingenua curiosidad. Además, si nuestra familia hubiera sido practicante, una hora a la semana de clase no hubiera sido necesaria ni suficiente para aprender todas esas cosas.

Aunque no éramos en absoluto religiosos, sabíamos que éramos, y no podíamos dejar de ser, judíos. Al fin y al cabo éramos doscientos mil en Viena, el diez por ciento de la población de la ciudad. La mayoría de los judíos vieneses llevaba nombres asimilados; sin embargo —a diferencia de los que vivían en países anglosajones— raramente cambiaban sus apellidos, por muy judíos que sonaran. Desde luego, en mi infancia no se convirtió nadie que yo conociera. En un principio, durante el reinado de los Habsburgo y el de los Hohenzollern, el abandono de una religión por otra había sido un precio que pagaron gustosas las familias judías importantes para escalar puestos en la sociedad o en la administración, pero tras el hundimiento de la sociedad, las ventajas de la conversión desaparecieron

incluso para las familias conversas, y además, los Grün nunca habían pretendido llegar tan alto. Los judíos vieneses tampoco podían considerarse a sí mismos alemanes practicantes (o no practicantes) de una determinada religión. Ni siquiera podían soñar con escapar a su destino de ser una etnia entre muchas. Nadie les ofrecía la posibilidad de pertenecer a «la nación», porque no la había. En la mitad austríaca de los dominios del emperador Francisco José, a diferencia de la mitad húngara, no existía un «país» único habitado por un «pueblo» único teóricamente identificado con él. En tales circunstancias, para un judío el ser «alemán» no era un proyecto nacional o político, sino cultural. Significaba abandonar el atraso y el aislamiento que representaban los *shtetls* y los *shuls** y entrar a formar parte del mundo moderno. Hace mucho tiempo, los cabezas de familia de la ciudad de Brody, en Galitzia, el ochenta por ciento de cuya población era judía, habían solicitado al emperador que permitiera que fuera el alemán la lengua utilizada en los colegios para la enseñanza, no porque los ciudadanos emancipados de Brody quisieran convertirse en teutones bebedores de cerveza, sino porque no querían ser como los hasidim con sus *wunderrabbis* milagrosos de carácter hereditario o como los *yeshiva-bokhers*** explicando el Talmud en yiddish. Y por este motivo los judíos vieneses de clase media, cuyos padres o abuelos habían inmigrado desde el interior de Polonia, Chequia y Hungría, se desmarcaron de forma tan patente de los judíos del este.

No es una casualidad que el sionismo moderno fuera inventado por un periodista vienés. Todos los judíos de Viena sabían, al menos desde la década de 1890, que vivían en un mundo de antisemitas e incluso en el de un antisemitismo potencialmente peligroso que andaba suelto por las calles. «*Gottlob kein Jud*» («Gracias a Dios que no era judío») es la reacción inmediata de un transeúnte (judío) ante las voces de los vendedores de periódicos del Ring de Viena, que anunciaban el asesinato del archiduque Francisco Fernando, en la escena inicial de la maravillosa obra de Karl Kraus, *Los últimos días de la humanidad*. Había incluso menos motivos para ser optimista en la década de los veinte. La mayoría de la gente no tenía la menor duda de que el Partido Socialcristiano en el poder seguía siendo tan antisemita como su fundador, el celeberrimo alcalde de Viena, Karl Lueger. Y todavía recuerdo la perplejidad con la que recibieron mis padres en 1930 —yo no tenía aún trece años— la noticia de los resultados de las elecciones al Reichstag alemán, que convirtieron a los nacionalsocialistas de Hitler en el segundo partido más votado. Eran conscientes de lo que aquello significaba. En resumidas cuentas, simplemente no había modo de olvidar que uno era judío, aunque no puedo recordar ningún tipo de antisemitismo contra mi persona, pues mi nacionalidad inglesa me revestía, al menos en la escuela, de una identidad que alejaba cualquier interés por indagar en mi condición de judío. Mi condición de británico probablemente también me inmunizara, por fortuna, frente a la tentación de caer en el nacionalismo judío, a pesar de que entre los jóvenes de Cen-

* *Shtetls* es un término yiddish para designar las pequeñas unidades en las que vivía la mayor parte de los judíos de la Europa oriental. *Shuls* significa «sinagogas». (N. del t.)

** *Yeshiva-bokher* es el alumno de las escuelas religiosas que dedica todo su tiempo al estudio y comentario de los textos religiosos. (N. del t.)

troeuropa el sionismo solía ir de la mano de la ideas moderadas o socialistas revolucionarias, a excepción de los discípulos de Jabotinsky, que se inspiraron en Mussolini y actualmente gobiernan Israel bajo el nombre del partido Likud. No cabe la menor duda de que el sionismo tuvo una presencia más activa en la ciudad de Herzl que entre, por ejemplo, los judíos oriundos de Alemania, país en el que, hasta Hitler, atrajo tan sólo a un sector poco representativo. No cabía la posibilidad de pasar por alto la existencia tanto de antisemitas como de seguidores del club de fútbol blanquiazul del Hakoah, que pusieron a mi padre y a mi tío Sidney ante un problema de lealtades contrapuestas cuando este equipo se enfrentó en su campo a los ingleses del Bolton Wanderers. Sin embargo, la inmensa mayoría de los judíos vieneses emancipados o de clase media con anterioridad a Hitler no eran y no llegaron a ser nunca sionistas.

No teníamos la más mínima idea de los peligros que amenazaban a los judíos. Nadie la tenía ni podía tenerla. Incluso en los lugares más recónditos de los Cárpatos y de las llanuras de Polonia y Ucrania acostumbrados a los pogromos, de los que procedía la primera generación de emigrantes llegados a Viena, el genocidio sistemático era inconcebible. En los casos de problemas graves, los más ancianos y experimentados estaban a favor de adoptar una actitud discreta y evasiva, y de mantenerse al lado de las autoridades, que estaban en posición de defenderlos, y que probablemente tuvieran un interés en hacerlo, o cuando menos un interés en restablecer la ley y el orden, por injusto que fuera, en los campos de su competencia. Los más jóvenes y los revolucionarios apelaban a la resistencia y a la autodefensa activa. Los ancianos sabían que, tarde o temprano, las cosas volverían a la normalidad; los jóvenes quizá soñaran con una victoria definitiva (por ejemplo, con una revolución mundial), pero ¿cómo iban a imaginarse una destrucción total? Pero ni unos ni otros en realidad creían que un país moderno se deshiciera para siempre de toda su población judía, cosa que no sucedía desde 1492 en España. Mucho menos cabía imaginar su aniquilación física. Además, sólo los sionistas concebían realmente el éxodo sistemático de todos los judíos a una nación-Estado de carácter monoétnico, dejando sus antiguas patrias *juden-rein*,* como decían los nazis. Con anterioridad a Hitler, o incluso durante los primeros años de su régimen, cuando la gente hablaba de los peligros del antisemitismo, pensaba en una intensificación de los abusos que habían sufrido los judíos: la discriminación, la injusticia, la victimización, la arrogancia, el desprecio y la intimidación, a veces no exenta de brutalidad, de los que suelen ser objeto las minorías más débiles. No pensaba en Auschwitz, ni siquiera podía imaginar una cosa así. El término «genocidio» no sería acuñado hasta 1942.

¿Qué significado exacto *podía* tener en la década de 1920 «ser judío» para un muchacho anglo-viénés inteligente que no había sufrido el antisemitismo y estaba tan alejado de las prácticas y creencias del judaísmo tradicional, y que, hasta la pubertad, no fue consciente de haber sido circuncidado? Quizá sólo el siguiente: que una vez, teniendo unos diez años de edad, con ocasión de un hecho que no recuerdo, aprendí de mi madre una especie de máxima muy sencilla; cuando hice,

* «Limpías de judíos». (N. del t.)

probablemente de forma reiterada, una observación negativa sobre el comportamiento de un tío mío, calificándolo de «típicamente judío», ella me replicó muy seria: «Nunca hagas nada, ni por asomo, que dé la impresión de que te avergüenzas de ser judío».

Desde aquel día he intentado siempre llevar este principio a la práctica, aunque a veces suponga verdaderamente un esfuerzo muy arduo, a la luz de la actuación del gobierno de Israel. El principio de mi madre me valió para abstenerme, con gran pesar mío, de declararme *kofessionslos* («aconfesional»), como cualquiera tenía derecho a hacer en Austria a la edad de trece años. Me hizo contraer de por vida la carga de llevar un apellido impronunciable que espontáneamente es confundido por Hobson u Osborn, dependiendo de quien lo oiga. Desde siempre ha sido suficiente para indicar mis orígenes judíos, y me ha dejado libre para vivir como lo que mi amigo ya fallecido, Isaac Deutscher, calificaba de un «judío no judío», pero no como lo que el regimiento variopinto de publicistas religiosos o nacionalistas denominaban un «judío renegado». No tengo ninguna obligación moral de observar las prácticas de una religión ancestral y mucho menos de servir a la pequeña nación-Estado, militarista, culturalmente decepcionante y políticamente agresiva, que pide mi solidaridad por una cuestión racial. Ni siquiera debo encajar con la postura mucho más en boga de este comienzo de siglo, la de «víctima», la del judío que, con la fuerza de la Shoah (y en una época única y sin precedentes de logros mundiales, éxitos y aceptación generalizada de los judíos), afirma ante la conciencia mundial unos derechos exclusivos como víctima de una persecución. El bien y el mal, la justicia y la injusticia, no puede abandonarlos ni una sola raza ni una única nación. Y como historiador me he dado cuenta de que si existe algo que justifique la afirmación de que el 0,25 por ciento de la población mundial en el año 2002, esto es, el porcentaje de individuos pertenecientes a la tribu en la que nací, constituye un pueblo «elegido» o especial, dicha justificación no se basa en premisas relacionadas con los guetos o territorios restringidos, elegidos libremente o impuestos por otros, pasados, presentes o futuros. Se fundamenta en su aportación desproporcionada y digna de señalar a la humanidad en el ancho mundo, sobre todo durante los dos siglos aproximadamente que se permitió a los judíos abandonar los guetos, y así decidieron hacerlo. Por citar el título del libro de mi amigo Richard Marienstras, un judío polaco, combatiente en la Resistencia francesa, defensor de la cultura yiddish y principal experto en Shakespeare de su país, somos *un peuple en diaspora*. Y, con toda probabilidad, seguiremos siéndolo. Y si hacemos el experimento mental de imaginar que el sueño de Herzl se hace realidad y que todos los judíos acabamos en un pequeño Estado territorial independiente, en el que se excluye de los plenos derechos de ciudadanía a todo aquel que no sea hijo de madre judía, veremos lo nefasto que sería para el resto de la humanidad, e incluso para el propio pueblo judío.

Capítulo 3

TIEMPOS DIFÍCILES

El viernes 8 de febrero de 1929, a última hora de la tarde, al regresar de una de sus cada vez más desesperadas idas y venidas a la ciudad en busca de dinero, fruto de su trabajo o de algún préstamo, mi padre cayó fulminado delante de la puerta principal de casa. Mi madre oyó sus gemidos desde las ventanas del piso de arriba y cuando las abrió, dejando entrar el aire gélido de aquel invierno alpino increíblemente crudo, pudo oír su voz que la llamaba. A los pocos minutos estaba muerto, creo que de un ataque al corazón. Tenía cuarenta y ocho años. Su fallecimiento supuso la condena a muerte de mi madre, que no pudo perdonarse el modo en que lo había tratado durante los que se convirtieron en los últimos y horribles meses, en realidad los últimos días, de su vida.

«Algo se ha roto en mi interior», decía en la primera carta que escribió a su hermana tras la muerte de mi padre.

Todavía no puedo hablar de esta desgracia. Puedes imaginarte de qué modo me atraviesa como un cuchillo cualquier palabra seca pronunciada por mí y cualquier pensamiento huraño. Aquel «nunca más», ¡Gretl! ¡Cuántas cosas de las que hice ahora no las haría, y cuántas cosas me gustaría haber hecho si hubiera sabido lo que iba a ocurrir! ... Si al menos hubiera estado enfermo, aunque sólo hubiera sido un día, lo habría podido cuidar y ser cariñosa de nuevo con él ... Al menos estuve allí y no tuvo que morir solo.

Pero nada le servía de consuelo.

Al cabo de dos años y medio mi madre también estaba muerta, con sólo treinta y seis años. Siempre he pensado que las numerosas visitas, tan perjudiciales e inapropiadas para su salud, que realizó al cementerio tras el fallecimiento de mi padre durante los crudos meses invernales, contribuyeron a la enfermedad pulmonar que acabó con ella.

No me sorprende que su dominio de sí misma se quebrara y se viniera abajo en aquellos meses espantosos, como no me sorprende que, llevando a cabo un esfuerzo sobrehumano, consiguiera ocultar la situación real a sus hijos. Los tiempos nunca habían sido buenos desde los primeros años, cuando la joven pareja llegó de Egipto provista de unos modestos ahorros en libras esterlinas sólidas y

estables, a un lugar como Austria que se hundía en una hiperinflación. No tengo la más mínima idea de cómo mi padre pensaba o esperaba ganarse la vida en un país cuyo idioma nunca había aprendido a hablar bien. En realidad, ni siquiera sé cómo se había ganado la vida antes de su traslado a Egipto, donde un veinteañero de buena presencia y don de palabra, inteligente sin ser un intelectual, y con un excelente currículum como deportista, no habría tenido demasiadas dificultades para encontrar un trabajo en alguna compañía naviera o comercial en el seno de la numerosa colonia de expatriados británicos. Quizá pensó encontrar una ayuda similar en Viena como ciudadano inglés, aunque allí la colonia de expatriados fuera mucho más reducida (aun cuando había dado lugar al nacimiento de varios equipos futbolísticos de Viena). Todo lo que sé es que encargó papel de carta con membrete: «L. Percy Hobsbawm, Viena. Dir. Tel. «Hobby». Tel. n.º...». Durante un tiempo en 1920, mi madre le decía a mi tía que tenía criados en plural: una cocinera y una doncella (que desaparecieron casi de inmediato).

A partir de entonces todo fue de capa caída. De Villa Seutter nos trasladamos a un piso obviamente mucho más modesto en una barriada de las proximidades, Ober St. Veit. Al parecer, desde mediados de los años veinte mi familia vivió siempre al día, sin saber prácticamente de donde iba a salir el dinero para cubrir las necesidades diarias. Ése fue el motivo, creo yo, de que mi madre empezara seriamente a intentar ganar dinero escribiendo, trabajando cada vez más horas y cada vez con mayor intensidad. Sin embargo, a pesar de lo que pudieran aportar a la economía familiar sus esfuerzos en el mundo literario, en el año 1928 la situación se hizo realmente catastrófica. A finales de ese año el propietario del inmueble nos mandó un aviso para que desalojáramos el apartamento. Tuvimos que negociar para que no nos cortaran el suministro de gas. Dos días antes de Navidad mi madre escribía a su hermana: «Ya es viernes y todavía no he comprado ni un solo regalo. Si Percy no trae algo de dinero mañana, no sé cómo me las arreglaré».

El nuevo año no trajo respiro alguno. Tres días antes de la muerte de mi padre, mi madre informó a sus hermanas de que las cosas empeoraban día a día, que las facturas del alquiler y el teléfono estaban sin pagar, y que «normalmente no tengo ni un solo chelín en casa» y que aún no tenía la menor idea de dónde iríamos a vivir cuando expirara el plazo de permanencia en el piso. Ésta era la situación cuando mi padre salió de casa por última vez. Y ahora estaba muerto. Fue enterrado unos días más tarde en el sector judío del Cementerio Central de Viena. Todo lo que recuerdo de su fallecimiento es la oscura noche en la que nos llevaron a mi hermana y a mí medio dormidos desde nuestra habitación a la de nuestros padres para decirnos de forma vaga que algo terrible había sucedido, y la fuerza con que soplabla el viento helado junto a la tumba abierta.

Quizá sea éste el momento en que un hijo deba afrontar la difícil tarea de escribir sobre su padre.

En mi caso esa tarea es mucho más difícil de lo habitual, pues no tengo prácticamente ningún recuerdo suyo, que es como decir que de forma deliberada he

preferido olvidar casi todo lo que pudiera recordar. Sé cuál era su aspecto, un hombre vigoroso, de mediana estatura, con quevedos, cabello negro peinado con una crencha en medio y una frente surcada de arrugas horizontales, pero puede ser que incluso esta impresión se deba más a las fotografías que a mi propia memoria. En el álbum mental de mi infancia está plasmado en apenas media docena de imágenes, todas ellas, creo, pertenecientes a los años que pasamos en Ober St. Veit: papá vestido con un traje de *tweed* (tejido poco habitual en Viena); papá llevándome a un partido de fútbol de aficionados; yo haciendo de su recogepelotas durante unas partidas de tenis a dobles mixtos en una cancha situada entre nuestra casa y el Lainzer Tiergarten, el antiguo coto imperial de caza; papá entonando canciones del teatro inglés de variedades; una escena corta pero muy precisa en la que paseamos los dos juntos por las colinas de las cercanías. Y luego un par de ellas menos agradables: papá intentando —naturalmente sin conseguirlo— enseñarme a boxear (no insistió demasiado en ello); y otra mucho más concreta, en el jardín de la Einsiedeleigasse, en la que papá se enfurece mucho. Yo debía de estar en los últimos años de primaria, tenía entre nueve y diez años. Me pidió que trajera un martillo para clavar no sé qué clavo, probablemente uno que se había caído de alguna tumbona. Por aquel entonces yo sentía una gran pasión por la prehistoria, quizá porque estaba a mitad de lectura del primer volumen de la trilogía *Die Höhlenkinder* (Los niños de las cuevas) de un tal Sonnleitner, en la que dos Robinson Crusoe, una pareja de niños huérfanos (sin parentesco entre sí), crecen en un valle alpino inaccesible y reproducen los distintos estadios del hombre prehistórico, desde el Paleolítico hasta algo parecido a la vida rústica en Austria. Como estaban reviviendo la Edad de Piedra, yo había fabricado un martillo propio de esa era, con la cabeza primorosamente atada como es debido al mango de madera. Se lo llevé y cuál no fue mi sorpresa al ver su furiosa reacción. Siempre me han dicho que solía tener muy poca paciencia conmigo, pero si es así, como es probable que fuera, lo he borrado de mi mente. Sólo tengo un recuerdo suyo relacionado con el trabajo. Un día trajo a casa un aparato que estaba vendiendo sin ningún éxito (como era habitual), un letrero para tiendas en el que una palabra luminosa —debía de ser el nombre de un producto o de un cliente— podía verse desde la calle como si estuviera reflejada en un espejo. Quizá quería hablar de las posibilidades de su venta con alguien que viniera a vernos, seguramente con su hermano; pues si tuvo algún amigo vienés, desde luego no me acuerdo de él.

Tampoco puedo evocarlo a través del recuerdo de los demás. Se contaban anécdotas acerca de él y sus años de juventud en Londres y en Egipto, la mayoría relacionadas con su resistencia física y su éxito entre las mujeres (aunque jamás he escuchado, ni por asomo, que hubiera sido infiel a su esposa). Toda familia judía del East End debía contar como mínimo con un hermano capaz de, como solían decir, «saberse manejar» y hacer frente a los irlandeses del barrio. En la de los Hobsbaum mi padre desempeñaba este papel; y, como los rings constituían una posibilidad socialmente aceptada para los jóvenes humildes del East End, incluidos los judíos con buenos músculos y rapidez de reflejos, pronto se convirtió en un boxeador más que útil. Siempre compitió como *amateur*, pero entre los éxitos más importantes en su haber se encontraban dos copas conquistadas como afi-

cionado en el campeonato de los pesos ligeros de Egipto de 1907 y 1908 (más o menos) gracias a las victorias obtenidas presumiblemente frente a adversarios en su mayoría pertenecientes a las fuerzas de ocupación británicas. Las tenía colocadas sobre un estante de nuestra casa —los hogares austríacos, al carecer de chimeneas, tampoco tenían las típicas repisas que las sobrevuelan—, y mi hermana, que lo recordaba con muchísimo cariño pese a tener sólo ocho años cuando él murió, se las llevó posteriormente a su casa para conservarlas. Según se contaba, mi padre había salvado a su hermano Ernest en cierta ocasión en que se vio en peligro mientras nadaba. En la novela de mi madre, que trata sobre una mujer joven en el Egipto anterior a 1914, aparece un personaje descrito como un semidios en acción, capaz de todo tipo de proezas atléticas, que casi con toda seguridad está inspirado en él.

Sin embargo, papá no salía en las anécdotas y los chascarrillos familiares de nuestra época en Viena. Al parecer, no se llevaba bien con sus suegros, hecho que era evidente con la abuela Grün. Aparte de esto, en realidad mi madre habla muy poco de él en las extensísimas cartas que escribió a su hermana, mucho menos que de Sidney, su cuñado. En ellas no aparece nada sobre los proyectos, las actividades o los fracasos de mi padre. Nada de lo que hicieron juntos ni de los lugares adonde iban. Tras la muerte de nuestros dos progenitores, apenas se hablaba en casa de Sidney y Gretl de nuestro padre, o para ser más exactos de sus años transcurridos en Viena. Es como si desde entonces desapareciera de nuestras vidas.

La verdad es que para él los años en Viena fueron desastrosos. Como decía mi madre: «Tantas preocupaciones, tanta miseria, tantas desilusiones, para luego terminar de ese modo». Con un sueldo estable fruto de un trabajo estable no demasiado oneroso, habría sido un hombre feliz, un compañero delicioso, el centro de atención de todas las reuniones en las que se apreciaban los deportes, la música y la diversión. En los confines oficiales o no oficiales del Imperio Británico esas cosas estaban al alcance de cualquier individuo sin medios o sin cualificación profesional, pero no en la Viena de la posguerra. Quizás en el mundo lejano e irrecuperable anterior a 1914, habría podido encontrar un trabajo dentro del entonces próspero entramado familiar de mis abuelos, o a través del mismo. Después de todo, uno debe ayudar al marido de su hija, aunque éste sea un poco *schlemiel*.* Pero en la década de los veinte ya no era posible. Debía arreglárselas solo. He conocido poca gente que haya sido tan negada para ganarse la vida en un mundo despiadado como mi padre. Al final debió de perder la confianza en sí mismo, aunque sólo fuera por el hecho de que ya nadie creía en él. A su muerte, su esposa, mi madre, halló un consuelo momentáneo en la idea de que «la situación no habría mejorado en el futuro, bien al contrario, hubiera ido a peor. De eso que se ha librado».

Su legado fue bastante pobre: unos trofeos boxísticos, un abono, con fotografía incluida, de la red de transportes públicos de Viena, y una considerable colección de libros en inglés, en su mayoría ediciones de bolsillo publicadas por la

* Alguien que siempre tiene mala suerte. (*N. del t.*)

casa alemana Tauchnitz, de venta exclusiva fuera de Gran Bretaña, y por lo tanto, supongo, comprados en Egipto. No recuerdo que entraran en nuestra casa de Viena nuevos ejemplares de la citada editorial, aunque probablemente fuera debido a la falta de dinero para adquirirlos. Si no me falla la memoria, eran, en su mayoría, obras de época eduardiana y victoriana tardía, diversos relatos de Kipling (pero no *Kim*) que leí con avidez, aunque sin entenderlo demasiado bien, algunos autores menores anteriores a 1918, así como libros de viajes y aventuras, entre los que todavía recuerdo una narración de carácter épico actualmente olvidada en torno a la antigua pesca de ballenas titulada *The Cruise of the Cachalot* (El crucero del cachalote). También había algunos ejemplares de tapa dura, de los que recuerdo el libro de Wells *Mr. Britling Sees It Through* (Mr. Britling se encarga de todo). Nunca lo abrí. Había además un grueso volumen de poesía de Tennyson muy bien encuadernado, que parecía un regalo o un premio escolar. El legado que me dejó mi padre me vino a través de esos libros, que presumiblemente (con o sin la ayuda de mi madre) había seleccionado o había decidido conservar. Quizás él mismo me leyera «The Revenge» («In Flores on the Azores Sir Richard Grenville lay») que, junto con «The Charge of the Light Brigade», «Sunset and Evening Star» y, por supuesto, «The Lady of Shalott», son los únicos poemas que recuerdo de aquella antología de Tennyson. De haber sido así, este hecho constituiría, si la memoria no me traiciona, el único contacto intelectual directo que tuve con mi padre.

Sin embargo, todavía conservo uno de los pocos documentos que quedan de su vida. Es un cuestionario de 1921 que aparecía en uno de los álbumes de confesiones íntimas de su cuñada, una de esas series de respuestas a preguntas sobre uno mismo tan populares en la época, al menos en Centroeuropa. A continuación reproduzco tanto las preguntas como las respuestas. Podrían servirle de epitafio.

¿QUÉ CUALIDAD VALORA MÁS EN UN HOMBRE?: La fuerza física.

¿QUÉ CUALIDAD VALORA MÁS EN UNA MUJER?: La virtud.

¿QUÉ ES PARA VD. LA FELICIDAD?: Tener todos los deseos cumplidos.

¿QUÉ ES PARA VD. LA INFELICIDAD?: La mala suerte.

¿PARA QUÉ CREE QUE VALE Y PARA QUÉ NO?: Dejar pasar las buenas ocasiones. Cogérlas al vuelo.

¿CUÁL ES SU CIENCIA FAVORITA?: Ninguna.

¿QUÉ TENDENCIA ARTÍSTICA PREFIERE?: La moderna.

¿QUÉ VIDA SOCIAL PREFIERE?: Mi familia.

¿QUÉ ES LO QUE MÁS DETESTA?: La sociedad moderna.

¿CUÁLES SON SU ESCRITOR Y SU COMPOSITOR FAVORITOS?: —————

¿CUÁL ES SU LIBRO Y SU INSTRUMENTO MUSICAL FAVORITO?: El piano.

¿CUÁL ES SU HÉROE HISTÓRICO O DE FICCIÓN FAVORITO?: El conde de Warwick.

¿CUÁL ES SU FLOR Y SU COLOR FAVORITO?: La rosa.

¿CUÁL ES SU PLATO Y SU BEBIDA FAVORITA?: —————

¿CUÁL ES SU NOMBRE FAVORITO?: —————

¿CUÁL ES SU DEPORTE FAVORITO?: El boxeo.

¿CUÁL ES SU JUEGO FAVORITO?: El bridge.

¿QUÉ TIPO DE VIDA LLEVA?: Tranquila.

¿CÓMO DEFINIRÍA SU CARÁCTER Y CUÁL ES SU RASGO PRINCIPAL?: Falso idealista. Tendencia a soñar despierto.

¿CUÁL ES SU MÁXIMA?: Tener lo suficiente cada día y, a ser posible, un poco más.

No consiguió cumplir ni siquiera esta aspiración tan modesta.

La muerte de mi padre dejó a la familia durante un tiempo en la miseria. Al parecer, no había ningún buen seguro que la cubriera. Cuando, al cabo de unos días, necesité unos zapatos nuevos porque los que tenía dejaban pasar el frío glacial de aquel terrible invierno —recuerdo cómo lloraba de dolor en la Ringstrasse por esa razón—, mi madre se vio obligada a recurrir a una organización caritativa judía para conseguirlos. La familia hacía lo que estaba en sus manos para ayudarnos, pero el dinero no sobraba. En cualquier caso, el único dinero que mi madre aceptaría sería un regalo en metálico de diez libras esterlinas que el tío Harry envió desde Londres. Se trataba de una suma para nada despreciable. Junto con lo que quedaba del anticipo dado por una editorial y unas cuantas reseñas, mi madre calculó que nos sacarían de apuros durante unos dos meses.

A pesar de las aprensiones justificadas de mi madre, tuvimos que mudarnos al apartamento de mis abuelos. No teníamos otro lugar adonde ir. Los tres dormíamos en una pequeña habitación lateral de aquel piso de tres dormitorios, y mi madre tuvo que ponerse a trabajar para salir adelante. Mientras tanto algunos de sus amigos con más posibilidades económicas pusieron a salvo su autoestima, diciendo que la ayuda que nos daban era una aportación para sufragar clases de inglés. (Estoy casi seguro de que el primer dinero que gané, obtenido durante aquellos meses por las clases particulares que di a la hija de uno de sus mejores amigos, para ayudarla a pasar el examen de ingreso de secundaria, fue una forma discreta de ahorrar a mi madre mi paga semanal.) Recuerdo al menos a una alumna que de verdad pagaba, y que supuso una ayuda para nuestros ingresos, una tal Srta. Papazian, hija de un hombre de negocios armenio.

Afortunadamente mi madre ya había establecido una serie de contactos literarios. Desde 1924 mantenía relaciones con Rikola-Verlag (posteriormente Speidelsche Verlagsbuchhandlung), una pequeña editorial de Viena que ya había publicado la que sería su única novela. El editor, un tal Sr. Scheuermann, hizo lo que pudo para ayudarla. En cualquier caso la tenía en gran consideración como traductora. Mi madre ya había traducido una novela de un escritor americano de origen escandinavo actualmente en el olvido, y Scheuermann le hizo un contrato para otra y le ofreció establecer una relación laboral más continuada con su compañía. Lo recuerdo vagamente como un hombre más bien alto y encorvado. Mi madre también se había dedicado a vender relatos cortos en el mercado de las publicaciones periódicas, tanto escritos por ella como traducidos del inglés, en Gran Bretaña y en Alemania. Suponían algunos ingresos, aunque ciertamente no daban para vivir. (A su muerte mi tía Mimi, inmersa en una de sus frecuentes rachas de dificultades económicas, intentó introducir de nuevo en el mercado la obra de mi madre.)

Al final tuvo que aceptar un trabajo en la empresa de Alexander Rosenberg, dedicada a representar a fabricantes textiles británicos en Viena y Budapest, presumiblemente gracias a sus conocimientos de la lengua inglesa. Tras varios años de trabajo solitario en casa, mi madre pudo disfrutar de la vida de oficina —sabía llevarse bien con la gente—, y además este puesto le permitió alejarse de la constante tensión nerviosa que suponía vivir encerrada con su madre en un mismo piso atestado de gente. Hasta entonces su válvula de escape consistía en ir al café durante una hora, simplemente para tener un poco de tiempo para sí misma. Recuerdo que una vez me llevó al despacho para que me conocieran sus compañeros de trabajo.

Fue entonces, a finales de 1929, cuando empezó a escupir sangre. A principios de abril los médicos le quitaron un pulmón. Su muerte fue produciéndose lentamente a lo largo de un año y medio en una sucesión de hospitales y sanatorios. Nunca me ha quedado claro qué tipo de dolencia pulmonar padecía, pues sus síntomas, por lo que yo entiendo, no encajan totalmente con la tuberculosis diagnosticada, enfermedad que por aquel entonces era muy común y potencialmente mortal. Fuera lo que fuese, la medicina no pudo hacer nada para frenarla. Lo cierto es que el hecho de tener un empleo estable le permitió acceder al sistema de seguridad social de la «Viena roja», cuyos beneficios descubriría entonces. De no haber sido así, es imposible imaginar cómo se hubiera podido cubrir el gasto médico que supuso su dolencia.

Aquella enfermedad transformó nuestra situación. A partir de entonces le resultaría imposible a mi madre cuidar de un muchacho de doce años y de una niña de nueve. Afortunadamente para sus dos hijos, en la primavera de 1929 Sidney consiguió finalmente que la suerte le sonriera (al menos, considerando que las pretensiones de las familias Hobsbaum y Grün en la década de 1920 eran verdaderamente modestas). Encontró un trabajo, poco estable e impreciso, pero con sueldo fijo y posibilidades de futuro en Berlín con la Universal Films. Este nuevo cometido no sólo satisfacía la gran aspiración de su vida de estar vinculado al mundo de la creación artística, sino que le dio a él y a Gretl los medios para asumir la responsabilidad de encargarse de los hijos casi desamparados de sus hermanos. Por lo tanto debemos lo que fue de nuestras vidas a Carl Laemmle, fundador del *star system* de Hollywood y de la Universal Films. Mi hermana y yo fuimos separados en un primer momento. Nancy fue trasladada a Berlín de inmediato. Yo me quedé en Viena hasta la muerte de mi madre en julio de 1931.

No sé por qué lo hicieron así. Quizá Sidney y Gretl creían que todavía no estaban preparados para hacerse cargo de golpe de otros dos niños, o para encontrar, cuando recibieron la noticia de lo que ocurría, una escuela en Berlín adecuada para un muchacho que estaba a mitad del tercer curso de secundaria en Viena. Es cierto que mi madre estaba mucho más apegada a mí que a mi hermana, pero se había hecho a la idea de que iba a perdersen, pues era muy improbable que pudiera ser capaz de hacerse cargo de sus dos hijos de forma continuada. En cualquier caso su pensamiento de siempre había sido que, a ser posible, yo acabara yéndome a Inglaterra, donde podría recibir una buena educación y hacer carrera como un verdadero inglés. La mayoría de los judíos centroeuropeos de clase me-

dia solían idealizar Gran Bretaña, un país estable, fuerte, aburrido y sin ningún tipo de neurosis, y evidentemente las hermanas Grün, casadas todas ellas con ciudadanos británicos, no fueron menos. De todos modos, dejando el matrimonio a un lado, mi madre era una anglófila extraordinariamente apasionada. Como le dijo en una carta a su hermana, la sola idea de saber que la misiva que redactó para el Sr. Rosenberg iba a llegar a Huddersfield provocaba en ella sentimientos de nostalgia por Inglaterra. Fue ella la que se empeñó en que en nuestra casa se hablara únicamente inglés, no sólo con mi padre, sino también con ella. Me corregía al hablar e intentaba aumentar mi vocabulario más allá de las palabras básicas de una comunicación doméstica. Soñaba que un día yo llegara a trabajar en el Indian Civil Service, o mejor aún, como me veía tan interesado por el mundo de las aves, en el Indian Forestry Service, lo que me acercaría aún más (y de paso a ella) al mundo de su admirado *Libro de la selva*.

Hasta la muerte de mi padre, los de mi madre eran sueños de un futuro lejano. En aquel momento surgió la oportunidad de enviarme a Inglaterra, pues su hermana Mimi se ofrecía a invitarme a la casa de huéspedes que ella y su esposo acababan de abrir en Lancashire, a las afueras de Southport, cerca del campo de golf de Birkdale. Fui allí al finalizar el curso de 1928-1929. Era mi primera visita a Inglaterra y de hecho el primer viaje que emprendía solo. (Lo primero que hizo Mimi a mi llegada fue coger el dinero que llevaba conmigo, pues, como era habitual, el flujo de sus fondos atravesaba un período de inmovilidad.) Durante un tiempo mi madre abrigó esperanzas de que pudiera quedarme allí de modo permanente, diciéndome que averiguara cuándo tenía inicio el curso escolar y «si tienes que aprender muchas cosas para poder alcanzar el nivel de los chicos de tu edad». «Estoy ansiosa de saber qué proyectos tienes para el próximo otoño, o los que tiene la tía Mimi para ti» decía en otra carta. «Espero por tu bien que puedas quedarte allí, y estoy convencida de que tú lo esperas también.» Resulta imposible saber hasta qué punto consideró seriamente esa perspectiva, y es evidente que no había ningún plan preconcebido. En cualquier caso, la posibilidad de que la veleidosa Mimi, siempre sin blanca, con o sin su atractivo marido, por lo demás absolutamente inútil desde el punto de vista económico, pudiera proporcionarme una base permanente, fue siempre remotísima. Regresé a Viena al finalizar mis vacaciones escolares.

Ya no recuerdo si quería quedarme en Inglaterra o no, ni de lo que pensaba al respecto. El hecho de visitar el país, de que me enseñaran Londres y de conocer al tío Harry y a la tía Bella, pero sobre todo a mi primo Ronnie —cinco años mayor que yo— fue algo apasionante, aunque Southport me pareció desastroso, y la vida en Wintersgarth, entre los huéspedes de pago, un solemne aburrimiento. De Inglaterra, aparte del recuerdo de calles interminables de pequeñas casas de ladrillo, amarillentas y grisáceas, que vi cuando fui a Londres, y del sorprendente hallazgo de que la gente de Lancashire pronunciaba las vocales de una manera muy distinta a la nuestra, traje conmigo dos grandes descubrimientos. El primero fueron las publicaciones semanales que los chicos británicos de clase obrera leían con tanta avidez (*The Wizard*, *Adventure* y otros títulos parecidos, muy diferentes a las lecturas *bien-pensant* que nuestros parientes ingleses nos enviaban de

vez en cuando a Viena). Más que leerlos, los devoraba y disfrutaba de ellos al máximo. Me gasté en su adquisición todo el dinero que me daban y me llevé conmigo una colección a Viena. (No eran muy caros, dos peniques cada uno, si recuerdo bien.) Entonces no supe darme cuenta, pero la lectura de esas densas columnas grises de aventuras y sueños fantásticos hicieron de mí, por primera vez, un verdadero ciudadano británico, pues, al menos durante un período, me situaron en la misma longitud de onda que la mayoría de muchachos británicos de mi edad.

El segundo descubrimiento fueron los Boy Scouts. Me llevaron a una reunión internacional de escultistas que tuvo lugar cerca de Southport, y regresé, entusiasmado por esta organización y con un ejemplar del *Escultismo para muchachos* de Baden-Powell, dispuesto a convertirme en uno de ellos. Al año siguiente cumplí mi deseo en Viena, donde los *Pfadfinder* («escultistas») competían con los Halcones Rojos socialdemócratas de camisa azul, en los que no ingresé disuadido por mi madre, pues aunque sus campamentos eran dignos de admiración, yo era todavía demasiado joven para comprometerme con la ideología marxista inherente a esa organización. Por lo tanto, daría mis primeros pasos en la vida pública a los catorce años lejos de cualquier auspicio revolucionario, en un desfile de exploradores cuyos participantes eran principalmente muchachos judíos vieneses de clase media, oficialmente a las órdenes del entonces presidente de Austria, un político católico a todas luces antisemita y poco relevante llamado Miklas.

Yo era un escultista entusiasta e incluso recluté a varios de mis compañeros de clase, aunque carecía del talento suficiente para las actividades al aire libre y la vida en grupo. Sería entre los miembros de esta organización juvenil donde encontrara al que iba a ser mi mejor amigo de aquellos meses comprendidos entre la muerte de mi padre y la de mi madre. Nos mantuvimos en contacto hasta su fallecimiento, pues se vio obligado a huir a Inglaterra cuando Hitler ocupó Austria, y encontró trabajo como portero en la legación de Afganistán en Londres, donde se quedó a vivir para convertirse en asistente sanitario. (Mi cabeza de grupo acabó viviendo en Australia.) De haber habido una organización de los Boy Scouts de Baden-Powell en Alemania, probablemente también me hubiera unido a ella cuando me trasladé a este país a la muerte de mi madre, pero no la había, del mismo modo que por aquel entonces tampoco existía —por mucho que ahora cueste creerlo— ningún equipo alemán de fútbol con prestigio a nivel internacional. Si había un equivalente de los Halcones Rojos austríacos era una organización mucho menos interesante y estaba asociada a un partido socialdemócrata que no tenía nada de revolucionario. El marxismo, por lo tanto, no tenía rival.

Durante los dos años siguientes a mi regreso de Inglaterra, viví una vida semiindependiente curiosamente provisional. Quedarme con una abuela neurótica y casi inválida cuando mi madre fue ingresada en el hospital estaba lógicamente fuera de discusión. Durante unos cuantos meses me llevaron con mi tío abuelo Viktor Friedmann y la tía Elsa, que todavía tenían al menos a una persona joven viviendo con ellos, mi prima Herta, varios años mayor que yo. (Su otro hijo, Otto, se había alojado con Sidney y Gretl en Berlín, por lo que en cierto modo se sentían obligados en cierto modo a corresponder.) Durante el resto del curso fui y vine regularmente de su apartamento en el Distrito Séptimo, al otro lado del cas-

co antiguo, a mi instituto, situado en el Distrito Tercero frente a la casa que se mandó construir el filósofo Wittgenstein (aunque por aquel entonces desconocía esta circunstancia). En verano de 1930 me reuní con Gretl, Nancy y Peter en una aldea alpina de la Alta Austria, Weyer-an-der-Enns, para poder estar cerca de mi madre, que había sido enviada a un hospital-sanatorio del lugar. Como sabrán todos los que hayan leído la *Montaña mágica* de Thomas Mann, se prescribía el aire de la montaña a los que padecían de tuberculosis. Pero con ella no funcionó.

Pasé solo mi último curso escolar en Viena, o mejor dicho como una especie de *au pair* en versión masculina. Alguien se enteró de que una tal Sra. Effenberger, viuda de un coronel y, como muchos buenos vieneses, originaria del sur de Bohemia —exactamente de Pisek—, tenía un hijo, Bertl, dos o tres años menor que yo, que quería recibir clases de inglés. A cambio de esas clases, y probablemente con el pago de un subsidio muy modesto, estaba dispuesta a ocuparse de mí. Como la mujer vivía a las afueras de Währing, tuve que cambiar de escuela una vez más e ingresé en el Instituto Federal XVIII de la Klostergasse, mi tercer centro de secundaria en tres años. Por esa época mi madre había abandonado el hospital de Weyer, siendo trasladada a otro situado cerca de Währing. Empecé a visitarla cada semana. Sidney y Gretl me invitaron a Berlín para pasar las Navidades con ellos y mi hermana; sin embargo, el único contacto físico que tenía de forma regular con mi familia era sentarme junto al lecho de mi madre. A la vez, yo representaba para ella todo lo que le quedaba al alcance de la mano de la obra y las esperanzas de su vida.

A comienzos del verano de 1931 los adultos se dieron cuenta de que el final estaba muy cercano. Gretl tuvo que venir a Viena para quedarse. Mi madre fue trasladada a un sanatorio-jardín en Purkersdorf, al oeste de la capital, donde la vi por última vez poco antes de irme de campamento con los escultistas. No recuerdo nada de ese encuentro, excepto lo demacrada que estaba y que, como yo no sabía qué decir ni qué hacer —había otras personas delante—, me asomé por la ventana y vi un picogordo, un pajarito pequeño con un pico tan fuerte que es capaz de partir huesos de cerezas, especie a la que nunca había visto hasta entonces y hacía mucho tiempo que deseaba observar. El último recuerdo que guardo de ella no está, pues, marcado por la tristeza, sino por el placer ornitológico.

Murió el doce de julio de 1931. Vinieron a buscarme al campamento. Tras el funeral, fue enterrada un caluroso día estival en la misma tumba en que descansaba mi padre. Yo me iría a Berlín, dejando Viena para no volver. A partir de entonces Nancy y yo íbamos a estar de nuevo juntos; y Sidney, Gretl y su hijo Peter (de seis años) serían nuestra familia. Pero la de mi madre no iba a ser la última muerte en la familia que se produjera en aquella década.

Quizá sea éste el momento de hacer ciertas reflexiones sobre mi madre.

Era la más menuda de las tres hermanas Grün, la más inteligente y a todas luces la que más talento tenía, excepto para la *joie de vivre*. Menos hermosa y espontánea que su hermana pequeña Gretl, la belleza de la familia, menos rebelde y aventurera que la mayor, Mimi, probablemente fuera en muchos aspectos la

más convencional de las tres. Prometida con Percy a los dieciocho años de edad, fue la primera de las tres en contraer matrimonio —al que, según sus cartas, llegó virgen—, regresando a Viena después de la guerra como mujer casada, con un hijo y a punto de volverse a quedar embarazada. Sus hermanas y muchos de sus amigos habían vivido mientras tanto aquel hervidero de cambios y emancipación, la guerra y el período de crisis y revolución que tuvo lugar al final de la misma, solteros y sin compromiso. No es que mi madre no viviera la guerra. Durante unos cuantos meses, mientras esperaba poderse desplazar a Suiza para contraer matrimonio en el consulado británico de Zúrich, trabajó como enfermera voluntaria en un hospital militar. Allí aprendió que a los heridos sólo se les podía cubrir en la cama de forma suave, sin ajustar las sábanas —posteriormente me enseñó el truco para hacer la cama de esa forma—, e intentó comunicarse con un soldado ruto moribundo a través de unas frases que fue seleccionando de un libro traducido de cuentos de los hermanos Grimm, cuyo texto alemán estaba fácilmente al alcance de su mano. La vida en la sociedad colonial de Alejandría era una versión exótica, pero aún reconocible, de la que había llevado en Europa hasta 1914. Pero en Viena, donde regresó tras cuatro años de ausencia, no sucedía lo mismo.

En ciertos aspectos, quedó anclada de forma convencional en la mentalidad de la clase media vienesa anterior a 1914. Como ya he señalado previamente, mi madre encontraba prácticamente inconcebible una vida sin servicio doméstico, y quedó asombrada al descubrir que en Inglaterra las señoras eran capaces de cocinar y hacer las tareas del hogar sin ningún tipo de ayuda, y seguir siendo unas señoras. Daba por supuesto que una mujer casada debía anteponer los intereses de su esposo y de sus hijos a los suyos propios, y el hecho de que su hermana Mimi se negara a hacerlo la dejaba estupefacta y siempre la irritó. No es que esta actitud hiciera de ella una madre particularmente buena, pero sí es verdad que, tal como coincidimos en señalar mi hermana y yo muchos años después al comparar ciertas anotaciones de nuestra juventud, ninguna de las múltiples personas que constituyeron o adoptaron las figuras paterna y materna en nuestras vidas encajaba en el papel por su talento o su experiencia. Ninguno supo hacerlo verdaderamente bien, ni había motivo para esperar que lo hiciera. Sus padres tampoco habían sabido hacerlo. Mi madre no se lanzó de cabeza a las nuevas modas del mundo, aunque al final las siguió. No se cortó su melena hasta 1924 o 1925, y se sintió muy decepcionada cuando nadie pareció darse cuenta de ello.

La vida en Viena hizo muy pocas concesiones a alguien que (según confesaba en su diario) afirmaba que para ella la felicidad consistía en «mirar el fuego de la chimenea, sin aspirar a nada más» y que manifestaba que su libro favorito era *Los cuentos* de Andersen. No considero que fuera un ama de casa eficiente ni entusiasta, ni tampoco una gran administradora, aunque, al parecer, le divertía confeccionar vestidos y le gustaban incluso las continuas modificaciones y retoques necesarios para adaptar la ropa vieja a un nuevo uso o a sus hijos en constante crecimiento, circunstancia que se hizo necesaria debido al escaso presupuesto familiar. Había veces que se declaraba en huelga contra la lucha constante de llegar a fin de mes. «Fui al centro y entré en un café, y me dije “*après moi*”...», anotó un

día en el que tenían que traer la colada de la lavandería, en casa no había ni un céntimo para pagarla, y las dos amigas a las que había acudido para pedirles dinero prestado habían salido. O simplemente quizá decidía ir sola al cine para olvidar. O bien, cada vez con mayor frecuencia, se quedaba absorta en la escritura, actitud que al menos tenía una justificación de tipo material, pues repercutía económicamente. O se aferraba a un puñado de amigos íntimos (entre los que se encontraba su hermana menor), los cuales, con el paso del tiempo, supusieron seguramente su principal apoyo moral. Y quienes, a cambio, contaron con su amistad, la quisieron y la admiraron.

Sin embargo, resulta curioso que no fuera una gran lectora de literatura contemporánea. Una vez, a mediados de los años veinte, cuando su hermana convaleciente le pidió algunos libros para leer, le dijo que aparte de Shakespeare, apenas había leído últimamente nada, y que no había pisado una librería desde hacía siglos.

¿Cuándo empezó a pensar en sus posibilidades como escritora, ocupación por entonces mucho menos habitual entre las mujeres de Centroeuropa que en el ambiente ya muy feminizado de la novela inglesa? ¿Cuándo eligió el seudónimo de «Nelly Holden»? En 1924 ya había enviado algunos manuscritos a Rikola-Verlag y había escrito una novela, o al menos había hecho su bosquejo; probablemente fuera la que, basándose en sus propias experiencias, narraba la vida de una joven en Alejandría, publicada por Rikola en 1926 bajo el título *Elisabeth Chrissanthis*. Escribió otra novela más o menos cuando mi padre murió, pero, para su desgracia, al editor no le entusiasmó, le pidió que la volviera a escribir y, al final, nunca se publicó. Es de suponer que se hubiera editado si mi madre hubiera podido seguir con su trabajo. Al parecer, el manuscrito no se ha conservado. No puede saberse hasta qué punto se tomaba en serio los relatos breves que escribía para las revistas. Por otro lado, no cabe la menor duda de que sentía un gran orgullo, por lo demás legítimo, de la profesionalidad y la calidad literaria de sus traducciones.

¿Hasta qué punto era una buena escritora? Leí su novela sólo muchos años después. De joven nunca quise saber nada de ella, y no sé por qué. Mi madre escribía con seriedad y estilo, en un alemán lírico, armonioso y muy cuidado, lo que quizás era natural para una joven intelectual de Viena que con anterioridad había sido una fiel asistente a los recitales del gran Karl Kraus, pero no puedo afirmar con honestidad que fuera una autora de primera clase. También compuso varios poemas que han desaparecido. Cuando los leí de adolescente recuerdo que sorprendí a mi tía Gretl al decirle que no me parecían una maravilla, creyendo, incluso en aquella circunstancia, que uno nunca debe engañarse a sí mismo, ni siquiera con respecto a las personas o las cosas que más le importan en la vida.

Éstas son las reconstrucciones de un hombre ya mayor, que sigue intentando dejarse guiar por ese principio en sus pasiones profesionales y privadas. Y en cualquier caso todo ello es bastante irrelevante para la relación que mantuve con la persona que ha ejercido la influencia más profunda sobre mi vida. Soy en la actualidad lo suficientemente viejo para ser el abuelo de una mujer que murió a los treinta y seis años de edad, y aún así, parecería absurdo que, si tuviéramos que encontrarnos en la laguna estigia, la viese o la tratase como a una joven. Seguiría

siendo mi madre. Esperaría que me preguntase qué había sido de mi vida, y yo le diría que conseguí realizar al menos algunas de las esperanzas que había depositado en mí, que acepté al menos algunos de los signos de reconocimiento público porque pensaba que a ella le habría gustado. Y creo que no sería más honesto o deshonesto que sir Isaiah Berlin, quien solía excusarse por haber aceptado el título de «sir» diciendo que lo había hecho sólo por complacer a su madre. No me cabe la menor duda de que esa prueba tangible de que el niño al que tanto se había esforzado en convertir en un inglés como es debido había logrado ser un miembro reconocido del mundo de la cultura oficial británica le habría proporcionado mayor felicidad que cualquier cosa de las que le ocurrieron en los últimos diez años de su breve existencia.

Creo que la influencia que mi madre ejerció en mí fue, sobre todo, de índole moral, si bien durante su enfermedad me movió también el afán de no herirla y de no ir contra sus deseos. Tomaba buena nota de lo que me decía incluso cuando era crítica con mi comportamiento. La tomaba en serio. Creo que tanto su honestidad como su orgullo demostraban convicción. Carecía de fe religiosa y no tenía el menor interés en ser judía como tal, aunque, para complacer a su madre, se había casado por lo religioso, así como por lo civil. No obstante, como ya he recordado anteriormente, fue ella quien me transmitió el principio último de mi sentimiento judío, para irritación o confusión de aquellos que no puedan creer que una simple negativa resulte a veces base suficiente de identidad. Probablemente retrasó mi compromiso político al sugerir que incluso los muchachos muy brillantes necesitaban tiempo para reflexionar y crecer intelectualmente, al igual que me enseñó que había grandes escritores a los cuales sólo se les podía comprender con la edad. Y, como siempre había sido sincera conmigo, creí en sus palabras.

No es que, aun dejando de lado la edad, estuviéramos en la misma onda intelectual. Nunca me contagió su entusiasmo por el paneuropeísmo, un movimiento en cierta medida conservador que abogaba por una política europea única (con la exclusión de Rusia), propagado por un aristócrata austríaco, el conde Coudenhove-Kalergi. Aquella fue la única incursión de una mente liberal, pero apolítica en esencia, en el mundo de la política. Por otro lado le aburrían profundamente los escritos del esposo de su amiga Grete Szana, el peripatético Alexander Szana, en los que informaba de sus viajes político-sociales a Rusia (extremadamente críticos), al norte de África, y a otros lugares. Yo lo escuchaba hablar con avidez, animado sin duda por sus generosos regalos de sellos del mundo que llegaban a las oficinas de su periódico. Gracias a esos recuerdos, más tarde elegí ir al norte de África, cuando Cambridge me ofreció una beca estudiantil de viaje en 1938. Obviamente creo que mi admiración por Karl Kraus deriva de mi madre, pero su insistencia en hacerme escuchar la representación entera del *Sansón y Dalila* de Saint-Saëns por la radio de mis abuelos —no creo que nosotros tuviéramos una— tuvo como consecuencia mi distanciamiento de la música clásica durante varios años.

Todavía recuerdo cómo me sentaba al lado de la cama de mi madre en el hospital, cómo conversábamos, mientras yo me preparaba para la vida y ella para ponerle punto final. Quería seguir viviendo. «Me gustaría poder creerlo», me decía

señalando las *Christian Science Scriptures* de Mary Baker Eddy, regalo de alguien que había venido a visitarla. «Quizás esa fe, de haberla tenido, me habría sido de más ayuda que los médicos —recuerdo que me dijo un día—, pero no la tengo.» Poco antes de morir, sin embargo, creyó sentir una mejoría, pensó incluso que quizá se curaba. Me han dicho que esto es siempre un signo fiable de que el final está al caer.

Vistos retrospectivamente, los años comprendidos entre la muerte de mi padre y la de mi madre parecen un trágico y traumático período de pérdida e inseguridad, que habría debido dejar una huella imborrable en la vida de los dos niños que lo vivieron. Se ha verificado con absoluta certeza, y no cabe la menor duda de que mi hermana tardó muchos años en recuperarse de la pérdida de su padre, a la que siguió una infancia incomprendida y una juventud llena de resentimiento, marcada por los cambios constantes y por la inestabilidad emotiva. Estoy completamente seguro de que yo también llevo las cicatrices emocionales de aquellos sombríos años en algún lugar de mi corazón. Y, sin embargo, no creo que entonces fuera consciente de ellas. Quizá sea la ilusión de alguien que, como si de un ordenador se tratara, dispone de la función «papelera de reciclaje» para eliminar datos desagradables o inaceptables, mediante la cual, sin embargo, otros pueden recuperarlos fácilmente. De todos modos, no creo que ésta sea la única explicación de por qué no viví aquellos años de una manera especialmente dolorosa, aunque no fueran particularmente felices. Quizá la realidad de la situación me pasó desapercibida porque viví casi todo el tiempo alejado en cierto sentido del mundo real —no tanto en un mundo de sueños, sino en un universo marcado por la curiosidad, la indagación, la lectura solitaria, la observación, la comparación y la experimentación—; aquella fue la única vez en mi vida que fabriqué por mí mismo un aparato de radio (era fácil construir los receptores de lámparas con cajas de puros). Aunque entablase durante mi año de *boy scout* al menos una amistad duradera, no conocí la intimidad. Cuando pienso en mi vida durante el año que antecedió a la muerte de mi madre, me vienen a la mente tres recuerdos: en el primero, me veo sentado solo en un columpio que había en el jardín de la Sra. Effenberger, intentando aprender de memoria el canto de los mirlos, mientras distingo la variedad de sus tonos; en el segundo, estoy recibiendo el regalo de cumpleaños de mi madre —una bicicleta muy barata de segunda mano— con esa vergüenza característica que sólo siente un adolescente, pues era evidente que su cuadro estaba abollado y había sido repintado; y en el tercero, me veo pasando una tarde por delante del escaparate de una tienda que estaba enmarcado por espejos, descubriendo el aspecto de mi rostro visto de perfil. ¿Tan poco agraciado era? Ni siquiera me servía de consuelo el hecho de que sin duda pertenecía al tipo psicosomático delgado de los tres establecidos por Kretzschmer (de los que había tenido conocimiento a través de una de las apasionantes publicaciones populares de *Kosmos*, *Gesellschaft der Naturfreunde*), y de que, como Federico el Grande, mi aspecto mejoraría en la vejez. Como me sucedería con muchas otras cosas entonces y más tarde, no dejé traslucir mis sentimientos.

No es que en mi vida posterior pensara mucho en aquellos días. Tras abandonar Viena en 1931, nunca volví a visitar la sepultura. En 1996 fui en su busca, como parte de un programa televisivo sobre la historia de entreguerras desde la experiencia de un niño centroeuropeo. Pero después de más de sesenta años de historia mundial fue imposible hallar la tumba cuya lápida había encargado mi madre a un coste de 400 chelines. Las cámaras me filmaron mientras intentaba encontrar su emplazamiento. Únicamente en el banco de datos electrónico que habían tenido la previsión de compilar las autoridades del sector judío del Cementerio Central de Viena, conscientes del mercado turístico americano, aparecía la noticia de que la sepultura albergaba los restos de Leopold Percy Hobsbaum, fallecido el 8 de febrero de 1929, de Nelly Hobsbaum, fallecida el 12 de julio de 1931 y también, para mi sorpresa, los de mi abuela, Ernestine Grün, cuya muerte tuvo lugar en 1934.

Capítulo 4

BERLÍN: LA MUERTE DE LA REPÚBLICA DE WEIMAR

Cuando en 1960 regresé a Viena por primera vez tras casi treinta años de ausencia, nada parecía haber cambiado. Las casas en las que habíamos vivido y las escuelas a las que habíamos asistido seguían allí, aunque ahora parecían más pequeñas, las calles eran perfectamente reconocibles, incluso los tranvías circulaban con sus viejos números y letras por los mismos itinerarios. El pasado estaba presente físicamente. Pero en Berlín no era así. La primera vez que regresé a esa ciudad, me planté ante lo que debía ser la casa en la que habíamos vivido, en la Aschaffenburgstrasse en Wilmersdorf. Sobre el plano la calle aún iba desde la Prager Platz hasta la Bayrischer Platz. La Barbarossastrasse debía dar comienzo precisamente frente a la puerta principal del edificio de nuestro antiguo apartamento, y llevar directamente a la escuela en la que estudiaba mi hermana. Pero ya nada era así. Ahora había casas, pero no las reconocía. Como si me encontrara en una de esas pesadillas en las que uno se halla desorientado y desplazado, no sólo no era capaz de identificar nada en aquel lugar, sino que ni siquiera sabía en qué dirección mirar para orientarme y evocar mis recuerdos. El edificio en ruinas de mi antigua escuela seguía presente físicamente en la Grunewaldstrasse, pero la escuela propiamente dicha no había sobrevivido a la guerra. El lugar en el que estaba ubicado el despacho de mi tío en el centro de la ciudad ni siquiera aparecía en el plano, pues toda la zona situada alrededor de Leipziger Platz y de Potsdamer Platz, una tierra de nadie arrasada por los bombardeos entre los sectores oriental y occidental, ni siquiera había sido conceptualmente restaurada desde que finalizara la guerra. En Berlín, el pasado físico había sido barrido por las bombas de la Segunda Guerra Mundial. En el terreno ideológico, ninguna de las dos Alemanias de la Guerra Fría, ni la Alemania reunificada de la década de los noventa se preocuparon en llevar a cabo su restauración. La capital de la nueva «República de Berlín», un escaparate subvencionado de los valores de prosperidad y libertad lo mismo que el Berlín Occidental durante la Guerra Fría, es un invento arquitectónico. La República Democrática Alemana no se distinguía por su capacidad constructora —su obra más ambiciosa, aparte de la Stalinallee, fue el Muro de Berlín—, ni por su preocupación restauradora, aunque arquitectónicamente

hizo todo lo que pudo con el hermoso casco antiguo prusiano de la ciudad, que el azar hizo que cayera dentro de su territorio. De ese modo la ciudad en la que pasé los dos años más decisivos de mi vida sólo sigue viva en mi recuerdo.

No es que el Berlín de los últimos años de la República de Weimar fuera arquitectónicamente digno de mención. Era una ciudad en plena expansión, típica del siglo XIX, esto es, caracterizada esencialmente por la pesadez del estilo victoriano tardío (lo que en alemán se califica de «guillermينو»), pero sin el aire imperial y la coherencia urbana de la Viena de la Ringstrasse, o del trazado de Budapest. Era heredera de una forma de crecimiento de estilo neoclásico bastante logrado, pero en su mayor parte estaba formada, en la zona oriental marcadamente proletaria —Berlín era un centro industrial—, por los infinitos patios de los gigantescos «cuarteles de alquiler» (*Mietskasernen*) en calles despobladas de árboles, y en la occidental, mucho más verde y típica de la clase media, por edificios de pisos más ornamentados y (evidentemente) más confortables. La Berlín de Weimar seguía siendo en esencia la Berlín de Guillermo II, la cual, prescindiendo de sus dimensiones, era probablemente la capital menos distinguida de la Europa no balcánica, aparte quizá de Madrid. En cualquier caso, los adolescentes intelectuales difícilmente se habrían dejado impresionar por los esfuerzos imperiales de llevar a cabo construcciones memorables, como por ejemplo el Reichstag y la vecina Siegesallee, una ridícula avenida con treinta y dos soberanos de la casa de Hohenzollern immortalizados en sendas estatuas, todas ellas símbolo de gran gloria militar y —lo que era fuente de un sinfín de chistes berlineses— todas ellas invariablemente con un pie adelantado. Fue destruida después de la guerra por los aliados victoriosos, aunque carentes de sentido del humor, presumiblemente en su afán de eliminar Prusia y todo aquello que pudiera recordársela a los alemanes de la memoria colectiva a partir de 1945. Sólo ha quedado en pie un monumento literario igualmente incongruente. Rudolf Hermsdtadt, el antiguo editor del periódico oficial del gobierno de la Alemania del Este, expulsado de la presidencia del Partido Socialista de la Unidad en 1953 y acusado de ser partidario de Beria, el jefe (ejecutado) de la policía secreta soviética, fue desterrado a los Archivos Estatales Prusianos. (Para ser justos con un régimen que ha tenido con razón muy mala prensa, debemos decir que ninguno de sus militantes acusado de traición fue ejecutado, ni siquiera en los peores años del estalinismo.) Allí se entretuvo escribiendo un libelo extremadamente ingenioso y divertido, *Die Beine der Hohenzollern* (Las piernas de los Hohenzollern), a partir de un expediente que encontró. Consistía en una colección de ensayos redactados por estudiantes de secundaria, exigidos por algún maestro desesperado que pretendía extraer una enseñanza pedagógica de una visita escolar al (entonces nuevo) monumento al patriotismo prusiano. ¿En qué medida las posturas de las estatuas expresan el carácter de los personajes que representan? Éste era el tema elegido para que los alumnos escribieran sus redacciones; el éxito por el sentimiento de lealtad demostrado en las mismas fue tal, que el propio káiser pidió que le hicieran llegar los trabajos y escribió comentarios en ellos de su imperial puño y letra. Era un ejercicio muy en consonancia con el espíritu del Berlín de Weimar.

El Berlín en el que vivía la gente joven de clase media en 1931-1933 era una

ciudad para moverse, no para pararse y mirar, de calles y no de edificios (la Motzstrasse y la Kaiserallee de Isherwood y Erich Kästner y de mi juventud). Pero para la mayor parte de nosotros lo importante de aquellas calles era que muchas de ellas conducían al sector de la ciudad verdaderamente memorable, el anillo de lagos y bosques que la rodeaba y que todavía hoy la rodea: el Grunewald, y sus estrechos lagos perfilados de matorrales y árboles, el Schlachtensee y la Krumme Lanke, sobre cuyas superficies heladas solíamos patinar durante el invierno —Berlín es una ciudad que se distingue por sus bajas temperaturas— hasta Zehlendorf, puerta de entrada al maravilloso conjunto lacustre de Wannsee al oeste. Los lagos situados al este no solían formar parte de nuestro mundo. La zona oeste era donde residían los ricos y los muy ricos en mansiones de piedra gris rodeadas de árboles. Por una paradoja no del todo insólita en Berlín, el «Grunewaldviertel» se había desarrollado originalmente gracias a un millonario perteneciente a una familia judía de la ciudad orgulloso de su larga tradición política izquierdista, la cual se remontaba a un antepasado suyo gran coleccionista de libros convertido a la fe revolucionaria en el París de 1848: allí había adquirido una primera edición del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels. En mi época sus representantes más conspicuos eran los hijos e hijas de R. R. Kuczynski, un distinguido demógrafo que a partir de 1933 encontró refugio en la London School of Economics. Todos ellos fueron comunistas toda su vida, siendo los más conocidos Ruth, la cual, en el transcurso de una larga y aventurera carrera en los servicios de inteligencia soviéticos, actuó, entre otras cosas, como enlace de Klaus Fuchs en Gran Bretaña, y el encantador y siempre optimista Jürgen, especializado en historia de la economía, un ingenioso defensor de la que a su juicio era la tesis de Marx sobre la pauperización del proletariado, y que trasladó la gigantesca biblioteca familiar de nuevo al Berlín Oriental, donde falleció a los noventa y tres años de edad siendo decano de su materia, tras haber escrito probablemente más palabras que cualquier otro erudito conocido por mí, incluso sin contar los cuarenta y dos volúmenes de su *Historia de las condiciones de la clase obrera*. Sencillamente, no podía dejar de leer y escribir. Como su familia todavía poseía el Grunewaldviertel, probablemente fuera el ciudadano más rico del Berlín Oriental, lo que le permitió aumentar su biblioteca y ofrecer un premio anual de 100.000 marcos (orientales) a trabajos prometedores realizados por jóvenes especialistas de la RDA en materia de historia de la economía que, gracias a su ayuda, tuvo un gran florecimiento en la Alemania del Este. El hombre sobrevivió a la RDA, donde había expresado algunas opiniones disidentes de carácter moderado, que fueron toleradas por lo patente de su candorosa lealtad. Y al fin y al cabo llevaba en el Partido Comunista más tiempo que los dirigentes del régimen.

Berlín, como Manhattan (con la que la capital alemana le gustaba compararse en los años de Weimar), era una ciudad que políticamente se situaba a la izquierda del centro. Carecía de una clase patricia y burguesa local históricamente arraigada y, por lo tanto, estaba mejor predisuelta que otras ciudades a acoger a los judíos. (La tradición aristocrática de la corte, el Ejército y el Estado de Prusia miraba por encima del hombro a cualquier burgués del tipo que fuera.) Era una ciudad que sabía discriminar las tonterías, escéptica ante las pretensiones de su-

perioridad social, la retórica nacionalista y el sentimentalismo. Pese a los esfuerzos del Dr. Goebbels, que se empeñó en liberarla de los rojos en nombre de Hitler, Berlín nunca llegó a ser una ciudad nazi en su corazón. A diferencia del dialecto de Viena, hablado de una forma u otra por todo el mundo, desde el emperador al basurero, el berlinés, una adaptación urbana, acelerada y graciosa del *plattdeutsch* de las llanuras del norte de Alemania, era ante todo una forma de hablar demótica que servía para distinguir al pueblo llano de la gente bien, pero que entendía todo el mundo. La simple insistencia en determinadas formas gramaticales del berlinés que, correctas en dialecto, eran a todas luces incorrectas en el alemán académico, era suficiente para mantenerlo al margen de las conversaciones cultas. Como cabe suponer, los alumnos de clase media de mi instituto clásico lo utilizaban con entusiasmo, al igual que los estudiantes de prestigiosos liceos de París empleaban el argot plebeyo de su ciudad, y tras la caída de la RDA algunos habitantes del antiguo Berlín Oriental, resentidos pero orgullosos, han querido diferenciarse de los occidentales que ahora rigen la parte de Alemania que había sido suya, haciendo hincapié en su «Berliner», esto es, expresándose en el dialecto más difuso. Era un lenguaje chulesco y descarado, en el que yo también me sumergí con entusiasmo, aunque hasta la actualidad la inflexión original de mi alemán tiende a ser vienesa. Incluso hoy en día el sonido, ahora difícil de escuchar por las calles, del berlinés puro, hace que vuelva a mi mente el momento histórico que marcó la trayectoria del siglo xx y de mi propia vida.

Llegué a Berlín a finales del verano de 1931, cuando la economía mundial se hundió. Al cabo de unas semanas, Gran Bretaña, su eje durante el siglo anterior, abandonó el patrón oro y el libre comercio. La catástrofe se esperaba en Centroeuropa desde el momento en que los norteamericanos pidieron la devolución de sus préstamos, lo que había tenido lugar al principio de aquel verano cuando dos grandes bancos quebraron. El cataclismo financiero no tuvo un impacto directo en un adolescente desplazado, pero el desempleo, que ya iba en aumento de una forma vertiginosa —afectaba al 44 por 100 de la mano de obra alemana en 1932— llegó a nuestra propia familia. Mi primo Otto, que había vivido con Sidney y Gretl y que todavía los visitaba de vez en cuando, perdió su trabajo, y como reacción se hizo comunista. No fue el único: en 1932 el 85 por 100 de los militantes del KPD (el Partido Comunista de Alemania) estaba en el paro. Yo, más joven que él, estaba lógicamente impresionado de cómo alguien tan alto, bien parecido y que gozaba de tanto éxito entre las mujeres, ahora llevaba un distintivo con las iniciales rusas de las Juventudes Comunistas Internacionales. Supongo que fue el primer comunista que conocí a sabiendas de cuál era su ideología: en Austria apenas había comunistas, y la idea de ingresar en ese partido político fue un hecho que, por lo tanto, no pasó por la cabeza de los jóvenes hasta después de que la guerra civil de 1934 desacreditara a los líderes socialdemócratas.

El hundimiento de la economía mundial estaba en un punto en el que los jóvenes de clase media, más que experimentarlo directamente, lo conocían de oídas. Pero la crisis económica del mundo era como un volcán y generaba erupciones políticas. De eso es de lo que no podíamos escapar, pues dominaba nuestro horizonte como las siluetas de los volcanes de verdad —el Vesubio, el Etna o el

Mont Pelée—, que humean de vez en cuando dominando el paisaje de las ciudades situadas a sus pies. La erupción flotaba en el aire que nos rodeaba. Desde 1930 su símbolo se había convertido en algo cada vez más familiar: la esvástica negra dentro de un círculo blanco sobre un fondo rojo.

Es difícil para todo aquel que no haya vivido en primera persona la «Era de la Catástrofe» del siglo xx en Europa central comprender qué significaba vivir en un mundo del que sencillamente se esperaba que no iba a durar, en un mundo que, en realidad, no podía ser calificado de tal, sino tan sólo de situación provisional entre un pasado caduco y un futuro todavía por nacer, excepto, quizá, en el interior de la Rusia revolucionaria. En ningún lugar ese ambiente se hizo más palpable que en la República de Weimar en sus días de agonía.

Nadie había deseado verdaderamente el Estado de Weimar en 1918, e incluso los que lo aceptaron y los que lo apoyaron activamente pensaban que se trataba, como mucho, de un mal menor: mejor que una revolución social y que los bolcheviques o los anarquistas (si eran de la derecha moderada), y mejor que el Imperio Prusiano (si su ideología se situaba en la izquierda moderada). Nadie se preguntaba si el régimen iba a superar las catástrofes de sus primeros cinco años de existencia: un tratado de paz condenatorio rechazado casi unánimemente por toda la población alemana al margen de sus tendencias políticas, golpes militares fallidos y asesinatos terroristas por parte de la extrema derecha, intentos fallidos de establecer repúblicas soviéticas locales e insurrecciones frustradas por parte de la extrema izquierda, la ocupación por parte del ejército francés del corazón industrial de Alemania, y para rematar la situación, el fenómeno incomprensible (para la mayoría de la gente), y hasta la actualidad no igualado, de la «Gran Inflación» galopante de 1923. Durante unos pocos años, a mediados de la década de los veinte, pareció por un breve espacio de tiempo que el sistema podría funcionar. El marco se estabilizó —permaneció estable hasta el estallido de la guerra y de nuevo desde 1948 hasta su definitiva desaparición— al tiempo que la economía más fuerte de Europa, una vez recuperada de la Gran Guerra, volvía a gozar de su dinamismo, y por primera vez parecía vislumbrarse en el horizonte una estabilidad política. Pero no consiguió, no pudo, superar el hundimiento de Wall Street y la Gran Crisis. En 1928 la lunática ultraderecha parecía prácticamente extinguida. En las elecciones de ese año, el Partido Nazi de Hitler quedó reducido al 2,5 por 100 de los votos y a doce escaños en el Reichstag, de hecho menos que el Partido Demócrata, el más leal al sistema de Weimar, cada vez más debilitado. Dos años más tarde los nazis volverían con 107 escaños, situándose sólo por detrás de los socialdemócratas. Lo que quedaba de la República de Weimar tuvo que gobernarse por decreto de emergencia. Entre el verano de 1930 y febrero de 1932 el Reichstag se reunió apenas diez semanas entre unas cosas y otras. Y a medida que el paro aumentaba, crecían irremisiblemente las fuerzas cuya ideología proponía algún tipo de solución extremista y revolucionaria: el nacional-socialismo por la derecha y el comunismo por la izquierda. Así estaban las cosas en Berlín cuando llegué a la ciudad en el verano de 1931.

Me reuní con Nancy y con Peter, que por aquel entonces tenía siete años de edad, en el piso que Sidney y Gretl habían alquilado en la Aschaffenburgstrasse.

se a una de las tantas viudas ancianas de buena familia que se veían obligadas a ello por las dificultades económicas que atravesaban. Apenas recuerdo nada de ese apartamento, sólo que tenía mucha luz y que las conversaciones que mantenían los adultos con sus invitados durante la cena podían oírse desde la habitación donde dormía. Sidney y Gretl tenían una vida social bastante movida, relacionándose con personas que habían conocido por negocios y con parientes y amigos de Viena que residían en Berlín o visitaban la ciudad, pues la pequeña y empobrecida Austria del período de entreguerras era un escenario demasiado reducido para el talento vienés. Nosotros éramos aún muy jóvenes para participar de ella. Leíamos la *Vossische Zeitung*, periódico que mi tía apreciaba principalmente por sus páginas culturales que solía recortar. Tengo recuerdos muy claros de los grandes cines y de los sofisticados automóviles de lujo aparcados delante (Maybachs, Hispano-Suizas, Isotta-Fraschinis, Cords).

A los pocos días de mi llegada, el tío Sidney me encontró una plaza en el Prinz-Heinrichs-Gymnasium, en Schöneberg, un instituto al que podía acudir a pie, situado entre nuestro apartamento y la Barbarossaschule, el colegio de Nancy, al que llegué a tiempo de entrar en la *Obertertia* (el tercer curso del instituto). A diferencia de las escuelas de secundaria de Austria o Gran Bretaña, las alemanas contaban sus cursos en sentido descendente, de ese modo se empezaba en la *Sexta* (el sexto) y se obtenía el diploma (*Abitur*) y la graduación tras aprobar la *Oberprima* (primero). Del total de trece años que pasé en siete centros educativos hasta mi ingreso en Cambridge, los aproximadamente diecinueve meses que pasé en el PHG son los que han dejado una huella más profunda en mi vida. Fue el medio a través del cual experimenté lo que incluso entonces supe que sería un momento decisivo de la historia del siglo xx. Además no lo viví como niño austríaco (aunque acababa de llegar a la pubertad durante mi último año en Viena), sino en el período de las revelaciones de la adolescencia, cuando la pasión y el intelecto descubren el mundo real por primera vez y precisamente la experiencia vital resulta inolvidable. Muchos años después un viejo amigo hizo que me encontrara con el entonces embajador alemán en el Reino Unido, Günther von Hase, quien, cuando se citó mi nombre en el transcurso de la conversación, recordó inmediatamente que habíamos sido compañeros de estudios. Y yo, asimismo, había reconocido inmediatamente su nombre, asociándolo a un rostro conocido en el aula que ambos habíamos compartido (circunstancia que tan sólo se produjo durante unos cuantos meses de una larga vida, en la cual es indudable que ninguno de los dos había pensado en el otro desde 1933). Simplemente fuimos compañeros de clase, en ningún caso amigos. Pero estuvimos allí juntos, en un momento de nuestras vidas y de la historia del que uno no puede olvidarse. Precisamente nuestros nombres lo resucitaron. En el llano paisaje de mis años escolares, el PHG aparece como si fuera una cadena montañosa. Pues tras mi estancia en Berlín, los primeros años de mi vida en Inglaterra no guardan un interés especial.

¿Realmente fue tan importante mi escuela de Berlín como me lo parece a mí contemplada retrospectivamente? La artillería de Weimar bombardeó desde todos los ángulos a un expectante muchacho de catorce años. La escuela no me enseñó las canciones que todavía hoy significan «Berlín» para mí (desde la *Ópera*

de tres cuartos de Brecht-Weill hasta la bronceada voz de Ernst Busch cantando el *Stempellied* [Canción del subsidio] de Erich Weinert). No tuve conocimiento de los grandes acontecimientos de la época —la caída del gobierno de Brüning, las tres elecciones nacionales de 1932, los gobiernos de Papen y de Schleicher, la ascensión al poder de Hitler, el incendio del Reichstag— a través de la escuela, sino por medio de los carteles de las calles y gracias a los periódicos y a los noticiarios que llegaban a casa (aunque, curiosamente, recuerdo menos los noticiarios radiofónicos de Berlín que los de Viena). Aquellos monumentos del diseño y del esplendor de Weimar, los libros de la Malik Verlag, los recuerdo en las estanterías de la sección de libros del KaDeWe, los grandes almacenes situados en la Tauentzienstrasse, que constituyen una de las pocas continuidades con el Berlín de mi juventud: llenas de autores como B. Traven, Ilya Ehrenburg, Arnold Zweig y, por otro lado, Thomas Mann y Lion Feuchtwanger.

Buena parte de toda esa información me llegó, como cabe suponer, a través de casa. El tío Sidney disfrutaba de uno de sus momentos transitorios de esplendor económico trabajando para la Universal Films, que, como productora de *Sin novedad en el frente*, la película de Lewis Milestone basada en la aplaudida novela antibélica de Erich Remarque, se encontraba en el epicentro de la política cultural del régimen de Weimar. Los nazis habían organizado manifestaciones en su contra y habían reclamado que la prohibieran. Más aún: el jefe de la empresa, el «tío» Carl Laemmle, era el único magnate de Hollywood oriundo de Alemania y estaba perfectamente al corriente de lo que sucedía en el país, pues regresaba cada año para no perder el contacto con su tierra. Y no lo perdió. No era precisamente un hombre al que se pudiera calificar de intelectual, pero para el espectador informado las películas por las que la Universal era más famosa —aparte de *Sin novedad en el frente*—, las de terror, como por ejemplo *Frankenstein* y *Drácula*, mostraban a todas luces la influencia de la vanguardia expresionista alemana.

¿Quién sabe cómo Sidney entró en el negocio cinematográfico? En 1930 había logrado con su palabrería que le dieran algo parecido a un trabajo en la Universal. No era fijo ni estable. Pero mientras duró, gozó de estima profesional, aunque sólo fuera por el regalo personal que le hizo el propio «tío» Carl de un ejemplar firmado de su biografía, escrita por un literato inglés y olvidado poeta menor al estilo georgiano, John Drinkwater. (Laemmle lo había elegido después de que H. G. Wells lo rechazara, porque le dijeron que Drinkwater —del que, como cabe suponer, no había oído hablar en su vida— había escrito una biografía de Abraham Lincoln.) Se vendieron sólo 164 ejemplares en Inglaterra.¹ El nuestro no ha sobrevivido a las peripecias de la familia Hobsbawm en el siglo xx.

Nunca supe en qué consistían las funciones concretas de Sidney en la empresa. Una carta de mi abuela revela una oferta de trabajo para él en las oficinas de París en el otoño de 1931, la cual rechazó, porque Gretl dijo que los niños (mi hermana y yo) apenas habíamos tenido la oportunidad de habituarnos a las nuevas escuelas de Berlín. El destino está determinado por ese tipo de decisiones familiares a corto plazo. ¿Cómo habrían sido nuestras vidas si nos hubiéramos trasladado a París en 1931? Una de las labores que indudablemente realizó fue la preparación del viaje para el rodaje de la película *S.O.S. Eisberg*, una aventura

polar con Luis Trenker, veterano de filmes de nieve y montañas, y el as de la aviación Ernst Udet, que se ganaba la vida doblando a los protagonistas en escenas arriesgadas de pilotaje de aviones hasta que la política de rearme alemana le ofreció un puesto distinguido en las fuerzas aéreas de Hitler. Del asesoramiento técnico se encargaron los miembros de las expediciones de Alfred Wegener, uno de los cuales visitó nuestra casa y me contó la teoría de la deriva de los continentes, y cómo se le congelaron todos los dedos de los pies durante un invierno en Groenlandia. Al menos en otra ocasión actuó de promotor de los productos de Hollywood que se distribuían en Europa (más concretamente de *Frankenstein* en el mercado polaco). Un elemento de su campaña, de la que tan orgulloso se sentía, consistió en hacer correr de boca en boca el rumor (en beneficio del público judío, por entonces muy numeroso) de que Boris Karloff, cuyo verdadero apellido, Pratt, era poco llamativo, se llamaba en realidad Boruch Karloff y se había limitado a adaptar ligeramente su nombre para el público no hebreo. No cabe duda de que mi tío tenía contactos con Polonia, pues una vez, durante el verano de 1932, se planteó la posibilidad de trasladarnos a vivir allí, y Sidney intentó prepararnos para el distinto tipo de vida que se llevaba en ese país. Habríamos residido en Varsovia. Los polacos, me dijo, eran gente muy susceptible con un alto sentido del honor y una tendencia a batirse en duelos. Nunca tuve la oportunidad de comprobar la veracidad de su información.

No obstante, cuando pienso en ello, nuestra casa no estuvo tan arraigada a Berlín como la escuela. Como habrá entendido el lector por todo lo expuesto, la familia Hobsbawm no vivía en Berlín, sino en un mundo que iba más allá de las naciones o Estados, en el que personas como nosotros —aunque la década de los años treinta lo iba a hacer mucho más difícil— seguían trasladándose de un país a otro buscando un sitio donde establecerse. Podíamos tener raíces en Inglaterra o en Viena, pero Berlín sólo significaba una parada en el complejo camino que podía llevarnos a prácticamente cualquier lugar de Europa al oeste de la URSS. Nuestro hogar en Berlín (tres direcciones y dos formas distintas de núcleo familiar en dieciocho meses) tampoco tuvo la continuidad de la escuela. Mi ventana al mundo en aquel momento de crisis fue el Prinz-Heinrichs-Gymnasium.²

Se trataba de una escuela perfectamente convencional en la más pura tradición conservadora prusiana, fundada en 1890 para satisfacer las necesidades de un barrio de clase media en continua y rápida expansión. El príncipe Enrique, cuyo nombre ostentaba, hermano del káiser Guillermo II, era un personaje vinculado a la Marina, lo que quizás explique el hecho de que la escuela se enorgulleciera con razón de su club náutico junto al Pequeño Wannsee (una maqueta del barco que albergaba su sede «de estilo Spreewald» había ganado una medalla de oro en la Exposición Universal de Bruselas de 1908). Y con razón, pues, a la vez que en él se daba una buena preparación, a diferencia de sus equivalentes ingleses no tenía un interés especial en las competiciones y ofrecía a las categorías infantiles y juveniles una maravillosa oportunidad de medir sus capacidades por igual. El club había conseguido hacerse con unos terrenos de vega, llamados *unser Gut* («nuestra finca»), en el pequeño Sakrower See, donde la pesca estaba protegida y al cual sólo se podía acceder con un permiso especial a través de un

estrecho canal. Algunas pandillas de amigos formaban equipos de remo o simplemente se reunían allí los fines de semana para charlar, contemplar el cielo estival y nadar en las verdes aguas antes de regresar a la ciudad al anochecer. Por primera y única vez en mi vida le encontré un sentido a un club deportivo. Un ex alumno de la escuela, el Dr. Wolfgang Unger, médico del hospital de Spandau, se encargaba de vigilar el entrenamiento de los recién llegados. Entiendo perfectamente que, tras ser expulsado en 1934 por cuestiones raciales del hospital en el que trabajaba, prefiriera suicidarse antes de verse obligado a abandonar su país, Alemania.

Una escuela prusiana con connotaciones militares era naturalmente protestante en espíritu, profundamente patriótica y conservadora. Los que no encajábamos dentro de ese esquema —ya fuéramos católicos, judíos, extranjeros, pacifistas o de tendencias políticas de izquierdas— nos sentíamos como una minoría colectiva, aunque nunca como una minoría excluida.³ No obstante, no era una escuela nazi. (Entre los muchachos que yo conocí, fueron pocos los que mostraron un excesivo entusiasmo por Hitler y los camisas pardas, con la excepción de Kube, un chico extraordinariamente duro de mollera, hijo del *Gauleiter* de Brandeburgo de Hitler, que se tomó muy a pecho conseguir que se expulsara de la escuela a un profesor de literatura, alegando que «favorecía» a los estudiantes judíos que quedaban y que enseñaba principalmente la literatura degenerada de la República de Weimar. Durante la guerra este Kube se convertiría en el famoso jefe de la Bielorrusia ocupada, hasta que fue finalmente asesinado por su patriótica amante nativa.) Más bien al contrario. Las simpatías que pudiera tener la escuela por el resurgimiento nacional prometido por Hitler no sobrevivieron a la depuración forzosa, producida poco después de mi marcha a Inglaterra, del director del centro, sumamente respetado y popular, el *Oberstudiendirektor* Dr. Walter Schönbrunn, personaje políticamente indeseable para el nuevo régimen. Fue sustituido por un *Kommissarischer Leiter* impuesto y odiado por la mayoría. Difícilmente podríamos decir que el PHG de los años treinta fuera un núcleo de disidencia, pero no es de extrañar que el cuadro «Torre de los caballos azules» de Franz Marc —recuerdo muy bien su presencia en el vestíbulo de la escuela—, prohibido por las nuevas autoridades por considerarlo «arte degenerado», fuera rescatado por un grupo de estudiantes de uno de los almacenes y vuelto a colgar en su propia aula. Los alumnos protestaron contra la destitución del profesor «Sally» Birnbaum, el popular catedrático de matemáticas y ciencias: se recogieron firmas por toda la escuela para evitarla. En el invierno de 1936-1937 todo el curso de primero le hizo una visita colectiva en su domicilio de la Rosenheimerstrasse. (El hombre sobrevivió en Berlín hasta 1943, año en el que, junto a su esposa, fue cargado en el 36. Osttransport, con destino, presumiblemente, a Auschwitz.) De hecho, existen algunos testimonios de que la escuela siguió tratando bien a los profesores y alumnos judíos, al menos mientras permanecieron en ella. Por muy inaceptable que resultara políticamente para un adolescente aspirante a revolucionario, que jamás se hubiera imaginado que tendría que llevar la gorra con visera del centro (parecida más bien a la de un balandrista, con la parte superior no rígida), era una buena escuela.

Ello se debía indudablemente al espíritu antijerárquico, y socialmente sospechoso, de Weimar que el régimen de Hitler veía en la personalidad de Schönbrunn (conocido generalmente con el apodo de *der Chef*, «el jefe»). El club náutico constituía una expresión de dicho espíritu. El hacer hincapié en la autonomía de los estudiantes y en su participación en los casos disciplinarios era otra. Y los inolvidables viajes y campamentos escolares por las marcas de Brandeburgo y Mecklemburgo eran una tercera. (No en vano el Dr. Schönbrunn, cualificado por igual para la enseñanza del alemán, el latín, el griego y las matemáticas, había publicado una obra con un título cuyo tono resulta prácticamente imposible de reproducir al traducirlo a una lengua no germánica: *Jugendwandern als Reifung zur Kultur* [Excursionismo juvenil como maduración en la cultura].) A mí, personalmente, no me era simpático aquel hombre bajito con ojos penetrantes, escondidos tras unas gafas montadas al aire, y con acusadas entradas, que vestía bombachos cuando acompañaba a sus alumnos en un *Wandertag* o excursión. (Pero en esa época, como bien sabrá cualquier lector de los libros de Tintín, estaban de moda los bombachos.) Desdeñaba mi admiración por Karl Kraus y su revista, *Die Fackel*, con la siguiente frase: *Der Fackelkraus, ein eitler Schwätzer* («Vanidoso y gárrulo»), juicio que, retrospectivamente, no resulta del todo equivocado. También criticaba el estilo de mi prosa, que consideraba amanerado en exceso.

Tal vez lo habría perdonado si hubiera sabido que era un admirador de la arquitectura de la *neue Sachlichkeit* («nueva sobriedad») y que consideraba las ordenadas líneas de esta tendencia y «la austeridad consciente de la literatura creativa moderna ... signos de regreso a un nuevo clasicismo», un espíritu apolíneo congenial con un profesor de griego antiguo. Ponía como ejemplo de ese nuevo clasicismo la novela del comunista Ludwig Renn, *Krieg* (Guerra). (Por supuesto había participado, como casi todos nuestros profesores, en la guerra de 1914.) No obstante, aunque no fuera exactamente de mi agrado, lo respetaba. Y no cabe la menor duda de que me beneficié de sus esfuerzos, que se vieron coronados por el éxito un año antes de mi llegada a la Grunewaldstrasse, de «introducir por fin obras verdaderamente modernas en la biblioteca de la escuela».

Varias de esas obras conformaron mi vida. En una extensa guía enciclopédica de la literatura alemana contemporánea, descubrí los poemas (que deben diferenciarse de las canciones y las piezas teatrales) de Bertolt Brecht. Y fue a la biblioteca de la escuela donde me mandó un profesor exasperado —sólo recuerdo que se llamaba Willi Bodsch— cuando manifesté mis convicciones comunistas. Me dijo con firmeza (y dando en el clavo): «No cabe duda de que no sabes de qué hablas. Ve a la biblioteca y estudia sobre el tema». Así lo hice y descubrí el *Manifiesto comunista*...

Lo que aprendí en las clases que se daban en las aulas no está tan claro. Me doy cuenta de que no constituyeron una parte especialmente significativa de mi experiencia escolar, con la excepción de ciertas ocasiones que me permitieron observar, manipular y a veces poner a prueba los nervios y la autoridad de un grupo de adultos mal comprendidos. La mayoría de ellos me parecían casi caricaturas del típico maestro de escuela alemán, cuadrados, con gafas y (cuando no eran calvos) con el pelo al rape, y que eran bastante viejos (casi todos rondaban los

cincuenta, año arriba año abajo). Todos tenían fuertes reminiscencias de apasionado patriotismo alemán conservador. No me cabe la menor duda de que aquellos que no tenían ese sentimiento adoptaban una actitud discreta, aunque probablemente apenas constituían una minoría. Nadie encajaba tan bien en ese prototipo como el profesor Emil Simon, parecido a uno de los personajes del agudo dibujante y pintor George Grosz, en cuyas clases de griego nos convertimos en expertos en la táctica de la diversión, preguntándole unas veces cuál habría sido la opinión de Wilamowitz acerca de un determinado pasaje (lo que daba por lo menos para diez minutos de panegírico del erudito clásico alemán más importante) o, para estar más seguros de conseguirlo, estimulando sus recuerdos de la guerra mundial. Esto último nos llevaba, invariablemente, a abandonar el análisis de la *Odisea* de Homero para escuchar un monólogo acerca de la experiencia de un soldado de primera línea, el deber de un oficial, la necesidad del orden después de la guerra, la barbarie rusa, las atrocidades de la Revolución de Octubre y de la Checa, la guardia pretoriana de Lenin formada por fusileros letones, etc., etc., más un recordatorio de que, contrariamente a lo que pudieran pensar los ignorantes de la clase obrera, Espartaco, lejos de ser de origen proletario, había sido un hombre de elevado estatus social antes de convertirse en esclavo. Como he podido darme cuenta muchas décadas después, sus ideas constituían una versión primitiva de la tesis utilizada en los años ochenta para justificar al Tercer Reich, principalmente la de que su aparición se hizo necesaria para la defensa de una sociedad ordenada ante el avance de los bolcheviques y que, en cualquier caso, los horrores del período de Hitler habían tenido como anticipo y fuente de inspiración los horrores de la Rusia roja. Que yo sepa, Emil Simon no era un nazi, sino sólo un alemán de talante conservador que continuamente evocaba tiempos mejores, como cualquier compatriota suyo cuyas intervenciones habrían podido escucharse en los bares frecuentados por la clase media en torno al *Stammtisch* («la tertulia»). Independientemente de nuestra ideología política, nos burlábamos de él y nos compadecíamos de su hijo, un muchacho pálido y frágil que se sentaba en la primera fila y cargaba con la triple responsabilidad de ser hijo de su padre, alumno del mismo y testigo de cómo nos reíamos de su progenitor.

En cualquier caso, la vida era demasiado interesante para concentrarnos exclusivamente en el trabajo escolar. Yo, por aquella época, no sacaba unas notas particularmente brillantes. La verdad es que los profesores y, al menos este alumno, se comunicaban entre sí sin profundizar. No aprendí absolutamente nada en las clases de historia que daba un profesor bajito, gordo y viejo, el Sr. Rubensohn, al que llamábamos *Tönnchen* («tonelete») Rubensohn, excepto los nombres y la cronología de todos los emperadores alemanes que ya he olvidado por completo. Nos los hizo aprender mientras se movía deprisa entre nosotros y, señalándonos con una regla, exclamaba: «Tú, rápido, ¿cuáles son las fechas de Enrique el Pajarero?» Ahora sé que esos ejercicios le debían de aburrir igual que a nosotros. En realidad, se trataba del erudito de más renombre del colegio, autor de una monografía acerca de los cultos místéricos de Eleusis y Samotracia, colaborador del Pauly-Wissowa, la gran enciclopedia de la Antigüedad clásica, y reconocido papirólogo y arqueólogo desde mucho antes de la guerra. Quizás hubiera debido en-

terarme de todo esto en el sexto curso, cuando la enseñanza ya no se basaba en aprender las cosas simplemente de memoria. De hecho, hasta entonces sus clases tuvieron como efecto principal alejar de su materia al menos a un futuro historiador en potencia. No es de extrañar que en Berlín yo aprendiera por absorción y no por instrucción. Pero, por supuesto, aprendí.

Los meses de mi estancia en Berlín hicieron de mí un comunista para toda la vida, o, como mínimo, un hombre cuya vida perdería su carácter y su significado sin el proyecto político al que se consagró siendo un estudiante, a pesar de que dicho proyecto ha fracasado de forma patente, y de que, como ahora sé, estaba condenado a fracasar. El sueño de la Revolución de Octubre permanece todavía en algún rincón de mi interior, como si se tratara de uno de esos textos que han sido borrados y que siguen esperando, perdidos en el disco duro de un ordenador, que algún experto los recupere. Lo he abandonado, mejor dicho, lo he rechazado, pero no he conseguido borrarlo. Hoy en día me doy cuenta de que sigo tratando el recuerdo y la tradición de la URSS con una indulgencia y una ternura que no siento por la China comunista, pues pertenezco a una generación para la que la Revolución de Octubre representaba la esperanza del mundo, cosa que nunca significó China. La hoz y el martillo de la Unión Soviética eran su símbolo. Pero ¿qué fue exactamente lo que convirtió a aquel escolar de Berlín en un comunista?

Escribir una autobiografía supone meditar en torno a uno mismo como nunca se ha hecho realmente con anterioridad. En mi caso consiste en separar y extraer cada uno de los depósitos geológicos correspondientes a las tres cuartas partes de un siglo y recuperar, o descubrir, y reconstruir un extraño sepulto. Cuanto más me remonto al pasado e intento comprender a ese muchacho, desconocido y lejano, llego a la conclusión de que, si ese niño hubiera vivido en otras circunstancias históricas, nadie habría previsto para él un futuro de compromiso político apasionado, aunque casi todo el mundo le hubiera predicho un futuro como intelectual. Parece que los seres humanos no le interesaron demasiado, ni individual ni colectivamente; desde luego le interesaban mucho menos que los pájaros. En realidad, parece que permaneció insólitamente alejado de los acontecimientos del mundo. No tenía ningún motivo personal para rechazar el orden social y no sufrió en su propia carne los efectos del antisemitismo característico de Centroeuropa, pues, al ser pelirrojo y de ojos azules, no era identificado como *Der Jude*, sino como *Der Engländer*. El hecho de que te echaran la culpa del Tratado de Versalles podía ser difícil de llevar en una escuela alemana, pero no era humillante. Las actividades en torno a las cuales gravitaba espontáneamente en una escuela en la que me sentía a todas luces feliz no tenían nada que ver con la política: la sociedad literaria, el club náutico, la historia natural, las maravillosas excursiones por las marcas de Brandeburgo y Mecklemburgo, las acampadas o el alojamiento en albergues juveniles donde, sobre los jergones de paja, pasábamos la mitad de la noche charlando llenos de alegría y entusiasmo. ¿Y de qué hablábamos? De todo, desde cuál era la esencia de la verdad a quiénes éramos, desde sexo y más sexo a literatura y arte, desde contarnos chistes a elucubrar sobre el destino. Pero nunca de la política del momento. Al menos así es como recuerdo aquellas noches inolvidables. Desde luego no me acuerdo de ninguna discusión política, ni siquiera

de la más mínima discrepancia en este sentido, con mis dos mejores amigos, Ernst Wiemer y Hans-Heinz Schroeder, el poeta de la clase (murió en Rusia durante la guerra). No está muy claro qué tenía en común con ellos. Lo único que puedo apreciar es que, en la fotografía de la graduación de mi curso en 1936, eran dos de los cuatro jóvenes que en el grupo de veintitrés alumnos y dos profesores llevan el *Abitur* impreso en el cuello desabrochado de sus camisas. Y no cabe la menor duda de que no era por razones políticas. Mientras que uno de ellos quizá no fuera en realidad nacionalista, nuestro tema de interés común era la poesía absurda de Christian Morgenstern y el mundo en general. En cuanto al otro, yo no estaba en desacuerdo con su admiración, típicamente prusiana, por Federico el Grande, quien seguramente quizá sea digno de admiración por otros motivos, pero desde luego yo no compartía los criterios que empujaban a mi amigo a coleccionar soldados en miniatura de sus ejércitos.

En resumen, si tuviera que hacer el experimento mental de trasladar al niño que yo era por aquel entonces a otra época o lugar —por ejemplo, a la Inglaterra de los años cincuenta o a los Estados Unidos de los ochenta—, difícilmente podría imaginármelo arrojándose, como hice yo, a un compromiso apasionado con la revolución mundial.

Y sin embargo, el simple hecho de imaginar esa transposición demuestra cuán impensable resultaba en el Berlín de 1931-1933. De hecho, ha sido imaginada. Fred Uhlman, pocos años mayor que yo cuando abandonó Alemania, abogado refugiado que se dedicó a pintar escenas tristes del inhóspito paisaje galés, escribió un relato cuasi autobiográfico, que posteriormente se llevó a la gran pantalla (con el título de *Reunion*), acerca del impacto dramático que tuvo el nuevo régimen de Hitler sobre la amistad escolar entre un niño judío no consciente del cataclismo que se avecinaba y su compañero de clase «ario» perteneciente a la aristocracia, en un instituto del sur de Alemania no muy distinto al mío. Quizá Stuttgart fuera un escenario posible para una historia así, pero en la atmósfera de crisis que se respiraba en el Berlín de 1931-1933 era inconcebible un grado de inocencia política semejante. Vivíamos en el *Titanic*, y todo el mundo sabía que iba a chocar contra el iceberg. La única incertidumbre era qué iba a ocurrir cuando eso sucediera. ¿Quién traería un barco nuevo? Resultaba imposible mantenerse al margen de la política. ¿Pero cómo iba la gente a dar su apoyo a los partidos de la República de Weimar que ni siquiera sabían ya tripular los botes salvavidas? Dichos partidos quedaron totalmente al margen de las elecciones presidenciales de 1932 que se disputaron entre Hitler y el candidato comunista, Ernst Thälmann, y el anciano mariscal de campo imperial, Hindenburg, que recibió el apoyo de todos los no comunistas por considerar que era la única alternativa capaz de detener la ascensión de Hitler al poder. (A los pocos meses se vio obligado a pedir a Hitler que formara gobierno.) Pero a los ojos de alguien como yo, realmente sólo cabía una elección. El nacionalismo alemán, tanto en la forma tradicional del PHG como en la del nacionalsocialismo de Hitler, no era una opción para un *Engländer* y además judío, aunque puedo entender por qué atrajo a quienes no eran ninguna de las dos cosas. ¿Qué quedaba, excepto el comunismo, sobre todo para un muchacho que cuando llegó a Alemania ya se sentía sentimentalmente abocado a la izquierda?

Cuando empecé el curso 1932-1933, la sensación de que vivíamos un momento de crisis final, o de crisis destinada a acabar forzosamente en una catástrofe, se hacía cada vez más palpable. Las elecciones presidenciales de mayo de 1932, las primeras de toda una serie que tuvo lugar aquel año funesto, ya habían dejado fuera de juego a los partidos de la República de Weimar. El último gobierno de ese sistema, bajo la presidencia de Brüning, había caído poco después y había dado paso a una camarilla de aristócratas reaccionarios que gobernaban exclusivamente por decreto presidencial, pues la administración de Franz von Papen carecía prácticamente de apoyos en el Reichstag y ni siquiera contaba con los medios para formar una mayoría. El nuevo Gobierno envió inmediatamente un pequeño destacamento militar para destituir al Gobierno del estado más grande de Alemania, Prusia, donde una coalición de los partidos socialdemócrata y de centro había mantenido una especie de régimen democrático. Los ministros acudieron como corderos mientras Von Papen, con el fin de atraer a Hitler a su gobierno, revocaba un edicto reciente que prohibía a las tropas de asalto nazis vestir su propio uniforme. A partir de entonces, las manifestaciones deliberadamente provocadoras de esa organización se convirtieron en una escena callejera habitual. Cada día se veían verdaderas batallas campales entre los escuadrones uniformados de seguridad de los distintos partidos. Sólo en el mes de julio se produjeron ochenta y seis muertes, principalmente en el transcurso de choques entre nazis y comunistas, y el número de heridos de gravedad se podía contar por centenares. Hitler, decidido a echar el resto, forzó la convocatoria de elecciones generales en julio. Los nazis obtuvieron casi 14 millones de votos (37,5 por ciento) y 230 escaños, poco menos que las fuerzas combinadas de los partidos de Weimar (los socialdemócratas, los católicos y los demócratas, por aquel entonces prácticamente invisibles), y los comunistas lograron más de cinco millones de votos y ochenta y nueve escaños. En la práctica, la República de Weimar había muerto. Sólo quedaba por determinar cómo sería su funeral. Pero hasta que no se llegara a un acuerdo entre el presidente, el Ejército, los reaccionarios y Hitler (que insistía en la cancillería o nada), su cadáver no podría ser enterrado.

Ésa era la situación reinante cuando empezó el curso escolar. Si tuviera que repasar mi primer año en Berlín en colores, mis recuerdos de los últimos seis meses tendrían tonalidades oscuras de gris con pinceladas de rojo. El cambio no sólo fue político, sino también personal.

A medida que avanzaba el año 1932, nuestras perspectivas en Berlín fueron ensombreciéndose. Fuimos víctimas, no de Hitler, sino de la «Gran Crisis» o, más concretamente, de una nueva ley que intentaba en vano poner freno a una situación de desempleo cada vez más acuciante, obligando a las compañías de cine extranjeras (y sin duda a otro tipo de empresas foráneas) a tener en su plantilla un mínimo de un 75 por ciento de ciudadanos alemanes. Sidney no era imprescindible. Al menos ésa parece la explicación más plausible de lo sucedido. La propuesta de Polonia se quedó en agua de borrajas, y en el otoño de 1932, una vez que el trabajo en Berlín había llegado claramente a su fin, Sidney se llevó a Gretl y a Peter, de apenas siete años entonces, a Barcelona (no sé si por encargo de la Universal o porque tuviera en mente llevar a cabo algún proyecto en esa ciudad).

Sospecho que no había un proyecto firme de quedarse, pues de haber sido así toda la familia se hubiera trasladado. Fuese como fuese, a Nancy y a mí nos dejaron mientras tanto en Berlín para seguir con nuestros estudios hasta que el panorama se aclarara. Fue el final de nuestra estancia en la casa nueva con jardín de Lichterfelde, una zona residencial de clase media-alta a la que nos habíamos trasladado desde la Aschaffenburgstrasse y en la que teníamos como vecino a un personaje del mundo de la música que disfrutaba del lujo de una pequeña piscina privada. Nancy y yo nos fuimos a vivir con la tercera de las hermanas Grün, nuestra peripatética tía Mimi, cuya vida la había llevado, tras una retahíla de varios negocios fallidos en ciudades inglesas de provincia («Tenemos demasiadas pocas deudas para sacar provecho de una situación legal de bancarrota y debemos seguir tirando»),⁴ a un apartamento subarrendado junto a las vías del tren en Halensee, un distrito de Berlín situado al final del Kurfürstendamm. Como de costumbre, en ese piso tenía realquilados, y a los que eran ingleses les ofrecía clases de alemán. Allí pasamos nuestros últimos meses en Berlín y vivimos la ascensión del Tercer Reich.

Probablemente fue la única vez de nuestra vida que mi hermana Nancy y yo nos encontramos viviendo fuera de un entorno familiar, pues Mimi, que siempre vivía al día y en cualquier caso no estaba acostumbrada a los niños —nunca tuvo hijos—, difícilmente podía ofrecerlo. Sólo puedo hacer suposiciones de cómo afectó a Nancy la ausencia de una figura con autoridad paterna efectiva y real durante aquellos últimos meses en Berlín, pero estoy bastante seguro de que mis actividades políticas se habrían visto mucho más restringidas si Sidney y Gretl hubieran estado con nosotros. Como era tres años y medio mayor que mi hermana, me sentía responsable de ella. Ahora no había nadie más. Hasta entonces nunca me había preocupado de cómo ella iba a la escuela, sólo de mi trauma cotidiano de tener que pedalear a diario desde Lichterfelde al instituto en una bicicleta de la que me sentía tan avergonzado como únicamente un adolescente puede figurarse, precisamente el regalo que me hizo mi madre antes de morir, aquella bicicleta de segunda mano repintada de negro y con el cuadro abollado. (Solía llegar media hora antes al alpende donde se dejaban las bicicletas y me iba a escondidas más tarde, temiendo ser visto por los demás montado en aquel trasto.) Ahora, sin embargo, íbamos y veníamos juntos de la escuela, pues Halensee estaba bastante lejos de Wilmersdorf (el PHG y la Barbarossaschule eran prácticamente colindantes). Probablemente fuéramos en tranvía, pero sólo me acuerdo de las interminables caminatas que tuvimos que hacer durante la dramática huelga de transporte público de cuatro días que tuvo lugar en Berlín a comienzos de noviembre. Éramos dos adolescentes solos por la calle. Cuando Nancy cumplió los doce, sentí que mi deber era «iluminarla» (como diría un proverbio alemán), esto es, explicarle determinadas cosas de la vida que decía no conocer. Probablemente fuera demasiado educada para confesarme que ya las sabía, al menos aquellas concernientes al período femenino que eran entonces de importancia primordial para una muchacha que entraba en la pubertad. De todos modos, no puedo afirmar que esos meses nos unieran más de lo que puedan estarlo dos hermanos que han pasado por las mismas experiencias traumáticas. Teníamos muy poco en común aparte de

esos traumas, y mi intelectualismo y falta de interés por la gente me proporcionaban una protección de la que ella carecía. Entonces no me daba cuenta de ello. Mi hermana no compartía ni mis aficiones ni mi vida cada vez más dominada por la política. Yo incluso desconocía cómo le iba en la escuela o quiénes eran sus amigos; ni siquiera sabía si los tenía. Supongo que nos contábamos chismes acerca de Mimi y sus huéspedes, que jugábamos a los naipes al anochecer y que enviábamos cartas a España. Yo me inventaba historias para el pequeño Peter, inspirándome en las aventuras del *Doctor Dolittle* de Hugh Lofting y en las de «Nasobem», el animal que camina con la nariz creado por Christian Morgenstern.

Me parece recordar la casa de la Friedrichsruher Strasse sólo en color gris o iluminada con luz artificial, presumiblemente porque durante aquellos meses estábamos casi todo el día fuera. Al anochecer solíamos reunirnos en el salón, donde se encontraba la estantería con los libros del arrendatario original, lo que me permitió, por primera vez, leer a Thomas Mann (*Tristán*) y una novela corta de Colette. Mimi, acostumbrada a ese tipo de situaciones, mostraba un verdadero interés por las vidas de sus inquilinos e iba de un tema a otro de su repertorio habitual de conversaciones en sociedad, desde la quiromancia y otras artes adivinatorias del futuro o el carácter de las personas, a otros argumentos como la veracidad con ejemplos de los fenómenos psíquicos. Había intentado —es uno de los poquísimos recuerdos de mi estancia en Halensee que se mantienen claros en mi memoria— ahorrar dinero comprando patatas por sacos, y de tanto en cuando me hacía bajar al sótano a buscar las necesarias para preparar la comida. Como era habitual, su economía pendía de un hilo. Con el paso del tiempo empezaron a florecer, y las tuvo que pelar con sumo cuidado para que no se notara.

Capítulo 5

BERLÍN: MARRÓN Y ROJA

Entre tanto mis tendencias revolucionarias pasaron de la teoría a la práctica. La primera persona que intentó darles más precisión fue un muchacho socialdemócrata mayor que yo, Gerhard Wittenberg. Con él pasé el rito de iniciación del típico intelectual socialista del siglo xx, a saber el intento fugaz de leer y entender *El capital* de Karl Marx, empezando por la primera página. No duró mucho —al menos en aquel estadio de mi vida— y, aunque quedáramos como amigos, no me sentí atraído ni por la socialdemocracia alemana (distinta de la austríaca) ni por el sionismo de Gerhard, que lo llevó, cuando Hitler ya estuvo en el poder, a emigrar a un *kibbutz* de Palestina y al final —según tengo entendido— a morir asesinado durante un viaje que realizó a Alemania con la misión de poner a salvo a judíos. (Como cabe suponer, los sionistas militantes de entonces eran en su abrumadora mayoría socialistas, sobre todo de distintas tendencias marxistas.)

La persona que me reclutó para una organización comunista era también mayor que yo. No me acuerdo de cómo nos conocimos, pero es probable que corrieran rumores acerca del inglés de *Untersekunda* (segundo curso de instituto) que proclamaba a los cuatro vientos sus convicciones rojas. Según recuerdo, Rudolf (Rolf) Leder era moreno, de aspecto saturnino y le gustaban las chaquetas de cuero, y evidentemente adoptaba como modelo la versión idealizada por el Partido del cuadro bolchevique soviético. Vivía con sus padres en Friedenau, y todavía puedo visualizar los dos o tres estantes colgados en la pared más estrecha de su diminuto dormitorio, en los que tenía sus libros sobre comunismo y la Unión Soviética. Debió de prestarme alguno —¿quién me los habría dejado, si no?—, puesto que leí varias novelas soviéticas de los años veinte. Ninguna de ellas ofrecía una visión de la vida particularmente utópica en la Rusia revolucionaria. En este aspecto eran como todas las obras de ficción soviéticas escritas con anterioridad a la era de Stalin. Sin embargo, cuando le indiqué a Rolf —todavía recuerdo aquella conversación— que el comunismo forzosamente atravesaría por dificultades debido al atraso de Rusia, se puso como un basilisco: la URSS estaba más allá de toda crítica. A través de él adquirí la edición especial de un volumen de documentos y fotografías en las que se conmemoraba el XV aniversario de la Revolución de Octubre, *Fünfzehn Eiserne Schritte* (Quince pasos de hierro). To-

davía lo conservo en su sencilla tapa dura color sepia, diseñada por John Heartfield, y en una de sus guardas aún se lee una cita (obviamente en alemán) de *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* de Lenin, escrita de mi puño y letra. Junto con el opúsculo maltrecho de *Unter roten Fahnen: Kampflieder*, en el que aparecen las letras de algunas canciones revolucionarias, constituye el testimonio más antiguo de mi compromiso político.

Rolf Leder era un joven que se sentía fuera de lugar en el ambiente burgués de nuestra escuela. Según manifiesta en su biografía, se unió a las Juventudes Comunistas en la calle apenas un año antes de que me reclutara a mí, y se sentía orgulloso de haberse ganado la aceptación en los ambientes callejeros de los jóvenes rojos de clase obrera de Berlín por «haber dado prueba de su valor» en aquellos «tiempos de guerra civil latente» durante los enfrentamientos que se producían entre sus camaradas y la policía y los camisas pardas de las SA.¹ Sin embargo, no me propuso entrar en el KJV, sino en una organización decididamente menos proletaria, el Sozialistischer Schülerbund (SSB), especialmente constituida para acoger a estudiantes de secundaria. Así lo hice, y él siguió su camino. Tras mi marcha de Berlín no volví a verlo más. Murió en 1996.

No obstante, nuestras vidas quedarían curiosamente entrelazadas. Muchos años más tarde, en una obra sobre escritores y comunismo editada en Alemania Occidental, descubrí para mi sorpresa que un miembro bastante prominente del mundillo literario de la República Alemana, el poeta Stephan Hermlin, se llamaba en realidad Rudolf Leder. Según me enteré cuando leí su autobiografía, había permanecido en Alemania de forma ilegal, rechazando la oferta de su familia de enviarlo a Cambridge y siendo encarcelado durante algunos meses en un campo de concentración. En 1935 había estado en Francia y, tras luchar en España y posteriormente en la Resistencia francesa, regresó a la zona de ocupación soviética en 1946 y tuvo una distinguida carrera literaria en la que luego sería la RDA. Por lo que he leído de su obra creo que era un poeta bueno, pero no sobresaliente, y que posiblemente fuese mejor traductor y adaptador de otros autores. Sus breves memorias, *Abendlicht*, llenas de alusiones, son muy apreciadas. Por otro lado, como figura prominente que era del mundo cultural de un régimen rudo y autoritario, actuó siempre bien, protestando y protegiendo a la gente, y utilizando su amistad con Honecker contra la Stasi (policía secreta). Éste es un ejemplo en el que el viejo dicho alemán *Guter Mensch, schlechter Musikant* («Buena persona, mal músico») debe ser interpretado no como una denigración del artista, sino como una forma de elogio del hombre público. Le escribí una carta, presumiblemente a la dirección del Sindicato de Escritores, para preguntarle si se trataba del mismo Leder que yo había conocido, y recibí una lacónica contestación, diciéndome que era él, pero que no conseguía acordarse de mí. Tampoco reaccionó después, cuando unos amigos de Berlín le hablaron de mí. Sin embargo, esa breve relación en 1932 entre dos estudiantes de Berlín, que de distinta manera y en diferentes países habrían de convertirse en personajes conocidos de la izquierda cultural, parece haber fascinado a periodistas y lectores de la Alemania Oriental después de 1989. En todo caso, me han preguntado muchas veces al respecto.

Hay una secuela curiosa relacionada con el episodio de Rudolf Leder. Poco

antes de su muerte, Karl Corino, un sabueso literario de la Alemania Occidental que sentía animadversión por Stephan Hermlin, siguió el rastro de su biografía pública y descubrió que toda estaba prácticamente novelada y que sólo de vez en cuando mantenía una cierta relación con la realidad.² No había abandonado una rica y culta familia, apasionada de la música y de las colecciones de arte, perteneciente a la alta burguesía anglo-alemana, por la lucha obrera. Su padre era un hombre de negocios rumano y posteriormente apátrida, casado con una mujer de Galitzia emigrada a Inglaterra (y, por lo tanto, con pasaporte británico), que había disfrutado de un breve período de prosperidad económica durante los años de la inflación, pero que luego se arruinó. Su padre no había combatido en la Primera Guerra Mundial ni había muerto en un campo de concentración, sino que en 1939 logró ponerse a salvo en Londres. Por su parte, Hermlin tampoco había sido recluido en un campo de concentración, ni siquiera durante un breve espacio de tiempo. No había estado en España. No había ninguna prueba que atestiguara su paso por la Resistencia francesa, etc., etc. Este trabajo de investigación, desagradable pero necesario, es sumamente eficaz y, a pesar de la parcialidad evidente del autor y de algunas de sus fuentes, resulta muy convincente.

Por supuesto Leder no es el único escritor de una autobiografía que se atribuye en los acontecimientos del mundo un papel más romántico o importante del que en realidad tuvo, y que ha modificado las circunstancias de su vida para hacerlas encajar en él. Especialmente si aceptamos las evidencias que aporta el investigador de que muchos elementos de su vida real antes de su regreso a Berlín en 1946, entre ellos sus estudios, habían sido bastante decepcionantes. Al fin y al cabo, la mayor parte de las veces Hermlin más que inventar, embellecía las cosas o presentaba lo que quizás había sido una intención como un hecho consumado. En realidad, abandonó su trabajo en Tel Aviv (su versión oficial no hace demasiado hincapié en su breve estancia en Palestina) manifestando que iba a unirse a las Brigadas Internacionales que combatían en España, y probablemente sea verdad que fue a ese país, pero para llevar a cabo una operación cuyas consecuencias se revelaron nefastas; y para cuando pudo abandonar Palestina, su esposa estaba embarazada. Su padre, al fin y al cabo, había sido millonario durante un tiempo y, por su afición al arte, había encargado a Max Liebermann un retrato de su esposa y a Lovis Corinth, uno suyo. Además, la carrera de cualquier refugiado judío-alemán de los años treinta y cuarenta, obligado a andar cruzando fronteras, ofrece un sinfín de posibilidades de embellecer la realidad con tantos formularios que rellenar y cuestionarios que responder, así como un sinfín de incentivos para hacerlo. Y no cabe la menor duda de que cuando lo conocí en 1932 ya hacía algún tiempo que era comunista y de que permaneció fiel al Partido hasta que éste dejó de existir con la desaparición de la RDA, y de que había pagado un precio por ello. Curiosamente, este hecho hace que nuestras vidas se unan de nuevo. Pues si Corino está en lo cierto, Leder fue formalmente expulsado de su instituto por haber escrito un discurso incendiario en el número de enero de 1932 del periódico publicado por el Sozialistischer Schülerbund, la organización en la que yo estaba a punto de ingresar, llamado precisamente *Der Schulkampf* (La lucha escolar). Si ese hecho hubiera tenido lugar en el Prinz-Heinrichs-Gymnasium entre

los cursos académicos de 1931 y 1933, es inconcebible que no me hubiera enterado de lo sucedido. Lo más probable es que fuera expulsado de otro instituto, y que después ingresara en el PHG en 1932-1933. Así pues, los dos fuimos aves de paso en nuestra escuela. No sé cómo ni por qué se marchó de ella.³ Indudablemente no llegó a graduarse.

A diferencia de su inspiradora, Olga Benario, la organización en la que ingresé sólo ocupa un lugar secundario en la historia del comunismo alemán o de cualquier otro país. Aquella joven dinámica, nacida en el seno de una próspera familia burguesa de Múnich, se había convertido a la revolución tras la breve república soviética de Múnich de 1919, en la que había participado un joven profesor, Otto Braun, con el que la Benario estaría unida algunos años. En 1928, a la cabeza de un grupo de jóvenes comunistas, ella irrumpió en la sala del tribunal de Berlín donde Otto Braun estaba siendo juzgado por alta traición y lo liberó. Ambos se esfumaron y, con una orden de busca y captura sobre sus cabezas, ingresaron en los servicios operativos de la Internacional Comunista y del Ejército Rojo. En Moscú, Olga Benario fue nombrada asesora de Luis Carlos Prestes, un oficial brasileño que había conducido a un grupo de rebeldes militares durante unos años en una célebre y larga marcha a través del interior de la selva de su país, y que estaba a punto de ingresar en el Partido Comunista de Brasil para encargarse de su dirección. Se casó con él, le ayudó a planear la desastrosa revuelta de 1935 en la que participó, y fue capturada y devuelta a la Alemania de Hitler por el Gobierno de Brasil. Fue asesinada en 1942 en el campo de concentración de Ravensbruck. Mientras tanto, Otto Braun había optado por dirigirse a Oriente y sería prácticamente el único europeo que tomó parte (con una acusada falta de entusiasmo por Mao Tse Tung) en la Larga Marcha del Ejército Rojo chino. Publicó sus memorias en los años ochenta, ya retirado en el Berlín oriental. Cuando yo ingresé en el SSB para prestar mis servicios en la revolución mundial, desconocía los lazos históricos que unían la organización con algunas de sus batallas más dramáticas, aunque no me cabía la menor duda de que los que se hacían comunistas en el Berlín de 1932 estaban abocados a un futuro lleno de peligros, persecuciones y revueltas.

Una faceta menos dramática de la dedicación de Benario a la revolución mundial la constituyó el propio SSB.⁴ Esta organización, al parecer, nació en Neukölln, uno de los barrios de clase trabajadora más rojos de Berlín, entre los estudiantes de clase obrera de ideología socialdemócrata y comunista, organizados políticamente, de las llamadas *Aufbauschulen* (las escuelas subvencionadas por el Gobierno de Prusia, en las que unos chicos seleccionados tenían la oportunidad de completar la educación secundaria y obtener finalmente el *Abitur*). Benario, cuya llegada a Neukölln como puntal para la formación de un nuevo cuadro dinámico de agitación y propaganda tuvo lugar en 1926, inspiró a las Juventudes Comunistas de la escuela la creación de una «fracción comunista de alumnos de secundaria» (*Kopefra*)⁵ en las *Aufbauschulen*, similares a las «fracciones estudiantiles» (*Kostufra*) ya existentes. Como en esas escuelas se mezclaban alumnos de los dos partidos obreros, se tomó la decisión de constituir una asociación más amplia que acogiera a ambos, el SSB. Irremediablemente, cuando los socialdemócratas pasaron a ser «socialfascistas» a los ojos de la Interna-

cional Comunista, aquel espíritu de unidad quedó prácticamente en nada. El SSB pasó a depender del Partido Comunista. En 1928 se extendió también más allá de las denominadas zonas rojas de Berlín, estableciendo grupos en Zentrum y Westen —esto es, en escuelas de clase media como la mía— y, por supuesto, en otras partes de Alemania. Además empezó a publicar el periódico *Schulkampf*, recientemente fundado.

Cuando ingresé en el SSB en otoño de 1932, la organización estaba prácticamente en las últimas debido, al parecer, en gran medida a los recortes financieros que durante la crisis económica pusieron en serias dificultades a las *Aufbauschulen*, las cuales seguían siendo su apoyo principal. Varios de sus grupos dejaron de existir en el segundo semestre de 1932 o sólo se reunirían de forma irregular. La acción coordinada ya no era posible. Incluso en los feudos de la causa, tales como la Karl-Marx-Schule de Neukölln, a finales de 1932 se respiraba una atmósfera de depresión y resignación. Se dice que el *Schulkampf* dejó de publicarse después de mayo de ese año, pero supongo que fue así en lo referente a su forma impresa, pues todavía tengo en mi poder un número posterior a esa fecha, duplicado claramente por algunos camaradas que no tenían mucha experiencia en el manejo de las multicopistas. Sin embargo, la pequeña célula de la asociación del Berlín oeste a la que yo pertenecía no mostraba signos de desánimo.

Al principio solíamos reunirnos en el apartamento de los padres de uno de nuestros miembros, para pasar posteriormente a hacerlo con bastante regularidad en el cuarto trasero de un *pub* comunista situado cerca de Halensee. La historia de los inicios de los movimientos obreros alemán y francés, ninguno de los cuales abogó nunca por la templanza, puede escribirse en gran medida estudiando los bares, en cuyas salas abiertas al público se reunían los camaradas para alzar un vaso de vino o (como por ejemplo en Berlín) de cerveza y brindar, mientras que las reuniones más serias se celebraban alrededor de la mesa en las salas interiores. Por supuesto las bebidas podían pedirse en la barra del bar propiamente dicho y llevarse al interior, pero esta práctica no estaba bien vista. Como organización sería que éramos, teníamos un *Orglei* (jefe de la organización), un muchacho apellidado Wolfheim —su nombre de pila era Walter, creo— y un *Polei* (jefe o comisario político), Bohrer, al que recuerdo como un joven rechoncho. Las organizaciones comunistas alemanas y rusas preferían utilizar abreviaciones silábicas en lugar de iniciales, como por ejemplo Komintern, Koljós y Gulag y el uso del apellido daba a las reuniones aires de formalidad. Aparte de los citados, el único miembro de la célula del que sigo acordándome es un ruso bien parecido y elegante, llamado Gennadi («Goda») Bubrik, que asistía a las reuniones con una camisa rusa típica y cuyo padre trabajaba para una de las agencias rusas de Berlín. Supongo que comentábamos la situación que se vivía en nuestras distintas escuelas y que hablábamos de los reclutas o «contactos» en potencia, pero a finales de 1932 los temas de política nacional eran mucho más urgentes que los problemas surgidos, pongamos por caso, con un profesor reaccionario en las clases de *Unterprima* del Instituto Bismarck. Por lo tanto la situación política dominaba claramente nuestra agenda, mientras Bohrer daba instrucciones sobre «la línea» a seguir.

¿Qué ideas teníamos? En la actualidad casi todo el mundo está de acuerdo en que la política llevada a cabo por el KPD —siguiendo la línea marcada por la Internacional Comunista— durante los años de la ascensión de Hitler al poder, fue de una idiotez suicida. Se basaba en el supuesto de que, tras el fracaso de la estabilización temporal del capitalismo a mediados de los años veinte, estaba a punto de producirse una nueva oleada de confrontación de clases y revoluciones, y en la hipótesis de que el principal obstáculo a la necesaria radicalización de los trabajadores bajo el liderazgo de los comunistas era el dominio que ejercían los socialdemócratas moderados en la mayoría de los movimientos obreros. Estas suposiciones no eran del todo inverosímiles en esencia, pero, especialmente después de 1930, la tesis de que la socialdemocracia constituía por lo tanto un peligro mayor que la ascensión de Hitler, y que, de hecho, podía ser calificada de «social-fascismo», rayaba en la demencia política.* Más aún, iba contra la lógica, contra el sentido común y contra la tradición socialista de los trabajadores (o estudiantes) socialistas y comunistas, que eran plenamente conscientes de que tenían entre sí muchos más puntos en común que con los nazis. Además, en la época de mi llegada a Berlín se hacía patente que el principal problema político de Alemania era poner freno a la ascensión de Hitler al poder. De hecho, incluso la línea más dura del Partido hizo una concesión, aunque en vano, a la realidad. En nuestras solapas no llevábamos la insignia con la hoz y el martillo, sino la del «antifa» (una llamada a hacer frente común contra el fascismo, por supuesto dirigida exclusivamente a la población trabajadora, no a sus líderes corrompidos por el poder y traidores a su clase). Tanto socialistas como comunistas sabían que, aunque sólo fuera por el ejemplo de lo sucedido en Italia, el principal objetivo de un régimen fascista consistía en acabar con ellos. Los conservadores, o incluso algunos individuos de centro, quizá creyeran que podían colocar a Hitler en un gobierno de coalición, al cual —subestimando al líder nazi— esperaban poder controlar. Socialistas y comunistas sabían muy bien que el compromiso y la coexistencia con el nacionalsocialismo eran totalmente imposibles por ambas partes. Nuestro forma de minimizar el peligro nazi —el cual, como todos los demás, también subestimamos— fue distinta. Pensábamos que, si subían al poder, pronto serían derrocados por una clase obrera radicalizada bajo el liderazgo del KPD, que constituía ya un ejército de trescientas o cuatrocientas mil personas. ¿Acaso el voto comunista no había subido prácticamente con la misma rapidez que el voto nazi desde 1928? ¿Acaso no estaba aumentando vertiginosamente, durante los últimos meses de 1932, mientras el voto nazi bajaba? Pero éramos plenamente conscientes de que antes de que eso sucediera serían lanzados contra nosotros los lobos de un régimen fascista. Y así fue: los primeros campos de concentración del Tercer Reich fueron concebidos originalmente para poner a los comunistas a buen recaudo.

Sin duda alguna pueden encontrarse diversas justificaciones a las locuras de la línea política de la Internacional Comunista, aún cuando hubiera socialistas y

* Palmiro Togliatti, líder comunista italiano, representó un ejemplo de cuán absurdas eran esas ideas cuando en 1933 tuvo que someterse a una «autocrítica» por haber manifestado que, al menos en la Italia de Mussolini, no cabía decir que la socialdemocracia constituía «el peligro principal».

comunistas disidentes o silenciados que se oponían a ella. A distancia de unos setenta años, y con la perspectiva profesional del historiador, uno se vuelve menos visceral de lo que fue a finales de la década de los treinta con respecto a la posibilidad de frenar la ascensión de Hitler al poder mediante la unión de todos los antifascistas. En cualquier caso, en 1932 ya no era posible una mayoría parlamentaria de centro-izquierda, incluso en el supuesto doblemente improbable de que los comunistas hubieran querido adherirse a ella, y de que los socialdemócratas, por no hablar del Partido Católico de Centro, los hubieran aceptado. La República de Weimar pasó a mejor vida con el gobierno de Brüning. En realidad, el avance de Hitler habría podido ser detenido por el presidente, el Reichswehr y el conjunto de reaccionarios y hombres de negocios autoritarios que sucedieron a Brüning y que, desde luego, no deseaban lo que se encontrarían después del 30 de enero de 1933. De hecho, tras el triunfo electoral de los nazis en verano de 1932, fueron ellos los que detuvieron el impulso de Hitler y la ascensión de la cruz gamada al poder. No hubo nada que fuera inevitable en los acontecimientos que condujeron a su nombramiento como canciller. Pero entonces ya era demasiado tarde para que los socialdemócratas o los comunistas pudieran hacer algo para impedirlo.

No obstante, desde un punto de vista retrospectivo, la línea seguida por la Internacional Comunista era absurda. ¿Fuimos críticos con ella en algún sentido? Casi con toda seguridad, no. Lo que queríamos era un cambio radical, definitivo. El nazi y el comunista eran partidos de jóvenes, aunque sólo sea porque la juventud está lejos de rechazar la política de acción, la lealtad y un extremismo no corrompido por los compromisos sucios y poco honestos de aquellos que consideran la política como el arte de lo posible. (El nacionalsocialismo no dejaba demasiado espacio público a las mujeres y en aquel estadio, desgraciadamente, el apoyo apasionado que ofrecía el comunismo a los derechos de la mujer atrajo sólo a una minoría de mujeres excepcionales hacia un movimiento comunista formado casi exclusivamente por hombres.) En realidad, las Ligas de las Juventudes Comunistas militantes fueron el principal instrumento de que se valió la Internacional Comunista para empujar a las direcciones de los partidos a menudo reluctantes hacia los extremos de la política de «clase contra clase». No cabía duda de que en las calles los nazis eran nuestros enemigos, pero también lo era la policía, y los jefes de la policía de Berlín, cuyos hombres habían matado el primero de mayo de 1929 a unos treinta individuos, eran socialdemócratas. El KPD había hecho de este incidente un emblema de la traición de clase de los socialdemócratas. ¿Y quién podía respetar las instituciones de la justicia y del Gobierno de Weimar, que en su esencia eran las del imperio sin el káiser?

Por consiguiente, éramos fáciles de reconocer, como lo eran los jóvenes extremistas de 1968, pero con cuatro grandes diferencias. En primer lugar, no éramos una minoría de disidentes radicales en una sociedad que nunca había sido tan próspera y con unos sistemas políticos de estabilidad incuestionable. En la Alemania de 1932, sacudida por la crisis económica y políticamente frágil, los que rechazaban de forma radical el statu quo eran la mayoría. En segundo lugar, a diferencia de los estudiantes extremistas de 1968, nosotros —fuéramos de derechas

o de izquierdas— no llevábamos a cabo simples manifestaciones de protesta, sino que estábamos enzarzados en una lucha esencialmente revolucionaria por la consecución del poder político; para ser más exactos, conformábamos disciplinados partidos políticos de masas en busca del poder absoluto del Estado. Ocurriera lo que ocurriese después, la toma de poder constituía el primer paso, el objetivo indispensable. En tercer lugar, relativamente pocos de los que militábamos en la extrema izquierda éramos intelectuales, aunque sólo fuera porque incluso en un país con un alto índice de escolarización como Alemania, más del noventa por 100 de los jóvenes ni siquiera tenía acceso a la educación secundaria. Y entre la juventud intelectual, los de izquierdas éramos una modesta minoría. El grueso de los estudiantes de secundaria era casi con toda seguridad de derechas, aunque —como en mi propia escuela— no necesariamente de la derecha nacionalsocialista. Entre los universitarios el apoyo a Hitler era mucho más fuerte.

La cuarta diferencia estriba en que los intelectuales comunistas no eran disidentes culturales. En términos de cultura, la gran división no se producía entre generaciones, como en la época de la música rock, sino en el conflicto fundamentalmente político existente entre los que aceptaban y los que rechazaban lo que los nazis denominaban el «bolchevismo cultural», es decir casi todo lo que hizo de los catorce años de la República de Weimar un período tan sumamente excepcional en la historia de las artes y las ciencias. Al menos en Berlín compartíamos esta cultura con nuestros mayores, pues el comunismo preestalinista, pese a establecer una neta distinción entre los escritores y artistas que seguían una línea «correcta» y los que no, todavía no rechazaba a los hombres y mujeres de la vanguardia cultural que habían acogido con tanto entusiasmo la Revolución de Octubre y habían compartido el mismo disgusto que sentía el KPD por la República de Ebert y Hindenburg. Todavía no se divisaba en el horizonte el «realismo socialista». La admiración por Brecht, la Bauhaus y George Grosz no provocaba una separación entre padres e hijos, pero separaba la derecha de una especie de frente popular cultural en el que se mezclaban desde las autoridades socialdemócratas de Prusia y Berlín hasta los anarquistas bohemios de los arrabales. También unía a los liberales con la izquierda. El principal motivo de que en su día la República Democrática Alemana tuviera una legislación mucho más liberal en materia de control de natalidad e interrupción del embarazo que la República Federal del oeste radicaba en que, en tiempos de Weimar, la legalización del aborto, prohibido por el Código Civil alemán, había sido uno de los principales argumentos de la campaña del KPD. Echo una ojeada al número del *Schulkampf* que todavía conservo y puedo leer esta propuesta junto con algunos anuncios de reuniones hechos por los médicos cuyos nombres durante largo tiempo estuvieron asociados a la emancipación sexual.

A la hora de reconstruir mi experiencia de los últimos meses de la República de Weimar, ¿cómo puedo diferenciar lo que son recuerdos de lo que ahora conozco como historiador?, ¿qué pienso actualmente tras toda una vida de reflexiones y discusiones políticas acerca de lo que debería haber hecho o no la izquierda alemana? Entonces, toda la información que me mantenía al corriente de lo que fue sucediendo entre el triunfo de los nazis en las elecciones del 30 de julio

de 1932 y el nombramiento de Hitler como canciller el 30 de enero de 1933 me llegaba a través de lo que leía en la *Vossische Zeitung*. En cualquier caso, nunca tenía una reacción política o crítica ante las noticias; solía reaccionar como un partisano romántico o un hinchado de fútbol. La huelga de transportes de Berlín, que tuvo lugar poco antes de las últimas elecciones democráticas de la República a principios de noviembre de 1932, fue en su momento, y ha seguido siéndolo desde entonces, objeto de encarnizadas polémicas. Fue convocada con éxito contra los sindicatos oficiales (socialdemócratas) por la RGO (Oposición Sindical Roja) comunista y, como los nacionalsocialistas deseaban a toda costa no perder contacto con los obreros, recibió el apoyo de la organización sindical nazi. No es de sorprender que ese frente común temporal entre rojos y pardos durante las semanas de agonía de la República haya tenido mala prensa y que todavía sea citado contra los comunistas de Weimar. Demuestra claramente la falta de racionalidad de un partido que, a sabiendas de que la entrada de Hitler en el Gobierno podía ser inminente, continuó tratando a los socialdemócratas como su principal adversario. En realidad, las consecuencias inmediatas más importantes de la huelga fueron, posiblemente, que ayudó al crecimiento del voto comunista en las elecciones del 6 de noviembre y que contribuyó a la notable caída del voto nazi en dichas elecciones (aunque ambos hechos fueron pronto olvidados). Y, sin embargo, no recuerdo haber hablado con nadie de ese asunto durante la huelga, ni que éste me preocupara, ni siquiera haber pensado en ello. Era «nuestra» huelga. Por eso nos importaba tanto. Éramos conscientes de ser el enemigo y objetivo principal de los nazis. De ahí que nos pareciera absurda la idea de que podíamos ser acusados de haber echado una mano a Hitler. ¿Qué problema había?

No obstante, había un problema. Pese a ser jóvenes y creer firmemente en el carácter inevitable de una revolución mundial, sabíamos, o deberíamos haber sabido en los últimos meses de 1932, que ésta no iba a tener lugar precisamente entonces. Desde luego desconocíamos que en 1932 el movimiento comunista internacional había descendido a su punto más bajo desde el establecimiento de la Internacional Comunista, pero sabíamos que lo que nos esperaba a corto plazo era una derrota. No éramos nosotros, sino otros los que apostaban por el poder. De hecho, ni la retórica ni la estrategia práctica del KPD preveía algo parecido a un relevo de poder. (El Partido, por el contrario, se estaba preparando seriamente para una eventual ilegalización, aunque, como quedó demostrado, no con la suficiente seriedad: su líder, Ernst Thälmann, fue detenido en los primeros meses del nuevo régimen y encarcelado en uno de los recién inaugurados campos de concentración.) Y lo que fue peor; una vez que Hitler alcanzó el poder, se perdieron todas las ilusiones. En esa situación, ¿qué es lo que pensaba exactamente un pretendido militante en plena adolescencia como yo?

Sin lugar a dudas, saber que éramos sobre todo un movimiento global nos reconfortaba. La URSS triunfal del primer plan quinquenal nos respaldaba. Y más al este, en el oriente asiático, la revolución china se había puesto en marcha. El hecho de que se desencadenara una *Tormenta sobre Asia* (por citar el título de la gran película de Pudovkin) hizo que fueran los comunistas quienes en aquel momento tuvieran más conciencia que nadie de la existencia de ese continente. Fue

cuando China se convirtió, para Bertolt Brecht y André Malraux, en el escenario por excelencia de la revolución y la prueba de lo que significaba ser un revolucionario. Quizá no se deba al azar el hecho de que el único titular de periódico en concreto que recuerdo de esos días (aparte de los que lógicamente anunciaban el nombramiento de Hitler como canciller y el incendio del Reichstag) es uno en el que se informaba del amotinamiento de un buque de guerra holandés, el *Siete provincias*, frente a las costas de Java unos días después de que Hitler subiera al poder. No era el drama de la insurrección lo que esperábamos vivir, sino el de la persecución. La imagen que aparecía en nuestras mentes —al menos en la mía— era la del peligro, la captura, la resistencia en los interrogatorios o el desafío en la derrota. Idealmente nos veíamos a nosotros mismos en el papel que desempeñaría en la vida real al cabo de menos de un año Georgi Dimitrov, desafiando a Göring durante el juicio por el incendio del Reichstag. Pero siempre con la seguridad que daba el marxismo de que nuestra victoria ya estaba escrita en el texto de los libros de historia del futuro.

Pero no hablemos más de imágenes. ¿Cómo era la realidad? Hasta unos pocos días antes de que tuviera lugar el nombramiento de Hitler, no recuerdo haber emprendido ninguna actividad comunista real aparte de asistir a las reuniones de la célula del SSB. No cabe duda de que mis ánimos, al igual que los de los demás, estaban exacerbados por el duro revés que habían sufrido los nazis en las elecciones del 6 de noviembre, y por nuestro impresionante avance, aunque estoy bastante seguro de que no tenía conocimiento de lo que significaba la caída del gobierno de Von Papen y las actividades del nuevo y breve gobierno del general Schleicher, el último canciller antes de Hitler, o la crisis de diciembre en el seno del Partido Nazi, cuando Hitler eliminó al segundo miembro más importante, o al menos prominente, de su partido, Gregor Strasser. Por otro lado, no había ningún problema con la creciente agresividad y las tácticas deliberadamente provocadoras de los camisas pardas, y la tolerancia tácita con la que los trataban las autoridades oficiales. El 25 de enero de 1933, el KPD organizó su última manifestación legal, una marcha multitudinaria en la noche de Berlín que llegó hasta el cuartel general del Partido, el Karl Liebknechthaus en la Bülowplatz (en la actualidad Rosa Luxemburg-Platz), en respuesta a otra manifestación provocadora de las SA en la misma plaza. Tomé parte en esta marcha, presumiblemente con otros camaradas del SSB, aunque no recuerdo quiénes eran en concreto.

Después del sexo, la actividad que combina una experiencia corporal y una emoción intensa en grado máximo es la participación en una manifestación de masas en un momento de gran exaltación ciudadana. A diferencia del sexo, que es esencialmente individual, aquélla es colectiva por naturaleza y, a diferencia del orgasmo, al menos para los hombres, puede prolongarse durante horas. Por otro lado implica, como el sexo, cierta actividad física —marchar, gritar consignas, cantar— a través de la cual la fusión del individuo con las masas, que es la esencia de la experiencia colectiva, encuentra su expresión. El acontecimiento ha quedado impreso en mi memoria, aunque no pueda recordar los detalles del mismo. Sólo me acuerdo de las infinitas horas de marcha, o mejor dicho de cómo andábamos, despacio, y nos deteníamos y esperábamos, una y mil veces, bajo un

frío gélido —los inviernos de Berlín son muy duros—, entre los edificios en penumbra (¿y policías?) a lo largo de las heladas calles oscuras. No recuerdo que hubiera banderas rojas ni pancartas, pero si había alguna —y probablemente así fuera— se encontraban perdidas en la masa gris que conformaban los manifestantes. Lo que recuerdo es que cantábamos con intervalos de silencio abrumador. Cantábamos —todavía conservo el maltrecho opúsculo con las letras de las canciones y una señal junto a mis favoritas— la *Internacional*, la canción de guerra del campesino *Des Geyers schwarzer Haufen*, el emotivo canto fúnebre de *Der kleine Trompeter*, que (según tengo entendido) quería que tocaran en su funeral el líder de la RDA, Erich Honecker, *Dem Morgenrot entgegen*, el himno de la Aviación Roja Soviética, *Der rote Wedding* de Hanns Eisler, y el lento, solemne y sagrado *Bruder zur Sonne zur Freiheit*. Estábamos hechos los unos para los otros. Regresé a mi casa en Halensee como si estuviera en trance. Cuando desde mi aislamiento en Gran Bretaña dos años más tarde reflexioné sobre la base de mi comunismo, este sentimiento de «éxtasis en masa» (*Massenekstase*, pues escribía mi diario en alemán) era uno de los cinco componentes del mismo (junto con la compasión por los explotados, el atractivo estético de un sistema intelectual global y perfecto, el «materialismo dialéctico», cierta dosis de la visión que tenía Blake de la nueva Jerusalén y una buena dosis de antizafiedad intelectual).⁶ Pero en enero de 1933 yo no analizaba mis convicciones.

Cinco días después Hitler fue nombrado canceller. Ya he descrito la experiencia que supuso leer los titulares de los periódicos mientras regresaba de la escuela con mi hermana. Todavía puedo ver aquella escena, como en un sueño. Actualmente se sabe que se opuso a la propuesta de los conservadores de ilegalizar inmediatamente el Partido Comunista, en parte porque podría haber provocado que el Partido apelara desesperadamente a la resistencia popular, pero principalmente porque así reforzaba el argumento nazi de que sólo sus fuerzas paramilitares, las SA, protegían al país de los bolcheviques, y de paso para imprimir un carácter nacional en lugar de partidista a la enorme manifestación nazi que tuvo lugar el día que le fue transferido el poder. (Es imposible imaginar que nadie, ni ellos mismos, se tomara en serio la convocatoria de huelga general que, según la jefatura del KPD, había hecho el 30 de enero, probablemente para que figurara en los anales que no se había dado por vencida sin llevar a cabo ninguna demostración.) En realidad, las SA y las SS (ésta por aquel entonces mucho menos importante) fueron autorizadas muy pronto a actuar como policía auxiliar, y ambas empezaron a organizar sus propios campos de concentración (sin haber obtenido todavía la autorización oficial del Estado).

El nuevo Gobierno, con el fin de evitar que el Reichstag o cualquiera de sus miembros tuviera la más mínima posibilidad de expresar su opinión, lo disolvió inmediatamente y convocó nuevas elecciones para la primera jornada en que constitucionalmente fuera posible realizarlas, el 5 de marzo. Al cabo de unos días se promulgó un decreto declarando el estado de emergencia para proteger al pueblo alemán, por el que se restringía la libertad de prensa y se permitía la «detención cautelar». El 24 de febrero las fuerzas paramilitares nazis de los camisas pardas y los camisas negras pasaron a constituir una «policía auxiliar». Ese mismo

día la policía tomó por asalto el cuartel general del Partido y afirmó haber encontrado gran cantidad de materiales que eran prueba de actividades de alta traición, aunque en realidad no hallaron nada significativo. Tales eran las condiciones en las que tendrían lugar las últimas elecciones oficialmente libres con pluralidad de partidos de la República de Weimar. Y además, a menos de una semana de las votaciones, se metería inesperadamente un comodín en la baraja amañada con la que se hacía jugar a la oposición. La noche del 27 de febrero el edificio del Reichstag fue pasto de las llamas. Fuera quien fuese el que provocara el incendio, los nazis explotaron inmediatamente el suceso hasta tales extremos que la mayoría de los antifascistas empezaron a pensar que ellos mismos habían sido los causantes del fuego.* Al día siguiente se publicó un decreto de estado de excepción por el que se suspendía la libertad de expresión, de asociación y de prensa, así como la privacidad de los servicios de teléfono y de correos. Por añadidura, el decreto también concedía autonomía a los *Länder* por orden del Gobierno del Reich para intervenir con el fin de restaurar el orden. Göring ya había empezado a acorralar a los comunistas y a otros indeseables. Eran arrastrados a cárceles improvisadas, golpeados, torturados y en algunos casos incluso asesinados. En abril había 25.000 personas sometidas a «detención cautelar» sólo en Prusia.

La reacción inmediata del SSB, o al menos la de mi célula, fue llevar la multicopista a casa de mi tía. Quisiera creer que fue la misma con la que se tiraron los últimos números del *Schulkampf*. Los camaradas decidieron que, como yo era súbdito británico, corría menos riesgos; o quizá que era menos probable que la policía llevara a cabo una redada en nuestro apartamento. La tuve escondida debajo de mi cama durante unas semanas. Era una caja marrón de madera más bien grande, y que actualmente se consideraría antediluviana, en la que debían colocarse las plantillas con los textos sobre una superficie permeable impregnada de tinta, y en la que cada página debía imprimirse por separado. Posteriormente vino alguien a recogerla. Me parece que mientras la tuve en casa no se imprimió nada con ella, pues de haberlo hecho, incluso mi tía, a la que tan poco le importaba el cuidado de la casa, habría protestado por las manchas de tinta que irremisiblemente se habrían esparcido por mi dormitorio. Así funcionaba esa máquina.

Es probable que para la producción de los panfletos que se utilizaron durante la campaña electoral emplearan una imprenta más compleja. Creo que mi participación en esa campaña fue la primera labor verdaderamente política que llevé a cabo. Supuso también mi introducción a una experiencia característica del movimiento comunista: el cumplimiento de una tarea imposible y peligrosa porque el Partido así lo ordena. Es cierto, nuestro deseo era colaborar en la campaña en cualquier caso, pero, vista la situación, hicimos lo que hicimos como prueba de nuestra devoción al comunismo, esto es, al Partido. Hasta tal punto que, hallándome una vez solo en un tranvía con dos hombres de la SA, y asustado como es

* En el momento de escribir estas líneas, la opinión generalizada entre los historiadores sigue siendo que el incendio fue provocado por un joven izquierdista holandés en un acto de protesta para llamar la atención con la esperanza de que los obreros reaccionaran y se movilizaran, y no por un acto de sabotaje por parte de los nazis.

natural, me negué a ocultar o a quitarme mi insignia. Solíamos entrar en los bloques de viviendas y, empezando por el piso más alto, íbamos bajando y metiendo los panfletos por la ranura de las puertas de todos los apartamentos hasta llegar al portal, jadeando por el esfuerzo y mirando a nuestro alrededor por si advertíamos algún signo de peligro. Había un componente de «juego al salvaje Oeste» en todo ello —nosotros éramos los indios y no el séptimo de caballería—, pero existía un peligro real suficiente como para que sintiéramos verdadero miedo a la vez que nos emocionaba la sensación de riesgo. Aproximadamente al cabo de un año describí esta experiencia en mi diario como «una sensación ligera y seca de contracción, como cuando te encuentras frente a un hombre que está a punto de darte un puñetazo y te quedas allí, esperando que te lo pegue». ¿Qué habría ocurrido si se hubiera abierto una puerta con un rostro hostil, si hubiera bajado un camisa parda por la escalera, si hubieran bloqueado las salidas a la calle? El reparto de propaganda electoral a favor del KPD no era cosa de broma, especialmente durante los días posteriores al incendio del Reichstag. Tampoco lo era votar comunista, aunque el 5 de marzo ésa siguió siendo la opción de más de un trece por ciento del electorado. Teníamos derecho a tener miedo, pues no sólo arriesgábamos nuestra piel, sino también la de nuestros padres.

El Partido fue ilegalizado oficialmente. Los campos de concentración no oficiales pasaron a ser oficiales. El primero de ellos, Dachau, fue inaugurado el mismo día que el nuevo Reichstag (ahora sin los comunistas ilegalizados) aprobó una Ley de Concesión por la que cedía todo el poder al régimen de Hitler y se abolía a sí mismo. Luego, a finales de marzo, mi hermana y yo supimos que íbamos a trasladarnos a Inglaterra. Cualesquiera que fueran los planes de mi tío Sidney en Barcelona, no prosperaron. Hitler había anunciado a principios de abril el boicot a los negocios de los judíos, y al despedirme de mis amigos, acordé con uno de ellos —probablemente Gerhard Wittenberg— que me enviara noticias al respecto. (Me dio la dirección del *kibbutz* donde pensaba ir cuando emigrara a Palestina.) Entonces nos fuimos. La tía Mimi también había decidido emigrar de nuevo. Su aventura empresarial en Berlín no había tenido más éxito que las demás, y la marcha de mi hermana y la mía suponían la desaparición de unos ingresos vitales para su economía. Tengo el vago recuerdo de que Nancy debía encontrarse con Gretl y el pequeño Peter —¿quizás en Barcelona?—, y que desde allí tenían que reunirse con Sidney y conmigo en Inglaterra. Fue otro de esos cambios que desorientan todavía más la vida desarraigada de un niño desplazado. Sidney vino a por mí. A pesar de que la política era mi principal pasión por aquel entonces, hice lo necesario para que mi vieja bicicleta con el cuadro abollado, el regalo de mi madre que tanta angustia y vergüenza de adolescente me había hecho sentir, se extraviara cuando fueron embalados los enseres de los Hobsbaum para el traslado.

No regresaría a Berlín hasta casi treinta años después, pero nunca olvidé esta ciudad y jamás lo haré.

Capítulo 6

EN INGLATERRA

I

Lo que más me sorprendió cuando llegué a Inglaterra fueron las increíbles dimensiones de Londres, por aquel entonces la ciudad más grande del mundo occidental, un gigantesco pulpo informe de calles y edificios que extendía sus tentáculos más allá de sus límites. Incluso después de setenta años de vida en una gran ciudad, las dimensiones y la incoherencia de esta metrópoli siguen asombrándome. Durante mis primeros años en Gran Bretaña nunca dejé de quedarme pasmado ante las distancias que recorría por rutina: en bicicleta, de norte a sur, cuando iba al colegio en Marylebone desde las colinas del Crystal Palace, y posteriormente desde Edgware; en coche, de este a oeste, cuando mi tío hacía el trayecto entre Ilford y Isleworth, viendo siempre hileras de edificios a mi alrededor.

La familia Hobsbaum tenía que encontrar un sitio donde establecerse en algún lugar entre esas «veinte mil calles bajo el cielo» (como el ingenioso escritor comunista, aunque por desgracia alcohólico, Patrick Hamilton, tituló su novela sobre Londres de los años treinta). Éramos súbditos del rey Jorge V y, por lo tanto —como todavía me veo obligado a recordar a algunos periodistas y reporteros que me entrevistan—, no éramos en absoluto refugiados o víctimas del nacional-socialismo. Sin embargo, en todos los demás aspectos éramos inmigrantes de Europa central, aunque provisionales —pues no hicimos traer nuestras pertenencias del guardamuebles de Berlín hasta 1935—, en un país que era totalmente desconocido para todos nosotros, excepto para el tío Sidney, quien tampoco había residido allí desde la Gran Guerra. Aparte de algunos parientes, no conocíamos ni a un alma. Ni siquiera éramos unos antiguos emigrantes que regresaban a su país natal, pues la situación futura de los Hobsbaum seguía siendo tan poco clara como lo había sido hasta 1933. Después de la etapa berlinesa, el primer lugar donde toda la familia pudo reunirse en la primavera de 1933 fue en la sede de una de las múltiples incursiones de Mimi en el mundo de las casas de huéspedes, esta vez en Folkestone. Podía haber pasado por una más de las escalas transitorias en las infinitas migraciones de los desarraigados del siglo xx. Una señora alemana refugiada expresaba incidentalmente su aprecio por el encanto y el físico de un

adolescente suizo, que obviamente estaba a punto de ingresar en una escuela inglesa. Un refugiado alemán de mi edad, en tránsito a un campo de aprendizaje agrícola sionista, trató de enseñarme un poco de yudo. Un personaje gris de la zona de los Cárpatos, un tal Salo Flohr, que se había quedado colgado por la negativa de Alejine a aceptar su desafío para el título mundial de campeón de ajedrez, solía practicar este deporte con el tío Sidney a la espera de poder viajar a Moscú para enfrentarse con el campeón soviético Mijail Botvinnik. Flohr nunca conseguiría ser el número uno, pero se convertiría en una figura conocida del mundo del ajedrez soviético y, presumiblemente en uno de los pocos para quien la emigración a la Rusia de Stalin en los años treinta no resultaría un desastre. Fue allí donde, durante las mañanas de sol tendido en el césped, descubrí la poesía lírica inglesa a través del *Golden Treasury* y leí por primera vez la obra de Lewis Carroll *A través del espejo*. Pues, tras haber ingresado en un colegio de Londres, fui a pasar unas semanas con toda la familia a Folkestone, mientras me preparaba para el examen de la «London Matriculation»* en materias desconocidas o extrañas para mí, y que debía llevarse a cabo en una lengua que apenas había utilizado fuera del seno familiar.

En realidad, excepto para mí y para la indómita tía Mimi, el traslado a Inglaterra en 1933 resultó ser uno más de los muchos intentos fallidos de los Hobsbaum-Grün de encontrar una isla donde varar en medio de las aguas tempestuosas del mundo de entreguerras. Gretl murió en 1936 a una edad un poco más avanzada que mi madre, pero todavía sin haber cumplido los cuarenta. En 1939, después de unos cuantos años de estabilidad con altibajos, Sidney, que a la sazón ya había alcanzado los cincuenta, se dio por vencido y cedió en su empeño de instalarse en Inglaterra para emigrar a Chile, llevándose consigo a Nancy y a Peter. Santiago, ciudad en la que volvió a casarse, se convirtió en su hogar. Nancy, cuya vida empezó realmente en Sudamérica con la guerra, regresó a Inglaterra con su marido, Victor Marchesi, en 1946, pero como esposa de un oficial de la Marina, siguió llevando una vida peripatética durante algunos años a la que puso fin estableciéndose en Menorca como una jubilada inglesa más. Peter, que se graduó en ingeniería química en Canadá, se pasó la vida ejerciendo de directivo sin patria en una compañía petrolífera y acabó sus días en España. Parece que sólo mi futuro siguió un buen derrotero cuando en 1935 decidí presentarme al examen de ingreso en Cambridge, y lo mismo cabría decir poco después del de mi tía Mimi, cuando se enamoró de un lugar que estaba a la venta en una zona recogida y encantadora de un valle de South Down, muy cerca de Brighton, donde llevó a cabo el sueño de su vida, tener un lugar de su propiedad, a saber una serie de cobertizos y establos que ella transformó en el Old Viena Café. Murió allí, con su desafiante cabellera pelirroja, en 1975, a los ochenta y dos años de edad, dejando en las manos de Nancy y más la venta de su propiedad. Sería el único dinero que heredaríamos de los Grün o de los Hobsbaum.

No es que me sintiera como alguien que se preparaba para la que acabaría siendo la larga existencia de un académico británico, aunque esperaba, incluso

* Examen de reválida que hacen a los 15 o 16 años los estudiantes de enseñanza media. (N. del t.)

con diecisiete años, que «mi futuro se basara en el marxismo, en la enseñanza, o en ambas cosas» (sabía muy bien que no se basaría en la poesía, aunque «con la práctica logré desarrollar un estilo de prosa bastante bueno»).¹ En espíritu, seguía viviendo en Berlín: era un adolescente solo que acababa de ser arrancado de un entorno en el que se se había sentido feliz y como en casa, tanto cultural como políticamente. En mi diario continuaban haciéndose referencias a los amigos y compañeros, a las opiniones de mi antiguo director de escuela, a las dramáticas vivencias de carácter político que había dejado atrás. No cabe la menor duda de que éste fue el principal motivo de que empezara a escribir mi diario en alemán. No quería olvidar. A mediados de 1935, la visita de una socialista alemana que había emigrado recientemente y que intentó implicarme en las actividades de su grupo —sospecho que se trataba del llamado *Neubeginnen* («nuevo comienzo»)—, me hizo recordar lo aislada que se hallaba verdaderamente mi vida. Ella («en breves palabras “la mujer moderna” de mis sueños») formaba «parte de un mundo al que yo pertenecí una vez durante algunos meses y cuya existencia, viviendo entre los bastidores de mis ideas, prácticamente he olvidado».²

Después de las experiencias de Berlín, Inglaterra fue como un bajón en mi vida. Nada en Londres tenía la carga emotiva de esa época, excepto —y de forma muy distinta— la música, a la que me introdujo mi primo Denis, estudiante de viola, y que solíamos escuchar en un gramófono de manivela en la buhardilla de la casa de su madre en Sydenham, donde la familia se alojó por primera vez a su llegada a Londres; discutíamos sobre un estilo musical con la intensidad típica del apasionamiento adolescente mientras tomábamos latas de leche condensada muy azucarada («No recomendada para bebés») y tazas de té: el hot jazz. Aún no había mucha música de este tipo en el mercado, y desde luego, dado nuestro presupuesto económico, tanto daba si la había o no. Los adolescentes que en 1933 tenían más probabilidades de ser seducidos por el jazz, raramente tenían la posibilidad de comprarse más que unos cuantos discos, y menos aún la de coleccionarlos.³ No obstante, se editaba una cantidad suficiente de este ritmo musical en Inglaterra para el mercado local: Armstrong, Ellington, Fletcher Henderson y las últimas grabaciones de Bessie Smith producidas por John Hammond. Y lo que es más, poco antes de que un litigio comercial impidiera durante unos veinte años que los músicos de jazz norteamericanos vinieran a Inglaterra, la banda más importante de todas —todavía puedo decir de memoria los nombres de sus componentes— acudió a Londres: Duke Ellington y su orquesta. Era la temporada en la que Ivy Anderson cantaba «Stormy Weather». Denis y yo, financiados probablemente por la familia, asistimos a la sesión continua de baile que dieron durante toda una noche («breakfast dance») en el Palais de Danse, situado en los parajes más alejados de Streatham, tomando botellines de cerveza en la tribuna mientras observábamos con desdén la masa de danzantes del South London moviéndose cadenciosamente en la pista, más concentrados en su pareja que en las maravillosas notas que tocaba la banda. Cuando gastamos nuestro último penique, nos fuimos andando hacia casa cuando rompía el alba, flotando mentalmente por encima del duro pavimento, seducidos para siempre por aquel ritmo. Como el escritor checo Josef Skvorecky, que ha sabido escribir mejor que nadie sobre

este tema,⁴ yo también experimenté esta revelación musical a la edad del primer amor, entre los dieciséis y lo diecisiete años, aunque en mi caso reemplazó virtualmente a este último, ya que, avergonzado por mi aspecto y por lo tanto convencido de ser físicamente falto de atractivo, reprimí de forma deliberada la sensualidad y el impulso sexual que pudieran brotar en mí. El jazz introdujo la dimensión de la emoción física inefable y fácil en una vida por lo demás casi monopolizada por las palabras y los ejercicios del intelecto.

En aquella época no podía ni imaginarme que de adulto mi reputación de amante del jazz me sería muy útil de muy distintas e insospechadas maneras. Desde entonces, y durante casi toda mi vida, la pasión por el jazz ha representado un signo de distinción, incluso entre los gustos culturales minoritarios, de un pequeño grupo normalmente dispuesto siempre a defender su preferencia. Durante dos tercios de mi vida esa pasión ha estrechado lazos entre todos aquellos que la compartían, formando una especie de sociedad masónica semisecreta internacional cuyos miembros se mostraban siempre dispuestos a enseñar su país a los que se acercaran a ellos con la contraseña correcta. El jazz se convertiría en la llave que me abriera las puertas de prácticamente todo lo que conozco de la realidad americana, y en menor medida de la antigua Checoslovaquia, Italia, Japón, la Austria de la posguerra, además de otras zonas de Gran Bretaña desconocidas hasta entonces.

Lo que contribuyó a la intelectualización extrema de mis siguientes años fue el hecho de vivir constantemente con unos padres efectivos, que se negaron de plano a permitir al apasionado muchacho de dieciséis años que se sumergiera en la vida de militancia política que llenaba por completo su mente. No cabe la menor duda de que consideraron que la primera prioridad para un muchacho evidentemente brillante que no podía confiar en las finanzas familiares consistía en poner todo su empeño en hacer posible su ingreso en una universidad. Eran de la firme opinión de que yo era demasiado joven para ingresar en el Partido Comunista.⁵ Por la misma razón, y a pesar de la solidaridad de la familia con el tío Harry, se oponían igualmente a mi adhesión al Partido Laborista, propuesta que hice para luego poder cambiarme de lado (lo que las generaciones posteriores de trotskistas denominaron «entrismo»). Ahora sé cómo debieron sentirse al enfrentarse a mi combinación de presunción e inmadurez. Me encojo a medida que leo de nuevo los apuntes de tono desesperado que escribí en mi diario en 1934 en el transcurso de este episodio de crisis familiar. Y de este modo, aunque la prohibición fue suavizándose poco a poco, durante los siguientes dos años y medio viví una existencia de entusiasmo político en suspenso, y de acuerdo con la situación me concentré en una actividad intelectual intensa y en la lectura de una cantidad de libros tal que aún hoy, a distancia del tiempo, me sorprende. No es que la revolución en Gran Bretaña pareciera hacer grandes progresos conmigo o sin mí.

Como durante los tres años siguientes vivimos muy unidos unos a otros, permítanme que evoque a las personas que se habían convertido en mis nuevos padres y en los de mi hermana. Tanto Nancy como yo coincidíamos en que eran bastante inútiles en su trabajo de progenitores, sin embargo, releendo lo escrito en mi diario entre 1934 y 1935, creo que infravalorábamos los problemas de unos

adultos obligados a hacer frente a una serie de emigraciones a varios países, así como el esfuerzo extraordinario que suponía tratar con dos huérfanos difíciles cuya desbaratada vida no había tenido ninguna oportunidad real de asentarse, por no mencionar a un peripatético muchachito de ocho años que siempre caía enfermo. Educarnos a los dos debió de ser una verdadera pesadilla. En cualquier caso, criaron a su hijo con la misma confusión que a nosotros, aunque a mí me afectó menos que a mi hermana, que desarrolló la firme convicción de vivir una vida de adulto que no tenía absolutamente nada que ver con las familias intelectuales, emocionales y aficionadas a entablar discusiones, conocidas en el continente durante los años de su adolescencia. De hecho, la forma en que la recuerdo con más cariño es como una matrona a todas luces convencional, típica de un país anglicano, y activista en Worcestershire del Partido Conservador durante los años sesenta.

A diferencia de ella, yo no tengo ninguna razón objetiva para reprocharles nada. Al contrario, me llamaban la atención no por ser unos personajes tiránicos sino, como escribí poco antes de cumplir los dieciocho, «trágicos». Los veía, sobre todo a Gretl, como las víctimas de la decadencia y la desintegración de las viejas convenciones que habían determinado las relaciones entre las generaciones. Las normas victorianas relativas a la educación de los niños estaban caducas. Habían sido duras para los hijos —aunque probablemente aceptables para la mayoría—, pero habían supuesto un importante puntal para los padres. Ahora no había nada que llenara el vacío creado con su desaparición. Paradójicamente, llegué a una serie de conclusiones análogas a las de mi hermana desde un punto de vista opuesto. El futuro no traería una sociedad sin normas aceptadas y una estructura sólida de perspectivas. «El estado socialista —escribí en mi diario— debe crear, y así lo hará, un nuevo convenio socialista que acabará con las desventajas de las viejas convenciones a la vez que mantendrá sus cualidades.» Cabe decir incluso que desarrollé los instintos de un comunista *tory*, a diferencia de los rebeldes y revolucionarios que se sienten atraídos a su causa por un sueño de libertad total para el individuo, de una sociedad sin normas.

Mi tía Gretl me encantaba, y desarrollé un profundo respeto por su sentido común. Al contrario de lo que suele ocurrir entre los adolescentes sensibles y sus padres, me gustaba conversar con ella acerca de los problemas de la vida y de algunas cosas que leía. Además, sus opiniones tenían un gran valor para mí, incluso las relacionadas con temas como el amor y el sexo, de los que yo no sabía nada en absoluto. Sin embargo, mi tía obviamente no podía sustituir a mi madre.⁶ Cuando caminaba por las calles y me cruzaba con gente, a veces me quedaba mirando a alguien, cerraba los ojos por un instante y me decía a mí mismo, «tiene los ojos como mamá».⁷ De las hermanas Grün, Gretl, la más joven, hermosa y de mayor éxito social, mimada por sus otras dos hermanas, y la única que nunca se vio obligada a ganarse la vida trabajando, hizo frente a los altibajos de su atroz fortuna y de la de su familia —y era muy numerosa— cargada de encanto, simpatía, una sensibilidad innata y una carencia absoluta de autocompasión. «Sidney no podrá creérselo, es siempre el optimista», escribió Gretl en una breve nota a su hermana, mientras esperaba ser operada para que le extirparan del estómago un

tumor descubierto de repente «tan grande como un puño», unos meses antes de mi ingreso en Cambridge. Ella no era ni optimista ni pesimista. Se tomaba las cosas como venían, y sabía, en este caso sin equivocarse, que lo que le podía deparar un futuro no muy lejano era la muerte. Cuando falleció, Sidney me llevó a ver su cadáver tendido en una cama del viejo Hospital General de Hampstead. Casi todos los días, de camino a Belsize Park, suelo pasar por este lugar que actualmente es el aparcamiento del Royal Free Hospital. El de tía Gretl fue el primer cadáver que vi en mi vida.

No estoy seguro de que yo *sintiera* demasiado respeto por Sidney. No quería parecerme a él. En realidad sentía disgusto y desprecio por su autocompasión, por su personalidad inestable, por esas oscilaciones típicas de su carácter, que iban de una explosión de rabia a un sentimentalismo efusivo y viceversa, la primera como expresión de su impotencia, el segundo una petición a gritos de ayuda. Como los dos teníamos bien desarrollado el sentido de la confrontación (esto es, la terquedad) que con tanta frecuencia puede apreciarse en las familias judías, nuestras conversaciones en casa solían ser a voces, exageradas y a menudo absurdas. Creo que hizo la vida imposible a Nancy, sobre todo después del fallecimiento de Gretl, que lo dejó sin lastre. Afortunadamente por aquel entonces yo ya era mucho mayor y sabía que estaba a las puertas de la independencia. Pero a pesar de todo me acuerdo mucho de él, y los recuerdos son gratos. Solíamos hablar, especialmente en París, y durante los viajes largos en los que le hacía de chófer (pues después de un año de estar allí, nuestra situación económica fue lo suficientemente próspera para permitirnos la adquisición de un automóvil que aprendí a manejar justo a tiempo de aprobar el examen de conducción de obligatoriedad reciente). Sidney era un hombre de mundo, y yo me tomaba muy en serio todo lo que me contaba, sobre todo su observación de que los hombres no deben nunca decir nada acerca de las mujeres con las que se acuestan. Sus comentarios sobre lo que había de bueno en el cine francés de los años treinta eran fruto de su experiencia personal. Me daba lo que yo claramente no había tenido de mi padre biológico. Y él, a su vez, esperaba que yo compensara las repetidas frustraciones de las que había sido objeto en su vida.

Pues, aunque fuera el único hijo del abuelo David que se dedicara plenamente al mundo de los negocios, Solomon Sidney Berkwood Hobsbaum, de baja estatura, con quevedos bajo una frente que (a diferencia de la de mi padre) estaba llena de arrugas verticales, no soñaba con hacer dinero. Poseía la capacidad, característica del vendedor, de creer apasionadamente en el producto del momento, armadura que lo protegía de los golpes que pudieran suponer una llamada no devuelta o la cancelación de un pedido. Años después, reconocí muchos de sus rasgos en el protagonista del maravilloso drama de Arthur Miller *Muerte de un viajante*, como probablemente les habrá ocurrido a los hijos intelectuales de muchos padres judíos. Pero aunque tenía ambiciones —Napoleón era su personaje histórico favorito y Rawdon Crawley (de *La feria de las vanidades* de Thackeray) el de ficción—, el dinero no era su motivación.

¿Qué ambiciones había tenido durante su juventud en el East End? De haber nacido mucho más tarde, cuando el dinero llegó al mundo del ajedrez y los in-

gleses se aficionaron a este juego, quizás habría podido sacar algún provecho de su talento natural para este deporte, que era a todas luces considerable. Su participación en un encuentro de ajedrecistas convocado en Francia le llevó del frente occidental a los servicios de inteligencia (esto es, el descifrado de los mensajes en clave) durante la Primera Guerra Mundial. Parecía que sabía bastantes cosas sobre este tema, pero, una vez más, cualquiera en su situación, dando vueltas por Centroeuropa entre los años 1919-1933, era bastante probable que hubiera conocido a personas relacionadas con los servicios secretos. Él se mantuvo al margen de la política.

Por otro lado, carecía de creatividad, aunque poseía la pasión por la cultura característica del judío pobre y autodidacta, y le encantaba moverse en los círculos de personas creativas (músicos, actores de teatro y, sobre todo, la gente de cine). En el fonógrafo que él y Gretl tenían en Viena escuché por primera vez en mi vida, y en repetidas ocasiones, una selección algo victoriana de los primeros grandes cantantes líricos que grabaron un disco —Caruso, Melba, Tetrzzini— y el repertorio de las principales arias operísticas de los compositores más famosos italianos y franceses: Verdi, Meyerbeer, Gounod. En la práctica sus contactos musicales eran más modernos: Rose Pauly-Dreesen, la «Electra» más famosa de la época, con cuya carrera se vio asociado Sidney a finales de los años veinte, era la principal soprano dramática del Berlin Krolloper de Klemperer, muy del estilo de la música del período de Weimar. Intentó movilizar en su favor a Dame Ethel Smyth (1858-1944), feminista eduardiana y la compositora más famosa de su época, con la que había mantenido algún tipo de relación de joven. Pero lo que conquistó su corazón fue el cine. No tanto el ambiente de las grandes filmaciones, de los comerciantes sin escrúpulos, de los aventureros empresariales y los estafadores, aunque debió de conocer a ese tipo de gente mientras estuvo trabajando en la Universal. Se trataba de la atmósfera que se respiraba en los estudios (los enormes hangares creadores de mundos, los pequeños emigrantes judíos moviéndose alrededor de grandes escenarios, entre cámaras, luces, maquillaje y decorados, todos ellos en un mismo saco en el que se mezclaban la técnica, el cotilleo, la informalidad bohemia y el escándalo). Yo solía llevarlo en coche hasta allí cuando él iba de visita a Isleworth y a Elstree. Para Sidney era el lugar en el que el hombre entraba en contacto con la creación. Consiguió volver a trabajar en este sector en Inglaterra, convenciendo a una firma fotográfica británica de que sus contactos en el mundo del cine hacían de él el hombre idóneo para vender el material cinematográfico de la compañía haciendo la competencia a Kodak y Agfa. Tras unos cuantos años de batallas perdidas por estar provisto de un producto que no era competitivo («el tío Sidney se va mañana a Budapest. Telegrama de Joe Pasternak muy enfadado. Selofilm, aparentemente, no tiene calidad»), se dio por vencido, volvió a emigrar y, presumiblemente gracias a los contactos de su hermano Berk, invirtió su pequeño capital en la participación en una modesta empresa chilena que fabricaba baterías de cocina. Al finalizar la guerra, abandonó este negocio rutinario, pero seguro, por la probabilidad que le insinuó un antiguo conocido de que quizás había un puesto para él en una nueva operación relacionada con el cine, que iba a llevarse a cabo en conexión con las Na-

ciones Unidas recién creadas. Todo quedó en agua de borrajas. Fue el punto final de su sueño de llevar una vida creativa. A sus cincuenta y tantos años, había echado por la ventana una estabilidad económica suficiente a cambio de un mero sueño. Nunca logró recuperarla.

No obstante, en los treinta, poco antes de que estallara la tragedia en Europa, hizo más o menos realidad sus fantasías durante un tiempo, y yo me beneficié de ello en cierta medida. ¿Pues quién iba a darle una oportunidad sino los marginales del mundo del cine, los refugiados y los radicales? De ese modo en la época del Frente Popular se vio metido en películas de carácter político financiadas por la izquierda francesa, entre las que cabe destacar *La Marsellesa* de Jean Renoir, y en documentales también políticos, circunstancia que me permitió presenciar en directo desde la grúa de la cámara del Partido Socialista la celebración del grandioso Día de la Bastilla de 1936, provisto de una identificación de auxiliar de dicho partido. Durante la guerra civil de España, reanudó el contacto con sus conocidos españoles, o mejor dicho catalanes. Solía regresar de los viajes que realizó a Barcelona en 1937 contando las conversaciones mantenidas con el dirigente catalán Lluís Companys (posteriormente ejecutado por Franco) y con un inglés de clase alta llamado Eric Blair. Fueron causas perdidas. Lo que más deseaba mi tío, cuyas simpatías se decantaban por la izquierda como la gran mayoría de judíos de familias humildes de la clase trabajadora, era mantenerse alejado de la política de partidos. La lógica de la historia lo empujó a ganarse la vida con la lucha contra el fascismo, al menos mientras ello fue posible. Pero no iba a ser por mucho tiempo.

II

La Gran Bretaña a la que llegué en 1933 era completamente distinta casi en todo del país en el que escribo estas líneas a comienzos del nuevo milenio. La historia de la isla durante el siglo xx se divide abruptamente en dos mitades; para explicarlo con una sola frase, en el antes y el después de los impactos simultáneos que supusieron Suez y el *rock and roll*. Prácticamente toda generalización acerca del país al que llegué en 1933 deja de poderse aplicar a partir de 1956, incluso la notable ineficacia del sistema británico de calefacción doméstica y —una de sus consecuencias— la impenetrable niebla dickensiana que, hasta 1953, todavía provocaba de forma ocasional la paralización de Londres. Gran Bretaña ya no era un gran imperio ni una potencia mundial, y después de lo de Suez nadie creía que lo fuera. La cultura popular compensaba esta circunstancia, creando sagas en las que se ensalzaban el heroísmo británico y la victoria final contra los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. En 1933, la gente recordaba la Gran Guerra no como un episodio heroico, sino como un cementerio. Sin embargo, todos sabían que en el mapa del mundo un territorio mucho más extenso que nunca estaba coloreado de rosa, y que éramos el único imperio global, aún cuando los imperialistas inteligentes reconocieran que nuestro poder era mucho menor que nuestra extensión. Pero la piel de los ingleses seguía siendo blanca. En 1933 era mucho más fácil en-

contrar teces oscuras y negras por las calles de París que por las de Londres y, a excepción del Veeraswamy en el West End, los restaurantes hindúes estaban virtualmente ausentes. De hecho, era raro encontrarse con extranjeros, fuesen del tipo que fueran, pues Gran Bretaña no era un centro de turismo internacional, que, en cualquier caso, era todavía ínfimo si lo comparamos con la actualidad.

Sólo Hitler y la guerra atraerían hacia la isla a un modesto número de cierto tipo de continentales de clase media, cuyas reacciones han sido descritas con ternura por el autor húngaro George Mikes en su librito *How to Be an Alien*. Contradiendo lo que dice el mito nacional, el país hizo todo lo que pudo para excluir a los refugiados, pero, a diferencia de Mikes, a la generación siguiente de inmigrantes húngaros, los refugiados de 1956-1957, ya no se les ocurrió describir Gran Bretaña como un país en el que las bolsas de agua caliente sustitufan al sexo. Fueron los años cincuenta los que revolucionaron las costumbres sexuales y sociales de la juventud inglesa. En los treinta, la idea de Londres como ciudad internacional de la moda, la diversión y la promiscuidad (como en la «movida londinense» de los años sesenta) era inconcebible. Los hombres heterosexuales encontraban el bullicio en París o en la Riviera francesa, y los homosexuales —al menos hasta la llegada de Hitler— en Berlín. En el caso de las mujeres, el asunto era mucho más limitado en ambos sentidos.

Gran Bretaña en 1933 seguía siendo una isla autosuficiente, donde se vivía la vida de acuerdo a unas normas, unos ritos y unas tradiciones inventadas no escritas, pero de obligado cumplimiento; normas, la mayoría de ellas, de clase o de género, aunque en la práctica también universales y en su mayoría vinculadas a la realéza. El himno nacional se tocaba al final de todas las representaciones teatrales y pases de película, y la gente se ponía en pie para escucharlo antes de abandonar las salas. Donde fuera que uno se encontrase, no se hablaba durante los dos minutos de silencio que se guardaban el Día del Armisticio, el once de noviembre. El tipo de pronunciación «correcto» unía a las clases altas (pero no a los advenedizos, què de este modo podían ser identificados) y aseguraba un comportamiento deferente por parte de los que procedían de un estrato social inferior, tuvieran o no conciencia de clase, al menos en público.

Durante los años treinta todas estas costumbres eran evidentes. Pero, por supuesto, no cabía esperar que fueran de aplicación al otro lado de los mares que nos separaban de los extranjeros. Gran Bretaña era una isla en todos los sentidos. Cuando un médico judío refugiado de clase media-alta solicitó la entrada al país dispuesto a realizar servicios domésticos (la única opción posible) y se ofreció a trabajar de mayordomo, el funcionario del control de pasaportes británico en París rechazó su petición sin dudarle un instante, sin ni siquiera plantearse razones humanitarias o de otro tipo. «Es totalmente absurdo —escribió—, pues para trabajar de mayordomo es imprescindible una experiencia de toda la vida.»⁸ No podía imaginarse a un Jeeves no británico.

No obstante, según los modelos de la Europa continental, Gran Bretaña seguía siendo una nación rica, técnica y económicamente avanzada y bien equipada, aunque para un adolescente sin blanca París era a todas luces mucho más divertida. En Inglaterra, los asientos de los trenes y de los vagones de metro estaban

tapizados, incluso los de tercera clase, las calles de las ciudades solían estar bien pavimentadas y hasta la superficie de las carreteras secundarias de las zonas rurales estaban asfaltadas. Los baños y los inodoros eran elementos habituales en las pequeñas viviendas unifamiliares nuevas, provista cada una de su jardín, que se multiplicaban a millares en las afueras de las grandes ciudades en lo que unos cuantos todavía calificaban de gran expansión edilicia. Los ricos no eran los únicos que poseían automóviles e incluso la mayoría de la gente humilde tenía radio. Por otro lado, las expectativas materiales no eran muchas y casi ningún británico había tenido aún la posibilidad de asomar la cabeza fuera del reino en el que la gente sigue utilizando sus ingresos principalmente para satisfacer las necesidades elementales de la vida, como tuve ocasión de descubrir cuando estuvimos viviendo brevemente en Canons Park, en Edgrave, entre gente de clase media acostumbrada a tener su utilitario y a tomar el aperitivo. Gran Bretaña estaba muy lejos de ser una sociedad consumista moderna, especialmente sus adolescentes. No sería hasta mediados de los cincuenta, con el pleno empleo, cuando los adolescentes trabajadores tendrían dinero para gastar, y sus padres podrían contar con su aportación para el presupuesto familiar. Afortunadamente, los lujos más fácilmente asequibles para los aspirantes a intelectuales también salían baratos: las películas, precedidas por el sonido de unos órganos que parecía surgir de las profundidades en el momento de apagar las luces y que eran proyectadas en salas cada vez más grandes, y los libros, de segunda mano, en edición de bolsillo —los nuevos Penguin a seis peniques—, que a veces venían de regalo con los periódicos de mayor circulación que competían entre ellos para superar los dos millones de tirada. Todavía conservo el ejemplar de los *Collected Plays* de Bernard Shaw que conseguí con la compra de seis ejemplares del *Daily Herald* del Partido Laborista, diario que durante un breve período de tiempo ganó esa carrera (y que posteriormente, en el transcurso de la historia británica del siglo xx, se convertiría en el tabloide *Sun*, un periódico que es muy poco probable que regale literatura clásica a sus lectores como política para hacer aumentar su tirada). Incluso el sistema de transporte que nos llevaba a la libertad era barato, pues nosotros, o nuestros padres, teníamos en cuenta los anuncios que había en la parte trasera de los autobuses londinenses de dos pisos: «Bájese de este autobús. Nunca será suyo. Dos peniques al día le bastarán para comprar una bicicleta». Y de hecho, bastaban unos cuantos plazos para comprarla (en mi caso fue una reluciente Rudge-Whitworth nueva por unas cinco o seis libras). Si la movilidad física es una condición esencial para ser libre, la bicicleta probablemente haya sido el mejor invento para conseguir lo que Marx llamaba la plena realización de las posibilidades del ser humano que haya hecho su aparición desde Gutenberg, y el único que no presenta inconvenientes a primera vista. Como los ciclistas viajan a la velocidad de las reacciones humanas y no están aislados de la luz, el aire, el sonido y los olores de la naturaleza por una superficie de vidrio, en los años treinta —antes del gran auge del tráfico motorizado— no había otro modo mejor para explorar un país de extensión limitada con un paisaje sorprendentemente bello y variado. Con la bicicleta, la tienda de campaña, un hornillo Primus y las recién inventadas barritas Mars, mi primo Ronnie (que las llamaba «Marr», pensando

que era un producto francés) y yo nos aventuramos por buena parte de los hermosos parajes civilizados del sur de Inglaterra y, en uno de nuestros recorridos más memorables, pero de un frío glacial, por las zonas más salvajes del norte de Gales. (Casi sesenta años después reviví el recuerdo de esas lejanas y largas excursiones en bicicleta comiendo Mars con ocasión de la sorprendente propuesta que me hizo desde Las Vegas su propio creador, Forrest B. Mars, a la sazón de ochenta y tantos años de edad y propietario de la compañía totalmente privada más grande del mundo, de ayudarlo a explicar sus ideas acerca del mundo a un público más amplio. Rechacé la invitación educadamente. Al parecer, una joven estudiosa conocida suya le había sugerido esta colaboración exclusiva entre un ejemplo clásico de empresa privada que mantiene su sólida estructura original y un historiador marxista.)

¿Cómo podía adaptarse en 1933 un inmigrante adolescente a este país tan particular, que además era el suyo? En cierto sentido, llegué a él como la Alicia de Lewis Carroll al País de las Maravillas, a través de unas cuantas puertas estrechas y angostos pasajes que abrió mi familia, y especialmente mis primos, que eran también mis mejores y más íntimos amigos.

Por aquel entonces mi familia inglesa se había visto reducida. David y Rose Obstbaum, que fueron los primeros en desembarcar en Londres en la década de 1870 y que sin lugar a dudas adquirieron la inicial «H» de su apellido por culpa de un funcionario *cockney* de inmigración, ya habían muerto. Lo mismo sucedía con tres de sus ocho hijos: Lou, un actor de provincias, Phil, que siguió con el negocio familiar de carpintería, y mi padre. (Una hija de David y su primera esposa, mi tía Millie Goldberg, hacía ya tiempo que se había trasladado a América, donde se convirtió en la matriarca de un clan cuyos miembros actualmente están esparcidos por todo Estados Unidos e Israel.) Un cuarto hijo, mi tío Ernest (Aron), que fue el que convenció a mi padre de que se reuniera con él en Egipto, donde trabajaba en los servicios de Correos y Telégrafos, había fallecido poco después de nuestra llegada, entre los objetos de latón y las anécdotas que le recordaban su vida en Oriente. Dejó tras de sí una viuda de origen belga y religión católica, que sabía ganarse la vida mucho mejor que él, y dos hijas muy guapas que suscitaban cierto interés entre los primos varones. El tío Berkwood (Ike), casado con una galesa y padre de cinco hijos, hacía ya tiempo que se había instalado en Chile, aunque mantenía el contacto con los parientes. Quedaban mi tía Cissie (Sarah), una maestra de escuela cuyo marido estaba siempre ausente «por negocios», y mi tío Harry, el pilar inamovible de la familia, aunque sólo fuese por el hecho de que era el único de sus miembros que ganaba un salario fijo, pero modesto, de unas cuatro libras a la semana, trabajando de telegrafista en la oficina de Correos, donde permaneció toda su vida menos durante la Gran Guerra. En el transcurso de ésta, prestó sus servicios en el destacamento de Ypres y a continuación, afortunadamente para su vida, en el frente italiano. Concejal por el Partido Laborista en el municipio londinense de Paddington, al final fue el primero de dicho partido que alcanzó la alcaldía. A su llegada a Inglaterra, los Hobsbaum eran una familia de humildes artesanos. Luego habían mejorado su situación y habían avanzado desde sus primeros lugares de residencia oficiales en Whitechapel, Spitalfields y

Shoreditch, aunque no habían llegado demasiado lejos. En Inglaterra se mantuvieron obstinadamente en los estratos inferiores de la pirámide social.

No obstante, el universo social en el que se movían abarcaba un sector muy extenso y representativo del país. Desde las clases que daba mi prima Rosalie, hija de Cissie, de baile y «elocución», esto es, aprender a hablar con el acento de la burguesía, a las hijas de las madres con pretensiones de la periferia en Sydenham, a los ambientes laboristas del concejal Harry Hobsbaum en North Paddington, así como el mundo de los intelectuales plebeyos autodidactas y de futuros artistas en el que se movían mis primos, el de las reuniones en los salones de té Lyons o ABC, los grupos de debate, las clases nocturnas y aquella maravillosa institución, la biblioteca pública gratuita y su sala de lectura. Ése era el mundo para el que en 1936 Allen Lane creó la primera colección de libros de bolsillo autoformativos, los Penguin, y la de carácter más intelectual, los Pelican, y Victor Gollancz su Left Book Club, en el que mi primo Ruby (hijo de Philip) publicaría la primera aportación de nuestra familia a la bibliografía de izquierdas, el libro *Freud and Marx* de Reuben Osborn.

Mis primeras experiencias en el mundo británico fuera del marco familiar y escolar me vinieron a través de esos ámbitos. En parte, gracias al hijo de Cissie, Denis, un personaje algo misterioso y —dentro de sus posibilidades económicas— bastante elegante, que se mordía las uñas, había dejado sus estudios y desde mediados de los años treinta, al carecer de un trabajo fijo, se había volcado en el mundo de la música, el teatro y los espectáculos populares. Pero principalmente fue gracias al hijo de Harry, Ronnie, un joven menudo de constitución atlética y de fuertes rasgos judíos, que entonces aún vivía con sus padres en Maida Vale nutriendo su eterna pasión por el mar, afición que pudo satisfacer en la Marina durante la guerra y luego trabajando toda su vida de marinero de barcos pequeños en el estuario de Blackwater. A mi llegada a Inglaterra trabajaba de chico para todo en algún lugar escondido del Museo de Historia Natural, por aquel entonces lugar de encuentro de filósofos populares bastante bohemios, mientras por las noches seguía con sus estudios en la Escuela Politécnica de Regent Street para pasar los exámenes de secundaria. Luego sacaría matrícula en económicas en la London School of Economics, lo que le permitiría escalar puestos paso a paso en los servicios civiles —como funcionario y directivo— hasta alcanzar el grado administrativo más alto en el Ministerio de Trabajo.

Me negué a entablar cualquier tipo de relación con la pequeña burguesía de la periferia, a la que observaba con un desdén espontáneo. También de forma espontánea, por estar en manos de los socialdemócratas reformistas, encontraba el movimiento laborista representado por mi tío Harry, e incluso el ala más izquierdista de la que su hijo era partidario, bastante decepcionante, pero también enigmática. A diferencia de la socialdemocracia alemana, no se le podía condenar sencillamente a las llamas. Pues, aunque Harry fuera un fiel laborista que defendía el partido contra los duros ataques del PC británico, compartía la idea general del movimiento laborista inglés (con la excepción quizá de los que estaban bajo la influencia directa de la Iglesia católica) de que, se dijera lo que se dijese, la Rusia soviética era, después de todo, un Estado de los trabajadores. Como la mayo-

ría de los activistas de los sindicatos y del Partido Laborista, no era partidario del comunismo, pero consideraba que en esencia se encontraba en el mismo lado que su partido. Además, no podía negar que, a diferencia de lo que sucedía en la socialdemocracia alemana, sólo unos pocos dirigentes laboristas se habían vendido a la burguesía en 1931, cuando el primer ministro del Gobierno de ese partido de 1929, Ramsay Macdonald, y dos de sus colaboradores, se unieron a los *tories* en el llamado «Gobierno Nacional», que llevó las riendas del país hasta la caída de Neville Chamberlain en 1940. ¿Cómo podía considerarse al grueso del partido, decididamente anti-Macdonald, que se había visto reducido a unos cincuenta escaños en la Cámara de los Comunes, traidores a su clase en ese mismo sentido?

Por otro lado, y en vista de lo sucedido durante la huelga general de 1926, el movimiento laborista sencillamente no correspondía a mi visión ideal de «proletariado (revolucionario)». Como ya he dicho, resultaba enigmático, pues en cierto modo el panorama británico se parecía al alemán, convulsionado como estaba por la fuerte inestabilidad de la economía global y el cataclismo político que conllevó la crisis mundial de 1929. La política británica también se había visto muy afectada. La derecha y la izquierda se habían radicalizado e incluso hizo su aparición un movimiento fascista de camisas negras que durante un tiempo representó una seria amenaza para la nación. No obstante, aunque la estructura del Estado se tambaleó un poco, no se vio aparentemente al borde del colapso, y de hecho no llegó nunca a estarlo. A juzgar por Gran Bretaña, la revolución mundial podía a todas luces tardar en producirse mucho más de lo que se esperaba. Como, según se desprende de mi diario, yo no contaba con llegar a los cuarenta (a los diecisiete años incluso esa edad parece muy lejana), probablemente no alcanzaría a verla. Pero por esa época la propia Internacional Comunista estaba a punto de descubrir que no habría ninguna revolución a no ser que antes se ganara la lucha contra el fascismo y la guerra mundial.

III

Posiblemente parezca extraño que todavía no haya hecho ningún comentario acerca de la institución a la que asistí desde mi llegada a Inglaterra hasta mi ingreso en Cambridge tres años después, la escuela en la que permanecí más tiempo en mi vida, a saber, la St. Marylebone Grammar School, en la esquina de Marylebone Road y Lisson Grove, en el centro de Londres. Había sido la escuela de mi primo Ronnie (seguí sus pasos ganando la copa del colegio al mejor debate). Al igual que el Prinz-Heinrichs-Gymnasium, también ha desaparecido, aunque su destrucción no fue debida a los bombardeos enemigos, sino a las corrientes ideológicas de los setenta, un mal período para la educación secundaria. La escuela rechazó la posibilidad que se le dio de convertirse en un centro no selectivo y «general» abierto a todos, o de privatizarse, y en consecuencia fue cerrada. La educación que recibí fue la mejor que podía obtenerse en Inglaterra en los años treinta y tengo contraída con sus maestros una deuda de eterna gratitud. Pero, por una serie de razones que todavía no sé explicarme, apenas me aportó nada para

mi comprensión de Inglaterra, excepto el descubrimiento de que, al contrario de los *Herren Professoren* de Berlín, todos los profesores de St. Marylebone tenían sentido del humor. (Fue algo que verdaderamente me sorprendió mucho.) Lo que no me chocó entonces es que en las escuelas británicas de secundaria el personal docente quizá perteneciera socialmente al mundo de la universidad, aunque intelectualmente no formara parte de él. A diferencia de los profesores que habrían podido darme clase en los cursos superiores de cualquier escuela alemana, francesa o italiana, los ingleses eran sólo rarísimas veces investigadores, eruditos y futuros académicos. Vivían en el ámbito exclusivo de la docencia.

Más sorprendente aún es que no establecí ninguna amistad seria durante mis tres años allí. No hay prácticamente la menor duda de que el abismo histórico que separaba mi antiguo país del actual era demasiado profundo. Según los parámetros del Berlín de 1932, Londres suponía una regresión a la inmadurez. En Marylebone Road de los años 1933-1936 no había ninguna posibilidad de continuar las conversaciones habituales en el Prinz-Heinrichs-Gymnasium de 1931-1933. Aparte de algunas que mantuve con mi primo Ronnie, que ya asistía a la universidad, sólo pude reanudarlas cuando ingresé en Cambridge. Esto quizá también sea uno de los motivos que me llevaron a subestimar la modesta, pero real, radicalización política de varios de mis compañeros de clase durante mis dos primeros años de estancia. A juzgar por mi diario, otra razón era la pura presunción por mi parte. Intelectualmente me consideraba al nivel de los profesores y superior al resto de mis compañeros. Tampoco me gustaban las pretensiones sociales de la escuela, versión caricaturesca de las «escuelas públicas» burguesas sin pupilaje —uniforme y gorra obligatorios, tutores, «hermandades» rivales, retórica moral, etc.—, e hice todo lo posible para demostrar mi desacuerdo. En el centro escolar, a su vez, no estaban muy seguros de lo que debían hacer con el recién llegado de Europa central, falto de disciplina, desconocedor de las reglas de juego tanto del críquet como del rugby y que no parecía tener interés por ninguno de estos deportes, pero demasiado adulto para no convertirse tarde o temprano en delegado de curso y demasiado intelectual para no ser nombrado editor de la revista de la escuela, *The Philologist*. En ella, entre los reportajes deportivos fijos, aparecieron publicados mis primeros artículos, de los que ya no recuerdo ninguno con la excepción de una extensa reseña sobre la Exposición de Arte Surrealista de Londres de 1936, con uno de cuyos artistas alterné unas cuantas noches en París a finales de ese año. Con todo, al poco tiempo se hizo evidente para la escuela que para mí los exámenes no comportaban ninguna dificultad, y que podía aspirar seriamente a una beca universitaria.

Lo que me reconcilió con esas pretensiones de la escuela fue la calidad, y sobre todo la entrega a su vocación de los profesores, empezando por el director, Philip Wayne (que posteriormente se encargaría de la traducción del *Fausto* de Goethe para los Penguin Classics), el cual, durante nuestra primera entrevista, lamentó que en el centro sólo pudieran continuar enseñándome latín, pero no griego, y para compensarme puso entre mis manos un libro del filósofo Immanuel Kant y una selección de ensayos de William Hazlitt.

La Philological School había sido fundada a finales del siglo XVIII para los hi-

jos de las familias modestas, pero con aspiraciones, de Marylebone, y como centro de enseñanza media, al final dependiente del London County Council, siguió proporcionando el tipo de instrucción que necesitaba la clase media-baja londinense, cuyas aspiraciones no iban más allá de una educación de secundaria ni consistían en distinguirse de forma especial en el mundo. Afortunadamente para la generación de sus hijos, que a partir de los años treinta empezaron a acudir a la universidad, no se trataba ni mucho menos de una educación de segunda categoría, aunque a veces pareciera que era un regalo altruista que los que estaban bien asentados en la cima de la sociedad hacían por sus merecimientos a sus inferiores.

Harold Llewellyn-Smith, hombre apuesto, bien relacionado, pilar del Partido Liberal, solterón empedernido, hijo del arquitecto de la política laborista de la Inglaterra eduardiana y georgiana y de buena parte del Estado de bienestar, que fue mi profesor de historia, mi guía hasta Oxbridge, y que acabó siendo director de la escuela, sabía que su formación había sido insuperable (Winchester y New College de Oxford, y la Guardia Escocesa durante la guerra). Su decisión de enseñar en una escuela de secundaria estatal más bien mediocre, cuyo único ex alumno conocido por el mundo exterior era el cantante de las peripecias de la clase media-baja londinense, Jerome K. Jerome, autor de *Three Men in a Boat*, seguramente se debía a las mismas razones que le impulsaron a trabajar en una zona barriobajera del sur de Londres. Dejando a un lado el atractivo de trabajar con niños, estaba su deseo de hacer el bien entre las clases no privilegiadas. Me prestaba sus libros, puso en marcha por mí a todos sus contactos, me explicó (correctamente) cómo llevar a cabo los exámenes de Oxbridge para conseguir una beca, me dijo qué *colleges* eran los más idóneos para mí (Balliol College en Oxford y King's College en Cambridge), y me advirtió que allí tendría que vivir como los ricos, entre caballeros. Estaba claro que nunca consideró ni siquiera la posibilidad de que pudiera pertenecer a su mundo.

Un abismo social semejante nos separaba del profesor más interesante de todos, un joven licenciado en literatura inglesa, que llegó a Marylebone procedente de Cambridge, trayendo consigo para todos los que quisieran escucharle —mi caso, sin lugar a dudas— el gran evangelio de I. A. Richards, *Practical Criticism*, y a F. R. Leavis. Me prestó la obra *New Bearings in English Poetry*, que leí de un tirón junto con las publicaciones, de edición privada, de sus poetas más admirados, y me empujó a indicar como tercera opción en el examen para la beca el centro en el que Leavis impartía sus enseñanzas, Downing College (después del King's College y del Trinity College, debido a la presencia en este último de Maurice Dobb). La reputación de Leavis de gran crítico literario no ha durado mucho a lo largo del siglo xx, y cuando llegué a Cambridge, mi pasión por él se había enfriado, pero ningún profesor de las grandes universidades inglesas de este siglo ha tenido tanto impacto en la enseñanza de la literatura. Tenía una capacidad sorprendente para inspirar a generaciones de futuros profesores, quienes, a su vez, inspiraban a sus alumnos más brillantes. El inglés, para el Sr. Maclean, era una cruzada que el pueblo debía emprender. De no haber muerto durante la guerra, estoy convencido de que hubiera seguido siendo profesor. No cabe duda de que en mi caso sus enseñanzas fueron fuente de inspiración. Sentía que tenía-

mos muchas cosas en común, aunque sólo fuera por el hecho de que ambos teníamos una nariz fea y ancha, un rostro no bien perfilado con ojos marrones que se irritaban con facilidad detrás de unas gafas de concha, un cuerpo grande y desgarrado que no sabía muy bien qué hacer con sus extremidades superiores e inferiores, y una gran sensibilidad. ¡Ay, dudo que hubiera querido ser marxista!

Durante tres años Marylebone fue mi referencia intelectual; no sólo la escuela en sí, sino también la espléndida biblioteca pública situada a pocos metros de distancia en el ayuntamiento de lo que entonces constituía un municipio londinense, en la que pasé muchos ratos durante las pausas del almuerzo, leyendo y tomando prestados todo clase de libros. (Aunque no he vuelto a utilizar esa biblioteca desde entonces, se trata del edificio donde se halla el Registro Oficial en el que muchos años más tarde, en 1962, contraje matrimonio con Marlene.) En realidad, no toda mi educación la recibí en la escuela. De hecho, durante el último año que pasé en ella (1935-1936) ésta no representó más que un despacho en el que me hice mi propio plan de estudios. Pero mi deuda con la St. Marylebone Grammar School es enorme, y no sólo porque me hiciera conocer el mundo maravilloso y sorprendente de la poesía y la prosa inglesas. Sin sus enseñanzas y su guía, no sé cómo un chico que nunca había recibido ningún tipo de instrucción en inglés hubiera podido en apenas dos años, tras llegar a este país cuando ya tenía casi los dieciséis, estar preparado para ganar una beca completa en Cambridge y, una vez en esta universidad, tener la posibilidad de sacar tres títulos en al menos tres materias. Fue también St. Marylebone la que me ayudó a abandonar la tierra de nadie en la que (excepto por la familia) había vivido desde mi marcha de Berlín, para entrar de nuevo en el territorio genuino de la juventud: el de la amistad y la camaradería, el de las relaciones colectivas y privadas.

IV

¿Qué le había sucedido realmente a la evolución intelectual de ese muchacho en aquellos tres años? En primer lugar, mis lecturas habían sido de un carácter más amplio y *general* durante ese período que en cualquier otro momento de mi vida, sobre todo en cuanto a literatura se refiere. Como los exámenes de los cursos de secundaria no requerían unos conocimientos tan especializados como los universitarios, por no hablar de la investigación, permitían que los alumnos emprendedores dispusieran de algo más de tiempo para sus propias exploraciones (y a esa edad casi todo está por descubrir). Además, el sexto curso británico no comportaba tanto esfuerzo como su equivalente en el continente, aunque sólo fuera porque se debía elegir entre letras y ciencias, lo que reducía a la mitad el plan de estudios continental. Al entrar en la universidad, nadie que se tome la carrera en serio puede disfrutar del tiempo del que goza un adolescente inquieto para dedicarse a leer sobre distintos temas con la rapidez, voracidad y curiosidad infinita que normalmente lo caracteriza. ¿Pero qué hice de tanta lectura?

Para ser breve diré que intenté darle una interpretación marxista, esto es, esencialmente histórica. No cabían muchas más posibilidades para un intelectual co-

munista de unos dieciocho años, apasionado, aunque falto de organización, y por fuerza inactivo. Como no había leído más que el *Manifiesto comunista* cuando abandoné Berlín —las acciones van antes que las palabras—, debía, por lo tanto, alcanzar más conocimientos acerca de la ideología marxista. Mi marxismo era, y en cierta medida sigue siendo, el adquirido a partir de los únicos textos entonces disponibles fuera de las bibliotecas universitarias, las obras y las antologías de los «clásicos» distribuidas sistemáticamente, publicadas (y traducidas en ediciones locales fuertemente subvencionadas) bajo los auspicios del Instituto Marx-Engels de Moscú. Curiosamente, hasta la aparición de la famosa *Breve historia del Partido Comunista de la Unión Soviética* (1939) de Stalin, que contenía un importante apartado sobre «Materialismo histórico y dialéctico», no existía ningún compendio oficial de la ortodoxia comunista soviética acerca de estos temas. Cuando este apartado vio la luz, lo leí con entusiasmo, teniendo en cuenta sus simplificaciones pedagógicas. Se correspondía muy bien con lo que yo, y probablemente la mayoría de los intelectuales británicos rojos de los años treinta, entendía por marxismo. Nos gustaba considerarlo «científico» en un sentido más bien decimonónico. Como en Inglaterra, a diferencia de lo que ocurría en los *lycées* y *Gymnasia* continentales, la filosofía no constituía una parte primordial de los últimos cursos de la enseñanza secundaria, no estudiamos a Marx con el interés filosófico de nuestros coetáneos del continente, por no hablar de sus conocimientos de filosofía. Ello contribuyó a que mi forma de pensar se hiciera rápidamente británica. Lo que Perry Anderson ha calificado de «marxismo occidental», el marxismo de Lukács, la Escuela de Frankfurt y Korsch, no cruzó el Canal hasta los años cincuenta. Nos contentábamos con saber que Marx y Engels habían dado la vuelta a Hegel como es debido, sin que nos importara saber en qué principios exactamente se basaban. Lo que hacía del marxismo una ideología irresistible era su carácter global. El «materialismo dialéctico» representaba, si no una «teoría de todo», cuando menos un «marco para todo», que unía la naturaleza orgánica e inorgánica con los asuntos colectivos e individuales del hombre, y que ofrecía una propedéutica a la naturaleza de todas las interacciones en un mundo sometido a cambios constantes.

A medida que releo las anotaciones en mi diario correspondientes a los años 1934-1935, me doy perfecta cuenta de que su autor se estaba preparando para ser un historiador. Yo intentaba sobre todo elaborar una serie de interpretaciones históricas marxistas a partir de mis lecturas. Y sin embargo lo hacía de una manera que, de haber proseguido mis estudios en el continente, hubiera sido seguramente muy distinta. La «concepción materialista de la historia» era, por supuesto, fundamental para el marxismo. No obstante, Gran Bretaña fue en los años treinta uno de los pocos países en los que se desarrolló una escuela de *historiadores* marxistas y, en mi opinión, ello se debía en parte al hecho de que en las asignaturas de letras del sexto curso británico la literatura ocupaba el espacio que había dejado vacante la filosofía. Los historiadores marxistas británicos empezaron, mayoritariamente, siendo unos jóvenes intelectuales que se dedicaron al análisis histórico por la pasión que les suscitaba la *literatura*: Christopher Hill, Victor Kiernan, Leslie Morton, E. P. Thompson, Raymond Williams y por supuesto yo

mismo. Esta circunstancia quizá pueda explicar la influencia por lo demás sorprendente que ejerció el antimarxista F. R. Leavis en muchos de los universitarios que se hicieron comunistas. Los estudiantes de literatura inglesa comunistas de Cambridge creían ciegamente en él.

Mi propio marxismo se desarrolló como un intento de comprender mejor el mundo de las letras. En esa época no me obsesionaban los clásicos problemas macrohistóricos del debate marxista acerca de la evolución de la historia (la sucesión de «modos de producción»). Me interesaba saber el lugar que ocupaban en la sociedad el artista y las artes (en realidad, la literatura) y conocer su naturaleza, o, en términos marxistas, «¿cómo se relaciona la superestructura con la base?». En un determinado momento del otoño de 1934 empecé a darme cuenta de que ése era «el problema», y a preocuparme por ello, como haría un perrito ante un hueso gigantesco, con la ayuda de numerosísimas lecturas asistemáticas en materia de psicología y antropología y ciertos recuerdos de lo que había leído sobre biología, ecología y la evolución en las revistas de *Kosmos*, *Gesellschaft der Naturfreunde* durante mis años en el continente. La teoría era ambiciosa. «Marx podía predecir el sistema socialista basándose en un análisis preciso del sistema capitalista. Un análisis preciso de la literatura capitalista, que tome en consideración todas las circunstancias, todos los nexos y relaciones, debe permitirnos extraer conclusiones similares acerca de la cultura proletaria del futuro.» Pronto dejé de pensar en esas predicciones globales, pero la cuestión histórica que me planteaba a los diecisiete años ha moldeado mi trabajo de historiador de modo permanente. Todavía hoy intento «analizar las influencias (sociales) que determinan la forma y el contenido de la poesía [y de manera más general de las ideas] en las distintas épocas». Pero en materia de historia sólo había aprendido lo necesario para aprobar, con un poco de habilidad y astucia, el examen para la obtención de la beca en Cambridge.

V

A principios del 1936 decidí, por precaución —pues «vivo en el siglo xx y... en todo caso no soy dado al optimismo», poner punto final al diario que había escrito durante casi dos años. «Simplemente ya no lo necesito», escribí en mi última anotación.

Sabe Dios por qué. Quizá por haber conseguido la beca para Cambridge y, si todo va bien, porque el futuro me depara al menos tres años de independencia. Quizá porque S. [a quien tuve la ocasión de conocer durante el examen para la beca, y que se convirtió en un amigo de por vida] es la primera amistad que he entablado por mí mismo, y no he sacado como un parásito de los bolsillos de los demás ... ¿Quizá porque ahora me espera un año dedicado plena y exclusivamente a mi propio trabajo? [Esto es, hasta que vaya a Cambridge] ¿Porque simplemente la vida me sonríe? ¿Porque quizá, sólo quizá, voy a vivir una vida menos «de segunda mano»?

Parecía que había llegado el momento de hacer balance, y esperaba ser capaz de hacerlo sin sentimentalismos y sin engañarme a mí mismo. Lo hice en los siguientes términos:

Eric John Ernest Hobsbaum, de dieciocho años y medio de edad, rubio, de estatura elevada, desgarrado, poco agraciado, de rasgos angulosos, rápido en cazar las cosas, con una cantidad de conocimientos generales considerable, si bien superficial, y un gran número de ideas originales, tanto generales como teóricas. Un incorregible aficionado a adoptar poses, que es la actitud más peligrosa y a veces efectiva, mientras se convence a sí mismo de creer en ellas. No está enamorado y aparentemente logra sublimar sus pasiones, las cuales suelen —más bien con poca frecuencia— encontrar su expresión en el placer estático inspirado por la naturaleza y el arte. Carece de sentido de la moralidad, totalmente egoísta. Para cierta gente resulta extremadamente desagradable, para algunos agradable y para otros (la mayoría) simplemente ridículo. Quiere ser un revolucionario, aunque hasta la fecha demuestra no tener talento para la organización. Quiere ser escritor, pero adolece de la energía y la capacidad necesarias para dar forma a su material. No tiene la fe para mover las montañas necesarias; sólo tiene la esperanza. Es vanidoso y engreído. Cobarde. Ama profundamente la naturaleza. Y está olvidando el alemán.

Con este espíritu afronté el año 1936 y la Universidad de Cambridge.

Capítulo 7

CAMBRIDGE

En una sociedad como la inglesa de la primera mitad del siglo pasado, pasar de un entorno social a otro constituía una forma de emigración. Del mismo modo, conseguir una beca para Cambridge en 1935 significaba trasladarse a un país nuevo y desconocido (desconocido porque me resultaba un lugar mucho menos familiar que los que con anterioridad habían sido mi residencia). Excepto en un aspecto: tras un intervalo de tres años, ahora regresaba al mundo de la política y las conversaciones que me había visto obligado a abandonar cuando dejamos Berlín. Llegué a Cambridge con el firme propósito de ingresar por fin en el Partido Comunista y sumergirme en la política. En realidad no era el único. Mi generación fue la más radical y la más roja de la historia de la universidad, y yo fui uno de sus máximos exponentes. Sucedió también que mi llegada tuvo lugar en medio de la que, teniendo incluso en cuenta un pasado marcado por nombres como Newton, Darwin y Clerk Maxwell, probablemente constituiría la época de mayor esplendor de la historia de un centro universitario que durante muchas décadas fue prácticamente sinónimo de logros científicos británicos. Las dos no estaban totalmente separadas: la década de los treinta fue uno de los pocos períodos en los que una proporción inusual de científicos naturales eminentes se radicalizó políticamente. Me veo obligado a añadir que los logros científicos de Cambridge de aquellos años han sobrevivido mejor que los del radicalismo político de los estudiantes de dicha universidad. De estos últimos han sido pocos los que han dejado huella, incluso en la memoria pública, con la excepción de uno no demasiado importante, efecto indirecto del comunismo de los años treinta, los «espías de Cambridge».

Como fui uno de los estudiantes comunistas de Cambridge más destacados de la segunda mitad de la década de los treinta, la mayoría de los lectores que pertenecen a las generaciones de la Guerra Fría sin duda se preguntarán qué sabía de los citados «espías». Debería también dar una respuesta empezando por el principio. Sí, conocí a algunos de ellos. No, no sabía que estaban trabajando o habían trabajado para los servicios secretos soviéticos hasta que la noticia salió a la luz. Los «cinco pesos pesados» (Blunt, Burgess, Cairncross, Maclean y Philby) pertenecían a una generación de estudiantes anterior a la mía, y mis coetáneos no

asociaban a ninguno de ellos con el Partido Comunista, a excepción de Burgess, al que consideramos un traidor cuando se dedicó a anunciar a bombo y platillo su supuesta conversión a la derecha en cuanto salió de la universidad. No conocí personalmente a ninguno de ellos antes de la guerra, sólo tuve un encuentro casual después de 1945 con Blunt y Burgess. Lo que sé de ellos no me llegó a través del mundo de la política, sino del entorno de los Apóstoles (véase el capítulo 11, pp. 178-181) o a través de amigos homosexuales o de supervivientes de la camarilla de Oxbridge de entreguerras, tales como Isaiah Berlin, que no sabía reprimir su afición al chismorreó acerca de la gente que conocía. Sólo recuerdo a Burgess de dos cenas anuales de los Apóstoles: la que presidió en 1948 en el Real Automóvil Club (un lugar tan extraño como cabía esperar), recogida en las memorias de Michael Straight, al que Blunt intentó reclutar para los soviéticos,¹ y la que yo organicé a finales de los cincuenta en un efímero restaurante portugués de Frith Street, en el Soho, para la cual, a sabiendas de su nostalgia por Inglaterra, le envié una invitación dirigida a «Guy Burgess, Moscú». Recuerdo la primera ocasión porque Burgess pidió que acordáramos la no admisión de los católico-romanos en los Apóstoles, pues su compromiso con el dogma de la Iglesia iba en contra de la honestidad intelectual pilar de la sociedad. Y la segunda porque me despertó un día a últimas horas de la madrugada en Bloomsbury con una llamada telefónica desde Moscú, lamentando no poder acudir a la cena, y, supongo, asegurándose así de que mi teléfono a partir de entonces fuera intervenido. Su mensaje contribuyó a que la cena fuera un gran éxito. De haber conocido bien a Anthony Blunt, no habría cometido una cruel metedura de pata de la que todavía hoy estoy arrepentido. Cuando me senté a su lado en el bar en el transcurso de otra cena de los Apóstoles en el Soho, poco después de la partida de Burgess y Maclean, e hice algunos comentarios irónicos no exentos de cinismo, yo no tenía ni idea del fuerte vínculo emocional existente entre él y Guy Burgess. Mis palabras tuvieron que herirle, pero ¿cómo iba a saberlo yo? Su rostro, de facciones alargadas, elegante y de aspecto algo arrogante, nunca expresaba emociones que él no quisiera manifestar. Según su tutor soviético, era el más duro del grupo. Un hombre capaz de un autocontrol tan implacable que se pasó el día que fue desenmascarado corrigiendo tranquilamente unos exámenes en casa de un amigo, asediado por todo tipo de periodistas y reporteros del tres al cuarto.

Conocí a los estudiantes de mi época militantes del Partido que se hicieron agentes soviéticos; y es seguro al 99 por ciento que no fueron reclutados para esa tarea, la cual, en general, prácticamente no tenía nada que ver con las actividades públicas de un partido político legal y, de ser descubierta, podría haber sido considerada un descrédito para ellos. Sabíamos que ese tipo de trabajo se llevaba a cabo, sabíamos que no debíamos hacer preguntas al respecto, respetábamos a los que lo hacían, y la mayoría de nosotros —yo desde luego— habría aceptado esa responsabilidad de habérmola encomendado. En los años treinta las lealtades no se establecían entre países, sino a través de ellos.*

* «En todas las sociedades se registró el enfrentamiento entre las fuerzas pro y antifascistas. No ha habido nunca un período en el que contara menos el patriotismo, en el sentido de lealtad automá-

Tras este pequeño inciso, volveré al Cambridge de los años treinta. Primero resulta imprescindible comprender, a pesar de todas las continuidades aparentes, cuán distinto era entonces de lo que es en la actualidad.

He mantenido un vínculo con Cambridge desde el día que llegué allí para realizar mi examen de becario en 1935, o mejor dicho con el King's College, pues (aparte de organizar mi examen de licenciatura en letras y de doctorado) la universidad me ha mantenido constantemente a distancia. Por otro lado, mis lazos con el King's College nunca se han roto. Desde 1935 no ha habido ni un solo día, ni una sola noche, ni una sola estación del año, ni una fase de mi vida en la que no haya admirado desde ese puente escarpado sobre el río Cam, a través de la gran extensión de césped infinita del fondo, la combinación extraordinaria que conforman el gótico austero de la parte posterior de la capilla, que no permite ni siquiera imaginarnos las maravillas que oculta en su interior, y la elegancia dieciochesca, igualmente contenida, del Gibbs Building: y siempre me deja atónito y me corta la respiración como el primer día. Poca gente ha tenido mi suerte.

Para los jóvenes que, como los estudiantes del King's College, se pasaron toda la carrera dentro de esta institución, Cambridge era como disfrutar en público de la compañía constante de una mujer admirada y anhelada por todo el mundo: podría decirse que era como acudir a todas las fiestas y saraos con la *Prima-vera* de Botticelli. (El aspecto doméstico de la vida en un *college* en los años treinta —como el hecho de orinar en el lavamanos del cuarto del fámulo de la universidad, pues el lavabo más cercano quizá se encontraba a una distancia de tres pisos, un patio y un sótano— podía resultar mucho menos inspirador.) Sin embargo, hasta la mayor parte de los estudiantes que se pasaban al menos varios de sus años de carrera en algún cuartucho apartado de una casa victoriana no podía escapar a la viva fuerza de los siete siglos de enseñanzas y aprendizajes de Cambridge. Todo estaba concebido para convertirnos en pilares de una tradición que se remontaba al siglo XIII, aunque algunas de sus expresiones aparentemente más añejas, como el Festival de Clases y Canciones Navideñas celebrado en Nochebuena en la Capilla del King's College habían sido inventadas en realidad apenas unos años antes de mi llegada a la institución. (Muchos años después este hecho inspiraría una conferencia y un ensayo sobre *La invención de la tradición*.² Los estudiantes vestían sus negras togas cortas para asistir a las clases y a las supervisiones, para las cenas colectivas obligatorias que tenían lugar en las salas del *college* y (con los bonetes) durante sus salidas nocturnas por la calle, vigilados atentamente por unos censores provistos de togas más amplias y bonetes más importantes, y asistidos por sus «mastines». Los profesores iban a las aulas vestidos con sus largas togas ondeantes y los birretes colocados con precisión sobre sus cabezas.³ Los alumnos leían la bendición de la mesa en latín ante la mul-

tica al gobierno nacional. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, al frente de los gobiernos de al menos diez viejos estados europeos se hallaban unos hombres que, cuando comenzó (en el caso de España, al estallar la guerra civil), eran rebeldes, exiliados políticos o, como mínimo, personas que consideraban inmoral e ilegítimo a su propio gobierno». Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX* (Barcelona, ed. en rústica, 2000, p. 150).

titud en pie antes de cenar y de iniciar las clases en antiguas capillas. (Irónicamente, el deán de la capilla del King's College me hizo leer un fragmento del libro de Amós, lo más parecido a un discurso de militancia bolchevique en el Antiguo Testamento.) El pasado de Cambridge, al igual que el pasado de disfraces ceremoniales de la vida pública británica, no era, por supuesto, una sucesión cronológica del tiempo, sino una confusión sincrónica de las reliquias que se habían conservado. Se suponía que la gloria y la perpetuidad de siete centurias debían servirnos de fuente de inspiración, tenían que hacernos sentir seguros de nuestra superioridad y prevenimos ante cualquier tentación de cambio considerado enfermizo. (En la década de los treinta estos supuestos fracasaron estrepitosamente en su propósito.) La principal aportación de Cambridge a la teoría y la práctica políticas, como describió brillantemente el filólogo clásico F. M. Cornford en su opúsculo *Microcosmographia Academica* (1908), fue «el principio de la ocasión inmadura». Fuera lo que fuese lo que se propusiera, la ocasión de hacerlo todavía no estaba madura. Dicho principio estaba fuertemente respaldado por el de la «cuña de ingreso». Ni que decir tiene que vivimos nuestras vidas de estudiante a un nivel muy por debajo del de los maestros más diestros en esos principios, pero aquellos de nosotros que nos hicimos profesores pronto descubrimos su fuerza.

Cambridge ha sufrido un cambio tan profundo a partir de los años cincuenta que resulta difícil comprender lo aislada y parroquial que era en los treinta, incluso a nivel académico (aparte de su incomparable reputación, tanto nacional como internacional, en materia de ciencias naturales). Exceptuando la economía, de gran prestigio internacional, la universidad se negaba a reconocer las ciencias sociales. Las asignaturas de humanidades que se impartían eran, en el mejor de los casos, desiguales. Por imposible que parezca, fuera del departamento de ciencias naturales apenas había interés por la investigación; interés que, en el caso del doctorado de letras, era totalmente inexistente, pues estaba considerado una rareza germánica y, muy posiblemente, una afectación característica de la clase media-baja. Incluso antes de que estallara la guerra Cambridge contaba con menos de 400 estudiantes dedicados a la investigación.⁴ Seguía siendo esencialmente un punto y final en los estudios de los chicos, y en menor medida de las chicas, que tenía una doble función. Titularse en Cambridge con sobresaliente, o sobresaliente y matrícula de honor (nota que se daba en ocasiones contadas), era, de hecho, extremadamente arduo, pero aún era más difícil la no consecución de *ningún* título, porque prácticamente se regalaban los «aprobados», e incluso los notables bajos. Recuerdo la discusión que se entabló en una reunión de los examinadores encargados de valorar las pruebas para la diplomatura en Económicas a principios de los cincuenta —me encargué de la revisión de los exámenes de historia económica durante unos cuantos años— cuando decidimos, no sin cierta ironía, que a aquel que supiera la diferencia entre producción y consumo se le debía dar un aprobado. Típico de esta dicotomía era que tales diplomas fueran conocidos (entre el profesorado) como «Aprobados del Trinity», pues el Trinity College, el mismo en el que estudiara Isaac Newton, acogía a un gran número de jóvenes que correspondían a esa descripción así como, en esa época, probablemente más ganadores del premio Nobel y aspirantes a él que cualquier otra institución univer-

sitaria de su envergadura del planeta. Cuando llegué a Cambridge, un futuro premio Nobel, R. L. M. Synge, ya era un estudiante investigador de bioquímica, y otro, J. C. Kendrew, estaba a punto de empezar su primer año.

Las autoridades de los *colleges* y de la universidad se hubieran quedado sin lugar a dudas atónitas y horrorizadas ante el Cambridge del 2000, lleno de «parques científicos», negociaciones comerciales con empresarios globales y «las agujas de Cambridge (que) no sueñan con la erudición, sino con el beneficio económico».⁵ La suya era una ciudad de provincia, modesta y reservada, situada en un extremo de East Anglia. La falta de industria, más que verse ensombrecida, quedaba oculta por la existencia de la universidad, de la que la ciudad dependía en gran medida de una forma anticuada, a saber proporcionando a los *colleges* porteros, personal de servicio y patronas para la mayoría de los estudiantes universitarios que no habían podido alojarse en los edificios del *college* propiamente dicho, y a los 5.000 estudiantes, a los que se les consideraba casi unos ricos, múltiples incentivos para gastar más de lo que podían permitirse. Según parámetros más modernos, carecía sorprendentemente de lugares donde ir a comer, aunque el Arts Theatre, una de las muchas iniciativas de Maynard Keynes, había sido inaugurado recientemente y albergaba en su interior lo que acabaría convirtiéndose en un restaurante de moda. Había diez cines. (Ir al cine era lo bastante habitual entre los catedráticos para que en 1938 un ensayo titulado *De Fratribus Marx* [Sobre los hermanos Marx] fuera propuesto para uno de los premios de Clásicas.)

Lo que hacía peor el parrioquialismo de Cambridge era que el lugar circunscribía dentro de los muros del *college* las vidas de los profesores que residían allí de forma permanente —a diferencia de los estudiantes que pasaban sólo veinticuatro semanas al año allí—, la mayoría eruditos solteros, circunstancia que por aquel entonces seguía siendo muy habitual. La Segunda Guerra Mundial, que envió a muchos de ellos a un mundo exterior más amplio —aunque a veces no fueran más allá del centro de descifrado de mensajes en Bletchley— todavía estaba por llegar. Parecía como si alguno de ellos tuviera conocimiento del mundo existente más allá de Royston, localidad a menos de veinte kilómetros al sur de Cambridge, sólo de oídas. De hecho, en comparación con la Universidad de Oxford, la de Cambridge se encontraba sorprendentemente alejada de los centros de la vida nacional, lo que quizás explique por qué, a diferencia de Oxford, ningún alumno suyo del siglo xx llegó a primer ministro. Norfolk, donde los profesores iban de vacaciones, por no citar Newmarket, sede del famoso hipódromo, parecía estar mucho más cerca que Londres.

Así era el lugar en el que desembarqué, procedente de una familia en la que ninguno de sus miembros había acudido a una universidad y de una escuela que no había enviado a nadie a Cambridge. No era como la universidad que me había imaginado. (Al poco tiempo, durante las vacaciones, tuve la ocasión de descubrir y frecuentar una que respondía a mi idea de «verdadera» universidad, a saber la London School of Economics.) Cambridge era apasionante, era maravillosa, pero costaba acostumbrarse a ella, sobre todo en el caso de un recién llegado que no conocía a nadie mientras, por lo que yo veía, todos los demás conocían a alguien

(a un hermano, a un primo o, como cae por su propio peso, a otros estudiantes veteranos que habían acudido a su misma escuela). Los profesores habían enseñado incluso a los padres y abuelos de algunos de ellos. No tenía la más mínima idea de que Cambridge fuera el centro de aquel entramado de matrimonios de familias de carrera, la «aristocracia intelectual» de mi amigo y compañero en Cambridge, Noel Annan, que ha desempeñado un papel tan destacado en Gran Bretaña, aunque nadie en el King's College lo desvelara de inmediato. Seguía habiendo multitud de Ricardos y Darwins, Huxleys, Stracheys y Trevellyans, tanto entre los estudiantes como entre los profesores. Por otro lado, nada era más obvio que el hecho de que Cambridge estaba influenciada por las costumbres tribales de las escuelas privadas británicas, de las que todavía procedían la mayoría de los estudiantes de humanidades, y que los que eran como yo conocían sólo por las publicaciones juveniles destinadas a quienes no iban a ese tipo de instituciones. Por ejemplo, para sorpresa mía, la vida académica sufría todas las tardes una interrupción de dos o tres horas, momento en el cual se suponía que los jóvenes debían practicar juegos y deportes. Era cuando me encontraba rodeado de alumnos procedentes de centros tales como Eton (que seguía manteniendo un vínculo especial con el King's, pues en 1440 el rey Enrique VI había fundado ambas instituciones), Rugby, Charterhouse y una infinidad de muchachos provenientes de otras escuelas importantes y, en ciertos casos, de otras menores prácticamente desconocidas. Dispuesta a proveer a un público semejante, la firma Ryder and Amies, todavía presente en King's Parade, frente a la Iglesia Universitaria de St. Mary y la Senate House, almacenaba 656 corbatas de las antiguas escuelas, de los *colleges*, clubs y otras instituciones, de diseño propio si era necesario, así como sombreros, *blazers* y otras prendas propias del estudiante tradicional de Cambridge.⁶ No había delegados, pero el semanario estudiantil *Granta* publicaba regularmente el perfil de una o varias personas consideradas importantes, por ejemplo, el de los presidentes de los clubs deportivos o sociales más relevantes, bajo el título «In Authority». (El perfil de los editores salientes del semanario aparecía bajo el modesto titular de «In Obscurity».)

En la práctica, para los estudiantes nuevos la universidad significaba su *college*. Ser del King's lo hacía todo más fácil. Como tenían derecho a residir en el *college*, eran enviados en masa a un callejón lóbrego llamado por todos The Drain («la alcantarilla»), y así tenían la oportunidad de conocerse unos a otros; además, las costumbres propias de King's favorecían la informalidad en las relaciones entre profesores y alumnos, entre los estudiantes de más antigüedad y los de menos. No puedo decir que yo fuera un ejemplo clásico del residente del King's —el *college* se encontraba en su apogeo social y era el centro teatral y musical de Cambridge—, ni que mi persona supusiera un tipo de interés especial para su elite. Por ejemplo, nunca tuve la ocasión de conocer a su miembro más famoso, Maynard Keynes. No obstante, el King's era liberal y tolerante, incluso con los aficionados a los juegos de equipo, los creyentes religiosos, los conservadores, los revolucionarios y los homosexuales, y hasta con los poco agraciados físicamente procedentes de escuelas públicas.

Afortunadamente, a pesar de su preboste, también se respetaba el intelecto en

esta institución que tenía un sentido del deber hacia los estudiantes sobresalientes. Después de la guerra, antes de que transcurriera un año desde mi salida del Ejército, obtuve un puesto de profesor universitario gracias a las referencias escritas en mi currículum de carrera por mi supervisor de antes del conflicto bélico mundial, Christopher Morris, del que debo admitir que era un maestro en este género de composición literaria. Como también fue él quien en un primer momento se encargó de entrevistarme para la concesión de mi beca, sospecho que fue precisamente su recomendación lo que me abrió las puertas del King's College. Unos cuantos años mayor que yo y —hecho insólito en el centro— hombre de familia, era un profesor típico de la vieja escuela, que originariamente había sido maestro, o probablemente tutor personal. Su vocación consistía en hacer que el muchacho de talento medio procedente de una escuela privada consiguiera su notable en el Tripos.* Además se dedicaba a plantear las que él denominaba «cuestiones socráticas», esto es, obligaba a sus alumnos a descubrir qué habían escrito o qué pretendían escribir en sus trabajos semanales. En mi caso funcionó a la perfección, incluso cuando me negaba a aceptar sus observaciones críticas acerca de mi estilo en prosa. Yo no lo tenía en gran consideración, y nos tratábamos con distancia, pero tengo una gran deuda contraída con él.

Mi relación con los tres historiadores importantes del *college* fue menor. Como profesores, dos de ellos ya no se encargaban de supervisar a los estudiantes: el pequeño, agudo, eminente e increíblemente conservador F. A. Adcock, profesor de Historia Antigua, y el descomunal y desmañado John Clapham, que acababa de retirarse de la cátedra de Historia Económica, autor de aquella obra única en su especie del Cambridge de entreguerras, una obra maestra sobre un tema de gran relevancia, a saber los tres volúmenes de su *Economic History of Modern Britain* (1926-1938). Era un apasionado del montañismo, afición que encajaba con el talante de King's; pero también era un hombre felizmente casado y firmemente apegado al inconformismo del norte de Inglaterra, de donde procedía. (Nadie hubiera imaginado que tanto el preboste Sheppard como Maynard Keynes procedían de familias baptistas de provincias.) Ojalá hubiera podido aprender más del tercero, John Saltmarsh, que fue supervisor mío, pues apenas publicó nada, pero vertió toda su enorme erudición en las clases a las que no asistí.

El preboste Sheppard fue la figura que presidió desde 1933 hasta 1954 el destino del *college* (cuyas finanzas, aunque no lo sabíamos, marchaban bastante bien gracias a la perspicacia de su brazo derecho y compañero de juego Maynard Keynes, Apóstol como él). Por aquel entonces tenía cincuenta y tantos años, pero como su espesa cabellera había encanecido durante la Primera Guerra Mundial, tenía el aspecto de un anciano caballero, rondando con paso inseguro por el *college* vestido con trajes oscuros bien aprestados y el cuello de la camisa almidonado, y diciendo «Dios te bendiga, muchacho» a los estudiantes (sobre todo a los más apuestos) que encontraba a su paso. Todos los domingos, al anochecer, organizaba sesiones de puertas abiertas en la sala del preboste, y solía sentarse en

* Examen de la Universidad de Cambridge para la obtención del título de Diplomado en Humanidades (*Bachelor of Arts*). (N. del t.)

el suelo entre los jóvenes haciendo ver —o quizás intentándolo de verdad— que encendía su pipa para dar pie a las charlas de forma más distendida. Fue en una de esas reuniones donde conocí por primera vez a un ministro del Gobierno, un personaje lleno de tópicos con unos ademanes muy pomposos al que Neville Chamberlain había nombrado recientemente para que se encargara de coordinar la defensa de Gran Bretaña. Como era de esperar, confirmó todos mis prejuicios contra aquel Gobierno de contemporizadores.

Los estudiantes se divertían con el preboste como si se tratara de la estrella de un número de variedades, durante los intervalos de las reuniones de seminario y en la sala de conferencias, que utilizaba como si fuese un escenario.⁷ No era una persona respetada, pero a menudo inspiraba ternura, y no dejaba de ser un sentimental. De hecho, durante toda su vida fue como un niño mimado de carácter bastante espantoso que, con el paso del tiempo, se vio privado del encanto, las ganas de disfrutar y el liberalismo de su época de juventud. A medida que se hizo mayor, se volvió un monárquico a ultranza. Filólogo clásico, hacía tiempo que había dejado de investigar, y sus colegas en general habían dejado de tenerlo en consideración. Un fracaso como académico y como director de *college* —nunca llego a ser vicerrector, cargo con el que habitualmente se recompensaba incluso a los directores más mediocres de los *colleges*—, se convirtió en un enemigo acérrimo de la búsqueda del saber. El King's quizá fuera el centro del *beau monde* de Cambridge en los años treinta, pero no constituía un *college* que se distinguiera académicamente (excepto en Económicas, departamento sobre el que Sheppard no ejercía control alguno). Estaba en contra de las ciencias. «¿King's College, en Cambridge?» exclamaba el presidente de Harvard. «¿No es ese lugar en el que se atacan las ciencias naturales desde la cátedra?» Como estudiantes desconocíamos casi por completo la malicia y el rencor que se escondían tras su máscara de benevolencia senil intencionadamente teatral. No obstante, aunque haya sido una de las pocas personas en mi vida por la que he sentido verdadero odio, no puedo dejar de experimentar una cierta pena por lo desdichado de sus últimos años, en el transcurso de los cuales, no siendo ya preboste y no pudiendo concebir un King's que no fuera una extensión de su propia personalidad, en claro declive mental optó por desempeñar el último de sus papeles en el escenario del *college*, a saber, el de un Rey Lear de pelo enmarañado que se colocaba en las puertas de acceso del centro, denunciando en silencio las injusticias que se habían cometido con él.

Las otros dos catedráticos con los que me relacionaba eran el tutor y el decano, así como los profesores de historia. El tutor, Donald Beves, era un hombre corpulento, bonachón y risueño, actor aficionado —su recreación de Falstaff era muy aplaudida— y entusiasta coleccionista de cristal de época georgiana y de los Estuardo, cuyas piezas exponía en sus confortables dependencias, desde las que examinaba los problemas disciplinarios de los jóvenes con un interés intermitente por los detalles de índole administrativa. Su especialidad era el francés, y mantenía un contacto regular con ese país realizando durante las vacaciones viajes gastronómicos con un grupo de amigos en su Rolls-Bentley. No se sabe que publicara nada sobre esa lengua o su literatura. Muchos años más tarde, como su apellido constaba de cinco letras y empezaba por B como el de Anthony Blunt,

un periodista, interpretando mal una filtración, sugirió la posibilidad de que se tratara del famoso «tercer» o «cuarto» espía de Cambridge al que buscaban todos los directores de periódicos por aquel entonces. La idea de que Donald Beves quizá fuera un agente soviético sorprendió a todos los que le habían conocido por parecer más absurda incluso que la sospecha, también propagada durante algún tiempo en el momento de máxima obsesión por todo lo relacionado con el espionaje, de que otro bolchevique encubierto era el muy distinguido profesor A. C. Pigou, catedrático del King's durante cincuenta y siete años, fundador de la economía del bienestar, y célebre (junto con el gran físico J. J. Thompson) por ser el hombre peor vestido de Cambridge. De todos modos, Pigou, otro solterón empedernido, era al menos un pacifista, cuando no reflexionaba sobre cuestiones de economía e invitaba a atractivos alumnos inteligentes y atléticos a escalar las rocas de su finca en el Distrito de los Lagos.

En realidad, salvo una supuesta excepción, los vínculos que mantenían los profesores del King's con el espionaje tenían que ver con los servicios secretos británicos y no con los soviéticos. Los miembros del *college*, a cuya cabeza figuraba F. E. Adcock, un hombre de baja estatura y regordete que posteriormente fue profesor de Historia Antigua, se habían encargado de organizar la sede británica de descifrado de mensajes en la Primera Guerra Mundial, y al menos diecisiete profesores del King's fueron reclutados por Adcock para el centro mucho más famoso que, con el mismo objetivo, se estableció en Bletchley durante la Segunda Guerra Mundial, entre los que probablemente se encontraba el único genio del King's de mis años de estudiante, el especialista en lógica matemática Alan Turing, al que recuerdo como un joven pálido y desgarrado, aficionado a lo que hoy llamaríamos *jogging*. La persona a la que generalmente se le atribuía ser el cazatalentos del *college* para los servicios secretos —casi todos los *colleges* del Oxbridge contaban al menos con uno—, era el decano, Patrick Wilkinson, hombre excepcionalmente cortés y agradable, especialista en clásicas, con una media sonrisa constantemente dibujada en su rostro y una cabeza alargada muy poco poblada que me recordaba, no sé por qué, al John Silver «el largo» de la *Isla del tesoro*. Para sorpresa de todos, regresó de Bletchley casado una vez finalizada la guerra. A diferencia del preboste, estaba dedicado al *college* y a sus miembros de forma sincera, profunda y altruista. Durante muchos años fue el responsable del informe anual del centro en el que aparecían los obituarios completos, aunque a veces no totalmente explícitos, de *todos* los miembros de King's sin excepción, por oscuros que fueran: un documento cuya elegancia literaria se correspondía (y sigue correspondiéndose) con su incalculable valor sociológico.

En los años treinta en Cambridge ya no se prestaba demasiada atención al objetivo de las universidades medievales, la instrucción para el ejercicio de profesiones en las que se requería una serie de formas especiales de conocimientos —clero, justicia y medicina—, aunque la institución cubría los primeros estadios de su aprendizaje. El objetivo de Cambridge, al menos en el campo de las humanidades, no consistía en preparar a expertos, sino en formar a los miembros de una clase dirigente. En el pasado esto se había llevado a cabo partiendo de una educación en los clásicos de la antigua Grecia y, sobre todo, de Roma, alcanzada

principalmente mediante el ejercicio de prácticas esotéricas tales como la composición de versos en latín y en griego. Esa tradición seguía viva. En la convocatoria de 1935, aproximadamente unas setenta y cinco personas (frente a unas cincuenta respectivamente en Historia y Ciencias Naturales) ganaron becas o premios extraordinarios en el departamento de Clásicas, y la mayoría de ellas por supuesto procedía de escuelas privadas, pues no eran muchos los colegios públicos como el mío en los que se daba griego. Pero desde finales del siglo XIX, la historia había pasado a ser, cada vez más, el vehículo de una «educación general multiuso» en Cambridge. Por eso la elegían centenares de estudiantes, aunque casi ninguno con vistas a utilizarla para ganarse la vida, con la excepción, quizá, de los que querían ser profesores. No era una materia de grandes exigencias a nivel intelectual.

Los elementos esenciales de una educación en Cambridge, aparte de las ciencias naturales, eran el trabajo escrito semanal, compuesto para una sesión privada con un «supervisor», y el Tripos, el examen de diplomatura dividido en dos partes, que se pasaba al final de un curso anual y de un curso bienal. Las clases tenían una importancia menor. Tenían como propósito principal ayudar a pasar el Tripos a todos aquellos que necesitaban mejorar su nota en los llamados «cursos de pan con mantequilla». Los buenos estudiantes se daban cuenta enseguida de que podían sacar más provecho de una hora de lectura en las magníficas bibliotecas del *college*, la facultad y la universidad, que de una hora escuchando un discurso poco interesante. Aparte de las de la «asignatura especial» de mi último año de carrera, dudo de haber asistido después del primer curso a las clases de cualquier asignatura de forma habitual, con la excepción de las de historia económica impartidas por M. M. Postan, cuyo contenido intelectual era tan apasionante —en esa época escribí sobre «aquel espíritu de entusiasmo propio de un predicador protestante» que impregnaba sus clases—⁸ que sacaba a relucir lo mejor de los estudiantes de historia de mi generación cada día a las nueve de la mañana. Los buenos estudiantes podían acabar no asistiendo apenas a ninguna clase, pero a nadie parecía importarle. Aprendíamos más con la lectura y las conversaciones que entablábamos con otros universitarios aplicados.

La obtención de un título, por no decir un buen título, no era la única ambición de los jóvenes hombres y mujeres que se encontraban en un lugar con tantas cosas interesantes que hacer como Cambridge, y que además gozaban de más tiempo disponible que la mayoría de los adultos. Yo mismo no tuve ninguna dificultad en combinar una buena preparación académica que me permitiera pasar bien los exámenes con una actividad periodística universitaria muy dinámica y la exhaustiva labor en el Club Socialista y en el Partido Comunista. Y todo ello sin tener en cuenta el tiempo que empleaba en charlas extracurriculares, vida social, pasear en barca por el Cam, la búsqueda de la amistad y del amor, etc. Parecía que había tiempo para casi todo. Quizá las dos únicas actividades que empecé, pero que abandoné, fueron el curso universitario de ruso impartido por la formidable Elizabeth Hill —hecho que me ha confinado a seguir siendo un cosmopolita exclusivamente occidental— y el Club de la Unión para debates públicos de Cambridge (conocido como «la Unión»), cuyas charlas solían ser consideradas como

campo de entrenamiento de los futuros políticos. No recuerdo qué fue lo que me empujó a abandonar la Unión, a pesar de que mis primeros pasos recibieron el respaldo del entonces presidente, de quien luego descubrí que era un miembro clandestino del Partido. Circunstancia que, sin lugar a dudas, permitía ahorrar dinero.

Tan pronto como llegué mis tendencias políticas quedaron al descubierto, y fui invitado inmediatamente a unirme a la Rama Estudiantil de Cambridge del Partido Comunista. Al final acabé siendo uno de los tres miembros de su Secretariado, la función política más alta que he desempeñado. Las memorias de uno de mis contemporáneos se equivocan al decir que fui nombrado secretario general en 1938, pero están en lo cierto al hacer la observación de que yo por naturaleza no respondía a la figura del líder.⁹ Pero sus dirigentes de mayor prestigio se habían marchado: el atractivo y moreno John Cornford, cuya fotografía aparecía en todas las repisas de chimenea progresistas de Cambridge, para combatir y morir en España; y James Klugmann (*vid infra*) a París. El vivero más evidente del espíritu revolucionario era el conjunto de dependencias, atiborradas de pósters y panfletos, de Whewell's Court, en el Trinity, situadas exactamente debajo de las de Ludwig Wittgenstein, que compartían el americano Michael Whitney Straight y el bioquímico Hugh Gordon. Sin embargo, el Trinity era el núcleo del comunismo de licenciados más que del de estudiantes. Este último era, por sorprendente que pudiera parecer, Pembroke College, el cual, además de contar con uno de los pocos profesores comunistas (el magnífico germanista Roy Pascal), acogía a un buen número de camaradas, entre los que figuraban dos de los principales organizadores, David Spencer y Ephraim Alfred («Ram») Nahum, un científico natural rechoncho, moreno, con una nariz muy grande, que irradiaba fuerza física, energía y autoridad. Era hijo de un próspero comerciante sefardita de Manchester del sector textil y, en opinión unánime, el líder estudiantil comunista más capacitado de mi generación. Permaneció en Cambridge durante la guerra como licenciado en Física, y murió en 1941 por culpa de la única bomba alemana que cayó sobre la ciudad. A diferencia de Ram Nahum (conocido sólo por los izquierdistas), Pieter Keunemann, un cingalés (la isla todavía no se llamaba Sri Lanka) muy ocurrente, elegante y con muy buena planta, que vivía con cierto lujo en Pembroke, era un personaje importante dentro de la sociedad universitaria —presidente de la Unión, entre otras cosas—, además de ser el afortunado novio de la fascinante Hedi Simon de Viena (y Newnham), de la que me enamoré en vano. (Después de licenciarnos, Pieter y yo alquilamos una casita minúscula juntos en la Round Church Street, ya desaparecida, a pocos metros de la casa en la que Ram perecería.) Aunque los dos éramos unos devotos militantes del Partido, no creo que nadie hubiera augurado que aquel gallardo joven mundano, que me dio a conocer los poemas de John Betjeman, sería durante una buena parte de su vida posterior secretario general del Partido Comunista de Sri Lanka.

Por otro lado, todos esperábamos que el encantador y refinado Mohan Kumaramangalam, de Madrás, Eton y King's, también presidente de la Unión, admirado amigo de muchos de nosotros, se convertiría en una figura importante en su India natal, como de hecho ocurrió. Al ser hindú, por supuesto Mohan no constaba oficialmente en el Partido. Tampoco figuraban los otros «estudiantes de las

colonias» (en su mayoría procedentes del subcontinente indio). Pronto me encontré trabajando con su especial «grupo de las colonias», dirigido, según una especie de tradición hereditaria, por una sucesión de historiadores del Trinity con una debilidad por la historia del «Tercer Mundo». A diferencia de sus mentores, los jóvenes «comunistas de las colonias» no tenían como meta el mundo académico, aunque en él acabaron uno o dos de ellos. Ansiaban la liberación y la revolución social en sus países. Entre ellos, a los dos del King's les fue mejor, pues el modesto y desinteresado Indrajit («Sonny») Gupta, coetáneo de Mohan o algo más joven que él, después de desempeñar diversos trabajos como líder sindical y político, acabó ya en edad avanzada de secretario general del Partido Comunista de la India y, durante un breve período de tiempo, fue ministro del Interior de su país.

El Partido era, desde luego, mi pasión principal. Pero hasta para un comunista al ciento por ciento había sencillamente demasiado que hacer en Cambridge para permanecer exclusivamente confinado a las labores de agitación, propaganda y organización, que en cualquier caso no eran mi fuerte. (Al final me di cuenta y acepté a regañadientes que la única carrera verdaderamente atractiva, la de «revolucionario profesional», esto es, la de funcionario del Partido, no estaba hecha para mí, y me resigné a ganarme la vida de un modo menos intransigente.) Por supuesto todo era política en cierta manera, aunque no en el sentido de los años siguientes a 1968, según el cual «lo personal es político». Pensábamos que lo que deseáramos *personalmente* no tenía ningún interés para el Partido siempre y cuando no entrara en conflicto con sus directrices. Pero nuestro deber no sólo consistía en obtener buenos títulos, sino también llevar el marxismo a nuestro trabajo, del mismo modo que la política afectaba a las actividades de los que querían dedicarse al teatro o al periodismo estudiantil. No obstante, no puedo afirmar con honestidad que escribiera en el semanario estudiantil *Granta*, en el que al final ejercí de editor, principalmente por razones políticas; ni que éste fuera nunca un periódico que destinara demasiado espacio a la política. Cuando reviso hoy en día algunos de sus antiguos ejemplares, debo reconocer con tristeza que no era una publicación muy buena, aunque el editor que me precedió, Charles Wintour, lo supiera utilizar con éxito para entrar en el gallinero de lord Beaverbrook, convirtiéndose al final en el editor del *Evening Standard* londinense. En realidad me parecía una cosa horrible, pero ambos pasamos un rato maravilloso en su despacho de Market Square entre tazas de té, chismorreos y bromas, y además nos dio una magnífica oportunidad de conseguir entradas de cine gratuitas: después de editar el *Granta*, ser su crítico cinematográfico constituía la principal ambición de un colaborador en potencia. Las sesiones filmográficas aportaban incluso un territorio neutral en el que tenían cabida los amigos de distintas tendencias políticas, como por ejemplo el joven Arthur Schlesinger Jr., al que conocí en una de ellas y que ya por aquel entonces era anticomunista y firme defensor de la reforma del New Deal.

Capítulo 8

CONTRA EL FASCISMO Y LA GUERRA

Todo lo que sucedía en Cambridge durante aquellos años estaba impregnado de la conciencia de que vivíamos en un período de crisis. Con anterioridad a la ascensión de Hitler al poder, la discreta radicalización estudiantil de la época se vio precipitada casi con absoluta seguridad por la crisis económica mundial, la desastrosa caída del Gobierno laborista de 1929-1931, y manifestaciones tan dramáticas de lo que significaba el paro y la pobreza en masa como las Marchas del Hambre que se llevaron a cabo en las zonas industriales apagadas e inactivas. A partir de 1933 pasó a ser cada vez más un movimiento de resistencia ante el avance de las dictaduras fascistas y la consiguiente guerra mundial que dicho avance conllevaría sin duda alguna; esto quiere decir un movimiento dirigido contra los Gobiernos británicos acobardados además de capitalistas e imperialistas, que no hacían nada para detener el giro hacia el fascismo y la guerra. En la segunda mitad de la década de 1930, y especialmente tras el estallido de la guerra civil española, ésa fue a todas luces la fuerza principal que se escondía tras el significativo crecimiento del Club Socialista: el efecto de Múnich en Cambridge supuso que el Cambridge University Socialist Club (CUSC) reclutara 300 nuevos miembros en una semana.¹

A lo largo de toda esa década la nube negra de la inminente guerra mundial dominó nuestros horizontes. ¿Podíamos evitarla? En caso contrario, ¿cómo debíamos actuar? ¿debíamos acaso combatir «por el rey y la patria», principio al que la Unión de Oxford había rechazado adherirse de forma notoria en 1933? Sin duda no, ¿pero debíamos, en cualquier caso, luchar? El pacifismo dividía la izquierda de Cambridge, o mejor dicho la torpe combinación del movimiento antifascista y el antibelicista, pues iba mucho más allá de los grupos interesados en la política de partidos y movimientos, e incluso más allá del ámbito de la religión organizada. Como este pacifismo apolítico desapareció casi por completo tras la caída de Francia en 1940, a menudo se olvida la fuerza que tuvo durante los años treinta. De hecho, el pacifismo fue el único tema importante que dividió la izquierda de Cambridge, pues dentro del Club Socialista la línea de amplia unidad antifascista defendida por el Partido Comunista gozaba prácticamente de un apoyo unánime. Sólo un miembro destacado, Sammy Silkin, del Trinity Hall, aboga-

ba por la postura oficial del Partido Laborista, siendo por consiguiente objeto de aprecio como prueba del gran alcance ideológico del Club (a diferencia del propio Partido Laborista, que excluía toda organización que diera cabida a los comunistas).

En general el CUSC significaba el «Cambridge rojo» de los años treinta, aunque literalmente esta definición fuera incorrecta, pues incluso en su momento de mayor apogeo, a comienzos de 1939, apenas contaba con 1.000 miembros de los casi 5.000 estudiantes y, cuando ingresé en la universidad en otoño de 1936, con sólo unos 450.² El Partido nunca tuvo mucho más de 100 afiliados. No obstante, teniendo en cuenta los orígenes familiares, el entorno sociopolítico y las costumbres tradicionales de los estudiantes de las universidades más antiguas, así como las tendencias políticas abrumadoramente derechistas de los universitarios de la Europa occidental y central de entreguerras, el dominio ejercido por la izquierda tanto en Oxford como en Cambridge durante los años treinta resultaba bastante sorprendente. Y más considerando que la izquierda, con la excepción de la London School of Economics, no era particularmente fuerte en los demás centros británicos de educación superior.*

Pero más significativo aún, la transformación política de Cambridge se produjo desde abajo. La política característica de los profesores de la institución era sin lugar a dudas la del centro moderado y no (como ocurría en Oxford) fuertemente conservadora, pero entre ellos era raro encontrar a partidarios prominentes del Partido Laborista, y los profesores de ideología comunista podían contarse con los dedos de una sola mano. Incluso una campaña tan poco controvertida como la organizada nominalmente por el Consejo de Cambridge por la Paz, en la que se consiguió en otoño de 1938 la entonces sustanciosa suma de 1.000 libras esterlinas con destino a las mujeres y niños damnificados de la España republicana, recibió el apoyo oficial de sólo dos directores de los *colleges* (St. John's y King's), seis profesores —sólo uno (M. M. Postan) de Historia—, un eminente profesor pacifista y Maynard Keynes.³ En el ámbito de las ciencias naturales fueron los jóvenes físicos y bioquímicos de las dos centrales eléctricas intelectuales, Cavendish y el Laboratorio Bioquímico, quienes hicieron de Cambridge una institución roja. Pero las ciencias de la universidad siguieron su propio trayecto en el ámbito político, realizando sus campañas en torno al Grupo Antibelicista de los Científicos de Cambridge, que influiría en la conciencia de la sociedad principalmente demostrando la incapacidad de las defensas del Gobierno frente a los ataques aéreos y a los gases tóxicos durante la guerra. Hasta finales de 1938 no se

* Su influencia en la LSE era fácil de entender. Fundada por dos grandes fabianos, Sidney y Beatrice Webb, dedicada exclusivamente a las ciencias políticas y sociales, dirigida por el que luego sería el arquitecto del sistema de seguridad social británico, William Beveridge, dueña de una facultad cuyos profesores más carismáticos y prominentes fueron unos socialistas conocidos por toda la nación —Harold Laski, R. H. Tawney—, se situaba en una determinada izquierda casi *ex officio*. Por ese motivo atrajo a extranjeros de dentro y fuera del imperio. Y aunque eso no fuera decisivo a la hora de que optasen por ella los estudiantes británicos, en su gran mayoría la elite de una primera generación de becarios y becarias pertenecientes a familias londinenses cuyo estatus social fluctuaba entre la clase obrera y la clase media-baja, probablemente ejerciera una influencia sobre ellos después de su ingreso en el centro.

estableció un grupo de la facultad de científicos en el seno del Club Socialista. Aparte de la sección de Ciencias Naturales, no cabe la menor duda de que fue la conversión de los estudiantes lo que hizo de Cambridge una institución roja.

¿Quiénes eran los rojos de Cambridge? La pregunta tiene una respuesta más fácil en el caso de los comunistas menos numerosos que en el del CUSC. Antes de la aparición del antifascismo y del Frente Popular, hubo algunos aristócratas, como por ejemplo uno de pomposo nombre, A. R. Hovell-ThurLOW-Cumming-Bruce, posteriormente juez de gran magnanimidad, que de pequeño había jugado en Chatsworth, donde rompió uno de los colosales jarrones orientales del duque, pero en su mayoría procedían de la clase media-alta compuesta por profesionales prósperos, o muy ocasionalmente por hombres de negocios, esto es, más Schlegel que Wilcox (si utilizo la distinción tan conveniente que aparece en la novela de E. M. Forster, *Howards End*). La «aristocracia intelectual» de Noel Annan estaba bien representada, cuando menos por el carismático John Cornford, biznieto de Charles Darwin, pero no era dominante. La proporción de miembros provenientes de las escuelas privadas era notablemente menor en mi época, esto es, tras el estallido de la guerra civil española, cuando se disparó el número de militantes del partido y del CUSC. Los institutos de secundaria de Inglaterra y Gales (pero no sus homólogos escoceses) estaban seguramente mejor representados en el Partido, y sin la menor duda entre los líderes del mismo, que en el grueso de los estudiantes de Cambridge. En aquella época el comisario jefe local del ala estudiantil del Partido era un matemático del St. John's muy delgado y de aspecto famélico perteneciente a una familia de la clase obrera, llamado George Barnard, que al final de su carrera llegó a ser presidente de la Royal Statistical Society y a ocupar una cátedra en la Universidad de Essex, y cuya hermana, Dorothy (Wedderburn), a la que conocí después de la guerra, se convertiría en una de las mejores amigas de Marlene y mías. Igualmente destacable, aunque algo posterior, fue el papel desempeñado por Ralph Russell, un estudiante de Clásicas de clase obrera de inflexible conducta bolchevique (lo llamábamos «Georgi» por Georgi Dimitrov, el secretario de la Internacional Comunista). Era también probable que los estudiantes provenientes de las «escuelas progresistas» (Bedales, Dartington, etc.) dieran un giro a la izquierda, al igual que los jóvenes de las familias cuáqueras. Se ha indicado a veces que los judíos estaban representados ligeramente en exceso, pero yo no recuerdo que fuese así. Entre el pequeño grupo de estudiantes judíos de Cambridge, pese a su tendencia a simpatizar con los liberales y los laboristas, el comunismo —ateo y antisionista— logró atraer a muy pocos. Si hubo alguien en mi época considerado un destacado estudiante judío de izquierdas, fue el sudafricano Aubrey Eban (Abba Eban), destinado por sus aptitudes políticas a Israel, cuyo sionismo lo mantuvo a salvo de las tentaciones comunistas. Los pocos miembros judíos del Partido tampoco consideraron su judaísmo hasta que —creo recordar en 1937— King Street decidió que debíamos formar, como hicimos, un comité o «grupo judío» en Londres a cuyas reuniones «Ram» Nahum y yo asistimos a regañadientes unas cuantas veces, hasta que nos dimos cuenta de que tenía muy poca conexión con nuestra actividad. Recuerdo el comité por mi primera toma de contacto con los comunistas del East End que no po-

dían parar de contar chistes judíos (divertidísimos), práctica que no solía darse en las reuniones del Partido en Cambridge.

No cabe duda de que este tipo de análisis socio-cultural arroja alguna luz sobre la distinción entre la derecha y la izquierda de Cambridge, pero resulta menos ilustrativo que otro fenómeno todavía por explicar. Más de un observador quizá coincida con Henry Ferns en que «el único elemento común a todos los comunistas que conocí (en Cambridge) era su gran inteligencia».⁴ Durante los años treinta la izquierda atrajo a los miembros intelectualmente más brillantes de la generación estudiantil de las mejores universidades del país.

Por muy amplio que fuera su número, los miembros del CUSC también se caracterizaban por sus intereses intelectuales, aunque el club era lo suficientemente consciente de la dimensión social de la vida para organizar una clase de baile. La asociación gozaba de la importante ventaja, de la que no disfrutaban muchas sociedades estudiantiles, de contar con una gran afiliación en Girton y Newnham, cuyo concepto de activismo político, aunque tan serio como el de los hombres, solía ser menos duro. (La primera tarjeta que recibí del Día de los Enamorados me la escribió colectivamente el grupo de Newnham del Partido Comunista del que yo era instructor político.) Se tomaban muy en serio los estudios. «El Comité desea a todos los miembros del CUSC éxito en sus Tripos» se auguraba en el boletín ante los exámenes de 1937. «Ojalá vayamos tan por delante en el frente académico como en el político».⁵ Empezando por los lingüistas y los historiadores modernos, el club organizó grupos de «facultades» para debatir los problemas que presentaban sus materias, y a finales de 1938 tenía doce, entre ellos los de sectores tan poco prometedores políticamente como el de la agricultura, la ingeniería y el derecho.⁶ Por otro lado, el desprecio por los deportes organizados (pero no, por supuesto, por pasatiempos tan tradicionales del Cambridge progresista como las largas caminatas y el montañismo) formaba parte de la conciencia política del CUSC. Esta asociación se vanagloriaba del éxito (frecuente) de los socialistas o los comunistas en la Unión, de su presencia en el teatro y el periodismo —hubo una época en la que los presidentes de la Unión y el ADC (la principal asociación teatral) y el editor de *Granta* pertenecían al Partido—, pero no recuerdo que tuviera ningún interés particular en convertir a alguna de las famosas estrellas deportivas de la universidad —tarea realmente ardua—, ni en los logros de sus propios miembros en el campo de los deportes o del montañismo.

Para cualquiera de sus actividades, el CUSC emprendía campañas: con constancia, pasión y un espíritu de confianza esperanzada que no deja de sorprenderme todavía cuando, ya de mayor, vuelvo la mirada a mis años de estudiante en Cambridge, aquellos años en los que Europa (pero aún no el mundo entero) se precipitaba hacia la catástrofe.

El titular más conciso acerca de la política europea en los años treinta demuestra que, desde el punto de vista de la izquierda, dicha política había sido una sucesión prácticamente ininterrumpida de desastres. Debo admitir que, como dice el *Gaudeamus igitur*, la época de estudiante no es un período para estar deprimido, pero ¿no tendríamos que habernos desesperado un poco más? No lo hicimos. A diferencia del movimiento antinuclear posterior a 1945, no sentíamos

que estuviéramos entablando en la retaguardia una batalla, probablemente perdida de antemano, contra unas fuerzas enemigas fuera de nuestro alcance. Vivíamos de crisis en crisis, organizando nuestros días como lo hacen los equipos de fútbol, de partido en partido, cada uno esforzándose al máximo. Por lo que concernía a Cambridge, ganábamos la partida. Cada temporada superaba la anterior. En cierto sentido, la izquierda estudiantil compartía el distanciamiento de la universidad del centro nacional, por no hablar de su tradicional ensimismamiento. En la práctica cotidiana, para los camaradas de Cambridge «el Partido» y la Internacional significaban el partido estudiantil de Cambridge, pues nuestro único contacto regular con la jefatura nacional antes de la guerra tenía lugar a través de Jack Cohen, organizador de la sección estudiantil notablemente poco autoritario, cuya dirección política acatábamos de la forma más natural, pero que era consciente de que si un obrero poco formado en la disciplina oficial aterrizaba en las bases estudiantiles proveniente de otras tareas del Partido en el nordeste industrial, tendría mucho que aprender acerca de las universidades.

Y sin embargo, ¿éramos realmente capaces de olvidar que nuestro máximo triunfo, la Semana de España, se obtuvo en un momento en el que la República española estaba a todas luces desmoronándose y prácticamente desahuciada? Es más, aunque nos dedicamos a contarnos películas acerca de cómo podía evitarse la guerra mediante una firme resistencia colectiva contra Hitler, en realidad no nos las creíamos. Sabíamos perfectamente que se avecinaba una Segunda Guerra Mundial, y no teníamos esperanzas de sobrevivir a ella. Recuerdo una mala noche en la habitación de un hotel, creo que de Lyon, en medio de la crisis de Múnich de 1938 —yo regresaba de un largo viaje de estudios que realicé al norte del África francés—, cuando de repente me sentí invadido por el pensamiento angustioso de que el estallido de la guerra era cuestión de días. Las pesadillas de bombardeos aéreos en masa y nubes de gas venenoso, contra las que, como tantas veces nos habían advertido, era imposible protegerse, se harían realidad. En el mes de septiembre de 1939 la histeria no tenía parangón. Aquel año, desde Múnich hasta la invasión de Polonia, nos permitió acostumbrarnos a la idea de una guerra.

Creo que mantuvimos el optimismo por tres razones. En primer lugar sólo teníamos un grupo de enemigos: el fascismo y aquellos que (como el Gobierno británico) no querían oponerse a él. En segundo ya había un campo de batalla —España— y estábamos en él. Nuestro héroe particular, el carismático John Cornford, cayó en el frente de Córdoba el día de su vigésimo primer cumpleaños. Lo cierto es que él y uno o dos más que se habían marchado a España en el verano de 1936, iban a ser nuestros únicos participantes directos en la guerra, pues curiosamente —este hecho apenas ha sido puesto de relieve— al final una decisión del Partido al más alto nivel evitó el reclutamiento de estudiantes para las Brigadas Internacionales, salvo que estuvieran cualificados militarmente, fundamentándose en que su primer deber con el Partido era terminar una carrera de provecho con sobresaliente y ofrecer así, en la medida de lo posible, su mejor ayuda al Partido. Por último, creíamos saber cómo sería el nuevo mundo cuando el antiguo hubiera llegado a su fin. En esto, como todas las generaciones, estábamos equivocados.

De ahí que para nosotros la de los treinta estuviera muy lejos de ser la «década deplorable y deshonesta» de Auden, un poeta desencantado. Para nosotros fue una época en la que la buena causa se enfrentó a sus enemigos. Disfrutábamos de ella incluso cuando, como para la mayoría de los radicales de Cambridge, no ocupaba la totalidad de nuestro tiempo, y a decir verdad llevamos a cabo algunas tareas en pro de la salvación mundial porque de eso se trataba. «Por otro lado evitábamos esa agotadora sensación de infelicidad que en la actualidad frustra a los individuos cuyo instinto los lleva a sentir los problemas del mundo exactamente del mismo modo que sentíamos entonces, pero a los que les resulta imposible traducir sus sentimientos en acciones, como hicimos nosotros.»⁷

Cuando nos poníamos manos a la obra «distribuíamos equitativamente nuestras emociones y nuestras energías entre los sectores público y privado del paisaje», o más bien no establecíamos una clara distinción entre dichos sectores. Es verdad que cantábamos, con una melodía tipo Cole Porter:

Acabemos con el amor
Y a partir de ahora digamos
Que en nuestro corazón sólo
Hay sitio para los trabajadores.
Acabemos con el amor
Hasta que llegue la revolución
Mientras la esperamos el amor es
Un sentimiento antibolchevique.

No obstante, como la existencia de una buena camaradería entre hombres y mujeres emancipados formaba parte de la causa, no vivíamos de acuerdo con esa aspiración, aun cuando la vida privada de los comunistas de Cambridge, al menos la de los políticos más especializados, fue, al parecer, mucho menos pintoresca que la de sus contemporáneos de Oxford. El carácter del CUSC y el del Partido era, por supuesto, abrumadoramente heterosexual como de hecho sucedía, aparte de los círculos teatrales y del King's College, entre los estudiantes en general. En los años treinta incluso los Apóstoles habían dejado atrás la época de la «sodomía superior» eduardiana. No cabe duda de que algunos de nosotros no éramos tan ingenuos como Henry Ferns, que afirma que «nunca conocí en Cambridge a un comunista que fuera homosexual», pero es cierto que dentro de la Comintern no se hacía alarde de la pertenencia a la Homintern (y todavía menos en el seno del CUSC). En ambos casos se consideraba un tema privado. Puedo acordarme de al menos dos amigos míos del Partido conocidos antes de la guerra, de cuya homosexualidad simplemente no me enteré hasta una vez finalizado el conflicto bélico.

No había una división clara entre curso académico y vacaciones. En esa época los estudiantes aún no solían trabajar durante el período vacacional, aparte de algunas chapuzas como guías turísticos para lingüistas. Teníamos acceso a una serie de becas especiales —una de ellas pagó mi viaje de estudios a Túnez y a Argelia en 1938— y financié las largas vacaciones de 1939 con mi parte de los bene-

ficios como editor de *Granta*, los cuales ascendieron a unas 50 libras esterlinas. (Gracias al número de la Semana de Mayo, el período estival era el más conveniente para ser editor. Al final de cada temporada el editor se embolsaba el dinero sobrante una vez abonadas la producción y distribución de los ejemplares a los propietarios técnicos, la compañía editorial de los Sres. Foister y Jagg.)

Mis vacaciones se dividían, en términos generales, entre la London School of Economics y Francia. En la LSE, o al menos en su edificio principal en Houghton Street, Aldwych, todavía existen elementos reconocibles de lo que fue hace unos sesenta años, como por ejemplo una pequeña cafetería situada justo a la izquierda de la entrada principal que por aquel entonces era conocida como el café de Marie, en el cual los activistas universitarios solían discutir de política o intentaban ganar adeptos, observados normalmente por un centroeuropeo solitario y callado bastante más mayor que nosotros, aparentemente uno de esos «eternos estudiantes» que vagan por los campus de los barrios céntricos de la ciudad, pero que en realidad era el totalmente desconocido y desatendido Norbert Elias, quien estaba a punto de publicar en Suiza su gran obra sobre *El proceso de la civilización*. En los años treinta la Gran Bretaña académica estaba absolutamente ciega a la genialidad de los refugiados intelectuales judíos y antifascistas de Centroeuropa, a no ser que trabajaran en campos convencionalmente reconocidos como el de las Clásicas o la Física. La LSE era probablemente el único lugar donde se les daba cobijo. Incluso una vez finalizada la guerra, la carrera académica de Elias en este país fue marginal, y el valor de eruditos como Karl Polanyi no obtuvo el merecido reconocimiento hasta que cruzaron el Atlántico.

Yo conectaba con el clima de la LSE y su biblioteca, entonces aún en el edificio principal, era un buen lugar para trabajar. Estaba llena de individuos procedentes de Centroeuropa y de las colonias, y resultaba, por lo tanto, mucho menos provinciana que Cambridge, aunque sólo fuera por su compromiso con las ciencias sociales, como era el caso de la demografía, la sociología y la antropología social, que no tenían el más mínimo interés a orillas del Cam. Resulta extremadamente curioso que en esa época —y de hecho siempre ha sido así— la asignatura que daba nombre a la escuela no tenía ni la fama ni la categoría de las que gozaba en Cambridge, aunque atrajo a algunos jóvenes talentos muy brillantes que por desgracia no encontraron contratos duraderos en Houghton Street.

No cabe duda de que en cierta manera me sentía más a gusto en los ambientes estudiantiles de la LSE, y especialmente con las chicas del centro, pues entablé una amistad para toda la vida con dos de ellas y al final me casé con otra, aunque de modo menos permanente. Tres comunistas de mi edad que estudiaban en la LSE se convirtieron en amigos míos para toda la vida: el historiador John Saville (todavía llamado entonces con el nombre de Stamatopoulos o «Stam»), su compañera y posteriormente esposa, Constance Saunders, y el increíble James B. Jefferys, que pasó de doctor en historia de la economía a jefe de los enlaces sindicales en Dunlops durante la guerra, y una vez finalizado el conflicto bélico volvió a sus labores de investigación con menor éxito, pues fue víctima de la proscripción de los académicos comunistas que se impuso durante la Guerra Fría. Gracias a otro coetáneo mío de la LSE mantuve o, mejor dicho, restablecí mis

vínculos con Austria: Tedy Prager, hombre encantador, muy deportista, de espesa cabellera, que posteriormente obtendría el doctorado en Económicas en Cambridge con Joan Robinson, mucho más en sintonía con sus ideas que Robbins y Hayek de la LSE. Puesto por su familia a salvo de los peligros de Viena tras haberse metido en problemas al oponerse al régimen austrofascista que siguió a la guerra civil de 1934, Prager abandonó una carrera muy prometedora en Gran Bretaña y en las ruinas de la Viena de la posguerra, adonde, como la mayoría de los comunistas de Austria, regresó de su exilio británico.

Durante las vacaciones de verano los estudiantes de Cambridge que militaban en el Partido fueron a Francia a trabajar con James Klugmann. Junto con Margot Heinemann, James era mi vínculo con los tiempos heroicos del comunismo de Cambridge anterior a mi época. (Ambos siguieron siendo comunistas hasta el final de su vida.) Margot, una de las personas más increíbles que jamás he conocido, había sido el último amor de John Cornford, quien le dedicó desde España uno de sus últimos poemas convertido desde entonces en una pieza de antología, y posteriormente se unió a J. D. Bernal. A través de una vida ejemplar, con sus consejos y su sentido de la camaradería, tuvo probablemente más influencia en mí que cualquier otra persona que haya conocido.

James había sido, junto con John, el líder reconocido del Partido. Para la mayoría de los militantes que estudiaban en Cambridge era, y fue durante mucho tiempo, una persona de enorme prestigio, incluso una especie de gurú. Supongo que, de todos los estudiantes comunistas de su época, fue el que mantuvo un contacto más estrecho con la Internacional, pues tras obtener su licenciatura, abandonando un futuro académico para el que estaba excelentemente preparado, se trasladó a París como secretario del Rassemblement Mondial des Étudiants (RME) (Asamblea Mundial de Estudiantes), una gran organización estudiantil de carácter internacional, pero controlada por el Partido. Una vez, en el transcurso de un viaje a esa ciudad para visitarlo, recuerdo haberme cruzado con un tal Raymond Guyot, un peso pesado francés que durante varios años desempeñó el cargo de secretario general de la Internacional de las Juventudes Comunistas. Esta organización llevaba a cabo sus actividades desde una de esas pequeñas oficinas balzacianas, escondidas y llenas de polvo, típicas de los grupos políticos no oficiales anteriores a la guerra, en la mal llamada Cité Paradis, un callejón lóbrego en el X^e *arrondissement*, y posteriormente en un local con más pretensiones en la margen izquierda del Sena. Sus actividades públicas más evidentes consistían en organizar congresos mundiales de carácter periódico, en cuya preparación colaboraban como voluntarios estudiantes de Cambridge y de otros lugares. Actué como traductor en el Congreso de 1937, que coincidió con la espléndida Exposición Universal de París, la última antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, dentro de la maravillosa serie que empezó con la Gran Exposición del Príncipe Alberto de 1851. No recuerdo haber tenido ningún encuentro importante con James en 1938 —estuve casi todo aquel verano viajando por el norte de África—, y tampoco puedo confirmar la noticia de que fui enviado a una reunión con estudiantes árabes y judíos organizada por él durante las vacaciones de Semana Santa de 1939, para crear un frente común contra el fascismo tras la ocupación por

parte de Mussolini de Albania, país mayoritariamente islámico.⁸ Me pasé todo el verano de 1939 trabajando en los preparativos técnicos del que sería el mayor de esos congresos, que concluyó pocos días antes de la invasión de Polonia por el ejército de Hitler.

Excepto en la inteligencia y en su devoción política, James Klugmann era lo opuesto de la imagen romántica, heroica y extremadamente pintoresca de su compañero en el liderazgo, John Cornford. Con gafas, de voz suave, con una agudeza recatada, aunque parecía siempre que fuera a esbozar una sonrisa, vivía solo en la habitación de un hotel cercano al teatro Odeón. Por lo que sé, siguió llevando una existencia monástica de hombre soltero durante el resto de su vida, rodeándose, cuando surgía la ocasión, de jóvenes que lo admiraban. Según me han dicho, contaba chistes de sexo en compañía de sus más allegados —de los que nunca formé parte— y, como había estado en la Gresham's School, criadero de más de un homosexual eminente de su época, podría haber sido muy bien uno de ellos, pero nunca se le asoció a ningún tipo de actividad sexual. Su única afición evidente, al menos durante su vida en la Gran Bretaña de posguerra, cuando lo conocí mejor, consistía en coleccionar libros. Su distanciamiento personal aumentaba el respeto que nosotros, y de hecho la mayoría de la gente que no tenía nada que ver con él, le profesábamos. ¿Qué se sabía de él? Nunca permitía entrever nada. El único dato indiscutible de su persona era su capacidad para realizar planteamientos extremadamente lúcidos y sencillos, y el aire de autoridad que rezumaba (hasta que se vio acabado por la ruptura entre Stalin y Tito). No es que recuerde haber mantenido muchas conversaciones políticas con James en el París de antes de la guerra durante los intervalos entre trabajo y trabajo, cuando nos sentábamos en los cafés a jugar al ajedrez —él sabía explicarnos muy bien por qué nos ganaba— o simplemente nos tomábamos un respiro de las reuniones y la multicopista en algún bar mientras jugábamos al fútbol (judíos contra asiáticos).

Es prácticamente seguro que el RME puso los cimientos de la carrera meteórica de James durante la guerra como figura clave de las relaciones británicas con los partisanos de Tito. Los movimientos estudiantiles de izquierdas importantes escaseaban en Europa continental, donde la postura política característica de los estudiantes (pero no necesariamente de los profesores universitarios) durante los años treinta se distinguía por un nacionalismo derechista que rozaba el fascismo. La gran excepción la constituían los estudiantes comunistas de Yugoslavia, y especialmente la Universidad de Belgrado, uno de cuyos líderes, Ivo (Lolo) Ribar, personaje clave de lo que sería el movimiento partisano, era una figura conocida en el RME. Probablemente ningún hombre al oeste de Moscú, y sin lugar a dudas ninguno de El Cairo, conocía mejor que él quién era quién en el comunismo yugoslavo y cómo contactar con él.

Tras la ruptura de Stalin con Tito, James se vio forzado, seguramente por presión directa de Moscú, a realizar su propia ruptura irreparable, escribiendo un libro totalmente inverosímil y mendaz, *De Trotsky a Tito*. Su reputación como único intelectual de primera fila (aparte de Palme Dutt) en llegar a la dirección del Partido nunca se recuperó. A partir de entonces, no asumió ninguna responsabi-

lidad o iniciativa y no hizo comentario alguno, y dejó de ser una influencia importante incluso en el seno del reducido PCGB. El Partido lo puso a cargo de Educación (con nuestro antiguo organizador estudiantil, Jack Cohen, como asistente), labor que llevó a cabo brillantemente, pues era un profesor nato. James era demasiado inteligente y perspicaz para no darse cuenta de la decepción, en realidad de la compasión que sentían sus admiradores de los años treinta por un hombre en el que tantas esperanzas se habían depositado. Había quedado hecho polvo. Sólo en 1975 se produjo un último destello del antiguo James Klugmann. El servicio de inteligencia británica, que desde la partida de Burgess y Maclean a Moscú en 1951 no había cesado de intimidarlo periódicamente, sugirió que quizá por fin estuviera preparado para ayudar a los agentes secretos británicos como habían hecho otros con anterioridad. Posiblemente ofrecieran algún tipo de incentivo.⁹ La idea de que el servicio secreto británico, que tan bien conocía —al fin y al cabo estuvo en él durante la guerra— lo hubiera considerado capaz de deslealtad a su causa, lo hirió profundamente. Se negó. Falleció poco tiempo después en una casa indeterminada del South London llena de libros.

Mi último trimestre, mayo-junio de 1939, fue muy bueno. Edité *Granta*, fui elegido miembro de los Apóstoles y saqué una matrícula de honor en el Tripos, hecho que también me procuró una beca en el King's. Sólo se produjo un acontecimiento triste. En la primavera de 1939 el tío Sidney, demasiado mayor para prestar cualquier tipo de servicio militar en la guerra, dejó de luchar por ganarse la vida en Gran Bretaña y decidió emigrar a Chile con Nancy, Peter y unos pocos cientos de libras que había conseguido ahorrar con el fin de empezar una nueva vida. Nunca se cuestionó mi partida pocas semanas antes del Tripos, y en cualquier caso yo no habría abandonado el país con una guerra cada vez más inminente. En aquellos tiempos Chile todavía estaba muy lejos de Europa. Los vi marcharse en el barco en Liverpool, y cogí el tren de vuelta a Edgware para dormir aquella última noche en el suelo de la casa, ahora totalmente vacía, de Handel Close, donde había dejado mi mochila. La botella de excelente Tokay, que había salvado de nuestra antigua casa, había desaparecido durante mi ausencia. Luego regresé a Cambridge.

Pasé el verano viviendo en un hotel de París horrible, pero bien ubicado, de la Rue Cujas a costa de los beneficios editoriales de *Granta*, trabajando para el gran congreso de James. Tengo ante mí una fotografía de dicho congreso: una mezcla de blancos (la mayoría de Cambridge) con indios, indonesios, los pocos asiáticos del Lejano y el Medio Oriente y un africano solitario. Reconozco a esa chica afable de Amsterdam: fue asesinada posteriormente en la Resistencia holandesa. Ahí, entre la multitud de jóvenes rostros olvidados, asoma el de Satjadjit Soegono, el atractivo javanés que fue líder de un gran sindicato obrero en Indonesia después de la guerra hasta que murió asesinado en el transcurso de la revuelta comunista de Madiun de 1948. Junto a James está Pieter Keunemann, el futuro secretario general del Partido Comunista de Sri Lanka, y P. N. Haksar, el futuro jefe del Estado Mayor de Indira Gandhi. Aparecen los refugiados españoles: la menuda Miggy Robles, que tanto trabajó en la multicopista con Pablo Azcárate del Partido Comunista de España. También veo el rostro bengalí, de fac-

ciones pequeñas y penetrantes, de Arun Bose. Fue un congreso fructífero, excepto en una cosa: la Segunda Guerra Mundial empezó cuando ni siquiera habían pasado dos semanas desde su clausura.

Necesitaba un descanso y decidí tomarme unos días para mí en Concarneau, en Bretaña, a donde fui haciendo autoestop. Regresé el 1 de septiembre. Una francesa bien vestida, pero preocupada por algo, al volante de un deportivo, me recogió en algún lugar pasado Angers. ¿Había oído bien? Hitler había invadido Polonia. Durante el viaje hasta París estuvimos conversando mucho sobre la guerra que se avecinaba e incluso nos paramos en un sitio para enterarnos de las últimas noticias que daba la radio. Como estábamos en Francia, parece inconcebible que no nos detuviéramos para comer, pero en semejante día es comprensible olvidar ese dato. Nos cruzamos con algunos parisinos que ya iban en dirección opuesta a la nuestra con sus automóviles cargados. Cuando llegamos a París y me bajé del coche, nos deseamos buena suerte recíprocamente. Me dirigí al Westminster Bank de la Place Vendôme e hice cola con el resto de los ciudadanos británicos que allí se encontraban. Delante de mí había un hombre de mal carácter y con la barbilla notablemente metida hacia dentro, cuyo pasaporte puso en evidencia que se trataba del escritor y pintor Wyndham Lewis. No había mucho equipaje que preparar antes de dirigirme a St. Lazare a comprar los billetes, si podía, del tren que salía hacia Londres esa misma noche. La estación estaba llena de rubias esbeltas de largas piernas: las bailarinas inglesas del Folies Bergère y del Casino de París regresaban a sus hogares en Morecambe o Nottingham. Si no recuerdo mal, llegué a Victoria Station la última mañana de paz sin haber dormido, pero el sol brillaba en Londres. Ya no tenía casa en la ciudad, pero creo que pasé la última noche de paz en el piso que tenía alquilado o compartía con alguien Lorna Hay, una escocesa licenciada en Newnham que quería hacer carrera en el mundo del periodismo londinense. Mohan Kumaramangalam, que regresaba a la India, le acababa de decir que su futuro como revolucionario profesional hacía imposible que lo acompañara.

Así es como acabaron para mí los años treinta.

Capítulo 9

SER COMUNISTA

I

Me hice comunista en 1932, aunque en realidad no ingresé en el Partido hasta mi llegada a Cambridge en otoño de 1936. Permanecí en él durante unos cincuenta años. La cuestión de por qué tantos años de militancia es a todas luces procedente en una autobiografía, pero no es de interés histórico general. Por otro lado, la cuestión de por qué el comunismo atrajo a tantos hombres y mujeres excelentes de mi generación, y qué significaba para nosotros ser comunistas, debe ser un tema capital en la historia del siglo xx. Pues nada es más característico de ese siglo que lo que mi amigo Antonio Polito califica de «uno de los grandes demonios del siglo xx: la pasión política». Y el comunismo fue su máxima expresión.

Hoy en día el comunismo está muerto. La URSS y la mayoría de Estados y sociedades contruidos sobre su modelo, hijos de la Revolución de Octubre de 1917 que fue nuestra fuente de inspiración, se han derrumbado completamente, dejando tras de sí un paisaje de ruina económica y moral, de tal manera que ahora resulta evidente que el fracaso formaba parte de esa empresa desde un principio. No obstante, los logros alcanzados por los que se inspiraron en esa convicción, y la creencia asociada de que «no existe fortaleza que los bolcheviques no puedan conquistar», fueron en efecto bastante extraordinarios. Al cabo de poco más de treinta años de la llegada de Lenin a la estación de Finlandia, un tercio de la humanidad y todos los Gobiernos entre el Elba y el mar de China vivían bajo el dominio de partidos comunistas. La propia Unión Soviética, derrotando a la máquina bélica más formidable del siglo xx, que había pulverizado a la Rusia zarista, salió de la Segunda Guerra Mundial como una de las dos superpotencias del mundo. No ha habido un triunfo de una ideología comparable desde las conquistas (más lentas y menos globales) del Islam en los siglos vii y viii de nuestra era.

Esto se consiguió gracias a pequeños grupos, con frecuencia relativa o absolutamente minúsculos, que se erigieron en «partidos de vanguardia», pues, a diferencia de los partidos obreros que surgieron a finales del siglo xix, en su mayoría también inspirados en las ideas de Karl Marx y fomentados por ellas, el

comunismo no fue concebido como un movimiento de masas, y en realidad pasaría a serlo sólo por un accidente histórico. En este sentido contrasta y en realidad rechaza el planteamiento clásico de la socialdemocracia marxista, por el que se esperaba que todo aquel que se reconociera como «obrero» se identificase con partidos cuya esencia, a menudo expresada en su mismo nombre —Partido Laborista— se fundamentaba en que constituían partidos de la clase trabajadora. Dar su apoyo al partido del trabajo no era tanto, a su juicio, una elección política individual cuanto el descubrimiento de la existencia social del individuo, lo que necesariamente tenía ciertas repercusiones públicas. A la inversa, sus actividades políticas menores estuvieron impregnadas del sentido de lo que definía la existencia social de un individuo, por lo que las asociaciones que se reunían en los salones interiores de las tabernas de la Viena roja —recuerdo haber visto todavía allí ese tipo de anuncios en los años setenta— practicaban sus aficiones no como coleccionistas de sellos, sino como Filatélicos Obreros, o como Colombófilos Obremos. Ese tipo de partidos también podían encontrarse a veces en el movimiento comunista, como sucedió sobre todo en la Italia de posguerra. Allí el Partido, arraigado en la familia y en la comunidad local, combinaba la tradición del antiguo movimiento socialista con la eficacia organizativa del leninismo y la autoridad moral de una Iglesia católica secular. (Como dijo Palmiro Togliatti en 1945: «Un retrato de Marx junto al de Jesucristo en todos los hogares».) Era un tipo de partido en el que una joven de Módena podía solicitar con bastante naturalidad a su *federazione* del Partido que se informara en la *federazione* de Padua si el apuesto *carabiniere* de esta ciudad que la cortejaba era un joven «formal» (pero por desgracia resultó que estaba ya casado en Padua).¹ Aquí lo público y lo privado, ser mejor persona y construir un mundo mejor, se consideraban facetas inseparables.

Los partidos comunistas de la época de la Internacional Comunista eran totalmente distintos, incluso cuando afirmaban, a veces con razón, que habían arraigado firmemente en la clase obrera y que expresaban los intereses y aspiraciones de ésta. Eran los «revolucionarios profesionales» de Lenin, esto es, constituían obligatoriamente un pequeño grupo en términos relativos o absolutos de elegidos. Ingresar en una organización semejante era principalmente una decisión personal y, según reconocieron aquellos que invitaron a un «contacto» a entrar en el Partido y los hombres y mujeres que lo hicieron, suponía un cambio radical de vida. Era una decisión doble, pues permanecer en el Partido (al menos en los países cuyo régimen no era comunista) implicaba la elección constante de no abandonarlo, posibilidad fácil y para la que siempre se estaba a tiempo. Para la mayoría de los que ingresaron en las filas del Partido, la militancia constituía un capítulo transitorio de su vida política. No obstante, a diferencia de la generación de 1968, pocos comunistas del período de entreguerras se involucraron con la revolución como si de un Club Med político se tratara (entidad que, por cierto, fue fundada como una miniu-topía vacacional por un joven del Partido Comunista y antiguo miembro de la Resistencia, después de la Segunda Guerra Mundial).

Giorgio Amendola, uno de los líderes comunistas italianos de la generación anterior a la guerra, tituló el primer volumen de su autobiografía, por otro lado

hermosamente escrita, *Una scelta di vita* (Una opción de vida). Para aquellos de nosotros que nos hicimos comunistas antes de la guerra, y especialmente con anterioridad a 1935, la causa comunista era efectivamente algo a lo que teníamos la intención de dedicar nuestras vidas, y algunos así lo hicieron. Al final la diferencia clave estaría entre los comunistas que se pasaron la vida en la oposición y aquellos cuyos partidos se alzaron con el poder, y que por lo tanto resultarían ser directa o indirectamente responsables de los actos de sus regímenes. El poder no corrompe necesariamente a las personas en cuanto individuos, aunque no resulta fácil resistirse a esa corrupción. Lo que hace el poder, especialmente en tiempos de crisis y de guerra, es obligarnos a realizar actos que son inaceptables cuando los lleva a cabo un particular, y a intentar justificarlos. Los comunistas como yo, cuyos partidos nunca subieron al poder ni se vieron involucrados en situaciones que requieran decisiones acerca de la vida y la muerte de los demás (la resistencia, los campos de concentración), lo tuvimos más fácil.

La militancia en esos «partidos de vanguardia» leninistas era, por lo tanto, una elección profundamente personal, pero no abstracta. Para la mayoría de los comunistas del período de entreguerras su ingreso en el Partido representaba un paso adelante en ese camino para alguien que ya estaba «en la izquierda» o que, en las partes del mundo donde cabía semejante posibilidad, ya era «antiimperialista». Desde luego, resultaba más fácil para los que procedían de ambientes políticamente homogéneos del tipo apropiado, pongamos por ejemplo de Nueva York —donde una vez, dirigiéndose a un compañero en tono pensativo, escuché decir a un colaborador de *The New Yorker*: «Prácticamente no encuentras republicanos en ningún sitio»—, y no de Dallas, Texas. Resultaba incluso más fácil para los que procedían de comunidades, generalmente marginales para la mayor parte de la sociedad, cuya situación los colocaba fuera del consenso político nacional. A la inversa, a pesar del ser tan amplio el número de ex comunistas de mi generación, resulta difícil encontrar entre ellos a individuos que se hayan pasado a la extrema derecha política. El camino de los comunistas decepcionados políticamente por lo general les condujo a otra rama de la izquierda política si aún eran lo bastante jóvenes, o, normalmente a través de distintos estadios, a una militancia anticomunista de corte liberal típica de la Guerra Fría, en la mayoría de los casos. Hasta en Estados Unidos tuvo que pasar una generación antes de que los intelectuales (antiestalinistas) de la izquierda neoyorquina abandonaran las antiguas lealtades familiares y se declarasen abiertamente «neoconservadores».

Ello resulta particularmente evidente entre los intelectuales, pues las actuales convenciones del pensamiento racional acerca de la sociedad están fundamentadas en la Ilustración racionalista europea del siglo XVIII. Como nunca ha dejado de lamentar la derecha política, esta circunstancia ha hecho que los intelectuales se decantaran por causas tales como la libertad, la igualdad y la fraternidad. Incluso a mi amigo Isaiah Berlin, con su compromiso visceral con una identidad judía no negociable, que le hizo defender, o al menos intentar comprender, las críticas de la Ilustración, le resultó imposible no comportarse como un liberal ilustrado. Fuera de Alemania apenas se podía encontrar una tradición intelectual secular apropiada para la derecha. En la primera mitad del siglo pasado, la izquierda a todas

luces conquistó a muchos más intelectuales que la derecha. Incluso en las grandes artes creativas, en las que el pensamiento racional tiene menor relevancia, prevaleció el antifascismo. Sobre esta cuestión Simon Leys, seudónimo de un eminente sinólogo belga con un historial sin parangón como destructor de los mitos del maoísmo, ha dicho la última palabra: «Todos los que formamos parte del mundo intelectual conocemos a individuos que han sido comunistas y luego han cambiado de parecer. ¿Cuántos de nosotros nos hemos cruzado con ex fascistas?». La verdad es que simplemente, cambiaran o no de parecer estos últimos al finalizar la guerra, no había tantos de ellos.

Esto no significa que el comunismo atrajera a un tipo o unos tipos determinados de personalidad abiertos al extremismo, el autoritarismo y demás rasgos «antidemocráticos», aunque en la época de la Guerra Fría fuera objeto de debate por parte de autores deseosos de demostrar la semejanza entre el comunismo y el fascismo, pero la psicología social políticamente posicionada no debe detenernos. En cualquier caso tiene muy poca base la creencia liberal en una afinidad fundamental entre «extremismos» de derechas y de izquierdas que haría más fácil el paso de un extremo al otro. Como el PC británico era pequeño, los trabajadores y los estudiantes comunistas, al menos al final de los años treinta, resultaban excepcionales, pero no eran atípicos. No puedo detectar rasgos comunes de personalidad entre mis coetáneos de Cambridge adheridos al PC que los distinguen de los que no se unieron a él, con la excepción quizá de una mayor vivacidad intelectual. De hecho, en años posteriores, cuando me encontraba de nuevo con algún antiguo camarada a lo largo de su vida poscomunista en su papel de profesional respetable de clase media —aunque raras veces conservador—, a veces me decía a mí mismo: «¡Y pensar que una vez lo recluté, y también a otros como él, para ingresar en el Partido!». Resulta menos sorprendente que los obreros que entraron en el Partido fueran, al menos en Gran Bretaña, jóvenes, más enérgicos que la mayoría, pero por otro lado típicos de su clase y de sus sindicatos (principalmente metalúrgicos, de la construcción y en algunas regiones, mineros). Entre los años treinta y los cincuenta, antes de que su clase social tuviera al alcance de la mano las categorías profesionales más altas y la educación superior, los buenos aprendices o los activistas jóvenes y dinámicos de los talleres solían instruirse política e intelectualmente a través del Partido. Éste formó a los futuros líderes nacionales del sindicalismo británico y, por supuesto, se proveyó de gente de clase obrera bien preparada para sus cuadros, circunstancia en la que un partido conscientemente «proletario» hacía hincapié. Al contrario de la opinión generalizada, los intelectuales no desempeñaron como tales un papel relevante en la dirección del Partido hasta que la revolución de la enseñanza sacó a la juventud capacitada para el estudio de los talleres y la llevó a las universidades, que pasaron a ser el camino de acceso a la política y a trabajos mejores (y no sólo a los partidos comunistas).

El comunismo, por lo tanto, no consistía en escoger «extremistas» entre las personalidades «no extremistas», aunque ambos polos del espectro político pueden atraer a veces al mismo tipo de clientela, es decir a individuos normalmente jóvenes que tienen una afición innata para las operaciones arriesgadas o la violen-

cia política, ese tipo de gente que se siente atraída por el terrorismo y la acción directa. Probablemente los elementos tipo Rambo se hayan sentido más atraídos por la extrema izquierda desde que aumentaron los enfrentamientos callejeros y los grupos armados a pequeña escala como consecuencia de la revolución estudiantil de 1968, con su retórica de los «combatientes callejeros». No obstante, una vida dedicada a la revolución no es igual a una vida que consigue sus emociones en la guerra de guerrillas o en la aventura.

Dada la tradición y la importancia de las actividades clandestinas en los partidos comunistas, los cuales, salvo raras excepciones (como Gran Bretaña), fueron ilegales al menos durante parte de su historia, la vida de aventura evidentemente tenía cabida en el movimiento comunista internacional de mi época, pero el bolchevismo, cuyo lema era eficacia implacable y no romanticismo aventurero, no favoreció la cultura del ladrón de bancos o la del comando de incursión. Inventó la hegemonía del «comisario político» (esto es, el comisario civil) porque desconfiaba de los arrebatos de los militares. En teoría era hostil al terrorismo individual. La reacción del propio Lenin ante semejantes actos era del todo característica. No pudo entender por qué en 1916 el socialdemócrata Friedrich Adler había asesinado en público de un disparo al primer ministro del Imperio de los Habsburgo como señal de protesta contra la Primera Guerra Mundial. ¿No habría sido más efectivo para él, como secretario del Partido, hacer circular por las distintas secciones del mismo una convocatoria de huelga?

He conocido a varios comunistas cuya carrera resultaría de interés, y en algunos casos así ha sido ya, para los autores de novelas de suspense, pero en general su ideal de clandestinidad, pese a ser peligroso, no fue ni llevar una existencia de pirata ni hacer de su vida una novela. Comparemos por ejemplo el carácter de Alexander Rado, jefe de aquella red tan importante de espías soviéticos de Suiza durante la guerra y el único maestro del espionaje con el que he pasado unas Navidades, en cierto sentido muy curiosas, en Budapest, con el de su operador radiofónico, Alexander Foote, al parecer, un agente doble británico según dicen los libros. «En primer lugar», Foote «no se había hecho agente secreto ni por ideología, ni por dinero, ni por patriotismo. Ganó muy poco dinero como espía, las ideas políticas abstractas le aburrían y M15 no lo consideró un patriota cuando al final regresó a Gran Bretaña. Pero fue un aventurero nato...»² Rado no parecía un hombre sediento de acción, sino un acomodado hombre de negocios de media edad cuyo escenario natural de ocio era la mesa de un café centroeuropeo. Cuando lo conocí en 1960 había retomado su trabajo de catedrático en la Universidad de Económicas «Karl Marx» de Budapest tras haber pasado varios años en los campos de concentración de Stalin, y era lo que siempre había deseado ser, un geógrafo y cartógrafo. Desde 1918 había dedicado toda su vida política a entrar y salir de actividades clandestinas o inconfesables, volviendo siempre a su vocación. Nunca le divertió ni combatir —fue el organizador de las brigadas de obreros armados concebidas para encabezar la revolución (abortada) alemana de 1923—, ni dirigir redes de espionaje. Indudablemente también disfrutó de las emociones de ese estilo de vida, pero la impresión que me dio no era la de un hombre que hubiera decidido dedicarse a esa labor por ese motivo. Hizo lo que

tenía que hacerse. «Cuando éramos jóvenes —me dijo—, Rakosi [el antiguo dirigente y dictador comunista húngaro que en el momento de esta conversación estaba exiliado y retirado en la URSS] solía decirme: “Sandor, ¿por qué no te haces revolucionario profesional a tiempo pleno?”. Bien, míralo a él y mírame a mí. Menos mal que yo tenía una buena profesión y nunca la dejé.» Los partidos comunistas no eran para los románticos.

Al contrario, se caracterizaban por la organización y la rutina. Por eso los cuerpos de varios miles de militantes —como el PC de Vietnam al finalizar la Segunda Guerra Mundial— pudieron, en determinadas ocasiones, convertirse en creadores de Estados. El secreto del partido leninista no reside en el sueño de estar tras una barricada ni en la teoría marxista. Puede resumirse en dos frases: «Hay que verificar todas las decisiones» y «Disciplina de partido». El atractivo del Partido consistía en que llevaba a cabo lo que otros no hacían. La vida en él era casi visceralmente antirretórica, hecho que quizá contribuyera a producir esa cultura de interminables y mortalmente aburridos informes, ilegibles sin remedio cuando eran reimpresos en sus publicaciones oficiales, que los partidos extranjeros asumieron como propios imitando la práctica soviética. Incluso en la Italia operística los jóvenes intelectuales rojos de posguerra se reían del estilo tradicional de los discursos en los grandes mítines públicos que seguían adoptando los leales a la causa. No es que fuéramos insensibles a la oratoria enérgica, además reconocíamos su importancia en los actos públicos y en el «trabajo de masas». Aun así, los discursos no son una parte significativa de mis recuerdos como comunista, con la excepción de uno que tuvo lugar en París durante los primeros meses de la guerra civil española pronunciado por Dolores Ibárruri, *La Pasionaria*, un discurso extenso, ella vestida de negro, como una viuda, en medio del silencio cargado de tensa emoción de la abarrotada pista cubierta del Velódromo de Invierno. Aunque apenas nadie del público comprendiera el español, sabíamos perfectamente qué nos decía. Todavía recuerdo las palabras «y las madres, y sus hijos» flotando en el aire, lentamente, como oscuros albatros, desde los altavoces situados en lo alto.

El «partido de vanguardia» leninista era una combinación de disciplina, eficiencia en el trabajo, absoluta identificación emocional y un sentido de dedicación *total*. Voy a explicarlo. En 1941, atrapada por un travesaño que se había derrumbado, nuestra camarada Freddie pensó que iba a morir en el incendio que se propagó por la única bomba enemiga caída en Cambridge durante la Segunda Guerra Mundial. Mi amigo Tedy Prager, que intentó en vano liberarla hasta la llegada de los bomberos —vivía en la que había sido mi antigua casa de Round Church Street, prácticamente a un paso de donde tuvo lugar la explosión—, cuenta la historia:

«Mis pies» chillaba ella «mis pies se queman», y yo seguía golpeando el travesaño, pero nada se movía. «Pobre Freddie... La cosa no va bien», ahora estaba lloviendo, «yo estoy rendido». Y entonces, mientras me saltaban las lágrimas en medio de la desesperación y de la humareda, ya demasiado exhausto para seguir intentando levantar la viga, ella gritó: «¡Viva el Partido, viva Stalin!... ¡Viva Stalin!», siguió gritando, «¡y adiós muchachos, adiós Tedy!».³

Freddie no murió, aunque ha pasado el resto de su vida con los extremos de sus piernas amputadas a la altura de las rodillas. En aquella época no nos sorprendía que las últimas palabras de un miembro agonizante del Partido fueran para él, para Stalin y para los camaradas. (En aquellos tiempos la idea de Stalin entre los comunistas extranjeros era tan sincera, espontánea, universal y tan incontaminada de conocimiento como el dolor verdadero que la mayoría sentimos en 1953 a la muerte de un hombre al que ningún ciudadano soviético hubiera deseado o se hubiera atrevido a ponerle un mote como Uncle Joe [Tío Joe] en Gran Bretaña o *baffone* [«bigotes»] en Italia.) Nuestra vida era el Partido. Le dábamos todo lo que teníamos. A cambio, obteníamos de él la seguridad de nuestra victoria y la experiencia de la fraternidad.

El Partido (siempre pensábamos en él en mayúsculas) tenía derecho de preferencia, o mejor dicho era el único que realmente tenía un derecho sobre nuestras vidas. Sus exigencias tenían prioridad absoluta. Acatábamos su disciplina y sus jerarquías. Aceptábamos incondicionalmente la obligación de seguir «la línea» que nos proponía, incluso cuando discrepábamos con ella, aunque hacíamos esfuerzos heroicos para convencernos de su «corrección» intelectual y política con el fin de «defenderla», como se esperaba de nosotros. Pues, a diferencia del fascismo, que exigía la renuncia y la disponibilidad automática del individuo a la voluntad del Líder («Mussolini nunca se equivoca») y el deber incondicional de acatar las órdenes militares, el Partido —incluso en el momento de máximo apogeo del absolutismo de Stalin— fundamentaba su autoridad, al menos en teoría, en el poder de convicción del que eran dueños la razón y el «socialismo científico». Al fin y al cabo, se suponía que debía basarse en un «análisis marxista de la situación», estudio en el que todo comunista debía aplicarse. «La línea», por predeterminedada e inamovible que fuera, tenía que ser justificada según ese tipo de análisis y, a menos que las circunstancias lo hicieran físicamente imposible, debía «debatirse» y aprobarse en todos los niveles del Partido. En los partidos comunistas al margen del poder, en los que a sus militantes no les asustaba demasiado seguir la antigua tradición izquierdista del debate, su jefatura tenía que realizar todo el proceso de repetir sus argumentos siguiendo la línea oficial hasta que no nos cupiera la menor duda de cuál se esperaba que fuese nuestro voto. (El término técnico de este proceso era «explicación paciente».) Tras la votación, el «centralismo democrático» exigía que el argumento diera paso a la acción unánime.

Hacíamos lo que nos mandaba. En países como Gran Bretaña no nos ordenaba cosas muy espectaculares. De hecho, de no ser por la convicción de que su labor era en pro de la salvación del mundo, los comunistas quizás hubieran terminado aburridos por las actividades rutinarias de su Partido, dirigidas según el proceder habitual del movimiento laborista británico (discurso del camarada presidente, notas de las delegaciones, informe del tesorero, acuerdos, contactos, venta de libros y demás) en casas particulares o en salas de reuniones muy poco acogedoras. Pero habríamos acatado cualquier cosa que hubiese ordenado. Al fin y al cabo, la mayoría de cuadros del Soviet y de la Internacional Comunista del período del terror estalinista, a sabiendas de lo que quizá les esperaba, siguieron la orden de regresar a Moscú. Si el Partido mandaba que abandonaras a tu amante o

a tu esposa, la dejabas. Después de 1933 el Partido alemán en el exilio ordenó a Margaret Mynatt (la que sería posteriormente inspiradora de las *Obras completas de Marx y Engels* en lengua inglesa) su traslado a Inglaterra desde París, pues necesitaban a un camarada en Londres que, como no se permitía la entrada a los comunistas alemanes conocidos, tuviera pasaporte británico en vigor. Sin dudarle por un momento, abandonó al amor de su vida (o al menos eso me contó más tarde) y emprendió viaje. No lo volvió (¿o no la volvió?) a ver nunca. En Auschwitz las deudas del Partido, según me dijo después de la guerra un antiguo prisionero, se abonaban con cigarrillos, una moneda de cambio de valor inconcebiblemente precioso, y el hecho de que pudieran procurárselos dice mucho de la capacidad del Partido para la resistencia colectiva.

Era impensable mantener una relación seria con alguien que no fuera del Partido o estuviese preparado o preparada para ingresar (o volver a ingresar) en él. Bien es cierto que, como los miembros del Partido también eran aptos para emanciparse en lo tocante a su postura frente al sexo, debe suponerse que no todos los militantes renunciaran completamente al sexo apolítico, pero incluso para el agente de la Comintern del maravilloso poema de Brecht *An die Nachgeborenen* (A los hombres futuros), sus amores casuales —«*der Liebe pflegte ich achtlos*» («hice el amor sin prestarle atención») — eran una prueba más de que el trabajo de Partido se anteponía a todo lo personal. Confieso que en el momento en que noté que podía prever una relación de verdad con alguien que no era un recluta en potencia para el Partido fue cuando me di cuenta de que ya no era el comunista en toda la extensión de la palabra de mis años de juventud.

Es fácil describir retrospectivamente cómo sentíamos y qué hacíamos como militantes del Partido cincuenta años atrás, pero explicarlo resulta mucho más difícil. No soy capaz de recrear la persona que fui. El paisaje de aquellos días permanece sepultado bajo los escombros de la historia universal. Incluso la imagen —si la había— de las maravillosas ilusiones que teníamos por la vida humana se ha visto solapada por la cantidad de bienes, servicios, perspectivas de futuro y opciones personales que hoy en día están al alcance de la mano a la mayoría de hombres y mujeres de los países increíblemente ricos y de tecnología avanzada de Occidente. Marx y Engels se abstuvieron con gran sabiduría de describir cómo sería una sociedad comunista del futuro, pero casi todo de lo poco que dijeron acerca de cómo sería en ella la vida del individuo ahora parece que es el resultado, sin comunismo, de esa producción social de riqueza potencialmente casi ilimitada y de ese progreso tecnológico milagroso que ellos esperaban en un futuro indeterminado, pero que actualmente no se valora como es debido.

En lugar de reconstruir a mis ochenta y tantos años qué fue lo que hizo de nosotros unos comunistas, prefiero citar unas líneas escritas tras la crisis de 1956, cuando me sentía más próximo a las convicciones de mi juventud. Decía que hasta los revolucionarios más sofisticados comparten «aquella utopía o “imposibilidad” que hace sentir incluso a los muy modernos una sensación de dolor casi físico cuando se dan cuenta de que la llegada del socialismo no servirá para eliminar todo el dolor y la pena, las tristezas del amor y el llanto por los seres queridos, ni tampoco para resolver o hacer solubles *todos* los problemas». Observé

que «los movimientos revolucionarios ... parecen demostrar que prácticamente no existe un cambio que quede fuera del alcance de su mano».

La libertad, la igualdad y sobre todo la fraternidad pueden hacerse realidad momentáneamente en aquellos estadios de las grandes revoluciones sociales que los revolucionarios que las vivieron describen en términos normalmente reservados al romanticismo. Los revolucionarios no sólo se imponen un modelo de moralidad más elevado que el de cualquier santo sin excepción, sino que cuando llegan esos momentos realmente lo llevan a la práctica ... En tales circunstancias, la suya es una versión en miniatura de la sociedad ideal, en la que todos los hombres son hermanos y sacrifican lo que tienen por el bien común sin abandonar su individualidad. Si esto es posible en el seno del movimiento, ¿por qué no va serlo en otro lugar?

En esa época ya me había dado cuenta, junto con Milovan Djilas, que ha escrito maravillosamente bien acerca de la psicología de los revolucionarios, de que «ésta es la moral de una secta», pero precisamente es esto lo que les da esa fuerza como motores de cambios políticos.⁴

Durante las dos guerras mundiales y en el período de entreguerras, resultaba bastante fácil en Europa llegar a la conclusión de que sólo la revolución podía ofrecer un futuro al mundo. El viejo mundo en cualquier caso tenía la suerte echada. Sin embargo, otros tres elementos diferenciaban la utopía comunista de las demás aspiraciones a una nueva sociedad. En primer lugar el marxismo, que demostraba con métodos científicos la seguridad de nuestra victoria, una predicción comprobada y verificada por la victoria de la revolución proletaria en una sexta parte del mundo y por sus progresos de los años cuarenta. Marx había explicado por qué no podía haber tenido lugar anteriormente en la historia de la humanidad, y por qué podía y estaba destinada a ocurrir entonces, como de hecho sucedió. En la actualidad, los fundamentos de esta convicción de que conocíamos el rumbo de la historia se han derrumbado, especialmente la creencia de que la clase obrera industrial sería el agente del cambio. En la «Era de la Catástrofe» parecían sólidos.

En segundo lugar, había internacionalismo. El nuestro era un movimiento para *toda* la humanidad y no para un sector en concreto de ella. Representaba el ideal de superar el egoísmo, individual y colectivo. En repetidas ocasiones, los jóvenes judíos que empezaban como sionistas se unían al comunismo porque, por muy evidente que fueran los sufrimientos de su pueblo, eran sólo parte de la opresión universal. Julius Braunthal escribía, al relatar su conversión al socialismo en Viena a comienzos del siglo: «Sentí lástima por mis amigos sionistas de los que había desertado; pero abrigaba la esperanza de que un día pudiera hacerles comprender que el menor de los objetivos debe dar paso al mayor de ellos».⁵ Con amargura retrospectiva disfrazada de cinismo, mi colega de Nueva York, la filósofa Agnes Heller, describe su conversión al comunismo en un campo de trabajo sionista húngaro en 1947 cuando tenía dieciocho años de edad:

Vivíamos en comunidad, sentíamos que nos pertenecíamos los unos a los otros. No necesitábamos ni dinero ni a los ricos ... No me gustaban los ricos, y hoy me avergüenzo de ello. Abominaba de los traficantes del mercado negro, de los especuladores de dólares, de los hombres rapaces y codiciosos. ¡No hay problema! Me mantendré siempre fiel a los pobres. Así que, loca de mí, ingresé en el Partido Comunista para estar al lado de los pobres.⁶

En la práctica, las identidades nacionales y otras de carácter colectivo o histórico tenían una importancia muy superior a la que imaginábamos. En realidad, el comunismo probablemente tuvo su mayor impacto fuera de Europa, donde no tenía un rival eficaz en la lucha contra la opresión nacional o imperialista. Ho Chi Minh, el liberador de Vietnam, eligió como *nom-de-guerre* en la Internacional Comunista, Nguyen el patriota. Chin Peng, cabecilla de la insurrección comunista y de los guerrilleros de la jungla de Malaya, aunque con menos éxito, empezó como un joven patriota que primero se hizo comunista cuando dejó de confiar en la capacidad del Kuomintang para liberar China. Me lo confesó él mismo en persona, un anciano caballero chino de intereses intelectuales que no parecía en absoluto un antiguo cabecilla de guerrilleros de la jungla, en el marco poco probable del Athenaeum Club de Londres. No obstante, incluso para aquellos que en sus inicios tenían unos objetivos limitados o los que abandonaron una esperanza mayor cuando se sintieron decepcionados por una menos importante, como fue el caso de muchos comunistas judíos que dejaron el Partido por el impacto que les produjeron las campañas antisemíticas de Stalin, el comunismo representaba el ideal de superar el egoísmo y de prestar servicio a toda la humanidad sin excepción.

Pero había un tercer elemento en las convicciones revolucionarias de los comunistas del Partido. En el camino hacia el milenio lo que les esperaba era la tragedia. Durante la Segunda Guerra Mundial los comunistas estuvieron ampliamente representados en la mayoría de los movimientos de resistencia, no simplemente porque eran eficientes y aguerridos, sino porque siempre habían estado preparados para lo peor: para el espionaje, la clandestinidad, los interrogatorios y la acción armada. El partido de vanguardia de Lenin nació en medio de la persecución, la Revolución rusa en medio de la guerra, la Unión Soviética en medio de la guerra civil y la hambruna. Hasta la revolución, los comunistas no podían esperar de sus sociedades ninguna recompensa. Lo que los revolucionarios profesionales podían esperar era la cárcel, el exilio y, con bastante frecuencia, la muerte. A diferencia de los anarquistas, del IRA o de los movimientos de los suicidas islámicos, la Internacional Comunista no rindió en exceso culto a sus mártires, aunque el PC francés después de la liberación disfrutara del aspecto positivo del hecho (real) de que durante la Resistencia había sido *le parti des fusillés* («el partido de los fusilados»). Sin lugar a dudas los comunistas fueron el principal enemigo de casi todos los Gobiernos, incluso de aquellos, pocos relativamente, que permitieron la existencia legal de sus partidos, y constantemente nos recordaban el trato que podían esperarse en las cárceles y los campos de concentración. Y sin embargo, nos veíamos más como combatientes en una guerra om-

nipresente que como víctimas o bajas en potencia. Como Brecht decía en su espléndida elegía escrita en los años treinta a los profesionales de la Internacional Comunista, *An die Nochgeborenen*:

Mi pan lo comí entre batalla y batalla.
Entre los asesinos dormí.

La dureza es la cualidad de un soldado, e imprime su carácter incluso a nuestra jerga política («implacable», «inflexible», «duro como el acero», «monolítico»). La dureza, en realidad la crueldad, al hacer lo que se tenía que hacer, antes, durante y después de la revolución, fue la esencia del bolchevismo. Fue la respuesta necesaria a la época. Como Brecht decía:

Vosotros, que surgiréis del marasmo
en el que nosotros nos hemos hundido,
cuando habléis de nuestras debilidades,
pensad también en los tiempos sombríos
de los que os habéis escapado.

Pero la clave del poema de Brecht, que habla a los comunistas de mi generación como ningún otro, es que los revolucionarios se vieron obligados a actuar con dureza.

Desgraciadamente, nosotros,
que queríamos preparar el camino para la amabilidad
no pudimos ser amables.

Desde luego no previmos, ni podíamos prever en su totalidad la escala de la opresión a la que se estaba sometiendo a los pueblos soviéticos bajo Stalin en la época en que nos identificábamos con él y la Internacional Comunista, y nos negábamos a creer a los pocos que nos contaban lo que sabían o sospechaban.⁷ Nadie pudo anticipar las dimensiones del sufrimiento humano en la Segunda Guerra Mundial hasta que estalló. Sin embargo, es un anacronismo suponer que sólo el desconocimiento sincero o premeditado nos impedía denunciar los actos inhumanos perpetrados en nuestro bando. En cualquier caso, no éramos liberales. El liberalismo era lo que se había derrumbado. En la guerra global en la que estábamos comprometidos, uno no se cuestionaba si debía de existir un límite a los sacrificios impuestos a los demás que no fuera el suyo propio. Como no estábamos en el poder, ni teníamos la posibilidad de estarlo, creíamos que íbamos a ser los prisioneros y no los carceleros.

Había partidos comunistas y funcionarios, como André Marty, que aparece en la obra de Hemingway *¿Por quién doblan las campanas?*, que se enorgullecían de su bolchevismo necesariamente «duro como el acero», por no hablar del Partido Comunista Soviético, donde se combinaba con la tradición absolutista del poder ilimitado y la brutalidad de la vida cotidiana rusa para producir las hecatombes de la era de Stalin. El PC británico no pertenecía a este grupo, pero esa

patología del Partido hizo su aparición de varias maneras más masoquistas y patéticas. Por poner un ejemplo: el caso de Andrew Rothstein, ya fallecido (1898-1994). Andrew era un personaje bastante aburrido, de rostro redondeado, perteneciente a la pequeña burguesía, que defendía todo lo que necesitaba una defensa en la Unión Soviética, hijo de un antiguo bolchevique ruso más exagerado aún, Theodore Rothstein, que en otros tiempos había ejercido como diplomático soviético y había escrito un libro pionero de la historia marxista de los trabajadores. En una ocasión compartimos una habitación gélida en un congreso de la Asociación de Profesores Universitarios, y todavía lo recuerdo sacando cuidadosamente de la maleta el neceser y las zapatillas. Probablemente se me encomendó la tarea de protestar ante la Escuela de Estudios Eslovos de la Universidad de Londres, donde Rothstein enseñaba Instituciones Soviéticas, por no renovar su contrato provisional como encargado de curso. Miembro fundador del PC británico y, como es natural, con excelentes relaciones en Rusia, había sido una figura destacada del Partido durante los años veinte, pero en 1929-1930 su oposición a la orientación ultraizquierdista de la Internacional Comunista, por no hablar de su temperamento vitriólico y de su falta de buena fe proletaria, provocó su caída. Se exilió en Moscú (sin su esposa y sus hijos), y pasó a militar en el PCUS. Afortunadamente para su vida, al poco tiempo se le permitió regresar a Gran Bretaña y al PC británico con la condición de que durante el resto de su carrera se ocupara sólo de actividades locales del Partido. Sin embargo, siguió siendo un comunista totalmente leal y totalmente comprometido. De hecho, tengo la impresión de que para él, como para otros como él, la prueba de su devoción a la causa fue la rapidez para defender lo indefendible. No consistía en el *credo quia absurdum* («creo porque es absurdo») cristiano, sino en el desafío constante: «Ponme un poco más a prueba: como bolchevique no tengo ningún punto débil». Cuando al final desapareció el PC británico en 1991, pasó a ser, a la edad de noventa y tres años, el primer miembro del reducido Partido Comunista de línea dura de Gran Bretaña que lo sucedió.

Dudo que hubiera algún comunista de mi generación que se hubiera inspirado en la carrera de Rothstein para unirse al Partido o para permanecer en sus filas. Y sin embargo, teníamos a nuestros héroes y modelos: Georgi Dimitrov, quien durante el juicio por el incendio del Reichstag de 1933 se mantuvo de pie solo en el tribunal nazi, desafiando a Hermann Göring, defendiendo el buen nombre del comunismo y, de paso, el de la pequeña, pero orgullosa nación búlgara a la que pertenecía. Si no abandoné el Partido en 1956 fue, entre otras cosas, porque el movimiento producía ese tipo de hombres y mujeres. Pienso sobre todo en uno de ellos, apenas conocido en vida, olvidado actualmente por todos, excepto por sus camaradas y amigos. Todavía lo recuerdo, pequeño, con vista de lince, socarrón, mientras caminábamos una mañana de domingo por los senderos, iluminados por el sol de trecho en trecho y cuidadosamente delimitados, de las colinas de Wienerwald, entre parejas ocasionales de amigos excursionistas, hombres y mujeres de pelo blanco, que habían organizado mítines ilegales socialistas y del Partido en las zonas más recónditas de aquellos bosques antes de que logran sobrevivir a los campos de concentración. El aire libre había sido siempre el

marco característico de los revolucionarios austríacos. Probablemente no haya otro hombre por el que sienta tanta admiración.

A mediados de agosto de 1944 él había escrito sus últimas palabras en la celda 155 del bloque 2 y en la celda 90 del bloque 1 de la prisión de Fresnes de París:

Franz Feuerlich, comunista
Franz Feuerlich, austríaco
será ejecutado el 15 de agosto de 1944,
¿en vísperas de la liberación?⁸

Pero Ephraim Feuerlicht (1913-1979), al que todos conocíamos por su nombre en el Partido, Franz Marek, tuvo suerte. La liberación de París le salvó la vida. Había sido con el checo Artur London (víctima posteriormente de los juicios de Stalin) una figura prominente del MOI (Main d'Oeuvre Immigrée), organización del Partido Comunista de Francia, cuyos miembros españoles, judíos, italianos, polacos, etc. desempeñaron un papel importantísimo y de gran heroicidad en la Resistencia armada de Francia. (Aquellos que asocian a los judíos durante el fascismo con la imagen de eternas víctimas, deberían recordar el número de combatientes judíos socialistas y comunistas, desde los 7.000 que lucharon en las Brigadas Internacionales hasta los que participaron en asociaciones como el MOI y sus homólogas en otros países ocupados.) Entre otras cosas, Franz estaba encargado del trabajo con el mismísimo ejército alemán. No hablaba de aquellos tiempos, excepto una vez con mi hijo Andy, a la sazón de diez años de edad, que siempre quería saber qué tipo de cosas habías hecho en la Resistencia. Contestó que principalmente te mantenías alejado de la gente que quería arrestarte, pero que unas cuantas veces tuvo que escapar por los pelos. Nacido en Przemyśl, una localidad que actualmente pertenece a Ucrania, criado en la miseria más paupérrima en la Viena de entreguerras —Franz afirmaba que nunca tuvo una americana y unos pantalones *nuevos* hasta que se hizo revolucionario profesional—, empezó a politizarse en el sionismo a los quince años, pero se convirtió al comunismo a través del grupo más marxista de los sionistas, el Hashomer Hazair, aunque ingresó en el Partido Comunista después de la guerra civil austríaca de 1934. No fue por un casual, sino la consecuencia inmediata de unos pocos meses yendo de aquí para allá en la Alemania prehitleriana de 1931-1932. Se hizo profesional prácticamente desde un principio, tras haber demostrado cuáles eran las habilidades verdaderamente excepcionales necesarias para el trabajo en la clandestinidad al camarada enviado para instruir a los austríacos en la inusual situación de ilegalidad. Aunque insistía en que el secreto de un trabajo semejante reside en la puntualidad y en la escrupulosidad con los detalles, en resumidas cuentas, en las estrictas «normas de la conspiración» bolcheviques, al tener tan sólo veinte y pocos años también disfrutaba del lado romántico de ese trabajo. Le gustaba recordar a todos que ocupaba la que otrora fuera oficina de Dimitrov del Distrito IX (Viena siempre había sido la sede de la Internacional para los Balcanes). Al poco tiempo estableció una oficina en Viena para el PC rumano (para sus 300 miembros) y organizó la participación de éste en el VII Congreso Mundial, antes de ser

nombrado jefe del *Apparat* del partido austríaco ilegal —comunicaciones, pisos francos, cruces de fronteras y provisión y distribución de libros y material escrito—, y posteriormente jefe de todas sus actividades de agitación y propaganda. Sin lugar a dudas ésta fue la razón que lo llevó a París cuando tuvo lugar el Anschluss.

Regresó a Austria una vez finalizada la guerra como miembro del órgano de dirección política del PC austríaco, escribió un libro, breve e iluminador, sobre Francia y editó la revista teórica del Partido. En 1968 consiguió escindir durante un breve período de tiempo el PC austríaco de la URSS, tras condenar la invasión soviética de Checoslovaquia, pero Moscú reafirmó inmediatamente su postura. Marek fue expulsado, aunque siguió siendo editor de una publicación mensual del ala izquierda independiente llamada *Wiener Tagebuch*, y (conmigo y algunos otros más) planificador y editor —sus únicos ingresos regulares procedían ahora de este trabajo— de la ambiciosa *Storia del Marxismo* de Giulio Einaudi. Falleció a causa de un ataque al corazón, por otro lado previsible, en el verano de 1979. Murió siendo comunista. El Partido Comunista de Italia mandó una representación a su funeral. Su legado, dejando aparte unos cuantos libros, cabía en dos maletas.

Hombre de una inteligencia lúcida y brillante y de una erudición notable, podría haber sido un pensador, un escritor o un académico eminente. Pero no había elegido interpretar el mundo, sino cambiarlo. De haber vivido en un país más grande y en otra época, podría haber sido una gran figura política de un comunismo humanizado. Éste fue su camino hasta el fin de sus días, resistiendo las tentaciones de un refugio pospolítico en la literatura o en los seminarios para titulados. A su manera, fue un héroe de nuestros tiempos, unos tiempos que fueron y siguen siendo malos.

II

Hasta aquí he hablado de los comunistas que no estaban en el poder. ¿Qué fue de los miembros del Partido, conocidos míos, que se encontraron en los regímenes comunistas una situación extremadamente distinta, la de privilegio en lugar de la de persecución? Ellos no eran ajenos al poder, eran el poder; no eran la oposición, sino el Gobierno, a menudo de países donde no eran del agrado de su población. La policía no era su enemigo, sino su agente. Y para ellos el futuro glorioso tras la revolución no era un sueño, sino una realidad.

Carecían de la ventaja, que a nosotros nos mantenía alta la moral, de tener enemigos a los que se les podía combatir con convicción y una conciencia limpia: el capitalismo, el imperialismo, la aniquilación nuclear. A diferencia de nosotros, no podían evitar la responsabilidad de lo que se hacía en nombre del comunismo en sus países, ni siquiera de sus injusticias. Por ese motivo el Informe de Krushchev de 1956 les resultó especialmente traumático. «Si ya no se puede echar la culpa de esos horrores a “las leyes de la historia”, sino a Stalin en persona, entonces ¿qué hay de nuestra propia corresponsabilidad?», escribía un exiliado che-

co comunista-reformista que conocí.⁹ Había formado parte de la fiscalía en los años cincuenta.

En mi época había tres generaciones de ese tipo de comunistas que habían cruzado este umbral del poder: los «viejos bolcheviques» preestalinistas, de los cuales pocos sobrevivieron a los años treinta y de los que no conocí a ninguno; aquellos que hicieron posible o experimentaron el gran cambio (las generaciones de comunistas del período de entreguerras y de la resistencia; y aquellos que crecieron bajo los regímenes que se derrumbaron en 1989. No hay nada que decir sobre estos últimos. Cuando pasaron a formar parte de lo que era una élite pública, conocían las reglas del juego por las que se regían sus países. Tampoco puedo decir nada de la Unión Soviética. Sólo he conocido personalmente de verdad a un miembro de la generación soviética, aunque no era ruso, sino un comunista extranjero de segunda generación criado en la URSS antes de regresar a su país de origen, el ya fallecido Tibor Szamuely de Hungría.

Era un historiador muy brillante y ocurrente, rechoncho y poco agraciado físicamente, sobrino de una de las figuras más eminentes de la República Soviética Húngara de 1919, que se había educado en la URSS, país en el que su padre fue ejecutado y su madre, deportada. Él mismo afirmaba que, después de haber estado a punto de morir de hambre durante el asedio de Leningrado, también había pasado la clásica temporada en un campo de concentración durante aquel período final de locura del dictador. A la muerte de Stalin regresó a Hungría convertido en un hombre cínico, pero comunista oficialmente, y como secretario del Partido en la Facultad de Historia de la universidad, donde adoptó una línea extremadamente dura, pero que de algún modo no provocó la expulsión o el castigo de ninguno de sus colegas ni de los estudiantes. Sin embargo, cuando lo conocí en Londres alrededor de 1959, iba directo hacia los contactos más anticomunistas. Como muchos judíos centroeuropeos, era un anglófilo apasionado. Quizá se estaba preparando para desertar del buque en nombre de la libertad, hecho que se produjo pocos años después, cuando se convirtió en un propagandista anticomunista de algunas publicaciones de los conservadores y en amigo íntimo del escritor y gran bebedor Kingsley Amis, reaccionario como él y más divertido, pero mucho menos inteligente. A pesar de lo que pensase acerca de las esperanzas que yo abrigaba, sentíamos una simpatía mutua y nos llevábamos estupendamente bien. Gracias a él visité Hungría por primera vez en 1960, aunque, como alto cargo —creo que entonces era vicerrector de la universidad—, no le gustó demasiado mi insistencia en visitar al gran filósofo marxista Georg Lukács, al que hacía poco que los rusos habían consentido su regreso a Hungría. Lukács había sido detenido y exiliado tras la revolución de 1956, y ahora vivía en su apartamento sobre el Danubio, de nuevo como un antiguo sumo sacerdote vestido de civil, fumando puros habanos. Fue en el piso de Tibor donde tuve aquella cena memorable de Nochebuena con el maestro del espionaje. Él decidió venir directamente del aeropuerto a nuestro piso de Bloomsbury con su esposa y sus hijos, cuando por fin consiguió (a través de un destino a Ghana) sacar a su familia del socialismo por el bien de todos.

No eran los horrores del socialismo la causa de su marcha, sino el exceso de

cinismo. Pues, aunque fuera recibido en Gran Bretaña como víctima de la represión soviética, en realidad no había tomado parte en la revolución de 1956. De hecho, tras la derrota de ésta restableció la sección del Partido en la universidad. Por esta razón la carrera de Szamuely tuvo un rápido avance durante los años siguientes. Desgraciadamente en el transcurso de los mismos, bajo la mirada benevolente del gobierno de Kadar, los simpatizantes del movimiento de 1956, es decir, el grueso de los intelectuales y académicos comunistas, poco a poco fueron restableciendo sus posiciones. La carrera del colaborador soviético que había avanzado tan vertiginosamente después de 1956 empezó un fuerte declive. Pero, desde luego, él había desdeñado a todas luces las esperanzas de los revolucionarios de 1956 y el régimen soviético. Alejándome de nuevo del mundo del Partido de mi juventud, durante los años siguientes resistí con éxito a la tentación de hablar en público acerca de los antecedentes de 1956 del que hablaba en nombre de la libertad. Era algo más que la renuencia a señalar lo que habría sido, después de todo, apenas una cuestión pasajera de debate político a costa de poner en un aprieto a un amigo personal. Marlene y yo reconocimos que debía haber un principio en este asunto: en ciertas ocasiones se tiene que trazar una línea divisoria entre lo que son las relaciones personales y los puntos de vista políticos. Y sin embargo, con lo excelente compañero y encantador y ocurrente que era Tibor, los Szamuely y nosotros nos distanciamos completamente. Quizá la vida pública y la privada no pueden separarse tanto en realidad.

Los académicos checos, alemanes orientales y húngaros fueron los miembros de Partido del bloque soviético con los que más me relacioné. De las grandes figuras políticas de los regímenes, sólo conocí brevemente a uno o a dos, sobre todo a Andras Hegedüs, el último primer ministro húngaro de Rakosi, reciclado como sociólogo académico después de 1956, gran viajero y protector de disidentes, pero que hablaba poco, aunque lo suficiente para dejar entender que la calidad de la dirección del Partido había decaído después de él. Ninguno de mis amigos era una figura del Partido, aunque Ivan Berend declinara la oferta de ocupar el cargo de ministro de Educación de su país, Hungría. Era y sigue siendo un historiador de primerísimo orden, presidente de la Academia de las Ciencias de su país durante el comunismo, cuyos méritos se vieron reconocidos cuando fue elegido, tras la caída del comunismo, presidente del Comité Internacional de Ciencias Históricas. Casi todos los checos que conocía, algunos de ellos desde los tiempos de la emigración a Inglaterra antes de la guerra, se hicieron partidarios de la Primavera de Praga de 1968, y varios desempeñaron un papel destacado en ella, como por ejemplo mi amigo Antonin Liehm, editor de la principal revista político-cultural de la época, *Literarny listy*. No nos conocimos a través de la política, sino como amantes del jazz en un festival de este género musical en Praga, pero el jazz, como la recuperación de Kafka, era una actividad de la oposición en los albores de 1968, aunque no soy consciente de que se diera ningún trasfondo político a la publicación de mi libro *The Jazz Scene*, el único que se tradujo al checo durante la época comunista. Después de 1968 los reformistas del Partido, si no tenían edad suficiente para jubilarse, fueron obligados a emigrar o a limpiar ventanas, a cargar carbón u a realizar otras labores parecidas. Algunos como Edward

Goldstücker, una figura importante durante la Primavera de Praga por ser el presidente del Sindicato de Escritores, ya hacía años que estaba en la cárcel como consecuencia de la persecución estalinista de comienzos de los años cincuenta. (Lo vimos en 1996 en Praga poco antes de su fallecimiento: las autoridades de la nueva Checoslovaquia le habían denegado el estatus de víctima del comunismo.) Perdieron su país para siempre, pues, cuando acabó el comunismo, ya nadie los quería.

Los húngaros con los que mantuve una relación más próxima, demasiado jóvenes para haber participado en la política de antes de la guerra o en la resistencia —cuando en 1945 Ivan Berend y el que fuera durante mucho tiempo su colaborador, George Ranki, regresaron de los campos de concentración nazis, entraron en la escuela secundaria—, eran comunistas reformistas, con la excepción del brillante Peter Hanak, joven protagonista de la historia húngara marxista de 1955, insurgente durante la revolución de 1956 y posteriormente anticomunista acérrimo. Pero el ambiente reinante en Hungría después de 1956 era moderadamente reformista y tolerante, aunque no exento de disidencia. De todos los regímenes del Partido, el húngaro fue el que probablemente se aproximó más a una vida intelectual normal durante el comunismo, quizá gracias en gran medida a la riqueza de talentos intelectuales del país, circunstancia que se vio reforzada por unas buenas relaciones con sus emigrados a los países occidentales. Algunos de sus cerebros no políticos más relevantes se negaron a emigrar incluso en los momentos peores, como Erdős, el gran genio de las matemáticas, que siguió manteniendo su pasaporte húngaro a la vez que quiso seguir viajando por todos los departamentos de matemáticas del mundo, sin permanecer nunca más de unos cuantos meses en un mismo lugar, llevando consigo sus posesiones mundanas metidas en una maleta. Consiguió ver cumplido este deseo, extraordinario y quizá único para un ciudadano particular en el apogeo de la Guerra Fría, gracias al apoyo unánime de la mafia internacional de matemáticos. Cuando, al no estar capacitado para charlar con él sobre la teoría del número, le pregunté una apacible tarde en Cambridge por qué quería tener el derecho permanente de regresar a Budapest, me contestó: «Ambiente matemático es bueno». Hungría, por supuesto, era la única zona de Centroeuropa que no había perdido a la mayor parte de sus judíos.

En algunos países de «socialismo verdadero», como por ejemplo Polonia, era posible dejar de lado el Partido en las relaciones personales con colegas y amigos. No era así en la República Democrática Alemana, donde nada quedaba fuera de su control, sin lugar a dudas tampoco los contactos de sus ciudadanos con comunistas extranjeros. Además, allí no tenía cabida la disidencia y ni siquiera poner en duda la línea dictada desde las altas instancias. En muchos aspectos y quizá sobre todo por razones lingüísticas, me pareció que en ese país resultaba más fácil darse cuenta del significado que tenía la militancia de partido en un régimen socialista.

Los comunistas de la Alemania Oriental, al menos los que yo conocí, eran, y siguieron siendo en su gran mayoría, creyentes, fueran o no viejos cuadros del KPD desde antes de 1933; jóvenes entusiastas que se unieron a la causa en el paisaje en ruinas de 1945 para construir un nuevo futuro, como por ejemplo Fritz

Klein, hijo del jefe de redacción de uno de los periódicos conservadores más respetados de la República de Weimar; comunistas de segunda generación como mi amigo Siegfried Büniger, hijo de un obrero del Mecklemburgo rural; o Gerhard Schilfert, convertido a la causa cuando fue prisionero de guerra de los soviéticos, hombre en el que sólo cabía un convencimiento sincero de la autoridad, antigua o nueva, y mantenerse leal a ella. (Todos ellos eran historiadores.) En cierto sentido, se autoeligieron. Eran aquellos que no podían soportar que el calor se escapara por debajo de la puerta de la cocina, circunstancia que solía darse con facilidad hasta la erección del Muro de Berlín en 1961.

Tuve muy poco contacto directo con los miembros de la Vieja Guardia, a excepción de la familia Kuczynski y, a través de mi amigo el pintor Georg Eisler, de su admirado padre, Hanns, compañero de Brecht y compositor oficial del Estado de la RDA, al que conocí en el ambiente poco proletario del Waldorf Hotel. Hanns había abandonado a su esposa y a su hijo, cuyo exilio les había llevado desde Viena vía Moscú y vía Manchester de nuevo a Viena. Una segunda esposa suya, Lou, lo dejó por otro veterano comunista de Moscú, el brillante y romántico seductor Ernst Fischer, hijo de un general de los Habsburgo y estrella de posguerra de la cultura austríaca y del PC de Austria hasta su expulsión tras la Primavera de Praga. Tengo contraída con Fischer una deuda intelectual, reconocida en mi libro *La era de la revolución*. Todos quedaron amigos, como hizo Fischer con su primera esposa, una hermosa joven aristocrática de Bohemia que se hizo agente soviética, cuyas credenciales revolucionarias se remontaban a la insurrección comunista alemana de 1921. Los Eisler de Leipzig-Viena eran casi la quintaesencia de la familia de la Internacional Comunista. La tía Elfriede (conocida para la historia como Ruth Fischer) había sido la joven comunista seguidora del amor libre que provocó la crítica que hizo Lenin del sexo informal («la teoría del vaso de agua»). Unos años más tarde reapareció formando parte de la dirección ultraizquierdista del KPD, antes de que su expulsión la mandara al exilio debido a la elección equivocada de bando en la política soviética y de la Internacional Comunista. Volvió a aparecer en escena después de la guerra en Estados Unidos, entre otras cosas como acusadora de su hermano Gerhart Eisler. Éste, también líder derrotado (aunque más moderado) del KPD, se había convertido en un importante agente de la Internacional Comunista en China, Estados Unidos y otros países. Fue expulsado de Estados Unidos, saltó del barco cuando éste se dirigía a Gran Bretaña, y regresó a la Alemania Oriental donde, durante la locura de los últimos tiempos del estalinismo, le asignaron —o al menos así se cuenta— el papel de traidor en potencia y sin duda a su debido tiempo confeso, en el curso de un juicio espectáculo. Afortunadamente el régimen de Alemania Oriental, pese a la ocupación soviética, nunca participó de aquel estilo criminal estalinista, aunque son pocos los que han creído que no lo hiciera. Gerhart Eisler pasó el resto de su vida llevando a cabo tareas políticas menores en la RDA, tales como jefe de los servicios de radiodifusión, negándose educadamente a responder a las preguntas de su sobrino acerca de su pasado. De haber escrito sus memorias, a lo cual se negó, éstas habrían carecido de sentido como las de la mayoría de los diplomáticos: su generación no se pronunciaba. Hollywood, donde residió durante su exilio, encajaba con Hanns, el músi-

co, obeso, ocurrente, cínico y con muchas más posibilidades de triunfar allí que su compañero Brecht, pero a pesar de todo regresaría a su país y compondría el nuevo himno nacional. Difícilmente cabría acusarles de albergar muchas ilusiones acerca de la realidad del comunismo de la Internacional Comunista, de la URSS y menos aún de la RDA. Se quedaron, pese al control severo y hostil de una rígida jerarquía política ante la que, de vez en cuando, eran denunciados por gente enemiga y jóvenes ambiciosos, pese a ser constantemente vigilados, aun cuando fueran honrados en público, por el sistema policial permanente de más alcance que haya operado nunca en un Estado moderno, la Stasi. Pero, pese a todo, se quedaron.

En un sentido la situación peculiar de la RDA facilitaba las cosas. El régimen de la Alemania Oriental sufría del hecho patente de que no tenía legitimidad, en un principio incluso carecía prácticamente de apoyo, y jamás habría ganado durante su existencia unas elecciones libres. El sucesor del SED (Partido Socialista de la Unidad) tiene probablemente más apoyo popular real hoy en día que cuando el antiguo régimen sumaba el habitual 98 por ciento del total de los votos. Hasta ese punto seguían estando los comunistas de la Alemania Oriental, en sentido lato, en encarnizada oposición, especialmente bajo la amenaza y la tentación de su vecino arrollador y mucho más grande: la República Federal. Ello justificaba algunas medidas que de otro modo hubieran horrorizado a los comunistas, aun admitiendo el rechazo de la democracia liberal por parte de su Partido. Me viene a la memoria una ocurrencia de Brecht muy aguda acerca de un Gobierno que disolvía al pueblo y elegía a otro nuevo. Con ese fin precisamente, el 17 de junio de 1953, mi amigo Fritz Klein, un comunista devoto de veintinueve años, se adhirió a la intervención soviética tras la gran revuelta obrera, porque consideraba el régimen más justo socialmente y desde el punto de vista político, más verdaderamente antifascista, que la República Federal. Del mismo modo, en 1961 dio su apoyo a la erección del Muro de Berlín. «Mi opinión entonces —escribía—, es que tenía que ser aceptado como un mal menor, si lo comparábamos con la otra alternativa posible: abandonar el experimento todavía legítimo de construir una nueva sociedad.»¹⁰ Lo máximo a lo que podían aspirar era a que la sociedad socialista que estaban construyendo funcionara y al final conquistara al pueblo. No cabe la menor duda de que los miembros más inteligentes y competentes del Partido de la Alemania Oriental fueron críticos con el sistema y unos reformistas llenos de esperanza hasta el final. Pero no tenían ningún poder. Por supuesto, a los militantes del Partido les resultaba más fácil abjurar de sus ideas y actuar de acuerdo con las normas (esto es, llevando las cosas al extremo, pedir consejo a Moscú) o simplemente obedecer al Partido en todo lo que éste les mandara. Y el Partido estaba dirigido por los viejos seguidores de la línea dura de antes de 1933 o sus sucesores de la generación siguiente.

Los extremismos de la Guerra Fría han presentado a los regímenes del este de Europa como sistemas gigantescos de terror y de gulags. De hecho, después de los años de sangre y acero de Stalin (que nunca estuvo seguro de si quería una RDA o no), el sistema de la RDA de justicia y represión, sin tener en cuenta a las víctimas del Muro de Berlín, ha sido acertadamente calificado con gran autoridad por un historiador de Harvard de «injusto en todo momento, pero relativamente

poco sanguinario».¹¹ Era una burocracia monstruosa que lo abarcaba todo, pero que no aterrorizaba a sus ciudadanos, sino que más bien los acosaba, los premiaba y los castigaba constantemente. La nueva sociedad que estaba construyendo no era una mala sociedad: trabajo y carreras para todo el mundo, educación universal abierta a todos los niveles, sanidad, seguridad social y pensiones, vacaciones en una comunidad sólidamente estructurada de buena gente que hacía un trabajo honesto cuando debía, lo mejor de la alta cultura accesible al pueblo, actividades deportivas y de ocio al aire libre, ningún tipo de distinción social. En el mejor de los casos pasó a ser —de nuevo según Charles Maier— algo entre «socialismo y *Gemütlichkeit*», o un «colectivismo Biedermeier».¹² El inconveniente, aparte del hecho —imposible de ocultar a sus ciudadanos— de que era muchísimo más censurable que la Alemania Occidental, era que había sido impuesto a la población por un sistema de autoridad superior, semejante a la que ejercían los padres del siglo XIX sobre sus hijos recalcitrantes o cuando menos poco dispuestos. Los ciudadanos no llevaban las riendas de su propia vida. No eran libres. Como generalmente era fácil acceder a la televisión de la Alemania Occidental, la presencia constante de medios coercitivos y de censura era evidente y aborrecida por todos. No obstante, como parecía que iba a durar para siempre, resultaba bastante tolerable.

Todo ello afectaba por igual a los miembros del Partido (o quizá más a éstos) y al resto de la población. Sus conversaciones no sólo eran grabadas por enemigos o los omnipresentes informadores de la Stasi, sino que, por mucho que cuese creerlo, acarreaban exigencias de retractación o degradación en público por parte de funcionarios severos, pero poco convincentes, pertenecientes al gueto reservado de los dirigentes nacionales que trazaban inflexiblemente la línea que seguir. Más que acosar formalmente a los disidentes, se les inquietaba. En el peor de los casos, se les importunaba o se les expulsaba a Occidente, como fue el caso de Wolf Biermann, a quien recuerdo haber visitado en compañía de Georg Eisler, en su habitación situada en un patio trasero, en Berlín Oriental, donde entonaba las canciones de protesta que ya lo habían hecho famoso.

La mayoría de los miembros del Partido de la RDA, y sin lugar a dudas la mayoría de sus intelectuales, creyó hasta el final en algún tipo de socialismo. Resulta difícil encontrar entre ellos, como entre la mayoría de los emigrantes soviéticos, a comunistas reformistas que durante la Guerra Fría fueran proamericanos al ciento por ciento. Sin embargo, cada vez se sentían más decepcionados. ¿Cuándo empezaron a sospechar —o a creer— los comunistas que la economía socialista «realmente existente», a todas luces inferior a la capitalista, no funcionaba en absoluto?

Markus Wolf, el jefe del espionaje de la RDA, un hombre de grandes cualidades y al que conocí cuando una cadena de la televisión holandesa organizó una charla entre los dos acerca de la Guerra Fría, me dijo que a finales de los años setenta había llegado a la conclusión de que el sistema de la RDA no funcionaría. Sin embargo, en los últimos estadios de la RDA apareció en público como un comunista reformista (una postura muy poco habitual para un jefe de los servicios de inteligencia). En 1980 el húngaro Janos Kornai ya ofrecía en su libro, *The*

Economics of Shortage, el análisis clásico de las operaciones contradictorias de las economías de tipo soviético. En los años ochenta, una década en la que dichas economías iban claramente a la deriva (a diferencia de la economía de la China posmaoísta), los comunistas de los países del bloque soviético con libertad de acción —Polonia y Hungría— se estaban preparando, era obvio, para el cambio. Los regímenes de línea dura de Praga y Berlín no podían confiar en otra cosa que no fuera la intervención en potencia del ejército soviético, cosa que no era probable desde que Gorbachov había tomado las riendas de la URSS. En la Europa del Este como en Occidente, los partidos comunistas se desintegraban. Al poco tiempo incluso la Unión Soviética se desintegraría. Lo que quedaba del antiguo movimiento internacional comunista yacía en una playa desierta como una ballena que ha sido arrastrada hasta la orilla por la fuerza de las olas.

A finales de los ochenta un dramaturgo de la Alemania Oriental escribió una obra titulada *Los caballeros de la Tabla Redonda*. ¿Qué futuro les espera? se pregunta Lancelot. «El pueblo ya no quiere saber nada del Grial ni de la Tabla Redonda ... Ya no cree en nuestra justicia ni en nuestro sueño ... Para el pueblo los caballeros de la Tabla Redonda son una pila de locos, de idiotas, de criminales.» ¿Acaso el propio Lancelot ya no cree en el Grial? «No lo sé —responde—. No puedo dar respuesta a esa pregunta. No puedo decir ni que sí ni que no...» No, probablemente nunca encuentren el Grial. ¿Pero no tiene razón el rey Arturo cuando dice que lo importante no es el Grial, sino su búsqueda? «Si abandonamos la búsqueda del Grial, nos abandonamos a nosotros mismos.» ¿Sólo a nosotros mismos? ¿Acaso la humanidad puede vivir sin los ideales de libertad y justicia, o sin aquellos que le dedican su vida? ¿O acaso incluso sin el recuerdo de los que así lo hicieron en el siglo xx?

Capítulo 10

LA GUERRA

I

Llegué a Inglaterra a punto de que diera inicio la guerra. La habíamos visto venir. Nosotros, o al menos yo, temíamos que llegara a estallar, aunque no pensábamos que lo hiciera en 1939. Pero esta vez ya estábamos en ella. Al cabo de un minuto de que la voz, seca y cansada, del primer ministro declarara la guerra, empezamos a oír el sonido ondulante de las sirenas, que todavía hoy trae a la memoria de cualquier ser humano que viviera en una ciudad durante la Segunda Guerra Mundial el recuerdo de las bombas nocturnas. Estábamos rodeados incluso por el paisaje visible de fuerzas aéreas, por el hierro ondulado de los refugios, y por los globos barrera atados como si fueran hatos de vacas plateadas flotando en el cielo. Era demasiado tarde para tener miedo. Pero lo que significó el estallido de la guerra para la mayoría de los varones jóvenes de mi generación fue la suspensión repentina del futuro. Durante unas cuantas semanas o meses flotamos entre los planes y las perspectivas de nuestra vidas de antes de la guerra y un destino desconocido vestidos de uniforme. Ahora la vida adquiría tintes de provisionalidad e incluso de improvisación. Sobre todo la mía.

Hasta mi regreso a Inglaterra no me había adaptado realmente nunca a las implicaciones que comportaban la emigración de mi familia. Ahora me daba cuenta de que no sólo carecía de un futuro durante un período imprevisible de tiempo, sino que tampoco tenía un presente claramente discernible, estaba desarraigado y solo. La casa familiar había desaparecido, y lo mismo había sucedido con la familia. Aparte de Cambridge no tenía ningún lugar en concreto adonde ir, aunque no me faltaran camaradas y amigos que me alojasen y siempre fuera bien recibido en la casa del único pariente que me quedaba en Londres, el tío Harry, en el que siempre se podía confiar. De hecho, durante los tres años siguientes, cuando iba a Londres vivía una especie de existencia nómada, durmiendo en camas supletorias o en el suelo de diversos pisos de Belsize Park, Bloomsbury o Kilburn. Desde el momento en que me despertaban, mi única base permanente se encontraba en unas pocas cajas de libros, papeles y otras pertenencias que el jefe de los bedeles del King's College me autorizó a guardar en un cobertizo. Los empaque-

té cuando me llamaron a filas. Pensaba que volverían a aparecer después de la guerra, con suerte, como si yo fuera un Rip van Winkle* cuya vida se había detenido en 1939 y que ahora tenía que acostumbrarse a un nuevo mundo. ¿Qué mundo?

La guerra había empezado a dejar vacío Cambridge. Como el antiguo equipo de *Granta* ya se había dispersado, pedí a la imprenta que cerraran el periódico mientras durara la guerra, enterrando oficialmente así un componente esencial del Cambridge de antes de la guerra. La investigación de mi tema propuesto del Norte de África francés había perdido ahora todo significado, aunque hice todo lo debido, como las lecturas preparatorias o como hacer autoestop hasta el British Museum cuando era necesario y los montones de nieve de aquel invierno inusualmente gélido lo permitían.

Pero además, desde el cambio de línea que se produjo en otoño de 1939, ya no se trataba de la guerra que habíamos esperado, la guerra por la causa para la que el Partido nos había preparado. Moscú revocó la línea adoptada desde 1935 por la Comintern y por todos los partidos europeos, en la que seguían manteniéndose tras el estallido de la guerra, hasta nuevo aviso. La negativa de Harry Pollitt a aceptar el cambio demostraba que la dirección del Partido británico estaba claramente dividida en este tema. Además, la postura de que la guerra había dejado de ser antifascista en todo sentido y Gran Bretaña y Francia eran tan malas como la Alemania nazi, no tenía ni pies ni cabeza, ni desde el punto de vista emocional ni desde el intelectual. Aceptamos la nueva línea, por supuesto. ¿Acaso no era la esencia del «centralismo democrático» dejar de discutir una vez que se había alcanzado una decisión, se estuviera o no personalmente de acuerdo con ella? Y obviamente se había tomado la gran decisión. A diferencia de la crisis de 1956 (véase el capítulo 12), la mayoría de los miembros del Partido —incluso los intelectuales estudiantes— se mostraron impertérritos ante la decisión de Moscú, aunque varios abandonarían la causa durante los dos años siguientes. Soy incapaz de recordar o de reconstruir qué pensaba yo por aquel entonces, pero un diario que escribí durante los primeros meses de mi servicio en el Ejército en 1940 deja claro que no tuve reservas acerca de la nueva postura. Afortunadamente la extraña guerra, la actitud del Gobierno francés, que prohibió inmediatamente el Partido Comunista, y el comportamiento de los gobiernos francés y británico tras el estallido de la guerra de invierno de los soviéticos contra Finlandia, hizo que resultara mucho más fácil para nosotros creer la postura de que las potencias occidentales como las imperialistas estaban, en todo acaso, más interesadas en derrotar al comunismo que en combatir a Hitler. Recuerdo haber discutido sobre este punto, mientras caminábamos sobre el césped del jardín del preboste en King's College, con un escéptico benévolo, el economista y matemático David Champenowne. Al fin y al cabo, mientras que todo parecía en calma, si no soñoliento, en el frente occidental, los únicos planes de acción del Gobierno británico preveían el envío de tropas occidentales a través de Escandinavia en ayuda de los

* Personaje de Washington Irving que se acuesta y cuando despierta se encuentra en un mundo que no reconoce. (*N. del t.*)

finlandeses. De hecho, uno de los camaradas, el entusiasta alumno de escuela privada y representante de Cambridge en torneos universitarios de boxeo, J. O. N. (Ratón) Vickers —en realidad tenía más parecido con una gran comadreja que con un ratón, delgado, rápido y ágil—, estaba a punto de ser desplazado hasta allí con su unidad cuando la guerra ruso-finlandesa terminó. Para los intelectuales comunistas, Finlandia era un salvavidas. Escribí un panfleto al respecto por aquel entonces con Raymond Williams, futuro escritor, crítico y guru de la izquierda, en aquella época un militante, evidentemente superdotado, recién reclutado para el Partido estudiantil. Por desgracia el escrito se ha extraviado en el transcurso de los muchos sobresaltos del siglo. He sido incapaz de encontrar una copia. Y luego, en febrero de 1940, fui llamado a filas por fin.

La mejor forma de resumir mi experiencia personal de la Segunda Guerra Mundial es decir que se quedó con seis años y medio de mi vida, seis de ellos en el ejército británico. No tuve ni una «buena guerra» ni una «mala guerra», sino una guerra vacía. No llevé a cabo ningún acto relevante en ella, ni tampoco me lo pidieron. Aquellos fueron los años menos satisfactorios de mi existencia.

Aunque evidentemente no fuera el clásico tipo militar, y aún menos un comandante en potencia, la razón principal de que malgastara el tiempo de mi país y el mío propio durante la mayor parte de mi vida entre los veinte y los treinta años era, casi con toda seguridad, de índole política. Poseía, al fin y al cabo, algunas cualificaciones relevantes para una guerra contra la Alemania nazi; por no hablar de mi conocimiento del alemán como nativo. Además, como era un estudiante de historia bastante sobresaliente en King's, a cuyos veteranos de la inteligencia de la Primera Guerra Mundial les asignaron la responsabilidad de reclutar al futuro equipo de Bletchey, y que envió a diecisiete de sus profesores allí, es inconcebible que a ninguno de éstos no se le hubiera ocurrido mi nombre. Es cierto que carecía de al menos uno de los requisitos admitidos convencionalmente para trabajar en los servicios secretos, que era, ni más ni menos, que hacer los crucigramas del *Times*. Como centroeuropeo no me eduqué nunca en ese hábito, ni tampoco me interesaba. También es verdad que mi nota no era demasiado alta en la otra cualificación tradicional, la que había llevado a mi tío Sidney a descifrar mensajes y códigos durante la Primera Guerra Mundial, a saber el ajedrez. Me apasionaba, pero estaba lejos de ser un gran jugador. Sin embargo, de no haber sido un bolchevique tan prominente y público de estudiante, me inclino a pensar que no me habría quedado sin más en Cambridge a la espera de las decisiones de la oficina de reclutamiento de East Anglia.

Por otro lado, quizá tuviera también algo que ver la visión oficial de que alguien de un origen y un entorno continentales tan obvios y recientes no podía, a pesar de la nacionalidad del pasaporte de su padre y del suyo propio, ser al ciento por ciento un inglés *de verdad*. (Semejante sentimiento no era en absoluto raro en el Cambridge de los años treinta y probablemente fuera compartido por mis supervisores.) Al fin y al cabo, muchos miembros del Partido sirvieron en los servicios secretos durante la guerra, entre ellos algunos que nunca ocultaron su militancia. Indudablemente la propuesta de mi nombre unas semanas después de ser llamado a filas para lo que al final sería un curso de cifra de la división (dos ofi-

ciales, siete oficiales de complemento y otros tres mandos) fue abortada por esa razón. «No es nada personal, pero su madre no era británica», dijo el capitán mientras me indicaba que tomase el próximo tren de Norwich para volver a Cambridge. «Por supuesto usted ahora está contra el sistema, pero naturalmente siempre hay cierto sentimiento de simpatía por el país al que pertenece una madre. Es lógico. Se da usted cuenta de ello, ¿no es así?» «Sí, señor.» «Quiero decir que no tengo prejuicios nacionales. A mí no me importa lo que hagan las naciones, siempre y cuando sepan comportarse, y los alemanes ahora no saben comportarse.» Asentí. Me prometió que me recomendaría para un trabajo de intérprete. Nunca más oí hablar de dicho trabajo. Curiosamente mi memoria borró por completo este episodio, aunque en su momento me quedara grabado.

¿Acaso cuando estaba en Cambridge ya tenía un expediente abierto en los servicios de inteligencia? No hay forma de saberlo. Desde luego sé positivamente que me abrieron uno a mediados de 1942, cuando un amable sargento del Servicio de Información Militar me dijo que se suponía que me vigilaban. Es posible que me abrieran uno en 1940 poco después de ser llamado a filas, pues como buen comunista hice lo necesario para mantenerme en contacto con el Partido, lo que significa que cuando estuve en Londres, conocí a Robbie (R. W. Robson), un hombre de rostro cetrino y arrugado, muy fumador, perteneciente a la clase obrera y cuadro del Partido a tiempo completo desde comienzos de los años veinte, en una de aquellas pequeñas oficinas llenas de polvo y con aspecto de viejo situadas al final de una oscura escalera de los distritos WC1 o WC2, en las que se suponía que estaba ese tipo de gente como él. Eran lugares que muy probablemente los Servicios de Seguridad tenían controlados.

Independientemente de cuándo me abrieran expediente, no cabía la menor duda de que me consideraban un personaje sospechoso, que debían mantener alejado de ámbitos delicados como los relacionados con el extranjero, incluso después de que la URSS se convirtiera en aliado de Gran Bretaña y el Partido se dedicara en cuerpo y alma a ganar la guerra. Mientras ésta duró (y en realidad desde el 2 de septiembre hasta mi primera visita a París en 1946, ya en la posguerra) nunca abandoné el suelo británico: el período ininterrumpido más largo que he pasado nunca sin cruzar algún mar o frontera. A partir de mayo de 1940 nadie parecía estar interesado en mi conocimiento de idiomas. En un determinado momento llegué a tener una entrevista al respecto en lo que me pareció ser un despacho de los servicios secretos en lo alto de Whitehall, pero sin ningún resultado. A regañadientes me fui haciendo a la idea de que no iba a tomar parte en la caída de Hitler.

¿Qué podían hacer los oficiales, que se veían obligados a cargar con un bicho raro intelectualmente más que cualificado, pero que a nivel práctico no llegaba a los mínimos y además carecía de dotes para la vida militar? Como sabía conducir un automóvil, me llamaron para hacer de chófer, pero no me gustaban los camiones de 15 quintales y de 3 toneladas requisados de la compañía, ni tampoco las motocicletas, y pronto me vi convertido simplemente en un par de brazos no cualificados. ¿Qué podía hacerse con un personaje así? Probablemente me consideraban incapaz de ascender en nada. Al final la 560 Compañía de Campaña de

los Ingenieros de Su Majestad encontró el modo de deshacerse de mí. Recomendaron mi traslado al Cuerpo de Educación del Ejército, el cual —como era una guerra del pueblo— se estaba expandiendo a pasos agigantados. Fui enviado a dar el curso preceptivo a un edificio situado detrás de la cárcel de Wakefield, llevando conmigo —¿por qué sigo recordando este episodio con tanta claridad?— la obra de Thomas Mann *Carlota en Weimar*. Allí descubrí la gran superioridad de los *fish-and-chips* del norte frente a los que estaba acostumbrado hasta entonces, y pasé la prueba, junto con otro historiador y futuro vicecanciller de la Universidad de Londres.

La notificación de mi traslado llegó algún tiempo después, a comienzos del otoño de 1941, a los pocos días después de que nos marcháramos a Hay-on-Wye, en la frontera de Gales, cerca de donde, exactamente cincuenta años más tarde, compraría la casa de Breconshire en la que escribo estas líneas. Probablemente eso me salvara la vida, pues mientras tanto mi unidad había recibido la orden de ir fuera del país, y a nosotros ya se nos había pasado el momento de embarcarnos. Como de costumbre, lo pasé entre las bombas en Londres. Naturalmente nadie nos decía cuál era nuestro destino, aunque Oriente Medio parecía el más probable. Pero la 15 División de East Anglia, en la que estaba la 560 Campaña de Ingenieros de S. M., no se embarcó rumbo a Oriente Medio, sino vía Ciudad de El Cabo y Mombasa hasta Singapur, donde fue capturada por los japoneses en febrero de 1942. Los que sobrevivieron se pasaron los tres años siguientes construyendo el ferrocarril de Birmania. Un tercio del total no salió vivo. Nunca más volví a ver a mis compañeros. ¿Habría yo sobrevivido? Quién sabe. En cualquier caso, no me enteré de la suerte que había tenido hasta mucho tiempo después.

II

Mi carrera militar se divide, de ese modo, en dos partes muy distintas entre sí. La primera de ellas, la del tiempo que estuve con los Ingenieros de S. M., fue de lejos la más interesante. Como cabe suponer, una compañía de campo de zapadores era una unidad totalmente de clase obrera, con la excepción de sus oficiales. Era el único intelectual en ella, en realidad seguramente el único miembro de sus filas que leía habitualmente las páginas de noticias de los periódicos antes de las que contenían los resultados de las carreras, o en lugar de ellas. Esta costumbre inusual me proporcionó un apodo durante las semanas en las que se produjo la caída de Francia: «Diplomático Sam». Por primera vez en mi vida me sentí como un miembro, aunque para nada típico, del proletariado cuya emancipación iba a traer la libertad al mundo. Para ser más exacto, me encontraba viviendo en el país en el que la mayoría de los británicos pasaban su vida, y que sólo tenía un contacto marginal con el mundo de las clases situadas por encima de ellos. El hecho de que me llamaran a filas en Cambridge acentuaba el contraste, ya que durante dos o tres meses viví en los dos mundos. Después del servicio (esto es, del aprendizaje principalmente de los elementos de instrucción sobre el verde césped de Parker's Piece) pasaba de uno a otro con sólo dirigirme al centro del Cambridge universitario desde la calle obrera donde las autoridades militares me te-

nían acuartelado junto a un ayudante de barbero y antiguo portero de hotel de Lowestoft llamado Bert Thirtle, en la casa de una viuda anciana, la Sra. Benstead. Compartíamos la que había sido cama de matrimonio de los Benstead, cuyas dimensiones afortunadamente eran bastante grandes. No era una introducción ideal al mundo del proletariado, pues Thirtle carecía de los reflejos sociales que a mí tanto me impresionaban en mis compañeros, por otro lado políticamente decepcionantes, y que dicen mucho acerca del sindicalismo británico. La mayoría de mis compañeros se consideraban fundamentalmente unos civiles que vestían el uniforme como lo habían hecho sus padres en 1914-1918. No veían ninguna virtud especial en la apariencia o la vida marcial: esperaban poder regresar cuanto antes a la vida de civil. Pero Thirtle siempre había soñado en secreto vestir un uniforme, aunque no lo ayudaba a llegar muy lejos con las chicas (en nuestra jerga llamábamos a todas las chicas «pastelito») que se ligaba en Petty Cury. Su prometida, una muchacha de diecisiete años que trabajaba en una cocina, le escribía cartas cada día y le mandaba paquetes llenos de publicaciones locales, *The Wizard*, *Comic Cuts* y tiras cómicas americanas.

Restrospectivamente me quedo asombrado de lo poderoso que era ese sentido o espíritu tradicional instintivo de acción colectiva en un puñado de jóvenes obreros, desde los no cualificados hasta los oficiales, en su mayoría procedentes del mundo de la construcción, agrupados en la misma cantina o sala de juegos del NAAFI* por los avatares del servicio militar. Esto me chocaba menos en aquel momento que su oscilante indecisión —y en realidad la mía propia— acerca de lo que debíamos hacer en unos momentos en los que se requería algo de acción, y el sentido general de impotencia en presencia de la autoridad. Y sin embargo, cuando leo las notas escritas en mi diario, lo que me impresiona es la familiaridad con los procedimientos de la acción colectiva, el potencial constante, casi intuitivo, para una militancia. Se sentían como en casa en la «esfera pública» de la clase obrera británica. ¿Acaso no había sugerido alguien en el transcurso de una protesta que organizáramos una reunión como es debido, en el Locomotive, como un sindicato de verdad, con una mesa y una campanilla y un vaso de agua?

La experiencia proletaria fue original en otros aspectos. Creo que puede decirse con seguridad que en 1940 pocos hombres del King's College habían tenido la ocasión de poner en funcionamiento un barreno, y la experiencia me pareció agotadora, pero estimulante. Los zapadores eran principalmente una formación de obreros más o menos especializados, la mayoría procedente de la manufactura en general y del sector de la construcción (pues muchos obreros metalúrgicos estaban en trabajos reservados y los que necesitaba el Ejército iban a otros cuerpos más especializados), llegados de muchas regiones de Gran Bretaña —de la región de Birmingham, Londres, Nottingham, y unos cuantos del nordeste de Inglaterra y de Escocia—, pero sobre todo de los condados orientales, pues la nuestra era en esencia una división de East Anglia. Entre sus filas se encontraban unos pocos reclutas de Cambridge bastante anómalos: yo mismo, algunos viejos ami-

* Siglas del Navy, Army and Air Force Institutes, el departamento del ejército británico encargado de los servicios de cantinas, etc. para las fuerzas armadas. (N. del t.)

gos y conocidos un poco más mayores, como Ian Watt, que posteriormente sería un distinguido profesor de literatura cuya obra sobre los orígenes de la novela británica era ya objeto de debate por parte de los estudiantes marxistas, y otros algo más jóvenes como el ingenioso y satírico dibujante de *Granta*, Ronald Searle. Ambos regresaron, marcados de por vida, de sendos gulags japoneses. Ronald, al que veía de vez en cuando durante nuestra época común en la división, acababa de ser descubierto por la admirable Kaye Webb, por aquel entonces editora jefe de *Lilliput*, una revista de bolsillo muy de moda fundada por un emigrante de Centroeuropa y muy apreciada por nuestra generación, que acabó casándose con él. (También a mí me encargó unos cuantos artículos durante la guerra y tras su finalización, hasta que la revista dejó de publicarse.) Mientras tanto, Ronald se convirtió en uno de los dibujantes de viñetas de más éxito de su época, gracias en gran medida a una de sus creaciones, *St. Trinian's*, una escuela para chicas frecuentada por unas alumnas espantosas, inspirada, según me pareció, en los pequeños japoneses de los campos de prisioneros donde había estado recluido durante la guerra y que tantos horrores le habían hecho vivir.

En general durante mis días como zapador vivía entre obreros —principalmente obreros ingleses—, adquiriendo al tiempo una admiración permanente, aunque a veces resultara exasperante, por su honradez, su desconfianza de las chorradas, su sentido de clase y de lo que es la camaradería y la ayuda mutua. Eran buenas gentes. Sé que se supone que los comunistas creen en las virtudes del proletariado, pero me sentí aliviado al ver cómo llevaba esta teoría a la práctica.

Luego Hitler invadió Noruega y Dinamarca y la guerra empezó de verdad. En cuanto los alemanes —casi no podíamos creérmolo—comenzaron a ocupar los Países Bajos, la 560 Compañía de Campaña tuvo un objetivo real a la vista. Durante más de catorce horas al día, prácticamente aislados de la vida civil de Norfolk que seguía con su trajín cotidiano a nuestro alrededor, nos dedicábamos a improvisar defensas para East Anglia contra una invasión en potencia. Movíamos sacos de arena de un lugar a otro, revestíamos los muros de las colosales trincheras antitanque alrededor de la ciudad que iba cavando delante de nosotros un excavador civil inexperto, chapucero y sobre todo en absoluto convencido de que el foso fuera capaz de detener a ningún tanque, especialmente porque carecíamos de armamento antitanque y de cualquier otro tipo, pero nuestro trabajo principal consistía en minar el terreno y colocar cargas explosivas en los puentes, listas para hacerlos volar en caso de necesidad. Como hizo una primavera muy estival, tuvimos un tiempo increíblemente maravilloso para llevar a cabo esta tarea. Todavía puedo sentir la fantástica sensación de euforia que me producía trepar (un poco nervioso) por los laterales de los contrafuertes del gran puente que cruzaba Breydon Water, a las afueras de Great Yarmouth, para trabajar en la arcada superior entre el cielo azul y el agua salada, el (engañoso) sentido de poder que se adquiere con la rutina del manejo de explosivos, de espoletas y de detonadores. Puedo recordar la holgazanería, propia de unas vacaciones, de no hacer nada en los pequeños destacamentos de tres o cuatro posicionados en alguna esclusa alejada o en algún puente remoto, provistos de una tienda de campaña y cien kilos de explosivos, esperando a los invasores. ¿Qué habríamos hecho si los hubiéramos

visto aparecer? Éramos unos novatos, sin ningún tipo de experiencia militar, ni siquiera conocíamos las armas: además de nuestros fusiles Lee-Enfield obsoletos, la compañía tenía exactamente seis cañones Lewis para detener a la aviación enemiga en la bahía. Seguramente no habríamos sido una primera línea de defensa impresionante contra la Wehrmacht.

La reacción de los muchachos ante la invasión alemana de Dinamarca y Noruega fue decididamente de indignación. El pesimismo, la depresión e incluso el derrotismo habían sido los sentimientos reinantes cuando tuvo lugar la ocupación de los Países Bajos, en medio de aquella crisis política que al final hizo caer a Neville Chamberlain. «¿Qué clase de soldados ingleses sois?» dijo el irlandés de la compañía, Mick Flanigan, en medio de una conversación que manteníamos en el barracón dormitorio acerca de lo mejor que evidentemente era el ejército alemán comparado con el nuestro, y de cómo serían las cosas bajo un gobierno de ese país. La caída de Chamberlain les levantó el ánimo de nuevo, pues sin lugar a dudas había sido una de las principales causas de la depresión general. Se hizo patente que el nuevo gobierno de Churchill era bienvenido por nuestra compañía. (Me di cuenta entonces de cuán extraño resultaba que los héroes de los trabajadores británicos fueran Churchill, Duff Cooper y Eden, «unos aristócratas, ni siquiera unos demagogos».)

La sensación de desánimo volvió a crecer en nuestros campamentos durante las siguientes semanas de durísimo trabajo físico y de aislamiento prácticamente absoluto. Cualquiera que hubiese sido el efecto en la población civil del famoso discurso de Churchill por la radio, aquel acerca de «Lucharemos en las playas», entre las que presumiblemente incluía las de Norfolk, fue retransmitido en un momento en el que no podíamos escucharlo. De hecho, en ese momento sobre el que he dicho que el ánimo de los muchachos estaba «por los suelos». Trabajábamos todas las horas del día y de la noche, confinados prácticamente a los barracones y a los lugares de trabajo («nuestro mejor entretenimiento —escribí—, es ir a tomar la ducha semanal»), sin que nos dieran ningún tipo de explicaciones, sin que reconocieran o apreciaran nuestro trabajo y, sobre todo, mandándonos de acá para allá, como si fuéramos personajes anónimos e inferiores. Los reclutas de clase media soñaban con que los enviaran al frente donde «se olvidarían de sacar brillo a las insignias de la gorra y estaríamos todos juntos». La mayoría de mis compañeros simplemente llegaba a una conclusión: «Esto no es vida para un ser humano. Si la guerra termina, no me importa. Quiero marcharme de aquí y regresar a mi vida de civil». ¿Hablaban en serio? Categóricamente no, pues su reacción ante la caída de Francia el 17 de junio dio fe de ello.

Oí la noticia cuando me dirigía a un *pub* cercano desde nuestra posición en el puentecillo donde vigilábamos la carretera lisa como una tabla que llevaba a Great Yarmouth. Ninguno de nosotros tenía la menor duda de lo que significaba. Gran Bretaña ahora estaba sola. A continuación transcribo lo que anoté en mi diario unas horas más tarde:

¿De quién es la responsabilidad? Al cabo de media hora de oír la noticia por la radio, los ingleses ya están planteando esa pregunta. En el *pub* donde escuché el co-

municado, en el automóvil que me dio un pasaje de vuelta al puente, en la tienda con mis dos compañeros. Y sólo se daba una respuesta: del viejo Chamberlain. El criterio unánime: quienquiera que sea el culpable, debe pagar por ello de algún modo. Es algo, aunque al final sólo sea un arrebatado pasajero...

Un coche acaba de detenerse en nuestro puente. Me parece que el conductor, con gafas y dentadura postiza, es un viajante. «¿Han oído las noticias por la radio?» le pregunto, «Sí, las hemos oído.» «Malas, muy malas», exclama el hombre, moviendo negativamente la cabeza. «Endemoniadamente malas, terribles.» Luego reemprende la marcha. Lo llamamos, «¡Gracias, amigo!» y volvemos a tumbarnos sobre el largo césped de la orilla y a hablar de ello, despacio y con consternación.

Los otros dos no pueden creérselo.

Mis compañeros no sólo no eran capaces de comprender lo que había sucedido. No podían entender, ni siquiera imaginar, que esto podía significar el final de la guerra o la firma del armisticio con Hitler. (En realidad, al leer cuál fue mi reacción ante la caída de Francia, y a pesar de la línea oficial del Partido desde septiembre de 1939, yo tampoco podía. Una victoria de Hitler no era lo que habíamos esperado.) Podían prever una derrota al final de un combate activo: no había nada más fácil en junio de 1940. Cualquiera que estuviese en las proximidades de la costa de East Anglia también tenía claro que, si Hitler iniciaba la invasión, como todo el mundo esperaba que hiciese, pocos eran los medios para detenerlo. Lo que no podían prever era no seguir con la guerra, aun cuando era obvio para todo aquel que tuviera cierto sentido de la realidad política (incluso para aquellos que se limitaban a echar una ojeada de vez en cuando al *Daily Telegraph* en las marismas de East Anglia), que la situación de Gran Bretaña era desesperada. El sentimiento de que el país todavía no había sido derrotado, de que era *natural* seguir con la guerra, fue el que Winston Churchill supo poner en palabras para ellos, pero con un tono de desafío heroico que, con toda seguridad, ninguno de mis compañeros sentía. Sus palabras estaban dirigidas al pueblo llano británico, gente como la que formaba la 560 Compañía de Campaña, la cual (a diferencia de muchos de los que estaban mejor informados) simplemente no podía concebir que Gran Bretaña se rindiera.

Como hoy en día sabemos, por las palabras del jefe del Estado Mayor de Hitler, el general Halder, «el Führer está muy perplejo por la persistente negativa de Inglaterra a firmar la paz», pues Hitler pensaba que ofrecía unas condiciones «razonables».¹ Llegado a este punto, no veía ventaja alguna en invadir y ocupar Gran Bretaña que (de nuevo según Halder) «no aportaría ningún beneficio a Alemania. Se derramaría sangre alemana para lograr algo que sólo beneficiaría a Japón, a Estados Unidos y a otros». En efecto, Hitler ofreció a Gran Bretaña permitirle conservar su imperio como, según decía Churchill en una carta a Roosevelt, «un Estado vasallo del imperio de Hitler».² En los años noventa una escuela de jóvenes historiadores conservadores dijo que Gran Bretaña debió haber aceptado esos términos. Si lord Halifax y la poderosa corriente en favor de la paz que había en el Partido Conservador de 1940 se hubieran impuesto, no es imposible —en realidad, no es improbable— que la mayoría de los británicos los hubiera seguido, del mismo modo que la mayoría de los franceses siguió al ma-

riscal Pétain. Sin embargo, nadie que ahora recuerda aquel momento extraordinario de nuestra historia podía creer que los derrotistas tenían una posibilidad real de imponerse. No se les consideraba los «portadores de la paz», sino los «culpables» de haber llevado la nación a aquel punto. Seguro de sí mismo por el masivo respaldo popular, Churchill, con el apoyo de los ministros laboristas, fue capaz de mantenerse firme en su postura.

Desconocíamos todas esas circunstancias: tanto la existencia de unos partidarios de la paz en el Gobierno de Churchill (aunque la izquierda sospechaba de ello), como los ofrecimientos y dudas de Hitler. Afortunadamente en agosto de 1940 Hitler empezó el ataque aéreo masivo sobre Gran Bretaña, que dio paso al bombardeo nocturno de Londres a comienzos de septiembre. De ser un pueblo que seguía con la guerra porque no podíamos pensar en hacer otra cosa, pasamos a ser un pueblo consciente de nuestro propio heroísmo. Todos nosotros, incluso aquellos que no se veían directamente afectados, nos sentíamos identificados con los hombres y mujeres que seguían con su vida cotidiana en medio de los bombardeos. Nosotros no lo hubiéramos dicho en los términos rimbombantes de Churchill («Éste fue su mejor momento»), pero producía una satisfacción considerable el hecho de resistir solos a Hitler.

¿Pero cómo podríamos seguir haciéndolo? No había la más mínima posibilidad de regresar al continente en un futuro previsible, y no digamos de ganar la guerra. Entre la Batalla de Inglaterra y la movilización que dejó a la división de East Anglia abandonada a su suerte, cruzamos vastas extensiones de Gran Bretaña, desde Norfolk hasta Perthshire, desde los lindes de Escocia hasta la Marca Galesa, pero durante todo ese tiempo no hubo nada que hiciera pensar a los miembros de la 560 Compañía de Campaña que tuvieran algo que ver con la guerra contra Alemania, excepto una vez en 1941, cuando nos encontrábamos estacionados en Merseyside en el transcurso de las grandes incursiones aéreas alemanas sobre Liverpool, y consecuentemente éramos movilizados todas las mañanas para limpiar entre las ruinas. (Una foto mía en la que aparecía con un casco de metal mientras unas amables señoras me daban una taza de té en una cantina de las calles de Liverpool, probablemente constituya la que sería mi primera aparición en un periódico.) Por otro lado, Hitler tampoco tenía forma de hacer que Gran Bretaña abandonara la guerra. Ni tampoco podía dejar las cosas como estaban. De hecho, como se sabe en la actualidad, la imposibilidad de derrotar a Gran Bretaña en el oeste hizo que se decidiera a marchar hacia el este contra la Unión Soviética, y con ello permitió la viabilidad de la victoria británica de nuevo.

En todo caso, a partir del verano de 1940 una cosa quedó clara incluso para miembros del Partido tan apasionados y dedicados en cuerpo y alma como yo: en el Ejército nadie iba a seguir la línea oficial del Partido en contra de la guerra. Cada vez tenía menos sentido y, desde el momento en que los alemanes ocuparon los Balcanes en la primavera de 1941, tuve claro (en realidad lo tuvieron la mayoría de los dirigentes del Partido) que era totalmente absurda. Ahora sabemos que Stalin fue la víctima principal de la falta de realismo de esa postura, al *negarse* obstinada y sistemáticamente a aceptar la acumulación de pruebas minuciosas y absolutamente fiables del plan que tenía Hitler de atacar la URSS, inclu-

so después de que los alemanes hubieran cruzado sus fronteras. La probabilidad de un ataque de Hitler contra Rusia era tan grande que, según parece, incluso el Partido británico esperaba que tuviera lugar a comienzos de junio de 1941, preocupado sólo por la reacción de Winston Churchill ante él.³

Tanto los comunistas como los no comunistas compartían, por lo tanto, la misma sensación de alivio y esperanza cuando Hitler invadió la URSS el 22 de junio de 1941. En una unidad como nuestra compañía formada esencialmente por miembros de la clase obrera, la sensación de alivio aún era mayor. Las generaciones que crecieron durante la Guerra Fría no son conscientes del gran número de obreros británicos e incluso de líderes laboristas que antes de la guerra habían considerado a la Rusia soviética en cierto sentido «un Estado de trabajadores», así como la única gran potencia comprometida con hacer frente al fascismo, como era *ex officio*. Y, por supuesto, todo el mundo sabía que su ayuda era indispensable contra Hitler. No es que faltaran observadores y críticos profundamente hostiles, pero hasta la Guerra Fría, la imagen dominante de la URSS en el movimiento laborista británico no era la del totalitarismo, ni la del terror en masa y los gulags. Así, en junio de 1941 los miembros del Partido, respirando aliviados, retomaron el discurso que habían defendido antes de la guerra, y se volvieron a unir a la masa de los británicos corrientes. Por propuesta mía, conseguí que todos los miembros de la 560 firmaran, empezando por el sargento mayor de la compañía, un balón de fútbol y lo envié a la embajada soviética de Londres para que lo hicieran llegar a una unidad de ingenieros equivalente a la nuestra del Ejército Rojo. Creo que el *Daily Mirror*, que entonces ya era en buena medida el periódico de las fuerzas armadas, publicó una fotografía. Después del 22 de junio de 1941 la propaganda comunista más o menos se las arregló como pudo.

III

Por poco que yo contribuyera a la caída de Hitler o a la revolución mundial, era mucho mejor servir en los Ingenieros de S. M. que en el Cuerpo de Educación del Ejército (AEC, Army Education Corps). No está nada claro qué pensaba el Ejército tradicional de un equipo que pretendía enseñar a los soldados una serie de cosas que no era necesario que supieran como tales, y discutir asuntos militares (o de cualquier otro tipo). Se toleraba porque su jefe, el coronel Archie White, era un soldado profesional que había ganado una cruz de la victoria en su época y porque innegablemente el pasado y el futuro de la mayoría de los soldados que servían en la guerra era civil, y su moral requería algo más que la mera inculcación de la lealtad al regimiento y el orgullo de pertenecer a él. Al ejército no le gustaban los lazos existentes entre el AEC y la nueva Oficina Militar de Asuntos del día (ABCA, Army Bureau of Current Affairs), que publicaba regularmente cada mes unos panfletos de debate sobre temas políticos, a lo mejor escritos por simpatizantes de los laboristas. Posteriormente unos políticos conservadores sostuvieron que la ABCA había sido responsable de la radicalización de las fuerzas armadas que, en 1945, votaron masivamente laborista.

Esto sería sobrestimar el interés de la inmensa mayoría de los hombres y mujeres del Ejército por los escritos específicamente políticos. La ABCA apelaba a las minoría que leían, las cuales eran su objetivo, pero no agitaba a las masas. Si había una publicación que moldeaba la política de los pelotones, en todo caso de los que estaban en Inglaterra o dentro de su radio de acción, ésta era el *Daily Mirror*, un periódico producido magistralmente, sin duda simpatizante del Partido Laborista, que era el más leído por las tropas y el que suscitaba los mayores debates en el seno de las mismas. Tampoco puedo decir que yo contribuyera más a la radicalización política del Mando Sur del ejército británico que a la derrota de Hitler. Después de junio de 1941 la línea del Partido fue ganar la guerra, y esta postura situó a los comunistas al lado del resto de la población, aunque hizo que no estuvieran tan dispuestos a criticar al Gobierno como los izquierdistas disciplinados y menos alineados, excepto en las cuestiones indicadas por la URSS, por ejemplo la exigencia de invadir Europa occidental mucho antes de lo que pretendían Roosevelt y Churchill, todavía más reacio a hacerlo. La opinión pública no necesitaba que el Partido suscitara una gran admiración y entusiasmo por el Ejército Rojo y por Stalin. Durante la guerra, a mi entonces suegro, un sargento mayor, jubilado y apolítico, de la Guarnición de Coldstream (aunque votante laborista en 1945), le gustaba recordar con orgullo a las visitas que se parecía a Vishinsky, el famoso fiscal en los juicios farsa estalinistas de los años treinta.

Como el Ejército no sabía muy bien qué hacer con ellos, los sargentos-instructores del AEC como yo (el más inferior de los rangos del cuerpo) se vieron inmersos en un curioso limbo militar, como si fueran capellanes castrenses, pero sin las insignias de oficial y sin formar parte de los rituales en los que la presencia de un capellán era absolutamente imprescindible. Fueron distribuidos de uno en uno o de dos en dos por los diversos campos de entrenamiento o las distintas bases, o enviados, sin que se les diera claramente una función, a formaciones operativas. En realidad no pertenecíamos a las unidades que eran técnicamente responsables de nuestros víveres, nuestro cuarteles y nuestra paga; nadie nos molestaba demasiado. Teníamos un par de brazos, pero eran tan irrelevantes que, cuando por fin fui desmovilizado, no había forma posible de hacer entrega de mi fusil. Por otro lado, independientemente de donde estuviéramos destinados, nunca tenía la menor dificultad para encontrar un hueco para mi máquina de escribir y unos cuantos libros. No recuerdo que nadie de la División Acorazada de Guardias, a la que fui destinado durante un tiempo, hiciera nunca ningún comentario acerca del aspecto de un sargento que, por su porte y vestimenta, no se esforzaba en vivir con arreglo a las normas extremadamente exigentes del cuerpo de Guardias Reales. Nadie, excepto un sargento de Educación, hubiera podido quedar impune por semejante actitud. Al menos hasta que nos embarcamos, el Ejército nos permitió conducir una vida sin demasiados agobios. No recuerdo con cuánta frecuencia visité Londres desde los distintos lugares del sur de Inglaterra a los que el AEC me llevó, pero hacia el final —y especialmente después de que contrajera matrimonio en la primavera de 1943— pasé prácticamente todos los fines de semana en la capital.

Por lo tanto, en un sentido práctico cada vez pasaba más tiempo en Londres

como si fuera uno de esos civiles empleados lejos de su casa y que todos los fines de semana regresan a ella porque libran de su trabajo. En realidad, había veces en las que incluso era difícil distinguir mi vida cotidiana de la de los civiles, excepto por el hecho de que yo vestía un uniforme. De ese modo, durante mis últimos dieciocho meses estuve viviendo en Gloucester, alojado en casa de una tal Sra. Edwards, una agradable señora de clase media, amiga y partidaria de los diputados laboristas pasados y futuros de la región, cuya sala de estar albergaba un Matisse de calidad media que su asesor financiero —evidentemente un buen asesor— le había aconsejado comprar como inversión en 1939 por una suma de 900 libras esterlinas. Durante la campaña electoral de 1945 incluso me dediqué allí a solicitar el voto para el Partido Laborista, asombrándome, como mucha otra gente, por el apoyo masivo e inesperado que encontré por las casas. Hasta me dirigí, representando al Ejército, a los trabajadores de las grandes fábricas de aviones situadas a lo largo de la carretera de Gloucester a Cheltenham, feudos del PC local. Me di cuenta de que mi naturaleza no correspondía a la de un orador de masas.

No obstante, Londres fue el lugar en el que realmente viví como una persona adulta. Es decir, el lugar en el que había pasado todos mis permisos, en los días del bombardeo alemán sobre Inglaterra de 1940-1941, descubriendo durante mis caminatas nocturnas que sólo cierto grado de fatalismo privado de sensibilidad («sólo te caerá encima si lleva escrito tu nombre en ella») hace posible que se lleven a cabo las actividades normales de la vida bajo los bombardeos. También era el lugar donde, como ahora podía desplazarme hasta allí con tanta frecuencia, se hizo posible para mí llevar una vida privada menos irregular e impredecible. En mayo de 1943 me casé con Muriel Seaman, a la que había conocido vagamente como una muchacha comunista muy atractiva de la LSE, y que ahora trabajaba en el Departamento de Comercio y Exportación. Ello me permite decir que una vez estuve casado con una de las pocas *cockneys* en el sentido literal de la palabra («nacida entre las campanadas de Bow»), pues nació en la Torre de Londres, su madre era la hija de un *beefeater* (los guardianes de la Torre), y su padre un sargento del Destacamento de Guardias de Coldstream encargado de vigilar sus tesoros. Esta circunstancia también ayudó a clarificar mi futuro de posguerra. Como marido de una funcionaria civil superior a tiempo pleno, me vería obligado a cambiar mi campo de investigación de posguerra, o afrontar el hecho de tener que abandonar a una esposa en Londres mientras me pasaba un par de años en el Norte de África francés. Tras consultarlo con mi antiguo profesor, Mounia Postan, ahora también funcionario civil en Londres, pero a tiempo parcial, se me ocurrió la idea de la historia de la Sociedad Fabiana, cuyas fuentes prácticamente se encontraban todas en la metrópoli. El tema resultó ser decepcionante. Pero entonces mi matrimonio, como muchos otros matrimonios de la guerra, también pasó a ser una desilusión, aunque yo no lo veía así en aquel momento. Afortunadamente no teníamos hijos.

Mi reencuentro con Muriel se había producido a través de mis mejores amigos de Londres, Marjorie, una antigua amante de la LSE, y su encantador compañero, el economista Tedy Prager, de la vieja guardia roja de la LSE, que había regresado del exilio temporal (en la isla de Man, en Canadá) al que el Gobierno

británico había mandado de forma casi automática a muchos de los jóvenes refugiados austríacos y alemanes apasionadamente antinazis. Tras doctorarse por Cambridge, trabajó en lo que hoy llamaríamos un gabinete de estrategia, el PEP (Planificación Económica y Política), antes de regresar a Austria en 1945 como miembro leal del Partido; por aquel entonces con otra esposa. Desde el punto de vista de su carrera profesional, o incluso política, habría hecho mejor quedándose. Eran una de esas parejas insólitas de mi generación estudiantil o de mi grupo de coetáneos que trabajaron y vivieron permanentemente en Londres durante la guerra —la de mi primo Denis Preston era otra—, pues la mayoría de los varones físicamente aptos vestían el uniforme, y sólo unos pocos hombres en activo, la mayoría trabajando en los servicios de inteligencia o en el funcionariado, tenían su base de acción en la metrópoli. Por otro lado, la ciudad estaba llena de mujeres conocidas de los años de estudiante, pues la guerra hizo que se las empleara en trabajos mucho más importantes que de los que habían desempeñado hasta entonces. Por edad, estado físico y sexo, la gente de mi edad y los amigos que tenía en Londres constituían, por lo tanto, una comunidad sesgada. Los hombres aparecían y desaparecían, representaban unas visitas casuales del exterior, como era mi caso. La población residente regular la constituían las mujeres, y aquellos considerados no aptos para el servicio militar o que habían sobrepasado su límite de edad. Pero había otro grupo más cuya presencia era constante: el de los extranjeros que, por lo que a mí se refiere, eran aquellos que se desenvolvían en lengua alemana. Por lo que era natural que Tedy Prager me introdujera en el vasto ámbito del Movimiento por la Austria Libre, en el que como comunista estaba, por supuesto, profundamente implicado.

Imagino que, de no haber tenido nada que hacer y visitando Londres regularmente como hacía, tarde o temprano me habría hecho un hueco en el ambiente de los refugiados. En efecto, me había cruzado con ellos desde un principio en el transcurso de mis actividades militares en la zona de Salisbury, pues no había nadie más fácil de encontrar por las salas y las bibliotecas que aquel grupo heterogéneo de músicos, antiguos archiveros, directores de teatro y aspirantes a economistas de Centroeuropa a los que Gran Bretaña daba empleo como jornaleros no especializados en el cuerpo de zapadores. (A su debido tiempo muchos de ellos fueron empleados de manera más racional en las fuerzas armadas.) Aunque yo no sentía ningún vínculo afectivo con Alemania, y sólo el mínimo indispensable con Austria, el alemán había sido mi lengua, y desde mi partida de Berlín en 1933 había hecho grandes esfuerzos para no olvidarme de ella en un país donde ya no tenía que utilizarla. Seguía siendo mi lengua en la intimidad. Había escrito mis voluminosos diarios de adolescente en alemán, e incluso los que fui anotando ocasionalmente durante la guerra. Mientras que el inglés era mi idioma literario habitual, el hecho precisamente de que mi país se negara a hacer ningún uso de mi bilingüismo en la guerra contra Hitler provocó que quisiera demostrarme a mí mismo que seguía siendo capaz de escribir en esa lengua. De hecho, en 1944 me hice colaborador por libre de un semanario alemán en el exilio pobremente impreso, financiado por el Ministerio de Información, *Die Zeitung*, para el que escribí diversas piezas literarias. Fuera cual fuese el objetivo político o propagan-

dístico de esta publicación, fracasó en su consecución, por lo que sus impulsores, decepcionados, la cerraron inmediatamente una vez concluida la guerra. La revista también recibió la fuerte oposición de los exiliados socialdemócratas y socialistas alemanes y de los comunistas emigrados. De ello deduzco que no debí haber consultado al Partido acerca de mi actividad en ella, o, en otras palabras, que no la consideraba en absoluto «política». Había escrito, sin pensármelo dos veces, al editor literario de la revista, «Peter Bratt», quien al final resultó ser Wolfgang von Einsiedel, un pariente de Bismarck y de varios generales prusianos, exquisitamente culto, de rostro afable, y homosexual, que había sido el editor literario del *Vossische Zeitung* antes de 1933. Me trató con una amabilidad, comprensión y cortesía ejemplares, por supuesto corrigiendo mi alemán. Solíamos reunirnos para charlar en los *pubs* del Soho durante la guerra. Perdí el contacto con él cuando se trasladó a Múnich, pero quizás este libro sea el lugar adecuado para dar las gracias a una de las pocas personas con las que, aparte de mi familia y el Partido Comunista, contraje una deuda personal durante la guerra.

El Movimiento por la Austria Libre, en el que mi amigo Tedy Prager me introdujo, era una cuestión mucho más seria política y culturalmente hablando. Aunque de su organización se encargaban entre bastidores los comunistas, y por lo tanto funcionaba con gran eficacia, consiguió movilizar a la gran mayoría de emigrantes austríacos, comunidad que no estaba fuertemente politizada (entre ellos a mi futuro suegro de Manchester), haciendo hincapié en un eslogan sencillo e impactante: «Los austríacos no son alemanes». Esto constituía una ruptura espectacular con la tradición de la primera República Austríaca (1918-1938) en la que todos los partidos, con la excepción de un puñado de leales a los Habsburgo —y desde 1936 aproximadamente los comunistas—, asumieron la postura opuesta y recalcaron que su país era la Austria *alemana*, y (hasta la ascensión de Hitler) esperaron que su sueño se hiciera finalmente realidad con la unificación con Alemania. Por lo tanto, ideológicamente el Anschluss de Hitler en marzo de 1938 desarmó a sus oponentes: el antiguo líder socialista, Karl Renner (que se convertiría en el primer presidente de la segunda República Austríaca en 1945), llegó incluso a aprobarlo. Durante algún tiempo los comunistas desarrollaron un interesante argumento a favor de la separación histórica, y también cultural, de Austria y Alemania, para el que al final fui movilizado por ser comunista y un historiador cualificado al que se podía recurrir. (Desde abril de 1945 hasta el momento en que fui licenciado del Ejército en 1946, escribí una serie de artículos de carácter histórico sobre esos temas en las revistas y los periódicos de la Austria libre, que quizá sean la primera obra de historia que he publicado.) La negación de la identidad alemana fue una línea que atrajo naturalmente a la comunidad, cada vez más numerosa, de los emigrantes austríacos de origen judío, a la que, a pesar de todo su agradecimiento y admiración por Gran Bretaña, parece que le costó más que a los emigrantes alemanes asimilarse a la sociedad del país. También encajaba con la política de posguerra de los Aliados, lo que comportó que el Movimiento de la Austria Libre —la organización de refugiados continentales que mejor organizada estaba con diferencia— disfrutara de cierto respeto oficial y se librara en gran medida de las disputas públicas tan típicas de los exiliados po-

líticos. También consiguió de forma insólita dar una sensación de comunidad y de futuro en su «Joven Austria» a los niños y adolescentes austríacos refugiados de los *Kindertransporte* de 1938-1939. En todo caso, esos jóvenes regresaron a Austria con un gran recuerdo de su exilio en Gran Bretaña. Varias personas con las cuales entablé amistad posteriormente, en especial el poeta y traductor Erich Fried y el pintor Georg Eisler, procedían de este entorno.

Mi vida militar de semilibertad resultaba, por lo tanto, bastante aceptable, aunque no exenta de muchas exigencias. Tenía esposa, amigos y un ambiente cultural en Londres, y (gracias a mi primo Denis, que estaba relacionado con una revista pequeñita para aficionados intelectuales y en su mayoría de izquierdas, *Jazz Music*) entré en contacto con una serie de grupos de fans de jazz y blues de Londres y de otros lugares. De hecho, una de mis empresas de más éxito a nivel educativo en el Ejército fue una clase de música de jazz que organicé para una unidad de entrenamiento de los llamados Soldados Jóvenes en un lugar perdido de Dorset, para la que tenía que desplazarme con regularidad a Bournemouth en busca de discos prestados, y que me brindó la oportunidad de mejorar mis conocimientos al respecto gracias a uno de ellos, Charles Fox. Además, aunque no formaba parte oficialmente de ninguna delegación del Partido, según recuerdo, había muchos aspectos políticos que discutir, pues en 1943 pareció que Moscú ponía en entredicho todo el futuro del movimiento comunista. Disolvió la Internacional Comunista. Aquel mismo año la reunión en Teherán de Stalin, Roosevelt y Churchill hizo que el líder soviético anunciara la perspectiva de seguir colaborando con el capitalismo durante la posguerra. A continuación fue disuelto el Partido Comunista de Estados Unidos. El líder comunista americano, Earl Browder, anunció que «el capitalismo y el socialismo han iniciado un camino de coexistencia y colaboración pacíficas en un mismo mundo»⁴ —propuesta que ningún comunista habría sostenido en público sin la autorización previa de Stalin—, y el PC británico fundamentó sus planes para el futuro en la suposición de que ése era el mensaje de «la línea de Teherán». En efecto, alguien de King Street —supongo que fue Emile Burns, comisario cultural por aquel entonces— me pidió que preparara un memorándum para sus discusiones acerca de las posibilidades económicas que podía tener la evolución capitalista-comunista de posguerra. Por leales y disciplinados que fuéramos, no a todos los revolucionarios les resultó fácil digerir esas «nuevas perspectivas», aun cuando podíamos darnos cuenta de por qué quizá convenía disolver la Internacional Comunista, y sabíamos perfectamente que ninguno de nosotros viviría para ver la hipotética llegada del socialismo a Estados Unidos.

Y sin embargo, cosa que no es de extrañar, cada día de esa existencia me recordaba que yo no hacía nada por ganar la guerra, y que nadie pondría a mi alcance ninguna labor, por modesta que fuera, en la que mis capacidades y mi talento pudieran ser útiles, como de hecho eran, para este fin. La división a la que pertenecía se preparó para embarcar, pero sin mí. Desde las colinas de la isla de Wight pude ver claramente como se congregaban las naves de la flota de la invasión rumbo a Francia, mientras yo no tenía nada mejor que hacer que jugar al turista uniformado en la residencia de campo Osborne de Queen Victoria, y com-

prar en una librería un ejemplar de segunda mano del *Spirit of the Age* de Hazlitt. Me presenté voluntario para embarcar, pero nadie me hizo caso. Fui enviado a Gloucester. Por lo que se refería a la crisis más importante y decisiva de la historia del mundo moderno, yo podría no haber estado allí perfectamente.

Y sin embargo, aunque no me daba cuenta de ello, indirectamente iba a ver algo de la guerra después de todo. Me colocaron en el Ala Militar del Hospital General Municipal, en Gloucester, donde hacía de una especie de asistente social o enlace con entidades civiles, ofreciendo ayuda. El centro estaba especializado en los heridos más graves, sobre todo los muchísimos procedentes de la batalla de Normandía, y particularmente en el tratamiento de las quemaduras de tercer grado. Era un lugar donde todo era penicilina, transfusiones de sangre, injertos de piel, extremidades envueltas en celofán y hombres que caminaban por ahí con unas cosas como salchichas colgando de su cara, enfundados en una bata «azul hospital», un color curioso y estridente, con las lazadas rojas típicas del paciente militar. Curaban a todos los enfermos, incluso a los heridos alemanes (un oficial me explicó que él no era nazi, pero que había jurado lealtad al Führer) e italianos (uno de ellos, que estaba en la cama y leía a Strindberg en una traducción al italiano, hablaba y hablaba sin parar —y nunca me dejaba irme, aunque yo apenas entendía el italiano— sobre los oficiales de su país, sobre Italia y Gran Bretaña, sobre la futura Italia, sobre la guerra, etc.). Naturalmente nos sentíamos orgullosos de nuestros «Aliados», acerca de los cuales yo escribía en un boletín quincenal: el polaco de Torun, que había luchado en los dos ejércitos, desertando de los alemanes en Normandía y que volvió con los polacos tras pasar una noche en Edimburgo, y la joya de la sección, el pequeño marroquí, con su rostro delgado y de mejillas prominentes típicamente bereber, vestido con una bata azul de hospital que le sobraba por todas partes, y que siempre sacaba a relucir la mención honorífica al valor ejemplar concedida en Himeimat a «*le jeune spahi* Amor Ben Mohammed», que se comunicaba con nosotros a través de un argelino francés, el soldado Colleno de la Francia libre.

Era un sitio marcado por el desastre. Y sin embargo, lo más extraordinario de este lugar tan cruel era que en él una muerte nos afectaba. Era un rincón de esperanza y no de tragedia. Lo describí del siguiente modo en mi diario:

La sorpresa de ver a gente con sólo la mitad del rostro y a otros que habían sido rescatados de los tanques en llamas, ya ha pasado. De vez en cuando llega alguien cuya mutilación tiene un aspecto más repugnante, y contenemos la respiración cuando nos dirigimos a él, por miedo a que pueda leer en nuestras caras la repulsión que nos produce. Ante situaciones así, podemos reflexionar durante nuestro tiempo libre que probablemente fuera ése el aspecto de Marsias después de que Apolo acabara con él; o sobre cuán inestable es la balanza de la belleza humana, cuando ésta se ve desfigurada por la ausencia de una mandíbula inferior.

La razón de esta insensibilidad radica en que la mutilación ya no es una tragedia irrevocable. Aquellos que llegan aquí saben, en general, que al final abandonarán este lugar, aproximadamente, con aspecto de seres humanos. Probablemente tengan que pasar —en realidad, pasarán— meses o incluso años. El proceso de completarlos, como si de delicadas esculturas vivas se tratara, conllevará docenas

de operaciones, y ellos pasarán por ciertos estadios en los que su aspecto será absurdo y ridículo, que a veces puede ser peor que tener una apariencia horrorosa. Pero su esperanza no decae. Lo que les aguarda ya no es permanecer recluidos eternamente en alguna casa, sino una vida como seres humanos. Toman baños salinos porque se han quedado sin piel, y bromean los unos con los otros porque saben que de alguna manera la recuperarán. Caminan alrededor de la unidad del hospital con los rostros a tiras como cebras y pedículos colgando de sus mejillas como salchichas.

Sólo en un hospital como éste uno es capaz de empezar a comprender el verdadero significado de la palabra Esperanza.

Y no sólo esperanza para el cuerpo. Como el fin de la guerra, y sin lugar a dudas la victoria, estaba más cerca, la esperanza en el futuro flotaba en el aire que respirábamos. A continuación transcribo dos colaboraciones del boletín que publicaba para el Ala Militar:

Solía trabajar en el campo, pero ahora no tengo pies, y ya no podré volver a mi actividad. El Sr. Pitts me preguntó qué pensaba hacer, y yo le dije que como fui mecánico de motores en el Ejército, ¿qué le parecía esta ocupación? Así pues, acudo a una escuela de formación profesional en Bristol ... para mejorar mis conocimientos de motores de combustión interna, 45 a la semana si vivo en mi casa, y no estoy obligado a dedicarme a ello ... Creo que este proyecto para reincorporar a los soldados minusvalidos a la vida normal es excelente.

Y otro: «El debate del ABCA del próximo viernes lo abrirá el sargento Owen de la Sección 9 de las Fuerzas de Artillería de S. M., quien expondrá su opinión acerca de "Cómo emprender una reconstrucción"». Y el sargento Owen, capataz de un albañil que había sido delegado del Congreso de Sindicatos Obreros por su sindicato, preguntó a la audiencia si «alguna otra persona del sector de la construcción quiere proponer ideas». El final de la guerra estaba cerca, se convocarían elecciones generales (en unas cuantas salas del hospital se pidieron incluso las papeletas de voto antes de que empezaran a distribuir las) y las cosas serían distintas. ¿Quién no compartía esta opinión en 1944 y 1945, aunque al finalizar la guerra nuestra primera preocupación fuera, como es lógico, cuándo pensaban desmovilizarnos?

También era la mía. Por inútil que pareciera mi servicio militar, mientras la guerra duró fue normal y necesario. No me quejaba. Una vez acabado el conflicto bélico, según entendía yo, cada día en el Ejército se convertía en un día echado a perder. Cuando tras el verano de 1945 llegó el otoño, y luego el invierno, empezaba a acercarme a mi sexto año vestido de uniforme, pero el Ejército no dejaba entrever ningún indicio de querer deshacerse de mí. Al contrario. A comienzos de 1946, para mi total sorpresa, se propuso agregarme, entre todas las que había, a una unidad aerotransportada, y enviarme, entre todos los lugares del mundo, a Palestina. Parecía que el Ejército pensara que el hecho de mandarme a combatir contra judíos o árabes era una compensación por no haberme enviado a luchar contra los alemanes.

Esta orden, al final, fue la gota que desbordó el vaso. Los judíos comunistas eran, desde luego, antisionistas por principio. Y sin embargo, cualesquiera que fuesen mis simpatías, antipatías y lealtades, la situación de un soldado judío metido en medio de una lucha a tres bandos entre judíos, árabes y británicos estaba llena de demasiadas complicaciones para mí. Así pues, por primera vez estaba dispuesto a tirar de todos los resortes habidos y por haber. Telefoneé a Donald Beves, el tutor del King's College, y le dije que quería salir del Ejército para recuperar mi beca de investigación de 1939. Escribió las cartas necesarias, diciendo lo indispensable que era para mí regresar a Cambridge, y surgieron efecto. El 8 de febrero de 1946 devolví mi uniforme, aunque me quedé con una funda de la máscara de gas, que me hizo las veces de un zurrón de gran utilidad, me devolvieron mi ropa de civil y me dieron un permiso de desmovilización de cincuenta y seis días. A los veintiocho años y medio de edad regresé a Londres y a la vida de la normalidad.

Capítulo 11

LA GUERRA FRÍA

I

En 1948 los confines entre Oriente y Occidente se convirtieron en Alemania en las líneas del frente de la Guerra Fría. Durante la «Crisis de Berlín», que comenzó cuando los rusos cortaron las comunicaciones por vía terrestre con la capital de Alemania a comienzos de abril, y los largos meses del consiguiente puente aéreo para dicha ciudad, Oriente y Occidente se vieron abocados a una confrontación de fuerzas tan arriesgada como angustiosa. Los comunistas de Occidente, pese a su insignificancia, se hallaban «al otro lado». Por lo que a mí respecta, la Guerra Fría comenzó en mayo de 1948, cuando el Foreign Office me informó de que por desgracia no podía confirmar mi invitación a participar por segunda vez en el curso de la Comisión Británica de Control organizado para «reeducar» a los alemanes. Los motivos eran a todas luces políticos. Por esa misma época dio comienzo una labor silenciosa, pero integral, destinada a eliminar de todo tipo de posiciones relacionadas con la vida pública británica a los miembros conocidos del Partido. Aunque dicha labor no fue tan histórica ni tan desmedida como en Estados Unidos, donde a mediados de los años cincuenta prácticamente habían desaparecido de los *colleges* y de la docencia universitaria todos los comunistas o incluso los que se calificaban de marxistas, corrían malos tiempos para los comunistas en las profesiones intelectuales. La política oficial fomentaba la discriminación y nos trataba como a traidores en potencia o en acto, por lo que resultábamos sumamente sospechosos a nuestros patronos y colegas. El anticomunismo liberal no era nuevo, pero durante la Guerra Fría, gracias a la generosa ayuda de la propaganda financiada por las autoridades norteamericanas y británicas, la aversión al estalinismo y la convicción (no compartida por el Gobierno británico)¹ de que la URSS estaba dispuesta a la inmediata conquista del mundo, dicha actitud adquirió una nueva dimensión histórica.

Hasta entonces, la temperatura política, por lo menos en Gran Bretaña, no había sido tan alta. Dentro del país, el Partido Laborista estaba en el poder y nadie —desde luego no los conservadores que acababan de ser derrotados en las elecciones— desafiaba seriamente las profundas reformas emprendidas por el nuevo

Gobierno. En opinión de todo el mundo, resultaba impensable una vuelta a los años treinta o cuando menos no cabía ni mencionar semejante posibilidad, el Gobierno de 1945 gozaba de una legitimidad electoral y moral incuestionable, y, en cualquier caso, no era más «revolucionario» que el esfuerzo bélico de los últimos seis años dirigido por el Estado, que había dado al pueblo británico una victoria considerada *propia* por todos. En el terreno internacional, la gran alianza de Gran Bretaña, la URSS y Estados Unidos había ganado la guerra, y, dejando a un lado a los diplomáticos y a los servicios secretos, las fricciones entre los antiguos aliados todavía no habían borrado la conciencia de esa lucha común.² En 1945-1947 los partidos comunistas estaban representados por varios ministros en los Gobiernos de casi todos los países ocupados o beligerantes de la Europa occidental, lo mismo que lo estaban los no comunistas en los de la oriental.

Los hombres y las mujeres regresaron de la guerra, o abandonaron los trabajos que habían desempeñado durante la contienda, a la vida civil en tiempos de paz: reanudaron sus viejas carreras o sus viejos planes, y empezaron a pensar lo que iban a hacer. Viejos amigos que llevaban sin verse muchos años se volvieron a encontrar. La mayoría de ellos seguramente seguían vivos, pues los ingleses vivieron una guerra relativamente cómoda, comparados con los rusos, los polacos, los yugoslavos y, por supuesto, los alemanes. La guerra de 1914, que sigue llamándose con razón la «Gran Guerra», causó la muerte de una cuarta parte de los estudiantes de Oxford y Cambridge que prestaban servicio en el Ejército, pero de los cerca de 200 estudiantes de Cambridge de mi generación que conocía personalmente o de vista, sólo sé de cinco o seis que no volvieran de la Segunda Guerra Mundial. Era el momento de comparar las notas y, para los comunistas de antes de la guerra, el de preguntar: «¿Sigues en el partido?». Un número considerable de los estudiantes que habían militado en él antes de la guerra ya no lo estaba.

Volví del Ejército, durante un año más o menos, a una curiosa doble vida en Londres y en Cambridge, donde pasaba varios días a la semana como estudiante investigador, pero desde febrero de 1947 a septiembre de 1950 me convertí en un londinense total. Vivíamos en Gloucester Crescent, una calle de clase media situada en una punta de Camden Town, el área más occidental de la amplia zona del East End londinense, bombardeada y todavía sin el más mínimo elemento de colonización burguesa, que atraía a los intelectuales porque seguía siendo extraordinariamente barata y estaba maravillosamente situada: a diez minutos en cualquier medio de transporte público de la universidad y del British Museum. (Ninguna persona de las que conocíamos tenía por entonces coche.) Todavía no se había convertido en el cuartel general de una banda de brillantísimos ex estudiantes del Oxbridge de los años cincuenta (en realidad más «bridge» que «Ox»), amablemente satirizados en los chistes de los voluminosos periódicos de los años sesenta, cuando los intelectuales de clase media se convirtieron en creadores de un estilo de vida. Muchos de ellos eran amigos hechos en Cambridge durante los años de la Guerra Fría. En 1946 Gloucester Crescent no era nada pijo; antes bien, como decía en un tierno artículo sobre Camden Town que me encargó para *Lilliput* Kaye Webb (por entonces casada con el dibujante de cómics Ronald Searle,

que acababa de regresar del gulag japonés), cabía afirmar que desde allí podíamos oír los rugidos de los leones del zoológico de Regent's Park. En 1947 nos trasladamos a un piso mucho más elegante que tenía una fachada de comienzos del siglo XVIII en el sector norte de Clapham Common, enfrente de la iglesia en la que la Secta de Clapham celebraba sus cultos, un simple pajar con una torre. Por la calle recuerdo que veía a mi nuevo colega en Birkbeck College, Nikolaus Pevsner, deambulando por el barrio para poder escribir su gran obra *Buildings of England*, como un examinador poniendo notas al pasado. Dentro de casa, me peleaba —al final saldría airoso del combate— con mi tesis doctoral que me permitiera conseguir una *fellowship** en el King's y —al final saldría derrotado— con lo que no acababa de reconocer que eran los problemas de mi primer matrimonio. Lo cierto es que quince años después tuve que mudarme a una casa victoriana a cinco minutos de distancia —la primera en la que vivía en calidad de propietario y no de inquilino— con Marlene.

Los intelectuales comunistas o compañeros de viaje todavía no estaban marginados. De hecho, cuando la BBC empezó a emitir su Tercer Programa, que supuso toda una novedad, un historiador del Cambridge prebélico (no comunista), Peter Laslett, que actuaba como cazatalentos para la emisora, me presentó a una rusa productora de charlas culturales, Anna (*Nyuta*) Kallin, una mujer con mucho mundo, respetuosa con la cultura, y de edad ya avanzada, que me ayudó a dar mis primeros pasos, al principio un poco inseguros, en el mundo de los micrófonos. (Naturalmente mis vacilaciones no tenían la menor importancia: hablábamos a lo sumo para unos cuantos miles de personas.) Realicé varios trabajos para ella en 1947, entre otros la que quizá fuera la primera charla radiofónica en inglés sobre Karl Kraus.

Los militantes del Partido todavía no encontraban dificultades para conseguir puestos académicos, y varios historiadores (entre otros yo mismo) los obtuvieron o podrían haberlos obtenido. Fui nombrado profesor ayudante de Birbeck College en 1947, aunque el jefe de mi departamento estaba perfectamente al corriente de mis actividades políticas. (Los estudiantes lo tranquilizaron cuando les preguntó si intentaba adoctrinarlos.) Asistí en Praga al Festival Mundial de la Juventud con la que entonces era mi esposa, que pidió permiso en su trabajo como directora del Departamento de Comercio y Exportación, es decir, miembro de la pequeña elite de funcionarios civiles encargada de elaborar la política que se debía seguir. Naturalmente, también era comunista, habiendo reingresado en el Partido cuando nos casamos —por aquel entonces me habría parecido inconcebible casarme con una mujer que no perteneciera a él—, y la sección de altos funcionarios celebraba sus reuniones en nuestro piso de Clapham.³ Por lo que recuerdo, en aquella época no decía que para su carrera de funcionaria habría sido conveniente que no fuera a Praga. Aproximadamente diez años más tarde, cuando le propuse a un amigo que había pasado de Cambridge al Ministerio de Hacienda subarrendar la mitad de mi piso de Bloomsbury, me contestó con tristeza que, da-

* *Fellow* y *fellowship* no tienen equivalente exacto en castellano. Se trata de «socios» o «miembros de la junta de gobierno de un *college*» de Oxford o Cambridge. (*N. del t.*)

das mis tendencias políticas, conocidas de todo el mundo, sencillamente no podía arriesgarse a aceptar mi oferta.

En mi caso, el fin de la guerra trajo incluso una breve relajación del anticomunismo. El Gobierno británico, que se había negado rotundamente a utilizar mis conocimientos de alemán para cualquier tipo de tarea durante los seis años que pasé en el Ejército, de pronto los encontró útiles. En 1947 me pidieron, presumiblemente a través de algún conocido de Cambridge de antes de la guerra, a la sazón empleado en el Foreign Office, que ayudara a «reeducar» a los alemanes en el que en otro tiempo fuera un palacete de caza de la Lüneburger Heide, en el norte de Alemania, a pocos kilómetros de la línea fronteriza con el sector oriental, hacia el que se dirigía y del que salían diariamente trenes cargados con millares de viajeros y contrabandistas, ante los cuales hacían la vista gorda las autoridades británicas y rusas.⁴ No cabría calificar de política o incluso económicamente «serio» al equipo «democratizador», del que formaba parte al menos otro hombre que fue vetado al año siguiente. Nuestros discípulos eran de lo más heterogéneo y procedían del sector occidental y —todavía— del oriental: aquél fue mi primer contacto con los alemanes que se habían quedado en Alemania. Visto retrospectivamente, me resulta curioso que los numerosos «reeducadores» judíos llegados de Gran Bretaña —en realidad la idea de que nos presentáramos ante aquellas personas inteligentes desde el otro lado del Canal de la Mancha con una especie de fórmula específica para crear un futuro democrático resultaba un tanto embarazosa— no tuvieran el tipo de reacción visceral antialemana que hoy día cabría esperar que produjera el conocimiento, ya bastante generalizado, de la existencia de Auschwitz y los demás campos de concentración. No la tuvimos ninguno; o por lo menos yo no la tuve.

Desde luego no podíamos dejar de preguntarnos todo el tiempo (como escribí en cierta ocasión): «¿Quién sabe lo que harían estas personas de aspecto inocuo entre 1933 y 1945?». Cualquier judío asquenazí perdió a algún pariente en los campos de concentración: en mi caso al tío Victor Friedmann, trasladado al este junto con la tía Elsa, una señora sefardí de pequeña estatura, desde no sé qué rincón de Francia; al tío Richard Friedmann y a la tía Julie, que no quisieron abandonar su tienda de artículos de regalo de la agradable Marienbad; y a la tía Hedwig Lichtenstern. (Como les ocurrió en general a los judíos austríacos y alemanes, aunque no a los de la Europa oriental, los viejos murieron, mientras que los jóvenes consiguieron salir a tiempo de los campos.) Sus nombres fueron incluidos en el único monumento digno que conozco del genocidio judío, las paredes pintadas de blanco de la Altneschul, la antigua sinagoga de Praga. Aquellas paredes, que rodean un interior vacío, se llenaron por completo con los nombres de todos los judíos checoslovacos que perecieron por obra de Hitler, renglones y renglones de letra minúscula con los nombres, las fechas y los lugares de origen de todos ellos, en orden alfabético, desde el techo hasta el suelo. Nada más que los incontables nombres de los muertos. Leí los del tío Richard y la tía Julie con los ojos arrasados en lágrimas poco antes de la Primavera de Praga de 1968. Durante los años setenta el régimen checo tomó la asombrosa decisión de profanar el monumento borrando con pintura todas las inscripciones. El pretexto oficial

que se dio fue, al parecer, que ningún grupo de las numerosas víctimas del fascismo debía ser destacado en particular ni conmemorado de forma especial. Tras la caída del comunismo las inscripciones fueron restauradas no sin cierto retraso.

Hasta entonces no había conocido a ningún superviviente de los campos de Buchenwald y Auschwitz. Algunos acabarían convirtiéndose en colegas y amigos, sin que, al parecer, se vieran marcados por la experiencia, e incluso mucho más tarde se mostrarían dispuestos a hablar de la época en la que cada día de vida se compraba al precio de la muerte de otro. Lo mismo que Primo Levi, no dejaban de estar marcados por la experiencia. Uno de ellos, nuestro querido Georges Haupt, hombre ingenioso y lleno de entusiasmo, que entró en Auschwitz cuando era un escolar rumano, de repente se vino abajo y murió a los cincuenta años. No obstante, nuestras convicciones y nuestro sentido de la realidad nos salvaron y nos impidieron dar la vuelta al antisemitismo racista de los nazis y convertirlo en un antiteutonismo equivalente. Incluso más tarde ninguno de nosotros (al menos yo) echó la culpa de aquel horror a los alemanes, sino al nacionalsocialismo, sobre todo teniendo en cuenta que la primera descripción y el primer análisis serio del *univers concentrationnaire* que leí, *Der SS-Staat* de Eugen Kogon, obra bastante notable (Frankfurt, 1946), fue escrita por un alemán; se hablaba en ella de un campo de concentración —Buchenwald— en el que se deshumanizaba, se torturaba y se asesinaba a la gente, pero cuyo objetivo principal no eran los judíos. Además, una simple mirada a las ciudades de la Alemania occidental, a aquellos gigantescos campos de ruinas casi sin desescombrar, al aparente hundimiento total de la economía en el período inmediatamente anterior a la reforma monetaria, o los rostros amarillentos de aquella gente que vivía del trueque y acampaba en los andenes de las estaciones con sus sacos de patatas, indicaba que fuera lo que fuese lo que hubieran hecho los alemanes corrientes y molientes en tiempos de Hitler, en 1947 estaban pagando de sobra por lo que hubieran hecho personalmente o en nombre de todos ellos.

Como escribí por entonces, no era difícil «entender lo que han pasado [aquellos hombres y mujeres] durante los últimos ocho años ... ataques, expulsiones, hambre, etc. Hombres, mujeres y niños». Cualquiera que hubiese regresado de un campo de prisioneros de guerra soviético, o incluso que hubiera conocido «la horrible impresión del comportamiento de los rusos durante las primeras semanas que siguieron a la liberación» podría hablar de tiempos duros. Y no porque los rusos se tomaran la revancha sobre los alemanes, aunque los soldados rasos del Ejército Rojo tenían buenos motivos para hacerlo y desde luego lo hicieron. («No mostraban temor alguno y su visión de futuro se limitaba a la violación y al saqueo de Berlín».)⁵ Como me contó al regreso de su cautiverio un discípulo nuestro, que acabaría convirtiéndose en el historiador alemán más eminente:⁶ «No nos trataban peor de lo que se trataban a sí mismos. Era sencillamente que desde el punto de vista físico eran mucho más duros que nosotros. Aguantaban el frío mejor. El frío nos asustaba cuando estábamos en el frente y tuvimos que padecerlo cuando nos hicieron prisioneros. Nos habrían plantado en un páramo del Asia central en pleno invierno y nos habrían dicho: “Levantad un campamento. Empezad a cavar”».

No es de extrañar que el odio y el miedo a Rusia impregnaran la atmósfera de Alemania, tanto entre los nativos del país como entre la enorme cantidad de refu-

giados —especialmente numerosos en nuestro sector de Baja Sajonia—, que hacían a Rusia responsable de su huida o su expulsión en masa. En 1947 se daba una curiosa combinación de sentimientos, rayana casi en la esquizofrenia: repulsión, superioridad, pero también respeto por el vencedor, y el contraste entre la imagen de desintegración social descontrolada que reinaba en el sector occidental y la vaga sensación de que la disciplina existente «en el otro lado» (en la zona soviética) permitía a la gente realizar una jornada de trabajo, controlar el mercado negro, etc. El Plan Marshall y la reforma monetaria de 1948 estaban a punto de cambiar esta situación, pero durante el verano de 1947 en el sector británico seguía dominando la opinión pública la sensación de absoluta impotencia e incertidumbre respecto al futuro. No habría reconstrucción de Alemania sin una tercera guerra mundial, se decía en Hamburgo. Yo mismo tenía esta sensación de desamparo. «Francamente, cuanto más tiempo llevo aquí, más deprimido me siento —escribí—. ¿Esperanza? No la veo por ninguna parte.» Esta valoración de las perspectivas de la Alemania occidental no podía estar más equivocada, pero el país no tenía un aspecto demasiado halagüeño en 1947.

¿Pero qué sentía un comunista occidental hacia la Unión Soviética, cuya sombra oscurecía de un modo tan evidente la atmósfera de Alemania? El contacto directo o indirecto con la ocupación soviética durante la inmediata posguerra no dejaría muchas ilusiones en pie, del mismo modo que a las esperanzas de amistad internacional al término de la guerra, no limitadas a los comunistas, les costaría sobrevivir a las fricciones surgidas sobre el terreno entre los ejércitos y los oficiales del este y del oeste. Los jóvenes refugiados austríacos que habían emigrado a Londres durante la guerra y que obedecieron las instrucciones del Partido de regresar para contribuir a la reconstrucción del país entre el hedor de la gente en los tranvías y los despachos requisados de techos altísimos, esperaban tener que hacer frente a graves dificultades físicas, pero pocos se imaginaban el verdadero grado de generalización de los sentimientos antisoviéticos. Para los que vivieron la realidad de la Europa central ocupada por los rusos o simplemente tuvieron algún contacto directo con ella, ser comunista dejó de ser tan sencillo como lo fuera antes de la guerra. No perdimos nuestra fe ni nuestra confianza en la superioridad final del socialismo frente al capitalismo, ni nuestra creencia en la capacidad de cambiar el mundo que tenía la disciplina del Partido Comunista, pero nuestra esperanza, o cuando menos la mía, se vería afectada por esa sensación de tragedia inevitable que rodeaba al «ángel de la historia» de Walter Benjamin.⁷ Paradójicamente, lo que hizo que para muchos resultara más fácil o incluso posible mantener la antigua fe fue, sobre todo, la cruzada global de anticomunismo que se impuso en Occidente durante la Guerra Fría.

II

Pero volvamos a la época del puente aéreo a Berlín. Cuando se rompió la alianza formada durante la guerra, también se desvanecieron las esperanzas de cooperación entre las dos superpotencias al término de la contienda. En 1947 los

ministros comunistas existentes en los Gobiernos occidentales empezaron a ser expulsados de sus cargos, y lo mismo ocurrió con los ministros no comunistas en los países que tenían regímenes comunistas. Se creó una nueva Internacional Comunista dirigida exclusivamente a Europa (la llamada Secretaría de Información Comunista o Cominform), encargada de publicar una revista que, incluso según los severos parámetros de la era soviética, se convertiría en el campeón de todos los tiempos de los periódicos ilegibles.⁸ Los regímenes del este, que deliberadamente *no* se establecieron con el marchamo de comunistas, sino como «nuevas democracias» con pluralidad de partidos o «democracias del pueblo» de economía mixta, fueron asimilados a partir de este momento a la «dictadura del proletariado», esto es, a las típicas dictaduras del Partido Comunista. Y en cuanto a los países occidentales, a medida que la confrontación se hacía más patente, los comunistas se convirtieron en quintacolumnistas.

En Gran Bretaña las cosas empezaron a cambiar, aunque en tono relativamente menor, con unos modales perfectamente caballerescos. No se produjo ninguna purga declarada de militantes del Partido entre el funcionariado, aunque los que eran conocidos como tales eran apartados de toda posición que les diera acceso a informaciones delicadas. A los que formaban parte de la clase «administrativa» políticamente sensible se les informaba con discreción de que no tenían futuro en aquel campo, pero que si decidían dimitir por propia iniciativa, no se daría publicidad a su caso. Un funcionario que decidió seguir en su puesto permaneció durante el resto de su carrera en uno de esos rincones apartados que las grandes burocracias reservan para los que no pueden ser despedidos o para aquellos a los que no se puede asignar una labor de la más mínima responsabilidad.

En las universidades no se produjo ninguna depuración propiamente dicha. Birbeck College, donde acababa de empezar a dar clases, fue una excepción —por lo menos hasta la llegada de un nuevo rector especialmente ambicioso en 1951— al no mostrar signos visibles de anticomunismo ni entre el profesorado ni entre los alumnos. Los estudiantes trabajaban durante el día, y de hecho eso era una tradición política de izquierdas. El amistoso ambiente que reinaba en la pequeña sala de profesores, siempre atestada, indicaba que el claustro estaba compuesto mayoritariamente por votantes del Partido Laborista. Los *tories* que había —supongo que mi colega y futuro jefe Douglas Dakin lo era— no eran los especímenes típicos de esta ideología. Dakin había sido secretario de la rama local del sindicato, la Asociación de Docentes Universitarios, en los intervalos que le dejaban la administración de toda la sección estudiantil del *college* en su calidad de secretario a tiempo parcial (con la ayuda de un asistente), la práctica del críquet y la docencia, y me cedió las labores sindicales en cuanto llegué. Además, el miembro más prestigioso con diferencia del claustro de profesores del *college* era un comunista, que dio trabajo a muchos miembros del Partido en su departamento, un personaje íntimamente identificado con la URSS, J. D. Bernal, especialista en cristalografía y un genio tan universal (aunque totalmente negado para la música) que nunca logró concentrarse en un tema el tiempo suficiente para ganar el premio Nobel, si bien sirvió de fuente de inspiración a algunos premiados. Incluso los que tenían dudas respecto a su lealtad a Moscú no podían menos de admirar a

aquel hombre bajito, de pelo hirsuto, que tenía el aspecto típico del científico de las tiras cómicas, andando igual que un marinero en tierra o, como él decía, citando los *Nonsense Poems* de Edward Lear, «bamboleándose como un tentetieso», y que entretenía a toda la sala de profesores con afiladas anécdotas acerca del período extraordinariamente glorioso en que sirvió como asesor científico de Operaciones Conjuntas durante la guerra. El propio Picasso, al que las autoridades impidieron asistir a una reunión en Sheffield patrocinada por los soviéticos, pintó un divertido mural en la pared del piso de Bernal en Torrington Place, que muchos años después se convertiría en una especie de emblema de Birkbeck. El gran pintor compartía con Bernal no sólo las ideas comunistas, sino también su legendaria poligamia; con la única diferencia de que Bernal trataba a las mujeres atraídas por él de igual a igual tanto en el terreno sexual como en el intelectual. Aquella fama de igualdad de los sexos fue lo que atrajo a Birkbeck a la brillante Rosalind Franklin y la hizo abandonar el King's College de Londres, descontenta con el trato que le deparaban los otros investigadores (varones) —los que ganaron el Premio Nobel— de la famosa Doble Hélice. Aunque era a todas luces extraordinariamente susceptible —cosa por lo demás comprensible— a las actitudes machistas de sus colegas, siempre se mostró, al menos cuando hablé con ella, dispuesta a elogiar a Bernal como hombre y como científico, aunque a menudo se burlaba de los leales a las directrices del Partido que poblaban su departamento.

Tuve la suerte de enseñar en un *college* que proporcionaba una protección tan sólida como natural frente a la Guerra Fría del exterior. No obstante, la situación académica no era buena. Que yo sepa, todos los comunistas que habían sido nombrados para puestos académicos antes del verano de 1948 permanecieron en ellos y no se produjo ningún intento de despido, excepto en el caso de aquellos que no lograron la renovación de sus contratos temporales, por lo demás extraordinariamente raros por aquel entonces. Por otro lado, que yo sepa, durante los diez años siguientes a 1948 no fue nombrado profesor de la universidad ninguna persona de la que se supiera que era comunista y, entre los que ya ocupaban un puesto como docentes, ninguno fue ascendido. A lo largo de esa década, por ejemplo, me rechazaron varias veces cuando solicité diversas plazas de historia económica en Cambridge —pues supervisaba esta materia y examinaba de ella en el Tripos de Económicas—, y no conseguí el ascenso a profesor adjunto en Londres hasta 1959. Incluso personas que sólo habían tenido una relación de pocos meses con el Partido, como el experto en historia económica Sidney Pollard, se vieron gravemente perjudicados. Se trataba de una situación muy deprimente, aunque no tuviera nada que ver con la caza de brujas que se desató en Estados Unidos. (Que yo sepa, ningún cargo académico británico se vio condicionado a la abjuración formal de los pecados pretéritos, como le ocurrió al propio Pollard unos años más tarde, cuando la Universidad de Berkeley le ofreció un puesto: por supuesto se negó a aceptar semejante condición.) Curiosamente hubo más depuraciones políticas en ciertos sectores de la educación para adultos, campo que atrajo a un gran número de rojos y otros radicales por motivos ideológicos, especialmente en la Delegación de Estudios Externos de la Universidad de Oxford, dirigida durante algunos años por Thomas Hodgkin, miembro particularmente

encantador de la aristocracia intelectual británica (rama cuáquera), que fue expulsado de Palestina por ingresar en el Partido Comunista cuando fue ayudante de campo del Alto Comisario británico, con el pretexto de que era el único lugar en el que árabes y judíos se mezclaban como amigos y en condiciones de igualdad. Por desgracia, el formidable Ernest Bevin, ministro de Asuntos Exteriores, que seguía siendo el presidente del Sindicato del Transporte y del Sindicato General de Trabajadores, acusó a la delegación de dar cobijo a activistas rojos que fomentaban la que por entonces era la principal fábrica de coches Morris en Cowley: era la época en la que Oxford podía ser calificada de «Barrio Latino de Cowley».⁹ A pesar de todo, tampoco allí se produjo una purga general de comunistas.

Reconocimos que «esa discriminación tácita y a menudo no del todo consciente, semejante a la exclusión de los puestos universitarios que sufrieron en Alemania los socialdemócratas antes de 1914, aunque no tan sistemática»¹⁰ era relativamente suave, y nos concentramos en denunciar al macartismo académico norteamericano —era la época en la que el Gobierno de Estados Unidos negó un visado de entrada al país incluso al gran físico P. A. M. Dirac— y los peligros que habría traído consigo la difusión del modelo norteamericano en Gran Bretaña. No obstante, en 1950 se dijo que el historiador E. H. Carr pensaba —y con razón— que «resulta muy difícil hoy día ... hablar desapasionadamente de Rusia como no sea “en un tono muy vagamente cristiano” sin poner en peligro si no el puesto de trabajo, sí cualquier esperanza legítima de progresar en la carrera». En cualquier caso, no cabe duda de que el principio de libertad de expresión no era de aplicación para las opiniones comunistas y marxistas, al menos en los medios de comunicación oficiales.¹¹

Lo que hizo a los intelectuales comunistas sentir que formaban parte de una minoría acosada fue no tanto su victimización oficial o semioficial, cuanto su exclusión. Naturalmente, estábamos convencidos —llegando a veces a tener pruebas de ello— de que nuestras cartas eran leídas, nuestros teléfonos estaban intervenidos, y de que en caso de guerra, habríamos sido internados, esperando que nos dejaran mucho tiempo para leer y trabajar, en alguna isla convenientemente pequeña del archipiélago británico. Aquello nos molestaba, aunque no podíamos negar que, dado el clima de Guerra Fría, era un comportamiento lógico por parte del Gobierno. Al fin y al cabo éramos enemigos de la OTAN. Lo que hacía tan intolerable la retórica de los liberales de la Guerra Fría era su convicción de que todos los comunistas eran meros agentes del enemigo soviético y su negativa a admitir que un comunista pudiera ser un miembro como es debido de la comunidad intelectual.

Quizá la amistad sobreviviera a la política —al fin y al cabo, seguí manteniendo buenas relaciones con Mounia Postan, aunque sabía que todas sus referencias profesionales eran una flecha envenenada—, pero la amistad exige más que el pequeño cambio de vida social. E incluso el sabor de la verdadera amistad puede tener el regusto amargo de la desconfianza de la Guerra Fría. Cuando recibí mi primera invitación a visitar Estados Unidos, adelantándome a los problemas, pregunté a un colega y amigo mío (por entonces un partidario del laborismo moderado) si estaría dispuesto a escribir una carta en la que atestiguara mi posi-

ción académica. «Desde luego que sí», respondió. Todavía recuerdo la momentánea sensación de desamparo que tuve cuando añadí: «Por supuesto no tiene nada que ver con eso, pero te importaría decirme..., vaya, no es que tenga la menor importancia, pero... ¿sigues en el Partido Comunista?».

Por eso el recuerdo más desagradable que guardo de la Guerra Fría no son los trabajos perdidos, ni las cartas que evidentemente me abrieron, sino lo que ocurrió con mi primer libro. Se lo había propuesto en 1953 a la editorial Hutchinsons, actualmente enterrada en algún conglomerado editorial transatlántico, para que lo incluyera en su «Biblioteca Universitaria», una colección de textos dirigidos a los estudiantes: se trataba de un breve estudio comparativo titulado *The Rise of the Wage Worker*. La propuesta fue aceptada, pero cuando entregué el manuscrito definitivo, me fue devuelto por consejo de un lector o lectores anónimos, pero probablemente de la máxima autoridad. Era, según decía, demasiado tendencioso y por lo tanto inaceptable según los términos del contrato. No se sugería ningún tipo de modificación. Protesté enérgicamente. La empresa reconoció que yo había invertido mucho trabajo en la obra y me ofreció un pago de buena voluntad de 25 guineas.¹² Lo que se me atragantaba no era sólo la despreciable cantidad de dinero ofrecida —incluso a mediados de los años cincuenta equivalía a los honorarios correspondientes a dos o tres reseñas de libros—, sino el convencimiento de que casi con toda seguridad la obra había sido rechazada por consejo de algún colega de mayor rango académico, a lo mejor —dado su tema— un simpatizante del Partido Laborista. Y no había nada que yo pudiera hacer. Estaba tan irritado que consulté a mi abogado, el astuto Jack Gaster, la posibilidad de demandar a Hutchinsons. Me aconsejó que ni lo pensara. «Quizá tú encuentres gente que testifique a favor de tu categoría académica, pero ellos encontrarán a más que testifiquen que tu postura es tendenciosa». Tenía razón. Nunca publiqué el libro, aunque utilicé partes del mismo en otras publicaciones. Lo que hace del incidente un caso típico de aquella odiosa fase de la Guerra Fría es que unos años más tarde el editor que tenía por entonces, George Weidenfeld, tras pedir mi consejo, publicó un libro de la misma extensión y, en mi opinión, a todas luces más discutible desde el punto de vista ideológico precisamente sobre aquel mismo tema, y lo incluyó en una de esas colecciones en coproducción mundial que por entonces estaba promocionando.

Dadas las circunstancias, y aunque en 1958 la temperatura ideológica de la Guerra Fría era una pizca menos glacial, la decisión de George Weidenfeld (en la actualidad lord) de encargarme —con un anticipo de 500 libras sobre su publicación— la redacción de un volumen perteneciente a una gigantesca historia de la civilización, hoy día todavía inacabada, que estaba proyectando por aquel entonces fue admirable y no exenta de valor. Sería *La era de la revolución, 1789-1848*, el primer volumen de una historia de los siglos xix y xx en cuatro tomos. Yo era bien conocido por mi identificación con el Partido Comunista. Weidenfeld era un editor comercial y una persona a la que importaba bastante mantener buenas relaciones con el mundillo social y político. Tengo contraída con él una larga deuda de gratitud. ¿Quién me recomendó a él? Sólo puedo hacer especulaciones, pues el propio lord Weidenfeld dice que no lo recuerda. Sospecho que fue

J. L. Talmon, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, que había sido el primero en el que había pensado para que escribiera el volumen en cuestión, pero que prefirió renunciar a la empresa. Talmon y yo habíamos estado discutiendo acerca de la naturaleza de la democracia y del papel de los jacobinos en la Revolución francesa y nos respetábamos mutuamente, aunque estábamos en desacuerdo respecto a muchas otras cosas, y especialmente a propósito del sionismo.

III

El período más oscuro del anticomunismo público, los años de la guerra de Corea y, dicho sea de paso, el de la primera entrega del gran serial «Los espías de Cambridge» —la defección de Burgess y Maclean en 1951—, coincidió con un momento bastante oscuro en mi propia vida. En el verano de 1950 mi primer matrimonio, inestable durante algún tiempo, se rompió al fin en unas circunstancias que me dolieron mucho y que durante algunos años me hicieron profundamente infeliz. Tras dejar el piso que compartíamos en Clapham Common, no volví a ver a Muriel excepto en el momento de nuestro divorcio. Por fortuna el año anterior había ganado una *fellowship* en el King's College, y la institución —aquellas cosas eran posibles por entonces—, en cuanto se enteró de mi situación me encontró un piso en el maravilloso Gibbs Building, junto a la capilla. El King's fue mi base permanente durante los cinco años siguientes, aunque seguí con mis clases en Birkbeck, ya fuera regresando a Cambridge en tren a última hora, o quedándome una noche o dos a la semana en la habitación que alquilé en casa de unos amigos en otra calle de Clapham. Aquellos fueron unos tiempos muy negros tanto en el plano personal como en el político. ¿Qué fue más doloroso, mi divorcio o la ejecución de los Rosenberg, que tantos comunistas de la época consideraron una derrota y una tragedia personal? Resulta difícil separar las dos tendencias que confluyeron en un mismo afán de superarlas: mediante el trabajo, los viajes e incluso el desafío político, como cuando invité a la fiesta de King's al físico Alan Nunn May, que acababa de salir de la cárcel, donde había permanecido por espionaje nuclear. Debo añadir que, como de costumbre, la institución tuvo en aquella ocasión un comportamiento impecable; y lo mismo cabe decir de Cambridge, cuando un antiguo alcalde, propietario del periódico local, exigió la destitución de la directora médica de las Escuelas Auxiliares, la refugiada austríaca Hilde Broda, acusada de haberse casado con Alan Nunn May después de obtener el cargo. La moción fue desestimada por unanimidad. Gran Bretaña no era Estados Unidos.

Viéndolos retrospectivamente, mis años de posguerra en Cambridge me producen una rara mezcla de sentimientos. Por un lado, no me hacía a la vida en un pueblo —aunque fuera en un pueblo de catedráticos—, en el que el radio de acción de las relaciones sociales era limitado y hasta cierto punto obligatorio. Mi instinto es y ha sido siempre metropolitano, y en Cambridge no había ni anonimato ni intimidad, excepto en la propia habitación, con la puerta cerrada «a cal y canto». (En aquella época las puertas de todos los estudiantes y profesores que vi-

vían en una residencia se dejaban abiertas, a menos que su ocupante se hallara fuera de Cambridge o deseara indicar que no quería ser molestado.) Es más, cada día que pasaba allí me recordaba el hecho de que la universidad no me quería. Los puestos que solicité, entonces y posteriormente, fueron siempre a parar a otros. En realidad los solicité sólo por orgullo. Ni yo ni, después de casarme con ella, Marlene, habríamos querido vivir permanentemente en Cambridge, o en cualquier otra ciudad pequeña dominada por la universidad. Los únicos lugares que nos ha gustado visitar y en los que hemos permanecido largas temporadas han sido grandes capitales: París y sobre todo Manhattan. En resumen, cuando, al cabo de seis años de disfrutar de mi *fellowship*, regresé a Londres, tuve la sensación de volver al territorio que me pertenecía.

Por otro lado, al ser un soltero que vivía en la residencia del *college*, Cambridge me permitió morder de nuevo el fruto de la vida estudiantil. Naturalmente, no era la vida de los años treinta: entre otras cosas, los hombres y mujeres de mi edad que habían llegado a profesores habían cambiado de vida, y la despolitización general de los estudiantes resultaba muy deprimente. El tipo de estudiante político que yo recordaba y con el que me sentía a gusto había que buscarlo ahora exclusivamente entre los originarios del sur de Asia y de China, bastante frecuentes en la Facultad de Económicas, en la que hice las veces de tutor y examiné a muchos: estudiantes como el joven A. K. Sen, que había llegado al Trinity graduado ya por el Presidency College de Calcuta para seguir los pasos de Maurice Dobb y Piero Sraffa, y cuya extraordinaria valía era ya evidente. Naturalmente, como *fellow* veía uno a los estudiantes de manera muy distinta, y éstos te trataban también de forma diferente, incluso en un centro tan liberal como King's. (El ambiente de refinada homosexualidad de los años anteriores a la guerra seguía siendo notable, aunque a partir de 1952 el giro hacia la heterosexualidad se hizo patente, con la entrada en la institución de nuevos elementos interesados por las mujeres, como el futuro periodista y escritor Neal Ascherson, y la transformación de jóvenes tales como el futuro diseñador de medios de comunicación Mark Boxer, que después de vivir a la antigua moda se pasaron a la nueva.) Yo, sin embargo, tenía un valor que me aproximaba más a la vida y al talante de los estudiantes varones de los años cincuenta que a los otros, aunque no —en aquella época— a las estudiantes (aunque el hecho de ser tutor de muchas jóvenes matriculadas en Historia y Económicas en Newham ayudaba bastante). Formaba parte de los Apóstoles, y por lo tanto mantenía buenas relaciones con algunos de ellos. Tal vez por eso quizá sea éste el momento oportuno de decir algo acerca de esta extraña institución de Cambridge: sigue viva y en vigor, mantiene en secreto la identidad de sus actuales miembros, aunque casi toda su historia anterior a 1939 se encuentra hoy día en los archivos públicos, y son pocos los miembros ya retirados que guardan en secreto su apostolado. Era y sigue siendo una pequeña comunidad formada fundamentalmente por estudiantes o recién licenciados brillantes, en la que se entraba por cooptación y cuya finalidad era leer y discutir los artículos escritos por sus miembros en las reuniones celebradas semanalmente. El alma de los Apóstoles eran los estudiantes. En realidad, *son* por definición «la Sociedad», pues los que abandonaban «el mundo real» de sus reu-

niones por «el mundo aparente» del exterior al graduarse o abandonar Cambridge (al «abrir las alas» y pasar por consiguiente a ser llamados «Ángeles») tenían por fuerza que delegar en los hermanos en activo.

Había sido elegido para entrar en la *Conversazione Society* de Cambridge el último año de carrera, en 1939, junto con otro miembro del *King's*, el difunto Walter Wallich, de la BBC, hijo del director del Deutsche Bank y descendiente de su fundador, quien, a raíz de la Noche de los Cristales Rotos de 1938, tras enviar oportunamente a su esposa e hijos al extranjero, tomó un tren de Berlín a Colonia y se arrojó al Rin. Se trataba de una invitación que difícilmente habría rechazado un estudiante de Cambridge, pues hasta a los revolucionarios les gusta formar parte de una buena tradición. ¿Quién no desearía ver asociado su nombre con los de los Apóstoles de antaño, que eran más o menos los de las grandes figuras de la Cambridge del siglo XIX: el poeta Tennyson, el maravilloso físico Clerk Maxwell, los historiadores eminentes de la universidad, Frederick Maitland, Bertrand Russell y las viejas glorias del Cambridge eduardiano, Keynes, Wittgenstein y Moore, Whitehead y, en el campo de la literatura, E. M. Forster y Rupert Brooke. Sólo faltaba el personaje más grande del Cambridge decimonónico, Charles Darwin, del Christ's College. En realidad, la mayoría de los Apóstoles victorianos y eduardianos, que han sido estudiados exhaustivamente y con gran perspicacia por un profesor norteamericano,¹³ no tenían tanta categoría ni mucho menos, y, como la grandeza de los logros intelectuales (o de otro tipo) a menudo está condenada a aburrir a los amigos cuyos intereses no coinciden exactamente con los de uno —y a ningún Apóstol se le habría pasado por la imaginación la posibilidad de aburrir a sus hermanos—, muchos de ellos sufrieron al final de su vida el castigo de no estar a la altura de otros exponentes de aquella gran tradición.

Quizá convenga señalar que el comunismo no tuvo nada que ver con mi elección, aunque en la famosa foto de seis Apóstoles que aparece en todos los libros acerca de los espías de Cambridge hay cuatro comunistas. No es de extrañar que el Partido estuviera abundantemente representado en la hermandad en tiempos de la guerra civil española. No obstante, ni John Cornford y James Klugmann ni ninguno de los jefes del Partido de mi época fueron Apóstoles, ni (salvo una excepción) lo fue ningún profesor marxista de los años treinta. El criterio para ser seleccionado y entrar en la hermandad no era —y probablemente siga sin ser— ni la especialidad, ni el credo ni la distinción intelectual, sino el hecho de «ser apostólico», fuera cual fuese el significado de tal expresión, y era —y sin duda seguirá siendo— objeto de infinitas discusiones entre sus miembros. Lo cierto es que los espías de Cambridge ni siquiera fueron reclutados fundamentalmente entre los Apóstoles (excepto a través de Anthony Blunt): de los Cinco de Cambridge tres no tenían nada que ver con la hermandad (Philby, Maclean y Cairncross).

La guerra había dejado en suspenso el «mundo real» de Cambridge, aunque varios Ángeles siguieron residiendo en la ciudad al menos de modo intermitente como profesores. Si no me equivoco, sólo dos hermanos en activo antes de la guerra regresamos a Cambridge como investigadores, yo y el difunto Matthew Hodgart, un literato escocés de cabello negro, cara de luna, gran bebedor, quizás

el más brillante de mis amigos de estudiante, que por entonces ya no era comunista. La asamblea de Ángeles que se celebró en la primera cena anual de la hermandad que se celebró una vez acabada la guerra en 1946 (en Kettners, en el Soho) nos encargó, o mejor dicho me encargó, pues Hodgart no asistió, resucitar la sociedad. Y lo hicimos reclutando a algunos amigos de la época anterior a la contienda que habían regresado a Cambridge, y entre los estudiantes que me enviaban de King's como tutorandos. Cuando fui nombrado *fellow*, recluté también a un amigo del *college*, el economista canadiense Harry Johnson. Como también hacía las veces de tutor de historia económica para los estudiantes de Económicas, los Apóstoles de posguerra se vieron entonces continuando la tradición de Maynard Keynes. No obstante, las humanidades, esto es, la historia y el inglés, serían las materias que cada vez con más frecuencia llenarán la hermandad de los años cincuenta, aparte del inclasificable y polivalente Jonathan Miller, que daba clases de ciencias naturales. Antes de la guerra de 1939 muchos de ellos habrían ingresado en el funcionariado civil, pero a partir de ese momento los no economistas se dedicarían masivamente a dos ocupaciones: los «medios de comunicación» y la docencia universitaria, a veces de forma sucesiva. No se empezaron a admitir mujeres hasta los años sesenta.

Después de la guerra, el Apóstol más famoso que seguía vivo, el novelista E. M. Forster, se trasladó a King's College y, leal como siempre a la hermandad, ofreció sus habitaciones para celebrar las reuniones del domingo por la noche, asistiendo silenciosamente a ellas en un rincón —probablemente no hablara mucho ni siquiera en su juventud—, escuchando a los miembros más jóvenes hablar literalmente (según el argot de la hermandad) «en la alfombrilla de la chimenea», pues en Cambridge la principal línea de defensa contra el crudo clima del este seguían siendo las chimeneas alimentadas con bloques de carbón. Morgan, que nunca fue un autor de tres al cuarto, por aquel entonces prácticamente había dejado de escribir, aunque se esforzaba en no utilizar ningún cliché ni ningún tópico en los pocos textos que componía. No tenía familia, excepto la de su viejo amante policía. No creo que en el mundo de posguerra se encontrara tan a gusto como hubiera querido, pero le consolaba el carácter inmutable de la juventud que lo rodeaba. A comienzos de los años sesenta intenté en una ocasión introducirlo en el mundo del siglo xx llevándolo a ver al «soliloquista» norteamericano —ya no podía llamársele «actor»— Lenny Bruce, que hizo unas breves apariciones en el Establishment, un local de corta vida del Soho, en su rápido descenso hacia la autodestrucción. Morgan se mostró, como siempre, cortés e infinitamente agradable, pero aquélla no era desde luego su onda.

Un observador perspicaz de los primeros cien años de la hermandad ha comentado que «los Apóstoles se dedicaban a dos cosas sobre todo, y lo hacían con una total intensidad que a los ojos de una persona poco comprensiva podría parecer absurda, pero que a los de otra más benévola parecería absolutamente admirable. Esas dos cosas eran la amistad y la honestidad intelectual».¹⁴ Ambas seguían teniendo una importancia crucial entre los Apóstoles de mi época, aunque los profesores que participaban en las sesiones, al ser más viejos, probablemente inyectaran una buena dosis de diplomacia a la «honestidad intelectual» que po-

nían en sus relaciones personales. No obstante, ambos elementos traspasaban las barreras de edad y temperamento y tanto yo como mi familia debemos a los estudiantes integrados en los Apóstoles de comienzos de los años cincuenta (y a los jóvenes y a las muchachas que conocí gracias a ellos) una gran cantidad de amistades duraderas.

IV

No puedo decir que la primera mitad de los años cincuenta fuera para mí una época feliz en el terreno personal. Estuvo llena de trabajo, pues me dediqué a escribir, a pensar y a enseñar, a viajar muchísimo durante las vacaciones y por supuesto a trabajar para el Partido. Por fortuna, el hecho de irme de Londres me permitió librarme del trabajo en el sector local —organización, petición del voto, venta del *Daily Worker* (rebautizado *Morning Star* a partir de 1956)—, por el que no sentía una afición natural ni tenía el temperamento adecuado. A partir de entonces, de hecho, me limité a actuar exclusivamente en las agrupaciones de académicos o intelectuales.

Desde el punto de vista intelectual, en cambio, fueron unos años buenos. La mente de la mayoría de las personas alcanza su mayor grado de agudeza y coraje a los veinte años, pero yo volví del Ejército apasionadamente resuelto a reemprender las ideas de los años perdidos en la guerra, siendo todavía lo bastante joven para poder hacerlo. No existe nada como la necesidad que tienen los académicos de preparar clases de forma autodidacta y, como los cuatro o cinco profesores que estábamos en el Departamento de Historia de Birkbeck teníamos que cubrir todos los períodos históricos desde la Edad Antigua, tenía que dar clases de muchísimas cosas, sin contar con el trabajo que me exigía mi papel de tutor en Cambridge. Es posible que las carreras académicas se vieran bloqueadas, pero el mundo de la historia no lo estaba. Lo que sucedía en el mundo de los historiadores en general en aquella época será tratado en otro capítulo. De momento, baste con señalar que empecé a publicar en las revistas especializadas en 1949, desempeñando así cierto papel en los congresos internacionales y en la Sociedad de Historia Económica (como miembro de cuya junta directiva fui elegido en 1952). Pero sobre todo, de 1946 a 1956 un grupo de camaradas y amigos y yo creamos un seminario marxista permanente para nosotros mismos en la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista, por medio de borradores de discusión de los que hacíamos infinitas copias y de reuniones regulares, sobre todo en la sala del piso superior del restaurante Garibaldi, en Saffron Hill, y de vez en cuando en la destartalada sede de la Marx House, en Clerkenwell Green. Los que sólo conocen el Clerkenwell aburguesado y ruidoso del año 2000 no pueden ni imaginarse la humedad vacía, fría y gris de aquellas calles durante los fines de semana hace cincuenta años, cuando la niebla dickensiana, que desapareció a partir de 1953, todavía solía caer sobre Londres como un gran manto amarillo-grisáceo. Quizá fuera allí donde realmente nos hicimos historiadores. Otros han hablado del «sorprendente impacto de [esta] generación de historiadores marxistas», sin los cuales «la influencia mundial de la historiografía británica, sobre

todo a partir de los años sesenta, es inconcebible». ¹⁵ Entre otras cosas dio lugar en 1952 a una revista de historia de éxito y en último término bastante influyente, aunque *Past & Present* no nació en Clerkenwell, sin el ambiente mucho más agradable del University College, en Gower Street.

La Agrupación de Historiadores se deshizo el año de la crisis comunista, 1956. Hasta entonces seguimos siendo —al menos yo seguí siéndolo— miembros leales, disciplinados y fieles seguidores de su línea política, del Partido Comunista, gracias sin duda entre otras cosas a la brutal retórica del anticomunismo militante del «Mundo Libre». Pero no resultó nada fácil.

La Unión Soviética, bien sabe Dios, nos lo ponía cada vez más difícil. Los intelectuales se hallaban, naturalmente, bajo una presión especial, pues desde 1947 las creencias con las que nos habíamos comprometido se vieron reducidas a un catecismo de ortodoxias, algunas relacionadas con el marxismo sólo de forma muy vaga, y muchas —especialmente en el ámbito de las ciencias naturales— absurdas. Tras el triunfo oficial del «lysenkoísmo» en la URSS, esta circunstancia se convirtió en un grave problema en la sección de titulados de Cambridge, algunos de cuyos miembros más antiguos, o quizás incluso la mayoría, procedían del campo de las ciencias naturales. ¿Se retirarían silenciosamente del Partido, como haría el gran especialista en genética J. B. S. Haldane, incapaces de aceptar aquella falsedad? ¿Arruinarían su posición pública, como J. D. Bernal, intentado, ya que no logrando, defender a los soviéticos? ¿Se limitarían a cerrar los ojos, a no decir nada, y a seguir adelante con su trabajo como hasta entonces? Las peculiaridades de la ciencia estalinista no fueron tan perjudiciales en otros campos. A los psicólogos comunistas, por ejemplo, les pareció menos encorsetada la insistencia de Moscú en Pavlov (los «reflejos condicionados»), en parte debido a la inclinación experimental, positivista, conductista y profundamente antipsicoanalítica de la psicología británica. Pero aquéllos eran problemas específicos de los intelectuales y por diversas razones no afectaron seriamente a los historiadores comunistas británicos, que se mantuvieron al margen de la historia de Rusia y del Partido Comunista. Evidentemente, ninguno de nosotros creía en la versión de la historia del Partido Soviético que contenía la *Historia del PCUS (b): Breve curso*, de Stalin, texto por lo demás brillante desde el punto de vista pedagógico. Pero había otros problemas más generales, incluso dejando a un lado los horrores de los campos de concentración soviéticos, cuyo alcance no supimos reconocer los comunistas.

¿Qué pensaban los comunistas británicos, y más aún los de Cambridge, que tan profundamente implicados habían estado en las relaciones con los partisanos yugoslavos durante la guerra, de la ruptura entre Stalin y Tito en 1948? Nos encontrábamos cerca del comunismo yugoslavo. Cientos de jóvenes británicos habían acudido al país a construir el llamado «Ferrocarril de la Juventud», entre ellos Edward Thompson, que todavía no era historiador y cuyo hermano Frank se estableció durante la guerra entre los partisanos macedonios, hasta que fue a combatir y al final a morir junto a la resistencia búlgara. ¿Cómo cabía pensar en la línea oficial soviética, según la cual Tito debía ser excomulgado porque llevaba mucho tiempo dispuesto a traicionar los intereses del internacionalismo prole-

tario en beneficio de los servicios secretos extranjeros? Podíamos entender que James Klugmann se viera forzado a renegar de Tito, pero no creíamos en sus palabras y, como hasta hacía muy poco nos había dicho siempre lo contrario —lo mismo que la recién creada Cominform, cuyo cuartel general se hallaba inicialmente en Belgrado—, sabíamos que tampoco él creía en ellas. En resumen, permanecimos fieles a Moscú, pues la causa del socialismo mundial podía prescindir del apoyo de un pequeño país, tan heroico como admirable, pero no del de la superpotencia de Stalin.

A diferencia de lo acontecido en los años treinta, no recuerdo que se produjera ningún esfuerzo serio de obligar a los militantes del Partido a justificar la sucesión de juicios espectaculares que desfiguraron los últimos años de Stalin, pero ello quizá sólo signifique que los intelectuales como yo renunciaron a dejarse convencer. Pocos sabíamos alguna cosa sobre Bulgaria, de modo que el primero de esos procesos, el que se abrió contra Traicho Kostov (ejecutado en 1949), me entristeció, pero no incrementó mi escepticismo. El juicio contra Laszlo Rajk en Hungría en otoño de 1949 fue otra cosa. Entre los «agentes de los servicios secretos británicos» que supuestamente habían socavado el comunismo, la acusación mencionaba (y las oportunas confesiones sin duda confirmaban) a alguien que conocía yo personalmente: el periodista Basil Davidson. Simplemente no podía creerlo. Hombre corpulento, tosco, de mente aguda, de pelo canoso y ralo, aficionado a las señoras y casado con una mujer muy atractiva, Basil había hecho una guerra, como ellos decían, «buena», aunque poco ortodoxa. Había combatido al lado de los partisanos yugoslavos en la fértil y llana Voivodina, cerca de Hungría —terrible zona de guerrilleros—, y luego con la resistencia italiana en las montañas de Liguria, y había escrito un buen libro, *Partisan Picture*, sobre ambos grupos. (Esta experiencia le proporcionó el entrenamiento necesario para su posterior colaboración con la lucha por la liberación africana en los campos de la Guinea portuguesa y de Angola.) Nos hicimos amigos y seguimos siéndolo. La acusación de las autoridades húngaras en sí no era increíble. De hecho, aunque yo todavía no lo sabía, Davidson había sido reclutado por aquel entonces, lo mismo que otros periodistas británicos, por el Servicio Secreto de Inteligencia y había sido enviado a Hungría. No me extrañaría que hubiera conocido allí a Rajk. Lo que provocaba mi escepticismo, aparte de mi conocimiento personal del hombre, era el hecho de que su carrera de periodista había tomado un claro giro hacia peor con la Guerra Fría. De hecho, tras abandonar el *Times* (de Londres), se había alejado del *New Statesman and Nation*, por aquel entonces en su punto culminante como órgano de la izquierda respetable, como compañero de viaje. Nadie lo quería. Estaba a punto de forjarse una nueva carrera como *freelance*, respetado especialista en una nueva rama, la historia de África, y experto en los movimientos de liberación antiimperialista al sur del Sahara. La acusación sencillamente no tenía ni pies ni cabeza.

La última serie de procesos-espectáculo, y también la más grande, los de Checoslovaquia, parecía incluso menos convincente; eso aparte de los tintes claramente antisemitas en los que coincidían con el famoso «complot de los médicos» contra Stalin de 1952 en la propia URSS. Los estudiantes de mi generación

conocían a muchos jóvenes emigrantes checos a Gran Bretaña. Conocíamos perfectamente por lo menos a uno de los «traidores» que fueron ejecutados: Otto Sling, casado con Marion Wilbraham, mujer siempre de fiar, del Movimiento Juvenil por la Paz, había regresado a su país para convertirse en jefe del Partido en Brno, la segunda ciudad de Checoslovaquia. Para entonces, la defensa oficial del juicio de Praga por parte del Partido —como por lo demás habría cabido esperar— dio, al parecer, incluso muestras de cierta falta de convicción.

Desde luego la gente como yo no nos quedamos en el Partido Comunista porque nos hiciéramos demasiadas ilusiones acerca de la URSS, aunque indudablemente alguna nos hacíamos. Por ejemplo, subestimamos a todas luces los horrores de lo que estaba sucediendo en la URSS en tiempos de Stalin, hasta que fue denunciado por Jrushchev en 1956. Como disponíamos de bastante información acerca de los campos de concentración soviéticos, ante la que no cabía hacer oídos sordos, no sirve de excusa alegar que ni siquiera los críticos occidentales documentaron plenamente el alcance del sistema hasta 1956.¹⁶ Además, a partir de 1956 muchos de nosotros abandonaron el Partido. ¿Entonces, por qué otros seguimos en él?

La mejor forma de captar el ambiente reinante en el momento álgido de la Guerra Fría —esencialmente los años comprendidos entre Hiroshima y Panmunjom— quizá sea un episodio de la vida de Bertrand Russell, que al gran filósofo no le gustaba recordar en sus últimos años de activista antinuclear. Poco después del lanzamiento de las bombas de Hiroshima y Nagasaki, Russell llegó a la conclusión de que el monopolio norteamericano de las bombas nucleares sería sólo temporal. Mientras siguiera siéndolo, Estados Unidos lo aprovecharía, incluso en caso de necesidad mediante un ataque nuclear preventivo contra Moscú. Ello impediría a la URSS lanzarse a la inminente conquista del mundo a la que, según creía, se había comprometido este país, y de ese modo esperaba acabar con un régimen que consideraba manifiestamente horrible. En resumen, por lo que a los habitantes de la URSS se refería, Russell creía en el famoso eslogan occidental de la Guerra Fría: «Mejor muertos que rojos». En la práctica fueron *otros* los pueblos a los que se aplicó literalmente este eslogan absurdo. De haber tenido algún sentido, significaba no ya que a los cubanos o a los vietnamitas o incluso a los italianos más les hubiera valido suicidarse antes que vivir bajo un régimen comunista, sino que habrían debido perecer bajo las armas del Mundo Libre para evitar una contingencia tan espantosa. (Ninguna persona en su sano juicio contaba con un suicidio colectivo ni en Gran Bretaña ni en Estados Unidos.)

Afortunadamente, aunque la posibilidad de un ataque nuclear preventivo por parte de los norteamericanos preocupara a Whitehall,¹⁷ nadie escuchó a Russell, que, en cualquier caso, cambió de opinión cuando ambas superpotencias tuvieron la capacidad de destruirse una a otra, haciendo así de la guerra mundial un suicidio colectivo. Hasta entonces, sin embargo, mucha gente, incluso algunos políticos serios, hablaban indudablemente de una especie de guerra de clases global apocalíptica. El problema en cuestión era gravísimo. Independientemente de la postura que se adoptase, no se ponía límite al precio que hubiera que pagar. La guerra, sobre todo desde Hiroshima y Nagasaki, había hecho que el mundo se

acostumbrara al sacrificio de cientos de miles o incluso millones de personas. Los que se oponían a las armas nucleares eran acusados de privar a Occidente de un arma necesaria o incluso indispensable. Tampoco nosotros —y lo digo con disgusto— reconocíamos límite alguno al precio que estábamos dispuestos a pedir que pagaran los demás. Y no sirve de justificación decir que nosotros mismos estábamos dispuestos a pagarlo.

Por un lado, los comunistas pensaban que Estados Unidos y sus aliados amenazaban con la destrucción total a una URSS todavía asediada y vulnerable con el único fin de detener el avance global de las fuerzas revolucionarias una vez derrotados Hitler e Hiro Hito. Seguían viendo en la URSS una garantía indispensable. Por otro lado, para Estados Unidos y sus aliados la URSS constituía una amenaza para el mundo y un sistema absolutamente rechazable. Todo habría sido mucho más fácil si no hubiera sido una superpotencia. Todo habría sido mucho más fácil si no hubiera existido. Para nosotros era evidente que la URSS no estaba en condiciones de conquistar el mundo para el comunismo. Algunos nos sentíamos incluso decepcionados porque nos daba la impresión de que no quería hacerlo. Era un sistema que tenía graves defectos —por lo menos así lo pensaban los intelectuales comunistas occidentales, aunque no lo dijeran—, pero había alcanzado unos logros titánicos y seguía poseyendo el ilimitado potencial del socialismo. (Por increíble que parezca hoy día, en los años cincuenta no sólo sus simpatizantes no veían la Unión Soviética como un gigante económico a punto de irse a pique, sino como una economía capaz de superar la producción de Occidente.) A la mayor parte del mundo no le parecía el peor de los regímenes posibles, sino un aliado en la lucha por la emancipación del imperialismo occidental viejo y nuevo, y un modelo de desarrollo económico y social no europeo. El futuro de los comunistas de los regímenes y movimientos del mundo descolonizado y en vías de descolonización dependía de su existencia. Por lo que respecta a los comunistas, apoyar y defender a la Unión Soviética seguía siendo la prioridad internacional básica.

Por consiguiente, nos tragamos nuestras dudas y reservas mentales y la defendimos. O mejor dicho, como resultaba más fácil, atacamos el campo capitalista por preferir una Alemania Occidental gobernada por antiguos nazis y que pronto empezaría a rearmarse contra la URSS, y no una Alemania Oriental gobernada por antiguos prisioneros de los campos de concentración nazis; por preferir el antiguo imperialismo en vez de los movimientos de liberación antiimperialistas, y a un Estados Unidos que hacía de la España de Franco una base militar contra los que habían apoyado a la República.

A pesar de todo, no resultó fácil. Ser comunista en Occidente no suponía ningún problema. Lo complicado era la experiencia del comunismo en el este. Pero yo mismo me daría cuenta de ello por mí mismo. Se produjeron los primeros signos de resquebrajamiento en el gélido casquete de hielo de la URSS de Stalin. En 1952, antes de que muriera el terrible viejo, el historiador E. A. Kosminsky recibió permiso para realizar una breve visita a Gran Bretaña en compañía de su esposa, pues mucho tiempo atrás, durante los años veinte, había trabajado en Londres estudiando la problemática histórica de los señoríos ingleses durante la Edad

Media que lo ha hecho famoso en el mundo académico. Lo llevé al British Museum, pues deseaba volver a utilizar la gran sala de lectura circular. ¿Podían darle un pase provisional? Una bibliotecaria le preguntó si ya había utilizado la biblioteca con anterioridad. Sí. «¡Ah!», comentó la mujer al encontrar su ficha. «No, por supuesto, no habrá problema. ¿Sigue viviendo en Torrington Square?» El hombre sintió un escalofrío de emoción. Pocos meses después, muerto ya Stalin, pero antes de que llegara el posestalinismo, la Academia Soviética de las Ciencias logró invitar a la URSS a un grupo de historiadores marxistas británicos. Fue mi primera visita, pero no mi única experiencia del país de la Revolución de Octubre. No quise volver nunca más. Aquella visita me preparó para el definitivo punto de inflexión que se produjo en la vida de todos los intelectuales comunistas y en el mundo del movimiento comunista en general, del que trataremos fundamentalmente en el próximo capítulo: la crisis de 1956.

Capítulo 12

LOS DÍAS DE STALIN Y SU LEGADO

I

Si no tenemos en cuenta a la población de la antigua URSS, soy una de las pocas personas del mundo que ha visto realmente a Stalin; he de admitir que ya no estaba vivo, sino que se encontraba en una urna de cristal en su colosal mausoleo situado en la Plaza Roja de Moscú: un hombre pequeño que parecía hasta más pequeño de lo que era en realidad (aproximadamente 1,60 m de estatura), en fuerte contraste con el aura imponente de poder autocrático que lo rodeaba incluso una vez muerto. A diferencia de Lenin, cuyo cadáver, que sigue expuesto, ha resistido hasta ahora (2002) en la Rusia postsoviética once años de intentos de ser retirado, el de Stalin sólo fue exhibido durante el breve período comprendido entre su fallecimiento, ocurrido en 1953, y el año 1961. Cuando lo vi en diciembre de 1954, su figura seguía siendo dominante en su país y en el movimiento comunista mundial. Hasta entonces no tenía ningún sucesor eficaz, aunque Nikita Jrushchev, que daría paso a la «desestalinización» pocos meses más tarde, ya ostentaba el cargo de secretario general del PCUS y se estaba preparando para apartar a sus adversarios de su camino. Sin embargo, no sabemos nada de lo que sucedía entre bastidores en Moscú.

«Nosotros» éramos cuatro miembros de la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista británico que habíamos sido invitados por la Academia Soviética de las Ciencias durante las vacaciones académicas de Navidad de 1954-1955, como parte del proceso, todavía terriblemente lento, de sacar la vida intelectual soviética de su aislamiento: Christopher Hill, ya muy conocido en su calidad de historiador de la Revolución inglesa, el bizantinista Robert Browning, yo mismo, y la especialista independiente Leslie (A. L.) Morton, cuya obra de carácter marxista, *People's History of England*, disfrutaba del «imprimatur» oficial de las autoridades soviéticas. Probablemente sólo Robert Browning, un escocés de gran erudición en muchas materias y de gran competencia lingüística, que tuvo un papel destacado en el descifre de las inscripciones cretenses en Lineal B, se dio buena cuenta de lo desconectados que habían estado los especialistas soviéticos de la literatura en lengua inglesa. (Los contactos con Francia nunca ha-

bían llegado a tales extremos.) Como ninguno de los visitantes estábamos especializados en historia de Rusia, naturalmente la materia fuerte de nuestros anfitriones, pensándolo bien, probablemente sacaron más provecho de las conversaciones que mantuvimos que nosotros.

¿Qué esperábamos encontrar en la URSS? No éramos totalmente dependientes de los intérpretes-guías oficiales que puso a nuestra disposición la Academia, pues dos de nosotros hablaban ruso: Christopher Hill, que había permanecido durante un año en la URSS a mediados de los años treinta y tenía algunos amigos allí, y Robert Browning, que aparentemente no tenía acento. No obstante, la URSS de dos años después de la muerte de Stalin no era un lugar donde se viera favorecida la comunicación informal con los extranjeros, ni siquiera con los que hablaban ruso, circunstancia que en realidad no cambiaría durante varios años. No es que una «delegación» oficial invitada por la Academia, institución de estatus elevado y con una fuerte influencia sobre la sociedad soviética de la época, tuviera demasiado tiempo para los contactos informales o para entretenerse. Pues incluso el programa de diversiones y visitas culturales fue concebido de acuerdo con los intereses de la organización anfitriona y, por extrapolación, los de sus huéspedes. A nuestros pies apenas se les permitió pisar suelo ruso, aparte del de los edificios.

En resumen, como VIP intelectuales —papel con el que no estábamos familiarizados— recibimos casi con toda seguridad un tratamiento más cultural que cualquier otro visitante extranjero, ofreciéndonos también una cantidad de productos y privilegios, situación que no dejaba de ser embarazosa en un país a todas luces empobrecido. Por ejemplo, nos llevaron a toda prisa a la estación para coger el famoso tren nocturno Flecha Roja que cubría el trayecto Moscú-Leningrado, para asistir a una función infantil de tarde del *Lago de los cisnes* en el Kirov, nos instalaron en el palco del director, adonde, tras la representación, trajeron a la primera bailarina —creo que era Alla Shelest— directamente del escenario y todavía sudorosa, *para sernos presentada*; a nosotros, cuatro extranjeros sin ninguna importancia en particular que se encontraban transitoriamente colocados junto al poder. Pasado medio siglo, todavía tengo sensación de vergüenza cuando recuerdo las reverencias que nos hacía la joven, mientras los niños de Leningrado se preparaban para dirigirse a sus casas y los músicos —en su inmensa mayoría judíos— abandonaban en fila el foso de la orquesta. No fue una buena publicidad del comunismo. Pero de Rusia y de la vida rusa vimos muy poca cosa, sólo a mujeres de mediana edad, presumiblemente viudas de guerra, que transportaban piedras y limpiaban escombros en las calles invernales.

Además, ni siquiera podíamos valernos del recurso elemental de los intelectuales, «investigar». No había ni indicaciones telefónicas, ni planos callejeros, ni horarios públicos, ni ningún medio básico que hiciera referencia a la vida cotidiana. Uno quedaba sorprendido por la total impracticabilidad de una sociedad en la que un temor casi paranoico del espionaje hacía que la información necesaria en dicha vida cotidiana se convirtiera en un secreto de Estado. En resumen, en 1954 no había mucho que aprender acerca de Rusia durante una visita que no pudiera aprenderse fuera de sus fronteras.

Sin embargo, algo había: la clara arbitrariedad e imprevisibilidad de su ordenamiento. Había la espectacular conquista que suponía el metro de Moscú, construido en la edad de hierro de los años treinta bajo la dirección de uno de los «hombres duros» del estalinismo, Lazar Kaganovich, sueño de una futura ciudad de palacios para un presente paupérrimo y de hambre, pero un metro moderno que funcionaba —y, según me cuentan, sigue funcionando— como un reloj. Había la diferencia básica existente entre los rusos que tomaban decisiones y los que no (como decíamos en broma entre nosotros, se les podía distinguir por el pelo). Los que decidían tenían el pelo erizado por sus ideas, o se habían quedado calvos por el esfuerzo, y a los que no, se les reconocía por el cabello lacio que les caía sobre la frente. Había el espectáculo extraordinario de una sociedad intelectual separada apenas por una generación de los antiguos campesinos. Me acuerdo de la fiesta de Nochevieja en el Club de Científicos de Moscú. En medio de los brindis a la paz y a la amistad, alguien sugirió hacer un concurso para ver quién recordaba más proverbios, no sólo antiguos refranes, sino proverbios o máximas sobre objetos cortantes, como por ejemplo «en casa del herrero, cuchillo de palo» o «enterrar el hacha de guerra». Los recursos unidos de los británicos no tardaron en agotarse, pero los concursantes rusos, todos ellos científicos e investigadores de prestigio, siguieron enfrentándose unos con otros, recurriendo a la sabiduría popular relacionada con cuchillos, hachas, hoces y otros objetos cortantes o puntiagudos y las actividades que con ellos se realizan, hasta que fue necesario poner fin a la competición. Al fin y al cabo aquello era lo que habían sacado de las aldeas analfabetas en las que muchos habían nacido.

Fue un viaje interesante, pero también desalentador, para unos intelectuales comunistas extranjeros, pues apenas conocimos a nadie allí que fuera como nosotros. A diferencia de las «democracias populares» y los «socialismos realmente existentes» del resto de Europa, donde la lucha comunista contra la opresión procedía de la búsqueda del poder al finalizar la guerra, en la URSS nos veíamos en un país gobernado durante largo tiempo por el Partido Comunista de la Unión Soviética, donde tener una carrera implicaba ser militante de dicho partido, o cuanto menos ajustarse a sus requisitos y directrices oficiales. Probablemente algunos de los que conocimos fueran comunistas convencidos y leales, pero la suya era más una convicción soviética introspectiva que ecuménica, aunque es posible que hubiéramos tenido más cosas en común con algunos de los que pedimos conocer, pero que «desgraciadamente no pueden regresar a Moscú por problemas de salud», estaban «temporalmente ausentes en Gorki» o aún no habían regresado de los campos de concentración. Era mucho más sencillo sentir lo que la «Gran Guerra por la Patria» significaba, a nivel emocional y en privado, para la gente que vimos —sobre todo en Leningrado, una ciudad que supo sobrevivir a un asedio terrible durante la guerra—, que el significado que para ellos tenía el comunismo. En cualquier caso estoy convencido de que, de pie frente a la estación de Finlandia bajo la maravillosa luz invernal de esa ciudad milagrosa que nunca me acostumbraré a llamar San Petersburgo, nuestra idea de la Revolución de Octubre no coincidía con la de nuestros guías de la delegación de Leningrado de la Academia de las Ciencias.

Aun cuando deprimido, regresé de Moscú sin sentirme alterado políticamente, y sin ningún deseo de regresar allí. Tuve que volver, pero fue un viaje fugaz en 1970 con ocasión de un congreso mundial de historia, y en los últimos años de la URSS con motivo de alguna excursión turística breve realizada desde Helsinki, ciudad en la que pasé varios veranos en un Instituto de Investigación de la ONU.*

El viaje a la URSS de 1954-1955 supuso mi primera toma de contacto con los países de lo que más tarde se llamaría «el socialismo realmente existente», pues mi visita en 1947 al Festival Mundial de la Juventud de Praga se produjo antes de que el Partido hubiera tomado totalmente las riendas del poder en las nuevas «democracias populares». De hecho, en Checoslovaquia el Partido acababa de salir como el más votado (cuarenta por 100) en unas elecciones generales legítimas con pluralidad de partidos. Aparte de conocer personalmente a varios de sus historiadores, sólo establecí un contacto directo con los demás países socialistas después del XX Congreso del PC Soviético que dio inicio a la crisis global del movimiento comunista, aunque en el caso de mi primera visita a la República Democrática Alemana en abril-mayo de 1956, antes de la publicación del ataque público de Jrushchev contra Stalin. Pero para entonces, todo había cambiado.

II

En la historia del movimiento revolucionario del siglo pasado hubo en dos ocasiones «diez días que conmovieron el mundo»: la Revolución de Octubre descrita en la obra de John Reed con ese título, y el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (14-25 de febrero de 1956). Ambos la dividieron repentina e irrevocablemente en un «antes» y un «después». No creo que se haya producido ningún acontecimiento comparable en el transcurso de la historia de un gran movimiento ideológico o político. Para ser más claro: la Revolución de Octubre generó un movimiento comunista mundial, y el XX Congreso lo destruyó.

El movimiento comunista mundial había sido construido, según las directrices leninistas, como un ejército disciplinado y único dedicado a la transformación del mundo, bajo un mando centralizado y cuasimilitar situado en el único Estado en el que «el proletariado» (esto es, el Partido Comunista) había tomado las riendas del poder. Se convirtió en un movimiento de importancia global sólo porque estaba vinculado a la URSS, que a su vez fue el país que arrasó la Alemania nazi y emergió de la guerra como una superpotencia. La victoria de la causa en otros países, la liberación del mundo colonial y semicolonial, dependieron de su apoyo y de su protección real, por mucho que a veces vacilase darla. A pesar de sus debilidades, su existencia propiamente dicha demostró que el socialismo era más

* Probablemente quepa señalar de paso que nunca se tradujo ninguno de mis libros al ruso u otra lengua soviética durante el período comunista; las únicas lenguas «socialistas de verdad» a las que algunos de ellos fueron traducidos con anterioridad a la caída del Muro de Berlín fueron el húngaro —con bastante frecuencia— y el esloveno. Sin embargo, mi libro sobre jazz fue traducido al checo.

que un sueño. Y el anticomunismo apasionado de los cruzados de la Guerra Fría, con su visión de los comunistas exclusivamente como agentes de Moscú, hizo que se unieran más firmemente a la URSS.

Con el paso del tiempo, y especialmente durante los años de lucha contra el fascismo, la izquierda revolucionaria bien organizada empezó a ser identificada prácticamente con los partidos comunistas. Habían absorbido o eliminado otras denominaciones de revolucionarios sociales. Mientras que la Iglesia Comunista Universal dio lugar a una sucesión de camarillas de cismáticos y heréticos, ninguno de los grupos rebeldes a los que anuló, expulsó o asesinó lograron establecerse nunca como algo más que un adversario local, hasta que Tito lo consiguió en 1948 (pero en su caso, a diferencia de los demás, ya era líder de un Estado revolucionario). A comienzos de 1956, se ha calculado que la fuerza unida de los tres grupos trostkistas rivales en Gran Bretaña llegaba apenas a las cien personas.¹ En la práctica, desde 1933 los partidos comunistas habían dejado casi de lado la teoría marxista, en gran medida por el celo de los soviéticos en distribuir las obras de los «clásicos». Se había hecho cada vez más patente que, para los marxistas, «el Partido» —dondequiera que viviesen, y con todas sus posibles salvedades— era lo único válido. El gran filólogo francés J. P. Vernant, comunista desde antes de la guerra, rompió con el Partido al unirse a la Resistencia gaullista —la cual desde un principio estuvo en contra de la línea seguida entonces por el Partido— y se distinguió durante el conflicto bélico con el nombre de «coronel Berthier», y como *compagnon de la Libération*, pero regresó al Partido al finalizar la contienda porque seguía siendo un revolucionario. ¿Adónde podía ir si no? El ya fallecido Isaac Deutscher, biógrafo de Trotsky, pero en su corazón un líder político frustrado, me comentó cuando lo conocí durante el período más álgido de la crisis comunista de 1956-1957: «Haga lo que haga, no abandone al Partido Comunista. Dejé que me expulsaran de él en 1932, y desde entonces siempre lo he lamentado». A diferencia de mí, nunca se resignó al hecho de que su significación política se debiese a que era escritor. Al fin y al cabo, ¿acaso la labor de los comunistas no consistía en *cambiar* el mundo en lugar de simplemente interpretarlo?

III

¿Por qué la denuncia inflexible de Jrushchev de la figura de Stalin destruyó los cimientos de la solidaridad global de los comunistas con Moscú? Después de todo, era la continuación de un proceso de desestalinización controlada que había sido anunciado repetidamente durante más de dos años, aun cuando otros partidos comunistas se resintieran de la habitual costumbre soviética de contrastarlos de repente, y sin recibir información previa, con la necesidad de justificar algún giro de política brusco e inesperado. (En 1955 la reconciliación de Jrushchev con Tito exasperó en particular a los camaradas que siete años antes se habían visto obligados, muy probablemente contra su voluntad, a lanzar salvas por la excomunión del mariscal yugoslavo de la Iglesia Verdadera.) De hecho, hasta que el mensaje de Jrushchev trascendió a un público más amplio, in-

cluido el de los partidos comunistas, el XX Congreso dio la impresión de ser un paso más —es verdad que similar a una gran zancada— para distanciarse de la era de Stalin.

Creo que debemos establecer aquí una distinción entre el impacto que tuvo en la jefatura de los partidos comunistas, especialmente aquellos que ya gobernaban Estados, y el que tuvo en los militantes de a pie. Naturalmente, todos habían aceptado las directrices de obligado cumplimiento de un «centralismo democrático», que había renunciado discretamente a la poca o mucha democracia que pudiera haber contemplado en su origen.² Y todos ellos, con la excepción quizá del PC chino que, no obstante, aceptaba la supremacía de Stalin, reconocieron a Moscú como el comandante del ejército disciplinado del comunismo mundial en la Guerra Fría global. Todos compartían una admiración extraordinaria, verdadera y espontánea por Stalin como líder y encarnación de la Causa, y el mismo sentimiento, de sobras atestiguado, de dolor y de pérdida personal que a todas luces invadió a los comunistas a su muerte en 1953. Mientras esto resultaba bastante natural para los militantes de a pie, para los que era una figura remota del triunfo y la liberación de los pobres —«el compañero con un gran bigote» que quizá regrese un día para deshacerse de los ricos de una vez por todas—, no existe la menor duda de que no era así para algunos líderes de carácter duro como Palmiro Togliatti, que había conocido al dictador muy de cerca, ni para sus víctimas reales o en perspectiva. Molotov siguió siéndole fiel después de su muerte durante treinta y seis años, aun cuando en la última época de su paranoia Stalin lo obligara a divorciarse, arrestara luego a su esposa, la sometiera a interrogatorio y la mandara al exilio, e incluso estuviera claramente preparando al propio Molotov para someterlo a un juicio espectáculo. Anna Pauker, de la Comintern de Rumania, lloró cuando se enteró de la muerte de Stalin, a pesar de que no le gustaba, de que tenía miedo de él y de que por aquel entonces se estaba planeando arrojarla a los lobos por supuesta burguesa nacionalista, agente de Truman y del sionismo. («No llore —le dijo el encargado de interrogarla—. Si Stalin siguiera vivo, Vd. estaría muerta.»)³ No es de extrañar que el ataque exaltado de Jrushchev a su carrera y al «culto a la personalidad» tuvo un efecto de onda expansiva en el movimiento comunista internacional.

Por otro lado, por mucho que sus líderes admiraran a Stalin y acataran las «directrices» del Partido soviético, los partidos comunistas, tanto si estaban en el poder como si no, nunca fueron ni «monolíticos», por citar la expresión estalinista, ni meros agentes ejecutivos de la política del PCUS. Y al menos desde 1947 Moscú les mando hacer una serie de cosas, a menudo políticamente perjudiciales, que ellos, o como mínimo algún sector importante de su dirección, jamás hubieran hecho por propia iniciativa. Mientras Stalin vivía y la jefatura moscovita seguía siendo «monolítica», todo terminaba allí. La desestalinización reabrió antiguas posibilidades, especialmente porque los hombres del Kremlin carecían a todas luces de la vieja autoridad, y siguió haciendo frente a una fuerte oposición por parte de los antiguos estalinistas. Pues Moscú ya no estaba sometida al gobierno monolítico (aunque fuera por poco tiempo). En resumen, ahora podían abrirse fisuras en la estructura de la zona bajo control soviético. Al cabo de unos meses

del XX Congreso dichas estructuras se resquebrajaron, de forma patente, en Polonia y Hungría. Y esto a su vez agravó la crisis en el seno de los Partidos Comunistas no gubernamentales.

Lo que en realidad desconcertó a la gran mayoría de los militantes de estos partidos es que la denuncia dura e implacable de los crímenes de Stalin no procedía de la «prensa burguesa», cuyas historias, si llegaban a leerlas, podían ser tachadas *a priori* de difamatorias y mendaces, sino del mismísimo Moscú. Era imposible no hacer caso de ella, pero también era imposible saber cómo reaccionarían los creyentes leales ante ella. Incluso aquellos que «antes de que Jrushchev hablara tuvieron fuertes sospechas... [acerca de los hechos revelados] equiparables a una certeza moral»⁴ quedaron impresionados por la magnitud, hasta entonces no conocida totalmente, de los asesinatos en masa de comunistas perpetrados por Stalin. (El Informe Jrushchev no hablaba de todos los demás.) Y ningún comunista racional podía evitar plantearse una serie de preguntas muy serias.

No obstante, creo que se puede afirmar con seguridad que a comienzos de 1956 ninguna de las jefaturas del Partido en países de régimen no comunista pensaba de verdad que la desestalinización implicase una revisión fundamental del papel, los objetivos y la historia de su propio Partido y de los que se hallaban en su misma situación. Tampoco esperaban que surgieran problemas graves entre sus militantes, pues los que seguían formando parte de sus filas eran aquellos que habían resistido los diez años de propaganda de la Guerra Fría. Sin embargo, quizá debido precisamente a su confianza, esa vez no consiguieron atraer el apoyo de gran parte de sus miembros hacia su postura.

Retrospectivamente la razón está clara. No nos habían dicho la verdad acerca de algo que iba a afectar precisamente al carácter de las convicciones de un comunista. Además, nos dábamos cuenta de que la dirección del Partido habría preferido que no supiéramos la verdad —la mantuvieron oculta hasta que se filtró a la prensa no comunista el discurso oficioso de Jrushchev—, y sus responsables a todas luces querían poner punto final lo antes posible a cualquier discusión sobre el tema. Cuando estalló la crisis en Polonia y Hungría insistieron en ocultar lo que nuestros propios periodistas informaban. Quizá se pueda entender por qué, como organización del Partido, pensaron que era lo mejor, pero eso no era ni marxismo ni política auténtica. Cuando falló la llamada habitual a la lealtad inquebrantable, su reacción inmediata fue culpar a las vacilaciones poco afortunadas de aquellos elementos de inestabilidad y debilidad bien conocidos por todos, los intelectuales pequeñoburgueses. Las autoridades del Partido tardaron desde marzo a noviembre en reconocer aquello de lo que el Comité de la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista se había percatado casi inmediatamente, a saber, que se atravesaba por «la situación más crítica y grave del Partido desde su fundación».⁵ De hecho, tras la Insurrección de Hungría y la intervención armada soviética al final de aquel año, ni siquiera los miembros del Partido más ciegamente leales podían negar la evidencia. Cuando su dirección volvió a establecerse en 1957, después de resistir el ataque de una oposición abierta sin precedentes, el Partido Comunista británico había perdido a una cuarta parte de sus militantes, a un tercio del personal de su periódico, el *Daily Worker*, y probablemente a la mayoría

de los miembros que quedaba de la generación de intelectuales comunistas de los años treinta y cuarenta. Pero pese a perder a varios de sus líderes sindicales, recuperó rápidamente su influencia en la industria nacional, que alcanzó su máximo apogeo en los años setenta y los primeros de los ochenta.

No sólo resulta difícil reconstruir el ambiente, sino también la memoria de aquel año traumático que condujo, a través de una sucesión de crisis menores, al punto álgido de tensión que supuso la reconquista de Hungría por parte del ejército soviético, y a continuación a una serie de tropiezos y de luchas que tendrían como resultado tras varios meses de discusiones febriles y abocadas al fracaso a una derrota por agotamiento. La obra de Arnold Wesker, *Sopa de pollo con cebada*, acerca de una familia judía de clase obrera que entra en conflicto con su fe comunista, permite entender muy bien lo que ha sido llamado «el dolor de perderla y el dolor de aferrarse a ella».⁶ Incluso después de que haya pasado prácticamente medio siglo, mi garganta se reseca cuando evoco las tensiones casi insostenibles bajo las que tuvimos que vivir mes tras mes, los momentos interminables de decisión acerca de qué decir y qué hacer de los que nuestras vidas parecían depender, los amigos que ahora se aferraban el uno al otro o entraban en un enfrentamiento terrible como enemigos, la sensación de que todo se precipitaba, sin quererlo pero irreversiblemente, por una ladera cubierta de guijarros y piedras para acabar estrellándose fatalmente contra la pared de la roca. Y todo esto mientras todos nosotros, con la excepción sólo de un puñado de trabajadores del Partido a tiempo pleno, debíamos seguir, como si no hubiera ocurrido prácticamente nada, con nuestra vida y nuestro trabajo del exterior, que durante un tiempo fueron algo semejante a distracciones superfluas del enorme problema que dominaba nuestros días y nuestras noches. Sabe Dios que 1956 fue un año dramático en la política británica, pero en la memoria de aquellos que entonces eran comunistas, todo lo demás se ha desvanecido. Por supuesto que nos movilizamos junto con la izquierda del Partido Liberal y del Partido Laborista, por una vez totalmente unidas, contra las mentiras del Gobierno de Anthony Eden en la crisis de Suez. Pero Suez no era lo que nos quitaba el sueño. Probablemente el modo mejor de exponerlo es que, durante más de un año, los comunistas británicos vivieron al borde de lo equivalente en política a un ataque de nervios colectivo.

Lo que empeoraba las cosas es que el Partido Comunista británico, al ser poco más numeroso que una familia, era en muchos sentidos, según una crítica apócrifa realizada por la Comintern, «una reunión de amiguetes». A diferencia de otros partidos, no tenía un historial de expulsiones y excomuniones clamorosas. Carecía de la versión particular de estilo «bolchevique» de liderazgo que daba lugar a matones implacables y complacientes como André Marty del PC francés. Teníamos la posibilidad de encontrarnos con nuestros líderes y conversar con ellos, nos gustaban casi todos y al menos algunos podíamos comprender las presiones a las que estaban sometidos. Ninguno de los críticos queríamos abandonar el Partido, y el Partido tampoco quería perdernos. Al margen de lo que nos deparara el futuro para nuestra vida política —incluso la mayoría abrumadora de los que abandonaron el Partido o fueron expulsados de él siguieron siendo de iz-

quierdas—, todos vivimos aquel período de crisis de 1956 como comunistas convencidos.

Me hubiera metido en medio de aquella crisis en cualquier caso, pero en realidad estaba en el centro de la misma, pues en 1956 era el presidente de la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista —una de las pocas veces que he sido presidente de alguna organización—, y la agrupación se convirtió prácticamente de inmediato en el núcleo de la oposición que se hizo de palabra contra la línea del Partido, cuando nos fue anunciada por un portavoz de King Street el 8 de abril de 1956 poco después de que Jrushchev pronunciara su discurso, o mejor dicho después del subsiguiente Congreso del Partido Británico, en el que se intentó (en vano) obviar el asunto. Nos rebelamos y la agrupación planteó los dos desafíos más sonados al Partido. En el primero, uno de los miembros más destacados de la agrupación, Christopher Hill, actuó de portavoz del Informe de la Minoría de la Comisión para la Democracia Interna del Partido, esto es, de líder virtual de la oposición en el Congreso del Partido de mayo de 1957. A mediados de julio John Saville, de la Hull University, y E. P. Thompson, por aquel entonces profesor del departamento de cursos externos de Leeds, sacaron en el seno del Partido un boletín de oposición, sin precedentes y totalmente ilegítimo según aquél, *The Reasoner*. (Tras su marcha del Partido volvió a aparecer con el título de *The New Reasoner* en 1957, con aportaciones de varios simpatizantes, entre ellos yo mismo.) La intervención soviética en la Insurrección húngara hizo que varios de nosotros abriéramos en la disciplina del Partido una segunda brecha quizá más flagrante y técnicamente punible con la expulsión: una carta colectiva de protesta, firmada por la mayoría de los historiadores más conocidos (entre otros el leal Maurice Dobb, que normalmente nunca se pronunciaba), rechazada por el *Daily Worker* y publicada a bombo y platillo por la prensa ajena al Partido.⁷ Sólo los miembros del Partido de aquella generación podrán comprender hasta qué punto era imperdonable una falta de disciplina como ésa. Unos años después la carta me dio la oportunidad, durante una velada bastante exaltada en una taberna austríaca, de poner en jaque a un Arthur Koestler muy bebido e irritado, que quería saber si los individuos como yo se habían puesto alguna vez en contra de los rusos por lo ocurrido durante la Insurrección de Hungría.

Entre las «agrupaciones culturales» del Partido, la de los historiadores había sido la más floreciente en todo momento, y además bastante leal políticamente. ¿Por qué razón nosotros —más que los escritores, más que los científicos, aturridos por el impacto de los absurdos de Lysenko y de la ideología oficial soviética— nos vimos desde un principio en la vanguardia de la oposición? Principalmente porque debíamos hacer frente a la situación no sólo como individuos particulares y militantes comunistas, sino como historiadores en el ejercicio de su profesión. El tema de lo ocurrido durante el régimen de Stalin y de por qué se había ocultado constituían a todas luces un aspecto de la historia. Lo mismo sucedía con las cuestiones abiertas y no debatidas acerca de algunos episodios de la historia de nuestro Partido que estaban directamente relacionados con las decisiones de Moscú de la era de Stalin, especialmente el abandono de la línea antifascista en 1939-1941. De hecho, también sucedía lo mismo con nuestra actitud

política. Como alguien dijo el día de nuestra primera rebelión: «¿Por qué tenemos simplemente que aprobar a Jrushchev? No sabemos cómo han sido las cosas, sólo podemos ratificar una política; pero los historiadores se basan en pruebas».⁸

Esto explica nuestra única intervención colectiva como agrupación en 1956 en los asuntos del Partido. Exigimos que se escribiera una historia seria del PC. Los de King Street, desesperados como estaban —ahora puedo verlo desde un punto de vista retrospectivo— por reconciliarse con un puñado de intelectuales problemáticos a los que, no obstante, consideraban un valor en activo, estuvieron de acuerdo en nombrar una comisión para discutir el asunto. Harry Pollitt, presidente y líder indiscutible del Partido durante nuestra época, Palme Dutt, el guru ideológico, y Klugmann representaban a la dirección, y yo, como presidente de la agrupación, y Brian Pearce hablábamos en nombre de los historiadores. (Brian, que anteriormente había sido un especialista en los Tudor y ahora era un magnífico traductor del francés y del ruso, había adoptado desde hacía mucho tiempo una posición muy crítica con los mitos y silencios de la historia del PC. Posteriormente abandonaría el Partido Comunista por una de las organizaciones trotskistas.)

Recuerdo las reuniones frustrantes que mantuvimos. No es que los historiadores nos enfrentáramos a una sola línea coordinada. Harry admiraba a Stalin y, como la mayoría de los líderes del Partido de los viejos tiempos, no aprobaba ni respetaba a Jrushchev. Era un dirigente obrero de gran nivel con más carisma que cualquier líder del Partido Laborista excepto Bevan, y, como antiguo calderero, sabía mucho mejor que Bevan de qué iban los sindicatos. Su instinto y su larga experiencia hacían que abrigara un profundo escepticismo respecto a los sabuesos de la historia del Partido. Como político, sabía que las investigaciones de los jueces de instrucción en torno a viejas peleas, sobre todo entre camaradas todavía vivos, solían acarrear problemas. Como viejo peón de la Internacional Comunista, se daba cuenta de que había muchas cosas que no podían contarse y de que era mejor que algunas permanecieran en secreto. Ninguno de nosotros podía saber entonces que en 1937 Pollitt había intervenido en Moscú en defensa de un antiguo representante de la Internacional Comunista en Gran Bretaña y de su esposa, que acababan de ser detenidos, llegando quizá a interceder incluso ante Stalin. Aquel paso extraordinariamente valeroso y honesto lo llevó a tener serios problemas en aquellos días de terror paranoico. La Internacional Comunista consideró la eventualidad de sustituirlo como líder del Partido, y se esbozó el guión de un posible proceso-espectáculo. Se salvó de lo peor, con la ayuda de un pasaporte británico, gracias a Dimitrov y quizás a la obstinada negativa por parte del antiguo jefe de organización de la Internacional Comunista, Osip Piatnitsky, incluso bajo tortura, a hacer la «confesión» que le pedían implicando a las víctimas designadas.⁹ ¿Habría convenido al movimiento que se publicara este episodio de la historia del Partido, por mucho que dijera mucho en su favor y especialmente en el de Pollitt? Hizo saber que, en su opinión, el único tipo de historia que convenía al Partido era la militar —las batallas libradas, los hechos heroicos, los sacrificios por la causa, las banderas rojas ondeando al viento—, que llenara de orgullo y esperanza a los camaradas.

El intelectual indo-escandinavo Palme Dutt, uno de esos personajes de clase alta y estatura increíble que de vez en cuando se ven entre los bengalíes, y que pertenecía por línea materna a una eminente familia sueca, la de Olof Palme, el primer ministro socialista asesinado en 1986, era otro miembro de la comisión.* A diferencia de Harry, Dutt era un intelectual nato además de un partidario instintivo de la línea dura. Muchos años antes, la noche que pasó en mi casita de Cambridge al término de una reunión dejó en mí una admiración duradera por su agudeza y la convicción igualmente duradera de que no le interesaba la verdad, sino que utilizaba su inteligencia exclusivamente para justificar y explicar la línea seguida en cada momento, fuera cual fuese. Ahora pienso que fui injusto con el instinto intelectual que seguía profundamente enterrado en él, o quizá con su fe en el reconocimiento póstumo de su persona como algo más que un sofista particularmente dotado al servicio de la autoridad. Admitió que una auténtica historia del Partido Comunista era ante todo la historia de su política, es decir de los cambios de línea adoptados. Y naturalmente aquello debía suponer una consideración crítica y, si era necesario, un juicio negativo. ¿Pero estaba todavía por venir ese momento? Él lo dudaba.

¿Y nuestro viejo héroe James Klugmann? Se sentaba a la derecha de la mesa, en la esquina más alejada, y no decía nada. Sabía que teníamos razón. Si no hacíamos una historia de nuestro Partido, sin soslayar los capítulos más problemáticos, éstos no desaparecerían. La historia la escribirían simplemente los estudiosos anticomunistas, y efectivamente al cabo de dos años ya se había escrito una.¹⁰ Pero carecía de lo que el gran Bismarck llamara una vez *Zivilcourage*, una valentía civil contrapuesto, a la valentía militar. Sabía lo que estaba bien, pero se avergonzaba de decirlo en público. (En esto se parecía a un personaje político bastante diferente, Isaiah Berlin, respecto a la política del Estado de Israel.) No dijo nada y no tuvo inconveniente en asumir la tarea de escribir una historia oficial aceptable del PCGB, que sabía que era imposible. Doce años más tarde publicó el primer volumen que llegaba hasta 1924. La demostración, por lo demás bastante brutal, que hice de que no había hecho más que perder el tiempo no deterioró nuestras relaciones.¹¹ Antes de morir publicó un segundo volumen que llegaba hasta 1927, justo antes de que tuviera que enfrentarse a los episodios más controvertidos. Nunca escribiría nada más. Mientras tanto, editó *Marxism Today*, publicación fundada como compensación a los críticos que permanecían en el Partido en 1957, que no fomentaba exactamente el debate abierto, aunque tampoco lo impedía.

* También lo era el profesor Sven Ulric Palme, de la Universidad de Estocolmo, que me propuso para la obtención de mi primer título honorífico, por el que recibí una verdadera corona de laurel que nuestra asistente de Clapham arrojó luego al cubo de la basura. (El mundo académico sueco se toma a sí mismo lo bastante en serio para no ver nada extraño en una colección de sabios de mediana edad vestidos con trajes oscuros y con coronas de laurel charlando entre ellos, con una copa de champagne en las manos, como si fuera un montaje moderno de *Julio César*.)

IV

Cuando pienso en los efectos que tuvo el XX Congreso sobre el escenario histórico en general, me siento un poco incómodo al insistir en las tormentas que se desencadenaron en las cocinas del Partido en Gran Bretaña. A raíz de las huelgas de los trabajadores y de las manifestaciones de los católicos de Polonia —una combinación poderosísima incluso entonces—, se hizo con el poder en este país una nueva dirección comunista encabezada por Vladislav Gomulka, que había sido depurado en 1949 y acababa de salir de la cárcel. (Por fortuna, los polacos se habían librado de organizar los juicios amañados y las ejecuciones que ensuciaron la imagen de Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia, y por lo tanto pudieron «rehabilitar» a personas todavía vivas y no a cadáveres.) Los chinos, por entonces integrados todavía en el movimiento internacional, se impusieron sobre los rusos y evitaron que se produjera una acción militar. La Revolución húngara que se desencadenó poco después fue menos afortunada, casi con toda seguridad porque sus nuevas autoridades fueron más allá de lo que cabía esperar que toleraran los soviéticos, al abandonar la alianza militar de los países del Este, el Pacto de Varsovia, y proclamar su neutralidad en la Guerra Fría. Nada de esto, empezando por el propio Jrushchev, impresionó a los chinos, cuyas relaciones con la URSS empezaron a deteriorarse notablemente. Al cabo de un año o dos los dos gigantes comunistas se habían separado. A partir de ese momento existirían dos movimientos comunistas rivales, aunque en realidad casi todos los partidos comunistas permanecieron fieles al centro soviético. El llamado «maoísmo» de los años sesenta no llegó a crear verdaderos partidos, sino pequeñas sectas de activistas, a menudo reñidas entre sí. Incluso el grupo más serio declaradamente prochino, el Partido Comunista de la India (Marxista), que se escindió del PCI, no era realmente maoísta. Contó con tanto apoyo como el que tenía el comunismo en la India, sobre todo en el estado de Kerala, donde incluso hoy día pueden verse por las carreteras del país muchos camiones decorados con la foto de Stalin, y en Bengala Occidental, a cuyos sesenta y ocho millones de habitantes ha venido gobernando hasta hoy día (2002) el PCI (M) con un sólido apoyo popular.

En Gran Bretaña la principal consecuencia del tremendo terremoto de 1956 fue el malestar de unos treinta mil militantes del Partido Comunista y la dispersión de las fuerzas de los pequeños grupos de extrema izquierda. La mayoría de los que abandonaron el Partido probablemente se apartaron en silencio del activismo político. (Lo mismo hicieron también algunos de los que permanecieron en él, por ejemplo yo mismo, convencidos de que, como el Partido no se había reformado, no tenía futuro político a largo plazo en el país.) Algunos fueron a parar a los tres grupos trotskistas más importantes, aunque éstos no crecieron tanto debido a los tránsfugas del PC como al resquebrajamiento del monolito comunista mundial y a la pérdida del monopolio del marxismo que detentaba prácticamente el PC. El militante joven ahora tenía varias opciones a la izquierda. La mayoría de los críticos provenientes de la Agrupación de Historiadores, que de hecho no sobrevivió a la crisis, fueron a parar a una «Nueva Izquierda» —o intentaron crearla—, que no estuviera manchada por los malos recuerdos del estalinismo.

El *New Reasoner* (1957-1959) de Saville y Thompson se convirtió en el refugio de la mayoría de los intelectuales ex militantes del PC. Finalmente se fundió con *Universities and Left Review*, creada por el miembro más joven de la antigua Agrupación de Historiadores, Raphael Samuel, junto con otro ex comunista, Gabriel Pearson, y dos jóvenes radicales independientes de Oxford bastante impresionantes, el teórico de la cultura jamaicano Stuart Hall y el filósofo canadiense Charles Taylor. Los editores tenían por término medio veinticuatro años. Desde comienzos de los años sesenta esta *New Left Review*, que tanto trabajo había costado unificar, pasó a manos de un nuevo equipo de jóvenes marxistas pos-PC de Oxford, en su mayoría procedentes del viejo ambiente anglo-irlandés de la República de Irlanda. Su abanderado era Perry Anderson (de sólo veintidós años), joven notablemente capacitado, que además financiaba en gran medida su publicación. A diferencia de los pequeños británicos de las viejas «Nuevas Izquierdas», los intereses de la revista eran claramente internacionales, más teóricos, y menos, mucho menos vinculados al movimiento obrero o a la política socialista. Aunque acabó situándose en la órbita de la IV Internacional, logró imponerse como la publicación más importante de una nueva generación de marxistas anglosajones.

En la práctica, esas «Nuevas Izquierdas», aunque intelectualmente fecundas, fueron insignificantes. No reformaron el Partido Laborista (frente al cual se mostraron siempre ambiguas) ni el Partido Comunista (como ocurrió en Suecia). No dieron lugar ni a nuevos partidos de izquierda (como en Dinamarca), ni a nuevas organizaciones significativas mínimamente duraderas, ni siquiera líderes nacionales individuales. El propio Thompson acabó haciéndose célebre a escala nacional como portavoz del movimiento en favor del desarme nuclear, pero aunque la CND (Campaign for Nuclear Disarmament), el movimiento más importante con mucho de la izquierda británica después de 1945, fue fundada más o menos por la misma época (1958), no tuvo nada que ver con la crisis del PC.

En algún sentido el breve episodio de la Partisan Coffee House simboliza la combinación de ideología, falta de sentido práctico y optimismo sentimental de aquellas primeras «Nuevas Izquierdas» posteriores a 1956. Como tantas otras cosas, fue una idea de Raphael Samuel que, junto con Edward Thompson, otro gran romántico por naturaleza, se erigió en la influencia más original entre los antiguos intelectuales del PC. Todos los que conocieron a Raphael, cuya apasionada vida fue segada prematuramente por el cáncer, conservan exactamente los mismos recuerdos suyos: un rostro fino, entusiasta, con una mirada dulce, capaz de ponerse a brillar de inmediato, bajo una catarata de cabello oscuro al final finísimo, yendo y viniendo solo rápidamente de un lugar a otro, llevando consigo allá donde fuera una enorme colección de apuntes y fichas entre los que se esforzaba por encontrar el papel que anduviera buscando. Todo lo que publicó formaba parte de una infinita obra global que estaba elaborando. Le resultaba imposible escoger entre las numerosas maravillas del pasado (fundamentalmente británico), y ése es el motivo de que nunca llegara demasiado lejos con la tesis doctoral que se suponía que yo estaba dirigiéndole —creo que trataba de la mano de obra irlandesa en el Londres victoriano—, ni con ningún otro proyecto. Como habría cabi-

do esperar de un activista nato como él, encontró su lugar en Ruskin College, donde daba clases a los sindicalistas ante la mirada, generalmente despreocupada de los profesores de la Universidad de Oxford. Su historia no tenía ni estructura ni límites. Era un paseo inacabable y asombrosamente erudito por los maravillosos paisajes de la memoria y la vida de la gente sencilla, en el que de vez en cuando un espectáculo particularmente atractivo visto de pasada le obligaba a dar un salto intelectual.

Esta vehemente figura vagabunda, la absoluta negación de la eficacia administrativa y ejecutiva, llevaba dentro de sí una carga explosiva de energía, una infinita capacidad de generar ideas e iniciativas, y por encima de todo una capacidad sorprendente de convencer a los demás de que las hicieran realidad. Una de ellas fue la *Universities and Left Review*, y el movimiento del «Taller de historia», origen del *History Workshop Journal* (el punto de encuentro más influyente de los historiadores posmarxistas de izquierdas), otra. Una tercera fue la Partisan Coffee House. Con dos generaciones de marxistas revolucionarios judíos tras de sí, soñaba con sustituir el autoritarismo estalinista del Partido por una movilización espontánea y creativa de las mentes políticas, ¿y qué mejor lugar para hacer algo así que un café? No uno de esos cafés neobarrocos de consumición rápida que llenaban las calles laterales del East End con las cafeteras Gaggia Espresso que acababan de popularizarse, sino un verdadero café del Soho, en el que la gente pudiera discutir de temas teóricos, jugar al ajedrez, tomar porciones de *strudel* y celebrar reuniones políticas en un salón interior, como se hacía en el continente en la época anterior a la pérdida de la inocencia. Los beneficios del local debían costear los gastos de la propia revista, cuyas oficinas estarían situadas en el piso de arriba. La Partisan debía expresar el nuevo espíritu de la política y el nuevo espíritu de las artes. Sería diseñado por los jóvenes arquitectos más extremados del momento, que naturalmente simpatizarían con el proyecto. No recuerdo si las sesiones de jazz formaban también parte del sueño. Es más probable que fueran sesiones de música folk. Para garantizar su buena fe (y quizá para ganarse de paso el apoyo de las generaciones de más edad) sería dirigido por algunas personalidades adecuadas de izquierdas. Yo mismo me dejé persuadir para ocupar uno de esos puestos de dirección, en contra de mi buen criterio. Un eminente arquitecto ex militante del PC, siempre correctamente vestido con trajes de *tweed* y domiciliado en Keats Grove ocupaba otro. No recuerdo a nadie más. Raph ni siquiera se fijó en nosotros.

Contemplado retrospectivamente, parece increíble que este loco proyecto llegara tan lejos. Pero así fue. Ni siquiera el genio de Raphael como vendedor habría logrado reunir la importante cantidad de dinero necesaria si previamente no hubiera caído la llamada «Rama de Actividades Económicas» del Partido Comunista, que hasta entonces había proporcionado buena parte de los ingresos del PC. Hasta 1956 había sido un sólido bastión de la ortodoxia leal que invitaba a los conferenciantes del Partido (por ejemplo a mí, cuando di una charla para ellos) a hablar de temas tales como «La Comuna de París de 1871». Ahora que eran prósperos, algunos incluso muy ricos, la revelación de lo que habían sufrido los judíos soviéticos durante los últimos años de Stalin resultaba demasiado para aque-

llos habitantes del East End, en su mayoría judíos, que habían entrado en el Partido durante la época antifascista. Quien respaldara a la Partisan debía saber que no era un proyecto financiero serio, pero en la juventud y la pura confianza utópica de Raph debía de haber algo que atrajera a aquellos hombres de mediana edad cuyo universo moral había caído hecho pedazos a su alrededor. Fuera como fuese Raph consiguió el dinero, logró comprar o alquilar una casa en Carlisle Street, en el Soho, cerca de la antigua residencia de Marx en Dean Street, y montó la Partisan Coffee House.

Era un plan destinado al desastre. La moda imperante por aquel entonces entre los arquitectos prefería los interiores austeros, semejantes a las salas de espera de una estación. Aquél atraía a los vagabundos más desmoralizados y a los colgados más marginales del Soho, que no eran bien recibidos en los locales con una decoración más elaborada ni tampoco se sentían atraídos por ellos, especialmente por la noche, así como a la policía metropolitana en busca de camellos. Las grandes mesas —carísimas por cierto— y los asientos cuadrados tenían por objeto fomentar la redacción de tesis doctorales y la celebración de largos debates sobre táctica, al tiempo que minimizaban el espacio destinado a las consumiciones de los clientes, que debían producir beneficios económicos. En cualquier caso, el fuerte de la gestión de la Partisan no era comprobar los tiquets de caja y llevar las cuentas. En resumen, aunque Raphael intentaba restar importancia a todo esto ante los directivos, cada vez más preocupados, al cabo de dos años el local era una ruina. Sólo la nostalgia y la necesidad de mantener el contacto entre las generaciones de izquierdistas de antes y después de 1956 puede explicar por qué me vi envuelto en este lunático negocio. Sin embargo, no estaba menos condenado de antemano al fracaso que las diversas empresas políticas de los que abandonaron el Partido en 1956-1957. Lo mismo que la Partisan Coffee House, los proyectos políticos de la «Nueva Izquierda» de 1956 son en la actualidad poco menos que una nota marginal casi olvidada.

En el terreno intelectual 1956 dejó tras de sí más cosas, entre ellas el notable impacto de E. P. Thompson, que sería calificado en el *Arts and Humanities Citations Index* (1976-1983) como uno de los 100 autores del siglo xx más citados en las áreas cubiertas por esta obra. Antes de 1956 era poco conocido fuera del PC, en el que había pasado los años posteriores a su regreso de la guerra como un brillante activista originario de Yorkshire, apuesto, apasionado y sumamente dotado para la oratoria, y, según los alumnos de sus clases nocturnas, un «camarada alto y fuerte» excesivamente cargado de energía nerviosa, que explicaba los poemas de William Blake.¹² Como su afición había ido dirigida originariamente hacia la literatura y no hacia la historia en cuanto tal, su relación con la Agrupación de Historiadores fue sólo marginal. Fue 1956 lo que lo convirtió fundamentalmente en historiador. Su fama posterior se basa sobre todo en su obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963), una especie de volcán histórico en erupción de 848 páginas que fue acogida inmediatamente como un libro de importancia capital por los historiadores profesionales, y que de la noche a la mañana conquistó al público de jóvenes lectores radicales de ambos lados del Atlántico, y poco después también a los sociólogos y especialistas en historia social de la Europa con-

tinental. Todo ello pese al período agresivamente breve de tiempo que abarca y al carácter estrictamente inglés —ni siquiera británico— de su materia de estudio. Además de escapar de la jaula de la vieja ortodoxia del Partido, le permitió entablar un debate colectivo con otros pensadores de izquierdas, viejos y nuevos, hasta entonces aislados, enraizados como él muchos de ellos en el movimiento en favor de la educación de adultos, y en particular con la otra gran figura de la primera «Nueva Izquierda», el profesor de literatura Raymond Williams.

Edward era de hecho una persona con unas dotes realmente extraordinarias, entre otras esa especie de «cualidad de estrella» que hacía que todo el mundo volviera sus ojos hacia su apostura cada vez más marcada allí donde se encontrara. Su «obra conjugaba pasión e inteligencia, las dotes del poeta, el narrador y el analista». Era el único historiador que he conocido que no sólo poseía talento, brillantez, erudición y el don de la escritura, sino también... «genio en el sentido tradicional de la palabra»,¹³ cosa que resultaba tanto más evidente por cuanto coincidía con la imagen romántica del genio en aspecto, vida y obra, sobre todo si como fondo tenía el oportuno paisaje de las colinas de Gales.

En resumidas cuentas, era un hombre favorecido por las hadas desde su cuna con todos los dones posibles excepto dos. La naturaleza no le había proveído ni de las dotes de un redactor innato ni de una brújula innata. Y, a pesar de su calidez, encanto, humor y temperamento, a veces se mostraba inseguro y vulnerable. Como les ocurriría a muchas de sus obras, *La formación* había empezado siendo el primer capítulo de un breve manual sobre la historia de los trabajadores británicos desde 1790 a 1945, y acabó yéndosele de las manos. Al cabo de unos años interrumpió los notables estudios sobre la sociedad del siglo XVIII que había iniciado a raíz de que *La formación* lo convirtiera temporalmente en un académico ortodoxo, cosa que no encajaba con su estilo, para lanzarse a una lucha teórica contra la influencia de un marxista francés, el difunto Louis Althusser, que por entonces inspiraba a algunos de los jóvenes izquierdistas más brillantes de la época. A finales de los años setenta toda su energía se había volcado en el movimiento antinuclear del que se convirtió en la estrella nacional. No volvió a la historia hasta que se encontraba demasiado enfermo para acabar sus proyectos. Murió en 1993 en su jardín de Worcestershire.

No cabría reprochar a un estudioso que dejara de escribir para encabezar una campaña antinuclear a comienzos de los años ochenta, pero el episodio de Althusser no tenía esa justificación. Le dije en su momento que era un crimen abandonar su labor histórica, capaz en principio de hacer época, para discutir con un pensador cuya influencia habría fenecido al cabo de diez años. Y de hecho, Althusser estaba ya muy cerca de llegar a su fecha de caducidad en los ambientes *marxisants* franceses. Aunque en su momento contribuyó a abrir el debate teórico en la izquierda, si sobrevive hoy día no es como filósofo, sino debido fundamentalmente a su trágica trayectoria personal. Era un maníaco depresivo que acabaría matando a su mujer. Pero ni siquiera eso era previsible entonces, aunque en sus fases de locura ya resultaba una experiencia bastante desagradable. Poco antes de la tragedia vino a Londres, oficialmente a participar en un seminario en el University College, y de manera extraoficial a buscar apoyo para cierta iniciativa

estratosférica en la que pretendía involucrar a *Marxism Today* y a mí mismo. Su anfitrión nos lo endosó después de acogerlo una noche en su casa y Marlene lo cuidó toda una mañana, durante la cual, inspirado por el modesto instrumento que teníamos en casa, insistió en encargar un gran piano de cola en una tienda de la ciudad para que se lo enviaran a París. Cuando le tocó hacerse cargo de él al siguiente afortunado, expresó un vivo interés por un Rolls-Royce (o quizás un Jaguar) visto en un concesionario de Mayfair que insistió en visitar. Parecía evidente que aquella mente preclara estaba acelerando ya la marcha del motor de su cerebro alrededor de una pista mortal que había de conducirlo a un destino trágico.

Lo cierto es que Edward sufrió mucho debido al fracaso de la «Nueva Izquierda» de 1956. Ninguno de los integrantes de la generación ex comunista esperaba demasiado del Partido Laborista. La nueva generación de jóvenes intelectuales, con la que deseaba desesperadamente no perder contacto, estaba tomando unos nuevos derroteros para él indeseables. ¿Tenían el sentido de la fuerza moral de la clase trabajadora británica que tenía él (o Raymond Williams)? El marxismo continental, mucho más teórico, no era el suyo, y tras el nuevo movimiento estudiantil internacional detectaba una «burguesía rebelde» e «irracionalista». Se encontraba en el margen exterior de la política. Creo que ésa fue una de las razones de que se lanzara al movimiento antinuclear con tanto apasionamiento.

Aunque yo seguí en el PC, a diferencia de la mayoría de mis amigos de la Agrupación de Historiadores, mi situación como individuo que había cortado sus amarraz políticas no era sustancialmente distinta de la suya. En cualquier caso, mis relaciones con ellos siguieron siendo las mismas. El Partido me pidió que las cambiara, pero yo me negué. Prefirieron prudentemente no expulsarme, pero fue decisión suya, no mía. La pertenencia al Partido ya no significaba para mí lo que había venido significando desde 1933. En la práctica me reciclé y pasé de militante a simpatizante o compañero de viaje o, por decirlo de otro modo, pasé de la pertenencia efectiva al Partido Comunista Británico a una especie de pertenencia espiritual al PC italiano, que se adaptaba mucho mejor a mis ideas de lo que era el comunismo. (El PCI correspondió a esas simpatías mías.)

En cualquier caso, las actividades políticas individuales de cualquiera de nosotros ya no importaban. Teníamos influencia como profesores, como estudiosos, como escritores políticos o, a lo sumo, como «intelectuales públicos», y por eso —al menos en Gran Bretaña— nuestra pertenencia a un partido o a una organización era irrelevante, excepto para las personas que tuvieran algún tipo de prejuicio respecto al PC. Si seguimos teniendo o llegamos a tener alguna influencia entre los jóvenes de izquierdas, fue porque nuestro pasado de izquierdas y nuestro marxismo o nuestro compromiso con los estudios radicales en ese momento nos daba lo que hoy día se llama «crédito a nivel de calle», porque escribíamos sobre cosas importantes y porque a ellos les gustaba lo que escribíamos. Desde la perspectiva de ese público lector, joven y viejo, las diferencias políticas e ideológicas entre Thompson, Raymond Williams y Hobsbawm eran menos importantes que el hecho de que los tres pertenecieran a la reducida minoría de «nombres»: de que fueran unos pensadores intelectualmente acreditados y unos escritores acusados de ser de izquierdas.

No obstante, sigue abierta la cuestión de por qué permanecí en el Partido, a diferencia de lo que hicieron muchos amigos míos y a pesar de mi disidencia. A lo largo del tiempo he dado respuesta a esta cuestión en varias ocasiones. Me la han planteado casi todos los periodistas que me han entrevistado, pues en nuestra sociedad saturada por los medios de comunicación la forma más rápida de identificar a una personalidad es presentar una o dos características singulares: y las mías son ser un profesor universitario al que le gusta el jazz y que permaneció en el Partido Comunista más tiempo que la mayoría. Y yo he dado prácticamente siempre la misma respuesta con mayor o menor extensión.¹⁴ Representa mi justificación de las sucesivas décadas de pertenencia al Partido, y no necesariamente lo que pensaba en ese momento. Hoy día resulta imposible reconstruir esos sentimientos, aunque, entonces como ahora, me repelió siempre la idea de estar en compañía de esos ex comunistas que se transformaron en anticomunistas fanáticos, pues sólo supieron liberarse del servicio al «Dios que fracasó» satanizándolo. Y en tiempos de la Guerra Fría esos ejemplares abundaban muchísimo.

Retrospectivamente y viendo quién era yo en 1956 como historiador y no como escritor de mi autobiografía, creo que hay dos cosas que explican por qué permanecí en el Partido, aunque evidentemente considerara la eventualidad de abandonarlo. Yo no llegué al comunismo como un joven británico en Inglaterra, sino como un centroeuropeo en pleno hundimiento de la República de Weimar. Y llegué a él cuando ser comunista significaba no sólo combatir el fascismo, sino una revolución mundial. Sigo perteneciendo al vagón de cola de la primera generación de comunistas, aquellos para los que la Revolución de Octubre era el principal punto de referencia en el universo político.

La diferencia de historial y de espesor biográfico era bastante grande. Este hecho había quedado patente para mí y para muchas otras personas incluso dentro del Partido. Ningún intelectual educado en Gran Bretaña podría hacerse comunista en el mismo sentido que un centroeuropeo de

los días en que los cielos se caían,
la hora en que los cimientos de la tierra se esfumaron,*

pues, por muchos problemas que tuviera, sencillamente no era ésa la situación reinante en la Gran Bretaña de los años treinta. En cierto modo, sin embargo, el hecho de hacerse comunista antes de 1935 era incluso más significativo. Políticamente, al haber ingresado en realidad en el Partido Comunista en 1936, pertenezco a la época de unidad antifascista o del Frente Popular. Este hecho ha seguido condicionando mi pensamiento estratégico en política hasta la actualidad. Pero emocionalmente, al haberme convertido siendo un adolescente en el Berlín de 1932, pertenecía a la generación unida por un cordón umbilical casi inquebrantable a la esperanza en la revolución mundial y en su sede original, la Revolución de Octubre, por muy escéptico o crítico con la URSS que fuera. Para una persona que se integró en el movimiento desde donde yo lo hice y cuando yo lo

* Versos de *Epitaph on an Army of Mercenaries*, de A. E. Housman. (N. del t.)

hice, romper con el Partido resultaba sencillamente más difícil que para los que ingresaron más tarde en él o lo hicieron desde otro lugar. En último término, sospecho que ése fue el motivo de que decidiera seguir en él. Nadie me obligó a salir y las razones para irme no eran lo bastante fuertes.

Pero —y ahora hablo más como autor de mi biografía que como historiador—, no debo olvidar un sentimiento íntimo: el orgullo. Quitarme de encima el sambenito de pertenecer al Partido habría mejorado mis perspectivas de éxito profesional, especialmente en Estados Unidos. Me habría resultado fácil escabullirme a la chita callando. Pero logré probarme a mí mismo que podía alcanzar el éxito como comunista reconocido —independientemente de lo que signifique eso del «éxito»—, a pesar de dicho sambenito y en plena Guerra Fría. No es que defienda esta forma de egoísmo, pero tampoco puedo negar su fuerza. Así que me quedé.

Capítulo 13

ENTRE DOS AGUAS

Ciertos períodos de la historia —por ejemplo, el estallido de las dos guerras mundiales— son evidentemente catastróficos, como los terremotos o las erupciones volcánicas. Lo mismo ocurre en la vida privada o, cuando menos, como se desprende de los primeros capítulos de este libro, así ha sido en la mía. Sin embargo, si seguimos utilizando símiles geológicos, hay otro tipo de momentos que pueden compararse perfectamente con la línea divisoria de las cuencas fluviales. Parece como si no ocurriera nada de particular o trágico, pero una vez se ha atravesado ese pedazo de territorio, por otra parte inclasificable, uno se da cuenta de que ha salido de un período de la historia, o cuando se trata de la propia vida, que lo ha dejado atrás. Los años anteriores y posteriores a 1960 —mis cuarenta y pocos y mis cuarenta y tantos— constituyeron una línea divisoria similar en mi vida. Quizá fue también así en la historia social y cultural del mundo de Occidente. Sin lugar a dudas lo fue en Gran Bretaña.¹ Creo que es un buen momento para hacer una pausa en mi largo camino por el corto siglo xx para contemplar el paisaje.

La segunda mitad de los años cincuenta constituye un curioso paréntesis de mi vida. Cuando finalizó mi *fellowship* en el King's College, volví a establecerme en Bloomsbury, en un gran piso algo oscuro lleno de libros y discos, que daba a Torrington Place. Hasta mi matrimonio en 1962 lo compartí sucesivamente con varios comunistas y algunos ex militantes del PC amigos míos: Louis Marks y Henry Collins de la Agrupación de Historiadores, el antiguo marxista Alick West, crítico literario, y el refugiado español Vicente Girbau. Como era céntrico y había sitio de sobra, a veces se quedaba a dormir alguna visita de fuera o incluso de la ciudad, y también acogía en él a otras relaciones ocasionales. En honor a la verdad, era mucho más divertido que vivir en un *college* de Cambridge, a pesar de que allí pasé los peores momentos de la crisis del comunismo y el desgarrro de nuestras raíces políticas. Además contaba con la ventaja adicional de estar situado tan cerca de Birkbeck que podía, si era necesario, ir a casa entre clase y clase. Londres era un buen lugar donde vivir. Ése fue el escenario en el que afronté aquella «línea divisoria».

No cabe la menor duda de que mi vida personal y profesional cambió duran-

te esos años. Conocí en el marco de la política internacional a una joven de origen vienés que llevaba un abrigo de ocelote. Nos enamoramos. Ella acababa de participar en el vano intento de las Naciones Unidas de intervenir en el Congo, y yo estaba a punto de irme a La Habana de Castro. Marlene y yo nos casamos durante la crisis de los misiles de Cuba de 1962. Habían pasado tres años desde la publicación de mi primer libro, y faltaban pocas semanas para que saliera *La era de la revolución, 1789-1848*. Profesionalmente empezaba a gozar de cierto prestigio internacional, y por lo tanto me desplazaba a lugares fuera de mi circuito habitual durante los años cincuenta, esto es, Francia, la península Ibérica e Italia. En los sesenta inicié mis viajes académicos a Estados Unidos y a Cuba, descubrí y empecé a explorar Sudamérica, estuve en Israel y en la India, y regresé a la parte de Centroeuropa que no había visitado desde la infancia. Además, había comenzado a darme cuenta de que ya no vivía con la expectativa constante de una catástrofe sísmica como les había sucedido a los centroeuropeos de mis años de juventud. Empecé a notar —no recuerdo exactamente cuándo— que me movía en un marco temporal de décadas y no de años o incluso meses, como antes de 1945. No abandoné conscientemente las precauciones básicas del refugiado en potencia que los individuos como yo habíamos aprendido a observar, bien por ser judíos, bien por ser rojos, frente a los altibajos repentinos de la vida económica y política de entreguerras: un pasaporte válido, una cantidad de dinero disponible de inmediato y suficiente para comprar en el acto un billete con destino al país elegido como refugio, un estilo de vida que permitiera los traslados rápidos, y una idea aproximada de lo que era preciso llevar consigo en caso de tener que partir. De hecho, cuando poco después de casarme con Marlene y en plena crisis de los misiles de Cuba de octubre de 1962 tuve que salir al extranjero, actué como es debido. Hice unas gestiones financieras, fijé una cita provisional con Marlene en Buenos Aires, donde estaba prevista mi llegada al cabo de una o dos semanas, en caso de que las cosas tomaran un cariz verdaderamente drástico, y le dejé dinero suficiente para el pasaje. No obstante, aunque estaba bastante claro que la crisis de los misiles de Cuba era un asunto de vida o muerte a escala mundial, no creía en realidad que fuera a estallar una guerra nuclear en el mundo. De haberlo pensado, supongo que, como es lógico, me habría llevado inmediatamente a Marlene conmigo, al menos para que estuviéramos lejos de la primera línea de fuego. Si sucedía lo peor, Sudamérica era el campo de batalla menos probable. Yo ya estaba actuando desde la idea de que el peligro para el mundo no venía de las ambiciones globales o la agresividad de Estados Unidos (la URSS era demasiado débil para tenerlas), sino de los riegos inherentes a los políticos y generales de los dos bandos que estaban echando una partida de bolos nucleares a sabiendas del suicidio que podía implicar (y que fácilmente se les podía ir de las manos). En realidad ahora sabemos que, sin querer ninguno de los dos la guerra, ésa fue precisamente la lección que aprendieron Kennedy y Jrushchev de la crisis de los misiles de Cuba de 1962. En resumen, en lo que a mí me concernía a partir de 1960 la Guerra Fría no acabó, pero se volvió notablemente menos peligrosa.

Por lo que se refiere a los proyectos a largo plazo, todo hombre o mujer que emprende una vida matrimonial no puede evitar las responsabilidades que esto

conllevar por mucho que quiera. Ya me había visto obligado a considerar ese problema dos años antes, cuando se hizo inminente la llegada de un niño de una relación anterior —el hermanastro de mis hijos, Joshua— y sólo la negativa de la futura madre a dejar a su marido lo había apartado de mi vida para entrar a formar parte de la de otros. A mediados de los sesenta era padre de Andy y de Julia, por primera vez tenía a mi nombre un coche pequeño que utilizaba para llevar a mis hijos a una finca de recreo en el norte de Gales, y por primera vez era propietario de una gran casa en una zona de Clapham todavía muy poco aburguesada, dividida en dos por un arquitecto austero amigo nuestro, que Marlene y yo habíamos comprado conjuntamente con el taciturno Alan Sillitoe y su esposa, la poetisa Ruth Fainlight. «¿Le han tocado las quinielas o algo así?», preguntó a Marlene el vendedor de periódicos del lugar, pues en aquellos tiempos de pleno empleo no podía entender cómo un tipo medianamente joven, evidentemente sano y de aspecto respetable no iba a trabajar por la mañana y regresaba por la tarde como los demás hombres. Aunque Allan era tan adicto al trabajo como la mayoría de los escritores, semejante suposición no estaba del todo desencaminada: había escrito, al fin y al cabo, *Sábado por la noche y domingo por la mañana* y *La soledad del corredor de fondo*, que por mérito propio y gracias al crecimiento enorme de la educación secundaria se convirtieron en dos clásicos contemporáneos, y que, al figurar en el programa de exámenes del bachillerato elemental y superior, generan constantes ingresos por derechos de autor. Podía haberse permitido vivir de sus libros y no meterse en el trajín del periodismo *freelance*. Por mi parte, aunque escribía en casa, me ajustaba a la norma, pues iba a trabajar a Birkbeck cogiendo la línea Norte y regresaba tarde en plena noche. Por otro lado, seguía siendo un tipo peculiar, por cuanto no demostraba ningún entusiasmo por la jardinería y, a diferencia de los electricistas y transportistas caribeños de la callejuela que conducía a Wandsworth Road situada frente a nuestra casa, no me pasaba las mañanas de los domingos lavando el coche.

No había duda de que estaba bien encaminado hacia la vida cotidiana de la respetabilidad académica y de clase media. Llegados a este punto, aparte de los viajes, ya no ocurren muchas más cosas al protagonista o la protagonista de una autobiografía, excepto lo que le pase por la cabeza, o lo que pase por las cabezas de los demás. Sucede lo mismo en lo concerniente a los protagonistas de las biografías, pues sucesivas generaciones de escritores de vidas de intelectuales lo han experimentado en sus propias carnes. Por muy importante que fuera el logro de Charles Darwin, una vez de vuelta de su viaje en el *Beagle* y ya casado, no hay muchas cosas más que decir acerca de los acontecimientos materiales de los últimos cuarenta años de su existencia salvo que «vivió en Down, Kent, retirado en el campo»² y especular en torno a las razones de su precaria salud. La vida del académico respetable no está llena de episodios teatrales, o mejor dicho sus episodios dramáticos, como los de los políticos en activo, sólo tienen interés para los que están directamente vinculados con ellos. Por otra parte, aunque hay muchos momentos dramáticos en la vida familiar, especialmente si los padres y sus hijos adolescentes se enfrentan entre sí, las terceras partes, como pueden ser los lectores de una biografía, se sienten menos atraídas por los aspectos dramáticos de la

vida de una familia ajena que por los de la suya propia. El guión es bien conocido. Por ese motivo los años inmediatamente anteriores y posteriores a 1960 crean una línea divisoria no sólo en mi vida, sino también en la configuración de esta autobiografía.

Pero las vidas privadas están incrustadas en el ámbito mucho más amplio de las circunstancias históricas. La más importante de dichas circunstancias fue la buena suerte inesperada de la época. Fue aproximándose sigilosamente a mi generación y nos cogió por sorpresa, especialmente a aquellos de nosotros que, siendo socialistas, no estaban preparados para recibir un período de espectacular éxito capitalista. A comienzos de los sesenta era difícil no darse cuenta de ello. No puedo decir que lo identificáramos con lo que he calificado de «Edad de Oro» en mi *Historia del siglo xx*. Eso fue posible sólo después de 1973, cuando ya había pasado. Los historiadores, como el resto de los mortales, saben ser sabios una vez que el acontecimiento ya ha sucedido. No obstante, a comienzos de los sesenta había quedado patente para mi generación en Gran Bretaña, esto es, el común de las gentes que cuando finalizó la guerra tenían entre veinte y treinta años, que vivíamos muchísimo mejor de lo que nadie habría imaginado allá por los años treinta. Si pertenecíamos a los estratos sociales de cuyos miembros varones se esperaba que hicieran «carrera» y no que simplemente se limitaran a «ir a trabajar» (en aquella época las mujeres todavía no solían representar ese papel), descubríamos que las cosas nos iban mejor, a veces mucho mejor, que a nuestros padres, especialmente si habíamos pasado más exámenes que los que ellos habían pasado. Naturalmente, esto no afectaba a dos sectores de nuestra generación: aquellos cuya carrera había llegado a su momento álgido durante la guerra, y que por lo tanto miraban el pasado con nostalgia desde la posición relativamente baja de la vida civil de posguerra, y los miembros de los estratos superiores de toda la vida, cuyos progenitores, como grupo social, ya gozaban de tanta riqueza, privilegios, poder o distinción profesional como cabía esperar que heredaran o alcanzaran sus hijos. En realidad, quizá se sintieran como ceros a la izquierda si habían emprendido una carrera en el campo —político, científico, de las viejas profesiones, etc.— en el que sus padres habían logrado un éxito sin precedentes. ¿Quién no ha sentido lástima por el hijo de un político eclipsado por la sombra de su padre —Winston y Randolph Churchill son un ejemplo clásico— o por los científicos buenos, pero del montón, hijos de padres Premio Nobel o miembros de la Real Academia de Ciencias? Como cualquier académico que ha estudiado en Cambridge, he conocido a unos cuantos en esa situación.

Pero para la mayoría de nosotros la vida de posguerra sería como una escalera mecánica que, sin realizar ningún esfuerzo en especial, nos haría llegar más arriba de lo que nunca habríamos imaginado. Incluso gente como yo, cuya progresión profesional se vio increíblemente retrasada por la Guerra Fría, íbamos subidos en ella. Por supuesto ello se debió en parte a mi histórica suerte de entrar en el mundo académico en una época en la que todavía era bastante reducido, gozaba de un elevado estatus a nivel social y consiguientemente estaba bastante bien remunerado de acuerdo con los niveles económicos que los reformistas benthamitas, liberales y fabianos habían establecido para el funcionariado en época vic-

toriana y eduardiana. Pues aunque, a diferencia de otros países europeos, los profesores universitarios no eran funcionarios públicos, estaban bajo la tutela del Estado, que se encargaba de proveer los fondos para la planificación quinquenal colectiva de las universidades, pero sin inmiscuirse en dichas instituciones. Mientras que no aumentara el número de académicos y se mantuviera en su sitio la ideología del mercado libre, se entendía que el salario, al igual que el estatus, del profesor más o menos bueno alcanzaría el nivel equivalente al de un funcionario público de éxito en la escala administrativa: no para llegar al estado de riqueza que sueñan los avariciosos, pero sí para llevar una existencia digna de clase media. Los costes seguían siendo modestos, al menos para los que tenían una visión progresista y querían mandar a sus hijos a las escuelas estatales, y todavía no encontraran un motivo para no hacerlo. El Estado del bienestar beneficiaba relativamente más a la clase media que a los obreros. Era una época en la que, sobre todo por principios —y no por habernos sentido ya decepcionados tras haber comprobado las prestaciones de la Seguridad Social en la práctica— había gente como yo que se negaba a contratar un seguro médico. El precio de la vivienda siguió estando al alcance de todo el mundo en general hasta el *boom* de comienzos de los años setenta, y esa subida de precios repercutió favorablemente en nuestros bolsillos de forma natural. Justo antes de que empezaran a subir de modo desorbitado, aún era posible comprar una casa libre de cargas en Hampstead por apenas veinte mil libras esterlinas, o, contando el beneficio obtenido de la venta de nuestra casa anterior, por sólo siete mil. Aquellos que se casaban y tenían hijos de jóvenes, indudablemente tenían que pasar unos años con el cinturón apretado, ir de vacaciones a un camping para caravanas y ganarse algún dinero extra con los exámenes de las escuelas, etc., pero un académico como yo todavía sin hijos, en un nivel intermedio en la carrera universitaria, que se había vuelto a casar a los cuarenta y tantos años, no tenía problemas para mantener a su familia. De hecho, no recuerdo ni una vez que mi cuenta corriente quedara al descubierto. Cuando surgía algún problema de índole económica quedaba al final solucionado por la entrada de dinero proveniente de los derechos de autor y de otras actividades literarias, pero en 1960 ese tipo de extras todavía era muy marginal en mis ingresos.

Las generaciones que habían llegado a la edad adulta antes de la guerra podían comparar sus vidas durante la posguerra con las de sus padres, o incluso las expectativas que tenían antes de que estallara el conflicto. Para ellos no resultaba fácil comprobar, especialmente cuando ya habían afrontado los imperativos invariables de sacar adelante a una familia, que su situación en la nueva «sociedad opulenta» occidental era diferente en especie y en grado si se comparaba con el pasado. Al fin y al cabo, los quehaceres domésticos de siempre eran fundamentalmente los mismos, con la diferencia de que los avances tecnológicos los hacían más fáciles. Unas vez casados, ganarse la vida, cuidar de los hijos, de la casa y del jardín, limpiar y fregar los platos seguían ocupando la mayor parte del tiempo y del pensamiento de las parejas. Sólo la gente joven e inquieta podía apreciar, y utilizar, todas las posibilidades de una sociedad que por primera vez les ofrecía dinero y tiempo suficiente para comprar lo que desearan y hacer lo que quisieran, o que les hacía independientes de la familia de otras maneras. El ingrediente se-

creto, que revolucionaría la sociedad de consumo y la cultura occidental, se llamaba juventud. Esto resulta patente de modo espectacular en el éxito del *rock and roll*, una música que depende casi exclusivamente de clientes adolescentes o de veinte y pocos años, o de los que se pasaron a ese tipo de música a esa edad. Las ventas de discos en Estados Unidos crecieron de los 277.000.000 dólares de 1955, el año del nacimiento del *rock and roll*, a más de dos mil millones en 1973, de los cuales entre un 75 y un ochenta por 100 corresponde al rock y otras músicas similares.

Yo, desde luego, no pertenezco a la generación del rock. No obstante, tuve la suerte de asistir al nacimiento de esa generación en Gran Bretaña, y darme cuenta de ello. Pues da la casualidad de que en este país una forma de jazz creó un puente entre los viejos estilos de música pop juvenil y la revolución del rock. Desde 1955, cuando terminó mi *fellowship* en el King's y volví a vivir en Londres de forma permanente, me vi involucrado a escala profesional en temas de jazz. Como debía hacer frente al pago de un alquiler en la capital tras haber vivido gratis en un *college* de Cambridge, busqué una manera de ganar algún dinero extra. Fue por aquel entonces cuando la elite cultural londinense, incitada por el desafío de los llamados «jóvenes rebeldes» de los años cincuenta, creyó conveniente preocuparse por el jazz que tantas pasiones levantaba entre éstos. El *Observer* había contratado a uno de ellos; Kingsley Amis, como crítico de jazz. Éste se encontraba a mitad de camino entre su juventud izquierdista y su edad adulta conservadora, pero aún distaba mucho de ser el reaccionario pegado a la barra de un club en el que luego se convertiría. Al haberme sentido, ya desde comienzos de los años treinta, inferior a los aficionados al jazz más eruditos, sabía muy bien que no estaba lo bastante preparado para ser uno de ellos, pero me parecía que entendía sobre el tema al menos tanto como Kingsley Amis y que estaba familiarizado con ese tipo de música desde hacía mucho más tiempo que él. Por lo tanto le insinué a Norman Mackenzie, un ex camarada de la época de la LSE que trabajaba entonces en el *New Statesman and Nation*, que ellos también necesitaban un crítico de jazz. El periódico atravesaba por su momento de máximo esplendor bajo la dirección del fantástico Kingsley Martin, que no sabía ni entendía nada acerca de jazz, pero podía darse cuenta de la necesidad de mantenerse al día en esta nueva moda cultural, aunque sólo fuera a través de una columna de carácter mensual. Me explicó que a la hora de escribir para el periódico debía tener siempre presente su prototipo de lector habitual, el clásico funcionario público, varón, de unos cuarenta y tantos años, y me presentó a la entonces jefa de la sección cultural de la publicación, la admirable Janet Adam Smith, que sabía prácticamente todo en materia de libros y de alpinismo, y tenía grandes conocimientos de las demás artes, pero no de jazz. Como quería mantener separada la personalidad del profesor universitario de la del crítico de jazz, aproximadamente durante los diez años sucesivos escribí bajo el seudónimo de Francis Newton, en homenaje a Frankie Newton, uno de los pocos músicos de jazz del que se sabe que era comunista, un trompetista excelente, aunque no una superestrella, que tocó con Billie Holliday en la maravillosa sesión de Commodore Records de la que saldría «Strange Fruit».

El jazz no es simplemente «un determinado tipo de música», sino «un aspecto importantísimo de la sociedad en la que vivimos»,³ amén de una parte de la industria del espectáculo. Además, eran relativamente pocos los lectores del *New Statesman* que probablemente asistieran a sesiones de jazz o compraran discos de Thelonious Monk, aunque me enteré, para mi gran satisfacción, de que la segunda mitad de los años cincuenta fue una nueva edad de oro para la música, cuyas estrellas norteamericanas llegaban ahora a Gran Bretaña, tras haberlas mantenido alejadas de la isla durante veinte años un litigio de los sindicatos. Por ese motivo escribía no sólo como crítico de conciertos, discos y libros, sino también como historiador y reportero. Y aún más, al poco tiempo entré en contacto (probablemente gracias a mi primo Denis) con McGibbon and Kee, una compañía editorial pequeña, pero culturalmente a la vanguardia, por aquel entonces financiada por un millonario caprichoso simpatizante del Partido Laborista, Howard Samuel, que ya había publicado libros del que probablemente fuera el único director de una banda de jazz ex alumno de Eton, Humphrey Lyttelton, y del difícil, solitario y atormentado explorador social del Londres de los años cincuenta Colin MacInnes, experto conocedor y guía del nuevo Londres negro y de los inicios de la cultura saturada de música de los adolescentes. Me pidieron que escribiera un libro sobre jazz. Fue publicado con el título de *The Jazz Scene* en 1959, el mismo año que mi primer libro de historia, y tuvo una buena acogida, aunque no me hizo ganar demasiado dinero.⁴ Me animó a explorar su mundo de una manera más sistemática. No fue difícil, pues al menos una parte de los amantes del jazz de comienzos de los años treinta habían entrado en el negocio de la música como agentes o promotores, entre otros mi primo Denis, que se estaba convirtiendo probablemente en el principal productor discográfico británico del sector de la música de jazz indígena y de la música étnica. De hecho, su éxito subió como la espuma a la par que el de los artistas con los que grabó, como por ejemplo Lonnie Donegan, cuyo «Rock Island Line» (un tema carcelario grabado originalmente por el gran Leadbelly) salió al mercado y triunfó en la primavera de 1956. Afortunadamente todavía no me había casado en aquella época y, como enseñaba en un *college* nocturno en el que no empezaban las clases hasta la seis de la tarde, podía adaptar mi horario al ritmo de vida de la gente noctámbula que conforma el mundo del espectáculo. Además vivía en Bloomsbury, a menos de diez minutos caminando de los lugares de bullicio de todo el West End. Así pues me vi a mí mismo asumiendo como de costumbre sin dificultad mi papel de «observador partícipe» o *kibitzer*.

El mundo del jazz no estaba formado desde luego por adolescentes. Y sin embargo, tanto el bosquejo que hice entonces del público de «jazz tradicional» y *skiffle* como las fotografías de Roger Mayne para la primera edición de *The Jazz Scene* demuestran claramente que lo que inspiraba la música que hacían era esencialmente una especie de cruzada de niños mayores. Formaba parte de la cultura juvenil que por aquel entonces se estaba haciendo suficientemente visible para los que vagábamos por sus alrededores por distintos motivos para reconocer su existencia, aunque sólo alguien como Colin MacInnes que sintiera una afinidad especial e íntima por la rebeldía y la independencia adolescente pudiera co-

nectar con su longitud de onda. No obstante, aparte de una relajación claramente perceptible de las convenciones sexuales femeninas alrededor de los músicos y cantantes, aún no se había unido a una contracultura. Esa unión no se produciría, al menos en Gran Bretaña, hasta los años sesenta.

Gran parte de lo que simbolizaba la contracultura juvenil de los sesenta tenía sus raíces, sin embargo, en los antiguos ambientes del jazz, especialmente las drogas y los modelos de vida de lo que una vez describí como «la comunidad itinerante y nómada de los músicos profesionales negros [y blancos] que viven en los islotes incomunicados y autosuficientes de los artistas populares y demás gente noctámbula», los lugares en los que la gente que vive de día se desprende de sus inhibiciones cuando cae la noche. No constituía necesariamente una contracultura en el sentido que tendría posteriormente, pues los músicos de jazz eran extremadamente tolerantes con cualquier aspecto del comportamiento humano, pero no hacían por lo general un manifiesto de ello. Lo más parecido a una contracultura en torno a los ambientes del jazz aparecería en sus márgenes y entre los que se pegaban a ellos, es decir, sus admiradores externos, por ejemplo las amigas de los músicos que hacían la calle y podían ganar unos cientos de libras en pocas horas —una buena cantidad en los años cincuenta— para largarse unos cuantos días de vacaciones a Marruecos, los que rechazaban conscientemente las convenciones tradicionales de la clase media, como Ken Tynan, o los enterados burgueses de mediana edad que hacían valer un estatus de profano yendo de copas a aquel abrevadero que era el pub del pintor Francis Bacon, el Colony Club de Muriel Belcher en Frith Street, en el Soho. No es que la clientela, en su mayoría homosexual, de Muriel fuera particularmente amante del jazz, aunque fui introducido en ese zarrapastroso local situado en un primer piso por el autor de una crítica entusiasta de mi libro *The Jazz Scene*, y era bastante probable encontrarse allí con Colin MacInnes, que alababa el jazz, pero no lo entendía, y con George Melly, que lo cantaba y sí lo entendía. Melly formaba parte de un grupo nacido alrededor del jazz británico integrado por refugiados provenientes de una clase media respetable y de gente que combinaba la música con otras actividades en el mundo de las letras y de la imagen. Los aficionados lo conocían como un cantante de blues imitador de sí mismo cuyas actuaciones recordaban números de cabaret, del mismo modo que Wally Fawkes era conocido como clarinetista. En el mundo de los *outsiders* eran mucho más famosos por ser los creadores conjuntos de unas viñetas muy populares en las que se satirizaba con fina ironía a toda una serie de personajes procedentes de lo que todavía no se conocía como el mundo de los *mass media*.

El tercer cambio, más fácil de reconocer, fue el que sufrió el clima político e ideológico después de 1956. Ahora puedo darme cuenta de que el factor nuevo que lo produjo fue el fin de los imperios, aunque en Gran Bretaña este hecho no se hiciera patente hasta los años sesenta.

La Guerra Fría siguió adelante, pero, fuera de los Gobiernos occidentales, el compromiso de la población con el anticomunismo visceral empezó a decaer. Por mucho que fuese objeto de protestas, a partir de 1960 el Muro de Berlín estabilizó la frontera entre los imperios de las dos superpotencias en Europa, ninguna de

las cuales cabía esperar que se atreviera a cruzarla. Vivíamos todavía bajo la nube negra de un apocalipsis nuclear. Se nos echó encima durante la crisis de los misiles de Cuba de 1962, y en 1963 Stanley Kubrick produjo una versión definitiva del acontecimiento, su película *Teléfono rojo: volamos hacia Moscú* (pero para entonces, podía tomarse el asunto con humor, aunque fuera negro). Pero la CND, la nueva Campaña (unilateral británica) en favor del Desarme Nuclear (1959), con mucho la mayor movilización pública de la izquierda británica, no pretendía, y simple y llanamente no podía, detener la carrera armamentística nuclear que mantenían Estados Unidos y la URSS, aunque muchos británicos actuaran movidos sinceramente por la idea de establecer un buen ejemplo moral ante el mundo. Se trataba de salir de la Guerra Fría o, quizá más exactamente, de que Gran Bretaña se acostumbrara a la idea de que ya no era ni una gran potencia, ni un imperio global. (El argumento de que se necesitara la capacidad nuclear de la propia Gran Bretaña para frenar un ataque soviético era absurdo, especialmente ahora que sabemos que la bomba había sido fabricada originalmente por los gobiernos británicos para mantener su estatus e independencia frente a Estados Unidos, y no para atemorizar a Moscú.)

Sin embargo, volviendo la vista atrás, es evidente que lo que perfiló cada vez más la política de la izquierda después de 1956 fue una consecuencia de la descolonización y, desde luego en Gran Bretaña, de las emigraciones masivas de las zonas del Caribe del antiguo imperio. La crisis de la IV República en Francia no tuvo nada que ver con la Guerra Fría, sino con la lucha por la liberación de los argelinos. Todavía recuerdo una concentración masiva en 1958 en Friend's House para protestar contra el golpe militar que puso fin a dicho conflicto, encabezada por el exaltado periodista pelirrojo Paul Johnson, por aquel entonces un católico disidente de la izquierda, que acusaba al general De Gaulle de ser el próximo dictador fascista. En gran medida fue debido al impacto que produjo la denuncia del uso de la tortura en Argelia por parte de Francia lo que provocó que Amnistía Internacional se convirtiera (1961) en una organización mundial dedicada a organizar campañas de protesta en Occidente que no iban dirigidas fundamentalmente contra los abusos de los derechos humanos en los países del Este.

Con los movimientos a favor de los derechos civiles en Estados Unidos y el aflujo de emigrantes de color a Gran Bretaña, el racismo pasó a ser un tema mucho más importante para la izquierda de lo que había sido hasta entonces. Debido a mis vínculos con el jazz, tras las reyertas raciales de 1958, conocidas con el nombre de los enfrentamientos de Notting Hill (actualmente Notting Dale), me vi asociado con una de las primeras campañas antirracistas, la llamada «Campaña de las Estrellas a favor de la Amistad Interracial» (SCIF, Stars Campaign for Interracial Friendship), que no fue tanto una verdadera operación política (aunque Colin MacInnes recorrió caminando todo el barrio, uno de sus feudos favoritos, metiendo en los buzones el panfleto de dicha campaña) como un ejemplo de la forma de operar de los medios de comunicación modernos, cuyo resultado, como el de otras de su especie, fue apagándose después de unos cuantos meses de publicidad bastante efectiva. No cabe duda de que movilizó a las «estrellas», principalmente las de jazz —la mayoría de las grandes figuras británicas estuvie-

ron allí: Johnny Dankworth y Cleo Laine, Humphrey Lyttelton y Chris Barber, así como algunas otras del pop—, pero su fuerza radicaba en los activistas capaces de conseguir que la prensa y los programas televisivos hablaran de lo que sucedía, y lograron producir ideas de interés periodístico, como por ejemplo la fiesta infantil interracial de Navidad de 1958 que fue televisada. Mientras duró, la campaña gozó del inestimable apoyo de Claudia Jones, una mujer admirable y notablemente capacitada, funcionaria del Partido Comunista de Estados Unidos, nacida en las Indias Occidentales y expulsada de aquel país con el pretexto de que no era ciudadana durante la caza de brujas, que hizo todo lo que pudo, con mayor o menor éxito, para llevar un poco de la eficacia del Partido y algo de estructura política a los emigrantes caribeños de los distritos del oeste de Londres, y conseguir del PC británico un respaldo adecuado a sus esfuerzos. Era admirable, pero ha pasado al olvido injustamente, excepto quizá por haber sido una de las inspiradoras de lo que se ha convertido en el Carnaval anual, y ya no político, de Notting Hill.

La pasión por el Tercer Mundo no fue una de las grandes inspiraciones de la izquierda hasta los años sesenta, y, por cierto, supuso el debilitamiento de la influencia que ejercían los ideólogos de la cruzada de la Guerra Fría sobre los liberales y los socialdemócratas occidentales. No obstante, a finales de los cincuenta la Revolución cubana ya había subido al poder, y estaba a punto de añadir una nueva imagen a la iconografía de la revolución mundial y de convertir a Estados Unidos en un evidente Goliat enfrentándose al desafío de un joven y barbudo David. En 1961 la reacción frente al intento de invasión de la bahía de Cochinos fue inmediata —tan inmediata como había sido la reacción frente a la invasión soviética de Hungría de 1956— y se extendió más allá de los partidos habituales, de los firmantes de peticiones, y por supuesto de los que normalmente manifestaban su protesta. Ken Tynan me telefoneó desesperado la mañana en que se produjo la noticia: ¡tenía que hacerse algo! Lo antes posible. ¿Cómo podíamos empezar? Aunque era un verdadero hombre de izquierdas, cuya honestidad política Marlene y yo siempre defendimos frente a los que la tachaban de ser simplemente una pose, distaba mucho de ser el típico miembro del «ejército de ficción del bien». De haberlo sido habría sabido muy bien qué hacer sin pedir ayuda. Una vez establecido el comité de rigor, reunidos los sospechosos habituales de escribir cartas de protesta y organizada una marcha hasta Hyde Park —que me maten si me acuerdo de quienes pronunciaron los discursos—, recuerdo haber percibido con agrado, y para mi sorpresa, qué distinta era esa manifestación de las que normalmente llevaba a cabo la izquierda, al menos en su apariencia. La convocatoria para defender a Fidel Castro que realizó Tynan, o quizá más probablemente el criado fiel de Tynan, Clive Goodwin, actor, representante y activista, había movilizado a una cantidad notable de gente joven del teatro, hombres y mujeres, y a chicas de las agencias de modelos. Fue el acontecimiento político más «guapo» que recuerdo, un espectáculo fantástico, además del más feliz, pues ya sabíamos que la invasión gringa había sido abortada.

Así pues, casi sin darme cuenta, me encontré —y el mundo también— inmerso en una atmósfera distinta cuando los años cincuenta daban paso a los se-

senta. Incluso políticamente, aunque después de 1956 ni decidí abandonar el PC ni fui expulsado de él, dejé de sentir la sensación de aislamiento al que los miembros del Partido habían estado sometidos. Las etiquetas de partido perdieron importancia para los que se adherían a las nuevas campañas políticas (antinucleares, antiimperialistas, antirracistas, etc.). Cuando un grupo de historiadores comunistas fundamos en 1952 una nueva revista de historia, *Past & Present*, en uno de los peores momentos de la Guerra Fría, la concebimos deliberadamente no como una publicación marxista, sino como una plataforma común para un «frente popular» de historiadores, que debía ser juzgada por el contenido de sus artículos en lugar de por la insignia ideológica que llevaran sus autores en el ojal. Deseábamos fervientemente ampliar las bases de nuestra junta editorial, que en sus inicios estaba dominada como cabe suponer por miembros del Partido, pues sólo los historiadores radicales con un puesto académico seguro, normalmente del país y en general escasos, como por ejemplo A. H. M. Jones, el especialista en Historia Antigua de Cambridge, tuvieron la valentía de sentarse a la misma mesa que los bolcheviques. Al eminente especialista en historia del arte, Rudolf Wittkower, llegó a advertírsele que no aceptara nuestra invitación, y aún tendrían que pasar diez años para que Moses Finley, la víctima del macartismo acogida en Cambridge, se mostrara dispuesto a escribir para nosotros. Estábamos igualmente entusiasmados por ampliar el número de nuestros colaboradores. Durante varios años fracasamos en el primer empeño, aunque, gracias a la excelente reputación de que gozábamos entre los académicos más jóvenes, al poco tiempo empezamos a cumplir nuestro segundo objetivo. En 1958 lo conseguimos. Un grupo de historiadores no marxistas que posteriormente alcanzaría gran prestigio, encabezados por un Lawrence Stone a punto de marchar a Princeton, y por el actual sir John Elliot, más tarde Regius Professor de Oxford, que había simpatizado con nuestros objetivos, pero al que hasta entonces le había resultado imposible unirse formalmente a la anterior junta roja, se ofreció colectivamente a entrar en nuestra revista con la condición de que suprimiéramos de su cabecera las palabras «revista de historia científica», aposición que resultaba sospechosa en el plano ideológico. Era un precio que merecía la pena pagar. No nos preguntaron nada acerca de nuestras opiniones políticas —en honor a la verdad, ya no era fácil encontrar a comunistas ortodoxos entre los miembros de la junta—, y nosotros tampoco les preguntamos nada sobre las suyas, y desde entonces nunca se han suscitado problemas de índole ideológica en el seno de esa junta. Incluso el Instituto de Investigaciones Históricas, cuya negativa a incluir la revista en su biblioteca había sido rotunda, cedió.

Así pues, mi vida personal en cierto sentido se «normalizó», y (a pesar de la retórica en contra) el mundo en el que vivía se convirtió —o al menos eso parecía— en un lugar menos provisional e inseguro que era a todas luces más próspero. Sobre la primera observación, no cabía la menor duda, a pesar de que a mi carrera académica seguía costándole progresar. No conseguí mi cátedra, o los signos habituales del reconocimiento oficial —las academias, los primeros títulos honoríficos— hasta la década de los setenta, cuando ya tenía más de cincuenta años. Retrospectivamente, me doy cuenta de que fue un golpe de suerte, pues

no hay nada peor para una carrera que alcanzar el momento de máximo esplendor demasiado pronto y enfrentarse a un largo camino por el aburrido altiplano de la elite, o, lo que es peor, verse obligado a recorrer la enorme distancia existente entre los logros de hoy y el trabajo que ayer hizo subir la propia reputación. Como empecé a progresar tarde y mi carrera se vio paralizada durante muchos años, he seguido teniendo anhelos que cumplir a una edad en la que a otros sólo les cabía retrasar su declive.

Por lo que se refiere al mundo, sabíamos muy bien que su estabilidad era sólo aparente, aun cuando su extraordinario salto adelante a nivel económico y tecnológico fuera evidente. No obstante, para los que teníamos la suerte de vivir en Europa central y occidental, no se trataba de un espejismo. Quizá todavía no nos dábamos cuenta de la suerte que teníamos, pero vivíamos en el territorio de los bienaventurados: una región sin guerras, sin la perspectiva y sin el temor de una revuelta social, donde la mayoría de la gente gozaba de una vida de riquezas, toda una gama de posibilidades de vida y de ocio, y un grado de seguridad social que solamente había estado al alcance de los muy ricos en la generación de nuestros padres y con la que ni siquiera habrían podido soñar los pobres. Vivíamos en la mejor zona del mundo.

Pronto descubriría que no cabía decir lo mismo de otras partes del planeta. Y también que, como demostrarían al poco tiempo los años sesenta, no satisfacía a la población que vivía en el territorio de los bienaventurados.

Capítulo 14

BAJO CNICHT

En 1961, poco después de haber participado en una sentada en Trafalgar Square, con Bertrand Russell y probablemente otras 12.000 personas más, con motivo de una protesta contra las armas nucleares, en la que por fortuna no me detuvo la policía, mi amigo y compañero de la hermandad de los Apóstoles, Robin Gandy, me dijo que tenía un aspecto algo cansado y que creía que me sentaría bien pasar unos días con él en el norte de Gales. Robin poseía una pequeña finca, increíblemente rústica, en esa región del país, situada junto a una capilla en ruinas, en la que, entre caminatas por las colinas y excursiones por el monte, ponderaba los problemas de la lógica matemática. En aquellos días, antes de que fuera destruida la maravillosa red de pequeñas líneas férreas rurales de Gran Bretaña, era posible viajar sosegadamente entre los árboles a través del corazón de las tierras del centro de Gales y, una vez alcanzada la costa, se cogía el Cambrian Coast Express, así llamado no del todo sin razón, hasta Penrhyndeudraeth, en lo que seguía siendo para los anglófonos el condado de Merioneth, la última región de las islas Británicas donde aún se votaba a favor de la prohibición de la venta y el consumo de bebidas alcohólicas durante el día del Señor. Robin fue a buscarme allí con su motocicleta, enfundado en su vestimenta de cuero habitual, para ahorrarme una penosa caminata de unos cuantos kilómetros a través de la cordillera del litoral y la llanura plana como una tabla (The Traeth) que anteriormente había sido una ensenada hasta que fue drenada a principios del siglo XIX por el dique marítimo construido por un tal Maddocks, a quien el puerto nuevo de Portmadoc debe su nombre. La empresa había sido muy admirada por los visitantes progresistas, entre ellos por el poeta Shelley. Hasta entonces los barcos habían podido navegar hasta los pies de las montañas, utilizando el espectacular e inconfundible triángulo del Cnicht (The Knight, «El Caballero») como punto de referencia. El nombre parece indicar que esta zona les recordaba a los navegantes un casco medieval. En el lugar donde la carretera abandona el Traeth y empieza a subir poco a poco a lo alto del valle de Croesor, justo a los pies del Cnicht, estaba la frontera del reino de Clough. En ese lugar pasaría la mayor parte de mis vacaciones durante el siguiente cuarto de siglo, primero sólo y, cuando me volví a casar, con Marlene y los niños. El gobernante, en realidad el creador, de ese rei-

no, Clough Williams-Ellis, era un personaje de estatura elevada, de porte erguido, afable, de nariz romana, vestido siempre con chaqueta de *tweed*, pantalones de golf y calcetines amarillos —era el único que acudía al Ateneo vestido de esa guisa—, cuya edad por aquel entonces rondaba los setenta y muchos. La mejor manera de presentarlo a una generación para la que la Gran Bretaña de la cual él procedía resulta tan ajena como la Rusia de Tolstoy, es decir que cuando se casó durante la Primera Guerra Mundial, sus compañeros oficiales del Ejército le preguntaron qué quería como regalo de bodas. Quería erigir un disparate arquitectónico: una especie de imitación de una fortaleza medieval con vistas al mar. Fue construida. Se accedía a ella a través de una verja de hierro pintada de «verde Clough», el color inconfundible de los elementos de hierro y madera en el reino de Clough, situada frente a la puerta principal de la casa, Plas Brondanw, un antiguo e imponente edificio de pequeñas dimensiones con un maravilloso jardín clásico con vistas al pico de Snowdon que quedaba recogido por una serie de urnas y arcos característicos de Clough. A partir de la verja empezaba un paseo suavemente en cuesta de unos doscientos metros, cuyos árboles él mismo había plantado. (Los árboles constituían una de sus muchas aficiones. Se sintió tan ultrajado por la proposición de vender para el desarrollo edilicio la espléndida avenida de árboles que conducía a la gran mansión de Stowe, la cual él se había comprometido a convertir en una escuela privada, que decidió comprarla para encargarse de su preservación. Probablemente fuera su mayor aportación al proyecto.) A nuestros hijos les encantaba jugar en el torreón, subiendo por las escaleras que no llevaban a ninguna parte, salvo a una gran panorámica del mar y de un trecho del páramo húmedo tras el cual, a unos kilómetros de distancia, se podían contemplar el Big Moelwyn y el Little Moelwyn, las otras dos cumbres del reino, en las que se inspiraba el nombre que Clough había dado a su hijo, fallecido en la guerra. En una ocasión el lugar fue utilizado como escenario para una película sobre China. Clough estaba muy orgulloso de ello. No era por una cuestión de sentimentalismo absurdo, sino por la diversión que implicaba, amén de las celebridades. Además, seguramente la compañía cinematográfica no había elegido Merioneth porque pudiera transformar una pequeña parte de su entorno en un paisaje chino con más facilidad que cualquier otro lugar de Gran Bretaña, sino porque los actores y el equipo de filmación podían alojarse en la creación más famosa de Clough, la mayor de todas sus locuras, Portmeirion. Era y sigue siendo un pueblecito de juguete cuasibarroco a tamaño natural, a imitación de los que salpican la Riviera italiana, con los mismos colores, etc., que aparece de repente entre una serie de rocas pobladas de rododendros al otro lado de las aguas grises y poco profundas del gran estuario que conduce a la bahía de Cardigan. Clough financió la constante expansión de «su reino» convirtiendo una parte del mismo en una especie de aldea de vacaciones y hotel que a la gente del espectáculo algo bohemía les parecía irresistible (con fuegos de artificio en lugar de campos de golf), y por último, probablemente más a regañadientes, con el dinero que gastaban los excursionistas de un día. (Los amigos de la familia tenían el acceso gratuito.) No había ni hay nada en Portmeirion que parezca real —aunque estaba lleno de estatuas de verdad y pedazos de elementos decorativos arquitectónicos que Clough había sal-

vado de la destrucción—, todo representaba un mundo de ensueño, aunque no exento de un toque de pesadilla. Posteriormente sería elegido como el escenario de una serie de culto de la televisión británica, *The Prisoner* («El prisionero»), en la que el protagonista, una víctima kafkiana, se daba cuenta de que no podía escapar de un entorno lleno de encanto y amenazas a la vez. Fue lo que les sucedió a los que hacían la serie, cuya emisión se interrumpió de golpe después de diecisiete episodios. De vez en cuando sigue emitiéndose para deleite de un numeroso público de entusiastas.

En ciertos aspectos Clough, orgulloso de su reputación de arquitecto profesional, fue también víctima del lugar que había creado y del que no podía escapar. Al ser el hijo menor de una familia de terratenientes, se vio obligado a buscarse la vida, y la arquitectura, su pasión desde la infancia, encajaba bien con su pasado y sus inclinaciones. Sólo había hecho un curso de esta carrera. La cualificación profesional que le faltaba la suplía con sus raíces rurales, su entusiasmo informado y el tipo de contactos que un joven encantador y apuesto de buena familia podía establecer con facilidad en el transcurso de las fiestas de fin de semana características de un sector de la sociedad británica eduardiana que, al fin y al cabo, era al que pertenecía. Los amigos, o los amigos de los amigos, le dieron la oportunidad de construir establos, luego alguna quinta de la hacienda, más tarde alas enteras de las mansiones de campo, y escuelas privadas, incluso toda una enorme e imponente residencia eduardiana, Llangoed Hall, a las orillas del Wye en Breconshire, que actualmente es un hotel. (En realidad, la inmensa mayoría de sus edificaciones tenían unas dimensiones modestas.) Y sin embargo, Portmeirion hizo que quedara encasillado como «un arquitecto poco serio» según los modelos del puritanismo profesional altamente desarrollado de la época de Le Corbusier y Mies van der Rohe. Sólo obtuvo un reconocimiento oficial cuando se le concedió el título de sir (Bertram) Clough Williams-Ellis a los ochenta y siete años.

Aquel juicio estaba totalmente equivocado. Para él las edificaciones sin árboles, muros, vistas, sin senderos que condujeran a los campos, sin dependencias o sin agua, no tenían significado. Lo que deseaba erigir o crear no eran meras construcciones, sino pequeños mundos en los que la gente viviera y trabajara en una unidad compuesta de edificaciones, paisaje agreste y domesticado, vistas, símbolos y monumentos, sin lugar a dudas concebida también para ser admirada por los viajeros que acudieran a visitarla. Como no era un lugar al que la gente acudiera por trabajo, sino un sitio de diversión, un *jeu d'esprit*, o, en términos más serios, un sueño utópico momentáneo, Portmeirion no era característico de él. Su ideal no era Lutyens, sino Squire Headlong, el señor y recreador entusiasta, además de gufa, de una finca galesa agreste que aparece en la obra de Thomas Love Peacock, *Headlong Hall*. (Las novelas, o más bien los diálogos, de Peacock, gran amigo de Shelley y admirador risueño de Gales, eran de lectura obligada en el reino de Clough.) Y la esencia de una finca semejante debe ser la combinación característica de belleza salvaje natural, pobreza e indiferencia de sus habitantes por la estética visual, sorprendente en un pueblo tan receptivo a la música y a las palabras como el galés. Aunque pensaba que era fundamental embellecerlos con

obras de ladrillo y metal convenientemente simbólicas, y de destacar su potencial romántico, no pretendía que los entornos que recreaba fueran «bellos», sino que fuesen auténticos. Y, sobre todo, que siempre lo fueran. Sus campañas a favor de la conservación del paisaje rural contra «el pulpo» que suponía el «desarrollo» no planificado se remontaban a los años veinte. En gran medida para preservarlo tal como era, durante el período de entreguerras se dedicó a comprar las colinas pedradas, los páramos y los montes que constituyeran su reino. Afortunadamente —pues era un hombre acomodado, y no rico— por aquel entonces su valor de mercado era prácticamente cero. «Un salario de diez guineas ganado en Londres servía para pagar muchos acres de terreno montañoso.»¹

Y de hecho, aunque albergaba maravillas, el reino de Clough no era convencionalmente «bello». ¿Cómo podía serlo? Gran parte de él era un país pedregoso y espectral, destruido en dos ocasiones, sumido siempre en la pobreza, y asolado debido al declive de las pequeñas granjas económicamente inviables y el cierre definitivo de las grandes canteras de pizarra que, mientras proveyeron de material para tejados a los constructores y urbanizadores de la Gran Bretaña victoriana, levantaron durante algún tiempo a aquella región estéril y montañosa por encima del nivel de mera subsistencia. Era, literalmente, un paisaje de ruinas posindustriales. Se podía subir desde las gigantescas canteras agotadas de Blaneau Ffestiniog hasta el paisaje lunar, sobrevolado por las chovas, de la cantera abandonada y las barracas solitarias de los obreros de Cwmorthin, y luego descender por las vías, igualmente abandonadas, del tren que conducía hacia el pelado Cwm Croesor. Tras pasar por la cantera también abandonada de Croesor, una de cuyas antiguas viviendas fue nuestra durante un tiempo, el ferrocarril llevaba a la larga y desolada pendiente por la que descendían por el efecto de la gravedad hasta el Traeth los vagones llenos a rebosar, y al final lo atravesaban para ser cargados en Portmadoc. Era también un paisaje de ruinas posagrícolas, semejante al que el gran poeta de la región, R. S. Thomas, describe en «The Welsh Hill Country»:

El musgo y el moho de las frías chimeneas,
las ortigas crecidas entre las grietas de las puertas,
las casas vacías en Nant-yr-Eira;
agujeros en los tejados que tapan la luz del sol,
los campos vuelven a convertirse en páramos desnudos.

Incluso en los años sesenta el turismo apenas empezaba a llenar poco a poco el vacío (pues, aunque Snowdon dominaba la panorámica, los lugares de más belleza (y los centros de alpinismo) de Snowdonia se encontraban a pocos kilómetros de distancia). La línea muerta del ferrocarril de Ffestiniog, el tren de vía estrecha en el que otrora habían viajado diariamente doscientos hombres de Llanfrothen y de Penrhyndeudraeth hasta las enormes canteras de Blaenau Ffestiniog, empezaba a ser restaurada por un grupo de aficionados entusiastas en beneficio de padres turistas agradecidos que se preguntaban qué podían hacer con sus hijos. Durante casi todos los años que pasamos en el norte de Gales siguió parándose en seco en una ladera cubierta de vegetación salvaje, antes de regresar a Portmadoc.

Una gran parte del trabajo que Clough llevó a cabo como soberano de su reino consistió literalmente en hacer habitables las ruinas y en rellenar muros vacíos en las laderas aún despobladas. Nuestra primera casa formaba parte de una hilería de cuatro viviendas, construidas en el valle de un monte pelado barrido por los vientos, a las afueras del pueblo de Croesor que había nacido alrededor de la cantera. Su único habitante permanente por aquel entonces era nuestra querida Nellie Jones, que cuidaba de los tres hijos que tuvo de distintos padres, y de un perro, en una especie de cocina, y que ejercía de guardiana para algunos visitantes ingleses casi tan bulliciosos como ella. (El pueblo, o mejor dicho, la aldea de Croesor, estaba a punto de perder su tienda y subdelegación de correos, y sólo una batalla constante contra las autoridades —beneficiada por la política de Clough de alquilar las viviendas vacías a madres solteras o abandonadas— salvó del cierre a su pequeñísima escuela.) Nuestra segunda casa fue un edificio en ruinas del siglo xvi, en otro tiempo parte del complejo de construcciones que constituía la residencia solariega de la familia Anwyl, venida a menos a partir del siglo xviii, que Clough había transformado en una casa habitable para los londinenses a los que no les importara vivir sin comodidades, pero en medio de un paraje romántico. Como era típico de él, había dejado parte de un muro saliente formado por bloques de piedra de casi un metro en el que, durante los siglos en ruinas, había crecido un árbol tan grande y alto que insistimos en que incluyera una cláusula en nuestro contrato de arrendamiento que nos protegiera ante la eventualidad de que fuera derribado por una tormenta y destruyera nuestra casa. Dudo que hubiera un solo edificio habitado en su finca que no hubiese sido construido, restaurado o adecuado como vivienda por él. Pero sus habitantes pertenecían al menos a dos tipos de gente completamente distintos sin apenas cosas en común: los que se habían instalado en segundo lugar o recién llegados, y los galeses nativos.

Los recién llegados eran un conjunto de intelectuales británicos de clase media y unos cuantos bohemios desperdigados con los que estaban relacionados. De algún modo la mayoría de ellos estaban vinculados directa o indirectamente con los William-Ellis. Principalmente a través de Cambridge, que había sido también la universidad de Clough, y la de su hijo, ya fallecido, Kitto, cuyos amigos del King's College entraron a formar parte del ambiente de Brondanw como visitantes regulares y (en un caso) como yerno. Fue así como llegó al valle Robin Gandy. A su vez, los primeros en establecerse allí fueron atrayendo a sus amigos, coetáneos, profesores y estudiantes, que llegaron al lugar, lo vieron y se sintieron conquistados por él: los Hobsbawm, uno a uno, más dos niños, seguidos por el hermano de Marlene, Walter Schwarz, más su esposa y sus cinco criaturas, los historiadores E. P. y Dorothy Thompson, procedentes de las laderas más bajas de los montes Moelwyn, y varios hijos e hijas de la familia Bennett, cuyos padres, ambos profesores de Literatura Inglesa, eran dos de los pilares de la sociedad académica de Cambridge. Por un motivo u otro, una serie importante de nombres de Cambridge ya estaba relacionada con el reino de Clough: el filósofo Bertrand Russell vivía en la península de Portmeirion; el Premio Nobel de Física, Patrick Blackett, una vez jubilado, residía en lo que había sido una casa de recreo, situada justo encima de Brondanw, bastante cerca de la de su hija en Croesor; Joseph

Needham, el gran especialista en historia de la ciencia china, pasaba todas sus vacaciones en Portmeirion con una de sus dos acompañantes habituales (su esposa presumiblemente se quedaba en su casa de Cambridge). John Maddox, editor de *Nature* durante muchos años, alquilaba por temporadas una de las casas de Clough en el Traeth; y mi profesor, Mounia Postan, especialista en historia económica, y su esposa lady Cynthia (Keppel) tenían una casa, que anteriormente había sido una escuela, a las afueras de Ffestiniog. Hablar de una «camarilla galesa de Bloomsbury» —la expresión procede de Rupert Crawshay Williams, un filósofo triste y encantador que residía en la zona y que llegó allí de la mano de Bertrand Russell— es exagerar un poco. Sin embargo, floreció una intensa vida social entre los anglófonos de la península de Portmeirion, el valle de Croesor y Ffestiniog. Uno de los sonidos más característicos de las vacaciones en el norte de Gales era el que hacían los huéspedes al sacudir el agua que chorreaba de sus impermeables y de sus botas de lluvia en la entrada de una casa mientras se iban preparando para pasar buenos ratos de diversión bajo uno de esos techos rústicos poco elevados. Y como muchos de ellos vivían de la palabra, hay al menos una verdad poética en el chiste que dice que en el valle de Croesor durante las noches sin viento siempre podía oírse el ruido de una máquina de escribir.

Aunque ciencias y Cambridge fueran de la mano, creo que era la esposa de Clough, la escritora Amabel Williams-Ellis, la que más disfrutaba de aquella acumulación de grandes cerebros en el lugar. Era una Strachey, una familia hacendada e intelectual muy vinculada con la India que estaba relacionada (tanto en Oxford como en Cambridge) principalmente con el mundo de la política. Su padre, el periodista St. Loe Strachey, había tenido un gran peso político, y su hermano, John Strachey, rompió con todo, primero para seguir a la esperanza (entonces) de los laboristas radicales, el gallardo y mujeriego sir Oswald («Tom») Mosley, hasta que se convirtió en el líder del fascismo británico, y luego para pasar a ser el intelectual más conocido del Partido Comunista de los años treinta. Se apartó del comunismo en 1940 y, durante los gobiernos laboristas de después de 1945, fue uno de los ministros más prominentes, cuyo éxito, sin embargo, no fue muy notable. La propia Amabel se había unido al Partido Comunista como simpatizante, y seguía sintiendo cierta nostalgia de los tiempos en los que el Partido era una pandilla de hermanos y hermanas semiconspiradores formada en orden de batalla. Yo le gustaba porque le evocaba aquella época, porque era alguien con el que podía chismorrear acerca de los camaradas, pero quizá principalmente porque le parecía un conversador sobre temas intelectuales digno de confianza. Por ese motivo solía venir a casa, llena de recuerdos, conduciendo su automóvil con la lentitud peligrosa y el exceso de celo característicos de la gente de edad muy avanzada. Como aparte de los que vivían allí casi nadie utilizaba la carretera de Croesor, los demás conductores eran indulgentes con ella. Amabel tenía una pasión por todo lo intelectual mucho mayor que Clough. De niña había soñado con hacerse científica, pero eso no era lo que hacían las «señoritas» de una familia como la suya. En realidad, ni siquiera la enviaron a una escuela. Se hizo escritora, siendo al final más conocida como autora infantil, mientras, como era habitual en su generación, su considerable aportación a la obra escrita y al pensamiento de

su marido fue subsumida en la de él. Amabel no era una de esas personas que se toman las cosas a la tremenda. De hecho, disfrutaba de las buenas cosas de la vida y de la nueva emancipación de la mujer, además (según parecía) de tener un concepto bastante libre de la fidelidad dentro del matrimonio, pero, de no haber sido educada en el principio de no inmutarse y mantener siempre la compostura propio de su clase, probablemente habría mostrado cierta amargura. Habría llegado a ser una científica de gran profesionalidad, y se encargó de que al menos una de sus hijas hiciera la carrera de Biología Marina. Me encariñé mucho con esa anciana señora, aun cuando a veces tuviera que tomar alguna medida para poner freno a sus expediciones en busca de ilustración intelectual. Hablábamos muchísimo, especialmente en los últimos años de su vida cuando, tras la muerte de Clough, recibía a las visitas deseando que le llegara su hora. No se lamentaba, pero tampoco ocultaba que prefería morir antes de verse sola, sufriendo y postrada en la cama, rodeada de gruesas paredes de piedra en una casa vieja y húmeda. Decía que había vivido lo suficiente. Sin embargo, nunca me reveló, ni siquiera por solidaridad política, donde estaba el acceso de las galerías subterráneas —situadas en el algún lugar recóndito de las profundidades del reino de Clough— en las que habían sido escondidos los tesoros de la National Gallery durante la Segunda Guerra Mundial. Una cosa era el pasado comunista, y otra muy distinta, los secretos de Estado.

Aparte de la minoría que acudía para practicar el alpinismo en serio, ¿qué llevó a los demás foráneos como nosotros hasta las montañas de Gales? Sin duda no fue la búsqueda de las comodidades. En nuestras casas galesas vivíamos voluntariamente en las mismas condiciones a las que, según nuestra propia acusación, sometía el capitalismo a sus explotados trabajadores. Ninguno de nosotros, a pesar del estilo de vida espartano que llevaba la clase media en los años cincuenta, hubiera aceptado vivir bajo ningún concepto en esas condiciones en nuestra residencia habitual de Londres o Cambridge, ni siquiera mi cuñado Walter Schwarz, con su infinito entusiasmo por las incomodidades primitivas como indicio de una vida ambientalmente sana y próxima a la naturaleza. Aun así, las únicas personas en las que podíamos confiar regularmente para compartir las contrariedades y las maravillas de la vida en Parc Farm eran amigos íntimos y a prueba de mal tiempo, como por ejemplo Dorothy Wedderburn. Para asegurarnos de que la primera noche que llegábamos íbamos a disponer de algo más o menos seco, cada vez que nos íbamos de Parc Farm teníamos que guardar todas las mantas y la ropa de cama en grandes bolsas de plástico cerradas herméticamente. A nuestra llegada, tardábamos de dos a tres días en secar la casa lo suficiente para que resultara mínimamente habitable, e incluso entonces era prácticamente imposible mantenerla caliente excepto en zonas sueltas, a pesar de las estufas de petróleo —un sistema elemental, aunque no demasiado bueno para los lavabos al aire libre— y de la leña para las chimeneas que los intelectuales de la ciudad, vestidos como vagabundos según el estilo del lugar, solían cortar frente a la puerta trasera de sus casas mientras lloviznaba. Quizás esa absoluta falta de comodidades formara parte del atractivo de la vida en Gales: nos hacía sentir más próximos a la naturaleza, o cuando menos a esa lucha constante contra las fuerzas del clima y de la geo-

logía que proporciona una satisfacción semejante. Mis recuerdos más vivos del norte de Gales son los de las siguientes aventuras: llevar a nuestros dos hijos pequeños por unos senderos pedregosos y cubiertos de nieve para buscar refugio y darles chocolate en una gruta del monte; regresar con Robin de una larga excursión a pie en medio de una persistente lluvia torrencial, abriéndonos paso con dificultad a través de caminos de cabra bordeados de precipicios —si una cabra podía hacerlo, ¿por qué no un historiador de mediana edad?—, y sobre todo caminar, hacer equilibrios y preparar por los alrededores del escarpado y abrupto santuario del Arddy, al oeste del macizo del Cnicht, para obtener como recompensa la vista familiar, pero siempre inesperada, de los fríos lagos ocultos en sus pliegues.

Pero esos eran placeres de visitantes. Nuestra región del norte de Gales también atrajo a un curioso conjunto de habitantes permanentes o semipermanentes, o mejor dicho de refugiados, de fuera: escritores *freelance*, bohemios del Soho desplazados, buscadores de la salvación espiritual con ingresos escasos o irregulares y el raro espécimen del intelectual anarquista. La presencia de Bertrand Russell, el anciano gurú del activismo antinuclear, en el reino de Clough trajo a varios de ellos a esas tierras; por no citar a los miembros de su propia familia tan disfuncional. Ralph Schoenman, el joven activista norteamericano que tanta influencia llegó a tener sobre el filósofo en aquella época, nunca entró a formar parte del ambiente local. Estaba demasiado ocupado en ir y venir de un lugar a otro con la pretensión de salvar al mundo, evidentemente en nombre de Russell. Sin embargo, cuando se retiró de esta batalla, Pat Pottle, secretario del Comité de los Cien (y una de las personas que ayudaron a liberar al espía soviético George Blake de la cárcel de Brixton), se estableció en Croesor, atraído por el revolucionario y activista antinuclear como él, el pintor Tom Kinsey (posteriormente el único anarquista conocido propietario de foxhounds y aficionado a la caza, pero, siendo como es Snowdonia, a pie en lugar de a caballo). Después de la crisis de los misiles de Cuba de 1962, éste había organizado una manifestación en Portmeirion de agradecimiento a Russell por haber salvado la paz en el mundo (pues fue en un telegrama dirigido a Russell [en respuesta a otro que Kinsey afirmaba haber redactado] donde Jrushchev hizo la declaración pública oficial de que la crisis se había acabado).

Esta comunidad de recién llegados vivía codo con codo con los galeses nativos, pero separados de ellos no sólo por una cuestión lingüística, sino también, quizás en mayor medida, por razones de clase, estilo de vida y un sentimiento separatista cada vez mayor de los lugareños. Dejando el sexo a un lado, en realidad apenas existían lazos de amistad entre los dos grupos «raciales», y muy poco de aquel espíritu aldeano de buena vecindad, lo que hizo que nuestro traslado a la comunidad, igualmente apartada e incluso más agrícola, del Gales central (anglófono) en la que nos instalamos, supusiera un alivio enorme —especialmente para una persona tan sociable y dicharachera como Marlene— después de vivir las tensiones cada vez más graves de Croesor.

A diferencia de la aristocracia rural nativa, apasionadamente galesa, pero cien por cien anglófona (por ejemplo, los William-Ellis), en los años setenta los

residentes venidos de fuera que vivían de forma permanente en el lugar empezaron también a aprender la lengua galesa del país, no para utilizarla, sino como deferencia hacia el sentimiento nacionalista cada vez más fuerte de la región. En los sesenta todo el mundo, salvo los lugareños de edad muy avanzada que vivían aislados, era bilingüe, siendo esencial el bilingüismo para cualquier persona galesa, incluso las de los pueblos del Cymru más profundo, que quisiera ver la televisión y tener tratos con la gente foránea, en la cual estaba incluida el 80 por ciento de la población de su país de habla exclusivamente inglesa. Ése, en realidad, era el problema principal de las zonas de habla galesa como la nuestra, y constituía la esencia de su nacionalismo cada vez más acusado. Incluso la asimilación lingüística plena de unos cuantas docenas de extranjeros no representaba nada comparado con el diluvio imparable de lo anglófono que conllevaba la civilización moderna.

Para la mayoría de los montañeses, la lengua galesa era ante todo como un Arca de Noé en la que podían sobrevivir al diluvio como una comunidad. No estaban interesados en convertir ni en ser convertidos: la gente miraba por encima del hombro cuando veía a los galeses del sur con su «galés de escuela». A diferencia de Noé, no abrigaban esperanzas de que el diluvio acabara. Se hacían más retraídos porque se sentían en la situación más desesperada, la misma que sienten las minorías asediadas, desamparadas y permanentes. Pero para algunos existía una solución: la «galesización» obligatoria, impuesta por una normativa política nacionalista. Mientras tanto, a los invasores recién llegados se les podía disuadir quemándoles sus segundas residencias. Los que decían estar bien informados comentaban que algunos activistas procedían del reino de Clough, aunque no fue un centro de quema de casas. La gente sabía diferenciar entre los veraneantes que conocían y «los ingleses» en general. Y aunque no hay nada que pueda mantenerse en secreto en los ambientes rurales, a diferencia de la gran ciudad, no hubo ningún caso de incendio terrorista de casas que fuera resuelto por la policía.

En cierto sentido, la población nativa del reino de Clough y del macizo del norte de Gales en general estaba tan desarraigada como los inmigrantes ingleses de temporada o incluso la mayoría de los que se habían establecido con carácter permanente, ocupando las granjas y viviendas abandonadas por los nativos. Los cimientos de su sociedad se venían abajo del mismo modo que se hunde la casa construida sobre un terreno arenoso; pero a diferencia de ésta, su sociedad no podía ser apuntalada. En el pasado, el aislamiento había mantenido unida a la sociedad lo mismo que la poesía, el puritanismo y la pobreza general de una colectividad esencialmente rural. Ésa era la situación entonces. Las capillas estaban vacías. (No recuerdo haberme cruzado con ningún ministro ni pastor de la iglesia durante nuestros años en el valle de Croesor, excepto con R. S. Thomas —caso sumamente anómalo por cuanto era anglicano—, que vino para encargarse del funeral de nuestro vecino Thomas Blackburn, un poeta en lengua inglesa como él, enterrado en un cementerio situado en una pendiente muy pronunciada con una panorámica inolvidable de Snowdon.) La abstinencia total de alcohol, que debía ser el rasgo distintivo del protestantismo puritano en una población tan sumamente interesada en el sexo fuera del matrimonio (oficialmente inexistente), es-

taba en claro declive. El punto de referencia de la nueva cultura de nacionalismo galés militante no era la iglesia, sino el *pub*. (Clough había construido uno, el Brondanw Arms, con una hermosa guirnalda de metal forjado como emblema, pero ese motivo no tenía ningún significado para los habitantes de Garreg y Llanfrothen, que lo llamaban, al igual que al *pub*, simplemente «La argolla».) Sólo siguió guardándose un silencio tolerante en lo que respectaba a los niños ilegítimos, incluso aquellos que no podían hacerse pasar, sin suscitar rumores, por hermanos pequeños de sus madres, nacidos cuando nadie se lo esperaba. Las colinas fueron cambiadas por las viviendas de protección oficial provistas de calefacción de las tierras bajas. Hasta el dinero dividía ahora más a los dos tipos de población, pues en el seno de la comunidad de lengua galesa la riqueza no había sido determinante en el pasado, ya que los verdaderamente ricos y poderosos eran anglófonos o se habían «anglicanizado», esto es, no formaban parte de ella.

Si acaso, la jerarquía de estatus había sido espiritual o intelectual —la de ministro de la iglesia (esto es, la de orador), poeta y erudito—, y podía ostentarla cualquiera, por ejemplo un cartero con talento para improvisar unos versos en la compleja métrica galesa o, como fue el caso del gran anticuarista y erudito, Bob Owen, el orgullo de Croesor, cuya biblioteca forma parte actualmente de la Biblioteca Nacional de Gales en Aberystwith, un contable de las canteras. (Su hijo y su familia —Tuddwr, Gaynor y sus hijos Bob, Eleri y el pequeño Deian— fueron y siguen siendo nuestros amigos en la aldea.) Un estatus propio de los hombres, de carácter menos cultural, pero que seguía siendo reconocido y valorado por los lugareños, era el de pescador o cazador furtivo, un deporte muy practicado y aceptado universalmente. Incluso en nuestra época, cuando un amigo galés originario de un viejo poblado de las canteras quería ofrecernos salmón para cenar y preguntaba el precio al pescadero ambulante que pasaba cada semana, éste solía responder de forma espontánea: «¿Para comprar o para vender?». Los maravillosos poemas de R. S. Thomas no nos deben inducir al error de pensar que la mayoría de los granjeros del norte de Gales fueran unos hombrachos faltos de intelecto. Bajo aquellas techumbres bajas, concebidas ancestralmente para combinar un máximo de visión de los extraños que pudieran acercarse y un máximo de abrigo frente a la lluvia y las tormentas, se practicaba el pensamiento y mucha lectura en lengua galesa. En muchos aspectos, nuestro vecino Edgar de Croesor Ychaf, al explicar cómo los granjeros del lugar y sus perros concentraban siempre antes del esquila a todas las ovejas que andaban sueltas por el monte, demostraba estar tan bien informado acerca de la ecología del terreno como el experto preservador de la naturaleza, con todo su bagaje universitario y su nacionalismo acérrimo, establecido recientemente en la antigua oficina de correos de la aldea, y cuando menos resultaba tan coherente como él.

No puedo afirmar que el reino de Clough fuera característico del Gales montañoso, pero no me cabe la menor duda de que era un lugar inestable y poco feliz donde se incubaban muchas tensiones. Esto se manifestaba en un sentimiento antiinglés, resentido y a veces rencoroso, cada vez mayor, y en un rechazo de las relaciones personales que se daba de forma más natural entre los adultos que entre los niños.² Había también otros signos de malestar social. Cuando llegaron al va-

lle a comienzos de los años ochenta los llamados por la población local «los de naranja» (los «sanyasins» o seguidores del guru hindú Shri Bhagwan), se ganaron adeptos tanto entre los nativos de Gales como, cosa menos sorprendente, entre la diáspora bohemia inglesa. Y desde luego no sólo porque su camino hacia la salvación fomentara la práctica del sexo libre. Croesor era un lugar maravilloso para las vacaciones familiares, pero no un valle feliz.

Cuando me jubilé de Birkbeck en 1982 habíamos pasado alguna temporada cada año en el reino de Clough durante casi dos décadas. Bryn Hyfryd, y más aún Parc Farm, flanqueada por la vieja Manor House (Big Parc), con todos sus visitantes, y la minúscula Gatws, llena de primos Schwarz, formaban parte de nuestra vida y de nuestras amistades, y más aún de las de nuestros hijos. Precisamente porque no estaban arropados por las rutinas permanentes de la vida cotidiana y profesional, los recuerdos asociados con el norte de Gales —incluso las trifulcas domésticas y familiares— destacan con una especial viveza: la terrible noticia de la invasión de Praga por los rusos en 1968; la noticia de la muerte de mi tía Mimi llegada por telegrama —todavía existían esas cosas— hasta nuestra vivienda desprovista de teléfono; la portezuela del coche arrancada de sus goznes por la tormenta cuando salimos de él para encaminarnos hacia la fiesta de fin de año de Edward Thompson por el sendero iluminado con una linterna; el viaje en automóvil con Dorothy Wedderburn cuando fuimos de gira más allá de Aberdaron, en el extremo más alejado de la península de Llyn, un soleado día de Navidad; y el viejo pozo de Parc, que siguió suministrándonos agua incluso durante la gran sequía de 1976. A excepción del paisaje, no todo era perfecto: vivir con las incomodidades propias de los *boy scouts* se hizo cada vez menos atractivo (a Marlene nunca la sedujo demasiado el plan), y el incremento del nacionalismo agriaron las relaciones con los galeses. No obstante, aunque en adelante fuera a pasar cuatro meses al año en Nueva York, probablemente nos hubiéramos quedado en el valle de Croesor hasta el fin de nuestras vidas.

Pero cuando se produjo la muerte de Clough en 1978 y la de Amabel en 1984, las cosas cambiaron. El nieto de Clough, que se hizo cargo de la finca —sus padres se ocupaban de gestionar la fábrica y de comercializar la cerámica de Portmeirion—, era un nacionalista galés fanático, que no mostró el menor interés por la colección de antiguallas de Cambridge de sus abuelos, instaladas en unas casas en las que debían resonar los ecos de la lengua galesa propia de las familias del país de Cymru a quienes debían ser devueltas. Total, que los contratos de arriendo de los forasteros no fueron renovados. La razón oficial que se nos dio fue que los contratos no se harían en adelante por temporadas. Se nos permitiría renovarlo año tras año hasta que apareciera un inquilino galés como es debido que se estableciera en la vivienda con carácter permanente, o hasta que la propiedad obtuviera el dinero necesario para hacer habitables las viviendas de Parc Farm para cualquiera excepto para unos turistas románticos. Nos atuvimos a esas condiciones durante un año o dos mientras buscábamos otra casa en Gales, aunque, eso sí, ya no en la zona norte. En cualquier caso nuestros amigos también fueron perdiendo sus casas y, cuando cumplí los setenta, las ascensiones por el Cnicht ya no resultaban tan atractivas. Encontramos una en el paisaje y en el clima político

más amable de Powys, desde cuyas colinas los días claros puede verse Cader Idris.

Mi hija sigue yendo al valle de vez en cuando. Ni Marlene ni yo hemos regresado desde que nos marchamos en 1991. No tengo ánimos para ver de nuevo ese lugar. Pero no puedo olvidarlo.

Capítulo 15

LA DÉCADA DE LOS SESENTA

I

A comienzos de mayo de 1968 me encontraba en París, ciudad en la que una de las organizaciones de la UNESCO había coordinado un macrocongreso sobre «Marx y el pensamiento científico contemporáneo» en conmemoración del 150 aniversario de su nacimiento. Como la mayoría de esos encuentros, su función más evidente consistía en ofrecer a una serie de académicos un viaje con los gastos pagados a un centro turístico ameno; y, como casi todos los congresos acerca de Marx, especialmente aquellos en los que un pelotón de burócratas ideológicos de la URSS aportaban una serie de documentos extremadamente aburridos y sin ningún interés, el tedio hacía que los participantes abandonaran la sala de conferencias para pasear por las calles de París. Pero el 8, 9 y 10 de mayo las calles de la ciudad —al menos las de los V.º y VI.º *arrondissements*— estaban llenas de estudiantes que se manifestaban. Por pura casualidad, la conmemoración del aniversario de Marx coincidió con el momento más caliente de la gran rebelión estudiantil de París. En menos de dos días se convertiría en algo mucho mayor que una rebelión de estudiantes, a saber, en una huelga de los obreros a escala nacional y en una de las crisis políticas más graves del régimen del general De Gaulle.¹ Al cabo de unos meses «los acontecimientos de mayo» serían reconocidos como el epicentro de un estallido de rebelión de los estudiantes en dos continentes, cruzando cualquier frontera política e ideológica desde Berkeley y Ciudad de México por el oeste hasta Varsovia, Praga y Belgrado por el este.

Cuando escribo estas líneas, repaso las imágenes del París de aquellos días en la antología fotográfica de 1968 publicada en un volumen treinta años después.² Algunas de las más impactantes fueron tomadas el último día del Congreso sobre Marx —sigo recordando hoy en día el escozor que producían los gases lacrimógenos tras el incendio del Barrio Latino—, pero la escena que ha quedado más grabada en mi mente está recogida en una fotografía sin fecha de Henri Cartier-Bresson en la que aparece una manifestación masiva de estudiantes: una muchedumbre ingente de jóvenes, principalmente varones, sin corbata, con el puño en alto, todos ellos inmóviles, casi sin excepción, con el respetable corte de pelo

burgués de la época pre-hippy, en la que prácticamente se oculta la presencia de cualquier rostro adulto. Sin embargo, son esos rostros adultos desperdigados lo que recuerdo más vivamente, porque representan la unidad y la incompatibilidad de la antigua generación de izquierdas —la mía— con la nueva. Me acuerdo de mi viejo amigo y camarada Albert (*Marius*) Soboul, catedrático de Historia de la Revolución Francesa de la Universidad de la Sorbona, erguido, con expresión solemne, vestido con traje y corbata de riguroso color oscuro típico de un gran académico, marchando, codo con codo, junto a jóvenes que podían ser sus hijos y que gritaban contraseñas con las que estaba en total desacuerdo por ser un militante leal del Partido Comunista francés. ¿Pero cómo podía un hombre en la tradición de la Revolución y la República dejar de *descendre dans la rue* en una ocasión como aquella? Recuerdo cómo Jean Pronteau —por aquel entonces seguía siendo un importante funcionario del Partido—, que había encabezado la insurrección de París de 1944 en el Barrio Latino contra los alemanes, me contaba lo emocionado que se sentía al ver cómo se levantaban barricadas, de manera espontánea, en la misma esquina de la Rue Gay-Lussac en la que ellos las habían erigido en 1944, y en la que con toda seguridad habían sido colocadas durante las revoluciones de 1830, de 1848 y la de la Comuna de París de 1871. Si *noblesse oblige*, también sin duda obliga la tradición revolucionaria.

Y de hecho, nada me impresionó tanto en aquel momento como la reunión a la que yo y otros marxistas de la Unesco fuimos invitados por el Instituto Maurice Thorez o algún otro organismo académico adjunto del Partido Comunista francés —no lo recuerdo bien—, en la que se tenían que debatir ciertos puntos de la interpretación marxista, mientras los estudiantes se manifestaban. Nadie parecía tener en cuenta lo que estaba sucediendo fuera. Suscitó algunos momentos de incomodidad entre los presentes cuando hice hincapié en este hecho. Pregunté si no teníamos nada que decir acerca de lo que ocurría precisamente en las mismas calles por las que habíamos pasado para llegar a la conferencia. ¿No podíamos al menos manifestar nuestro apoyo general con lo que sucedía? Por suerte o por desgracia, treinta y cuatro años después sinceramente no consigo recordar si los que pensaban y sentían como yo consiguieron avergonzar a los demás para realizar una declaración semejante. Me parece poco probable.

En la colección Magnum 1968 hay otra fotografía que encarna al menos una parte de mis sentimientos de entonces. (Debo hacer hincapié en que también es de Henri Cartier-Bresson, todo un genio a la hora de captar aquellos momentos históricos.) Un anciano de clase media está de pie, con los brazos a la espalda, mirando pensativo en una calle de París hacia una pared cubierta de carteles con una tosca puerta de madera (que presumiblemente daba a un patio o a un solar). Los carteles más nuevos habían sido medio arrancados de la pared, dejando visibles algunos bloques de cemento y parte de los anuncios de películas que había debajo. La puerta está llena de carteles políticos: uno del Partido Comunista encima de un panfleto sobre el poder de los estudiantes, una hoja medio arrancada en la que se hace un llamamiento a la lucha por una sociedad democrática que dé paso al socialismo, y encima un gran grafito escrito con el arma fundamental de los rebeldes del Mayo francés, el bote de pintura en *spray*. Reza así: «*Jouissez*

sans entraves», que los editores del libro han traducido tímidamente como «Soltaos el pelo». (En realidad significa: «Disfrutad de vuestros orgasmos sin trabas».) No sabemos qué impresión le causaron al anciano ciudadano de Cartier-Bresson las paredes de París, que fueron la víctima principal y el testigo público de la revuelta estudiantil. Mi reacción fue de escepticismo. Como cualquier historiador sabrá, las revoluciones pueden reconocerse por el vasto caudal de palabras que generan: palabras dichas de viva voz, pero que en las sociedades alfabetizadas suelen aparecer escritas en grandes cantidades por hombres y mujeres que normalmente no están acostumbradas a expresarse por escrito. De acuerdo con este criterio, Mayo del 68 fue algo parecido a una revolución estudiantil, pero sus palabras son indicativas de un tipo de revolución muy singular, como podía apreciar cualquiera que observara las paredes de las calles de París en aquel período.

Lo cierto es que los carteles y los grafitos típicos de 1968 no eran en realidad políticos en el sentido tradicional de la palabra, excepto por las denuncias recurrentes del Partido Comunista, realizadas presumiblemente por los militantes de los distintos grupos y facciones de izquierdas, procedentes en su gran mayoría de alguna corriente leninista escindida. Y sin embargo, ¡qué pocas eran las referencias a los grandes nombres de esa ideología —Marx, Lenin, Mao, incluso el Che Guevara— en las paredes de París!³ Posteriormente aparecerían estampados en camisetas y distintivos, como iconos símbolo del derrocamiento de los regímenes. Los estudiantes rebeldes recordaban a los observadores el anarquismo bakuninista durante largo tiempo olvidado, pero, en todo caso, de quienes estaban más cerca era de los «situacionistas», que habían anticipado una «revolución de la vida cotidiana» a través de la transformación de las relaciones personales. Por ese motivo (y precisamente por su gran capacidad gálica a la hora de inventar eslóganes inolvidables) se convirtieron en los portavoces de un movimiento por lo demás todavía en sus primeros pasos, aunque es prácticamente seguro que hasta entonces casi nadie había oído hablar de ellos, aparte de un pequeño círculo de pintores de izquierdas. (Yo desde luego no los conocía.) Por otro lado, los eslóganes de 1968 no fueron simplemente las manifestaciones de una contracultura marginal, a pesar del interés evidente en impactar a la burguesía («*LSD tout de suite!*»). Querían derrocar a la sociedad, y no esquivarla y dejarla simplemente de lado.

Para la gente de izquierdas de mediana edad como yo, Mayo del 68 y en realidad toda la década de los sesenta fueron extremadamente bienvenidos y resultaron sumamente complejos. Parecía que empleábamos el mismo vocabulario, pero no hablábamos el mismo idioma. Es más, incluso cuando participábamos en los mismos acontecimientos, se hacía patente que aquellos de nosotros suficientemente mayores como para ser los padres de los jóvenes activistas no los vivíamos como ellos. Los veinte años de posguerra nos habían enseñado a los que vivíamos en Estados de democracia capitalista que la revolución social en dichos países no figuraba en la agenda política. En cualquier caso, cuando ya se han cumplido los cincuenta, uno no se espera que aparezca la revolución detrás de cualquier manifestación de masas, por impresionante o sensacional que sea. (Por cierto, de ahí nuestra sorpresa —y la de todos— ante la desproporcionada efecti-

vidad política de los movimientos estudiantiles de 1968 que, al fin y al cabo, derrocaron al presidente de Estados Unidos y, tras un intervalo considerable para salvar las apariencias, al de Francia.) Además, para los que habíamos sido educados en la historia de 1776, 1789 y 1917, y éramos lo bastante viejos para haber vivido las transformaciones acaecidas desde 1933, la revolución, por mucho que fuera una experiencia intensa y emocional, tenía un objetivo político. Los revolucionarios querían derrocar a los antiguos regímenes políticos, de su país o del extranjero, con miras a sustituirlos por otros nuevos que en adelante instituyeran o echaran los cimientos de una sociedad nueva mejor. Sin embargo, independientemente de lo que impulsara a esos jóvenes a salir a la calle, no cabe duda de que eso no era. Los observadores que no simpatizaron con el Mayo francés, como Raymond Aron (sintiéndose en el papel de Tocqueville cuando realizaba sus comentarios acerca del París de 1848), llegaron a la conclusión de que los manifestantes carecían totalmente de objetivo: 1968 debía entenderse simplemente como una representación teatral callejera colectiva, como un «psicodrama» o «delirio verbal», porque era tan sólo «una gran liberación de sentimientos reprimidos». ⁴ Los que simpatizaban con ellos, como el sociólogo Alain Touraine, autor de uno de los primeros libros, todavía sumamente ilustrativo, acerca de aquellas semanas extraordinarias, eran de la opinión de que el objetivo implícito de los manifestantes constituía una vuelta a las ideologías utópicas anteriores a 1848. ⁵ Pero en realidad no se veía una utopía en el antinomismo general de eslóganes tales como «Prohibido prohibir», que probablemente expresaban con la máxima claridad el sentimiento de los jóvenes rebeldes (acerca del Gobierno, los profesores, los padres o el universo entero). De hecho, no parecían muy interesados en una idea *social*, ni comunista ni de ningún otro tipo, aparte del ideal individualista de deshacerse de todo aquello que se creyera facultado y en el derecho de prohibir a alguien realizar lo que su ego y su ello deseara hacer. Y sin embargo, en la medida en que encontraron distintivos públicos para colocar en solapas privadas, éstos fueron los emblemas de la izquierda revolucionaria, aunque sólo fuera porque estuvieran asociados por tradición con la oposición.

La reacción espontánea de los viejos izquierdistas ante el movimiento nuevo fue: «Esa gente todavía no ha aprendido cómo conseguir sus objetivos políticos». Presumiblemente por ese motivo, haciendo referencia al título en francés de mi libro *Rebeldes primitivos*, que por aquel entonces acababa de publicarse en París, ⁶ Alain Touraine, que simpatizaba totalmente con los rebeldes de 1968, escribió en la hoja de guarda de mi ejemplar de su libro: «Aquí están los primitivos de una nueva rebelión». Pues mi obra tenía en realidad el propósito de hacer justicia histórica a las luchas sociales —al bandolerismo, a las sectas milenarias, a los amotinados de las ciudades de la época preindustrial—, que habían sido pasadas por alto o incluso rechazadas sólo porque intentaron luchar a brazo partido contra los problemas de los pobres en una nueva sociedad capitalista con unas armas históricamente obsoletas o inadecuadas. ¿Pero y si los «nuevos primitivos» no estaban persiguiendo nuestros objetivos en absoluto, sino otros muy distintos? Como mi libro, disponible en lengua inglesa desde 1959, se ponía tan clara y apasionadamente de parte de los eternos perdedores acerca de los que trataba, me había pro-

porcionado más credibilidad entre la gente de la calle anglófona de las «nuevas izquierdas» de la que solían gozar los miembros del Partido. No obstante, quedé sorprendido y algo perplejo cuando un colega de la Universidad de California, en Berkeley, el epicentro de la erupción estudiantil de Estados Unidos, me dijo que los jóvenes rebeldes más intelectuales leían allí mi libro con gran entusiasmo *porque se identificaban e identificaban su movimiento* con mis rebeldes.

Tras haber dado clases en Estados Unidos durante el momento más álgido del movimiento contra la guerra del Vietnam en 1967 y haber sido testigo de los acontecimientos del París de 1968, escribí un artículo poco comprensivo sobre «Revolución y sexo» en 1969. Si había alguna correlación entre los dos, señalé, era negativa: los gobernantes mantenían a los esclavos y a los pobres callados fomentando la libertad sexual entre ellos y, podría haber añadido recordando a Aldous Huxley en *Un mundo feliz*, las drogas. Como historiador sabía que todas las revoluciones tienen su faceta libertaria y peleona, pero «en sí mismas, la rebelión cultural y la disidencia cultural son síntomas, no fuerzas revolucionarias». «Cuanto más prominentes son —como resulta evidente en Estados Unidos— más seguros podemos estar de que lo importante no está ocurriendo».⁷ ¿Pero qué pasaba si «lo importante» no fuera el derrocamiento del capitalismo, o incluso de algunos regímenes políticos opresivos o corruptos, sino precisamente la destrucción de los modelos tradicionales de las relaciones existentes entre las personas y el comportamiento del individuo *en el seno de la sociedad establecida*? ¿Qué pasaba si estábamos sencillamente equivocados al considerar a los rebeldes de los años sesenta como una fase o variante más de la izquierda? En ese caso no habría sido un intento chapucero de cierto tipo de revolución, sino la ratificación efectiva de otra: la revolución abolía una política tradicional, y al final la política de la izquierda tradicional, mediante el eslogan «lo personal es político». Al volver la vista atrás después de más de treinta años, es fácil observar que interpreté mal el significado histórico de los años sesenta.

Una de las causas consiste en que desde 1955 había estado inmerso en el universo de los músicos de jazz, pequeño y normalmente nocturno. El mundo de la noche en el que viví durante la segunda mitad de los años cincuenta ya había anticipado aparentemente buena parte del espíritu de los sesenta. Pero no era así. Era bastante distinto. Si hay algo que simboliza los sesenta es la música rock, que empezó a conquistar el mundo en la segunda mitad de los cincuenta, abriendo inmediatamente un profundo abismo entre las generaciones de antes y después de 1955.

Era imposible no notar la existencia de ese abismo, como cuando mi esposa y yo, que estábamos pasando unos días en Berkeley y en San Francisco en el momento de máximo apogeo del *flower-power* en 1967, visitamos a una antigua *au-pair* de Andy y Julia en Haight-Ashbury, donde entonces la muchacha se estaba descubriendo a sí misma. Evidentemente era una experiencia maravillosa para la chica, una holandesa tan sensata como cabría esperar, y divertida de observar, pero ¿cómo podía ser nuestro ambiente? Nos llevaron al Fillmore, una gigantesca sala de baile que vibraba por la amplificación excesiva y las luces estroboscópicas. Ni siquiera recuerdo qué grupos de la zona de la bahía escucha-

mos (la única actuación que para mí tuvo algún sentido aquella noche fue la de uno de los conjuntos femeninos de la Motown —¿eran las Marvelettes o las Supremes?— cuya música tenía la cadencia típica del *rhythm & blues* negro. Quizá no resulte sorprendente. Aquel año para disfrutar en San Francisco se tenía que ir siempre bien colocado de algo, preferiblemente de ácidos, y nosotros no lo íbamos. De hecho, debido a nuestra edad, parecíamos una ilustración de manual de la siguiente frase: «Si puedes recordar algo de los años sesenta, no formaste parte de ellos».

El mundo del jazz, salvo alguna rara excepción, tampoco podía entender el rock. Reaccionó frente a la música rock con el mismo desprecio que había sentido tradicionalmente por la música tipo Mickey Mouse de las antiguas orquestas de los teatros y de las bandas comerciales. Quizás incluso con más desprecio, pues al menos los hombres que tocaban hasta en las fiestas del *barmitzvh* más aburridas eran profesionales. Por el contrario, en pocos años el rock acabaría matando prácticamente al jazz. El abismo generacional existente entre aquellos para los que los Rolling Stones eran unos dioses y los que pensaban que simplemente eran una imitación loable del *blues* negro, resultaba prácticamente insalvable, incluso cuando ambas coincidían de vez en cuando en alabar un mismo talento. (De hecho, he admirado bastante a los Beatles y he reconocido retazos de genio en Bob Dylan, un gran poeta en potencia demasiado holgazán o absorto en sí mismo para mantener despierta su inspiración durante más de dos o tres versos a la vez.) Cualesquiera que fueran las apariencias, los de mi generación seguiríamos siendo unos extraños en los años sesenta.

Y ello a pesar de que en los sesenta, durante unos cuantos años, el lenguaje, la cultura y el estilo de vida de las nuevas generaciones del rock se politizaron. Hablaban unos dialectos derivados a todas luces de la antigua lengua de la izquierda revolucionaria, aunque no desde luego del comunismo ortodoxo de Moscú, desacreditado por los acontecimientos de la era de Stalin y la moderación política de los partidos comunistas. Cualquiera que lea el mejor libro sobre los sesenta que se ha escrito en Gran Bretaña, *Promise of a Dream*, de mi amiga y ex alumna Sheila Rowbotham, se dará cuenta de que durante unos años resultó realmente casi imposible para alguien de la generación de la autora (nacida en 1943) llegar a distinguir entre lo personal y lo político. Fue un «hombre de izquierdas, Alexis Korner» —lo recuerdo, moreno y silencioso, por Bayswater—, quien inspiró «la nítida sexualidad palpitante de las bandas de *blues*»⁸ como la de los Rolling Stones, cuyo componente, Mick Jagger, escribió «Street Fighting Man» tras una dramática manifestación de solidaridad con el Vietnam en 1968, publicándola en el nuevo periódico radical del extravagante trotskista pakistaní, Tariq Ali, llamado *The Black Dwarf* («PARÍS, LONDRES, ROMA, BERLÍN. LUCHAREMOS. VENCEREMOS»). Pink Floyd, «La dialéctica de la liberación», Che Guevara, Middle Earth y el ácido iban en el mismo carro. No es que la línea estuviera totalmente borrada. Posteriormente un catedrático de Económicas de Cambridge propondría que los hombres de principios socialistas deberían protestar públicamente contra la creciente expansión de los clubes de *striptease* en el Soho, por ejemplo haciendo *striptease* delante de sus puertas. («Los de la *New Left Review* le dijeron

que adoptaba “una actitud puritana y anticuada frente al socialismo”). Los que vestían «el sombrío “traje de combate”, llevado cada vez más ... en la izquierda» movieron la cabeza en señal de desaprobación cuando vieron a un activista igualmente entregado que se presentó a participar en la ocupación de la London School of Economics enfundado «en un traje color verde oliva con pantalones acampanados, adquirido en la nueva temporada de septiembre».⁹ La mayoría de estas cosas pasaron inadvertidas a la vieja izquierda, aun cuando los jóvenes radicales británicos —quizá gracias a mi generación de historiadores rojos— estaban probablemente más empapados de historia, especialmente de historia del movimiento obrero, que los demás. Sabíamos que los activistas principales eran compañeros nuestros en la protesta, alumnos o amigos. Nunca me molesté en leer el *Black Dwarf*, aunque una vez me pidieron que escribiera un artículo, y por supuesto así lo hice. Los jóvenes movilizaron a personas como yo para actividades tales como las asambleas que se organizaban para debatir el problema del Vietnam (me colocaron delante de un lugar increíblemente mal elegido, la rectoría de Henry Cabot, antiguo Gran Hermano estadounidense en Saigón en la asamblea de la Unión de Oxford de 1965 organizada por Tariq Ali). Afortunadamente en mi *college* no tuve que afrontar la experiencia lacerante de una ocupación estudiantil, que requería una tensión considerable de las relaciones intergeneracionales, aunque una vez fui invitado a dirigirme a una multitud de fuerzas de ocupación en el edificio Old Schools de Cambridge por uno de sus cabeillas, hijo de unos viejos amigos. Creo que mi sugerencia de que incluso la historia de las épocas perdidas en las brumas de la antigüedad, como por ejemplo el siglo XIX, podía ser «relevante» —la palabra de moda del momento— los decepcionó.

No supimos entender hasta qué punto la ultraizquierda a todas luces política y los revolucionarios y los neoterroristas armados que aparecieron a raíz de los sesenta fueron influenciados por la «contracultura», de la que de hecho formaban parte. Los «Weathermen» de Estados Unidos tomaron su nombre de una canción de Bob Dylan. La Fracción del Ejército Rojo, más conocida como la banda Baader-Meinhof, vivía en la versión alemana de una contracultura de marginados por elección y comportamiento.

Mis coetáneos no entendían que las generaciones de estudiantes occidentales de los años sesenta creían, como habíamos hecho nosotros, aunque de un modo mucho más difícil de definir como «político», que vivían en una época en la que todo iba a ser cambiado por la revolución, porque a su alrededor todo estaba ya siendo cambiado por ella. Nosotros, o al menos los rojos de mediana edad pesimistas congénitos como yo, que teníamos en nuestras carnes las heridas de media vida de decepciones, no podíamos compartir el optimismo casi cósmico de los jóvenes que se sentían «atrapados en aquel vórtice de la rebelión internacional».¹⁰ (Una de sus consecuencias fue la moda del turismo revolucionario global, que llevaría a intelectuales de la izquierda italiana, francesa y británica a converger simultáneamente en Bolivia en 1967 a la muerte del Che y para el juicio de Régis Debray.)

Por supuesto todos nosotros nos vimos atrapados en esas grandes luchas glo-

bales. En los años sesenta el Tercer Mundo devolvió de hecho al Primero la esperanza de la revolución. Las dos grandes inspiraciones internacionales eran Cuba y Vietnam, que no sólo constituían sendos triunfos de la revolución, sino los de David contra Goliat, los de los débiles frente a los todopoderosos. «La guerrilla» —término emblemático de la época— se convirtió en la llave imprescindible para cambiar el mundo. Los revolucionarios de Fidel Castro, fáciles de reconocer por su juventud, su larga melena, sus barbas y su retórica, como herederos del espíritu de 1848 —pensemos en la famosa imagen de Che Guevara— prácticamente podrían haber sido concebidos para convertirse en los símbolos de una nueva era de romanticismo político a escala mundial. Es difícil evocar, e incluso entender ahora, las repercusiones globales casi inmediatas de lo que en enero de 1959 fue al fin y al cabo un acontecimiento no insólito en la historia de una isla de América Latina de dimensiones modestas. Los vietnamitas, pequeños y escuálidos, pusieron en jaque al colosal ejército destructivo de Estados Unidos en los senderos de las junglas y en los arrozales. Desde el momento en que en 1965 el presidente Johnson envió a sus tropas al lugar, ni siquiera las personas de mediana edad que creían poco en las utopías, como yo, tuvieron la más mínima duda sobre quién iba a ganar. Más que cualquier otro acontecimiento de los sesenta, fue la grandeza, el heroísmo y la tragedia de la lucha de los vietnamitas lo que emocionó y movilizó a la izquierda anglófona, y unió a sus generaciones y a casi todas sus ramas normalmente reñidas. Me encontré con gente de mi edad y con alumnos en Grosvenor Square, realizando protestas delante de la embajada de Estados Unidos. Fui a manifestaciones con Marlene y nuestros hijos pequeños, gritando «Ho-Ho-Ho-Chi Minh» como los demás. Fui tachado de escéptico respecto a la estrategia guerrillera guevarista, que en cualquier caso resultó un auténtico desastre (véase el capítulo 21), pero Vietnam sigue grabado en el corazón de Marlene y en el mío. Incluso cuando el siglo tocaba a su fin la emoción continuaba allí, en Hanoi, de forma palpable, cuando Marlene y yo vimos a un grupo de hombres ancianos, pequeños, curtidos, vestidos correctamente y con sus medallas de guerra, caminando bajo los árboles para visitar la casa de Ho Chi Minh. Ellos habían luchado por nosotros, no nosotros.

Aparte de participar en las campañas que se llevaron a cabo en su favor, no tuve ninguna relación en particular con Vietnam durante su guerra, y sólo la visité después de que hubiera pasado un cuarto de siglo de su victoria, con motivo de unas meras vacaciones. En cambio, como mucha gente de izquierdas que se sintió inspirada por la revolución castrista, visité Cuba en diversas ocasiones a lo largo de los años sesenta, y por esa razón pude ver en primera persona, de paso, una sección muy representativa de la izquierda itinerante internacional. Mi primer viaje a la isla tuvo lugar en 1960, el año de irresistible luna de miel de la joven revolución. En aquella ocasión coincidí con dos amigos economistas —a los que uní mis fuerzas— que representaban aquel extraño fenómeno, la vieja izquierda marxista norteamericana que no se identificaba ni con el PC ni con sus oponentes: Paul Sweezy, un hombre bastante alto, el típico yanqui de habla lenta de Nueva Inglaterra, y Paul Baran. Como su pequeña revista *Monthly Review*, siempre acosada por sus enemigos, había mantenido izada la bandera roja en la

América de la Guerra Fría, fueron bienvenidos por Castro y por los antiguos guerrilleros de Sierra Maestra. Mis contactos se debían a un líder formidable del PC, provisto de excepcionales dotes de adaptación política, Carlos Rafael Rodríguez, cuya insistencia en hacer causa común con Fidel mientras estaba en Sierra Maestra se vio recompensada tras la victoria castrista. La Habana seguía semejándose al paraíso libre y lleno de diversiones para turistas de dudoso aspecto del musical *Guys and Dolls* lo suficiente como para irradiar sus rumbas y su tolerancia cultural, y la isla parecía lo bastante fértil para ofrecer al régimen revolucionario un futuro aparentemente sin dificultades. Coincidimos en señalar que no debería tener ningún problema en alimentar a sus diez millones de habitantes, y en que le quedaría lo suficiente para cubalibres y puros, y mantener aquellos maravillosos cafés pequeños situados en las esquinas de las calles, que fueron desapareciendo a medida que la economía se hundió. Habían pasado dieciocho meses desde la victoria y todavía se hacía patente la luna de miel que vivía el pueblo y su gobierno revolucionario. Esquivando a los jóvenes americanos radicales con cámaras de filmación, visitamos el país en medio de una nube de optimismo.

Mi segundo viaje fue en 1962, vía Praga, Shannon y Gander, con una delegación de la izquierda británica integrada, como era habitual, por: un diputado de la izquierda laborista; un grupo de activistas a favor del desarme nuclear unilateral; un tipo duro, normalmente un líder sindicalista de la línea del Partido, no exento de interés en echar un polvo con alguna extranjera; el singular conspirador radical; militantes del PC, etc. Un joven africano que hablaba muy rápido se nos pegó no sé cómo, diciendo que representaba a un «movimiento juvenil» indefinido en una región vagamente especificada de África Occidental. Su primera acción cuando llegamos a Praga fue largarse al Ministerio de Asuntos Exteriores donde esperaba encontrar a alguien que quisiera financiar la revolución en el Tercer Mundo a través de él. Los cubanos no quisieron saber nada del plan. En aquel tiempo lo veía como un personaje curioso consecuencia de esa época, un estafador negro que se dedicaba a explotar la ignorancia o los reflejos antiimperialistas de los progresistas blancos: uno de aquellos buenos soldados Schwejk o pícaros de la Guerra Fría. La izquierda liberal conocía bien a estos tipos, que a veces llegaron a aprovecharse de ella: en Gran Bretaña aquel ser tan desagradable, Michael X, a medio camino entre un mal comienzo como chulo en el Londres oeste y un final macabro en un patíbulo de Trinidad y en las páginas de la dura novela de V. S. Naipaul, fue durante un tiempo un invitado habitual de las fiestas de Londres. Sin duda alguna estos ejemplos de restos y desechos de un imperio en desintegración eran menos impresionantes que los activistas negros norteamericanos que pronto se fijarían en Cuba para buscar ayuda, pero detrás de los timos de gente como el joven africano, se escondía una tragedia de vidas desarraigadas entre una comunidad ajena de blancos que a mí personalmente no me gustaba demasiado. En cuanto a la delegación propiamente dicha, todo lo que recuerdo de ella es que de repente me encontré desempeñando el papel de traductor con el Che, que (en sustitución de Fidel) nos invitó a almorzar en el antiguo hotel Hilton. (Era verdaderamente una figura varonil tan atractiva como la que se ve en su famosa fotografía, pero no dijo nada interesante.) Sin embargo, gracias a la ayu-

da inestimable de Argeliers León, experto en los temas de sociedades secretas y cultos afrocubanos y director del Instituto de Etnología y Folclore recientemente inaugurado por el nuevo régimen, tuve la oportunidad de escuchar música maravillosa en los barrios negros de La Habana.

Mi tercera visita tuvo lugar con motivo de una reunión algo extravagante, el Congreso Cultural de la Habana, «el último episodio de la aventura amorosa entre Fidel Castro y la *intelligentsia* europea», en enero de 1968, al que Fidel, cuyas relaciones con Moscú en ese momento se habían enfriado, no había invitado adrede a figuras culturales del bloque soviético, ni a intelectuales ortodoxos del PC (excepto de Italia, donde la cultura y el PCI seguían yendo de la mano). En su lugar, trajo a una impresionante variedad de izquierdistas independientes, disidentes y heterodoxos pertenecientes a diversos ámbitos de la cultura, entre los cuales figuraba la mayor parte de la vieja generación de los grupos políticos independientes de la vanguardia parisina. La principal aportación al congreso de todos estos participantes se tradujo en un «incidente» político-artístico, cuando los antiguos surrealistas atacaron físicamente al pintor mexicano Siqueiros, al que en otro tiempo se le había vinculado con el plan para asesinar a Trotsky, durante la inauguración de una exposición, aunque nunca quedó claro hasta qué punto la emprendieron con él por razones de desacuerdo de tipo político o artístico. Pero lo más curioso de esa invasión del pasado del Barrio Latino es cuán poco tenía en común con la rebelión estudiantil que estaba a punto de estallar en París; ni siquiera representaba un anticipo de la misma. No obstante, resultó muy emocionante, aunque un poco deprimente, considerando el desastre evidente que Cuba había hecho de su economía. En cualquier caso me ofreció la oportunidad de conocer al notable Hans Magnus Enzensberger en su fase castrista, así como a su esposa rusa, la encantadora Masha, un alma perdida cuya existencia tendría un trágico final en Londres, hija de la oscura noche de la Unión Soviética estalinista. Su padre fue Alexander Fadeyev, secretario general del Sindicato de Escritores durante los años del Gran Terror, esto es, un burócrata estatal que a fuerza de beber se las arregló para administrar la vida y la muerte de sus amigos, hasta que se suicidó en 1955.

Desconozco lo que hizo Fidel de esa extraña afluencia de europeos. Probablemente se sintiera más cómodo con Giangiacomo Feltrinelli, un hombre bigotudo de aspecto aventurero, expulsado recientemente de Bolivia y por añadidura de Perú, que repetía a los cubanos «en un español comprensible sólo para un italiano» que «su función como editor europeo había llegado a su final, y que ahora se veía totalmente como un combatiente antiimperialista».¹¹ Afortunadamente, la casa editorial que había fundado en 1955, famosa tanto en la esfera política como en la literaria, la primera en publicar *Dr. Zhivago* de Boris Pasternak y *El gato-pardo* de Lampedusa, sigue estando en auge. No recuerdo si me encontré con él durante ese viaje, pero conocía a este apasionado joven multimillonario prácticamente desde comienzos de los años cincuenta cuando él era un ardiente activista del Partido Comunista y financiador de la cultura del PC. Me viene a la memoria una conversación que mantuvimos un verano en su despacho de Milán durante el período de crispación de la crisis internacional del comunismo de 1956-1957,

acerca del camino que el movimiento podía o debía tomar, en medio de constantes llamadas telefónicas para preparar una escapada de fin de semana con una muchacha a no sé qué castillo de la costa adriática. Probablemente fuera cuando él estaba a punto de dejar el Partido. Su disidencia lo llevaría al infierno de la lucha revolucionaria armada. De adolescente había combatido junto a los partisanos comunistas a favor de la revolución, contra el fascismo y contra todo lo que su familia y la riquísima burguesía milanese defendían. El espíritu de Che Guevara revivió esos recuerdos. Poco después de 1968 pasó a la clandestinidad —o al menos a la máxima clandestinidad a la que pudiera pasar un hombre rico y socialmente destacado, que llenaba titulares de prensa en todo el mundo— y murió en 1972, en oscuras circunstancias, mientras intentaba hacer saltar por los aires unas torres de alta tensión en Segrate, en el cinturón industrial de Milán.

No sé si Fidel llegó a conocer a los jóvenes intelectuales del Canadá francófono que, a pesar de su encanto, no pudieron convencerme de que su plan de crear una segunda Sierra Maestra en los bosques de Quebec haría avanzar la causa de la revolución internacional. Creo que alguien de Cuba sí se reunió con ellos. Intenté repetidas veces ponerme en contacto telefónico con el más inteligente y agradable un par de años más tarde cuando visité Montreal. Nunca respondió nadie a mis llamadas. Era tal la falta de contacto que yo tenía con el espíritu de la época, que sólo mucho tiempo después tuve la corazonada de que probablemente ese canadiense fuera uno de los terroristas del nacionalista Front de la Libération du Québec que secuestró al comisario de Comercio Británico y estranguló a un ministro de Quebec, quizás uno de aquellos a los que se les permitió refugiarse en Cuba a cambio de la liberación del diplomático británico. Pero ésa era la época en que incluso los ultras de los nacionalismos etnolingüísticos, como la primera ETA vasca, se presentaban ante el mundo bajo la vestimenta de la revolución internacional.

II

Durante un breve período a finales de los sesenta la juventud, o cuando menos los hijos de la antigua clase media y el sector de la sociedad que subía en masa a ese mismo estatus gracias a la explosión de la educación superior, sintieron que estaban viviendo la revolución, bien a través de una simple salida personal colectiva de los ámbitos del poder, de los padres y del pasado, bien por una excitación constante, acumulativa, casi orgásmica de la actividad política, o aparentemente política, o de los gestos que sustituyeron a la acción. El talante de la juventud politizada durante «aquellos frenéticos meses de primavera y verano» de 1968 era claramente revolucionario, pero incomprensible para los viejos izquierdistas de mi generación, y no sólo por el hecho de que, simple y llanamente, la situación no fuera revolucionaria en ningún sentido objetivo. Cito a continuación las palabras con las que Sheila Rowbotham la describió con una percepción digna de elogio:

Los sentimientos personales desaparecían del primer plano. Mis encuentros sexuales quedaban atrapados entre las reuniones y en cierto sentido las emociones habituales no se satisfacían en ellos. Era como si la intimidad hubiera adquirido un carácter casi fortuito. La energía del colectivo externo se hizo tan intensa que parecía que los límites de la proximidad, del ensimismamiento extático, se habían desbordado por las calles ... Así pude vislumbrar por un instante la peculiar aniquilación de lo personal en medio de un acontecimiento dramático como la revolución ... Contempladas retrospectivamente las revoluciones parecen puritanas, pero no es así cómo se viven cuando tienen lugar ... Atrapados en aquel vórtice de rebelión internacional, se tenía la sensación de que nos arrastraba al límite del mundo conocido.¹²

Sin embargo, en cuanto las densas nubes de la retórica maximalista y de la expectación cósmica se convirtieron en la lluvia cotidiana, la distinción entre éxtasis y política, entre poder real y *flower-power*, entre voz y acción, se hizo visible de nuevo. Jericó no había caído ante el sonido de las trompetas colectivas de Josué. El joven politizado debía pensar qué acción era necesario llevar a cabo para conquistarla. Como las generaciones vieja y joven de revolucionarios hablaban la misma lengua, casi todas en un dialecto marxista u otro, volvió a ser posible una especie de comunicación, sobre todo desde que los grupos activistas rompieron con la vaga creencia en la inspiración espontánea y fueron regresando a la tradición de las organizaciones vanguardistas disciplinadas. Sin embargo, de hecho seguía existiendo un profundo abismo entre la joven izquierda y la vieja. La revolución no estaba prevista en nuestros países. Para los revolucionarios de mi generación el problema fundamental seguía siendo qué debían hacer los partidos marxistas, o mejor dicho cuál debía ser su función en los países no revolucionarios. ¿Y en los demás? En los que cabía la perspectiva realista de una insurrección o una guerrilla con posibilidades de éxito, seguíamos estando —o por lo menos yo seguí estando— a favor de ella.

El viejo instinto que nos impulsaba a ponernos al lado de cualquier tipo de insurrección o guerrilla que hablara el lenguaje de la izquierda, por estúpido o absurdo que fuera, no se dio por vencido. Hasta los años ochenta, al tener que enfrentarme con el fenómeno de la guerrilla peruana de Sendero Luminoso —basada a todas luces en una ideología excéntrica incluso respecto de los márgenes más extravagantes del marxismo-leninismo— no admití abiertamente ante mí mismo que se trataba de un movimiento revolucionario izquierdista que sencillamente yo no deseaba que venciera. (Por suerte los buenos comunistas vietnamitas habían puesto fin a los campos de la muerte del Pol Pot.) La simpatía hacia los rebeldes quizá no fuera más que la versión interiorizada por los intelectuales de la inveterada *omertà* de los pobres, el movimiento reflejo consistente en no hablar de aquellos que se ven acosados por el Estado y sus funcionarios de uniforme. Semejante actitud quizá fuera natural en el autor de *Rebeldes primitivos* y de *Bandidos*, al que todavía cuesta trabajo no sentir admiración por los perdedores acosados, aunque a todas luces estén equivocados. En Estados Unidos mis simpatías fueron dirigidas hacia los Panteras Negras. Admiraba su valor y el respeto por sí mismos que mostraban. Me emocionaba el candoroso leninismo de sus publicaciones, pero sabía perfectamente que no tenían la más mínima posibilidad de conseguir sus objetivos.

Respecto a las organizaciones de rebeldes o, mejor dicho, respecto a los pequeños grupos armados de acción que aparecieron en Europa a partir de las ruinas de la gran rebelión de 1968, me di cuenta de que no me inspiraban la menor simpatía. Con sus equivalentes en la situación política totalmente distinta de la América Latina cabía un desacuerdo razonado (véase Capítulo 21), pero en Europa sus actividades eran absurdas o contraproducentes. Las únicas operaciones de este tipo que podrían pretender tener alguna posibilidad política serían las de los nacionalistas separatistas, quebequeses, vascos o irlandeses, con cuyo proyecto político estaba en total desacuerdo. Los marxistas no son nacionalistas separatistas.¹³ En todo caso, uno de los dos movimientos separatistas más duraderos de este tipo surgidos en esta época, el IRA Provisional, no pretendía en absoluto ser de izquierdas, sino que, por el contrario, se escindió en 1969 del viejo IRA (Oficial), que se *había* vuelto de izquierdas.

De ese modo, me encontré de pronto con que no tenía simpatía ni contacto, aunque sólo fuera debido a mi edad, con aquellos nuevos revolucionarios prácticos. No era que hubiera tantos. En Gran Bretaña no había ninguno, excepto la Brigada Airada, de ideología anarquista, totalmente ineficaz, que duró poco. En Alemania Occidental los activistas armados eran a lo sumo unas pocas docenas, y probablemente contaran con el apoyo de unos 1.500 simpatizantes, y quizás otros pocos que abandonaron las actividades en su país y se pasaron a la acción internacional en solidaridad antiimperialista con algún grupo de rebeldes del Tercer Mundo, por lo general los palestinos. Era un mundo que yo no conocía, salvo que uno o dos jóvenes historiadores de la Alemania Occidental de aquella época, a menudo muy radicales, tuviera relación con ellos. En Italia no tuve contacto con las Brigadas Rojas ni nada parecido, con mucho el grupo armado más formidable de Europa, aparte de la ETA vasca. Dudo mucho que los miembros activos de estos grupos sumaran más de un centenar o dos. Por razones que nunca he entendido, no parece que surgiera ningún grupo armado revolucionario mínimamente significativo a partir de las ruinas de 1968 en Francia, aunque hubo un pequeño grupo terrorista bastante efectivo que actuó durante varios años en Bélgica. Por otra parte, de haber estado en contacto con esos grupos, no les habría preguntado qué era lo que hacían, ni ellos me lo hubieran dicho, aunque hubieran pensado que estaba políticamente de su parte.

¿Y adónde llevó todo aquello? En política, prácticamente a ninguna parte. Como la revolución no era posible, los revolucionarios europeos de 1968 tuvieron que sumarse a las grandes corrientes políticas de la izquierda, salvo que, si eran jóvenes intelectuales muy brillantes, como les ocurría a muchos, escaparan de la política real para refugiarse en la universidad, donde las ideas revolucionarias podían sobrevivir sin demasiada práctica política. Desde el punto de vista político, la generación de 1968 ha salido bastante bien librada, sobre todo si en ella incluimos a los que ingresaron en el funcionariado y los gabinetes de estrategia, y al número cada vez mayor de asesores que tienen los políticos en sus despachos particulares. Cuando escribo estas páginas el primer ministro francés es Lionel Jospin, un ex trotskista, el ministro de Asuntos Exteriores alemán es Joschka Fischer, un antiguo guerrillero urbano, e incluso el Gobierno «neolaborista» de Tony

Blair tiene entre sus miembros de segunda fila a más de un incendiario de aquella época. Sólo en Italia, donde la extrema izquierda siguió teniendo una fuerte presencia independiente, la corriente principal de la izquierda no se ha visto renovada con los jóvenes radicales de 1968. ¿No es esto acaso ni más ni menos que el paso inevitable del radicalismo a la moderación que dan los antiguos revolucionarios de todas las generaciones intelectuales desde 1848?

Lo que realmente ha transformado el mundo occidental es la revolución *cultural* de los sesenta. El año 1968 quizá no sea un punto de inflexión en la historia del siglo xx tan decisivo como 1965, que no tuvo ninguna importancia política, pero que fue el año en el que la industria francesa del vestido produjo por primera vez más pantalones de mujer que faldas, y en el que el número de los seminaristas católicos empezó visiblemente a disminuir. Siempre he dicho a los alumnos de mis cursos de historia del movimiento obrero que la gran huelga de los estibadores de 1889, que todos los manuales ponen de relieve, quizá fuera menos significativa que la silenciosa adopción por parte de las masas de obreros de la industria británica en una fecha indeterminada entre 1880 y 1905 de una forma de tocado fácilmente identificable como típico de la clase obrera, la gorra de visera conocida por todos. Cabría afirmar que el índice verdaderamente significativo de la historia de la segunda mitad del siglo xx no es la ideología ni el movimiento estudiantil, sino el auge de los pantalones vaqueros.

Pero yo, por desgracia, no formo parte de esa historia. Pues los Levis triunfaron, lo mismo que la música rock, como distintivo de la juventud. Para entonces yo ya no era joven. No sentía la menor simpatía por el equivalente de Peter Pan de la época, el adulto que desea seguir siendo adolescente toda la vida, ni podía verme a mí mismo desempeñando con un mínimo de credibilidad el papel del adolescente más viejo de la pandilla. Por eso decidí, casi como si se tratara de una cuestión de principios, no ponerme nunca esa prenda, y nunca lo he hecho. Esta circunstancia me impide ser un historiador de los años sesenta: permanecí al margen de ellos. Lo que he escrito acerca de esa década es lo que puede escribir el autor de una autobiografía que nunca se ha puesto unos vaqueros.

Capítulo 16

UN OBSERVADOR POLÍTICO

I

Echando la vista atrás, me sorprende la poca actividad política directa que hubo en mi vida a partir de 1956, dada mi reputación de marxista comprometido. No me convertí en ningún figurón del movimiento en favor del desarme nuclear, hablando ante enormes multitudes en Hyde Park como Edward Thompson. No marché a la cabeza de grandes manifestaciones públicas, como Pierre Bourdieu en París. No salvé de la cárcel a un editor turco que había publicado uno de mis artículos ofreciéndome a ser juzgado a su lado, como hizo Noam Chomsky en 2002. Claro está que no puedo compararme con la eminencia ni con la calidad de grandes estrellas de estos amigos, pero incluso en el ámbito de las celebridades menores había muchísimo que hacer. A partir de 1968 ni siquiera tomé parte activa en la dura lucha política desencadenada en el seno del pequeño Partido Comunista —entre los soviéticos partidarios de la línea dura y los eurocomunistas—, que acabaría matando el Partido en 1991, aunque (por supuesto) dejaba bien clara cuál era mi posición. Esencialmente, aparte de una conferencia aquí o allá, mi actividad política consistió en escribir libros y artículos, en particular para ese originalísimo editor, Paul Barker, en su época de la *New Society*, como historiador o como periodista de orientación histórica, marxista por supuesto, lo que daba a mis escritos una dimensión política, lo mismo que el campo en el que me especialicé, la historia del movimiento obrero. Incluso mis escritos de carácter más político de los años sesenta y setenta sólo tenían una relación tangencial con los asuntos del día.

Por lo tanto no estaba realmente preparado para el momento en que, por primera y última vez en mi vida, me vi desempeñando un pequeño cameo en la escena nacional de la política británica. Durante casi diez años a partir de finales de los setenta intervine activamente en los debates públicos en torno al futuro del Partido Laborista y, desde que empezó lo que sería la serie de dieciocho años ininterrumpidos de gobierno conservador, sobre el carácter del nuevo «thatcherismo». La mayor parte de mis aportaciones fueron publicadas de nuevo en dos volúmenes de escritos políticos.

Todo ello fue fruto de una semilla plantada involuntariamente en septiembre de 1978 en las páginas de la «revista teórica y de debate» del Partido Comunista, *Marxism Today*, que desempeñaría un papel inesperadamente importante en la discusión política de los años ochenta gracias a un editor recién nombrado, mi amigo Martin Jacques, un hombre brillante, calvo, aficionado al *jogging* y a las carreras de coches, empresario político-intelectual y antiguo profesor universitario. La revista publicó una charla que yo había dado en la serie anual de Conferencias en Memoria de Marx con el título «¿Se ha detenido la marcha hacia adelante del Laborismo?». No pretendía ser una intervención política, sino el repaso por parte de un historiador marxista de lo que había sido de la clase obrera británica durante los últimos cien años. Sostenía que el ascenso aparentemente imparable, aunque no continuo del movimiento obrero británico durante la primera mitad del siglo parecía haber llegado a su fin. En el momento actual no cabía esperar necesariamente que hiciera realidad el destino histórico que en otro tiempo se le había predicho, aunque sólo fuera porque la economía moderna había cambiado al proletariado industrial, lo había reducido relativamente y lo había dividido. Si mi conferencia tenía algún ribete político, iba dirigido contra la dirección del Partido Laborista en tiempos de Harold Wilson, primer ministro entre 1964 y 1970 y de nuevo en 1974-1976, que asistió a un breve resurgimiento obrero en 1966 y no supo reconocerlo. No obstante, «¿Se ha detenido la marcha hacia adelante del Laborismo?» equivalía a una advertencia pública de que a finales de los setenta el movimiento se enfrentaba a serios problemas.

Una parte de mi contribución fue seleccionada por Ken Gill, miembro del Consejo General del TUC y quizás el principal líder sindical del PC, e hizo de ella el objeto de una sañuda crítica, concretamente mis comentarios acerca del evidente aumento del sectorialismo en el movimiento de los trabajadores de la industria. Yo señalaba que el activismo sindical, tan notable en los años setenta, se concentraba enteramente en el estrecho marco de obtener mayores salarios y otras ventajas económicas para los afiliados, y que incluso bajo el liderazgo de la izquierda no indicaba necesariamente una reanudación de la marcha hacia delante del movimiento obrero. Por el contrario, «a mí me parece que estamos ante una división cada vez mayor de los trabajadores en sectores o grupos, cada uno de los cuales persigue sus propios intereses económicos sin importarle el resto». Dado el carácter mixto de la nueva economía, el grupo se basaba no en las pérdidas que las huelgas pudieran causar a los patronos, sino en los inconvenientes que pudieran causar al público, es decir en presionar al Gobierno para que impusiera un laudo. Como es natural, aquello no sólo incrementaba las fricciones que pudieran existir entre los diversos grupos de trabajadores, sino que corría el riesgo de debilitar el arraigo del movimiento obrero en general. Nadie habría podido vivir en la Gran Bretaña de los años setenta y su alegría huelguística sin ser consciente de la agresividad sindical y de las tensiones existentes entre sindicatos y Gobiernos. Semejante situación llegó a su punto culminante en el otoño-invierno de 1978-1979. No obstante, yo estaba lo bastante alejado del escenario político reinante entre los obreros izquierdistas de la industria para sorprenderme de que mi conferencia diera lugar en *Marxism Today* a una controversia tan encendida y carga-

da políticamente durante todo el año siguiente. Sin pretenderlo especialmente, había tocado varios puntos muy dolorosos. El hecho de que al cabo de pocos meses de la aparición de mi artículo el Gobierno laborista, tan débil como inestable, sufriera una derrota rotunda en las elecciones generales por los conservadores dirigidos por su nueva líder, Margaret Thatcher, aguerrida defensora de su clase, hacía el dolor todavía más insoportable. Cuando apareció en *Marxism Today* la última crítica a mi artículo la era Thatcher ya había comenzado. Cuando el debate poselectoral a mi artículo se añadió al preelectoral, y ambos fueron publicados en 1981 en un libro patrocinado conjuntamente por *Marxism Today* y Verso Editions,¹ el propio Partido Laborista se había dividido a causa de la escisión de los llamados socialdemócratas, y lo que quedaba de él luchaba por sobrevivir.

Contempladas retrospectivamente, las ilusiones de la coalición mixta de izquierdas que a punto estuvo de destrozar el Partido Laborista entre 1978 y 1981 resultan más difíciles de entender que las ilusiones de poder de los líderes sindicales que habían venido socavándolo desde finales de los años sesenta. Desde la huelga general de 1926, la clase dirigente británica se había guardado muy mucho de buscar una confrontación directa con los sindicatos, esto es, con el setenta por 100 aproximadamente de los británicos que se consideraban obreros. La edad de oro de la economía posterior a 1945 había suavizado incluso el antisindicalismo intrínseco de los industriales. Durante veinte años, ceder a las exigencias de los sindicatos no había supuesto presión alguna sobre los beneficios. Los años setenta empezaron a dar quebraderos de cabeza a políticos y economistas, pero fueron una época gloriosa para los líderes sindicales, que bloquearon los planes del Gobierno laborista de limitar su poder, y que derrotaron por dos veces a un Gobierno conservador mediante varias huelgas nacionales de mineros. Incluso los líderes sindicales que se dieron cuenta de que era preciso poner algún tipo de límite al regateo incontrolado del mercado libre, se vieron negociando una «política salarial» con los distintos Gobiernos desde una posición de fuerza impresionante.

En realidad los años de gloria del sindicalismo de los setenta fueron también los de la izquierda sindical. Pues aunque el PC era pequeño, estaba en decadencia, políticamente dividido entre los partidarios de la línea dura de Moscú y una dirección «eurocomunista», y acosado desde la izquierda por los jóvenes activistas trotskistas, durante los años setenta probablemente desempeñara en el ambiente sindical a escala nacional un papel más importante que nunca, bajo el liderazgo de Bert Ramelson, hombre extraordinariamente capaz encargado del ramo de la industria, cuya esposa, Marian, una obrera del textil de Yorkshire, había sido una historiadora aficionada y una partidaria activa de la Agrupación de Historiadores. El PC no sólo desempeñó un papel destacado en las actividades de los años setenta. Con la bendición (aunque no sin restricciones) de los dos personajes más parecidos a los «padrinos» nacionales del TUC, Hugh Scanlon, del ramo de la metalurgia, y Jack Jones, antiguo miembro de las Brigadas Internacionales, del TGWU, la izquierda del TUC, en buena parte vigilada por Ramelson y Ken Gill, coordinó la lucha de los sindicatos contra los intentos que llevaron a cabo los dos Gobiernos de Wilson de cortarles las alas. Además, el esperado giro en el equilibrio del (todavía) gran Sindicato Nacional de Mineros se había

producido en los años sesenta. Yorkshire se había inclinado hacia la izquierda, elevando al primer plano nacional a un protegido —por aquel entonces— del PC, el joven Arthur Scargill. Junto con los bastiones siempre sólidos de Gales y Escocia, dirigidos por el Partido, la izquierda superó en número de votos a los bastiones moderados, igualmente sólidos, del norte de Inglaterra. Los quince años que siguieron a 1970 fueron la era de las grandes huelgas nacionales de los mineros —victoriosas en 1972 y 1974, desastrosas en 1984-1985, cuando se combinaron la decisión de la Sra. Thatcher de acabar con el sindicato y los errores del entonces líder del mismo, Arthur Scargill. Casualmente, mi conferencia del otoño de 1978 coincidió con el momento más tenso en las relaciones entre los sindicatos y el Partido Laborista.

La ilusión de un poder sindical bajo la égida de unos líderes y activistas de izquierdas dio alas a la ilusión aún más ambiciosa de conquista del Partido Laborista y en consecuencia de futuros Gobiernos laboristas presididos por la izquierda socialista. La coalición de izquierdistas del Partido Laborista y los revolucionarios «entradistas» que se les añadieron habían ido uniéndose cada vez más en torno al proyecto de hacerse con el control del partido bajo la égida del ex ministro Tony Benn, cada vez más radical. A diferencia del activismo de la industria, que contaba con un respaldo notable de los miembros de los sindicatos, que por aquel entonces habían alcanzado sus cotas máximas de afiliación, los activistas políticos reflejaban la decadencia del interés político, de los votos y la afiliación al partido entre los trabajadores. De hecho, su estrategia se basaba en la capacidad que tuvieran unos pequeños grupos de activistas en medio de una militancia prácticamente inactiva de apoderarse de las agrupaciones del Partido Laborista y, una vez reforzados por el «voto en bloque», decisivo políticamente, de los sindicatos dirigidos por izquierdistas en los congresos del partido, de imponer en éste una dirección y una política más radical. Se trataba de una estrategia perfectamente susceptible de ser llevada a la práctica. De hecho, casi llegó a imponerse. La ilusión radicaba en la creencia en que el Partido Laborista, conquistado así por una minoría heterogénea de izquierdistas sectarios, permaneciera más o menos unido, ganara fuerza electoral, y siguiera una política capaz de resistir al ataque de los guerreros de clase de la señora Thatcher, cuya fuerza fueron sistemáticamente incapaces de apreciar.

En consecuencia esa ilusión condujo al desastre. Una gran parte de los votantes tradicionales —un tercio de los electores que se calificaban a sí mismos de pertenecientes a la clase trabajadora— abandonó el laborismo y votó por los conservadores. El partido se dividió y durante algunos años la alianza entre el nuevo Partido Socialdemócrata y el Partido Liberal llegó a obtener más votos que el Partido Laborista. Dos años y medio después de la victoria de los conservadores de la Sra. Thatcher el laborismo había vuelto a perder otro quinto de sus votantes y ya no tenía apoyo mayoritario en *ningún* sector de la clase trabajadora, ni siquiera entre los obreros no cualificados o entre los desempleados. Y eso que estábamos en una época en la que el propio Gobierno conservador había perdido votos después de las elecciones de 1979. Como dije entonces, «el triunfo de Thatcher es un producto colateral de la derrota del laborismo». Lo

que empeoraba las cosas era lo que yo llamaba entonces «la total negativa de parte de la izquierda a mirar cara a cara las realidades que no son de su agrado».²

En resumen, el futuro, quizás incluso la propia existencia del Partido Laborista se vieron seriamente amenazados en los años inmediatamente posteriores a la victoria de los conservadores de la Sra. Thatcher en 1979. Los nuevos socialdemócratas se habían dado de baja y pretendían sustituirlo por una alianza, en último término una fusión entre ellos y los liberales. Recuerdo la ocasión —una cena en casa de Amartya Sen y su esposa Eva Colorni— a la cual se presentó con retraso y pidiendo disculpas uno de sus vecinos de Kentish Town. Bill Rogers acaba de reunirse con el resto de la llamada «Banda de los Cuatro» (Roy Jenkins, David Owen y Shirley Williams, que al final acabaron en la Cámara de los Lores) para hacer el borrador de la declaración que establecía lo que sería, pocas semanas después, el Partido Socialdemócrata. Se adhirió a él un número considerable de laboristas de clase media y de los ambientes profesionales, algunos de las cuales volverían al partido cuando dejara de seguir aquel rumbo a todas luces suicida. Por otro lado, la izquierda militante y muchos intelectuales socialistas, como mi viejo amigo Ralph Miliband (cuyos hijos ocuparían cargos importantes en las oficinas del primer ministro Tony Blair y el canciller Gordon Brown), también se dieron de baja del Partido Laborista hasta que fuera conquistado y estuviera dispuesto a convertirse en «un verdadero partido socialista», significara esto lo que significara. Yo ofendí a algunos amigos míos al señalar que no intentaban de verdad derrotar a la Sra. Thatcher. Independientemente de lo que pensaran, «actuaban como si otro Gobierno laborista semejante a los que hemos tenido de vez en cuando hasta ahora desde 1945 fuera no sólo insatisfactorio, sino peor que un Gobierno no laborista ... [esto es] peor que el único Gobierno alternativo, el de la Sra. Thatcher».³ La cuestión era la siguiente: ¿podía salvarse el Partido Laborista?

Al final se salvó, pero sólo cuando, en el transcurso del Congreso Laborista de 1981, Tony Benn se presentó a la jefatura delegada del partido y fue derrotado por los pelos por Denis Healey. El futuro del partido no estaría seguro hasta después de las desastrosas elecciones de 1983, cuando Michael Foot, elegido para dirigirlo en 1980 (como candidato de la izquierda, y de paso contra Healey), fue sucedido por Neil Kinnock. Poco antes de las elecciones pronuncié un discurso en una asamblea marginal organizado con ese motivo o por la Sociedad Fabiana o por *Marxism Today*. El propio Kinnock se dignó asistir a él, lo mismo que, si no recuerdo mal, David Blunkett y Robin Cook, por entonces en el ala izquierda del laborismo no bennista, y en estos momentos pilares del Gobierno laborista en el poder desde 1997 (Kinnock firmó un ejemplar de mi libro con un «Mi más sincero agradecimiento»). Fuera cuales fuesen sus limitaciones, Neil Kinnock, cuya candidatura apoyé decididamente, fue el líder que salvó al Partido Laborista de los sectarismos. A partir de 1985, cuando consiguió la expulsión de la «tendencia militante» trotskista, su futuro dejaría de correr peligro.

Ésta fue la única ocasión en la que me entrevisté con Neil Kinnock, aparte de cuando lo entrevisté para *Marxism Today* un poco más tarde, de la que volví bastante deprimido por su potencial como futuro primer ministro. De ahí el hábito absurdo de algunos periodistas políticos durante el año o los dos años siguientes

de unir mi nombre al suyo (llamándome «el gurú de Kinnock»). No obstante, existía una buena razón política de que el nombre de un intelectual marxista que ni siquiera estaba en el Partido Laborista resultara útil durante unos momentos de la batalla por la supervivencia de dicho partido a aquellos que pretendían salvarlo. Fui uno de los pocos que habían predicho serios disgustos al laborismo y eso me dio cierta beligerancia en la controversia. Fui uno de los pocos intelectuales socialistas conocidos que mostraron abiertamente su escepticismo ante el proyecto de adueñarse del partido y que sostuvo una postura frente a los defensores de esta táctica con pasión y (al menos así lo espero) con cierta eficacia.* Pero en aquellos tiempos difíciles a los adversarios de los sectarios les convenía poder citar el apoyo de alguien conocido por la mayoría de los activistas del partido —al menos por los acostumbrados a leer libros y revistas— y provisto de unas credenciales indiscutibles de marxista para la izquierda radical. Y es que en 1980 y 1981 los cambios constitucionales habían dado a los sectarios de izquierdas la alta probabilidad de una segura mayoría dentro del partido y de ese modo habían puesto el futuro de éste prácticamente en sus manos. El porvenir del partido dependía fundamentalmente de que se arrancara a los sectarios un número de activistas de la izquierda laborista lo suficientemente grande como para contrarrestar su poder, al menos en los momentos cruciales.

Y a quien le correspondía presentar los argumentos en defensa de una medida semejante era la izquierda, sobre todo porque a partir de 1983 el principal candidato alternativo a la jefatura del laborismo era Denis Healey, ex ministro de Defensa y de Finanzas, que representaba todo lo que detestaban los miembros del ala izquierda, que no hacía nada por ocultar el desprecio que éstos le inspiraban, y que se había ganado una fama merecida de bravucón de la política. El Partido Laborista de Tony Blair se ha situado tan a la derecha de la que era su posición tradicional que probablemente existan menos diferencias ideológicas entre Healey y yo cuando nos vemos hoy día, convertidos en unos ancianos que se vuelven a contemplar un pasado mejor, que las que había después de encontrarnos por primera vez en el PC estudiantil, pero según los criterios de los años setenta Healey era el hombre de la derecha del Partido Laborista. En la vida privada era y sigue siendo una persona encantadora, un hombre de una inteligencia y una cultura extraordinarias, ocultas tras las murallas de sus características cejas, y el autor de uno de los pocos libros de memorias de un político británico que da gusto leer. A pesar de todo, resultaba más fácil respetar que amar al Healey público. Por supuesto habría resultado un líder político mucho mejor que cualquiera de los otros candidatos, aunque los sectarios habrían hecho cuanto estuviera en su mano por

* «El sindicalismo, debido a sus limitaciones, nunca es capaz de ir más allá de las masas, pues organiza a millones de personas a la vez, y tiene que movilizarlas durante mucho tiempo. No obstante, la conquista del Partido Laborista para la izquierda puede conseguirse a corto plazo sin necesidad de las masas. En teoría podrían conseguirlo perfectamente ... unas decenas de miles de socialistas comprometidos y de laboristas de izquierda por medio de asambleas, o mediante la redacción de resoluciones y votaciones. La ilusión de comienzos de los años ochenta es que la *organización* puede sustituir a la política», en Martin Jacques y Francis Mulhern, eds., *The Forward March of Labour Halted?*, Londres, 1981, p. 173.

acabar con él. La situación en aquellos momentos era tal que probablemente sólo un líder con credenciales de izquierdista habría podido sacar al partido de la crisis.

Michael Foot, que lo derrotó, no estaba preparado para ser un líder del partido o un posible primer ministro, y no debería haber sido elegido para la jefatura. Era y sigue siendo un hombre maravilloso. Durante años solíamos encontrarnos en la parada del autobús de Hampstead, en el que nos trasladábamos juntos yo a la universidad y él a la Cámara de los Comunes o a su despacho en el periódico *Tribune*; era un hombre ya mayor, cada vez más encorvado, vestido de modo informal, con perfil neto y hermoso, que movía apasionadamente su cabeza canosa. Los paseos a pie —pertenecía a la generación de los intelectuales británicos amigos del excursionismo— y el transporte público eran sus medios de locomoción. Aunque fue nombrado ministro del Gobierno durante un breve período en los años setenta, el coche oficial no formó nunca parte de su ego.

Era y sigue siendo un político laborista que inspira verdadero amor, además de admiración por su evidente integridad moral y por su talento y cultura literaria considerables. Tenía una elocuencia del tipo correspondiente a la época de asambleas masivas y de las grandes ocasiones en la Cámara de los Comunes, anterior a la era de la pequeña pantalla: la oratoria del ojo chispeante, del gesto y la elocución que llegaba a la última fila. Era un periodista sumamente profesional dotado de un gran poder retórico, soberbio a la hora de denunciar la injusticia y la reacción. Era un lector voraz y un escritor fácil no exento de estilo, que nunca se cansaba de cantar las alabanzas de los autores a los que admiraba más, Jonathan Swift y William Hazlitt. Quizá su capacidad de entusiasmo o su deseo de no hacer daño a nadie perjudicaran en exceso sus dotes críticas. Su biografía de Aneurin Bevan, el gran líder de la izquierda laborista, cuyo escaño por los valles del Sur de Gales heredó y en su momento cedió a Neil Kinnock, era demasiado hagiográfica, y las numerosas reseñas de libros que escribió, entre ellas las de los míos, no eran lo bastante críticas. No conozco a nadie a quien desagradara.

Incluso a sus contemporáneos y colegas les daba la impresión de que pertenecía a una generación más vieja, casi anterior a 1914, la primera correspondiente a la antigua clase media disidente de provincias que abandonó su tradicional lealtad al Partido Liberal por la causa de los trabajadores. No estaba hecho para ejercer la autoridad, sino la oposición, un «tribuno del pueblo» que defendía a éste frente a la presunción de sus gobernantes. Durante casi toda su carrera en el Partido Laborista fue el portavoz de la izquierda frente a la jefatura, aunque ésta siempre pudo contar con su sincera lealtad al movimiento, especialmente en 1964, cuando la izquierda tuvo a su merced al primer Gobierno laborista de Harold Wilson por una escasa mayoría de tres votos. No era un hombre de organización. Carecía de las dotes desgraciadamente útiles de la intriga y el chaloneo que dan mala fama a los políticos, y del sentido del egoísmo y la ambición personal que mueven a los más destacados de entre ellos. Los tres años de su jefatura fueron un desastre.

Tony Benn, hombre bondadoso y honesto que casi llevó al partido a la ruina, carecía tanto de egoísmo como de ambición. No en vano había gastado muchísimo tiempo y energías luchando por su derecho a renunciar a su título de par con

carácter hereditario y obtener el derecho a abreviar su apellido y a entrar en la política de verdad de la Cámara de los Comunes. En ciertos aspectos estaba perfectamente preparado para ser lo que realmente deseaba ser más que ninguna otra cosa, a saber, líder del partido y, llegado el caso, primer ministro. Hombre apuesto, de aspecto extrañamente juvenil, físicamente robusto —la política es un deporte agotador, como el rugby o el ajedrez— y elocuente, fue y sigue siendo uno de los pocos rostros y de las pocas voces que el público reconoce casi de inmediato. Incluso su aire de celo, como el de un *boy scout* que busca la ocasión de hacer una buena obra, su pipa característica, y su preferencia proletaria por las jarritas de té, formaban parte de sus credenciales. Aunque en el pasado no había tenido un excesivo perfil político, fue pasándose a la izquierda durante los años setenta. De haberlo deseado, casi con toda seguridad habría podido mantener unido al Partido Laborista y sacarlo adelante en aquellos tiempos difíciles. Parecía que tarde o temprano alcanzaría la jefatura y, como muchos otros, yo mismo creí que probablemente fuera el mejor para el cargo, hasta que lo arrojó por la borda. Le hice una entrevista relativamente extensa para *Marxism Today* en octubre de 1980 y, aunque no me dejó del todo tranquilo, me impresionó su insistencia en que, a su juicio, el Partido Laborista debía seguir siendo «una iglesia muy amplia».

Al cabo de unos meses, en cualquier caso, se vio con toda claridad que Benn no estaba en absoluto capacitado para el cargo. Los detalles no vienen al caso. Era evidente que sólo su estupidez política podía impedir a Benn convertirse en poco tiempo en líder del Partido Laborista. En tales circunstancias, cualquiera con un mínimo de sentido político, consciente de las profundas fisuras existentes en el partido, habría jugado la carta de la generosidad, la reconciliación y la unidad. Benn, en cambio, lanzó una triunfante llamada a la izquierda vencedora para que se hiciera con el poder y demostrara su fuerza eligiéndolo a él frente a Healey para la jefatura. No es posible afirmar si un planteamiento más conciliador habría evitado o no la secesión de los futuros socialdemócratas. En cualquier caso, la absoluta identificación de Benn con los sectarios del ala izquierda dejó patente a ojos de cuantos no querían ver al Partido Laborista reducido a una capillita socialista marginal que el futuro de éste exigía la derrota de aquél. Y así fue, aunque por los pelos. El propio Tony Benn se retiró a una posición honorable como defensor de segunda fila de la constitución, la democracia y las libertades civiles y como propagandista del socialismo, pero su carrera como político serio estaba acabada.

II

En realidad, mis intervenciones en el debate político se produjeron casi exclusivamente a través de *Marxism Today*. Nadie habría podido imaginarse que esta modesta revista mensual se convirtiera a lo largo de los ochenta y a pesar de su vinculación con el PC, en una lectura fundamental en los ambientes mediáticos y políticos, y no sólo de izquierdas. Incluso algunos políticos conservadores destacados —Edward Heath, Michael Heseltine, o Christopher Patten— escri-

bieron para ella o permitieron ser entrevistados por ella. Un joven político laborista que no mostraba ninguna simpatía por el ala izquierda de su partido, elegido parlamentario en 1983, afirmaba ser un lector habitual de la revista y permitió ser entrevistado por ella: Tony Blair. La mayoría de los nombres ya acreditados que más tarde se convertirían en grandes personajes del futuro Gobierno laborista tuvieron algo que decir en ella: Gordon Brown, Robin Cook, David Blunkett, Michael Meacher. La publicación fue blanco de duros ataques por los partidarios de la línea dura que quedaban en el Partido Comunista, que estuvo a punto de acabar con ella debido a sus batallas internas y a la caída de los regímenes comunistas, pero la jefatura política del mismo, firme partidaria de la Primavera de Praga y del comunismo a la italiana, le proporcionó mientras pudo un sólido respaldo político y por supuesto financiero. (La revista desapareció a finales de 1991 al tiempo que el Partido y que la URSS.) En una época de crisis para el Partido Laborista, las ideas beneficiosas para su futuro provendrían de una publicación comunista. Su éxito se debió fundamentalmente a la combinación de inteligencia política y olfato político de Martin Jacques, y por supuesto también a la decisión de abrir sus páginas a escritores situados muy lejos de la línea preconizada por el Partido y de las ortodoxias de los viejos socialistas. No obstante, nos beneficiamos también del desbarajuste casi total reinante en el universo político-intelectual tradicional de Gran Bretaña durante la era Thatcher. Dicha situación afectaba fundamentalmente a los sectores situados a la izquierda del centro, pero incluso los conservadores estaban explorando un territorio completamente nuevo y desconocido. ¿Qué había que hacer o qué se podía hacer en la nueva era? ¿Cómo o incluso dónde debía ser estudiada? *Marxism Today* proporcionó un espacio en el que podían analizarse estas cuestiones fuera de los marcos habituales, sobre todo porque hacía hincapié en que con la llegada de la Sra. Thatcher, «El Gran Espectáculo Itinerante de la Derecha», como decía el experto en teoría de la cultura Stuart Hall en un artículo de 1979 en el que se acuñó el término «thatcherismo», no se admitían más jugadas. Empezaba otra partida. Y *Marxism Today* así lo dijo antes que nadie.

Mirando las cosas retrospectivamente no hay nada más obvio. La era Thatcher fue lo más parecido a una revolución política, social y cultural —y no precisamente para mejor— que ha conocido el siglo xx. Armada con el poder más incontrolado y centralizado que haya tenido Gobierno alguno en una democracia electoral, se dedicó a destruir todo lo que en Gran Bretaña se oponía a una impía combinación de empresa privada sin restricciones cuya única finalidad era maximizar las ganancias y de autoafirmación nacional, en otras palabras, codicia y patrioterismo. Vino determinada no sólo por la creencia justificada en que la economía británica necesitaba una patada en el trasero, sino por un sentimiento de clase, por lo que yo he denominado «la anarquía de la clase media baja». Su objetivo fueron indistintamente la clase dirigente tradicional y su modo de dirigir, en la práctica incluso la monarquía, las instituciones más sólidamente arraigadas del país y el movimiento obrero. En el curso de esta labor que en buena medida consiguió su propósito, se anularon la mayoría de los valores británicos y el país se hizo irreconocible. La mayor parte de los de mi generación probablemente

compartieran los sentimientos de un amigo norteamericano que decidió establecerse en Inglaterra cuando comenzó el nuevo siglo tras jubilarse después de una larga carrera académica en Massachusetts, y que, al ser preguntado si echaba de menos Estados Unidos, respondió: «No tanto desde luego como echo de menos la Gran Bretaña que conocí la primera vez que vine». Éste fue, en el fondo, el motivo del desacuerdo generalizado e incluso del odio visceral que mostró hacia Thatcher buena parte del mundo intelectual y cultural del país, y del desacuerdo cada vez mayor de la inmensa mayoría de la clase media con título universitario, simbolizado en la espectacular negativa de la Universidad de Oxford de concederle un doctorado honorífico. Ello no impidió el avance ideológico de la creencia thatcherista en que la única forma de gestionar los asuntos públicos y privados de un país era mediante hombres de negocios con expectativas y métodos propios del mundo empresarial. Lo que hizo tan odioso el triunfo del thatcherismo fue que, a partir de 1979, no se basó en un cambio masivo de la opinión pública, sino sobre todo, aunque no exclusivamente, en la profunda división de sus adversarios. En los años ochenta no se produjo una oleada de votos thatcheristas como la que elevó al poder a Ronald Reagan en Estados Unidos. De hecho, el thatcherismo siguió siendo una minoría del electorado. Mis propias llamadas en pro de los acuerdos electorales entre el laborismo y la Alianza Liberal-Socialdemócrata o, como mínimo, en pro de un «voto táctico» sistemático* de los electores anticonservadores, fueron desechadas (naturalmente) por ambas partes, aunque al final los ciudadanos tuvieron más sensatez que los partidos y emitieron en buena parte un voto útil que tuvo unas consecuencias bastante buenas. Lo que hacía la situación tan frustrante era que ni los laboristas ni la Alianza Liberal-Socialdemócrata tenían una alternativa que ofrecer. El thatcherismo seguía siendo la única estrategia existente. Al final, en lo único en lo que pudimos basarnos fue en que acabó haciéndose tan impopular que hubiera perdido ante cualquier oposición del signo que fuera; y así fue... al cabo de dieciocho años. Ya advertimos que muchos elementos de la revolución thatcherista serían irreversibles. Y tampoco en eso nos equivocamos.

Sobre el papel resultaba fácil hacer un análisis realista de la situación, desoyendo los «gritos de traición que se lanzan contra los que insisten en mirar al mundo tal como es».⁴ En la práctica resultaba difícil, pues muchos de aquellos contra los que escribía eran camaradas (o cuando menos antiguos camaradas) y amigos. Aparte del mío y del de Stuart Hall, *Marxism Today* no podía contar con el apoyo firme de ningún intelectual acreditado de la vieja nueva izquierda primitiva (la posterior a 1956). La mayoría de los intelectuales marxistas y socialistas ajenos al ambiente de *Marxism Today* eran hostiles, entre otros figuras tan prestigiosas como Raymond Williams, Ralph Miliband y las eminencias de la *New Left Review*. Yo mismo fui vilipendiado en las asambleas sindicales. Y no es de extrañar. Para muchos de ellos, la línea de *Marxism Today* significaba la traición de las esperanzas y de la política tradicional de los socialistas, por no hablar de la revolución proletaria con la que los trotskistas seguían soñando. Podía pa-

* Quizá fuera yo el primero en introducir la expresión en el debate electoral.

recer incluso una deslealtad a la clase trabajadora organizada, bombardeada con toda la fuerza del poder del Estado por un Gobierno que le había declarado una verdadera guerra de clase, sobre todo durante la gran huelga nacional de los mineros del carbón de 1984-1985, que atrajo todas las simpatías emocionales de la izquierda (y no sólo de la izquierda). Y también las más, aunque era evidente que las desilusiones de la jefatura extremista de los sindicatos, basada en la retórica del activismo y en la negativa tradicional de los sindicatos a romper filas en medio de la batalla, estaban llevando al sindicato y a todas las comunidades mineras a una catástrofe segura. Ni siquiera nosotros fuimos inmunes a la pura fuerza del autoengaño retórico del movimiento. *Marxism Today*, al examinar los restos del naufragio de la huelga con un mínimo de realismo, no pudo resignarse a admitir las dimensiones de la derrota.⁵

Ésos fueron, de hecho, los apuros por los que pasaron los socialistas en Gran Bretaña desde mediados de los años setenta. El mundo se les vino abajo no sólo a los socialdemócratas reformistas moderados, sino también a los comunistas y a otros revolucionarios. Pues tanto marxistas como no marxistas, tanto revolucionarios como reformistas, habíamos creído en último término que el capitalismo no podía crear las condiciones de buena vida necesarias para la humanidad. No era justo ni viable a largo plazo. Debía sustituirlo un sistema económico socialista alternativo, o al menos su precursor, una sociedad dedicada a la justicia social y al bienestar universal, si no inmediatamente, en un futuro; y el camino seguido por la historia evidentemente lo estaba trayendo por medio de la actividad estatal o pública en beneficio de la inmensa mayoría de la clase de los asalariados, implícita o explícitamente anticapitalistas. Probablemente nunca pareciera más plausible semejante expectativa que en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando incluso los partidos conservadores de Europa tuvieron buen cuidado de proclamarse anticapitalistas y los políticos estadounidenses se deshicieron en elogios de la planificación pública. En los años setenta ninguna de estas posturas parecía convincente. A partir de los ochenta la derrota de la izquierda tradicional, tanto política como intelectual, era innegable. Su bibliografía estaba dominada por variaciones en torno a un mismo tema: «¿Qué es lo que queda?». Yo mismo puse mi granito de arena. Paradójicamente, el problema era mucho más urgente en los países no comunistas. En casi todos los regímenes comunistas el hundimiento del «socialismo real», por lo demás totalmente desacreditado, pero, por otra parte, el único que quedaba oficialmente, había eliminado de la escena política a cualquier otro. Además, era bastante razonable que los habitantes de esos países situaran sus esperanzas, incluso a veces las más utópicas, en un capitalismo occidental que ellos desconocían, a todas luces más próspero y eficaz que sus sistemas fracasados. Fue en los países occidentales y en los del sur donde los argumentos en contra del capitalismo siguieron siendo convincentes, sobre todos los que iban en contra de un capitalismo ultraliberal cada vez más dominante, favorecido por compañías multinacionales, respaldadas por los teólogos económicos y los Gobiernos.

Marxism Today se dio cuenta de que la mera negativa a reconocer que las cosas habían cambiado drásticamente y que tratar de ocultar la realidad tras viejas

consignas («Que los cobardes retrocedan y los traidores se burlen; nosotros seguiremos haciendo ondear la bandera roja»), por atractivo que resultara desde el punto de vista emocional ya no constituía una opción política. En realidad, ése es el motivo de que la izquierda laborista tradicional, siempre presente y significativa en la historia del partido, aunque en raras ocasiones constituyera la fuerza decisiva, desapareciera de la vista a partir de 1983. Ya no existe. Por otra parte, no podíamos admitir —hasta que Tony Blair no asumió la jefatura del partido ni siquiera llegó a plantearse nada por el estilo— la alternativa del «Nuevo Laborismo», que aceptaba los resultados lógico y prácticos del thatcherismo y que abandonó deliberadamente todo lo que a los electores de clase media pudiera recordarles a los trabajadores, los sindicatos, industrias de propiedad pública, justicia social e igualdad, por no hablar de socialismo. Queríamos un laborismo reformado, no a una Thatcher con pantalones. La incapacidad del laborismo para ganar las elecciones de 1992, aunque fuera por un estrecho margen, dio al traste con aquella posibilidad. No soy el único que recuerda aquella noche electoral como la más triste y desesperada de mi experiencia política.

La lógica de la política electoral tal como la conciben los políticos cuyo programa consiste en una reelección constante y, a partir de 1997, la lógica del Gobierno, nos desterró de la política «de verdad». Algunos «jóvenes turcos» de *Marxism Today* se fueron allá donde estaba el poder. Cuando, al año y medio de la vuelta al poder de los laboristas, Martin Jacques resucitó la revista para publicar un solo número encargado de analizar la nueva era Blair, uno de ellos se dignó mirarnos de arriba abajo —a mí y a Stuart Hall— desde las alturas del 10 de Downing Street, como si contempláramos la vida desde un aula, «como desde fuera, sin el menor sentido de responsabilidad o de pertenecer a una misma sociedad», a diferencia de los «intelectuales que saben combinar crítica, visión y política práctica». En resumen, académica o de otro tipo, «la crítica ya no bastaba». ⁶ Había llegado el momento de los políticos realistas y de los técnicos del Gobierno. Y ambos debían operar en una economía de mercado y adecuarse a sus exigencias.

Muy bien. Pero nuestra tesis —o desde luego la mía— era y sigue siendo que si la crítica ya no basta, es más importante que nunca. Criticábamos el Nuevo Laborismo no porque hubiera aceptado las realidades que comporta el hecho de vivir en una sociedad capitalista, sino por aceptar demasiados presupuestos ideológicos de la teología económica del mercado libre dominante. Entre otros el presupuesto que destruye los cimientos de todos los movimientos políticos que preconizan la mejora de las condiciones de vida del pueblo, y de paso por tanto la justificación de los Gobiernos laboristas, a saber, aquel según el cual la gestión eficaz de los asuntos sociales sólo puede conseguirse mediante la búsqueda del beneficio personal, esto es, a través de la conducta del empresario. De hecho, la crítica del neoliberalismo era tanto más necesaria por cuanto no sólo apelaba a los empresarios y a los Gobiernos que deseaban acabar con las sospechas que tradicionalmente despertaba en ellos el laborismo, y necesitaba una justificación para apelar a los «votantes veleidosos» de clase media, sino también porque el neoliberalismo afirmaba contar con la autoridad de una «ciencia» identificada cada vez más con los intereses del capitalismo global, a saber la economía, consagra-

da durante casi un cuarto de siglo por su máxima autoridad, el Premio Nobel de Economía. Hasta el mismísimo final del siglo, cuando acabó siendo concedido a Amartya Sen y después a un famoso crítico del «consenso de Washington», Joseph Stiglitz, recayendo así en economistas conocidos por hallarse fuera de la ortodoxia dominante; y hasta que (según se dice) los electores de los premios Nobel de ciencias naturales manifestaron su insatisfacción por la constante tendenciosidad ideológica del que se suponía que era un galardón científico. Los años comprendidos entre 1997 y 2001, quizá el estallido de las grandes pompas especulativas del *fin-de-siècle*, puede que hayan roto el maleficio del fundamentalismo del mercado. El fin de la hegemonía del neoliberalismo global ya ha sido profetizado y anunciado hace bastante tiempo: yo mismo lo he hecho en más de una ocasión. Ya ha hecho demasiado daño.

III

Mientras tanto el socialismo soviético agonizaba.

A diferencia de lo que sucedió con la Guerra Fría y la implosión del Imperio Soviético, el fin de la URSS tuvo lugar relativamente a cámara lenta, pues se produjo entre la llegada al poder de Gorbachov en 1985 y la defunción oficial del país a finales de 1991. Tuvo sus momentos de drama en grandes titulares —Yeltsin en Moscú subido en un tanque resistiendo al intento de golpe de Estado de agosto de 1991—, pero la parte más importante de la acción tuvo lugar en la oscuridad de los aledaños del poder soviético, como por ejemplo cuando en 1989 se tomó la decisión secreta, pero fundamental, de abandonar el último plan quinquenal (1986-1992) en plena vigencia. En realidad, me encontraba yo estudiando la economía soviética en el Instituto Mundial para la Investigación en Desarrollo y Economía (WIDER, World Institute of Development and Economic Research), de la universidad de la ONU, y observaba el proceso en la agradable ciudad de Helsinki, convenientemente asomada a Rusia, a pocas horas por tierra y a pocos minutos por vía aérea de los soviéticos; allí he pasado varios veranos estos últimos años. Si no otra cosa, esta experiencia me ha permitido darme cuenta de la desastrosa ceguera de los economistas occidentales, que pasaron por el país trasladándose cómodamente en limusina del aeropuerto al hotel de una cadena intercontinental, dispuestos a arreglar la economía rusa mediante infinitas operaciones de libre mercado, tan seguros de estar en posesión de la verdad eterna como cualquier teólogo musulmán.

Durante los años ochenta la idea de que el socialismo de la URSS y de sus seguidores era lo que pensábamos los que, como yo, habíamos sido inspirados por la Revolución de Octubre, había muerto. Todavía podía defenderse diciendo que era el contrapeso necesario a la otra superpotencia y, con mayor convicción moral, que había sido el paladín de la liberación de los pueblos oprimidos, especialmente en Sudáfrica. El régimen de Moscú apoyó la lucha del CNA, lo había financiado y armado durante décadas, cuando no existía perspectiva previsible de que triunfara ni de beneficio para los soviéticos. La entrega a la liberación colonial probablemente fuera el último residuo del espíritu de revolución universal.

De hecho, lo que me había hecho inmune a la atracción del maoísmo fue que, pese a su retórica internacionalista durante la época de la ruptura chino-soviética, el comunismo chino y la ideología maoísta me parecieron esencialmente nacionales, cuando no nacionalistas, impresión que no aminó la visita de unas cuantas semanas que realicé a ese país impresionante en 1985. A diferencia de la URSS, que nunca habría respaldado un movimiento tan alejado de la revolución social como el de los matones de la UNITA de Angola, la China maoísta, que proclamaba su vocación a situarse en medio de la lucha armada global, en realidad apoyó los movimientos guerrilleros de forma muy selectiva, y basándose casi siempre en motivos antisoviéticos y antivietnamitas.

Nosotros —o cuando menos yo— ya no abrigábamos demasiadas esperanzas. Mi amigo Georg Eisler recuerda que, al regresar de Cuba en los años sesenta, yo mismo me pregunté cuánto tardaría La Habana en asimilarse a Sofía. La invasión soviética de Checoslovaquia, cuyo recuerdo está tan vivo en mi memoria como en la de otros el de la muerte de Kennedy, hizo que resultara impensable para mí ni siquiera volver a visitar Praga, pero ¿habría deseado alguien abandonar Occidente y retirarse a vivir en un país relativamente liberal como Hungría? La respuesta era no, aunque para un viejo originario de la Europa central era un país intelectual y culturalmente más vivo y menos provinciano que su próspero y radiante vecino, Austria.

¿Qué era lo que hacía que los viejos comunistas y la izquierda en general no esperaran de la URSS de los años ochenta más que que sirviera de contrapeso a Estados Unidos y que con su sola existencia asustara a los ricos y a los dirigentes mundiales de modo que se enteraran de las necesidades de los pobres? Y, sin embargo, tuvimos una extraña sensación de alivio, incluso un atisbo de esperanza, cuando Mijail Gorbachov llegó al poder en 1985. A pesar de todo, parecía representar nuestro tipo de socialismo —de hecho, a juzgar por las primeras manifestaciones, la modalidad de comunismo que representaban los italianos o el «socialismo con rostro humano» de la Primavera de Praga—, que considerábamos casi extinguido. Curiosamente, nuestra admiración no disminuiría significativamente después de la tragedia de su tremendo fracaso en la Unión Soviética, que fue casi total. Más que cualquier otro individuo, fue responsable de su destrucción. Pero también fue, cabría decir, casi el único responsable de acabar con medio siglo de pesadilla de guerra mundial nuclear y, en la Europa del Este, de la decisión de liberar a los países satélites de la URSS. Él fue quien, de hecho, derribó el Muro de Berlín. Como tantos otros en Occidente, seguí pensando en él con una infinita gratitud y un profundo sentimiento de aprobación moral. Si hay una imagen de los años ochenta que haya quedado grabada en mi interior, es el rostro repetido de Mijail Gorbachov en las pantallas de una tienda de televisores que de repente me obligó a detenerme mientras caminaba por la calle 57 Oeste de Nueva York. Escuché su intervención en las Naciones Unidas con una sensación de admiración y alivio.

Su fracaso en el ámbito interno se hizo, por desgracia, patente enseguida; quizás incluso se puso muy pronto de manifiesto que tanto él como los reformistas de su cuerda eran demasiado temerarios o, si se prefiere, que no eran ni lo bas-

tante grandes ni lo suficientemente experimentados en el tipo de mundo que dirigen para saber exactamente lo que estaban haciendo. Quizá no lo fuera nadie y lo mejor que hubiera podido pasarles a la URSS y a sus habitantes hubiera sido continuar en su lento declive esperando alcanzar una mejora gradual de su situación bajo la dirección de un reformista menos ambicioso y más realista. Así, pues, como escribí en Helsinki en un comentario a propósito del golpe de Estado fallido de 1991 que puso fin a la era Gorbachov, «eligió la Glasnost para forzar la Perestroika: debió de hacerlo al revés. Y ni el marxismo ni los economistas occidentales tenían la experiencia práctica o teórica necesarias».⁷ Como un gigantesco buque que se dirigiera haciendo agua hacia los arrecifes, la Unión Soviética, perdido el timón, navegó a la deriva hacia su desintegración.⁸ Al final se fue a pique. Y los que salieron perdiendo, a corto y medio plazo, fueron no sólo los habitantes de la antigua URSS, sino los pobres del mundo.

«El capitalismo y los ricos han dejado, de momento, de ser sagrados», escribí en 1990.

¿Por qué iban a preocuparse los ricos, especialmente en países como los nuestros en los que reinan en medio de la injusticia y la desigualdad, por nadie más que por sí mismos? ¿Qué castigo político van a temer si permiten la erosión del Estado del bienestar y de la protección de los que lo necesitan? Ésa es la primera consecuencia de la desaparición de una región socialista del globo, por mala que fuera.⁹

Diez años después de la desaparición de la URSS, es posible que el temor haya vuelto. Los ricos y los Gobiernos a los que han convencido de que son indispensables quizá descubran de nuevo que los pobres necesitan más concesiones que desprecio. Pero, como consecuencia del debilitamiento del edificio de la democracia social y de la desintegración del comunismo, el peligro procede ahora de los enemigos de la razón: de los fundamentalismos religiosos y etno-tribales y de la xenofobia, entre los cuales están los herederos del fascismo o los partidos de inspiración fascista, que ocupan los gobiernos de India, Israel e Italia. Una de las múltiples ironías de la historia podemos verla en el hecho de que, tras medio siglo de Guerra Fría anticomunista, los únicos enemigos del Gobierno de Washington que realmente han causado la muerte a sus ciudadanos en el territorio de Estados Unidos son sus propios fanáticos de la ultraderecha y los fundamentalistas musulmanes sunnitas que otrora financió deliberadamente el «mundo libre» contra los soviéticos. Quizás el mundo tenga que lamentar todavía que, ante la alternativa de socialismo o barbarie proclamada por Rosa Luxemburg, su decisión fuera en contra del socialismo.

Capítulo 17

ENTRE LOS HISTORIADORES

¿Cómo se ha escrito la historia en mi época? El lector que no esté interesado en este tema más o menos especializado, puede saltarse este capítulo, aunque lamentablemente no sea tan académico como pueda parecer a primera vista. No se puede huir del pasado, esto es, de los que recogen, interpretan, construyen ese pasado y debaten en torno a él. Nuestro día a día, los Estados en los que vivimos, los Gobiernos que nos rigen, están rodeados por los resultados de mi profesión, o mejor dicho empapados en ellos. Lo que dicen los textos escolares y los discursos de los políticos acerca del pasado, el material que utilizan los autores de ficción, fabricantes de programas y vídeos televisivos, todo procede en último término de los historiadores. Y aún más, la mayoría de los historiadores, incluso los buenos, saben que al investigar el pasado, hasta el más remoto de los pasados, también piensan y expresan opiniones por lo que se refiere y concierne al presente y a sus intereses. Comprender la historia es importante tanto para los ciudadanos de a pie como para los expertos, y Gran Bretaña tiene la suerte de contar con una poderosa tradición de expertos que han escrito con seriedad, pero con simplicidad para que resultara accesible a un público más amplio: Adam Smith, Edward Gibbon, Charles Darwin, Maynard Keynes constituyen válidos ejemplos. Los historiadores no deberían escribir exclusivamente para sus colegas.

En mi generación, lo que Marc Bloch llamaba «el oficio de historiador» no se enseñaba de forma sistemática en ningún lugar de Gran Bretaña. Lo aprendimos tan bien como pudimos. Dependió mucho de con quién nos encontramos durante nuestros años de carrera. Durante mis primeros tiempos en Cambridge sólo hubo un profesor a cuyas clases, a pesar de que empezaban a las nueve de la mañana, asistí con regularidad, junto con la mayoría de los mejores jóvenes radicales estudiantes de historia de entonces.¹ El asombroso M. M. («Mounia») Postan, recién llegado a Cambridge procedente de la London School of Economics, era un pelirrojo con el aspecto de un chimpancé viviente o de un superviviente del Neanderthal, cosa que no le impedía tener un éxito extraordinario entre las mujeres, y daba clases de historia económica con un fuerte acento ruso. Dicha asignatura constituía entonces la única rama en el programa de Cambridge sobre la materia que resultaba importante para los intereses de los marxistas, pero las clases de

Postan, con aquel aire de resurgimiento intelectual, atrajeron incluso a algunos como el joven Arthur M. Schlesinger, que no tenía ningún reparo en manifestar su «falta de capacidad (y de interés) en materia de historia económica», por no citar su total desinterés por el marxismo. Cada una de aquellas clases —auténticas representaciones retórico-intelectuales en las que al principio se exponía una tesis histórica que poco a poco iba desarmándose para ser finalmente sustituida por la versión personal de Postan— constituía una verdadera liberación de la insularidad británica del período de entreguerras, del que la Facultad de Historia de Cambridge representaba un ejemplo particularmente satisfecho de sí mismo. ¿Qué otro profesor nos hubiera dicho en 1936 que leyéramos los nuevos *Annales d'histoire économique et sociale* franceses cuando todavía no eran ni siquiera famosos en su propio país, y que invitáramos al maravilloso Marc Bloch a dar una clase magistral en Cambridge, presentándonoslo, con razón, como el medievalista vivo más importante del mundo? (Por desgracia, no recuerdo nada de su clase salvo la imagen de un hombre bajito y gordinflón.) Aunque profundamente anti-comunista, Postan era el único de Cambridge que conocía a Marx, Weber, Sombart y a los demás grandes pensadores de la Europa central y del este, y que se tomaba la obra de éstos lo suficientemente en serio para exponerlas y emitir sus críticas al respecto. Sabía, no obstante, que atraía a los marxistas jóvenes y, aunque estaba en contra de su creencia en el bolchevismo ruso, los consideraba aliados en la lucha contra el conservadurismo histórico.² Durante la Guerra Fría, cuando dependía de sus referencias por ser el director de mi tesis doctoral, impidió que accediera a determinados puestos, al indicar a alguna de las personas relacionadas con los mismos que yo era un comunista. No puedo decir con exactitud que fuera mi maestro, ni en realidad el de nadie —no creó escuela y no tuvo ningún discípulo que continuara su labor—, pero me sirvió de puente hacia el mundo de la historia en sentido lato. Y sin lugar a dudas fue el personaje más sorprendente que pudiera haber ocupado una cátedra de Historia en Gran Bretaña, o probablemente en cualquier lugar del mundo, durante el período de entreguerras: una figura impresionante, encantadora y absurda.

Pues Mounia Postan fue durante toda su vida una persona fantasiosa y pintoresca, características poco probables de encontrar en un historiador. No se podía hacer caso de lo que decía sin corroborarlo antes. Cuando no conocía la respuesta a una pregunta —tanto daba si era sobre la Edad Media o sobre los amoríos de sus alumnos—, se la inventaba. Como además resultaba muy evidente que era un extranjero en la Gran Bretaña de entreguerras y su máxima aspiración consistía en convertirse en un británico más, su imaginación tenía un vasto alcance. Por otra parte, mentía con una desvergüenza o *chutzpah* absolutamente encantadora. Muchos años más tarde, cuando tuvo que retirarse de su cátedra de Cambridge contra su voluntad, dijo a la universidad que tenía un año menos de lo que rezaba en su documentación, afirmando que el archivo donde constaba su partida de nacimiento en lo que había sido Rusia y ahora era Rumanía había desaparecido. Como era habitual, nadie lo creyó, y como siempre, sacudieron la cabeza en señal de desaprobación, sonrieron y exclamaron: «¡Este Mounia!».

En cierto sentido su fantasía más fabulosa fue la construcción de una nueva

identidad en Gran Bretaña, adonde llegó procedente de la Unión Soviética vía Rumanía en 1921. La primera parte de su vida se correspondía mucho a la que cualquiera habría imaginado que fuera la de un joven judío de clase media nacido en la frontera sudoccidental de la Rusia zarista. Había cursado sus estudios en la Universidad de Odesa hasta el estallido de la Revolución, que recibió con agrado uniéndose a un grupo marxista-sionista radical, dividido sólo entre aquellos que querían marchar a Palestina para construir allí inmediatamente una sociedad socialista y los que preferían organizar primero la revolución mundial. Mounia pertenecía a la segunda tendencia. Cuando el poder soviético, receloso del sionismo, quedó firmemente institucionalizado en Ucrania tras la guerra civil, fue encarcelado —según él varios meses— y luego puesto en libertad. (Durante la Segunda Guerra Mundial este hecho supuso el veto de las autoridades soviéticas a su candidatura como delegado del Ministerio británico de Economía de Guerra.) Luego vino a Inglaterra, donde, empezando sus estudios a tiempo parcial, finalizó su carrera en la London School of Economics como especialista en historia de la agricultura medieval. Más que ocultar su pasado, permitió que el mundo eligiera entre una serie de historias de diversas aventuras en el continente que en su gran mayoría no dejaban entrever sus raíces judías, aunque no consiguió engañar ni por un momento a ningún hebreo que lo conociera, e incluso en la Gran Bretaña de entreguerras a unos cuantos que no lo eran. Y sin embargo, logró, gracias a su gran genialidad, a lo absurdo de su encanto, a la determinación típica del inmigrante y sobre todo a la ayuda de su maestra y primera esposa, la especialista en historia económica de la Edad Media Eileen Power (1889-1940), escalar los puestos más altos de su nuevo entorno, acabando sus días como sir Michael Postan, esposo de lady Cynthia Keppel, hermana del conde de Albemarle. En ese aspecto tuvo mucha más suerte que la otra importación historiográfica tan poco convincente como intelectualmente brillante de la Europa del este, L. B. (sir Lewis) Namier, un judío muy consciente de sí mismo que obtuvo el título de caballero, pero no consiguió una cátedra en su amada Oxford.

Una diferencia clara entre los dos era que uno era una figura internacional dedicada a un campo global, mientras que los principales intereses históricos del otro se concentraban en Gran Bretaña. Durante una de nuestras primeras reuniones, Fernand Braudel me preguntó: «Sé que en Inglaterra se habla mucho acerca de un historiador llamado Namier y de su escuela. ¿Puede decirme algo sobre él?». Ni Braudel ni ningún otro historiador especializado en historia económica habría hecho esa pregunta refiriéndose a Postan, aunque sólo fuera por el hecho de que desde 1934 fue editor de una revista sobre este materia conocida internacionalmente, la *Economic History Review*. Además, mientras que a nadie fuera de Inglaterra, salvo contados especialistas, le importó mucho que Namier hubiera (así se creía entonces) revolucionado el enfoque del tema sumamente esotérico de la historia parlamentaria inglesa del siglo XVIII, todos los especialistas en historia económica del universo académico de peso reconocían lo importantes que eran los estudios de Postan sobre la historia de la agricultura medieval; se preocuparon de conocerlos y se prepararon para entablar un debate en torno a los mismos más allá de cualquier frontera política o ideológica, desde Harvard hasta

Tokio. A diferencia de la investigación en materia de políticas nacionales del pasado, la historia económica en aquellos tiempos gozaba de un universo discursivo admitido por todos, incluso de una estructura reconocida mediante la cual juzgar el interés de las cuestiones planteadas, fuera cual fuese el desacuerdo suscitado por las respuestas que se les dieran.

En cierto sentido el contraste entre Postan y Namier simbolizaba el conflicto más importante que dividía la profesión de la historia, y la tendencia principal del desarrollo de dicha actividad desde la década de 1890 a los años setenta del siglo xx. Se trataba de la batalla entre el supuesto convencional de que «la historia es la política del pasado», tanto en el seno de las naciones-Estado como en sus relaciones entre ellas, y una historia de las estructuras y cambios de las sociedades y culturas, entre la historia como narración y la historia como análisis y síntesis, entre aquellos que consideraban imposible generalizar sobre los asuntos del hombre en el pasado y los que eran de la opinión de que ese punto era esencial. La batalla había comenzado en Alemania durante la década de 1890, pero en mi época de estudiante los máximos exponentes de la rebelión, aparte de los marxistas, se encontraban en Francia: Marc Bloch y Lucien Febvre con su revista *Annales*. Paradójicamente, la especialidad de Bloch y Postan en historia medieval, que cualquiera habría considerado más pertinente para un historiador de talante conservador, en realidad fomentaba un pensamiento original acerca del pasado. Incluso a los profesionales más convencionales les resultaba imposible dividir la vida de la Edad Media en secciones claras y definidas, ya fuera la vida política, la económica, la religiosa, o la que fuese. Prácticamente exigía una serie de comparaciones y una revisión de los presupuestos de la época y, de paso, rebasar las fronteras de los Estados modernos, de las naciones y de las culturas. Como la historia antigua, y quizá por razones similares, la medieval constituye una materia que ha atraído a algunas de las mejores mentes, así como a las de miras más estrechas, de mis tiempos, aunque a menos eruditos marxistas brillantes que la primera. Por otro lado, era un campo en el que trabajaba un gran número de figuras, como por ejemplo mi jefe en el Birkbeck College, el difunto R. R. Darlington, cuya máxima aspiración en la vida fue producir una edición exhaustiva de un cronista menor del siglo xii, y que pareció sentirse verdaderamente horrorizado cuando yo, un joven profesor, sugerí que un seminario dado por un profesor de antropología social sudafricano, por aquel entonces agregado al *college*, podía ser de gran interés para los estudiantes del curso especial que daba sobre la Inglaterra anglosajona. ¿En qué archivos habría trabajado?

Los marxistas jóvenes como yo, en los primeros pasos de su carrera profesional como historiadores, se veían precipitados a esa batalla entre la historia vieja y la nueva ahora que entraban a formar parte de lo que todavía era un campo reducido, tanto por el número de sus cultivadores como por la producción de los mismos. La tremenda expansión de las universidades antiguas y nuevas, y el aumento extraordinario de «la bibliografía», no se puso en marcha hasta los años sesenta. Hasta en países como Gran Bretaña y Francia, o en campos académicos mucho más amplios como la historia económica en todo el mundo, prácticamente todos se conocían entre sí, o podían llegar a conocerse. Por suerte el primer congreso

internacional de las ciencias históricas que se celebró tras la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar en París en 1950. Con anterioridad a la guerra la elite histórica había ejercido su dominio sin ninguna oposición (pues al obligar a emigrar a los mejores especialistas en ciencias sociales, el fascismo supuso, en todo caso, un refuerzo de su poder). Los innovadores, a lo sumo, habían conseguido establecer una avanzadilla en el terreno vagamente definido de «la historia económica y social», como por ejemplo en Francia y en Gran Bretaña. Sin embargo, la guerra había destruido hasta tal punto las viejas estructuras, que durante un breve período de tiempo los rebeldes se hicieron de hecho con el poder. El congreso, organizado por un hombre de *Annales*, Charles Morazé, que poco después, aunque de forma perfectamente civilizada, sería eliminado del poder en la revista por el nuevo astro ascendente, Fernand Braudel, fue concebido según las líneas heterodoxas, esencialmente por los franceses, con alguna aportación de los italianos y de los holandeses y escandinavos, además de unos cuantos anglosajones poco característicos: el propio Postan, el profesor de estadística histórica australiano Colin Clark, y un marxista especializado en historia antigua. Los alemanes, como cabe suponer, estaban prácticamente ausentes, aun cuando por aquel entonces no se sabía hasta qué punto los historiadores más eminentes de ese país habían estado involucrados en el sistema nazi. Los norteamericanos acudieron al congreso en tropel —¿cuándo no se han entusiasmado ante la posibilidad de visitar París?—, pero evidentemente apenas habían sido consultados acerca del programa. Aparte de un trabajo sobre historia antigua, y una disertación en el último minuto de un tejano acerca de la historia universal entendida como historia de las fronteras, fueron mantenidos al margen de las secciones principales programadas. La Unión Soviética y todos sus satélites estuvieron ausentes, con la única excepción de Polonia. Volverían a aparecer con toda su fuerza en 1955, tras la muerte de Stalin, en el siguiente congreso internacional de Roma. Se vivía una gran tensión durante aquellos meses inmediatamente posteriores al estallido de la guerra de Corea cuando el presidente (francés) del Comité Internacional dijo en tono pesimista que «el congreso daría futuros historiadores de la historiografía con unos antecedentes importantes de la mentalidad de los historiadores tras la crisis de la Segunda Guerra Mundial... mientras esperaban la llegada de la Tercera».³

Una innovación en la que me vi involucrado directamente fue la sección de historia social, probablemente la primera de su especie en un congreso de historia. En realidad, todavía era una materia muy poco desarrollada, al menos por lo que se refería a los siglos XIX y XX, y los que la planificaron tampoco tenían una idea demasiado clara de lo que el término implicaba. Evidentemente era algo más que el estudio hasta cierto punto reducido de las organizaciones obreras y socialistas que fueron las primeras en reivindicar la etiqueta (el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, que guardaba los manuscritos de Marx y Engels). Era igualmente obvio que debía tratar del mundo obrero, de las clases sociales y sus movimientos, y de las relaciones existentes entre los fenómenos económicos y sociales, por no hablar de «las influencias ejercidas recíprocamente por los factores económicos y los fenómenos políticos, jurídicos, religiosos, etc.».⁴ Para mi sorpresa, como acababa de publicar mi primer artículo en una re-

vista especializada, fui nombrado presidente oficial de la sesión «Contemporánea», arbitrando el informe espléndido de un erudito marxista tullido acerca de Polonia durante los siglos xv y xvi. Supongo que fue Postan quien me propuso para el cargo, pues no podía ser otro. A mi sesión asistió una colección variopinta de historiadores poco comunes que no formaban parte de la elite establecida, y que pronto se verían obligados a acercarse al núcleo del mundo histórico. Allí estaba J. Vicens Vives, único llegado de la Barcelona de Franco en busca de contactos intelectuales, que se convertiría en el inspirador de los historiadores de su país. Allí estaba Paul Leuillot, secretario de *Annales*, que se vio haciendo de portavoz de Marc Bloch y Fernand Braudel, y yo mismo, a punto de convertirme en cofundador de *Past & Present*. Estaban los investigadores franceses, a menudo excelentes, con sus incompletas pero extensas tesis, como Pierre Vilar y Jean Meuvret, y por lo tanto todavía no integrados en el sistema universitario, que pronto entrarían a formar parte de la nueva rival de la Sorbona creada por Braudel, la VI Sección de la École Pratique des Hautes Études (actualmente la École des Hautes Études en Sciences Sociales). Y también estaban los marxistas y sus críticos. En resumen, el rostro de la historiografía de los años cincuenta y sesenta iba haciéndose visible.

El factor crucial que debe destacarse es que, a pesar de las diferencias ideológicas patentes y la polarización de la Guerra Fría, las distintas escuelas de los modernizadores de la historiografía tomaban un mismo camino y luchaban contra los mismos adversarios; y eran conscientes de ello. Principalmente estaban en contra del «positivismo», de la creencia en que si se toman los «hechos» correctamente, las conclusiones saldrán por sí solas, y contra la tendenciosidad tradicional de los historiadores convencionales a favor de los reyes, los ministros, las batallas y los tratados, esto es, a favor de todos aquellos que tomaban las decisiones de alto nivel en las esferas militar y política. En otras palabras, deseaban un ámbito de la historia mucho más ampliado o democratizado, así como mucho más elaborado metodológicamente. Estaban a favor de una historia fertilizada por las ciencias sociales (sobre todo por la antropología social), que es por lo que *Annales* amplió el ámbito de la historia económica y social incluyendo el subtítulo *Économies, Sociétés, Civilisations*. Cuando quince años después de la desaparición de Hitler, una generación de posguerra de modernizadores empezó a dejar su huella en la historia de Alemania, en la República Federal Alemana ese fenómeno tomó el nombre de «Ciencia Social Histórica».

Como ya he dejado entrever anteriormente, los modernizadores de la historia, aunque se mantuvieran unidos contra los defensores de un concepto conservador de la misma, no eran homogéneos ni ideológica ni políticamente. La inspiración de los franceses no era en modo alguno marxista, salvo en lo referente a la historiografía de la Revolución francesa, la cual, al estar bien protegida y anclada en el puerto ideológico de la Sorbona, no tenía nada que ver con la escuela de *Annales*. (Braudel una vez me comentó con tono apesadumbrado que el problema que había con la historia francesa en su época consistía en el hecho de que sus dos máximos exponentes, Ernest Labrousse de la Sorbona y él mismo, eran como dos hermanos que nunca lograrían entenderse.) En Gran Bretaña, por otro lado, los

marxistas ocupaban un lugar singularmente destacado, y la revista *Past & Present*, surgida de los debates de la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista, se convirtió en el medio principal de los modernizadores.

Los alemanes rebeldes, una generación de la posguerra, se habían formado en gran medida gracias a los estudios que habían realizado en Gran Bretaña y en Estados Unidos, y eran más proclives a Max Weber que a Marx, y contrarios al marxismo de cosecha propia de la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista británico. Sin embargo, todos nos reconocíamos como aliados. *Past & Present* agradeció la inspiración de *Annales* en el primer párrafo de su primer número. En cuanto a *Annales*, Jacques Le Goff («un lector desde sus inicios, un admirador, un amigo, casi [si se me permite decirlo] un amante secreto»)⁵ comparaba *Past & Present* con su revista, mientras que el líder de los nuevos alemanes parece considerar que «el efecto sorprendente de la generación de historiadores marxistas» es el factor principal que se esconde tras «el impacto global de la historiografía inglesa a partir de los años sesenta».⁶

En ese punto la historia en Estados Unidos (a diferencia de las ciencias sociales en dicho país) seguía desempeñando un papel internacional relativamente menor. De hecho, sus contactos con el viejo mundo eran realmente pobres, excepto en campos de interés tradicional para los europeístas norteamericanos, como el de la Revolución francesa, y en los campos que los exiliados alemanes habían llevado a América desde Europa después de 1933. Pero los europeístas constituían una minoría, mirados con recelo y calificados de «Ivy Leaguers» por la inmensa mayoría de historiadores generalmente monolingües cuya especialidad era la historia de Estados Unidos, una materia que, por el modo en que era tratada por casi todos ellos, tenía muy pocas cosas en común con el trabajo que realizaban los demás historiadores del mundo. Sólo la esclavitud era un tema que suscitaba interés internacional, pero los historiadores más jóvenes especializados en ella, los que supuestamente debían marcar sus pautas en el extranjero, eran muy distintos de sus colegas en los años cincuenta y sesenta. Entre ellos había varios militantes jóvenes de posguerra del Partido Comunista americano: Herb Gutman, el genial Gene Genovese y el increíblemente ingenioso Bob Fogel, antiguo secretario nacional de la Liga de las Juventudes Comunistas, que posteriormente sería galardonado con un Premio Nobel.

Resulta bastante curioso que sucediera lo mismo incluso en materias tan evidentemente globales como la historia económica, lo que quizás explique por qué, cuando se fundó una asociación internacional en este campo, fue dirigida básicamente como si fuera una propiedad anglofrancesa de Braudel y Postan. A las innovaciones históricas en Estados Unidos —la historia económica según los hombres de negocios (historia «empresarial») de los años cincuenta, la «psicohistoria» (esto es, interpretaciones freudianas de personajes históricos) y la mucho más espectacular «cliometría» (la historia como econometría contemplada retrospectivamente y a menudo imaginaria) en los sesenta— les costó trabajo cruzar el Atlántico. En 1975 se celebró por primera vez en Estados Unidos, probablemente por razones diplomáticas, el Congreso Mundial —quinquenal— de Ciencias Históricas para compensar el llevado a cabo en Moscú en 1970.

En general, durante los treinta años siguientes a la Segunda Guerra Mundial los tradicionalistas históricos libraron en la retaguardia una batalla perdida contra el avance de los modernizadores en la mayoría de los países occidentales en los que se cultivaba la historia en libertad. Quizás habrían conseguido defenderse mejor si la guarnición de la principal fortaleza de los estudios históricos tradicionales, Alemania, no hubiera sido apartada de la acción por su asociación con el nacionalsocialismo. (La situación de los historiadores de los países comunistas no era comparable a la de sus homólogos en Occidente, pero, en realidad, el marxismo con el que estaban oficialmente, y a veces incluso sinceramente, comprometidos, encajaba mejor con los modernizadores occidentales que con la historia tradicionalista, y sobre todo nacionalista, de sus propios países.) En 1970 la revista norteamericana *Daedalus* organizó una conferencia bastante optimista, por no decir triunfalista, con el fin de examinar la situación de la historia. Con la excepción de los portavoces (a la defensiva) de historia política y militar, la reunión estuvo dominada por los modernizadores: británicos, franceses y, entre los que no superaban los cuarenta años, americanos.⁷ Por aquella época se había encontrado una bandera común para el frente popular —que de homogéneo no tenía nada— de los innovadores: la «historia social». Era un concepto que encajaba bien con la radicalización política de la población estudiantil de los años sesenta espectacularmente numerosa. El término resultaba vago y a veces inducía a la confusión, pero como escribí entonces, haciendo hincapié en el «estado notablemente próspero de ese campo»: «Es un buen momento para ser un historiador social. Incluso aquellos que nunca nos planteamos llamarnos por este nombre no queremos renunciar a él».⁸

Había motivos para sentirse satisfechos. Entre otras cosas porque, de una manera en cierto modo inesperada, la Guerra Fría no había interferido de forma sustancial en las evoluciones de la historia. De hecho, resulta sorprendente la poca influencia que ejerció en el ámbito de la historiografía, excepto, como es lógico, en lo referente a temas como la historia de Rusia y de la URSS. *Capitalism and the Historians*, un libro publicado en los años cuarenta bajo los auspicios de Friedrich von Hayek, defendía que los historiadores que señalaban los efectos negativos de la revolución industrial sobre los pobres eran sistemáticamente proclives a ir contra los beneficios del sistema de la libre empresa. Esto dio pie a una viva polémica que mantuvo entretenidos a los estudiantes, el llamado «Debate sobre el nivel de vida», cuando la izquierda (esto es, yo mismo, hablando en nombre de los historiadores comunistas) respondió, pero no puede decirse que dicho debate, que ha seguido sosteniéndose a intervalos desde entonces, siguiera posteriormente unas líneas ideológicas. Temas tan explosivos como Rusia, sobre todo en el siglo xx, y la historia del comunismo fueron, por supuesto, campos de batalla ideológicos, aunque el debate era desequilibrado, pues las ortodoxias de obligada observancia en el imperio soviético perjudicaron tanto a sus historiadores como a sus interpretaciones. Lo mejor que podía hacer un historiador soviético serio era aferrarse a la historia del antiguo Oriente y la Edad Media, aunque resultaba conmovedor comprobar cómo los modernizadores se apresuraban a decir (dentro de los límites de lo permisible) lo que sabían que era verdad cada vez que la venta-

na parecía que se abría un poco (como en 1956 y a comienzos de los años sesenta). Yo mismo me convertí esencialmente en un historiador del siglo xix, porque no tardé mucho en descubrir —en realidad durante los preparativos del proyecto abortado de la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista de escribir una historia del movimiento obrero británico— que, dados los firmes criterios oficiales que tenían el Partido y la Unión Soviética acerca del siglo xx, no se podía escribir sobre ningún hecho posterior a 1917 sin correr el riesgo de ser acusado de hereje político. Estaba dispuesto a escribir sobre el siglo desde mi posición política o pública, pero no en mi calidad de historiador profesional. Mi historia terminaba en Sarajevo en junio de 1914.

Por suerte me abstuve de escribir sobre la historia del siglo xx hasta que éste prácticamente había acabado, pero semejante actitud iba en contra del movimiento historiográfico al uso, alejado del pasado remoto y proclive al estudio del presente. Hasta después de 1945 la historia «de verdad» acababa, como muy tarde, en 1914, fecha a partir de la cual el pasado inmediato formaba ya parte de la crónica, el periodismo o el comentario contemporáneo. De hecho, como los archivos permanecieron cerrados en Gran Bretaña durante varias décadas, no pudo escribirse sobre el tema según los parámetros de los historiadores tradicionales. En la mayoría de los países, ni siquiera el siglo xix había sido asumido plenamente por los departamentos de historia de las universidades, excepto por los de historia económica. Los grandes debates historiográficos no habían tratado de esa época, aunque el radicalismo político, cuando menos en la modalidad que puso de moda la pasión por la historia del movimiento obrero, atrajo la atención hacia un período que había sido gravemente descuidado por los historiadores en numerosos países. Incluso en Gran Bretaña, hasta los años sesenta los encargados de escribir las biografías de las grandes figuras de la época victoriana fueron los políticos, los periodistas serios, los parientes de los protagonistas y los ensayistas, no los académicos. No obstante, el abismo que separaba el pasado y el presente se estrechó, quizá debido a que muchos historiadores profesionales se vieron implicados en la Segunda Guerra Mundial.

Al mismo tiempo, la historia académica en el sentido occidental del término se hallaba todavía limitada en gran medida al Primer y al Segundo Mundo y a Japón. A grandes rasgos, fuera de estas regiones los estudios históricos no existían, no se cultivaban o seguían las líneas tradicionales, salvo entre las minorías marxistas y a excepción de algunas parcelas influidas por los modernismos de París (como ocurría en algunos rincones de la América Latina). Además, casi toda la historia académica era fundamentalmente eurocéntrica o —según la expresión utilizada habitualmente en Estados Unidos— se interesaba sólo por la «civilización occidental». El resto del planeta entraba en la historia de Cambridge únicamente en los capítulos relativos a «La expansión de Europa». Salvo raras excepciones, como, por ejemplo, Charles Boxer, no eran los historiadores, sino los geógrafos, los antropólogos y los lingüistas, así como por supuesto los administradores del imperio, los que se ocupaban de los asuntos «no occidentales». Antes de la guerra, la historia extraeuropea como tal interesó a muy pocos historiadores excepto (debido a su antiimperialismo) a los de ideología marxista y a los

no europeos, como, por ejemplo, los japoneses, que por aquel entonces sufrían una fuerte influencia del marxismo. En Cambridge, una serie de historiadores convocaron a la llamada «agrupación colonial» integrada en la sección estudiantil del Partido Comunista (fundamentalmente jóvenes originarios del sur de Asia). Primero fue el canadiense E. H. Norman, que más tarde se dedicaría a la diplomacia y sería uno de los primeros especialistas en historia del Japón moderno, hasta que se suicidó en 1957 debido a las presiones de la caza de brujas desencadenada en Estados Unidos, y tras él vendrían mi viejo amigo V. G. (Victor) Kiernan, hombre de un atractivo encantador y una erudición universal y elegantísima acerca de todos los continentes, que publicó libros sobre la poesía de Horacio, entre otros temas, y que tradujo la poesía urdu, el canadiense Harry Ferns, especialista en Argentina, que más tarde se volvió extremadamente conservador, y el brillante, original y autodestructivo Jack Gallagher, que no se levantaba nunca antes de mediodía y que luego ocupó las cátedras de historia del Imperio en Oxford y Cambridge. Mi propio interés por la historia extraeuropea deriva también de mis relaciones con este grupo.

La historia extraoccidental se emancipó con la colonización de los viejos imperios y con el auge que conocieron por esa misma época Estados Unidos como potencia mundial. La historia universal entendida como historia de todo el planeta apareció en los años sesenta, con el evidente progreso de la globalización. Los historiadores del Tercer Mundo, especialmente un grupo de brillantes profesores hindúes, surgidos de las escuelas locales de debate marxista, alcanzaron el reconocimiento mundial durante los años noventa. Los intereses del imperio mundial, así como los extraordinarios recursos de que disponen las universidades americanas, hicieron de Estados Unidos el centro de la nueva historia universal poseurocéntrica y, de paso, transformaron sus manuales y revistas de historia. ¿Cómo podrían seguir siendo las mismas las perspectivas históricas? Fidel Castro dio lugar al desarrollo sistemático de los estudios latinoamericanos en Gran Bretaña a comienzos de los años sesenta. En realidad creíamos en aquella época que esa circunstancia se debía a las indicaciones realizadas por el Gobierno del presidente Kennedy en el sentido de que era conveniente disponer de expertos europeos en esa región —considerados más aceptables— para complementar la labor de los especialistas norteamericanos de los que su propio país desconfiaba. (De haber sido así, el proyecto habría fracasado. La historia de Latinoamérica atrajo fundamentalmente a jóvenes radicales.) Sin embargo, las historias de Europa, de Estados Unidos y del resto del mundo siguieron separadas unas de otras: sus respectivos públicos coexistían, pero apenas se rozaban. La historia sigue siendo, por desgracia, principalmente una serie de nichos para los que la escriben y para su público lector. En mi generación sólo un puñado de historiadores ha intentado integrarlos en una historia universal de máximo alcance. Ello fue debido en parte a que la historia no supo prácticamente emanciparse —en gran medida por motivos institucionales y lingüísticos— del marco de la nación-Estado. Volviendo la vista atrás, este provincianismo probablemente fuera el principal punto débil de la materia en mi época.

No obstante, a finales de los sesenta y comienzos de los setenta parecía razo-

nable suponer que se había ganado la guerra por la modernización de la historiografía iniciada en la década de 1890. La línea ferroviaria principal por la que los trenes de la historiografía debían discurrir ya había sido construida. No era que los modernizadores, al menos fuera de los enemigos franceses de la «historia de los acontecimientos», propusieran necesariamente una hegemonía de la historia económica y social, o incluso una relegación de la historia política, por no hablar de la historia de las ideas y la cultura. Los modernizadores no eran en absoluto reduccionistas. Aunque creyeran que la historia debía explicar y generalizar, sabían perfectamente que no era como las ciencias naturales. Sin embargo, tenían el firme convencimiento de que la historia tenía un proyecto de gran alcance, bien fuera el de «historia global» o «total, integrando las aportaciones de todas las ciencias del hombre» que defendía Braudel, bien fuese, si se me permite citar mi propia definición, el de que «la historia en el sentido más amplio de la palabra [consiste] en averiguar cómo y por qué *Homo sapiens* pasó del Paleolítico a la era nuclear».⁹ Sin embargo, al cabo de unos pocos años el panorama había cambiado completamente. Como se lamentaba el propio Braudel a propósito de la revista *Annales*, que ya no dirigía en los años setenta, el sentido de las prioridades, la distinción entre significancia y trivialidad, tan esenciales para el antiguo proyecto, habían desaparecido. Del mismo modo, viejos colaboradores de *Past & Present*, hablando de la nueva *History Workshop Journal* (el último fruto de la antigua Agrupación de Historiadores del PC) de Raphael Samuel, se quejaban de que descubría todo tipo de rincones del pasado de interés para el entusiasta, pero no mostraba signo alguno de querer plantear preguntas acerca de ellos. La historia entendida como exploración de un pasado objetivamente recuperable todavía no había sido puesta en tela de juicio. Eso sólo ocurriría con la moda del «posmodernismo», término prácticamente desconocido en Gran Bretaña antes de los años ochenta, y que, afortunadamente, había hecho sólo incursiones marginales en el campo de los estudios históricos serios en los comienzos del nuevo siglo. No obstante, a principios de los años setenta, la corriente historiográfica cambió de rumbo. Aquellos que pensaban que habían ganado casi todas las batallas desde los años treinta se encontraron de pronto nadando contra corriente. La «estructura» estaba de capa caída, la «cultura» estaba en auge. Quizás el mejor modo de resumir el cambio que se produjo sería decir que los historiadores jóvenes posteriores a 1945 encontraron su inspiración en *El Mediterráneo* (1949) de Braudel, y los historiadores jóvenes posteriores a 1968 en el brillante *tour de force* de «densa descripción», «Deep Play: Notes on the Balinese Cock-Fight» (1973) del antropólogo Clifford Geertz.¹⁰

Se produjo un cambio de los modelos históricos o de los «grandes porqués», se abandonó el «modo analítico por el descriptivo»,¹¹ la estructura económica y social por la cultura, la recuperación del hecho por la recuperación de la sensación, el telescopio por el microscopio, como puede apreciarse en la monografía, no por breve menos influyente, del joven historiador italiano Carlo Ginzburg acerca de la cosmovisión de un excéntrico molinero friulano del siglo xvi.¹² Quizás hubiera también un elemento de esa curiosa desconfianza intelectual por el racionalismo de las ciencias naturales que se pondría cada vez más de moda a

medida que el siglo se acercaba a su fin. No es que pueda apreciarse entre los académicos un abandono de la historia estructural y una vuelta a la historia narrativa, o a la historia política a la vieja usanza. En cualquier caso, por lo que yo sé, los historiadores de las jóvenes generaciones durante los últimos treinta años no han producido ninguna obra maestra de historia narrativa no analítica comparable con ese hito de la erudición tradicional en este género que es el libro de Steven Runciman titulado *Las cruzadas* (1951-1954). No obstante, precisamente el hecho de que materias a todas luces importantes hayan sido preteridas o pasadas por alto en una medida tan considerable durante el medio siglo transcurrido desde 1945, ha dejado un amplio margen a la labor de llenar directamente las lagunas existentes a partir de los archivos disponibles, esto es, a la «historia de los acontecimientos». No hay más que pensar en el contenido oculto de los archivos soviéticos que se hicieron públicos en los años noventa, en la historia de la Guerra Fría o en los largos silencios oficiales y en los mitos públicos relacionados con la Francia de la ocupación alemana, o con la fundación y los primeros años del Estado de Israel.

Aunque los abanderados de la modernización de la historiografía que lograron imponerse a los partidarios del modelo antiguo a finales de los años sesenta constituyeran una alianza de la que formaban parte los marxistas, su supremacía no sería puesta en entredicho desde la derecha ideológica. El hecho de que mi generación de historiadores marxistas, formada entre 1933 y 1956, no tuviera verdaderos sucesores, se debió no a que los paladines de la Guerra Fría ganaran terreno en las escuelas y facultades de historia —probablemente cabría decir más bien lo contrario—, sino a que las generaciones de la izquierda posterior a los años sesenta deseaban en su mayoría otra cosa. Pero una vez más no se trataría de una reacción específica frente al marxismo. En Francia la virtual hegemonía de la historia braudeliana y de la revista *Annales* llegó a su fin después de 1968, y la influencia internacional de la publicación fue disminuyendo a pasos agigantados.

Parte, cuando menos, del cambio experimentado por la historia era un reflejo de la extraordinaria revolución cultural que se produjo a finales de los sesenta y cuyo epicentro se situó en las universidades, y más particularmente en las facultades de letras y humanidades. No fue tanto un desafío intelectual cuanto un cambio de talante. En Gran Bretaña el movimiento Taller de Historia (*History Workshop*) supuso la expresión más característica de la nueva «izquierda histórica» posterior a 1968. Su objetivo no era tanto el descubrimiento histórico, la explicación o incluso la exposición de la historia, cuanto la inspiración, la empatía y la democratización. Venía a reflejar asimismo el desarrollo, tan notable como inesperado, de un interés masivo del público por el pasado que ha dado a la historia un auge sorprendente en la literatura y en el cine. Las reuniones del Taller de Historia, en las que participaban aficionados y profesionales, intelectuales y obreros, así como gran número de jóvenes en pantalones vaqueros, rodeados de sacos de dormir y guarderías improvisadas, se parecían a sesiones de *gospel*, especialmente cuando los actores estrella lanzaban el *hwyl* de rigor, por ejemplo el maravilloso especialista en historia de Gales Gwyn Alf Williams, hombre moreno, achaparrado, cuyo soberbio dominio de la tartamudez servía para subrayar su elo-

cuencia escénica. Es sintomático que el primer Congreso por la Liberación de la Mujer de Gran Bretaña (al que llevaron a Marlene nuestras amigas de la «Nueva Izquierda») fuera fruto de una propuesta del Taller de Historia a finales de los años sesenta. El histórico manifiesto del feminismo de Sheila Rowbotham que apareció inmediatamente después se llamaba con razón *Hidden from History*. Aquella era una gente para la que la historia no era tanto un modo de interpretar el mundo cuanto un medio de autodescubrimiento colectivo o, a lo sumo, de obtener un reconocimiento colectivo.

El peligro que entrañaba esta posición era y sigue siendo que echa por tierra la universalidad del universo discursivo que es la esencia de toda la historia entendida como disciplina erudita e intelectual, como *Wissenschaft* en el sentido alemán del término o en el más estricto que tiene en inglés.¹³ Echa asimismo por tierra lo que los antiguos y los modernos tenían en común, a saber, la creencia en que las investigaciones de los historiadores, realizadas siguiendo las normas aceptadas por todos de la lógica y la prueba, distinguen entre el hecho y la ficción, entre lo que puede ser determinado como hecho y lo que no, entre lo que es y lo que nos gustaría que fuera. Pero esto es ahora cada vez más peligroso. Las presiones políticas que sufre la historia a manos de los Estados y los regímenes nuevos y antiguos, de los grupos de identidad, y de una serie de fuerzas escondidas bajo la gélida capa de hielo de la Guerra Fría, son en la actualidad más fuertes que nunca, y la sociedad mediática moderna ha dado al pasado una preeminencia y un potencial mercantil sin precedentes. La historia está siendo revisada o inventada hoy más que nunca por personas que no desean conocer el verdadero pasado, sino sólo aquel que se acomoda a sus objetivos. La actual es la gran era de la mitología histórica. La defensa de la historia por sus profesionales es en la actualidad más urgente en la política que nunca. Nos necesitan.

Tenemos además mucho que hacer. Mientras que los asuntos de la humanidad se guían hoy día sobre todo por los criterios de los tecnólogos especializados en resolver problemas, según los cuales es casi irrelevante, la historia tiene ahora más importancia que nunca a la hora de entender el mundo. Silenciosamente, en medio de las discusiones en torno a la existencia objetiva del pasado, el cambio histórico se ha convertido en componente fundamental de las ciencias de la naturaleza, desde la cosmogonía hasta el darwinismo redivivo. De hecho, gracias a la biología molecular y evolutiva, a la paleontología y a la arqueología, la propia historia humana se está transformando. Ha sido reinsertada en la estructura de la evolución global, o si se quiere cósmica. El ADN la ha revolucionado. Así, por ejemplo, ahora sabemos cuán extraordinariamente joven es *Homo sapiens* en cuanto especie. Salimos de África hace 100.000 años. En total, lo que se llama historia, desde la invención de la agricultura y las ciudades, equivale apenas a 400 generaciones humanas o lo que es lo mismo a 10.000 años, prácticamente un parpadeo en términos de tiempo geológico. Teniendo en cuenta la espectacular aceleración del ritmo al que el hombre ha controlado la naturaleza en este breve período, especialmente durante las últimas diez o veinte generaciones, cabe pensar que toda la historia hasta la fecha ha sido una explosión de nuestra especie, una supernova biosocial lanzada hacia un futuro desconocido. Esperemos que no

tenga consecuencias catastróficas. Mientras tanto, y por primera vez, disponemos de una estructura adecuada para una historia verdaderamente universal, a la que se ha devuelto el protagonismo que le correspondía, no ya entre las humanidades ni entre las ciencias naturales o las matemáticas, ni tampoco al margen de ellas, sino como algo esencial para todas. Me gustaría ser lo bastante joven para contribuir a escribir esa historia.

Pese a todo, estaba bien ser historiador incluso en mi generación. Por lo pronto, resultaba agradable. En una conversación en torno a su evolución intelectual mi amigo, el difunto Pierre Bourdieu, dijo:

Creo que la vida intelectual está más próxima a la vida del artista que a la rutina de la academia ... De todas las modalidades de trabajo intelectual, la labor del sociólogo es sin duda aquella cuya práctica me ha procurado más felicidad, en toda la extensión de la palabra.¹⁴

Cámbiese «historiador» por sociólogo, y estoy dispuesto a firmarlo.

Capítulo 18

EN EL MUNDO DE LA GLOBALIZACIÓN

¿Cómo puede el autor de una autobiografía que ha sido profesor universitario y escritor académico toda su vida escribir acerca de su vida profesional? Lo que sucede al escribir tiene lugar fundamentalmente en la soledad ante una pantalla o una hoja de papel. Cuando el escritor está inmerso en cualquier otra actividad, no escribe, aunque esté acumulando materiales para luego escribir. Y esto cabe afirmarlo incluso a propósito de la actividad literaria de los hombres (o mujeres) de acción, por ejemplo de Julio César. Hay muchísimo que contar acerca de la conquista de las Galias y, como sabían muy bien en otro tiempo los alumnos de las escuelas secundarias, César lo contó muy bien, pero en cambio es muy poco lo que se puede decir acerca del proceso de redacción de los *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, excepto quizá que el gran Julio se los dictó a algún esclavo amanuense en los intervalos que le permitía la realización de cosas más importantes.

A su vez, los académicos pasan la mayor parte del tiempo realizando las labores rutinarias de la docencia, la investigación, las reuniones y los exámenes. Todas ellas son tareas anodinas y carecen de las sorpresas habituales en otros tipos de vida más animados. Los académicos además pasan gran parte de su tiempo libre en la sociedad de otros académicos, especie que, por interesantes que puedan resultar los individuos que la componen, no representa una compañía muy atractiva en conjunto. Hace un siglo habría cabido sostener que una reunión de historiadores, como las que podían tener lugar en las asambleas plenarias de sus respectivas asociaciones, podía diferenciarse menos de una reunión de ejecutivos de una compañía de seguros que de otra asamblea de profesores universitarios, pues desde que entró en la universidad la generación de 1968, quizá ya no sea así.

En cuanto a los estudiantes, en grupo son sin duda más interesantes para alguien a quien le guste enseñar, pero más por su juventud y todos los rasgos que suelen acompañar a ésta, tales como el entusiasmo, la pasión, la esperanza, la ignorancia y la inmadurez, que porque quepa esperar mucho de ellos vistos en conjunto. Por regla general, esto no es exactamente así por lo que respecta a las dos instituciones en las que he pasado la mayor parte de mi carrera docente, el Birk-

beck College, en la Universidad de Londres, y la Graduate Faculty of the New School for Social Research (en la actualidad New School University) de Nueva York. Ambas, al ser hasta cierto punto centros anómalos del mundo académico, tienen un alumnado muy singular. Birkbeck, sucesor de la London Mechanics' Institution de 1825, sigue siendo un *college* nocturno, en el que estudian personas que tienen que ganarse la vida durante el día trabajando. Uno de los motivos de que pasara toda mi vida académica británica allí era el placer y la práctica de dar clase a hombres y mujeres extraordinariamente motivados, por lo general mayores y por lo tanto más maduros que los estudiantes normales recién salidos de los institutos de enseñanza media. Se enfrentaban a sus profesores cada semana con el arduo examen que comporta esta profesión: cómo mantener el interés de un puñado de personas por lo que se les cuenta entre las ocho y las nueve de la noche, sabiendo que han venido a la facultad después de una jornada de duro trabajo, tomar un bocado corre que te corre en la cafetería, asistir a una o dos clases a primera hora y tener por delante una hora de viaje antes de llegar a casa a descansar. Birkbeck era una buena escuela, entre otras cosas para aprender a comunicarse.

La particularidad de la Graduate Faculty de la New School era su combinación de heterodoxia e internacionalismo. La New School for Social Research había sido fundada después de la Gran Guerra por un grupo de reformistas radicales en el terreno pedagógico, ideológico y político, que se sublevaron contra la que consideraban la tiranía de los exámenes. Encontraron a gente de primera clase, que no suele faltar en Nueva York, dispuesta a enseñar lo que hiciera falta, desde filosofía clásica hasta yoga. La Graduate Faculty había sido creada en 1933 para dar cabida a los refugiados universitarios provenientes de la Alemania de Hitler, a los que pronto siguieron los del resto de la Europa ocupada. Ostenta el record de haber sido la primera institución académica en dar clases sobre la música de jazz y casi con toda seguridad la primera en ofrecer un seminario sobre estructuralismo (dirigido por Claude Lévi-Strauss y Roman Jakobson), todo ello durante la Segunda Guerra Mundial. Su reputación de heterodoxia y radicalismo atraía a estudiantes poco habituales en Estados Unidos, y otros mucho más interesantes y capacitados provenientes de países occidentales y de América Latina. Durante los años ochenta estableció muy buenas relaciones con los países que estaban a punto de sacudirse de encima sus regímenes comunistas. En nuestras clases se mezclaban polacos, rusos, búlgaros y chinos con brasileños, españoles y turcos. Una vez llegué a contar en una de las mías hasta veinte nacionalidades distintas. Como tenían muchos más conocimientos que yo acerca de sus países y determinados campos del saber, aprendí casi tanto de ellos como ellos aprendieron de mí. Casi con toda seguridad no ha habido en ningún sitio un alumnado más diverso y estimulante que aquél.

La comunicación es la esencia tanto de la docencia como de la actividad literaria. Afortunado el escritor al que le gustan las dos cosas, pues ello le salva de la isla desierta en la que habitualmente nos encontramos, escribiendo mensajes a destinatarios desconocidos en lugares de cuya existencia no tenemos ni idea, que arrojamus a las aguas procélosas del océano en botellas con forma de libros. Pero el profesor-escritor habla directamente a sus lectores potenciales. La clase seguía

siendo probablemente la principal forma de enseñar para mi generación académica, y en muchos sentidos el profesor se relaciona con un aula llena de estudiantes como un actor con los rostros ante los cuales recita en el teatro, excepto en que la luz no se apaga. Tanto ellos como nosotros actuamos, y ellos son aquellos para los que actuamos. No hay nada como dar clase para darnos cuenta de cuándo estamos perdiendo la atención del público. No obstante, la tarea del profesor es más difícil, pues éste espera que, cuando se vaya a su casa, el público se lleve consigo una carga de información y de ideas concretas que luego deberá recordar y digerir, y no sólo la satisfacción emocional del momento. Incluso un buen profesor comunica sólo lo que irradia cualquier otra persona que actúe y tenga una presencia escénica, a saber la proyección de una personalidad, un temperamento, una imagen, una mente activa: y, con un poco de suerte, quizás haga saltar a su vez una chispa en la imaginación de alguno de los que le escuchan. A través de la discusión en clase es como determinamos si realmente hemos comunicado lo que pretendíamos o no. Ése es uno de los motivos por los que, a lo largo de toda mi carrera como profesor universitario, he preferido los cursos generales que los destinados a especialistas. De hecho, mis libros sobre historia general o bien han sido fruto de clases para simples estudiantes o bien, aunque hayan tenido unos orígenes más especializados, han sido ensayados en mis clases para estudiantes corrientes.

La satisfacción del profesor con su tarea procede esencialmente de las relaciones que establece con el individuo, pero los individuos forman sólo una pequeña parte del numerosísimo conjunto de hombres y mujeres provistos de cuadernos de apuntes que abarrotan las salas de conferencia, de la enorme pila de exámenes o trabajos que llenan la vida laboral de un profesor universitario a lo largo de su carrera. E incluso forman parte de una rutina bastante inamovible. Vivido desde dentro, un seminario de investigación puede resultar inolvidable, pero visto desde fuera —y pienso en los que yo mismo di en el Institute of Historical Research de Londres durante los años setenta y en 1980— es sólo unas cuantas docenas de personas reunidas a última hora de la tarde en torno a una mesa y rodeadas de libros, discutiendo un artículo leído por una de ellas o por un invitado, y que, al salir, se van al *pub* de la esquina a tomar un par de copas. Viéndolo como argumento de una película, no da ni para un corto.

Los cursos académicos se acumulan en la memoria del autor de esta autobiografía como los vagones de un infinito tren de mercancías, visto desde un altozano, arrastrando contenedores y más contenedores a lo largo del paisaje americano. Contemplada retrospectivamente, la sucesión de vagones es menos interesante que el variado territorio que atraviesa. Por lo que a mí respecta, he pasado por ciudades y campus de tres continentes —cuatro, si América la contamos por dos—, aunque, antes de mi jubilación, en su mayoría hayan sido visitas relativamente breves, excepto el semestre que pasé como profesor invitado en el Massachusetts Institute of Technology (1967) y los seis meses de docencia e investigación que estuve en Latinoamérica (1971), en ambas ocasiones en compañía de mi familia. No obstante, una vida peripatética con niños pequeños no es el ideal académico, y en último término la escolarización de éstos la hizo imposible. Nunca

tuve ocasión de comprobar el anticomunismo de las autoridades norteamericanas aceptando un nombramiento permanente en su territorio. Aunque me tentaron las invitaciones de una u otra de las grandes universidades americanas, el veto de Marlene siempre se interpuso en mi camino: la vida académica en una ciudad pequeña no estaba hecha para ella. Sólo uno de aquellos lugares logró vencer su resistencia, el Getty Center —por entonces todavía en Santa Mónica—, lo más parecido a un paraíso para académicos, en el que pasamos una temporada en 1989. No obstante, Los Ángeles tampoco puede considerarse un pueblo perdido. Yo también me había inmunizado frente la vida en el campus tras mi breve experiencia en el cuatrimestre de verano en Stanford, entonces y ahora una universidad magnífica, que cabría calificar como una de las seis mejores del mundo, pero enclavada en Palo Alto, comunidad increíblemente aburrida para vivir en ella. Durante muchos años no fui capaz de volver a visitar aquel espacio fantasmal de calles vacías en las que los coches se visitaban unos a otros en las lindas mansiones de sus propietarios.

La solución ideal para los dos era una base metropolitana estable alternada con viajes académicos al extranjero cada vez más frecuentes, que la revolución experimentada por el transporte aéreo facilitó a partir de los años sesenta. Este sistema nos ha llevado de Finlandia a Nápoles, de Canadá a Perú, o de Japón a Brasil. Nuestra época ha añadido la de profesor itinerante a esa otra profesión igualmente aficionada a recordar los placeres, disgustos y absurdos de una vida habituada a cambiar de lugar, y que esencialmente sigue siendo la misma, a saber, la de corresponsal en el extranjero. He tenido la suerte de enseñar y vivir durante casi toda mi vida profesional en el centro o cerca de las dos grandes ciudades culturales del mundo de finales del siglo xx: a tiro de piedra del British Museum en una, en un despacho de Greenwich Village encima de Bradley's, la quintaesencia del ambiente jazzístico de Manhattan, en la otra. (Por desgracia, Bradley's cerró en 1996 y desde entonces Nueva York ya no ha sido la misma para mí.)

Sin embargo, las carreras y los trenes de mercancías no recorren los paisajes a una velocidad absolutamente constante. La guerra había retrasado el comienzo de mi carrera, y la Guerra Fría la había ralentizado considerablemente. Siguió adelante en una especie de calma chicha, pero hacia mediados de los años sesenta, cuando empezaron a llegarme otras ofertas de Gran Bretaña y del extranjero, era tan excéntrica que casi todo el mundo la consideraba escandalosa.¹ No obstante, no había empezado a publicar libros hasta cumplidos los cuarenta, y para cuando estuve en condiciones de llamarme a mí mismo «profesor» en Gran Bretaña, tenía ya cincuenta y tantos, una época de la vida en la que la mayoría de los profesionales han llegado al punto de su carrera al que ellos y el resto del mundo esperaban que llegara. En ese punto, para la mayoría las promesas son cosa del pasado, lo mismo que los resultados que hayan podido tener. Profesionalmente hablando, las personas que se hallan en esta situación se ven obligadas a enfrentarse a media vida de infinitos mañanas no mejores que el hoy, al margen de las togas y birretes —los honores profesionales y quizás incluso públicos— que (al menos en el campo de las humanidades) suelen significar que el futuro del galar-donado no añadirá nada a su pasado, aparte de la lenta decadencia de la edad. La

Guerra Mundial y la Guerra Fría me salvaron de todo esto. Gracias a un inesperado giro de la fortuna, prolongaron el período de juventud y promesas hasta mi madurez. Al mismo tiempo, mi segundo matrimonio y los niños hicieron que mi vida privada comenzara de nuevo.

De hecho, lo único que había retrasado realmente mi carrera —aunque probablemente no más que la de cualquiera de mis coetáneos— había sido la guerra. (En Gran Bretaña había hecho en realidad que mejoraran las perspectivas de las mujeres tituladas.) La Guerra Fría de los años cincuenta bloqueó las ofertas y los contratos de las editoriales, pero «en la calle», por emplear esta expresión *fin-de-siècle*, es decir entre los historiadores que trabajaban, mi reputación fue seria desde el principio, y desde luego lo fue en el mundo extraoficial de los historiadores jóvenes. Y a todas luces fue un astro en ascensión en la comunidad más bien restringida de los marxistas.

El orgullo y la vanidad intelectual me llevaron a plantearme con inquietud la cuestión de si mi reputación se debía sólo a las simpatías de la izquierda o si se basaba sólo en la relativa escasez de marxistas capaces de llenar el nicho que, a partir de la Segunda Guerra Mundial, la propia historia convencional ha reservado para esta modalidad de «oposición» reconocida. No es que entonces me preocupara ni que me preocupe ahora ser identificado como «Hobsbawm, el historiador marxista», etiqueta que hoy día sigo llevando colgada del cuello, como las frascas que circulan después de cenar por el salón de profesores en los *colleges*, para evitar que los catedráticos confundan el oporto con el jerez. Hoy día sigue siendo tan preciso o más que en el pasado llamar la atención de los historiadores jóvenes hacia la interpretación materialista de la historia, pues en la actualidad incluso las modas académicas de izquierdas la descalifican lo mismo que en la época en la que estaba condenada y era tachada de propaganda totalitaria. Al fin y al cabo, me he pasado más de medio siglo intentado convencer a la gente de que la historia marxista significa más de lo que todos han creído hasta ahora, y si la asociación del nombre de un historiador con ella contribuye a que así sea, tanto mejor. Lo que hería mi vanidad era más bien el temor de gozar de una mera reputación de gueto, como aquella de la que a menudo tanto les ha costado deshacerse a las figuras destacadas de otro gueto cultural típico del siglo xx, la comunidad católica romana de Gran Bretaña, cuando no les ha resultado absolutamente imposible librarse de ella. G. K. Chesterton, la dimensión de cuyo talento ha permanecido oculto para los no católicos debido a su estrechísima vinculación con la Iglesia, constituye un buen ejemplo. (A ningún escritor británico se le ocurriría pensar de él lo que Italo Calvino, quien en cierta ocasión afirmó que una de sus ambiciones era convertirse en «el Chesterton de los comunistas».) Conseguir que hicieran reseñas favorables de mis obras críticos amigos no era el problema. La demostración del éxito era que las hicieran los neutrales o los hostiles.

A partir de 1960 aproximadamente quedó cada vez más claro que mi reputación excedía los límites del gueto. Mi primer libro, *Rebeldes primitivos* (1959), tuvo buena acogida en Estados Unidos, tanto entre los historiadores como entre los sociólogos. Al cabo de unos pocos años había sido traducido al alemán, al francés y al italiano. Mi segundo libro, *La era de la revolución, 1789-1848* (1962),

dirigido a un público más amplio, fue un éxito. Al menos impresionó a un agente literario de prestigio, David Higham, un *bon vivant* grueso, de pelo canoso y con bigote, lo suficiente para que me preguntara si deseaba formar parte de su equipo y para que me invitara periódicamente a almorzar en la mesa junto a la ventana que tenía siempre reservada en el restaurante Etoile, de Charlotte Street. Cuando escribo estas líneas tanto el Etoile (más o menos con el mismo menú) y la mesa siguen allí, bajo la supervisión de otra protectora de agentes y escritores, Elena, que se había ganado su reputación de reina madre de los restaurantes literarios previamente en el Soho, y yo sigo bajo el amparo del sucesor del viejo Higham en la empresa que todavía lleva su nombre, mi amigo Bruce Hunter. La historia puede avanzar a la velocidad de un misil, pero algunas cosas siguen en pie. Como *La era de la revolución* formaba parte de una serie en coproducción internacional organizada por George Weidenfield, habría sido traducida rápidamente al margen de los méritos que pudiera tener. No obstante, las siete traducciones y ediciones extranjeras que aparecieron en los años sesenta fueron muy útiles, y el libro tuvo buena acogida en todas partes. Más tarde descubrí que la traducción española —notablemente imperfecta— de 1964 fue muy bien acogida por el pujante movimiento antifranquista que se había desarrollado en las universidades españolas, pues, a diferencia de la mayoría de publicaciones marxistas, se podía comprar legalmente.

Publiqué mucho durante los años sesenta: una colección de artículos antiguos sobre la historia del movimiento obrero (*Trabajadores*, 1964), un manual de historia económica de Gran Bretaña desde el siglo XVIII (*Industria e Imperio*, 1968), un pequeño estudio sobre el mito y la realidad de los Robin Hood que en el mundo han sido, escrito en Gales mientras los rusos ponían fin a la Primavera de Praga (*Bandidos*, 1969), y ese mismo año, en colaboración con mi amigo George Rudé, un trabajo monográfico de investigación bastante extenso sobre el levantamiento de los trabajadores agrícolas ingleses de 1830 (*El capitán Swing*, 1969). En 1971, cuando al fin obtuve el título oficial de catedrático en la Universidad de Londres, ya estaba entrando en el campo de las academias (al menos en Estados Unidos) y de los títulos honoríficos (al menos en Suecia).

Así, pues, durante los años setenta ya era una figura respetable y reconocida académicamente, aunque no en el terreno de la política. Aquella década vino a reforzar mi posición. Mi pertenencia al Partido Comunista de la Gran Bretaña era considerada por aquel entonces más o menos una rareza personal de un historiador conocido, de esa nueva especie de académicos metidos a todas horas en el avión. Sólo Estados Unidos se negó a olvidar a Hobsbawm el subversivo, pues, hasta la abolición de la Ley Smith a finales de los ochenta, seguí sin poder obtener un visado de entrada en ese país y tuve que pedir una «solicitud especial» cada vez que me trasladaba allí, lo que sucedía más o menos cada año. Fui fundador y miembro activo de la junta de redacción de una de las revistas de historia más prestigiosas en lengua inglesa, y pertenecí a numerosos consejos y comités de sociedades de historiadores. Los seminarios y cursos de posgraduados en Londres, las tesis doctorales con candidatos nacionales y extranjeros mantenían siempre ocupado al nuevo catedrático. Las invitaciones a pronunciar conferen-

cias y los nombramientos honoríficos en otros lugares siguieron llegando y multiplicándose. Durante mi último año en Birkbeck estuve vinculado simultáneamente a los claustros de diversas instituciones de Londres, París (en el Collège de France y en la École des Hautes Études en Sciences Sociales) y en Estados Unidos (como «catedrático *at large*» de Cornell University). Resultaba agradabilísimo, aunque un poco absurdo, pues este despegue de mi fortuna profesional era algo que ni había buscado ni me podía esperar. De un modo u otro, los setenta fueron una época espléndida, aunque a veces surrealista, especialmente (con una familia joven a mis espaldas) en México, Colombia, Ecuador y Perú, y (sin familia) en Japón. No todas las esposas de un académico están dispuestas a viajar sesenta kilómetros cargadas con niños pequeños y grabadoras en un autobús atestado de gente por la sierra del centro del Perú para asistir a una clase conjunta de música con los hijos de un antropólogo británico, mientras su marido lenta, pero muy lentamente —pues los edificios están a 4.000 m de altura— examina los archivos de una hacienda recién nacionalizada con el tiempo justo para ir al Archivo Agrario del país, creado poco tiempo atrás.

Quizás ello explique por qué, aunque publiqué numerosos artículos eruditos, escribí tan pocos libros en esta década, de hecho sólo *La era del capital* (1974), que me hizo darme cuenta de que, sin proponérmelo, me había puesto a escribir una historia general del siglo xix bastante ambiciosa. En realidad, buena parte del trabajo más intensivo que llevé a cabo en esta década, planificando y escribiendo una *Historia del marxismo* igualmente ambiciosa, que fue publicada por Einaudi en Turín en 1978-1982, nunca llegó al público en otra lengua más que en italiano, pues el interés de éste por estas materias disminuyó a pasos agigantados a finales de los setenta. No obstante, durante los ochenta mi producción volvió a experimentar una aceleración, en gran medida gracias a las maravillosas condiciones de que dispuse en Nueva York y Los Ángeles. En 1984 publiqué una nueva colección de artículos sobre historia del movimiento obrero (*Mundos del trabajo*, titulado en Estados Unidos *Workers*), en 1987 publiqué el tercer volumen de mi historia del siglo xix (*La era del imperio, 1875-1914*), y dos libros basados en las clases que di como profesor invitado, *Naciones y nacionalismo desde 1780* (¿de qué otra cosa podía tratar una conferencia en Belfast en 1985?), y *Los ecos de la Marsellesa*, obras ambas aparecidas en 1990. También fui editor en colaboración de un volumen basado en un congreso de *Past & Present* que había organizado unos años antes, y contribuí con varios artículos; la obra, titulada *La invención de la tradición* (1983), acabó teniendo una influencia insólita. Mi imagen, ahora que me aproximaba a los ochenta años, era la de una gran personalidad, anciana y excéntrica, de la historia profesional, que insistía a todas horas en que era marxista, pero que continuaba en plena producción.

De hecho, la historia del siglo xx que escribí en las felices condiciones de la New School (donde llevo dando clases un semestre al año desde 1984), *Historia del siglo xx* (1994), fue mi obra de mayor éxito, tanto por lo que se refiere a las ventas como en lo tocante a la acogida de los críticos. Fue bien recibida en todos los ambientes ideológicos del mundo —con la excepción de Francia—, ganó premios en Canadá y Taiwán, y fue traducida al hebreo y al árabe, al mandarín de

Taiwán y al de la China continental, se hicieron ediciones serbias y croatas en la lengua que los de mi generación siguen llamando serbocroata, y se tradujo incluso al albanés y al macedonio. En el año 2002 habrá aparecido en treinta y siete lenguas distintas.

Y sin embargo, en un terreno tan contaminado por la política —la suya y la del mundo en general— como el de la historia, sería bastante absurdo separar una y otra. Aunque otros muchos en mi misma situación se vieron perjudicados por el hecho de ser incluidos en un gueto marxista, mi reputación como historiador (y desde luego las ventas de mis libros durante los años sesenta y setenta) se beneficiaron de mi fama de marxista. Paradójicamente, fue en el mundo del «socialismo real» donde mis libros no fueron publicados, excepto en Hungría y Eslovenia. Los teólogos locales no supieron qué hacer con un historiador que no podía ser publicado como descreído («no es desde luego un marxista, pero vale la pena consultarlo en algunos aspectos») ni como marxista, pues la única «interpretación marxista» que admitían era la reafirmación de la ortodoxia reconocida oficialmente.

En Occidente, y más aún en lo que por entonces se llamaba el Tercer Mundo, los sesenta fueron una buena época para el tipo de historia que yo escribía o, más exactamente, para la alianza de modernizadores de la historia cuya fortuna he analizado en el capítulo anterior. Pensemos en la *Historia económica de la Gran Bretaña* en tres volúmenes que Penguin Books encargó por entonces, siguiendo los consejos de Jack (más tarde sir John) Plumb, quizá no ya el joven radical del Cambridge de los años treinta, aunque no hubiera olvidado aquella época: los autores fuimos M. M. Postan, Christopher Hill y yo. Los marxistas, que por entonces ya no estaban encerrados en el gueto, a menos que así lo desearan, formaban parte en aquellos momentos de la corriente histórica principal. Al mismo tiempo, en las universidades y escuelas superiores de Europa y de Estados Unidos, estaba apareciendo una nueva izquierda político-intelectual que buscaba activamente gente con credenciales radicales. Ése fue el motivo del triunfo a mediados de los años sesenta de la maravillosa obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de E. P. Thompson, que elevó a su autor, con todo merecimiento, pero para sorpresa general, a la fama internacional prácticamente de la noche a la mañana. Durante algún tiempo los profesores de más edad se quejaron de que los estudiantes no leían prácticamente ningún otro libro. Yo no tenía ni el genio de Edward ni su carisma ni sus ventas, pero también escribía sobre los temas, y con los mismos sentimientos, que atraían a los lectores universitarios radicales.

En ninguna parte se hallaban los estudios y la política más inextricablemente unidos que en el llamado Tercer Mundo, donde por supuesto el marxismo, al ser antiimperialista, no era simplemente la etiqueta de una pequeña minoría académica, sino la ideología dominante entre los intelectuales jóvenes. Brasil podría servir de ejemplo. Incluso durante el régimen militar (1964-1985) que expulsó de la vida pública prácticamente a todo aquel del que se supiera que mantenía relaciones con la izquierda y que no estuviera en la cárcel o se hubiera visto obligado a emigrar, personas como yo fueron consultadas para nombrar el profesorado de una nueva universidad. Y de hecho fueron invitadas a pronunciar conferen-

cias, como me ocurrió a mí, que fui invitado a intervenir en un congreso vagamente definido como «Historia y sociedad» celebrado en 1975 en la nueva universidad sobre cuyo personal había sido consultado, y cuyo alumnado —cosa, por lo demás, no del todo sorprendente— era apasionadamente hostil al régimen. No era ninguna casualidad. La prensa, que dedicó un espacio desproporcionado a un acontecimiento académico de provincias, aunque sus informaciones fueran un tanto imprecisas (el *Estado de São Paulo* me calificaba de «irlandés de nacimiento»), se salió de sus cauces para subrayar mi «formación marxista». De hecho, según me dijeron algunos amigos periodistas, a mediados de los años setenta el régimen había empezado a tener la manga un poco más ancha, y todo el congreso de Campinas formó parte de una operación destinada a comprobar qué grado de liberalización estaba dispuesto a tolerar. ¿Qué prueba más eficaz que anunciar la invitación de un marxista reconocido, cuyas ideas académicas era probable que fueran aplaudidas calurosamente por los estudiantes —como de hecho ocurrió—,² que dar toda la publicidad imaginable al acontecimiento? Es éste un ejemplo típico de la admirable combinación brasileña de valor civil y de inteligencia, sin aceptar nunca la dictadura, y sin cesar nunca de empujarla hasta los límites de su tolerancia. Bien es cierto que los militares brasileños no fueron tan sanguinarios como otros de la América Latina, pero el régimen fue bastante cruel, y los peligros de encarcelamiento y tortura eran reales. En realidad, los cálculos de la oposición eran acertados: el régimen estaba dispuesto a ceder.

Quizá no tenga nada de extraño que yo me beneficiara como escritor del pequeñísimo papel que inconscientemente pudiera haber desempeñado en la lucha contra la dictadura militar brasileña. Y por supuesto del hecho extraordinario, del que generalmente no se percataron los liberales de Occidente, de que entre 1960 y mediados de los años ochenta lo que Estados Unidos llamaba el «mundo libre» pasó por la fase más generalizada de gobierno no democrático desde la caída del fascismo, habitualmente en forma de regímenes militares. Los intelectuales, y desde luego los estudiantes, estaban mayoritariamente en contra de ellos, aunque a veces fueran silenciados por medio del más absoluto terror en Grecia, España, Turquía, entre los sospechosos habituales en los países latinoamericanos o en países del tipo de Corea del Sur. El suministro y la lectura de la literatura de oposición constituían evidentemente el primer paso hacia la democratización política, en cuanto cualquiera de estos regímenes cedía el más mínimo terreno. Como la universidad era el lugar en el que se educaba la elite no empresarial de estos países —fuera de Estados Unidos las escuelas empresariales y los másteres en administración de empresas todavía estaban por llegar—, en aquella época una elevada proporción de los que luego entrarían en la política, el funcionariado, la vida académica, el periodismo y otros medios de comunicación, se familiarizó con los nombres que representaban el pensamiento social e histórico de izquierdas. Como la cantidad de gente que por entonces tenía esa fama era pequeño, nuestros nombres eran bien conocidos en los círculos lectores, aunque a la hora de la verdad la circulación de nuestros escritos, en forma legal o pirata, era bastante modesta. Por supuesto tras la democratización sería mucho mayor, aunque en ninguna parte tanto como en Brasil, donde se venderían más copias de la primera edición de

mi *Historia del siglo xx* que en cualquier otro país; aunque ello se debió en gran parte a la ayuda de un editor realmente excepcional, Luis Sczwarcz.

De este modo, la carrera profesional de un autor durante el apogeo, relajación y caída de los Gobiernos de extrema derecha en los países de Occidente podría arrojar alguna luz sobre la historia intelectual en sentido lato del «mundo libre» durante la segunda mitad del siglo xx, es decir, en el apogeo de las nuevas generaciones de elites universitarias a partir de los años sesenta, educadas en el espíritu de rebelión, incluso cuando estaban destinadas a entrar «por cooptación» (como se decía entonces) en la «minoría intelectual selecta», o a participar en ese tipo de sistema. Ello no supone sobrevalorar el significado que pudiera tener leer a esos autores. Algunos eran meros distintivos de una determinada moda política o intelectual transitoria. Por ejemplo, en la época de las grandes sublevaciones estudiantiles de finales de los sesenta las obras del estudioso de filosofía política Herbert Marcuse estaban en los escaparates de todas las librerías universitarias del mundo occidental: yo por lo menos las vi en la costa este y oeste de Estados Unidos, en París, Estocolmo, Ciudad de México y Buenos Aires. (El propio Marcuse, un tipo bronceado al aire libre, que por su aspecto bien podría haber sido un instructor de esquí jubilado, no daba la imagen que habría cabido esperar de él, cuando por entonces lo conocí en casa de unos amigos en Cambridge, Massachusetts.) No obstante, al cabo de unos años sus escritos habían vuelto al infierno en el que los aspirantes al título de doctor buscan desesperadamente temas para sus tesis.

Si los autores que se convirtieron así en distintivos políticos en un determinado país eran o no conscientes de lo que les estaba pasando a sus nombres, sería en gran medida irrelevante. Hay países en los que ni siquiera sabía que tenía lectores hasta que me enteré, como sucedió durante una visita a Corea del Sur en 1987, de que existían en el mercado cinco obras mías traducidas al coreano (en ediciones pirata). Pero de no haber sido por un amigo iraní de la New School, yo no sabría que un tal Ali-Akbar Mehdian, por lo demás desconocido, ha traducido y publicado en Teherán en 1995 mi *La era de la revolución*, añadiendo «Europa» a la especificación 1789-1848 «probablemente para poder obtener el permiso para su publicación». En Brasil y en menor medida en Argentina, países que conocía y en los que tenía amigos, tenía alguna idea de lo conocidos que podían llegar a ser esos nombres, aunque no sabría, hasta mucho después, cuán grande podía ser ese público lector en potencia.

Esta circunstancia hace que el marxista que escribe una autobiografía entre en el agradable territorio de la tecnología y la cultura, esto es, el de la expansión de las fotocopadoras que acompañó al enorme aumento de la educación superior en Occidente a partir de los años sesenta. Este hecho dio a las nuevas masas de profesores y estudiantes acceso, casi siempre gratuito, a textos académicos de importación descaradamente caros, que, de no ser por ese conducto, habrían quedado fuera del alcance de sus modestos presupuestos y de los escasos recursos de las bibliotecas. Por eso fue la sucursal en Argentina de mi admirado editor español, Gonzalo Pontón, de Crítica, la que se dio cuenta de que cabía hacer una edición especial de mis obras para ese país, y yo pude descubrir el volumen de mi

público lector juvenil, o al menos de aquellos que reaccionaban positivamente ante mi nombre, cuando en 1998 visité Buenos Aires para promocionarla. Por el contrario, sería la ausencia sistemática de este tipo de aparatos en los países comunistas lo que limitó el alcance de la literatura disidente, que sólo existía en copias laboriosamente escritas a máquina y copiadas con papel carbón, o debía ser aprendida de memoria.

Indudablemente existen autores —yo desde luego no soy uno de ellos— que permiten rastrear de manera análoga, esto es, a través de la suerte que corren sus obras, las dimensiones intelectuales de la decadencia y el hundimiento del comunismo y sus consecuencias. Evidentemente resulta mucho más difícil hacerlo por dos motivos. Antes de la caída de los regímenes la literatura disidente o incluso heterodoxa prácticamente estaba prohibida. No hay manera de calibrar el impacto de los escritos que no eran accesibles en el mercado a la mayoría de los lectores, aunque eso no significa que dichas obras no fueran conocidas por otros conductos. Desde el fin del comunismo la publicación de obras serias de historia o de contenido político ha dependido de las subvenciones de benefactores como el admirable George Soros. Esta circunstancia dice muy poco al autor acerca de sus supuestos lectores, potenciales o reales. Gracias a Soros, cuyas fundaciones y demás obras de beneficencia han sido casi las únicas que han impedido que las actividades intelectuales y científicas de la antigua URSS y de muchos países de la Europa del Este fueran arrasadas por el seísmo del llamado «mercado libre», al menos dos libros míos, *Historia del siglo xx* y *Naciones y nacionalismo*, han sido publicados en diversas lenguas menores de la Europa oriental, cuyo escaso público posiblemente nunca habría justificado los elevados costes de la traducción. Además, uno de ellos (*Naciones y nacionalismo*) es precisamente una crítica del nacionalismo étnico-lingüístico en el que se basan los pequeños Estados sucesores, por lo que es muy improbable que haya una excesiva demanda de semejante tipo de críticas en las librerías más importantes de Tirana, Pristina o Skopje. Sin embargo, el mundo sigue viviendo a la sombra de la Torre de Babel, pero ¿cómo podía yo saberlo?

No obstante, probablemente me las he arreglado mejor con el problema de Babel que la mayoría de mis colegas de lengua inglesa, entre otras cosas porque mi vida profesional no ha sido sólo peripatética, sino además políglota. Los historiadores tienen por supuesto mayor necesidad de las lenguas que cualquier otro estudioso, a excepción de los lingüistas y los especialistas en literatura comparada, pues muy pocos temas, salvo la historia puramente local, puede estudiarse con un mínimo de seriedad utilizando una sola lengua, ni siquiera dentro de un solo Estado. Gracias a las ventajas de mi educación bilingüe, a cierto don para aprender idiomas hablando, en vez de siguiendo una instrucción formal, y a la ancestral experiencia judía de andar errante de un lugar a otro rodeado de extranjeros, he realizado mi labor docente, y hasta cierto punto también mis escritos y mi trabajo en radio y televisión, en varias lenguas, aunque no siempre las dominara todas. Este hecho ha dado a mi carrera profesional un barniz más cosmopolita de lo habitual, por no hablar de una presencia más reconocida en países cuyos periodistas radiofónicos o televisivos pueden apoyarse en unas cuantas palabras

pronunciadas ante el micrófono en el idioma de sus oyentes, o incluso de una conferencia o una conversación en directo en la televisión. Con el paso de los años, la secretaría de departamento del Birkbeck fue acostumbrándose a los diversos acentos de los extranjeros que preguntaban por el despacho del profesor Hobsbawm, al sonido de lenguas no anglosajonas alrededor de mi mesa en la cafetería, y al gradual acomodo a la vida londinense de investigadores peruanos, mexicanos, uruguayos, bengalíes o de la Europa del Este. No todos esos estudiantes eran auténticos académicos. Durante los últimos cuarenta años el inglés se ha convertido hasta tal punto en la lengua universal de las comunicaciones mundiales y el francés, la otra lengua internacional, ha sufrido una decadencia tan grande, que los estudiosos como yo han perdido en buena medida la función que teníamos como intérpretes e intermediarios intelectuales. No obstante, ese papel ha seguido teniendo bastante importancia en Europa, al menos mientras vivió la generación de grandes intelectuales monolingües franceses que (con rarísimas excepciones tales como la del brillante y desafortunado Raymond Aron) ni hablaban ni entendían el inglés. Hice de traductor para el gran historiador Ernest Labrousse en los primeros congresos de posguerra de la Sociedad de Historia Económica. (Me recomendó acaloradamente que no bebiera nunca Burdeos *blanco*, indigno, a su juicio, de cualquier bebedor francés que se preciara.) Excepto en francés, no habría podido establecer ninguna relación con Fernand Braudel. Incluso a mediados de los años sesenta, cuando la siguiente generación, menos monolingüe, alcanzó la madurez, la situación no era mucho más fluida, como podría confirmar uno de los primeros historiadores franceses, Emmanuel Le Roy Ladurie, si recuerda su primera visita a Londres. Los estudiosos originarios de la Europa del Este recurrían en otro tiempo al francés; en los noventa, sus discípulos de la New School no tienen la menor dificultad a la hora de escribir sus trabajos finales en inglés. Con todo, incluso en la actualidad la aldea global en la que viven los académicos debe seguir basándose en el plurilingüismo, como puede comprobar cualquier intelectual de un país occidental cuando se encuentra sin guía en una calle de Nanjing, Nagoya o Seúl: es decir, es funcionalmente sordo, mudo y analfabeto. En tales circunstancias cualquiera tiene que hablar por lo menos dos lenguas.

No obstante, la aldea global es muy real y, como las fronteras temporales y espaciales prácticamente han sido eliminadas, en ella vive la profesión académica, convertida de nuevo en lo que era en la Edad Media europea, es decir, en una sociedad de estudiosos itinerantes o, mejor dicho, clientes de las compañías aéreas. Yo llevo viviendo en ella desde hace casi cuarenta años. En este punto es en el que la línea divisoria entre carrera profesional y vida privada se confunde o incluso desaparece por completo. En la memoria, las cenas en honor de los visitantes extranjeros durante los períodos de migración académica (por ejemplo, al final del trimestre de verano) se confunden con los recuerdos de las cenas de Navidad en las que la familia solía reunirse con amigos, del país y extranjeros, temporalmente solos u hostiles al espíritu navideño: Francis y Larissa Haskell, Arnaldo Momigliano, Yolanda Sonabend. No es que los profesores universitarios tengan por amigos sólo a académicos, aunque, como es natural, muchos de sus

amigos lo sean. De hecho, una de las razones por las que Marlene y yo decidimos vivir en ambientes metropolitanos fue que en Londres o en Nueva York no hay ninguna comunidad universitaria lo bastante grande como para dominar la vida social de la ciudad. Por otro lado, tanto entre los académicos como entre la gente de los medios de comunicación o del mundo empresarial, la aldea global es tanto un lugar de vidas como de encuentros. Cada uno de sus habitantes tiene plantadas sus raíces y la mayoría tiene su permanencia «aquí» (no importa dónde sea, en Londres, en Cambrige o en Manhattan) o allá. A menudo —y esto es una novedad— la gente tiene múltiples raíces o cuando menos múltiples lazos domésticos o profesionales: mi traslado temporal cada año de Londres a Manhattan, las parejas de profesionales cuyo trabajo está separado entre semana por continentes y océanos, y que se reúnen sólo los sábados y los domingos o incluso con menos frecuencia.

La aldea global es el conjunto de puntos de encuentro de esas entidades en constante movimiento browniano a lo largo de nuestro mundo actual, previstos, como los congresos y simposios, o casuales e inesperados en el trabajo o durante las vacaciones. La pregunta «¿Qué haces tú por aquí?» ha resonado una y otra vez en mi vida en Santiago de Chile, Seúl y Mysore. Pero ése es sólo un tipo de encuentro en la aldea global. Sus dimensiones son la transitoriedad, el aislamiento, las contingencias imprevistas de los coches de alquiler, los bares o las habitaciones de hotel con CNN. Incluso los circuitos perfectamente organizados de lo que cabría llamar turismo empresarial o profesional —los simposios académicos en lugares hermosos, como la Villa Serbelloni junto al lago de Como, la Fondazione Cini en Venecia, las lujosas reuniones de negocios con playa o campos de golf al alcance de la mano— no son el verdadero centro de la aldea global. En realidad ésta toma forma en la red local de comunicaciones humanas que pone en relación a familias indígenas, a peripatéticos y extranjeros, llegadas, proyectos y partidas. En definitiva, actúa básicamente a través de los circuitos globales de hospitalidad doméstica. Pues ése es el esquema de vida básico de la mayoría de los académicos casados, como el de otros profesionales ya aposentados. Los hombres y mujeres que entran en nuestras casas no son nuestra «familia», pero nos resultan tan familiares como si lo fueran, tanto si proceden de Nueva Delhi como si vienen de Florencia, e independientemente de si estamos en Helsinki o en Manhattan. Forman parte de nuestro pequeño mundo cotidiano. Probablemente hayamos oído hablar de ellos y ellos de nosotros, incluso cuando entramos en relación a través de amigos comunes por primera vez, que generalmente no es nunca la última. Tenemos los mismos puntos de referencia y compartimos las mismas noticias y los mismos chismorreos. Puede que lleguemos juntos a un sitio procedentes de cualquier otra parte para montarnos una nueva vida con carácter permanente o semipermanente en un ambiente completamente nuevo, como nos ocurrió a nosotros durante nuestros primeros años en la New School allá por los ochenta. Vivimos entre ellos y ellos entre nosotros como vecinos.

En mi caso ha sido una vida extraordinariamente agradable, cómoda, llena de viajes, cada vez con más frecuencia en compañía de Marlene, en los que se combinaban el trabajo, los descubrimientos y las vacaciones, las novedades y las viejas amistades. Sólo el hecho de saber que personas acostumbradas a vivir en me-

dio de la pobreza y ante la presencia constante de los desastres y la muerte pueden reír, o al menos contar chistes graciosos, me da valor para decir: «Ha sido divertidísimo». No ha sido una vida profesional de acción dramática, de dificultades o de peligros y temor (excepto mentalmente). Como otros miembros de la pequeña minoría privilegiada a la que pertenezco, me asombra la «evidente contradicción entre la experiencia de la propia vida ... y los hechos acaecidos en el siglo xx ... los terribles acontecimientos que ha vivido la humanidad».³ Según el criterio de éxito profesional, no ha sido insatisfactoria. Me ha dado más felicidad en el terreno personal de lo que hubiera podido esperar.

¿Ha sido la vida en la que pensaba cuando era joven? No. Sería absurdo, incluso estúpido, lamentar que haya salido de esta forma, pero dentro de mí hay un pequeño fantasma que me dice en voz baja: «No se debería estar a gusto en un mundo como el nuestro». Como dijo el hombre cuando lo leí en mi juventud: «La cuestión es cambiarlo».



1. Las tres hermanas Grün; de izquierda a derecha, Mimi, Nelly y Gretl (Viena, 1912).



2. Los tres hermanos Hobsbaum; de izquierda a derecha, Percy, Ernest y Sidney (Viena, comienzos de los años veinte).

3. Nelly y Percy Hobsbaum
en Egipto, c. 1917.

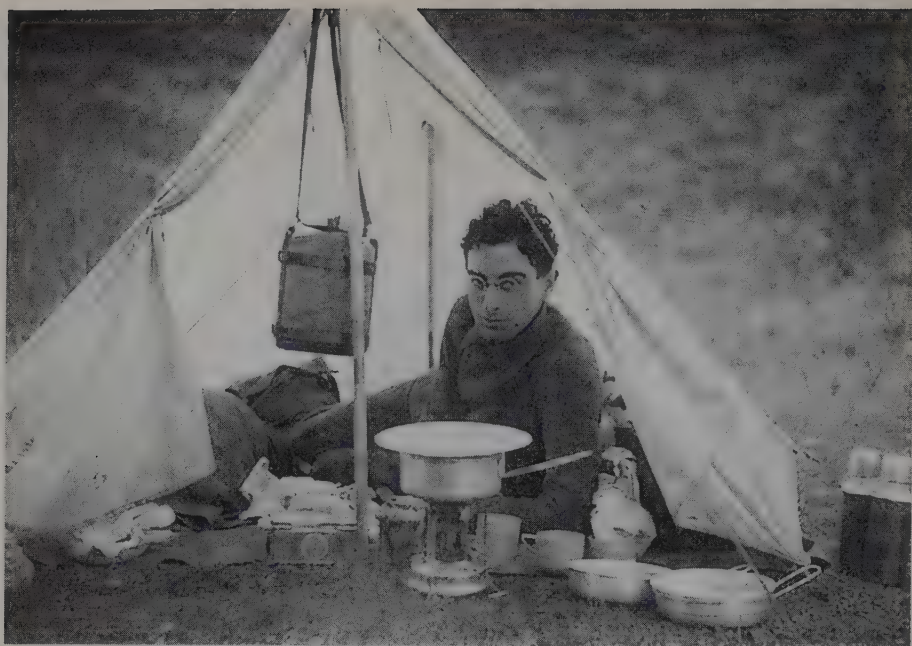


4. La segunda madre: la tía Gretl
(Inglaterra, c. 1934).





5. La madre, Nancy, el primo Peter y E. H. frente al sanatorio alpino para tuberculosos (Austria, 1930).



6. De acampada en Inglaterra con Ronnie Hobsbaum (1935).



7. Fotografía de fin de curso de la promoción de E. H. (sin él) del Prinz-Heinrichs-Gymnasium (Berlín, 1936).



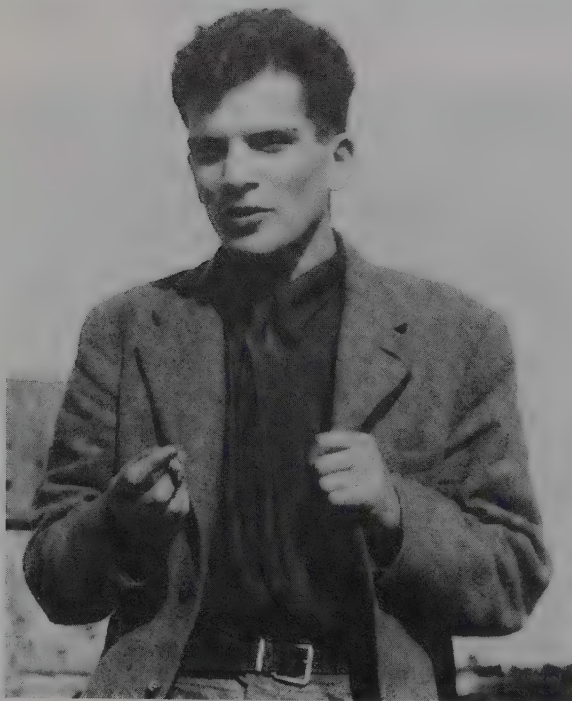
8. París, 1936: el gobierno del Frente Popular celebra el Día de la Bastilla. E. H. (arriba a la izquierda) y el tío Sidney (centro) montados en un camión de filmación del Partido Socialista Francés.



9. París, 1937: Conferencia Mundial de Estudiantes con carteles de la guerra civil española. E. H. (sentado) hace de intérprete.



10. El Cambridge rojo: James Klugmann (*en la fila superior, en el centro de la ventana*) con los voluntarios de Cambridge y los delegados de la Asamblea del Congreso Mundial de Estudiantes (París, agosto de 1939). A su derecha se encuentran Pieter Keuneman (Sri Lanka) y P. N. Haksar (India).



11. El Cambridge rojo: fotografía de John Cornford (Cambridge, 1915 - España, 1936) que aparecía colocada en las repisas de muchas chimeneas.



12. Moscú, 1954: la delegación de historiadores británicos comunistas entre sendos retratos de Stalin y Lenin; a la izquierda, de izquierda a derecha, Christopher Hill, A. L. Morton, el intérprete y E. H.



13. La URSS, 1954: visita de los historiadores británicos a Zagorsk; empezando por el segundo, de izquierda a derecha, C. Hill, A. L. Morton, el intérprete y E. H.



14. Italia: Roma, 1958. Durante una intervención en un congreso de Estudios Gramscianos.



15. Italia: Génova, 1997. Tarta del octogésimo cumpleaños que representa el teatro en el que se celebró este acontecimiento y la portada del libro del autor. En la inscripción puede leerse:
«El siglo es breve, pero dulce.
Feliz Cumpleaños, Eric».

THE DAY OF MASS ARREST

**How to be over 60
- and still fit
as a fiddle!**



BEMAX every day



focus attention on their policy of unilateral disarmament for Britain. Over 5,000 people are in the Square. The police take arms as a wall between the squatters and those behind—many just sightseers, many sympathisers. Bertrand Russell hears the news in prison.



3 A squatter goes limp as police take him away. He neither resists nor helps them as they obey their orders. He'd be disappointed if they didn't take him. On the arm next some soldiers stand.



4 Actress Yvonne Rядgrave (current success: "The Taming of the Shrew") gets what she's squatted there-and-a-half hours for. She's a leader of the neatest.

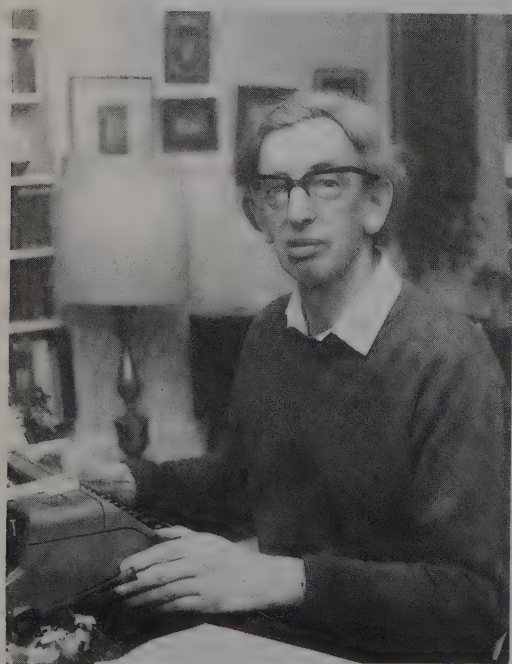
16. Trafalgar Square, 1961: sentada de protesta contra las armas nucleares (*Daily Herald*, 18 de septiembre de 1961).



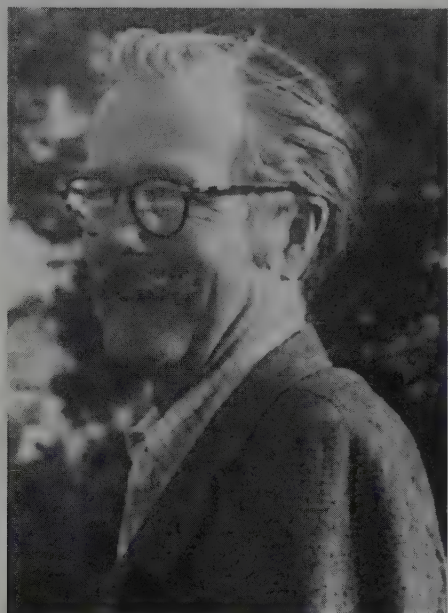
17. Trafalgar Square, 1961: el historiador entre la policía.



18. Una pareja felizmente casada: Marlene y E. H. (Castelgiuliano, 1971).



19. Antes de la era de los ordenadores (los años setenta).



ALGUNOS AMIGOS:

20. *(arriba izquierda)* Georg Eisler: hijo, pintor y genio de la Internacional Comunista.
21. *(arriba derecha)* Pierre Bourdieu: «¡Dizzy Gillespie Presidente!»
22. *(abajo izquierda)* Ralph Gleason: cómo comprender (y criticar) las sociedades.
23. *(abajo derecha)* Clemens Heller: amante de la música y «empresario» de mentes.



24. Sudamérica: con el presidente Fernando Henrique Cardoso (Brasilia, Brasil, 1995).



25. Sudamérica: Hortensia Allende, viuda de Salvador Allende (Santiago de Chile, 1998).



26. Sudamérica: dando una conferencia rodeado por los murales de Orozco (Guadalajara, México, 1997).



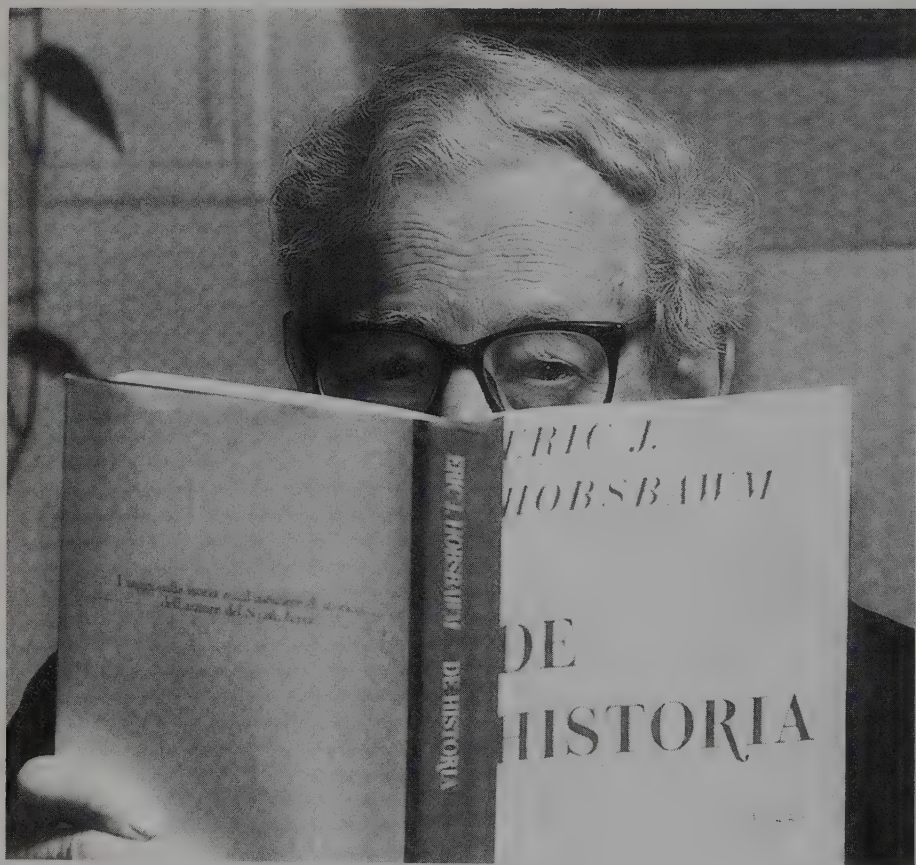
27. Gales: en lo alto de Llyn Arddy, Gwynedd (años ochenta).



28. Gales: en Gwenddwr, Powys (años noventa).



29. Recordando la guerra fría: Markus Wolf y E. H. en un debate de la televisión holandesa.



30. Un viejo historiador.

Capítulo 19

LA MARSELLESA

He estado yendo a Francia casi cada año desde 1933, excepto durante la Segunda Guerra Mundial. Este país ha formado parte de mi vida durante casi setenta años, en realidad más, pues mi madre empezó a enseñar francés a sus hijos en casa leyendo *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas padre, un enorme volumen que no acababa nunca. Tanto ella como sus hermanas habían sido enviadas durante la adolescencia a perfeccionar su francés en un pensionado belga. Perteneczo a la última generación de europeos para los que el francés era todavía la segunda lengua universal. Incluso después de toda una vida de viajes, probablemente haya ido a París más veces que a cualquier otra ciudad extranjera: y para todos nosotros París fue y siguió siendo el corazón de nuestra experiencia de Francia.

Mi primer contacto físico con la ciudad tuvo lugar durante una breve parada mientras iba de Berlín a Inglaterra en la primavera de 1933. Viajaba con mi tío, que probablemente todavía tuviera algunos negocios que rematar en Berlín, y quizá tuviera algo que hacer en París, pues la capital del Sena suponía sin duda alguna un desvío de la ruta directa a Londres. Supongo que se trataba de negocios relacionados con el cine, pues las actividades que desarrollaría más tarde en París se basarían en una amplia red de relaciones con el mundo del cine francés, sin duda creada durante su época en la Universal y reforzada por su amistad con los técnicos de cine emigrados que había conocido en Berlín.

Como los muchachos de familias como la mía contaban con ir a París tarde o temprano, el viaje me interesó, pero no me sorprendió lo más mínimo. Sin duda me interesaba no sólo París, sino también la perspectiva de pasar los controles fronterizos nazis en compañía de un comunista de clase media, joven y bien vestido, llamado, según creo, Hirsch, que iba también a Francia por motivos que no me reveló, y al que conocí en el pasillo del tren. Fue él el que me enseñó la primera frase en francés coloquial (*merde alors!*). Mi tío había reservado habitaciones en el Hôtel Montpensier, en la Rue Richelieu, entre la Comédie Française y la Bibliothèque Nationale, cuya existencia desconocía yo por entonces, un edificio que me familiarizó con el modelo básico de los ascensores franceses de los años treinta, que, al parecer, no ha cambiado desde la Tercera República. (En los

posteriores viajes de negocios que hizo a París, mi tío se hospedó en establecimientos menos sencillos; en su época más boyante, lo haría en el Georges Cinq.) Aquella noche y quizá la siguiente me llevó a dar una vuelta por los Grandes Boulevares, la larga serie de avenidas flanqueadas de cafés que va desde la République por el este hasta la Madeleine por el oeste, y que por aquella época era el principal paseo de París, como ocurría desde la época de Hausmann, señalándome a las prostitutas, llamadas entonces *grues* («grullas») y el barrio de mala nota que rodea el Boulevard Sébastopol, uno de cuyos burdeles ha sido preservado últimamente de los estragos del desarrollo edilicio como monumento histórico. Sin embargo, no visité ninguno de ellos hasta varios años más tarde, cuando, una noche que pasé por la ciudad con un comunista húngaro, perdí mi virginidad en un local —ya no recuerdo la dirección— en el que había una orquesta de señoritas desnudas, y en una cama rodeada de espejos por todas partes. El húngaro, Gyorgy Adam, me recomendó encarecidamente visitar Hungría, donde las señoras casadas de clase media que veraneaban en el lago Balatón aguardaban, según me dijo, a tipos como nosotros. Más tarde fue encarcelado en la época de las purgas estalinistas, pero seguiría siendo un marxista convencido. La única señora casada con la que probé su hipótesis en el lago Balatón, muchos años más tarde, fue mi esposa, con la que pasé allí unas breves vacaciones en la casa de huéspedes de la Academia Húngara de las Ciencias, un establecimiento de tipo familiar realmente encantador en el que los clientes guardaban la botella de vino de una comida para otra.

Al día siguiente, a solas, fui al Louvre, situado en las inmediaciones, todavía flanqueado por el gigantesco pastel de bodas que era el monumento a Gambetta, víctima del holocausto de las esculturas (en su mayoría republicanas) que se produjo durante la ocupación alemana y después de la guerra. Me impresionaron las dimensiones de la *Venus de Milo* y, más sinceramente, la *Victoria de Samotracia*, y por supuesto me detuve ante la *Mona Lisa*. Pero no me dijo nada. Otro cuatro, en cambio, sí lo hizo, la *Olympia* de Manet. Quizá fuera normal que un adolescente virginal de quince años se sintiera traspasado por la fría mirada escrutadora como la de un adulto que tiene esa sorprendente imagen de mujer desnuda, glorificación del *luxe* y de la *calme* y, de momento visiblemente poco interesada por la *volupté*. Y, sin embargo, lo que hizo que fuera tan inolvidable aquel primer encuentro mío con esa obra maestra no fue la sensualidad —al fin y al cabo el Louvre está lleno de desnudos picantes—, sino la sensación de que a aquel maravilloso pintor no le interesaba la emoción accidental, sino «la verdad»; según las balbucientes palabras de una generación posterior de adolescentes, en «decir las cosas como son». La *Olympia* es lo que yo recuerdo de mi primera visita a París. Si me hubiera hecho falta ser convertido a la fe de Francia, Manet habría sido el misionero perfecto.

Yo necesitaba más información que conversión. Durante los tres años siguientes, obligado por primera vez a examinarme de francés, dicha información vino de los libros y de los profesores, entre ellos un intelectual que estaba preparando una *agrégation* o una *thèse* y que naturalmente daba por supuesto que era el no va más de la cultura francesa. Me aseguró que sólo había tres escritores con-

temporáneos *serios*, concretamente las tres «G»: André Gide, Jean Giono y Jean Giraudoux. No sé por qué destacaba a estos tres, en vez de, por ejemplo, a Gide, Céline y Malraux. Intenté leer a los tres a fondo y encontré a Gide tan aburrido como —lo confieso— sigo encontrándolo ahora. Ya había oído hablar de Giono por la *Vossische Zeitung* de Berlín, que había publicado por entregas una traducción de una de sus rapsodias de la vida campesina en la alta Provenza. Me sentí tan profundamente conmovido por aquella *casserole* de sol, tierra, pasión y brutalidad rural que algunos años más tarde, en el curso de un viaje en autoestop por el Mediterráneo me desvié especialmente para visitar Manosque en los Basses Alpes, donde vivía Giono, para rendirle homenaje —resultó que no estaba allí— y zambullirme por un instante en las heladas aguas del río Durance, testigo de sus dramas humanos. Descubrí que había hecho la misma peregrinación otro admirador del autor, una joven no demasiado atractiva, hija de unos emigrantes polacos, impresionada también por su ardiente elocuencia, y comparamos castamente nuestras notas en la noche provenzal. Todavía conservo las ediciones baratas de las novelas de Giono de aquella época, pero no he tenido el valor de volver a leerlas.

Por otro lado, todavía me pongo de vez en cuando a releer al elegante Jean Giraudoux, que por entonces era conocido por el público francés en general sobre todo como un dramaturgo de éxito con inclinaciones intelectuales cuyas piezas interpretaba el gran actor-empresario Louis Jouvet. Su obra *La Guerre de Troie n'aura pas lieu* (La guerra de Troya no tendrá lugar), que ponía de manifiesto una convicción melancólica de que era inevitable otra guerra mundial, sigue siendo un texto fundamental para los estudiosos de la elite cultural francesa de los años treinta. Lo admiraba por sus soliloquios en forma de novelas, sobre todo el maravilloso despliegue pirotécnico de *Siegfried et le Limousin*, escrito poco después de la Primera Guerra Mundial y dedicado a demostrar la absoluta incompatibilidad entre lo que significaba Francia para los franceses y lo que significaba Alemania para los alemanes, así como el carácter complementario de ambas civilizaciones. Quizás ello explique por qué su autor desapareció del mundo intelectual francés después de la Liberación, pese a no ser un partidario destacado de Vichy ni un colaboracionista. Suspendido entre las lenguas y las culturas, como un amante entre varios objetos del deseo en competencia, me encantaba la capacidad que tenía Giraudoux de ser apasionada, visceral e intelectualmente francés y de amar al mismo tiempo a Alemania, especialmente al reírse de ambos países.

No me hacía falta que me hablara de los alemanes, pero en Giraudoux encontré y reconocí por vez primera el tipo de Francia sobre la que ha escrito mejor que nadie mi amigo el historiador Richard Cobb: la Francia de la Tercera República, en la que estaba anclado Giraudoux. La Francia en la que fue introducido a través del implausible medio de sus novelas no era la Francia de los grandes intelectuales, seguros de su superioridad como en Inglaterra sólo lo están los alumnos de Eton, aunque como producto de la École Normale Supérieure de París él también era un buen espécimen. Era la Francia jacobina que poco después descubrí por mí mismo a través de su principal portavoz, símbolo para mí de la Francia de los años treinta, la república de *Le canard enchaîné*.

Aquel cuadernillo gris de cuatro páginas, o excepcionalmente de seis, lleno de comentarios, chistes y viñetas, sin patrocinadores ni subvenciones, que se negaba a incluir cualquier tipo de publicidad, se definía a sí mismo simplemente como «revista satírica que aparece los miércoles» y era comprado cada semana por medio millón de clientes del Café du Sport o del Café du Commerce, desde Dunkerque hasta Perpiñán, quizá fuera la única expresión nacional de la Tercera República. De hecho, su lenguaje, sus convenciones, sus puntos de referencia y sus presupuestos eran tan esotéricos que resultarían en gran medida incomprensibles para cualquiera que no hubiese nacido o no se hubiese educado en ella, a menos que fueran acompañados de un amplio comentario. Desde la época del general De Gaulle, al que satirizaría en un *court bulletin* al estilo clásico de las Memorias de Luis XIV del duque de Saint-Simon, probablemente atrajera más a los titulados universitarios y a las camarillas políticas que a sus lectores originales, los votantes socialistas radicales, socialistas o incluso comunistas de Clochemerle (la comunidad arquetípica de la Tercera República, irreconocible ya en un país que está a punto de abolir los teléfonos públicos rurales debido a la difusión de los teléfonos móviles en la *France profonde*).^{*} Pues uno de sus artículos de fe —y también de este tipo de votantes— era que la República no tenía enemigos por la izquierda. (Los otros artículos eran la fe en la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad y la Razón, el anticlericalismo, el odio a la guerra y al militarismo, y el amor por las virtudes del buen vino.) La revista se mostraba abiertamente escéptica frente a los Gobiernos. A sus lectores de los años treinta les gustaba pensar que no se hacían ilusiones respecto a los ricos, que les explotaban y corrompían tanto al Gobierno, empeñado únicamente en subir los impuestos, como a la mayoría de políticos y periodistas, empeñados en «llenarnos la sesera» (*bourrage de crânes*). El *Canard* les daba la razón, aunque, como sus lectores, no llegaba a *denunciar el sistema*. Como ocurría en la comedia de Marcel Pagnol, por entonces muy popular, *Topaze*, en la que un maestro de escuela idealista se da cuenta de que las carreras y las riquezas no se consiguen gracias a las virtudes republicanas —ni siquiera el reconocimiento estatal del mérito educativo, la medalla de la orden de las Palmes Académiques, a la que aspira el protagonista—,^{**} la corrupción no debía provocar una cruzada, sino risas de desencanto.

Nada más lejos del mundo del *Canard* que mi instructora en los modos de otra Francia bien distinta, madame Humblin Croissant, en cuyo piso de la Porte de Versailles residí durante el verano de 1936. Gozaba yo de una beca del London County Council mientras esperaba a ingresar en Cambridge. Madame Croissant, una mujer de pelo canoso de origen normando, tocaba el arpa, compraba la antigua y conservadora *Revue des Deux Mondes* y desaprobaba, entre muchas otras cosas, que yo leyera a Proust, autor al que introduje en su salón tras hacerme prestar sus libros en la biblioteca Gallimard del Boulevard Raspail, donde iba

* La política de esta población de Borgoña, inmortalizada en la novela homónima del período de entreguerras de Gabriel Chevalier, giraba en torno a la ubicación de un urinario público —otro rasgo característico de la vida de la Tercera República—, objeto de discusión entre la izquierda y la derecha.

** No pude menos que pensar en *Topaze* y me costó trabajo mantener la compostura cuando muchos años más tarde el Gobierno francés me concedió las Palmes Académiques.

casi con tanta regularidad como al Dôme de Montparnasse. (En la actualidad la librería Gallimard sigue estando en el mismo edificio.) En su opinión, Proust escribía un mal francés. Por otra parte, me enseñó algunas verdades incontrovertibles de la buena mesa francesa, tales como que la carne y la verdura no deben colocarse de cualquier modo en la misma fuente, sino que se comen por separado, y que con el pescado siempre es preciso el vino (*le poisson sans boisson est poisson*). Su vida social era limitada y formal. A pesar de su maravillosa cocina, me temo que uno y otro nos decepcionamos mutuamente. Su Francia no era la mía.

Los jóvenes intelectuales de sexo masculino de mi generación tuvieron la suerte de conocer la Francia de los años treinta. (El radio de acción que ofrecía a las mujeres jóvenes de dicha generación era notoriamente más estrecho.) Los historiadores no muestran demasiado entusiasmo por la Francia en la que puse por primera vez mis pies en la primavera de 1933 y en la que pasé la mayor parte de los veranos entre esa fecha y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Políticamente, la Tercera República estaba ya camino de la tumba. Desde el punto de vista cultural, Francia vivía del capital acumulado antes de la Gran Guerra, al que los franceses no añadieron gran cosa después de 1918. La mayoría de los grandes nombres de la «Escuela de París» del período de entreguerras pertenecían a artistas, nativos o inmigrantes, que alcanzaron la madurez y ganaron la fama antes de 1914. Como ha señalado A. J. Liebling, el mejor escritor norteamericano sobre boxeo, Nueva Orleans, política y gastronomía, entre las dos grandes guerras hasta la *haute cuisine* francesa, como las cortesanas de París, había pasado su edad de oro.

Y, sin embargo, no es eso lo que nos parecía a nosotros. Al fin y al cabo, Matisse y Picasso seguían en pleno apogeo y el hijo de Renoir, el máximo talento del cine francés, producía una obra maestra cada año. Lo que nosotros veíamos no era un país en decadencia, y por supuesto nada que ver con el miserable y vergonzoso episodio de la Segunda Guerra Mundial, con el que tanto les costaría reconciliarse incluso medio siglo más tarde a los franceses, sino la Francia cuya imagen había quedado grabada en el mundo culto occidental desde la Ilustración del siglo XVIII como la quintaesencia de la civilización y de la buena vida. El famoso chiste que dice que cuando los americanos mueren van a París —aparece por primera vez en ese extraordinario compendio de la distinción intelectual francesa que es la *Guía de París* de 1867— seguía estando plenamente vigente; de hecho, esa creencia seguiría viva entre los americanos (del norte, del centro y del sur) mucho más tiempo que entre el resto de los extranjeros. Ni siquiera la Alemania nazi pudo librarse de esta creencia. Los recuerdos de guerra de los alemanes, más sofisticados, civiles y militares, que estuvieron en la Francia ocupada, pese a estar convencidos del talante moral inferior de los vencidos, dan a entender que los conquistadores seguían viéndose a sí mismos en cierto modo como a los romanos frente a los atenienses. Los extranjeros francófilos admitían el hecho evidente e incontrovertible de que los franceses creían que su país era efectivamente el centro de la civilización mundial, un «reino medio» del espíritu, lo mismo que China, la única otra cultura que compartía una convicción parecida de su superioridad incuestionable.

¿Qué era lo que nos hacía aceptar el alto concepto que Francia tenía de sí misma? ¿Qué era lo que nos hacía pensar que París seguía siendo en cierto modo «la

capital del siglo xx», como a todas luces había sido la capital del siglo xix? Salvo en los casos de la pintura y la escultura, y de la extraordinaria tradición de la novela francesa, ningún elemento de la alta cultura y de la vida intelectual del país era o parecía *evidentemente* «el mejor del mundo». Las literaturas de las demás grandes lenguas europeas no se sentían inferiores a la francesa. Incluso los francófilos empedernidos no se atrevían a afirmar la superioridad de Rabelais o de Racine respecto a Shakespeare, Goethe, Dante o Pushkin. La música francesa, a pesar de su originalidad, estaba por detrás de la austríaca. La filosofía francesa parecía a todas luces inferior a la alemana (al menos a los jóvenes con un bagaje cultural centroeuropeo), la ciencia francesa de la época no había alcanzado los increíbles niveles de la de la Gran Bretaña o la Alemania anterior a 1933, la tecnología francesa parecía haberse quedado estancada en la época de la Torre Eiffel y de los metros *art nouveau*, y en cuanto a las comodidades de la vida moderna, aparte del bidé, todavía desconocido en la cultura anglosajona, desde luego no era el nivel de los sanitarios franceses lo que atraía a los jóvenes norteamericanos y británicos hacia el tipo de hoteles que la mayoría de ellos podía permitirse.

A unos niveles menos enrarecidos, la superioridad de la civilización francesa se daba por descontada. Desde la época de Voltaire, el ingenio francés había servido de modelo al mundo occidental. Nadie dudaba que la *couture* y la cosmética femenina francesa, que el vino y la comida francesa eran los mejores del mundo, el sexo francés (en su vertiente heterosexual) era considerado el más sofisticado y atrevido, el estilo y el gusto francés en esas y otras materias era algo que mi generación no era propensa a discutir. Incluso esto se basaba en el hábito inveterado de convertir la selecta superioridad de Francia en una superioridad que se creía inherente a todo el país. Sabíamos perfectamente que en Francia había un montón de cosas que no eran superiores. No obstante, nuestra admiración por Francia no se veía afectada por el hecho, que difícilmente habrían pasado por alto los chicos y las chicas de mi generación procedentes de Norteamérica y la Europa central y septentrional, de que el modo de vida francés del período de entreguerras todavía no tenía prácticamente nada que decir en lo concerniente a las actividades al aire libre. No se fomentaba mucho el contacto con la naturaleza. No se apreciaba un interés excesivo por el autoestop, a solas o en grupo, el montañismo, el esquí y la práctica de los deportes de equipo o simplemente la afición por ellos, ni siquiera por el fútbol. En los años treinta el interés ideológico por las actividades al aire libre todavía parecía confinado a los conservadores, desde los social-católicos a los abiertamente reaccionarios. En cambio, su única pasión deportiva nacional, el Tour de Francia, no suscitaba el menor interés fuera de Francia excepto en unos cuantos países fronterizos.*

Por otra parte, Francia disponía de una ventaja importantísima. Parecía ofrecer su civilización a cualquier extranjero que la desease. Estaba a nuestra dispo-

* No obstante, pocos años antes del auge del tenis americano y australiano durante los años treinta, Francia desempeñó un papel destacado en el ambiente internacional de este deporte gracias a los «Cuatro Mosqueteros» —Cochet, Lacoste, Brugnon y Borotra— y a una de las escasas mujeres deportistas famosas de la época, Suzanne Lenglen.

sición para que la compartiéramos, y nosotros la aceptábamos, no sólo porque Mussolini y Hitler habían mancillado la cultura alemana e italiana —a mi generación no se le habría pasado por la imaginación ir de vacaciones a la Venecia o a la Roma fascistas—, sino porque la cultura británica era demasiado insular, y la norteamericana pertenecía a todas luces a una tribu diferente a la nuestra. La Revolución francesa, el punto de partida de la historia universal moderna para todas las personas del planeta provistas de una educación occidental, había democratizado la más prestigiosa y exclusiva de las grandes culturas cortesanas, y había abierto las puertas de una nación visiblemente chovinista a todos los que aceptarían los principios de libertad, igualdad y fraternidad y la lengua francesa, una e indivisible. Durante el siglo XIX Francia se convirtió no sólo en el principal país de Europa receptor de emigrantes, sino también —sobre todo entre las revoluciones de 1830 y 1848— en el refugio acogedor de los disidentes políticos y culturales de toda Europa. París era el centro de la cultura internacional, el sitio en el que había que estar o en el que era preciso haber estado. ¿Cómo, si no, hubiese sido posible la *École de Paris* de comienzos del siglo XIX, en la que los artistas españoles, búlgaros, alemanes, holandeses, italianos y rusos se codeaban con los latinoamericanos, los noruegos y, naturalmente, los franceses? En ningún otro país el movimiento de resistencia durante la guerra se apoyaría tanto en los residentes extranjeros, los republicanos españoles refugiados, una variada mezcla de polacos, italianos, centroeuropeos, armenios y judíos de la MOI (*main d'oeuvre immigré*, «mano de obra inmigrante») del Partido Comunista. Mis propios recuerdos de París antes de ingresar en Cambridge están llenos de americanos en las galerías de arte de la orilla izquierda del Sena, de surrealistas alemanes viviendo en áticos, de mesas del café del Dôme en Montparnasse atestadas de genios artísticos sin dinero originarios de Rusia y de la Europa central en busca de reconocimiento. Mis recuerdos de la época posterior a mi entrada en Cambridge y a mi ingreso en el Partido Comunista están llenos de reuniones con antifascistas centroeuropeos en el Restaurant des Balkans, en la rue de la Harpe, de congresos internacionales, llenos de refugiados italianos, alemanes y al final españoles, de yugoslavos y húngaros perseguidos, así como de revolucionarios asiáticos de orígenes diversos, a favor de los cuales James Klugmann movilizó a sus jóvenes lealistas de Cambridge.

Pues Hitler no sólo convirtió a Francia más que nunca en el centro del mundo en el ámbito internacional, sino que además, entre 1933 y 1939, hizo de ella el mayor refugio de la civilización europea y, a medida que fue avanzando el fascismo, el único reducto de la izquierda que quedaba en Europa. Aunque Francia nunca fue partidaria de los refugiados y buscadores de asilo, como, a diferencia de la Gran Bretaña antes de los acuerdos de Múnich, estaba ya acostumbrada a la inmigración en masa, no hizo en ningún momento lo posible por cerrarles la puerta de modo sistemático. Hubo otros países que acogieron refugiados, como los pequeños países del Benelux, Checoslovaquia (hasta los acuerdos de Múnich), Suiza (aunque a regañadientes), Dinamarca, adonde fue Brecht, e incluso para algunos judíos no politizados Italia, hasta la introducción de las leyes raciales de Mussolini en 1938. (Aunque no, durante la época del Gran Terror, la Ru-

sia de Stalin.) Todos ellos no eran más que simples guaridas para los perseguidos. Francia era otra cosa. En tiempos mejores hasta los exiliados se habrían establecido en ella voluntariamente. Parecía y sigue pareciendo natural que el último gran acontecimiento antes de la bajada general a los infiernos, la Exposición Universal de 1937, cuando la totalidad de una Europa desgarrada todavía estaba en el candelero, se celebrara en París. ¿Dónde si no? Casi con toda seguridad no seré el único en recordarla como un acontecimiento internacional y francés a un tiempo: no sólo por la presencia del *Guernica* de Picasso y de los gigantescos pabellones alemán y soviético, enfrentados entre sí, sino también por la maravillosa y espléndida muestra de arte francés, la más hermosa que he visto nunca.

Y luego, durante un breve intervalo, Francia no sólo se convirtió en el refugio de la civilización, sino en un lugar de esperanza. En 1934, los instintos naturales de la política republicana popular (unión en defensa de la República, ausencia de enemigos por la izquierda) se conjugaron con la sensatez curiosamente realista del representante de la Internacional Comunista ante el PC francés, un centroeuropeo apasionadamente francófilo, el «Camarada Clément», para diseñar la mejor estrategia para luchar contra el avance del fascismo, al parecer irresistible, el «Frente Popular».¹ En febrero de 1936 un Frente Popular ganó las elecciones en España. Y en mayo otro Frente Popular las ganó en Francia. Dio lugar al primer Gobierno de la historia francesa presidido por un socialista —los comunistas no fueron capaces de asumir la entrada en el gabinete— y a un extraordinario estallido espontáneo de esperanza y alegría de la clase obrera, la oleada de huelgas de brazos caídos o más exactamente de ocupaciones de fábricas, de junio de 1936. Yo llegué a París durante los últimos coletazos de esta extraordinaria celebración de la victoria, curiosamente sosegada, pero al cabo de varias semanas todavía quedaba espíritu suficiente para hacer que el 14 de julio de aquel año fuera inolvidable. Tuve la suerte de comprobarlo de la mejor manera posible: recorriendo París en un camión con un equipo del Partido Socialista Francés encargado de realizar un reportaje cinematográfico del acontecimiento, fotografiando el gran día en una película que sin duda alguna había sido vendida por mi tío.

Para los jóvenes revolucionarios de mi generación, las manifestaciones masivas eran el equivalente de las misas de pontifical para los católicos devotos. Pero en 1936 el aniversario de la toma de la Bastilla, al este de la Place de la République, fue algo más que la mayor de las manifestaciones masivas de la izquierda francesa. (Aquel año nadie prestó demasiada atención al desfile militar y demás celebraciones oficiales de la fiesta nacional presididas por el Gobierno en los barrios burgueses de la ciudad.) Todo el París popular estaba en las calles para manifestarse —o mejor dicho para pasear en medio de infinitas pandillas— o para contemplar y vitorear a los manifestantes, como las familias que dan vivas a los recién casados al término de la ceremonia. Las banderas rojas y tricolores, los líderes obreros, los contingentes de trabajadores, desde los huelguistas victoriosos de la Renault hasta las mujeres igualmente en huelga de las galerías Printemps y Lafayette, los Bretones Emancipados desfilando con sus banderas, las banderas verdes de la Estrella del norte de África, todos ellos pasaban ante el ingente público que se agolpaba en las calles, ante los balcones llenos de gente, los propie-

tarios de los cafés, los camareros y los clientes que ondeaban llenos de entusiasmo y cariño sus banderas, y ante las muchachas de los burdeles, todavía más entusiasmadas y cariñosas.

Fue una de aquellas raras veces en que mi cabeza marchaba con el piloto automático puesto. Sólo sentía y vivía lo que había que vivir. Aquella noche contemplamos desde Montmartre los fuegos artificiales sobre la ciudad y, cuando me fui de la fiesta, regresé a casa paseando lentamente por París como si estuviera flotando en las nubes, deteniéndome a tomar un trago y bailar en no sé cuántos bailes callejeros. Llegué a casa al amanecer.

En realidad, el Frente Popular estaba destinado prácticamente a los jóvenes, pues (gracias a una nueva ley y a un nuevo subsecretario de «deportes y ocio», Léo Lagrange) introdujo por vez primera las vacaciones pagadas y los descuentos en los ferrocarriles. Con la ayuda del único dinero que ganaría en mi vida con la lotería nacional, 165 francos (alrededor de dos o tres libras esterlinas según el cambio de 1936), me costé un viaje de quince días por los Pirineos y el Languedoc y me uní a los primeros beneficiarios de la Ley Lagrange en el tren nocturno a Luchon que partía de la Gare d'Orsay. Este viaje me proporcionaría además mi primer y único contacto directo con la guerra civil española, que había comenzado unas semanas antes, como cuento más adelante (Capítulo 20). Aprendí también (gracias a un checo que conocí por el camino) lo que era el autoestop, práctica por aquella época casi desconocida en Europa, excepto por una minoría de jóvenes *Tippler* (autoestopistas) de la Europa central. Resultaba un sistema muy cómodo, sobre todo desde que descubrí cómo impedir a los conductores franceses de clase media desatarse en denuestos contra Léon Blum y los comunistas, a saber, planteándoles una serie de oportunas preguntas sobre qué era lo que pensaban acerca de Napoleón, tema que los llevaba a hablar sin parar durante más de 200 km. A partir de entonces amplíe año tras año mi conocimiento de Francia mediante largos viajes en autoestop y mochila al hombro.

Cuando estalló la guerra yo, como tantos otros de mi generación, pensaba que conocía París bastante bien; hasta cierto punto mejor que Londres. Probablemente me encontrara más a mis anchas entre Montparnasse, el Panthéon, el Pont Saint-Michel y el largo trecho que va del Boulevard Raspail a la Rue de Rennes que en cualquier zona igualmente céntrica de Londres. Sabía hablar francés con la soltura suficiente para haber pasado el estadio en el que los franceses le felicitaban amablemente a uno por hablar bien su idioma. Conocía o creía conocer la política francesa tan bien como la británica, sabía cuáles se suponía que eran las compañías teatrales de moda (Jouvet, Dullin, los Pitoëff), había visto *La regle du jeu* de Renoir cuando se estrenó, fumaba Gauloises por la comisura de los labios como Jean Gabin y me había comprado las obras de Saint-Just y los discursos de Robespierre. En realidad, teníamos menos conocimientos y entendíamos mucho menos de lo que creíamos, pero teniendo en cuenta que la mayoría de nosotros no tenía ningún interés académico, profesional o familiar especial por los asuntos de Francia, conocíamos París a la perfección. Nos sentíamos a gusto en Francia y con Francia.

No obstante, había una cosa curiosa en nuestras relaciones con Francia. La

población del país, los franceses de pura de cepa más que los emigrantes y los residentes extranjeros con carácter más o menos permanente, se hallaban ausentes casi por completo de ella. En 1930 para la mayor parte de los extranjeros los franceses se hallaban físicamente presentes sobre todo como proveedores de servicios o como extras en el escenario cinematográfico permanente de su país. Hasta los años cincuenta mi París no sería una ciudad en la que tenía amigos franceses y en la que pasaba habitualmente el tiempo con gente de esa nacionalidad además de con la comunidad cosmopolita habitual de visitantes e inmigrantes extranjeros.

Los franceses eran —y de hecho siguen siendo— una gente curiosamente formalista y su sociedad es un teatro en el que hay una serie de papeles y procedimientos claramente distribuidos. No se me ocurre ningún otro país en el que un filósofo de mediana edad notoriamente mujeriego siguiera teniendo en los años cincuenta la costumbre de arrodillarse ante las señoras y regalarles una rosa. A menos que se goce de una intimidad concedida oficialmente, los franceses suelen seguir acabando las cartas que escriben a diario con fórmulas de cortesía cuidadosamente medidas («Tenga la bondad de aceptar, monsieur, la expresión de mis sentimientos distinguidos / más distinguidos / más devotos»). Ser elegido miembro de la Academia Francesa o del Collège de France, cargo para el que todavía se exige la presentación formal de la propia candidatura, seguida de la visita del candidato a todos los electores para pedir su voto, es una cuestión mucho más ceremoniosa que en los demás países; es un honor y una obligación social para todos los que han contribuido al éxito del académico asistir cuando se les convoque a admirar su espada ceremonial. Incluso la informalidad no está exenta de obligaciones. Cuando los intelectuales eran de izquierdas, creían que su estatus les obligaba a hablar entre sí con el vocabulario de Belleville. Sin embargo, era —y quizá lo siga siendo— precisamente entonces cuando resultaba más difícil entrar en contacto con ellos sin una presentación formal. Sólo en Francia, cuando se iba a visitar al gran historiador Ernest Labrousse a su casa —nos conocemos bastante bien por las reuniones de historia económica celebradas en Gran Bretaña— le tenían a uno esperando en el vestíbulo los diez minutos de rigor antes de hacerlo pasar a su despacho y ser recibido cariñosamente entre calurosos *cher ami*, *cher collègue*. Un catedrático de la Sorbona y antiguo *chef de cabinet* de Léon Blum sabía lo que le era debido. Jean-Paul Sartre ha sido el único «gran intelectual francés» *ex officio* que he conocido que, al parecer, no tenía ese sentido de rango público.

La propia igualdad estaba sumamente formalizada. Sé que fui admitido como intelectual de valía cuando algunos colegas franceses más jóvenes que yo empezaron a llamarme automáticamente de tú, como hacen los compañeros de estudios de la École Normale Supérieure u otras instituciones pedagógicas de elite como ésa. (Naturalmente los comunistas, tuvieran el rango que tuviesen y fueran del país que fuesen, excepto quizá los de la República Democrática Alemana, también se trataban de tú automáticamente, pero la mayoría de los historiadores comunistas franceses ya había dejado el Partido cuando yo llegué a conocerlos bien.) Y no era que aquello supusiera una intimidación personal. Como yo no podía

separar dicha costumbre de la intimidad, mis relaciones personales con Fernand Braudel se vieron perjudicadas para siempre cuando el gran hombre, mucho mayor que yo y por sus méritos mucho más ilustre, me propuso formalmente que nos llamáramos de tú. Nuestras conversaciones se hicieron sumamente difíciles —como escribir una novela sin la letra *e*, a la manera de Georges Perec—, al no poder utilizar ni el viejo *usted* formal ni el *tú*, que se resistía a salir de mis labios. Sencillamente no fui capaz de acostumbrarme a tratarlo como un amigo informal más, en vez de cómo a un patrono amable y generoso, que era el papel en el que había aprendido a admirarlo y a sentirme a gusto con él. (Además lo interpretaba a la perfección.)

En un país como ése, por fácil que resulte la entrada en el espacio geográfico, la entrada en el espacio humano era muy difícil sin las presentaciones de rigor, o sin las señales de reconocimiento tácitas, parecidas a esos códigos que —ahora que las viejas *concierges* ya no vigilan las idas y venidas por la noche y de fin semana— son imprescindibles en París para ir a visitar a los amigos en sus casas. Mis códigos de entrada eran el Partido Comunista y mi asociación con uno de los clanes de historiadores franceses. Las puertas se me abrieron durante el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de París de 1950 y gracias a él. En dicho congreso, del que ya he hablado en el Capítulo 17, conocí al tipo de gente con la que Braudel, el gran empresario académico, y su maravilloso jefe de personal, Clemens Heller, no tardarían en formar el *establishment* opuesto a la Sorbona, la Sección Sexta de la École Pratique des Hautes Études. Hoy día se ha convertido en la Escuela Superior de Ciencias Sociales, situada en el edificio de vidrio negro de la Maison des Sciences de l'Homme, que Braudel y Heller lograron construir en el emplazamiento de la antigua cárcel de Cherche-Midi, enfrente del confortable Hôtel Lutetia, en el que no mucho tiempo atrás la Gestapo torturaba a sus detenidos. Y la gran innovación de la Maison en cuanto institución oficial fue no sólo que, gracias a Braudel, y particularmente a Heller, intentó poner en contacto sistemáticamente a franceses y extranjeros, sino sobre todo que reconoció la importancia de la falta de formalismos y de la charla personal.

Naturalmente contribuyó a mejorar las relaciones personales el hecho de estar a buenas con el grupo de historiadores que rodeaba a Braudel y a la revista *Annales*, especialmente teniendo en cuenta que, con la excepción del gran jefe, al que llegué a conocer a mediados de los años cincuenta, todavía no eran grandes figuras, ni siquiera figuras significativas del mundillo de la historia con grandes obras a sus espaldas que avalasen su posición. En cierto modo nuestras carreras progresaron de forma paralela, y del mismo modo progresaron nuestras relaciones sociales, al menos hasta que entre los intelectuales franceses de los años noventa se produjo ese curioso regreso póstumo al anticomunismo de la Guerra Fría. Sin embargo, las amistades hechas por motivos académicos no se desarrollarían plenamente hasta los años sesenta, y mis contactos más estrechos con la Maison, la École (en la que después daría clases un mes al año) y el Collège de France no lo harían hasta los setenta. Ello se debió sobre todo al singular Clemens Heller.

Cabría definir a Clemens, un hombre corpulento, estrafalario, de aspecto dis-

traído, poco amigo de las conversaciones telefónicas de más de veinticinco segundos, capaz de utilizar una mezcla macarrónica de lenguas, como el *impresario* intelectual más original de la Europa de posguerra. La metáfora teatral le cuadra bastante bien. Hijo de Hugo Heller, librero vienés y empresario cultural que tuvo la mala suerte de atraerse el sarcasmo de Karl Kraus, comenzó su carrera como alumno de la Escuela de Teatro Max Reinhardt antes de ser enviado a Estados Unidos cuando Hitler entró en Austria. Regresó en calidad de oficial americano para lanzar los famosos Seminarios de Salzburgo, fue expulsado de ellos a raíz de la caza de brujas desencadenada en Estados Unidos, y se estableció en París. Allí formó con Braudel una sociedad extraordinariamente provechosa, a la que Heller aportó la cultura profundamente cosmopolita de los expatriados de la Europa central, el gusto por las personas e ideas interesantes y prometedoras desde el punto de vista intelectual, una red internacional de conocidos y la capacidad de movilizar el dinero de las fundaciones norteamericanas para sus proyectos académicos. Al ser Francia lo que es, todas estas circunstancias lo llevaron a ser acusado de agente de la CIA, afortunadamente en vano. La música y el juego intelectual eran las pasiones que guiaban a este hombre de una calidez y una generosidad extraordinarias. Uno de los premios que he recibido en mi dilatada vida ha sido llegar a ser su amigo.

Aunque mis amistades de los años cincuenta las hice a través del Congreso de Historia, estuvieron determinadas por la política de los intelectuales. En realidad no vinieron determinadas por el Partido Comunista, aunque la mayoría de las personas a las que conocí por entonces estuvieran todavía en el Partido. El PCF, organización dirigida aparentemente por sargentos mayores de la política, se dio una maña increíble para ganarse el temor y la antipatía de los numerosos intelectuales a los que su historial de campeón de la Resistencia había atraído, cosa que no dejaba de sorprender a los que estábamos acostumbrados a los modales más relajados del Partido Comunista británico o italiano; pero entonces, como ha señalado mi amigo Antonin Liehm, al ser un verdadero partido de masas del período de entreguerras, se había estalinizado, lo mismo que el PC checo, y no había experimentado una «bolchevización» impuesta desde fuera. A la defensiva desde 1947, se retiró a un universo cultural y político privado, fortificándose frente a las tentaciones del mundo exterior de un modo que me recordaba a las minorías católicas de la época preconiliar, al menos en Gran Bretaña. (Al haberse educado en un país católico, los intelectuales comunistas franceses, eran, por supuesto, perfectamente conscientes de las similitudes estructurales existentes entre el Partido y la Iglesia.) El Partido sentía una desconfianza proletaria hacia los intelectuales. Cuando la Agrupación de Historiadores Comunistas británicos buscó un grupo homólogo en Francia, no encontró ayuda en el PCF. El partido anterior a la guerra quería activistas, no académicos. De ahí que al Congreso de Historia de 1950, aunque atrajera a muchos jóvenes marxistas, no asistieran varios historiadores que estaban entre los jóvenes partidarios activos de la línea dura del PC, posteriormente famosos y al final anticomunistas declarados: François Furet, Annie Kriegel, Alain Besançon, o Le Roy Ladurie. No llegué a conocerlos hasta su época poscomunista.

De hecho, mirando las cosas retrospectivamente, hoy día me parece evidente que los cimientos de mi red de amigos no los puso tanto el comunismo como la experiencia común de la Resistencia y nuestra identificación con ella.

Durante toda esa década y hasta la trágica ruptura de su matrimonio, mi base parisina sería el piso más bien sencillo de clase trabajadora que Henri Raymond y la encantadora Hélène Berghauer tenían en el Boulevard Kellerman. La mayor parte de mis vacaciones las pasaba en casa de los Raymond, y con ellos pasaba casi todo mi tiempo libre. Durante varios años después de la ruptura de mi primer matrimonio fueron lo más parecido a una familia que tuve. Cuando salían de París, nos íbamos juntos en su cochecito a cualquier sitio al que hubiéramos decidido viajar, al valle del Loira, a Italia, o a donde fuese. Cuando estaban en la ciudad, estaba yo con ellos, iba a todas partes en su compañía, observábamos el ambiente circundante desde cafés como el Flore o el Rhumerie, esperando a diversos conocidos de la *intelligentsia* —Lucien Goldman, Roland Barthes, Edgar Morin— o pasando el rato con ellos. Cuando no estaban en París, me quedaba solo en la casa, utilizándola como una especie de isla desierta privada. El piso compensaba la austeridad de su mobiliario con el chispeante humor de Hélène y con un espectacular tapiz de Lurçat que más tarde sería vendido en un momento de penuria económica. Como la amistad de Henri con el novelista libertino Roger Vailland y el filósofo y sociólogo marxista Henri Lefebvre, el tapiz era una reliquia de la Resistencia, en la que había ingresado siendo todavía muy joven. (Fue con el fin de que me presentaran a Lefebvre por lo que cierta joven, a la que había conocido en el congreso, también con un pasado en la Resistencia, me llevó al piso de los Raymond.)

Algunos años más joven que yo, Henri provenía de lo que él llamaba una familia campesina del Orléanais, publicó su poesía y la de sus amigos en pequeñas *plaquettes* o panfletos con dibujos de Hélène, para la cual me hizo escribir a mí también un artículo sobre el jazz, y por aquel entonces trabajaba en los ferrocarriles nacionalizados. Siguió a Lefebvre en el estudio de la sociología y el urbanismo y acabó enseñando en la escuela de Beaux Arts, alcanzando así hasta cierto punto a su hermano mayor, André, un académico productor de tesis doctorales con buena fe desde el primer momento que acabaría convirtiéndose en un experto mundial en los gremios islámicos y en un pilar de los estudios orientalistas franceses. Hélène, más cosmopolita y decididamente parisina a la vez, había pasado la guerra con sus padres en Brasil y se esforzaba por convertirse en pintora. Francamente, nunca fue demasiado buena, pero, aunque a nadie le gustaba decirselo a una mujer joven encantadora y extraordinariamente atractiva, sospecho que era demasiado inteligente para no darse cuenta de sus limitaciones, y ello la hacía sufrir. Mientras tanto se ganaba la vida trabajando en el consulado de Brasil. Su padre polaco, con el cual mantenía unas relaciones tensas, estaba en el comercio, su hermano tenía algo que ver con la *couture* o, cuando menos, era novio de una de las bellas modelos japonesas que anticiparon el multiculturalismo erótico. Quizá se explique así por qué Hélène podía llevar trajes de Balmain en una época en la que las firmas de alta costura todavía no podían comprarse en los grandes almacenes. Lo mismo que Henri, era comunista, formaba parte de una célula del

XIII^e *arrondissement*, habitado por proletarios, pero había empezado a situarse en la periferia de la organización terrorista palestina judía llamada Stern Gang, o al menos en el ala de extrema izquierda de la misma. Siempre tuvo propensión hacia la acción directa. Durante el período del terrorismo de la OAS argelina vino a visitarme a Londres, al tiempo que compraba temporizadores para una campaña izquierdista de bombas contra la OAS. Le pregunté dónde pensaba encontrarlos. «En Harrods, por supuesto», respondió. Naturalmente, ¿dónde, si no?

Aunque algunas de las personas que formaban parte de la red de amistades de los Raymond serían famosas en sus respectivos campos, actuaban esencialmente en los niveles más bajos de la *intelligentsia* parisina de izquierdas, si bien Hélène afirmaba de forma harto plausible que estaba *au fait* con los escándalos de otros niveles más elevados, los chismorreos relacionados con los premios literarios y quiénes de la directiva del PC estaban en decadencia. Leían *Le Monde* y todavía de vez en cuando *L'Humanité*, pero a la mayor parte de la gente que conocíamos (al margen de los chismorreos que pudieran correr acerca de ellos) no cabía pedirles que firmaran los manifiestos de intelectuales aparecidos en los medios públicos, tan característicos de la época, antes de que los eminentes «intelectuales mediáticos» dispusieran de sus propias columnas en los periódicos y semanarios. Era un ambiente presesentayochista y los años cincuenta y sesenta vieron cómo se venía poco a poco abajo, a medida que la antigua izquierda fue haciéndose añicos y cambiaba de parecer sobre Stalin y Argelia, y que la vieja guardia del PCF encontraba cada vez a menos gente, en particular intelectuales, que dijera que los cambios eran incompatibles con la organización. Muchos de mis amigos comunistas se pasaron a una agrupación menor, el Partido Socialista Unificado (PSU), y cuando vieron que éste era inviable, se dedicaron a la investigación a tiempo completo, escribiendo o, en caso de que desearan seguir en la política, pasándose al viejo Partido Socialista. Como por entonces no conocía todavía a nadie que se pasara directamente al anticomunismo virulento, o en todo caso los conocí de modo tangencial, no fui capaz de seguir la pista de sus excusiones políticas.

Irremisiblemente la ruptura del matrimonio de los Raymond cambió el esquema de mis visitas a París. En cualquier caso, a partir de 1961 mi vida cambió debido a mi relación con Marlene. Pese a ser una de mis pasiones permanentes, como el jazz, París no podía ser lo mismo para un hombre de mediana edad casado y, más tarde, con hijos. Aparte de que, en cualquier caso, Marlene tenía sus propios amigos en Francia y haría otros nuevos, o bien los haríamos juntos. Además, desde 1957 había hecho amistad con otra pareja de parisinos, que siguen siendo amigos nuestros: Richard y Élise Marienstras. Los Raymond y yo habíamos decidido viajar a una pequeña población marítima en la península del Gargano —la «espuela» que sobresale de la «bota» de la península italiana y se adentra en el Adriático—, inducidos por un relato que se desarrollaba en ella, *La Loi*, publicado por Roger Vailland, por aquel entonces todavía comunista o recién ingresado en el Partido, al que Henri conocía desde su época de la Resistencia. Allí en la playa encontramos a los Marienstras, él, un rubio de anchos pectorales, y ella una morena delgada, de camino a su destino como profesores de instituto en

Túnez, por entonces ya independiente, pero todavía unida pedagógicamente al sistema educativo francés. Los intelectuales franceses no se vieron nunca tan involucrados en el Norte de África como en los años cincuenta, cuando Túnez y Marruecos obtuvieron su libertad y los argelinos se pusieron a combatir por ella. Teníamos, por consiguiente, mucho de qué hablar. En cualquier caso, desde comienzos del siglo XIX el Magreb ha desempeñado un papel importantísimo en la imaginación de los pintores y literatos franceses, pero también como estímulo intelectual para los jóvenes *agrégés* que se trasladaban hasta allí como profesores de instituto, es decir, como futuros profesores universitarios: Fernand Braudel, entre los historiadores, y Pierre Bourdieu, entre los sociólogos, por citar sólo a dos. Los intereses académicos de los Marienstras no eran mediterráneos ni orientales, sino anglosajones, cosa que suponía otro lazo de unión. Richard se convertiría en la máxima autoridad francesa en Shakespeare, y Élise se ganaría una notable reputación como historiadora especializada en Estados Unidos.

Ambos pertenecían a familias judeo-polacas que tuvieron la suerte de sobrevivir en la Francia no ocupada. Richard se había unido a la resistencia armada en los montes del sudeste a los dieciséis años, ocasión que, según recordaba, fue la única de su vida en la que nadie le preguntó ni a nadie le preocupó que fuera judío. Muchos años más tarde se emocionaría profundamente cuando, al ser el único intelectual entre sus compañeros de la Resistencia que seguía vivo, le pidieron que pronunciara el discurso conmemorativo durante la cena celebrada con motivo del quincuagésimo aniversario de la organización en no sé qué pueblo del valle del Ródano. Aunque por supuesto eran de izquierdas, a los Marienstras no les atraía el marxismo, pero, orgullosos como estaban del judaísmo secular y emancipado de la diáspora, tampoco los atraía el sionismo. La suya era —o quizá fuera cada vez con más frecuencia— una posición minoritaria entre los judíos franceses que, gracias sobre todo al éxodo masivo proveniente del antiguo Norte de África francés, se convirtieron en la comunidad hebrea más numerosa de Europa occidental y, tras la desaparición de la URSS, de cualquier otro país del Viejo Mundo.

Hubo un tercer motivo, de carácter más académico, de que mis relaciones con París cambiaran a partir de los años sesenta. La afinidad entre lo que los historiadores franceses estaban haciendo en *Annales* y lo que hacíamos nosotros en *Past & Present* era cada vez más evidente. Desde 1960 me vi atraído cada vez más a menudo a la vida académica francesa, y sobre todo hacia el nuevo imperio académico de Fernand Braudel. De hecho, durante los setenta pasé oficialmente a formar parte de él en calidad de *directeur de recherche* asociado durante parte del año en la nueva École des Hautes Études en Sciences Sociales. En definitiva, que a partir de 1960 los compromisos académicos marcarían cada vez con más frecuencia la pauta de mis —o mejor dicho nuestras— visitas a París.

En cierto modo todos aquellos cambios se produjeron a la vez. Cuando fui por primera vez a París después de casarme con Marlene, cuyo conocimiento del mundo académico era muy escaso, los Braudel, comprensiblemente encantados con ella, nos invitaron a almorzar en su piso y Fernand obtuvo su benevolencia permanente cuando le aseguró que ser un buen esposo era un ingrediente funda-

mental para ser un buen historiador. En semejantes ocasiones las grandes figuras de la vida intelectual francesa no están bajo juramento, pero como conocen la forma de hacer que sus afirmaciones se acomoden a la ocasión de modo que parezcan sinceras sin condescendencia, todos nos sentimos satisfechos. Análogamente, ella hizo de anfitriona en Londres de Emmanuel Le Roy Ladurie cuando estuvo en nuestra casa a raíz de la invitación que le envié para que participara en un seminario en Londres, y, muchos años más tarde, del filósofo Louis Althusser en una de sus fases maníacas, poco antes de que asesinara a su esposa en una de sus depresiones. Como ocurre en otras familias académicas, las relaciones personales y profesionales no podían separarse con claridad.

A diferencia de lo que me pasaba en la Francia de la Tercera y aun de la Cuarta República, dejé de sentirme cómodo en la Francia de De Gaulle y sus sucesores gaullistas, y en la de Mitterrand, una Francia que desarrolló un nuevo tipo de jerga retórica pública en la que los políticos llamaban a su país *l'Héxagone*, hablaban de *la France profonde*, y mostraban su energía avanzando *tous azimuths*, en la que París se convirtió en un gigantesco gueto burgués, el más grande de Europa, en el que los bares de barrio cerraban los fines de semana porque la gente mayor de París no podía permitirse el lujo de vivir en la ciudad, aunque trabajara en ella entre semana. Exceptuando el gran hueco en el centro dejado por la emigración de los mercados y rellenado con el Beaubourg de Richard Roger, la ciudad siguió siendo más o menos reconocible hasta que el presidente Mitterrand la llenó de sus dinosaurios arquitectónicos. (El General, convencido de que su lugar en la historia estaba garantizado, desdeñó la idea de perpetuar su memoria mediante una arquitectura monumental.) París sigue siendo para el turista una ciudad maravillosa, pero al historiador le cuesta trabajo acostumbrarse al hecho de que la izquierda ya no puede elegir más que a algún concejal en el escenario de la Comuna de París, a menos que la corrupción de los ayuntamientos de derechas sea temporalmente demasiado escandalosa. Por otro lado, nadie que haya vivido en Gran Bretaña puede dejar de apreciar las ventajas de la modernización de la Francia de posguerra, que amplió la inveterada calidad y variedad del mercado alimentario y la cocina francesa gracias al TGV y a un magnífico sistema de transporte urbano y suburbano.

Aprendí, al principio a regañadientes, a apreciar la grandeza del General y a desarrollar un gusto por su estilo. Aprendí, todavía más a regañadientes, a respetar a Mitterrand. Ninguno de ellos habría podido florecer en la Tercera República. Ambos procedían del ambiente que la Tercera República habría llamado (acertadamente) la «reacción». De Gaulle era un hombre de derechas, pero un hombre para el que la República, incluida su derecha, constituía un elemento esencial de esa «cierta idea de Francia» que recreó al término de la guerra. Fue el primer político francés desde 1793 en cuya Francia cabía la monarquía y la Revolución. De hecho, probablemente no le desagradara del todo ser comparado con Luis XIV, que hablaba a sus servidores como De Gaulle hablaría al editor que publicó sus memorias, cuando el hombre admitió no contar con un pasado precisamente gaullista entre 1940 y 1944. «Supongo —dijo el gran hombre (que quizás echara previamente una ojeada a la ficha correspondiente)— que ha estado usted en una de

mis cárceles.» Tanto el pronombre utilizado como el empleo del plural eran muy propios de De Gaulle.*

Después de su fallecimiento se han criticado mucho las ambigüedades y complejidades de la carrera de François Mitterrand. Sin embargo, es innegable que fue girando hacia la izquierda con una frecuencia sorprendente, pasando a través de Vichy y la Resistencia, de la ultraderecha de antes de la guerra a un progreso político que hizo de él el arquitecto y presidente de un Partido Socialista reconstruido, siendo capaz de recuperar el control de la izquierda no ya mediante el aislamiento de los comunistas a la manera habitual de la Guerra Fría, sino accediendo al poder gracias a ellos. Durante la Tercera y la Cuarta República los políticos se habrían movido más bien en la dirección opuesta. Tanto él como De Gaulle pertenecían a una época —mejor dicho, los dos fueron los arquitectos de esa época— en la que la política francesa dejó de ser esencialmente una batalla por la gran Revolución cuyo recuerdo separaba a la derecha de la izquierda, aunque los dos supieran perfectamente que la Revolución era tan fundamental para la Francia que gobernaban como la Constitución americana para Estados Unidos. En este sentido fueron más realistas que los ideólogos del liberalismo moderado, del anticomunismo inmoderado y de la sociedad de mercado libre —siempre una minoría atípica en Francia—, que dominaron las modas intelectuales parisinas a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa.

No obstante, si no me he sentido cómodo en la Francia gaullista y mitterrandista, puedo entender su continuidad con mi propia Francia, las «cumbres recordadas» en la bandera tricolor del pasado. De un modo u otro, la Francia del *Cannard enchaîné* aún no había muerto. De hecho, los escándalos y la corrupción creciente de los últimos años de la era gaullista y de la mitterrandista resucitaron esta publicación.

Tampoco me sentía cómodo con el talante intelectual de la época. Como a todos los que formamos parte de la izquierda global, me interesó la rebelión de 1968, pero seguí con mi actitud escéptica. Desde luego he estado en contacto bastante estrecho con los historiadores franceses, que constituyeron la disciplina medular de las ciencias sociales en Francia hasta los años setenta, y que darían lugar a muchos de los «intelécratas» parisinos de Hamon y Rotman.² No obstante, en cierto modo he perdido el contacto con muchas de las corrientes de la cultura francesa y de la discusión teórica a partir de los años sesenta, y, aunque cualquier admirador de Queneau y Perec no tiene más remedio que simpatizar con la tradición intelectual francesa del juego lingüístico, a medida que los pensadores franceses fueron pasándose cada vez más al territorio del «posmodernismo» empecé a encontrarlos poco interesantes, incomprensibles y, en todo caso, no demasiado útiles para los historiadores. Ni siquiera sus ocurrencias me atraían.

Tras la breve oleada de 1968, durante los años setenta y ochenta la izquierda, tanto la vieja como la nueva, sufrió en Francia un claro retroceso. Mi opinión acerca del Partido Comunista Francés a partir de 1945 no ha sido nunca muy buena, y durante mucho tiempo he considerado la dirección de Georges Marchais un

* *Alors, vous avez bien connu mes prisons.* La anécdota me la contó el propio editor.

desastre, aunque sería poco honesto por mi parte no reconocer que su decadencia, que lo llevó a dejar de ser el gran partido de masas de la clase obrera francesa para convertirse en una opción para menos del cuatro por 100 del electorado, me dolió como buen comunista. Y sería asimismo poco honesto no reconocer que casi todo lo que ha quedado en Francia bajo la etiqueta de «marxismo» es bastante anodino. Por otra parte, y en especial durante los años ochenta y noventa, el anticomunismo cada vez más exacerbado y malcarado de muchos de los que fueron en otro tiempo «intelécratas» de izquierdas empezó a complicar mis relaciones con algunos de ellos. Aunque nos respetáramos y a veces nos gustáramos, algunas de las personas con las que tuve trato intelectual o social en París empezaron a sentirse políticamente incómodas en mi compañía, y yo en la suya. Como yo seguía siendo lo que he venido siendo desde 1956, un comunista declarado, aunque heterodoxo, cuyas obras no fueron publicadas nunca en la URSS, algunos que quizá fueran en su juventud más estalinistas o incluso maoístas de lo que yo lo he sido nunca se sintieron molestos ante lo que ellos consideraban un rechazo voluntario a seguir su mismo camino. Yo, a mi vez, me he sentido más asqueado de la retórica propia de la Guerra Fría y del neoliberalismo hacia el cual se vieron atraídos durante los años ochenta algunos de los intelectuales más capacitados y prestigiosos que de la vuelta clara y sin paliativos de un hombre como Le Roy Ladurie (un magnífico historiador desde todos los puntos de vista) al conservadurismo tradicional de sus antepasados normandos. Paradójicamente, a medida que los partidos comunistas entraban en decadencia, que se acababa la Guerra Fría y que la Unión Soviética y su imperio se hundían, el tono de la polémica anticomunista y antimarxista se volvía cada vez más exasperado, por no decir histérico. El difunto François Furet, historiador y publicista de gran inteligencia y muy influyente —quizá lo más parecido al *chef d'école* de esta tendencia— hizo todo lo posible por que el segundo centenario de la Revolución francesa se convirtiera en una embestida intelectual contra ella. Pocos años después su libro *Le passé d'une illusion* presentaba la historia del siglo xx como si fuera la del proceso de liberación del peligroso sueño del comunismo. Como es natural, yo critiqué su tesis.³ Como historiador marxista reconocido hasta la fecha, me vi durante algún tiempo convertido en paladín de la izquierda intelectual francesa, acosada y asediada.

Este hecho complicó aún más las relaciones, sobre todo porque casualmente mi propia *Historia del siglo xx* apareció poco antes que el libro de Furet. Mientras que en otros países se le juzgó por sus propios méritos y fue recibido con tranquilidad incluso por críticos a todas luces conservadores, en Francia fue considerada —al menos por una parte influyente de los intélecratas— esencialmente una obra de polémica ideológica y política dirigida contra los liberales anticomunistas. Aunque analizada (en la versión inglesa) en las revistas intelectuales, no fue traducida, aduciéndose para ello como pretexto que resultaba demasiado caro traducirla para el mercado necesariamente pequeño que iba a tener. El argumento no podía ser menos plausible, pues el libro ya se había vendido bien en todas las demás lenguas occidentales. De hecho, el curioso ensimismamiento de los ambientes intelectuales franceses por aquel entonces era tal que durante varios

años el francés fue la *única* lengua de los Estados miembro de la Unión Europea y de hecho la única lengua de cultura del planeta (incluidos el chino y el árabe) en la que no se editó mi libro ni se contrató su publicación. Por fin apareció en el mercado francés en 1999, gracias a la iniciativa de un editor belga y a la ayuda activa de una de las pocas publicaciones de izquierda que no se arrepienten de su pasado, *Le Monde Diplomatique*. Quizá los ánimos ideológicos hayan cambiado desde que en 1997 accedió al cargo de primer ministro Lionel Jospin, que ha puesto menos tensión en la conciencia de la izquierda francesa que Mitterrand en su lecho de muerte. Los críticos potenciales de comienzos de los noventa han guardado silencio o han enterrado el hacha de guerra. Esa edición se vendió bastante bien, al menos durante algún tiempo. Hizo que me llegaran más cartas personales de lectores desconocidos diseminados por toda la geografía francesa que cualquiera otra traducción de mis libros, y eso que ha habido muchísimas. Y permitió a un viejo francófilo, cuya historia de amor con la tradición de la izquierda francesa empezó en la camioneta de un noticiario cinematográfico el Día de la Bastilla de 1936, para cerrarse sesenta y tres años después con otra experiencia igualmente memorable en el gran anfiteatro de la Sorbona, en otro tiempo la única universidad de París y hoy día madre de familia numerosa, atestado de parisinos que habían sido invitados a asistir a un debate en torno a mi libro recién publicado. Muy pocos de los que acudieron en número suficiente para llenar aquel auditorio enorme habían leído alguno de mis libros, que, como me recordaron los editores que se negaron a publicar aquél, habían tenido sólo un *succès d'estime* en el mercado hexagonal. Lo que les atraía era el hecho de que alguien —casualmente yo— hablara con franqueza, de modo crítico y escéptico, pero sin arrepentimiento, e incluso no sin algo de orgullo en nombre de los que defendían una izquierda en la que no contaran las viejas diferencias de partido y ortodoxia. Me gustaría pensar que en aquella ocasión asistí a un resurgimiento, aunque breve, de una izquierda intelectual parisina después de un período de asedio.

Se trata de un episodio apropiado para poner fin a este capítulo dedicado a una relación que ha durado toda una vida. Para mi generación Francia sigue siendo especial. Puedo simpatizar con el sentido de pérdida que tienen los franceses ante la derrota de la lengua de Voltaire por el triunfo mundial de la lengua de Benjamin Franklin. No se trata sólo de una transformación lingüística, sino cultural, pues señala el fin de las culturas minoritarias en las que sólo las elites tenían necesidad de comunicación internacional, y en las que poco importaba que la lengua en la que ésta se produjera fuera hablada mucho o poco en el globo, o incluso —como en el caso de las lenguas muertas clásicas— que no se hablara en absoluto. Puedo entender la retirada de la cultura francesa, en otro tiempo hegemónica, a un gueto hexagonal, sólo mitigado hasta cierto punto por la popularidad de los ideólogos «posmodernos» franceses entre los universitarios americanos, que no siempre los entienden. No es que sea eso lo que desea París, sino sencillamente que no puede acostumbrarse a un estado de cosas en el que el resto del mundo ha dejado de mirar hacia ella y de seguir sus pasos. Es muy duro pasar de la hegemonía mundial al regionalismo en dos generaciones. Y lo más duro es descubrir que a la mayoría del mundo no le importa nada. Pero sí le importa a

los hombres y mujeres de mi generación, ya sean europeos, latinoamericanos o del Oriente Medio. Y debería importarles a las generaciones más jóvenes. La obstinada acción de Francia desde la retaguardia en defensa del papel mundial desempeñado por su lengua y su cultura quizá esté condenada al fracaso, pero es también una defensa necesaria, en modo alguno predestinada a malograrse, de cualquier lengua, de cualquier especificidad nacional o cultural frente a la homogeneización de una humanidad esencialmente plural impuesta por los procesos de globalización.

Capítulo 20

DE FRANCO A BERLUSCONI

I

A los aspirantes a novelista nunca les faltan temas. Cuando todo lo demás les falla, siempre les cabe la posibilidad de recurrir a la familia y a la autobiografía. Los aspirantes a historiador profesional no nacen con una guía de la época del pasado que desean explorar, y en la que, en la mayoría de los casos, se basará su reputación: los Tudor, la Revolución inglesa, la España del siglo xvii, etc. Normalmente escogen un tema en la universidad, le ponen un título para hacer la tesis doctoral (o, en mis tiempos, cuando en el Oxbridge se menospreciaban esas titulaciones, una tesis para obtener una *fellowship*), y a partir de ese momento la mayoría se queda anclado en su «campo» o «período» para siempre. La guerra supuso para mí una barrera que obstaculizó todas mis tentativas de seguir el sendero marcado. Tanto es así que mi primer libro como historiador, *Rebeldes primitivos*, trataba de un campo que hasta entonces no había sido objeto de demasiada consideración por mi parte, y en realidad no había suscitado el interés de nadie.¹ Es esencialmente un libro basado en mis frecuentes viajes a España e Italia en los años cincuenta, dos países a los que mi vida y la suerte de mis obras han quedado desde entonces vinculadas para siempre.

A diferencia de Italia —¿qué antifascista iría allí?—, España, por la que empecé a viajar en 1951, había constituido una parte de mi existencia durante largo tiempo, incluso desde antes de que estallara su guerra civil, que sin duda hizo que ese Estado peninsular formara parte de la vida de todos los de mi generación. No obstante, después de 1945 seguía siendo un país extraño para el resto de los europeos. La mayoría de nosotros continuábamos viéndolo como un reino singular donde las imágenes de la revolución, de la guerra y de la derrota, impresas en paisajes yermos, se superponían a otras de exotismo —el flamenco, las castañuelas, las corridas de toros, Carmen, Don José y Escamillo— y a las del «españolismo» genérico, esto es, Don Quijote, el sentido del honor, el orgullo y el silencio. Mi tío había estado allí y había conocido a algunas de sus gentes mientras estuvo trabajando en Universal Films. Los recuerdos de sus viajes llenaban algunos rincones de nuestra casa: una banderilla manchada de sangre seca, un libro sobre las

corridas, una foto dedicada de Francesc Macià, el que fuera presidente de la Generalitat de Cataluña, etc. Tras el levantamiento de 1934 en Asturias, un amigo le envió algunos ejemplares de periódicos españoles, supongo que serían del diario monárquico *ABC*, con fotos ilustrativas del dramatismo que se vivía. Y posteriormente, en el verano de 1936, durante las primeras semanas que siguieron a la sublevación de los generales, gracias a una curiosa combinación de circunstancias históricas, yo mismo pude asistir a ese drama durante un breve período.

Por aquel entonces vivía yo en París tres meses antes de ingresar en Cambridge gracias a una beca del London County Council para mejorar mi francés. Un día de finales de julio descubrí, para mi grata sorpresa, que había sido agraciado por la lotería. El premio, como ya he dicho en el capítulo anterior, no era muy importante, unos 165 francos. Afortunadamente el nuevo Gobierno del Frente Popular de Francia hacía poco que había introducido una de sus pocas innovaciones que han seguido vigentes, *les congés payés* (las vacaciones pagadas) y —gracias a una segunda innovación, el subsecretariado de deportes y ocio— una serie de desplazamientos por ferrocarril superbaratos para permitir a la población disfrutar de las mismas. Así que utilicé mis ganancias para tomar el tren en la estación de Orsay —que tendría que esperar medio siglo para convertirse en el museo de arte francés del siglo xix que es en la actualidad— con destino a los Pirineos para pasar quince días de excursiones, durmiendo en albergues juveniles y en cámpings. A mitad de camino de este fantástico viaje de recreo conocí una forma rápida de hacer turismo mucho más barata a través de uno de esos jóvenes peripatéticos centroeuropeos pioneros en la práctica de los desplazamientos «a dedo» en este lado del Atlántico: el *Tippeln*, el *hitchhiking*, o sea, el autoestop. Y así llegué, de los Pirineos occidentales a los orientales, a un albergue juvenil junto a la frontera española, cerca de Puigcerdà. La ocasión era muy tentadora. Me dirigí al puesto fronterizo, pero unos milicianos jóvenes que lo vigilaban me hicieron volver atrás. No tenía la documentación adecuada. Fui caminando durante unos dos kilómetros hasta el siguiente puesto, por el que me dejaron cruzar a España sin ponerme ningún reparo, y pasé el resto del día deambulando por Puigcerdà, que por aquel entonces era en todos los sentidos una comuna independiente revolucionaria, controlada por los anarquistas y algunos miembros del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). (No pude ver rastro alguno de los comunistas o los socialistas, unidos entonces en un único partido, el PSUC.) No recuerdo muy bien cómo me entendía con la gente del lugar, que naturalmente mostraba su interés por un extranjero no esperado (en realidad por cualquier foráneo), pero esta zona es un lugar donde España y Francia se solapan, y el catalán es una lengua casi tan próxima al francés como al español. No me acuerdo de que tuviera problemas. La imagen que ha quedado más grabada en mi memoria de ese día inolvidable es la de unos cuantos camiones estacionados en la plaza principal del pueblo. Según me contaron, cuando alguien sentía la necesidad de ir a la guerra, iba a donde estaban los camiones, y cuando se llenaba uno con los suficientes voluntarios, partía para el frente. Como escribí muchos años después acerca de esta experiencia:

La frase «*c'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre*» hubiera debido inventarse para una ocasión así. Era, sin duda, maravilloso, pero el principal efecto que esta experiencia tuvo sobre mí fue la de que tardé veinte años en ver en el anarquismo español algo más que una trágica farsa.²

De hecho, Puigcerdà no daba la impresión de una población preparada para la guerra, ni siquiera la recuerdo como un lugar lleno de jóvenes armados vestidos con las ropas de milicianos, a la manera de otras revoluciones posteriores. (En 1936 en las provincias españolas no se encontraba por ejemplo a una muchacha uniformada ni por asomo.) Si acaso parecía un pueblo saturado de política, de conversaciones y de discusiones, lleno de gente formando corros por la calle o sentada a las mesas de los bares con sus periódicos.

Desgraciadamente, el día acabó mal. Los jóvenes anarquistas que integraban la guardia que había rechazado mi entrada en el primer puesto fronterizo libraron aquella tarde y me vieron mientras comía y charlaba con algunas personas en la plaza, e inmediatamente me llevaron ante su comisario. Fui interrogado, con maneras educadas pero no exentas de firmeza, por un hombre que no esbozaba nunca una sonrisa, vestido como de militar. Estoy convencido de que no sabía qué hacer conmigo —ni siquiera yo lo tenía demasiado claro—, pero evidentemente el poder de los trabajadores no podía tomarse tan a la ligera, aun cuando el joven inglés que había cruzado la frontera de un modo no sólo irregular, sino desafiando a todas luces la decisión de no permitirle la entrada, no mostrara signo alguno de representar un peligro para la revolución. Ser interrogado sin piedad por gentes dispuestas a apretar el gatillo en cualquier momento ante la perspectiva de tener ante sí a un contrarrevolucionario no es nunca agradable. Confieso haberme puesto nervioso aquella noche cuando me dijeron que debía volver andando por la oscura carretera a la frontera con Francia, mientras un miliciano me encañonaba por la espalda con su revólver. Así pues, mi contacto fugaz con la guerra civil española acabaría con mi expulsión de la República española.

¿Qué hacía yo aquel día en Puigcerdà? Aquí es donde el historiador, enfrentado al escritor de la autobiografía, se lleva las manos a la cabeza. No es sólo que el recuerdo de esa jornada haya sido deturpado por sesenta años y pico de continuas reconstrucciones mentales, sino que incluso aquel mismo día mi propósito, si este es el término adecuado, al cruzar la frontera, no debía de estar demasiado claro. ¿Qué habría hecho, si mi estancia no se hubiera visto interrumpida tan de repente? Dado lo que todo el mundo recuerda de la guerra civil española, probablemente habría considerado el hecho de unirme a las fuerzas de la República en su guerra contra el fascismo, como hicieron muchos otros jóvenes ingleses en las primeras semanas del conflicto bélico. Es casi seguro que ése no era mi objetivo cuando decidí ir a comprobar *in situ* cómo era una revolución, a pesar de lo identificado que pudiera sentirme inmediatamente —como tantos otros izquierdistas de mi generación— con la lucha del Gobierno del Frente Popular español. ¿Se me ocurrió esa posibilidad a lo largo del día? No puedo afirmarlo, o si tuviera la oportunidad de reconstruir todas mis sensaciones y sentimientos de aquella jornada quizá solicitaría acogerme a la 5.^a enmienda de la Constitución de Estados

Unidos, pues a la luz de la posterior creación de las Brigadas Internacionales,* cualquier respuesta sería deshonorosa. Si no me planteé dicha posibilidad, ¿por qué no lo hice? Y si me la planteé ¿por qué, a pesar de todo, no me uní a la lucha? Si no hubiera más fuentes que mis recuerdos personales; ¿a qué conclusión llegaría otro historiador, con menos prejuicios personales, ante el extraño caso del joven E. J. H. en la revolución española? Ésos son los problemas que surgen a la hora de escribir la historia como una biografía, o quizá sean los problemas más genéricos que plantea entender la naturaleza humana. En cualquier caso, mi jornada en Puigcerdà demuestra lo inútiles que son los ejercicios del «¿Y si tal? ¿Y si cual?» en historia, a los que actualmente se les define como «contrafactuales». No hay manera posible de decidirse por una de las infinitas hipótesis acerca de cómo habría o no habría podido verse afectada mi vida posterior si aquel joven guardia anarquista no hubiera rechazado mi entrada en el primer puesto fronterizo español. Y también demuestra que no hay nada mejor para un(a) historiador(a) que mantener los ojos y los oídos bien abiertos, especialmente si tiene la suerte de estar en el lugar adecuado en el momento justo. Puigcerdà me permitió dar mis primeros pasos por ese terreno de cultivo esencial para conocer a los «rebeldes primitivos» —por los que tanta fascinación he sentido siempre—, esto es, el movimiento anarquista español. Durante los años cincuenta estuve estudiando ese tema «sobre el terreno», en gran medida inspirado por la notable obra de Gerald Brenan, *El laberinto español*, que probablemente leí poco después de que se publicara la segunda edición en 1950. Ya no recuerdo si la leí antes o —lo que es más posible— después de mi primera toma de contacto real con España, que me dejó «la impresión profunda y duradera que España infunde a todos los que la conocen».³ Al menos dos de mis viajes a España tuvieron como motivo principal explorar con mayor profundidad la tradición anarquista: en 1956, cuando me dirigí a Casas Viejas, el pueblo que una vez (en 1933) intentó llevar a cabo la revolución mundial por su cuenta, y en 1960, cuando, cargado de emoción, seguí el rastro de un guerrillero anarquista que había caído poco antes, Francisco Sabaté.⁴

Ya no estoy seguro de qué me empujó a viajar a España en las vacaciones de Semana Santa de 1951. Era un país cuya lengua desconocía, aparte de algunos textos de eslóganes y canciones de la guerra civil y el vocabulario ideológico que, en cualquier caso, era internacional. Como haría posteriormente en Italia, tuve que aprenderlo con las conversaciones, haciendo uso de vez en cuando de un pequeño diccionario de bolsillo. (Me resultó más fácil en Italia, donde la gente con la que hablaba utilizaba un italiano culto, que en España, donde apenas pude in-

* Las primeras unidades de voluntarios internacionales reclutadas y organizadas oficialmente por el grupo italiano *Giustizia e Libertà* datan de finales de agosto; las Brigadas Internacionales de la Internacional Comunista fueron constituidas bastante más tarde. Las primeras unidades extranjeras estaban compuestas en su mayoría por gentes de otros países que se encontraban en Barcelona asistiendo a la Olimpiada del Pueblo cuando tuvo lugar el levantamiento de los generales. John Cornford (véase Capítulo 8), cuya llegada a Barcelona debió de producirse más o menos cuando alcancé la frontera, decidió alistarse «de modo bastante impulsivo» (Peter Stansky y William Abraham, *Journey to the Frontier*, Londres, 1966, p. 328) una semana después.

tercambiar información con intelectuales. De haber podido, probablemente nos habríamos entendido en francés.) Pero de una forma u otra, lograría cierta fluidez —aunque no gramatical— en ambas lenguas en muy poco tiempo, empezando inmediatamente después de mi llegada a Barcelona, por una velada en el Café Nuevo del Paralelo (café y espectáculo, un duro) cuando mi vecino, un albañil recién llegado de Murcia en busca de trabajo, me enseñó palabras tales como «guapa», «fea», «gorda», «delgada», «rubia», «morena» y otros vocablos importantes, mientras me indicaba su significado señalando los rasgos correspondientes en las artistas (mediocres) del diminuto escenario.

Mis apuntes de entonces⁵ dan a entender que sentía muchísima curiosidad por las noticias en torno al gran boicot a los tranvías, llevado a cabo con éxito a principios de marzo en Barcelona, contra la subida de las tarifas, al que siguió una huelga general sobre la que escribí un trabajo a mi regreso. Pensaba, con demasiada anticipación, que aquel acontecimiento «rompía esa corteza de pasividad y *attentisme* que (ante la falta de organizaciones ilegales eficaces) constituye el mayor triunfo de Franco en la actualidad...⁶ Fue una valoración excesivamente optimista, aunque las primeras brechas en el régimen empezaron a abrirse en la segunda mitad de esa década. Los exiliados antifranquistas que conocí por aquel entonces no provenían exclusivamente del entorno republicano, como era el caso del historiador Nicolás Sánchez Albornoz, hijo del hombre al que los emigrados seguían considerando presidente nominal de una República fantasma, sino que eran hijos de familias que formaban la elite franquista. Uno de ellos, mi querido amigo Vicente Girbau León, había pasado de su puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores del general directamente a una de sus cárceles. Posteriormente compartiría conmigo mi piso en Bloomsbury, antes de colaborar en la fundación de la casa editorial Ruedo Ibérico en París, cuyas publicaciones, entre ellas la obra pionera sobre la guerra civil española escrita por Hugh Thomas, pasarían de contrabando a la Península y ejercerían durante los años sesenta una gran influencia en el interior del país sobre el movimiento de disidencia juvenil en rápida expansión. También fue él quien me puso más tarde en contacto con los anarquistas.

En cualquier caso, en 1951 tuve mi primera experiencia de una Barcelona que seguía estando llena de «esos grupos de la policía armada con uniforme gris y con fusiles y metralletas, diseminados cada cien metros por el centro de la ciudad y a las puertas de las fábricas» que también vigilaban los característicos edificios palaciegos de las sedes bancarias, símbolo del paisaje de las calles céntricas de las ciudades de la España de Franco cual fortalezas de los dirigentes que regían los destinos de un pueblo hambriento. Tras unos días en Barcelona me dirigí, haciendo una combinación de desplazamientos por tren y en autoestop, hasta Valencia, luego a Murcia, Madrid, Guadalajara y Zaragoza, para terminar regresando a Barcelona.

A comienzos de los años cincuenta España era un país pobre y hambriento, quizá más hambriento que lo que ningún ser viviente pudiera recordar. La gente parecía vivir de patatas, coliflor y naranjas. Mientras contemplaba la maravillosa catedral de tonalidades doradas de Tarragona entre las ruinas de su época roma-

na, me preguntaba si acaso la ciudad había atravesado alguna vez en su antiquísima historia por una situación tan dramática como aquélla. En España no había voces públicas. Las noticias que se producían en Barcelona llegaban al resto del país de boca en boca, por los viajeros como yo, por los vendedores ambulantes, los camioneros y algún oyente ocasional de las emisoras de radio extranjeras. En la prensa sólo se hacían oscuras alusiones. Intelectualmente, España, la mayor parte de cuyos talentos había emigrado, era un país asfixiado («pocas obras españolas en las librerías “serias”»); las traducciones e incluso los clásicos de la literatura española estaban principalmente en ediciones que procedían de América Latina).

España era infeliz. Una y otra vez, en cafés, en las cabinas de los camiones, en las oficinas increíblemente feas del servicio de correos, en los vagones de los trenes, lentos pero baratos, la gente solía hacer comentarios como: «Este es el peor país del mundo» o «La gente de este país es más pobre que la de cualquier otro lugar». «Todo en este país ha ido de mal en peor desde Primo de Rivera [1923-1930]», decía la matriarca de una familia de buhoneros de Madrid que me tomó bajo su protección. España no había olvidado la guerra civil, y los vencidos, aunque desprovistos de todo poder y sin esperanzas, no habían cambiado su forma de pensar al respecto. Y sin embargo, una y otra vez, cuando surgía el tema, siempre había alguien que decía: «La guerra civil: no hay nada peor. Padres contra hijos, hermanos contra hermanos». La España de Franco de comienzos de los cincuenta era un régimen que se sostenía en el argumento de Thomas Hobbes de que cualquier orden político eficaz es mejor que no tener orden. El régimen sobrevivió, a pesar de lo perceptible que era su injusticia y de la impopularidad de que gozaba entre las masas —en cualquier caso en la zona este del país por la que viajé—, no tanto por su poder y su disposición a sembrar el terror, sino porque nadie deseaba otra guerra civil. Quizá Franco no habría conseguido mantenerse en el poder si, al final de la Segunda Guerra Mundial, los norteamericanos y los británicos hubieran decidido lo contrario y hubiesen permitido a las unidades de la resistencia armada del sur de Francia, compuestas en su gran mayoría de españoles republicanos, invadir el país. Pero no lo hicieron.

España, sobre todo, era un país aislado. Su régimen manchado de sangre seguía viviendo bajo el caparazón de la antimodernidad, bajo el catolicismo tradicionalista y la autarquía. La extraordinaria industrialización del país, que lo haría irreconocible y que incluso cambiaría el aspecto físico de los españoles en los treinta o cuarenta años siguientes, apenas había empezado. ¿En qué otro país europeo, excepto en Portugal —otro Estado igualmente enclaustrado—, se podía encontrar aún un lugar como Murcia, cuyo aspecto no se diferenciaba en nada de una ciudad provinciana de los Habsburgo de antes de 1914: docenas de niñas vestidas con uniforme negro y blanco, vigilando a sus niños por la alameda, observadas por los soldados desde los cuarteles cercanos; muchachas de clase media siempre acompañadas por carabinas; campesinos y tratantes de cerdos haciendo negocios en los bares del mercado? Los turistas se contaban por centenares, no por decenas de millones. Las costas del Mediterráneo todavía estaban vacías. Cuando pienso en las de la Andalucía de comienzos de los cincuenta, lo que me

viene a la memoria es una carretera desierta, polvorienta, en medio de un calor sofocante, discurriendo entre las rocas y el mar bajo, y la visión de unos buitres que descendían del cielo por todos los lados para unirse al resto de sus congéneres que ya estaban destripando el cadáver de una mula o un asno. Quizá fuera la ausencia de ese gran corruptor de la moral que es el turismo en masa de los ricos en la tierra de los pobres lo que permitía a los españoles de aquella época mantener su orgullo tradicional. Nada me sorprendió más por aquel entonces que la insistencia de los hombres y mujeres humildes por mantener una relación de reciprocidad: no aceptaban un cigarrillo sin ofrecer otro a cambio, o rechazaban la invitación a una copa de brandy de un inglés evidentemente más acomodado al no poder corresponder adecuadamente, pero en cambio sí aceptaban un café porque hasta ahí llegaban. De acuerdo con mi experiencia, los extranjeros todavía no eran principalmente una fuente de ingresos para la gente pobre, ni siquiera cuando —como en 1952— llegaban a Sevilla, como hice yo con un grupo de amigos estudiantes, en un yate claramente británico y lo amarraban en la ciudad, justo enfrente de los bares de Triana, que por aquel entonces aún no eran un lugar de encuentro de la gente bien.

Como España parecía anclada en su historia, y posiblemente seguiría así durante mucho tiempo, resultaba un escenario extraordinariamente peligroso para los observadores y los analistas del exterior. La presencia abrumadora de un pasado aparentemente inalterable —incluido el pasado más reciente— ocultaba las fuerzas, internas y externas, que en las próximas décadas transformarían el país de un modo más espectacular e irreversible que prácticamente cualquier otro de Europa. Me esforcé en comprender su historia, pero, aparte de darme cuenta de que el franquismo no iba a durar, sinceramente no tenía ninguna pista que me indicara adónde se dirigía. Incluso en 1966 escribía lo siguiente: «El capitalismo ha fracasado de forma persistente en ese país, y lo mismo ha sucedido con la revolución social, a pesar de la constante inminencia de ésta y sus erupciones ocasionales». Todavía no se había evidenciado para mí cuán anacrónica era esa opinión ya por aquel entonces. ¿Acaso en los años cincuenta un contacto más estrecho con la oposición antifranquista o con los intelectuales españoles me habría proporcionado un sentido más exacto de la realidad? Lo dudo, pues el único partido de oposición eficaz que existía, el Partido Comunista, seguía sin querer aceptar la información que del país les traían sus cuadros clandestinos de que no se vislumbraba en absoluto un derrocamiento repentino del régimen. Los anarquistas, otrora poderosos en el seno del movimiento obrero español, no habían conseguido sobrevivir a la guerra civil como una fuerza de peso. No obstante, cuando pienso en ello, me sorprende el poco contacto que mantuve en los años cincuenta con las personas intelectual y políticamente claves de España, o, antes de los sesenta, con la nueva generación de estudiantes y ex estudiantes españoles que vinieron a verme a Londres como a alguien de quien habían oído decir que era de izquierdas, o como lectores de mis libros, que empezaron a ser publicados por editores que no conocía, a veces traducidos bastante mal, a partir de 1964 (un síntoma del lento debilitamiento del régimen frente a la disidencia cultural y política en masa de sus jóvenes universitarios).

Los años sesenta en España constituyeron el primero de los diversos momentos históricos en los que la decadencia de los regímenes autoritarios resultó beneficiosa para este autor.

II

Mi descubrimiento de Italia en 1952 fue muy distinto del de España en casi todos los aspectos. Por una razón: Italia no era un país hambriento ni anquilosado. Aun cuando mi forma de viajar era sencilla —y en los años cincuenta normalmente mi presupuesto diario era el equivalente a una libra esterlina, todo incluido— no esperaba encontrar, como en España, viajeros supuestamente de clase media vestidos con ropa remendada. Aunque los días del milagro económico no transformarían la vida de la población italiana corriente hasta los años sesenta, incluso en el norte, los primeros signos de dinamismo ya eran evidentes: modernas gasolineras de vivos colores situadas a lo largo de las carreteras que ya eran algo más que simple distribuidores de carburante, las cafeteras de alta tecnología que estaban a punto de conquistar el mundo, y el enjambre de motocicletas por las calles que anticipaban el *boom* de los coches utilitarios. No toda Italia estaba camino de la «modernidad» occidental, especialmente en el sur y en las islas. De hecho, si *Rebeldes primitivos* tiene un único origen, cabría situarlo en una cena en casa del profesor Ambrogio Donini en Roma en 1952, o mejor dicho en la conversación que mantuvimos tras la cena, pues, debido a las convicciones igualitarias de los Donini, la familia, los criados y los huéspedes comían juntos. Mi anfitrión «me habló de los lazaretistas toscanos y de los seguidores de sectas de la Italia meridional».⁷ Pues Donini era un militante del Partido Comunista Italiano miembro de su Comité Central —en realidad un estalinista de la línea dura— y un experto en historia de las religiones. Por lo tanto hacía hincapié con agrado en el hecho de que los seguidores de un mesías de la Toscana rural asesinado en 1878 habían sobrevivido en silencio para manifestar de nuevo sus ideas durante el milenio, reapareciendo en 1948 tras el intento de asesinato del líder del PC italiano, Palmiro Togliatti. También me habló de los problemas que había ocasionado para la dirección del Partido la insistencia de varias de sus secciones rurales —el período de 1945-1950 fue una gran época de radicalización en el sur— en elegir a sus secretarios entre los miembros de los Adventistas del Séptimo Día y otras sectas similares, que normalmente no habrían sido considerados idóneos para constituir los cuadros de un partido de carácter marxista. ¿Quién era esa gente que había traído unas líneas de pensamiento más propias de la Edad Media a los movimientos políticos de mediados del siglo xx? ¿Quién trataba la era de Lenin y Stalin como si fuera también la de Martín Lutero? ¿Qué ideas tenían en la cabeza? ¿Cómo veían ellos el mundo, a diferencia de los movimientos políticos que basaban su fuerza en su apoyo? ¿Por qué, aparte de algunos pensadores italianos como el extraordinario Antonio Gramsci, se les prestaba tan poca atención? Italia, según parecía, estaba llena de huellas suyas. Fascinado y conmovido, intenté descubrirlas durante los siguientes años, viajando por las carreteras interiores del litoral mediterráneo. Afortunadamente, unos antropólogos estaban desarrollando

el interés por ciertos problemas similares que encontraron en sus investigaciones de los movimientos anticolonialistas en África. Max Gluckman de Manchester, hombre de gran originalidad y un formidable líder académico que llevaba todas las semanas a los miembros de su departamento a dar apoyo al Manchester United de acuerdo con las debidas formas antropológicas, se encargó de organizarme tres seminarios, en el curso de los cuales (también seguido de su tribu) me dio a conocer a la Marilyn Monroe de *La tentación vive arriba* y decidió que yo debía ampliar mis conferencias y publicar un libro.

Recuerdo mi primera visita en 1953 a Sicilia, donde me tomó bajo su protección Michele Sala, alcalde y diputado de Piana degli Albanesi, un feudo rojo desde 1893, cuando el noble Dr. Nicola Barbato predicaba el evangelio del socialismo a los habitantes de lo que por aquel entonces se llamaba Piana dei Greci, desde una roca en el apartado puerto de montaña de Portella della Ginestra, que actualmente sigue llamándose «la roca de Barbato». (En su juventud Michele Sala, originario de aquellos alrededores, había escuchado con sus propios oídos la buena nueva de labios del apóstol.)⁸ Sin importar los tiempos que corrieran, fueran de guerra, de paz o de fascismo, algunos pianeses desde entonces no habían dejado de peregrinar todos los primeros de mayo hasta ese lugar. El episodio de la matanza perpetrada por el bandido Giuliano en 1947 entre los participantes de la concentración del primero de mayo en ese lugar ha sido reconstruido maravillosamente en la espléndida película de Francesco Rosi *Salvatore Giuliano*. Al poco tiempo de que tuviera lugar ese incidente el Partido envió a Sala para que se encargara de esta difícil región de Sicilia. Poseía el sentido siciliano del realismo. En su juventud había reclutado, entre otros, a Giuseppe Berti, destacado comunista de la época de la Internacional Comunista, por entonces un simple estudiante de Palermo, pues al haber situado estratégicamente la sede socialista en un piso que daba a la salida de un prostíbulo, podía tener la seguridad de conocer a militantes en potencia dispuestos a acoger bien la propaganda roja, en un ambiente distendido. Combinó esta experiencia con la práctica política a cara de perro que había aprendido en Brooklyn, donde pasó veinte años de emigración por causas políticas y donde aprendió el inglés suficiente para mostrarme la ingente cantidad de obras con las que estaba llenando las afueras de la ciudad («Hay muchos tíos que necesitan trabajo»), mientras atravesábamos la zona en su automóvil oficial del ayuntamiento y saludaba de izquierda a derecha a sus ciudadanos («¡En esta ciudad sé muy bien a quién debo saludar!»).

Me llevaron a ver el cementerio, o mejor dicho la necrópolis de los Matrangas, los Schirò, los Barbato, los Loyacano y demás familias cristianas albanesas que habían emigrado al sur de Italia y a Sicilia durante los siglos xv y xvi. Todas las lápidas modernas, pequeñas o grandes, tenían la fotografía del finado. La muerte, respetada y recordada, estaba siempre presente en Piana. Vi lo que seguía siendo un fenómeno habitual, las silenciosas mujeres vestidas de luto sentadas en la calle, pero siempre de espaldas. Estábamos paseando por uno de los lados de la plaza —los anticomunistas y los mafiosos lo hacían por el otro— cuando me de-

tuvo un instante. «No digas a nadie de aquí que eres inglés —me advirtió—. «Hay gente a la que no le gustaría vernos juntos. Les diré que eres de Bolonia.» Era bastante lógico: hasta en Sicilia sabían que Bolonia era un feudo rojo, y por lo tanto parecía natural que un comunista visitara a otro compañero. Sólo había un inconveniente. Habíamos pasado el día juntos hablando claramente en inglés. Sala, que conocía a sus conciudadanos, no le dio importancia a ese problema. «¿Y qué sabe esa gente de cómo hablan en Bolonia?» En realidad, tan sólo unos noventa años antes, poco después de la unificación de Italia, este hecho era absolutamente cierto. En 1865 a los primeros maestros de escuela que fueron enviados por el nuevo reino a enseñar a los niños sicilianos la lengua italiana de Dante los tomaron por ingleses. En este sentido no cambió fundamentalmente nada en la Sicilia profunda hasta la llegada de la televisión estatal. Pero incluso otras regiones menos atrasadas de Italia seguían teniendo algo de tercermundistas. Para la mayoría de sus habitantes —hasta los que eran bilingües y hablaban italiano en lugar de siciliano, calabrés o piamontés— el italiano consistía en dos lenguas: la que hablaban cotidianamente y la formal, todavía enraizada en el uso barroco, que se utilizaba en los periódicos y en los libros y en la que se pronunciaban los discursos oficiales. Seguía siendo una reliquia del pasado tanto en su respeto público por los intelectuales como en la forma en que dependía de éstos. No puedo pensar en ningún otro país europeo en el que un intelectual sin paliativos como Bruno Trentin, hijo de una familia de académicos antifascistas emigrados, fuera considerado aceptable como líder de uno de los sindicatos más importantes del sector de la industria, y posteriormente de la principal confederación nacional de sindicatos.

Aprender cosas sobre Italia también era diferente en otro aspecto. Después de 1945 fue posible de nuevo la llegada de un turismo sin mala conciencia motivado por el arte y la diversión a un país que había roto de forma tan clamorosa con su pasado fascista. Tuve la suerte de contar con los mejores guías que pudiera imaginar: Francis Haskell, que preparaba los programas, y Enzo Crea, con sus conocimientos enciclopédicos de todas las artes, que mostraba con el mismo entusiasmo los rincones más apartados y los tesoros más importantes de Italia a sus amigos. Además, casi nunca viajé solo a Italia, y, cuando llegaba, rara era la vez que no estuviera rodeado de amigos italianos. Cuando me volví a casar, a estos amigos se sumaron los de Marlene, que había vivido en Roma durante varios años antes de que nos conociéramos. Asimismo, tenía la enorme ventaja de contar con la gente que me presentaba un personaje cuyo nombre hacía que se abrieran todas las puertas de la izquierda italiana, aparte de otras muchas, Piero Sraffa. Instalado desde hacía mucho tiempo en Cambridge en un conjunto maravilloso de dependencias del Trinity College, frente a las de Maurice Dobb, con quien producía una edición monumental de las obras del economista David Ricardo, este hombre de pelo canoso, menudo y cortés, poco locuaz y que no escribía demasiado, era considerado un intelectual de una gran capacidad crítica. Su hábitat natural estaba entre bastidores. Aunque se mostraba taciturno en lo tocante a sus opiniones políticas, y desde luego a todo lo demás, se sabía que había sido uno de los mejores amigos de Antonio Gramsci, y desde 1926 hasta el fallecimiento

de éste en 1937, el principal contacto con el mundo exterior del líder comunista encarcelado. Con la ayuda de otro amigo influyente que trabajaba en la banca, había sido el conducto a través del cual se conservaron los cuadernos de Gramsci escritos en la cárcel. Lo que no se sabía era que, de no ser por él, los importantes manuscritos de Gramsci probablemente ni siquiera habrían llegado a ser escritos, pues, tras la detención de éste, Sraffa (perteneciente a una familia turinesa acomodada) abrió inmediatamente una cuenta ilimitada para el prisionero en una librería de Milán. Había sido uno de los amigos de confianza del líder del Partido en aquellos momentos, Togliatti, desde su época de universitarios. Se cuenta que había considerado la posibilidad de regresar a Italia una vez finalizada la guerra, pero abandonó la idea tras el resultado de las elecciones de 1948, desastrosos para la alianza socialista-comunista.

Como conocía a todo el mundo en los ambientes antifascistas —al fin y al cabo Turín había sido la capital del antifascismo liberal y comunista—, el nombre de Sraffa hizo que inmediatamente los intelectuales del Partido me aceptaran entre ellos. En aquellos días un comunista extranjero se convertía automáticamente en un miembro más de la hermandad, un *compagno* al que se llamaba de *tu* y no se le daba el tratamiento de *lei*. De hecho, el primer nombre de la lista de Sraffa al que telefoneé en Roma, el historiador comunista de más prestigio del momento, Delio Cantimori, gran experto en las herejías del siglo xvi, de andares lentos, que tenía un ingenio mordaz y parecía mayor de lo que en realidad era, me invitó enseguida a quedarme en la casa de Trastevere en la que vivía junto con su esposa Emma, traductora de Marx. Allí, con su ayuda, entré en contacto con los intelectuales antifascistas establecidos en Roma, que por aquel entonces eran en su mayoría comunistas o simpatizantes del Partido. En un sentido u otro, casi todo lo que aprendí de Italia —aparte de sus paisajes y de su historia del arte— fue a través de los comunistas del país o de los italianos que seguían a su lado a comienzos de los años cincuenta. Fue toda una suerte que mis amigos intelectuales de la izquierda italiana, y especialmente los historiadores, combinaran la práctica y la teoría, y a menudo hicieran también la labor de periodistas observadores y analíticos.

Sin embargo, prácticamente ningún turista que viajara por las zonas rurales más apartadas de Italia en los años cincuenta encontraba a alguien dispuesto a responder las preguntas de un extranjero, o a formularse las él. Seguía siendo, después de todo, un país de comunicación verbal, cara a cara. En lugares como Spezzano Albanese (provincia de Cosenza, Calabria) los pocos periódicos que llegaban todavía se leían en voz alta para los analfabetos en los cafés, en los talleres y en la «Sezione» del PCI. En 1955 el teléfono había llegado a San Giovanni in Fiore, cuna del gran teórico milenarista medieval, el abad Gioacchino di Fiore, hacía apenas unos meses. Los forasteros, italianos o extranjeros, eran portadores de noticias (incluso a aquellos que, quisieran o no, sabían que llegaban inevitablemente tiempos nuevos). «Las cosas están cambiando», me dijeron en más de una ocasión en Sicilia en 1955. «Nuestras costumbres cada vez se parecen más a las del norte, por ejemplo en el hecho de que las mujeres salgan a la calle. Al final creo que seremos como ellos.»

Por aquella época el PCI parecía la puerta principal para acceder a esos tiempos nuevos. Contaba con una afiliación de unos dos millones de militantes —aproximadamente una cuarta parte del electorado nacional—, que siguió aumentando con cada convocatoria de elecciones hasta llegar a su momento de máximo apogeo a finales de los años setenta cuando más o menos igualó —los más entusiasmados dijeron que estuvieron a punto de superarlo— el 34 por ciento alcanzado por el partido del gobierno permanente, la Democracia Cristiana. Socialmente, el PCI constituía una sección representativa de toda la sociedad italiana, así como un partido de clase, sobre todo en sus grandes feudos del centro-norte del país: Emilia-Romaña, Toscana y Umbría, unas regiones de gran cultura y prosperidad, de gran dinamismo tecnológico y comercial, y una administración honesta. El comunismo italiano no era toda Italia, pero sin duda fue un elemento fundamental y maravillosamente civilizador del país. Sin embargo, como el inconformismo en Gran Bretaña, fue y sigue siendo una minoría.

No obstante, era un gran movimiento profundamente arraigado en la sociedad. El *popolo comunista*, como sus cuadros lo llamaban, era algo más que una mera colección de cruces marcadas en unas papeletas de votación o que la renovación anual de los carnets de afiliación. Su gran acontecimiento recurrente, en principio una manera de recabar apoyo financiero para el periódico del Partido, *L'Unità* (que no era más leído por los comunistas que los demás periódicos por el resto de los italianos), era una pirámide de fiestas populares cuya base estaba en cada pequeño pueblo o distrito metropolitano, y que culminaba en la Festa Nazionale de l'Unità celebrada cada año en alguna localidad importante. Mi conexión con la política italiana empezó cuando fui calificado en 1953 de «delegado fraternal» y tuve que hablar, Dios sabe cómo, en una de esas fiestas que se celebraba en un pueblo junto al río Po. La Festa era esencialmente una excursión colectiva de la *familia* nacional para gastar dinero en favor de la causa y una forma de pasar todos juntos una jornada agradable con las esposas, los hijos, los amigos y los líderes en los que se confiaba. Se dice que la primera vez que tuvo lugar en Nápoles, la población de esa gran ciudad, consciente de que la afluencia esperada no iba a ser de turistas a los que esquilar, sino de *compagni* y gente sencilla, atendió a la llamada de los líderes comunistas y durante veinticuatro horas se abstuvo de practicar sus actividades proverbiales. La Festa también era, como cabe suponer, una reunión política, pues, en los tiempos anteriores a la televisión, la oratoria política de un invitado emblemático, su mérito proporcional a su duración, y su técnica basada en la de los actores al aire libre constituían además el entretenimiento público más importante en el que podían participar los creyentes. Como el *popolo comunista* era también el único sector de la población italiana no perteneciente a la clase media aficionado a la *lectura* y a mejorar por sí mismo, los editores progresistas confiaban en estas celebraciones, especialmente en la Festa nacional, para llevar a cabo la mayor parte de sus ventas anuales, sobre todo de las distintas enciclopedias, historias y otros artículos intelectuales básicos en varios volúmenes. Con su habitual sentido del mercado nacional, mi editor, Giulio Einaudi, escogió para el lanzamiento de la *Storia del Marxismo* en varios tomos (que yo coeditaba con otros) el que sería el momento de máximo apogeo del

PCI de Enrico Berlinguer, así como el inicio de su declive (imprevisto), la gran Festa de 1978 celebrada en Génova. Desgraciadamente, al igual que sucedería con el PCI, el interés popular por el marxismo también iría disminuyendo, aunque el primer volumen de la *Storia* llegó a venderse bien. Fue el único que se tradujo al inglés. No obstante, fue una ocasión memorable por los discursos pronunciados en el enorme anfiteatro situado frente al mar azul, las grandes mesas rebosantes de comida bajo los entoldados llenos de grupos familiares y felicitaciones de los amigos, y los esperanzados dirigentes comunistas (con la excepción del silencioso Berlinguer) charlando y bromeando en el salón del hotel.

Tuve la suerte de que mi guía en Italia fuera un grupo increíblemente impresionante de comunistas de antes de la guerra y miembros de la Resistencia. Los políticos a tiempo completo que conocí solían mantener su papel de intelectuales y escritores: Giorgio Napolitano, Bruno Trentin, el corpulento Giorgio Amendola y el menudo y regordete Emilio Sereni, un erudito enciclopédico perteneciente a una de las familias judías más antiguas de Roma, encarcelado durante la guerra por los nazis, que escribía con la misma originalidad tanto acerca de la historia del paisaje italiano como de la prehistoria de Liguria. Los académicos también solían hacer doblete como políticos. Varios de ellos formaban parte del Comité Central. Renato Zangheri, especializado en historia económica, triunfaba como alcalde de Bolonia, ciudad medieval maravillosamente conservada y moderna a la vez, la mayor metrópoli «roja» de Italia; y Giuliano Procacci y Rosario Villari (que junto con su esposa, Anna Rosa, eran nuestros amigos más íntimos) se turnaban en el Parlamento italiano.

Desde un principio me sentí muy cómodo entre los comunistas italianos, posiblemente porque muchos de ellos eran intelectuales, aunque también porque eran verdaderamente encantadores. No cualquier líder nacional habría viajado a Cambridge en el anonimato, como hizo Giorgio Napolitano, simplemente para estrechar la mano del moribundo Piero Sraffa, cuando luchaba desesperadamente contra su declive mental; o, del mismo modo, habría interrumpido su trabajo de ministro del Interior de su país durante unas cuantas horas para acudir a una celebración pública de mi octogésimo cumpleaños en Génova. Al cabo de pocos años de mi primera visita, me encontré trabajando en la sombra de la dirección del PCI como patrocinador oficial del Congreso de Estudios de Gramsci —siendo además el único británico presente en él— celebrado en enero de 1958, que supuso la ocasión del primer reconocimiento formal de los teóricos comunistas italianos por parte de los guardianes de la ortodoxia ideológica de Moscú. También fue la única vez que tuve la oportunidad de conocer en persona al presidente del Partido, Palmiro Togliatti. Por mi parte, me encariñé con el comunismo italiano, encontré a su guru, el difunto Gramsci, increíblemente interesante, y después de 1956 me adherí a su postura política. A diferencia de Gran Bretaña, en Italia seguía mereciendo la pena unirse al Partido después de ese año.

¿Por qué resultaba tan fácil entenderse bien con los italianos? Al contrario de los franceses o los ingleses, eran personas encantadoras, que se sentían halagados e incluso animados por el interés que los extranjeros mostraban por sus asuntos, incluso cuando o sobre todo cuando esos recién llegados eran a todas luces dis-

tintos de ellos, o —como en mi caso— cuando su conocimiento de la lengua italiana era precario y el del país, superficial. Creo que ello se debe en parte a una larga historia de pertenencia a un país considerado tradicionalmente encantador, pero no demasiado serio, por el mundo exterior, a un país unificado desde 1860, pero no lo suficientemente acertado en sus actuaciones en la paz y en la guerra. Según mi punto de vista, estas circunstancias condujeron a un arraigado sentimiento de marginalidad y provincianismo. Los italianos se habían resignado a la creencia de que la verdadera acción histórica, los centros de la civilización y de las autoridades intelectuales, estaban en otros lugares. Desde el siglo xvii nadie había mirado verdaderamente a Italia en busca de modelos de logros y ejemplos culturales e intelectuales, aparte de la música; y desde el siglo xix ni siquiera en el ámbito de la ópera. El fascismo, aunque en cierto sentido reforzó un sentimiento de identidad nacional, había fracasado en su intento de curar esa sensación italiana de inferioridad política y militar, y no cabe la menor duda de que no hizo nada por desprovincializar la cultura del país. Se consideraba que la Italia posfascista tenía muchísimo que hacer para ponerse al día culturalmente y, de una forma u otra, su referencia para este cometido se encontraba fuera de sus fronteras. Las traducciones de autores extranjeros seguían siendo más numerosas en el mercado editorial italiano que en el de cualquier otro país de dimensiones parecidas. Y casi cualquier reconocimiento de un logro italiano en el extranjero era muy bien acogido. Giulio Einaudi sabía perfectamente lo que se llevaba entre manos incluso en 1979, cuando lanzó la espléndida edición crítica de Gerratana de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci no en Roma, sino en París, del mismo modo que había sacado su fantástica *Storia d'Italia*, compuesta por varios tomos, en Oxford. El sello de una buena acogida en París o el prestigio de Oxford seguía siendo la mejor presentación para el mercado italiano. Y no cabe duda de que desde el siglo xviii la cultura italiana era en gran medida provinciana, como se desprende de las lecturas del propio Gramsci y de su obra. Incluso en sus mejores momentos, dejando a un lado las matemáticas, la ópera y el interés transitorio que suscitó el futurismo, no hubo nadie en el extranjero que prestara demasiada atención a lo que se llevaba a cabo en Italia.

Quizás el logro más espectacular e inesperado de la República italiana nacida de la Resistencia antifascista fuera cambiar toda esta situación, y al hacerlo consiguió demostrar lo que resultaba siempre evidente a los ojos de cualquier extranjero libre de prejuicios, a saber, que los italianos no habían perdido ninguna de las dotes intelectuales, artísticas y empresariales que habían dado lugar entre los siglos xiv y xvii a aquellas grandes conquistas admiradas universalmente. En ciertos aspectos los caminos de la cultura francesa e italiana de posguerra han seguido direcciones opuestas. Mientras Francia perdía después de 1945 la hegemonía cultural que durante tanto tiempo se le había dado por supuesta, y se retiraba a lo que de hecho era un gueto francófono, el prestigio del arte, la ciencia, la industria, el diseño y el estilo de vida italianos seguía una progresión ascendente, y la imagen de Italia en la cultura occidental dejaba de ser marginal para ocupar un lugar central. También fueron liberados por la Resistencia los talentos que habían florecido o habían sido tolerados bajo la dictadura fascista: grandes figuras del

cine italiano como Rossellini, Visconti y De Sica ya operaban antes de la caída de Mussolini. En los años cincuenta parecía inconcebible que la industria internacional de la alta moda llegara un día a tomar como referencia a Milán y a Florencia antes que a París.

No obstante, excepto en campos totalmente transnacionales como los de las matemáticas y las ciencias naturales, al pensamiento italiano le costó trabajo sacudirse de encima el provincianismo del pasado; sobre todo debido a la vieja resistencia del sistema universitario italiano, que desde tiempos inmemoriales era víctima del control ejercido por los políticos y burócratas y de las maniobras de sus propios «barones» a través de su poderoso sistema de patrocinios. De ahí la excepcional importancia en la vida intelectual italiana de los primeros treinta o cuarenta años de posguerra, de casas editoras comerciales como Laterza, Einaudi y Feltrinelli. De hecho, como en la República Federal Alemana de posguerra, sustituyeron en gran medida a las universidades pendientes de ser reconstruidas como motor intelectual y cultural, o, si se prefiere utilizar la jerga puesta de moda después de 1989, como órganos de la «sociedad civil».

El príncipe de estos arquitectos de la cultura de la Italia posfascista fue Giulio Einaudi (1912-1999), mi amigo y editor, hijo del economista liberal más eminente de Italia y posteriormente primer presidente del país, que había fundado su editorial a los veintidós años de edad en 1933 y la había dirigido durante otros cincuenta. Paradójicamente, no era una figura muy intelectual, pero se puso al frente de un equipo de asesores que combinaban una inteligencia, una erudición, un ingenio, una cultura cosmopolita y una creatividad literaria excepcionales. Todos ellos se caracterizaban por su antifascismo y sus actividades en la Resistencia—bien en la tradición comunista, bien en la liberal-socialista de Giustizia e Libertà—, la mayoría procedentes de la rígida e independiente elite intelectual de Turín, y crearon la que seguramente fue la mejor editorial del mundo durante los quince años posteriores a 1945.

La palabra «príncipe» ha sido escogida deliberadamente, pues a pesar de sus simpatías por el comunismo, el estilo de Giulio, su espléndida *bella figura* en la ciudad o en el campo, era digna de un rey, o cuando menos de un gran señor feudal. Incluso como huésped en una sala de estar de Hampstead, seguía irradiando aquella afabilidad señorial. Incluso en bañador en una playa de La Habana, seguía pareciendo un mecenas. El espíritu feudal se extendía a la concepción que tenía de sus deudas comerciales, hasta en lo referente al pago a sus autores, que al final lo llevarían a la bancarrota. (Por otro lado, los autores solían recibir cajas de botellas de Barolo procedente de los viñedos de los Einaudi como regalo de Año Nuevo; un vino tan importante que las bodegas Einaudi recomendaban que se abriera y se dejara reposar al menos ocho horas antes de tomarlo.) Como los monarcas absolutos, consideraba que su reino era una prolongación de su persona, y al final su obstinación en no escuchar los consejos de sus asesores financieros, o incluso en no pensar en el futuro de la editorial cuando él ya no la dirigiera, fue lo que acabó con él. Era tal el prestigio de la compañía que en más de una ocasión se salvó de la bancarrota por ser considerada un tesoro nacional por un conjunto de figuras antifascistas italianas, coordinadas por el gran banquero Raffaele Mat-

tioli (el que en 1937 había escondido y puesto a salvo los manuscritos del difunto Gramsci en el banco, hasta que pudieron ser trasladados, a través de Piero Sraffa, hasta el cuartel general del PCI en el extranjero). En los años ochenta acabó perdiendo el control de la empresa, y en 1991 Giulio Einaudi Editore fue vendida al imperio mediático de Silvio Berlusconi. No logro recordar cuándo vi a Giulio por última vez. Probablemente fuera en la fiesta de mi octogésimo cumpleaños organizada en mi honor por la ciudad de Génova en 1997, ya viejo, triste y bastante apagado, en una Italia muy distinta de la de sus días de gloria. En otra época él e Italo Calvino habían formado parte del séquito de honor del féretro de Togliatti, que había reconocido su prestigio y sus simpatías políticas al conceder a la editorial de Einaudi los derechos para publicar las obras del propio Antonio Gramsci. Por desgracia, por aquel entonces lo que había sido otrora el PCI de Togliatti también estaba en decadencia.

Entre 1952 y 1997 Italia conjugó su espectacular transformación social y cultural con una política inamovible. Al finalizar la Guerra Fría la población de esta península tradicionalmente pobre poseía más automóviles por habitante que prácticamente cualquier otro Estado del mundo. El país del Papa legalizó el uso de anticonceptivos y el divorcio, acogiendo con entusiasmo el primero, pero absteniéndose notablemente del segundo. Era un país distinto. Pero desde que empezó la confrontación de los países del este y del oeste en 1947 quedó claro que Estados Unidos no permitiría bajo ninguna circunstancia que los comunistas subieran al poder en Italia, ni siquiera que fueran elegidos para desempeñar cargos en el Gobierno. Éste siguió siendo el principio básico de Washington, cabría decir su «postura irrenunciable», mientras hubiera una URSS y un PCI, y durante unos cuantos años después de que ambos desaparecieran. Pero también quedó igualmente claro que un Partido Comunista de masas no podía ser eliminado ni por una represión policial ni por una decisión constitucional, aunque la gran revuelta rural de la Italia meridional, cuyas consecuencias suscitaron mi interés por la «rebelión primitiva», se desvaneciera a mediados de los años cincuenta. Haciendo gala de su sentido realista, los democristianos aceptaron este hecho y permitieron que el PCI tuviera un espacio político en sus regiones, en la cultura y en los medios de comunicación. Al fin y al cabo, habían fundado la República juntamente con los comunistas. Dentro de Italia la Guerra Fría no fue un juego de suma cero.

Así pues, la Italia a la que llegué había empezado a acomodarse a un futuro previsible, lo mismo que Japón, como satélite político increíblemente corrupto de Estados Unidos, bajo un partido único, la Democracia Cristiana, mantenido en el poder de manera permanente gracias al veto de los norteamericanos. Cuando llegué a Italia por primera vez, pude observar que la modesta mafia siciliana de posguerra seguía siendo prácticamente una organización indocumentada e inalficable, mientras que la camorra napolitana, quizás incluso más poderosa hoy en día, parecía entonces extinguida.⁹ Ambas organizaciones son producto del sistema político de la Guerra Fría. Durante las décadas que siguieron a 1950 la República italiana se convirtió en una institución extraña, laberíntica, con frecuencia absurda y a veces hasta peligrosa, cada vez más alejada de la realidad de la

vida de sus habitantes. El comentario irónico de que Italia era la prueba de que un país podía funcionar sin un Estado, demostrando así que Bakunin tenía razón y Marx no, no se atiene totalmente a la verdad, pues los italianos se han pasado buena parte de su tiempo esquivando a un Estado que sobre el papel era fuerte, todopoderoso e intervencionista. Los italianos tenían que ser, y eran, buenos en ese juego, pues la transformación masiva del poder, los recursos y el empleo público en un sistema de patrocinios y tráfico de influencias a escala nacional hizo que fuera cada vez más necesario encontrar formas de que la sangre de la ciudadanía circulara por un millón de vasos capilares con el fin de evitar el flujo por unas arterias principales cada vez más obstruidas. «Arreglárselas» —más gracias a los contactos que utilizando sobornos— se convirtió en el lema nacional italiano.

En algún lugar entre una sociedad civil próspera y más segura de sí misma que nunca y las actividades esotéricas del Estado, y cubierto por infinitas capas de silencio y ofuscación, se encontraba la esfera del *poder*. No tenía constitución ni estructura formal. Era un complejo acéfalo de centros de poder que debían entenderse entre ellos a escala local o nacional: privados, públicos, legales, clandestinos, oficiales y no oficiales. Todo el mundo sabía, por ejemplo, que el *avvocato* —Gianni Agnelli, jefe de la familia propietaria de la FIAT y de otras muchas cosas más— era un centro de poder a escala nacional, del mismo modo que él era consciente de que, aunque ningún Gobierno italiano podía dejar de entenderse con él, a su vez él tenía que entenderse con quien moviera los entresijos en Roma. Una parte de esa esfera de poder era secreta y seguía caminos subterráneos, asomando sólo media cabeza en determinados períodos de crisis como los que tuvieron lugar en los años setenta y ochenta. En dichos períodos los políticos italianos volvieron al estilo operístico o Borgia, en medio de interminables discusiones, no tanto sobre quiénes eran los asesinos de los *cadaveri eccellenti*,* sino acerca de quién estaría detrás de ellos, de qué modo estaban vinculados a logias masónicas discretas, pero influyentes, y sobre los proyectos ocultos para impedir que el PCI entrara en el círculo del poder político aun cuando para ello fuera necesario un golpe militar.

En los años noventa el sistema se vino abajo. El fin de la Guerra Fría privó al régimen italiano de su única justificación, y una verdadera sublevación de la opinión pública contra la codicia realmente espectacular del primer ministro socialista y de su partido acabó con él. Todos los partidos de la Italia de posguerra quedaron borrados del mapa en las elecciones de 1994, excepto el PCI, cuya reputación de honestidad relativamente merecida lo salvó de la quema, y los neofascistas, que también habían estado permanentemente en la oposición. Por desgracia, en los años noventa en Italia, como en el resto del mundo, quedó demostrado que era posible acabar con un viejo régimen malo, pero sin que se produjeran necesariamente las condiciones para crear uno mejor.

* Título de la película de Francesco Rosi producida en 1976, basada en una novela del gran escritor siciliano Leonardo Sciascia.

III

¿Qué puede decir el autor de su biografía acerca de un país que ha formado parte de su vida y de la de su esposa durante medio siglo? Algunas de las personas más cercanas a nosotros fueron o son de Italia. Cuando no queríamos que los niños nos entendieran, hablábamos italiano en casa. Este país se ha portado muy bien con nosotros, nos ha ofrecido la amistad en lugares maravillosos, nos ha permitido descubrir su infinita capacidad creativa, pasada y presente, y nos ha proporcionado un número mayor de esos raros momentos de pura satisfacción por el mero hecho de estar vivo que el que un ser humano puede esperar tener pasada la juventud. Me ha dado mis temas como historiador. Sus lectores han sido generosos conmigo como autor.

Sin embargo, como creo que ser historiador ayuda a entender un país, debo plantearme por qué la Italia del *signor* Berlusconi del 2002 no es la que me esperaba hace cincuenta años. ¿Hasta qué punto no supe ver hacia dónde iba el país porque mis observaciones fueron deficientes o víctimas de la subjetividad; hasta qué punto los giros que tenía su camino no eran todavía visibles? ¿Fue la democratización de la sociedad de consumo la que abrió un abismo todavía mayor entre la minoría culta e intelectual, cuya amistad mantienen los historiadores ancianos, y el resto de una población que leía pocos periódicos y gastaba por habitante menos dinero en libros que los demás países miembros de la Unión Europea con la excepción de los dos más pobres? ¿Acaso la velocidad acelerada de la economía, y por lo tanto de la transformación social y cultural, enturbió las previsiones para Italia y el resto del mundo?

Sin lugar a dudas pocos fueron los que supieron interpretar correctamente aquel período de miedo y tensión, bajo la amenaza de un golpe de Estado, esto es, los años setenta, cuando el PCI alcanzó el máximo apoyo electoral en las grandes ciudades y en toda la nación. No supimos ver que la espectacular transformación industrial estaba debilitando fatalmente la influencia política que ejercía el PCI en el corazón económico de Italia, el norte: el edificio que albergaba la cadena de montaje de la FIAT en Turín acoge en la actualidad la Feria Anual del Libro. El Partido no quiso aceptar que tras los sucesos de 1968 había perdido su principal tesoro político, a saber, su hegemonía reconocida sobre la izquierda italiana, y en realidad sobre todas las fuerzas de oposición aparte de los pocos partidarios del fascismo que quedaban. El pequeño libro que escribí entonces con Giorgio Napolitano, por aquella época en la secretaría del PCI, no parece haber sido escrito en la década que culminó con el secuestro y asesinato del primer ministro italiano, Aldo Moro, a manos de las Brigadas Rojas, el movimiento terrorista europeo más formidable de la izquierda.¹⁰ Probablemente lo peor de todo fuera que el Partido, como los demás movimientos de la clase obrera del resto del mundo, empezó a perder contacto con su *popolo comunista* para el que había sido el partido de la resistencia, de la liberación y de la esperanza social, el defensor de los pobres. Ya a comienzos de los setenta, algunos amigos de Turín me comentaron lo siguiente: «Hemos dejado de ser un movimiento; nos estamos convirtiendo en un

“partido de opinión” como los demás». ¿Cómo se podía hablar de política del mismo modo con los astutos periodistas más bien jóvenes, expertos conocedores de los medios, que llamaban del periódico del Partido (ahora luchando para seguir adelante), *L'Unità*, que con la generación de periodistas partisanos y de la liberación? Con el rejuvenecimiento de sus cuadros, el Partido descubriría que había cambiado el talante de los mismos. A medida que iba decayendo y abandonaba una parte demasiado importante de una gran tradición que llevaba su nombre, se preparaba a abrirse camino a través de los años noventa en la incertidumbre de su improvisado logotipo botánico recién estrenado: la encina y el olivo.

Cinco años después del fallecimiento de Berlinguer había caído el Muro de Berlín, y el PCI, abandonando sus símbolos y tradiciones, reconstruía sus propias estructuras y cambiaba su nombre para presentarse de un modo poco definido como el Partido Democrático de Izquierda (la etiqueta habitual a la que recurrían los antiguos partidos comunistas de Moscú), frente a una encarnizada oposición interna y la secesión de un nuevo Partido de Refundación Comunista.

Así, a la larga, disfrutar de Italia resultó más fácil que entenderla. Paradójicamente, fue más fácil en la época de la crisis de la República. Desde un punto de vista personal, Italia fue durante los años ochenta una sucesión de acontecimientos públicos y conversaciones académicas en lugares cuyo conocimiento no disminuía su belleza, de días transcurridos con amigos principalmente en la casa de campo de Rosario y Anna Rosa Villari en Toscana o en los alrededores. Era un país irreal, en el que uno se tendía acompañado de amigos en la terraza con vistas a la Val d'Orcia después de almorzar, escuchando la voz de la Callas cantando «Casta diva», procedente de un tocadiscos colocado en una habitación del piso de arriba.

Mientras tanto, la Italia colectiva de los años ochenta era una especie de *reductio ad absurdum* de la vida pública, una época de política manchada moderadamente de sangre de los hermanos Marx. Mientras los hombres de Craxi compraban a toda una serie de antiguos «intelectuales progresistas», algunos ministros socialistas con un elevado nivel de vida entraban apretando el paso en los *nightclubs* con jóvenes aspirantes a estrella del cine, sus facturas eran pagadas por una clase empresarial deseosa de atraerse su favor, cantidades ingentes de dinero destinadas a subvencionar grandes catástrofes sísmicas desaparecían esfumándose en el aire, las finanzas del Vaticano atravesaban momentos muy turbios debido a la especulación económica de ciertos banqueros vinculados con la Mafia, uno de ellos aparecido ahorcado bajo el puente londinense de Blackfriars, y un profesor napolitano conseguía construirse un imperio académico en un palacio municipal a base de sus investigaciones, respaldado por las referencias de algunos colegas eminentes que no supieron darse cuenta de que cada uno de sus libros eran traducciones literales de tesis doctorales alemanas.

Mi recuerdo más vivo de esos años es el de un corto viaje de un día a Roma, marxiano en dos sentidos. La televisión italiana me había invitado a participar en un programa con motivo del centenario de aquel gran hombre, bajo el título de *Una velada con Karl Marx*.

La «velada» fue verdaderamente surrealista, aunque por desgracia nunca vi el

programa, perdiéndome así la interpretación de la «Internacional» por la famosa cantante clásica de vanguardia Cathy Berberian. En el interior de una nave enorme de la RAI (la televisión nacional italiana) habían construido un decorado muy particular alrededor de una cabeza gigantesca de Karl Marx fabricada de papel *mâché*, con la parte superior extraíble. Desde ella el presentador, un cómico muy conocido, iba sacando de vez en cuando una especie de grandes tarjetones en los que ponía LUCHA DE CLASES, DIALÉCTICA, y cosas por el estilo. También habían construido algo parecido a una dacha de una de esas fincas rústicas chejovianas, en cuya terraza me sentaron a mí junto al difunto Lucio Colletti, un excelente académico ex comunista, con el que se suponía que debía exponer LA TEORÍA DEL VALOR-TRABAJO en menos de cinco minutos, cuando extrajeran de la cabeza de Marx el tarjetón correspondiente. Más tarde Colletti apoyaría a Silvio Berlusconi, pero ni siquiera él podía saber ni imaginar en 1983 lo que sucedería.

No sé cómo siguió aquella *Velada con Karl Marx*, pues me fui a recoger mis honorarios, abonados en metálico por una joven empleada de los servicios públicos del Estado italiano. La chica me dio el siguiente consejo: «Sabe, se supone que usted no puede sacar tanto dinero del país. Creo que lo más conveniente sería que lo escondiera en su maleta entre las camisas. Nunca se molestarán en mirar ahí».

Debería recordar con agrado los años noventa. *Il secolo breve* (la *Historia del siglo xx*) tuvo un éxito considerable en Italia. A su manera el pueblo italiano derrocó el régimen más corrupto de Europa, acabando al final con los partidos de la República de la Guerra Fría. Nos encontrábamos en Italia cuando tuvieron lugar las elecciones de 1994 en las que los que se presentaban bajo los nombres de demócrata-cristianos y socialistas vieron reducida su presencia en una Cámara de Diputados de 630 escaños, a treinta y dos y quince parlamentarios respectivamente, triunfo empañado ya por la victoria, aunque inestable en aquel momento, de la coalición derechista de Berlusconi. Y sin embargo, lo que resultó particularmente desalentador para los antiguos admiradores del Partido, aunque no fuera un hecho inesperado, fue el fracaso de lo que en otro tiempo fuera el PCI. Cuando finalmente consiguió ocupar el lugar que le correspondía a la cabeza de un Gobierno democrático progresista, no estuvo a la altura de las circunstancias. Mientras Gran Bretaña, Francia y Alemania estaban regidas por Gobiernos de izquierda, Italia entraba en el nuevo milenio preparándose para acoger el primer Gobierno claramente de derechas desde que tuviera lugar la caída del fascismo.

Para la mayoría de los italianos la vida seguía igual, probablemente mejor que nunca tras el período de desarrollo de cincuenta años más milagroso de toda su historia. Y sin embargo, ¿quién imaginaría que fuese así al leer el que (al menos en mi opinión) quizá sea el mejor libro escrito por un italiano de mi época, la maravillosa obra de Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*? (Todavía lo recuerdo, poco antes de que muriera de forma intempestiva, en su terraza de techo verde sobre el Campo Marzio de Roma, con una media sonrisa de escepticismo dibujada en su rostro de piel morena, rebosante de ingenio y de discreta erudición.) Es un libro que trata de las historias contadas a Kublai Kan, el emperador de China, en torno a las ciudades reales, imaginarias o ambas cosas a la vez, que Marco Polo

encuentra a lo largo de sus viajes. Habla de Irene, la ciudad que sólo puede ser vista desde fuera. ¿Cómo es vista desde dentro? No importa. «Irene es el nombre de una ciudad lejana. Cuando uno se aproxima, deja de ser ella.» También habla de las ciudades prometidas, pero aún no descubiertas, cuyos nombres ya aparecen en los mapas de Kublai: Utopía, la Ciudad del Sol. Pero no sabemos cómo llegar ni cómo entrar en ellas. ¿Y qué puede decir, pregunta finalmente el emperador, de las ciudades de pesadilla, cuyos nombres también conocemos?

Polo: El infierno de los vivientes no es algo que será; si existe, ya lo tenemos aquí, en nuestra vida cotidiana, creado por la vida en comunidad. Hay dos maneras de soportarlo. La primera es la que resulta más fácil para la mayoría: aceptar el infierno y convertirnos en parte de él, hasta que dejemos de notar que existe. La segunda es peligrosa y requiere nuestra atención constante y nuestra sabiduría: consiste en buscar, y en saber reconocer, en medio del infierno lo que no es verdaderamente infierno, y en hacerlo duradero y en darle cabida.

Ése no era el espíritu en el que mi generación, incluyendo a Calvino, veía la Italia que había acabado de liberarse del fascismo.

Capítulo 21

EL TERCER MUNDO

I

En 1962 convencí a la Rockefeller Foundation para que me concediera una beca de viaje a Sudamérica con el fin de investigar el tema tratado en mi entonces reciente libro, *Rebeldes primitivos*, en un continente en el que cabía esperar que éstos desempeñaran un papel más destacado en la historia contemporánea del que tuvieron en la Europa de mediados del siglo xix. Era la época en la que las fundaciones todavía enviaban billetes de primera clase a los beneficiarios de sus becas, en compañías cuyos nombres recuerdan un pasado ya terminado, Panamerican, Panair do Brasil, Panagra, TWA, aunque, salvo en Perú, las viejas compañías aéreas de bandera parecen seguir vivas. Entre 1962 y 1963 recorrí durante tres meses más o menos toda Sudamérica —Brasil, Argentina, Chile, Perú, Bolivia y Colombia— por todo lo alto, con un lujo impropio de un investigador de las rebeliones campesinas. Aquella fue la primera de las numerosas visitas que realicé en los años sucesivos a la América Latina continental, desde México a prácticamente todos los países menos a Venezuela y las Guayanas. Probablemente el período más largo que pasé ininterrumpidamente fuera del Reino Unido desde 1933 fueran los seis meses más o menos que estuve en 1971 dando clases, investigando y escribiendo en compañía de mi familia por diversos países, desde México a Perú. Se trata de un continente en el que tengo numerosos amigos y discípulos, con los que llevo asociado más de cuarenta años, y que, no sé por qué, ha sido curiosamente bueno conmigo. Es la única parte del mundo en la que no me ha extrañado conocer a presidentes pasados, presentes y futuros. De hecho, el primero al que conocí en el ejercicio de su cargo, el astuto Víctor Paz Estenssoro, de Bolivia, me mostró la farola de la plaza de La Paz situada frente a su balcón en la que fue ahorcado su predecesor Gualberto Villarroel por una muchedumbre de indios amotinados en 1946.

Tras el triunfo de Fidel Castro y más aún tras la derrota de los norteamericanos en bahía de Cochinos y del fracaso del intento de derrocarlo de 1961, no hubo en Europa ni en Estados Unidos intelectual que no sintiera el hechizo de Latinoamérica, un continente al parecer en plena ebullición con la lava de la revolución

social. Aunque a mí también me atrajo aquello, el principal motivo de que fuera allí fue práctico y concretamente lingüístico. Los historiadores que estudian las actividades de la gente corriente deben ser capaces de comunicarse con ella de palabra, y Latinoamérica era la única parte del llamado Tercer Mundo en el que mucha de esa gente hablaba lenguas que estaban a mi alcance. Pues no me interesaba sólo una región geográfica, sino otra mucho más grande y desconocida, es decir el ochenta por ciento de los hombres, mujeres y niños que viven fuera de la zona habitada hasta el último tercio del siglo xx por gente de piel (teóricamente) blanca.

Durante la primera mitad de mi vida ese ochenta por ciento no sabía nada del mundo y, excepto unos miles de individuos, el mundo no sabía nada de él. Nada resulta más impresionante para un hombre de mi edad que el extraordinario descubrimiento, a partir de 1970, del Primer Mundo por las personas del Tercero o —como estos términos pertenecen a la época de la Guerra Fría— la posibilidad de que la gente pobre de cualquier sitio pueda cambiar su vida para mejor trasladándose a vivir a los países ricos. Naturalmente, salvo raras excepciones, como por ejemplo Estados Unidos a partir de los años sesenta, no deseamos que lo hagan, aunque los necesitemos. Un mundo dedicado al movimiento libre por todo el planeta de todos los factores de la producción capaces de generar beneficios es también un mundo dedicado a frenar la única forma de globalización que es abiertamente deseada por los pobres, a saber la posibilidad de encontrar un trabajo mejor pagado en los países ricos. Nos hemos familiarizado tanto con la inhumanidad de nuestro siglo que ya no distinguimos entre los refugiados y los emigrantes afganos o kurdos trasladados por los contratistas de mano de obra emigrante en barcos-ataúd, lo mismo que lo eran allá por 1880 los italianos y los judíos rusos que habían descubierto que no tenían por qué vivir y morir en sus *paesi* y *shtetl* de nacimiento.

Durante los primeros cuarenta años de mi vida las cosas sencillamente eran distintas. La lengua —no ya las lenguas «nacionales», sino las que hablaba realmente la población iletrada, los dialectos o *patois* densamente localizados, casi incomprensibles a apenas cincuenta kilómetros de distancia— aislaba a las personas. El analfabetismo, pero en mayor medida aún la falta de radio o de televisión accesible, las aislaba de lo que consideramos «las noticias», aunque no de uno o dos grandes acontecimientos mundiales.

«¿Dónde está Inglaterra?», me preguntó un campesino mexicano, ya en ple-nos años setenta, cuando le dije que era inglés. (La primera pregunta que se le hace a un extranjero en todas las sociedades que viven a través de la comunicación oral, empezando por los ejércitos, es siempre: «¿De dónde eres?».) Mis explicaciones no sirvieron de nada. Probablemente el campesino tampoco sabía gran cosa del Atlántico. Por último me acorraló en una zona de la que sin duda había oído hablar: «¿Está cerca de Rusia?». Le contesté que no demasiado lejos. Y con esto se quedó satisfecho.

Por entonces la población que no tenía la piel blanca era rarísima en los países «caucásicos», exceptuando el caso anómalo de los afroamericanos en Estados Unidos. La emigración latinoamericana era tan escasa que antes de 1960 el cen-

so de Estados Unidos contaba juntos a los sudamericanos y a los centroamericanos, sin establecer diferencias entre los diversos países de origen. Lo mismo ocurría, aparte de los colonos europeos como los francoargelinos (en realidad de origen español en su mayoría) y de los colonos judíos de Palestina, con los blancos que vivían en países en los que había una población indígena numerosa. Era muy poco probable que en la vida cotidiana de la gente blanca normal tuviera cabida el ambiente callejero multirracial propio de las grandes ciudades occidentales de hoy en día. Exceptuando algunas pequeñas minorías, absolutamente atípicas, eran muy pocos los blancos residentes en ultramar que conocieran y todavía menos los que tuvieran relaciones con gentes de distinto color de piel. Antes de los años sesenta esa gente se dividía principalmente en dos grupos: los cristianos (suponiendo que en semejante concepto quepan los cuáqueros) y los comunistas, comprometidos ambos, cada uno a su manera, con el odio al racismo, por los principios comunes de emancipación e igualdad. Y ambos, pero sobre todo los marxistas, debido a su antiimperialismo práctico y al potencial de la revolución en los países del Este, tenían un interés especial en la historia de la parte no blanca de la humanidad. Eso fue lo que me llevó a relacionarme con la «agrupación colonial» del Partido en mi época de estudiante y lo que me indujo a explorar el Norte de África, y en último término América Latina. Y nuestros amigos «coloniales», en mi caso procedentes en su mayoría del sur de Asia, fueron nuestra primera ventana a esos mundos.

Hasta mucho más tarde no me di cuenta de lo atípicos que eran de sus sociedades. Los que llegaban a Cambridge, Oxford y la London School of Economics eran la elite de las elites de las poblaciones coloniales «nativas», como no tardó en ser evidente después de la colonización. Solían ser además más ricos que nosotros. Eran amigos por su familia de los Nehru, como por ejemplo P. N. Haksar, de la LSE, que en Primrose Hill hizo de tapadera del noviazgo de Indira Nehru y Feroze Gandhi y que, como funcionario del Estado, era el hombre más poderoso de la India independiente cuando lo visité en Nueva Delhi en 1968. El hombre que vino a esperar mi avión a la pista era mi viejo amigo del King's Mohan Kumaramangalam, hasta hacía poco comunista, después director de las líneas aéreas de la India, y pronto el ministro quizá más próximo a la Sra. Gandhi, hasta su trágica muerte en un accidente de avión en 1973. Su hermana menor, Parvati, que visitaba a Mohan en Cambridge, se había vuelto a dejar el pelo largo, se había casado con el secretario general del Partido Comunista y ocupaba un escaño en el Parlamento. Otro hermano, alumno de Eton como sus hermanos, aunque no comunista, se había convertido en el comandante en jefe del ejército indio. Los Kumaramangalam de Madrás pertenecían a ese tipo de familia. Y lo mismo cabría decir, aunque de modo distinto, de los Sarabhai de Ahmedabad, jainistas estrictos, que se abstendían de matar a cualquier animal, por pequeño que fuera, y a los que conocí a través de Manorama, íntima amiga de mi primera esposa de la época de la LSE, que encargó a Le Corbusier construirle una casa. Pertenecía a una de las grandes dinastías de empresarios de Gujarati que apoyaban al Partido del Congreso, que diversificaron el negocio del textil para entrar en el campo de la alta tecnología. La cultura probablemente fuera su actividad pública más visible,

pero un Sarabhai sería el director del programa nuclear indio. Durante la primera generación después de la independencia, los asuntos —tanto públicos como privados, desde el Gobierno o desde la oposición— de una India poblada por varios cientos de millones de habitantes serían gestionados por un *establishment* extraordinariamente anglicanizado y de mentalidad moderna de unas 100.000 personas pertenecientes a unas familias cultísimas (es decir, riquísimas), unas que habían servido al Raj y otras que habían creado el movimiento de liberación. Lo extraño de esta combinación se puso de manifiesto en una cena de Navidad en casa de Renu Chakravarty, que tenía ojos de gacela, por entonces parlamentario comunista —el PC todavía no se había dividido— y persona de gran influencia en Calcuta. Después del jamón y el pavo, proporcionados por el primo de Renu, secretario del Calcutta Club, que evidentemente no había abandonado el menú de la época en la que no se habría permitido la entrada en el edificio a ningún indio, excepto a los criados, sirvieron biryani y por último pudín de Navidad, proporcionado asimismo por el Club, y una especie de buyo (semillas de areca) para mascar. Estaban anglicanizados incluso en la lengua que hablaban en su casa y en la que escribían y leían con más comodidad, pues tuve la sensación de que entre ellos sólo los bengalíes y quizás algunas de las familias musulmanas más tradicionales cuyos hijos radicales leían a los poetas progresistas en lengua urdu (admirados por mis viejos amigos y camaradas Victor Kiernan y Ralph Russell) vivían su vida mental plenamente en la lengua de su país.

Eso es todo —en realidad no mucho— lo que se puede aprender de una sociedad a través de la amistad personal. Los amigos pueden estar demasiado enraizados en ella para reconocer sus peculiaridades, y en todo caso la clase es un factor de segregación de las experiencias cuando menos tan grande como la distancia, la cultura o la lengua. Cuando el Partido lo puso al frente del sindicato de tranviarios de Calcuta y posteriormente del de los trabajadores del yute de Bengala (Occidental), mi admirado amigo y compañero del King's, el difunto Indrajit (*Sonny*) Gupta, posteriormente secretario general del Partido Comunista y durante un breve período ministro del Interior, tuvo que aprender tantas cosas sobre la clase trabajadora de Calcuta como cualquier extranjero. Lo que supongo que debo a esas amistades, basadas en la camaradería antirracista del comunismo estudiantil, es la distinción entre el sentido de igualdad y la conciencia del color de la piel o del pelo, de la apariencia física y de la cultura. La aldea global de los negocios, la ciencia, la tecnología y las universidades del siglo *xxi* tiene tantos colores que éstos probablemente dejen de ser un problema, aunque sospecho que siguen siéndolo. Antes de 1960 aproximadamente el sentido de la superioridad racial de los blancos de los países occidentales se veía reforzado por el peso del poder de Occidente y los logros alcanzados en todos los terrenos, excepto en algunas artes, y por la mera superioridad física de las razas consideradas habitualmente inferiores, y por lo tanto psicológicamente repelidas, reprimidas y sobrevaloradas, especialmente por los varones blancos. Los judíos israelíes no disimulaban el desprecio que sentían por «los árabes», especialmente antes de 1987, cuando la *intifada* todavía no había acabado con la aceptación pasiva de la ocupación de los territorios de los palestinos por parte de los israelíes. Fue una experiencia tan ex-

traña como instructiva ser tratado como uno de ellos durante mi visita a Cisjordania en 1984, la única vez que he estado viviendo bajo la autoridad de un ejército extranjero.

La enorme ventaja del comunismo, especialmente si se veía reforzada por los lazos de la amistad, era que no se podía tratar a un compañero más que como a un igual. La evidente seguridad en sí mismos de unos pocos favorecidos de las elites «coloniales» de color que entraron en las universidades británicas de antes de la guerra ayudó. Del mismo modo que los caballos advierten el temor de sus jinetes, también los humanos advierten en sus congéneres la prevención de ser tratados como inferiores. Las clases dirigentes y los conquistadores han explotado siempre esas expectativas de superioridad. Mis amigos «coloniales» de antes de la guerra no esperaban ser tratados como inferiores.

No obstante, hasta que la universidad no me concedió una bolsa de viaje para ir al Norte de África francés en 1938, no estuve nunca en lo que luego se llamaría el Tercer Mundo, pues salí de Egipto siendo un niño de pecho. Fui a Túnez y la parte oriental y central de Argelia, desde el mar hasta el Sahara, pero nunca llegué al oeste de Argelia ni a Marruecos, y adquirí un escepticismo que me duraría el resto de mi vida ante las estadísticas sobre las condiciones de las zonas rurales en esos países a partir de las informaciones de un solitario funcionario francés, dispuesto a hablar con cualquier visitante culto. («Cuando el Gobierno me pide que haga un censo del ganado, hago unas cuantas preguntas al buen tuntún, pues de lo contrario los animales se esfumarían en los montes. Luego echo una ojeada a lo que se respondió la última vez y escribo una cifra que parezca plausible.») También aprendí a sentir respeto por las montañas y las gentes de la Kabilia, y por la inteligencia y la erudición de los expertos franceses en el Magreb y el islam, aunque la mayoría de ellos, como los británicos que se dedicaban al estudio de la antropología africana, estaban al servicio de su imperio. Conocí al presidente del pequeño Partido Comunista argelino, exiliado en el Sahara después de 1939 y asesinado, pero no al revolucionario más importante de la época, Messali Hadj. A menudo me he preguntado si no habría sido mejor historiador si, al acabar la guerra, hubiera vuelto a investigar «El problema agrario en el Norte de África francés», tema de trabajo con el que regresé bajo el brazo de mi viaje. Las personas a las que admiro —el gran historiador Fernand Braudel, mi amigo Pierre Bourdieu y el difunto Ernest Gellner— encontraron la inspiración trabajando en el Magreb, y puedo entender por qué. Sin embargo, si lo hubiera hecho, se habrían enterado muy pocos. El fin de los imperios dio lugar a una generación de amnesia en lo tocante a su historia, excepto, curiosamente, en el África subsahariana. Además, la sangrienta guerra de Argelia de los años cincuenta y la decepcionante historia de este país una vez alcanzada la independencia habrían marginalizado en gran medida este tipo de estudios. Debo señalar de pasada que, mientras que el futuro de Túnez bajo la autoridad del que acabaría siendo su presidente, Habib Bourguiba, era ya identificable en 1938, absolutamente nada de lo que hubiera podido saberse entonces de Argelia habría permitido a nadie predecir, ni siquiera imaginar la fuerza que acabaría liberando ese país, el FLN (Frente de Liberación Nacional).

II

La revolución de Fidel Castro en 1959 dio lugar a una repentina oleada de interés por todo lo relacionado con América Latina, región acerca de la cual corrían muchos rumores, pero sobre la que se sabía poco fuera de las Américas. Salvo raras excepciones, los europeos residentes en la zona, excepto los refugiados de la guerra civil española y los norteamericanos, vivían en su propio mundo, como mis parientes chilenos, entre los que no se dio ningún matrimonio mixto, pues siguieron considerándose británicos expatriados o cuando menos refugiados europeos. (Creo que mis cinco primos pasaron la Segunda Guerra Mundial sirviendo a su país con uniforme británico.) Desde que el continente había sido descolonizado, carecía de la numerosa literatura, tan inteligente como documentada, creada por los administradores imperiales cuya tarea consistía en entender a sus países para gobernarlos con eficacia. Las comunidades de empresarios expatriados, como demuestra la historia, resultan casi absolutamente inútiles como fuentes de información acerca de los países en los que operan, aunque los británicos en su tiempo fundaron los clubes de fútbol en los que el patriotismo sudamericano ha encontrado su expresión más intensa.

Latinoamérica estaba entonces más alejada del Viejo Mundo que cualquier otra parte del globo, aunque no, por supuesto, de la potencia imperial del norte, que supervisaba a sus satélites técnicamente independientes. Vivió las dos guerras mundiales sólo como episodios portadores de prosperidad. Pasó por el siglo más sangriento de la historia sin más que un breve conflicto internacional en su territorio (la guerra del Chaco de 1932-1935, entre Bolivia y Paraguay), aunque, por desgracia, no sin derramamientos de sangre en el ámbito nacional. Continente con una sola religión, se ha librado hasta la fecha de la epidemia mundial que supone el nacionalismo lingüístico, étnico y confesional.

No resultaba fácil abordar el caso de Latinoamérica. La primera vez que fui allí en 1962, el continente atravesaba por uno de esos momentos periódicos de seguridad económica en expansión, articulado por la Comisión Económica para Latinoamérica de la ONU, un grupo de expertos de todos los continentes con sede en Santiago de Chile a las órdenes de un banquero argentino que recomendaba una política de industrialización planificada, fomentada por el Estado y en buena parte de propiedad estatal y un crecimiento económico basado en la sustitución de las importaciones. El sistema pareció funcionar, al menos para ese estado gigantesco, asolado por la inflación, pero en plena expansión, que era Brasil. Era la época en la que Juscelino Kubitschek, presidente de la república de origen checo, emprendió la conquista del inmenso interior del país mediante la creación de una nueva capital, diseñada en gran parte por el arquitecto más eminente del país, Oscar Niemeyer, militante reconocido del Partido Comunista, enormemente poderoso, aunque ilegal, que, según me dijo, la diseñó pensando en Engels.

Los principales países estaban atravesando además una de las fases de gobiernos civiles constitucionales, raras en todo el continente, que no tardaría en

llegar a su fin. No obstante, el caudillo o dirigente personal a la vieja usanza estaba ya en vías de extinción, al menos fuera del Caribe. Los regímenes de torturadores debían ser colectivos de oficiales sin rostro y en la mayor parte de los casos sin color de piel. El único país de Sudamérica que por entonces tenía una dictadura militar era Paraguay, extrañamente anticuado, al frente del cual se hallaba el eterno general Stroessner, un régimen perverso, afín a los nazis expatriados, en un país deliciosamente atractivo y encantador, que vivía en gran medida del contrabando. La turbadora novela de Graham Greene *El cónsul honorario* constituye una excelente introducción a la historia del país. Quizá sea proclive a una amabilidad excesiva, pues fue el único Estado americano que reconoció oficialmente una lengua nativa, el guaraní, y, cuando lo visité algunos años más tarde, descubrí que al editor de la *Revista Paraguaya de Sociología*, publicación en cierto modo inesperada en ese país, le resultaba conocido mi nombre como autor de *Rebeldes primitivos*. ¿Qué estudioso puede resistirse a la fama en Paraguay?

Nadie que descubra Sudamérica puede resistir el atractivo de la región, sobre todo si el primer contacto que se tiene es con los brasileños. No obstante, lo más evidente a primera vista en esos países no era tanto su espectacular desigualdad económica, que no ha cesado de incrementarse desde entonces, como el enorme abismo que separaba a las clases dirigentes e intelectuales, con las que tenían contacto los académicos extranjeros, y el pueblo llano. Los intelectuales, casi todos pertenecientes a familias acomodadas o «buenas» —mayoritariamente blancas—, eran sofisticados, habían viajado mucho, y hablaban inglés y (todavía) francés. Como ocurre a menudo en el Tercer Mundo (del que los argentinos no se consideraban integrantes), formaban el estrato social menos numeroso del continente, pues en su mente, a diferencia del concepto artificial de «Europa» que se tiene en el viejo continente, Latinoamérica era una realidad constante. Si estaban politizados, casi con toda seguridad habían pasado algún período de destierro en otro país sudamericano o habían realizado un viaje en común a la Cuba de Castro; si eran académicos, habían pasado alguna temporada en Santiago de Chile, Río o Ciudad de México, como miembro de algún organismo internacional. Como eran muy pocos, se conocían unos a otros o habían oído hablar unos de otros. Fue así como desde mi primer viaje en 1962, pasando de contacto en contacto, pude orientarme enseguida, pese a ser extranjero, entre unas gentes cuyos nombres no significaban nada en Europa, pero que resultaron ser figuras claves en la vida intelectual o pública de aquellas latitudes. Pero el mismísimo hecho de que esas personas se movieran en un mundo familiarizado lo mismo con París o Nueva York que con cinco o seis capitales latinoamericanas las separaba del mundo en el que vivían la mayoría de sus compatriotas, de piel más oscura y no tan bien relacionados.

Fuera del «cono sur» (Argentina, Uruguay y Chile), ya urbanizado, ese tipo de gente acudía profusamente desde las zonas rurales a los barrios de chabolas de las ciudades en desordenada expansión, llevando consigo sus costumbres rurales. Diez años antes de mi visita a la ciudad São Paulo había doblado su tamaño. Se instalaron en las laderas de las colinas que rodean la urbe del mismo modo que en el campo se habían hecho un hueco en los rincones no ocupados de las grandes

haciendas, y habían construido refugios y chamizos, que acabarían convirtiéndose en casas propiamente dichas, del mismo modo que habían hecho en la aldea, gracias a la ayuda mutua de los vecinos y familiares, que en compensación eran invitados a una gran fiesta. En los mercados callejeros de São Paulo, a la sombra de los nuevos rascacielos, las masas venidas de las barriadas dispersas del nordeste compraban camisas y pantalones vaqueros a plazos, junto con los cuadernillos ilustrados con las baladas acerca de los grandes bandoleros de la región. Todavía conservo los ejemplares que compré allí. En Lima, Perú, ya había emisoras de radio que transmitían en quechua —a primera hora de la mañana, cuando los blancos todavía dormían— para la población india emigrada de la sierra, en esos momentos lo bastante numerosa como para crear un mercado, a pesar de su pobreza. El gran escritor, folclorista e indigenista José María Arguedas me llevó a uno de los locales en los que los domingos por la mañana la gente de la sierra acudía a escuchar las canciones y los chistes de «allá». («¿Hay aquí alguien de Ancash? ¡Que hable para los muchachos y las muchachas de Huanuco!») En 1962 parecía casi impensable que treinta años más tarde dirigiera la tesis del hijo de una de aquellas personas en la New School de Nueva York. El hecho de haber vivido junto a la primera generación atestiguada de la historia en la que un muchacho pobre casado con una chica analfabeta originaria de una aldea andina de lengua quechua se convirtió en conductor de ambulancia sindicado tras aprender por su cuenta a conducir un vehículo y pudo abrir así el mundo a sus hijos constituye una experiencia extraordinaria. Todavía guardo la extensa carta que me envió, escrita con la cuidada caligrafía y la atenta ortografía castellana del autodidacta. Aunque su vida fuera durísima para lo que nosotros estamos acostumbrados, comparado con las masas de jornaleros, vendedores callejeros, y pobres de toda condición, estaba en lo más alto de la sociedad.

La gente que llegaba a la ciudad era cuando menos visible en las calles. Los que vivían en las zonas rurales estaban doblemente alejados de la clase media, incluso de sus revolucionarios, como Che Guevara, por la distancia geográfica y social. Incluso aquellos que estaban vivamente interesados en establecer un contacto directo con ellos hallaban un obstáculo insalvable en la diferencia de sus respectivos estilos de vida, por no hablar de su nivel de vida. Eran muy pocos, salvo los expertos, los que vivían realmente entre los campesinos, entre ellos, como de costumbre, los omnipresentes investigadores de las diversas organizaciones internacionales relacionadas con las Naciones Unidas.

Los más alejados eran los extranjeros que basaban su conocimiento de las zonas rurales de Latinoamérica en los intelectuales de izquierdas del país en cuestión o en la prensa internacional. Unos, como es habitual, solían confundir la agitación política y las esperanzas fidelistas con la información, y la otra se creía las noticias que llegaban a las mesas de sus jefes de redacción de la capital. De ese modo, cuando llegué por primera vez a Sudamérica, el principal cuento «de campesinos», en la medida en que existiera tal cosa, era el que hablaba de las Ligas de Campesinos de Brasil, movimiento creado en 1955 bajo el liderazgo de Francisco Julião, un abogado y político local del nordeste del país, que había llamado la atención de los periodistas norteamericanos por sus expresiones de apoyo a Fi-

del Castro y a Mao. (Lo conocí diez años más tarde, cuando era un exiliado del régimen militar brasileño, bajito, triste y desorientado, que vivía bajo la protección del llamativo ideólogo Ivan Illich, originario de la Europa central, en Cuernavaca, México.) Unas cuantas horas en sus oficinas de Río a finales de 1962 me demostraron que el movimiento tenía poquísima presencia nacional, y que a todas luces ya había pasado su momento de gloria. Por otro lado, los dos grandes movimientos campesinos o rurales de Sudamérica que cualquier observador con ojos en la cara no habría podido dejar de ver a los pocos días de llegar a la zona pasaron prácticamente desapercibidos y de hecho no fueron conocidos por el mundo exterior a finales de 1962. Fueron los dos grandes levantamientos campesinos de las regiones montañosas y fronterizas de Perú y el «estado de desorganización, guerra civil y anarquía local» en el que había caído Colombia tras la implosión de la que fuera de hecho una revolución social en potencia producida por la combustión espontánea que provocó en 1948 el asesinato de un famoso tribuno del pueblo, conocido en todo el país, Jorge Eliezer Gaitán.¹

Y, sin embargo, todas estas cosas no estuvieron siempre completamente alejadas del mundo exterior. El gran movimiento de ocupación de tierras por los campesinos alcanzó su punto culminante en Cuzco, donde hasta los turistas que no leían los periódicos locales podían observar, mientras paseaban entre las piedras incas en el frío y sutil aire de la noche en la montaña, las infinitas colas de indios silenciosos situadas a la entrada de las oficinas de la Federación Campesina. El caso más llamativo de triunfo de una rebelión campesina en aquella época, la que tuvo lugar en los valles de La Convención, se produjo no lejos de la maravilla que es el Macchu Picchu, conocida por todos los turistas de Sudamérica incluso entonces. A sólo unos kilómetros de viaje en tren del gran yacimiento inca, al final de la línea férrea, y tras unas pocas horas más en la parte trasera de un camión, se llegaba a la capital de la provincia, Quillabamba. Yo escribí uno de los primeros informes sobre el caso publicados fuera del país. Para cualquier historiador que tuviera los ojos abiertos, especialmente si estaba interesado por la historia social, incluso aquellas primeras impresiones casi fortuitas constituían una revelación repentina, casi como la contemplación de la cámara del tesoro del Museo del Oro de Bogotá para mi hijo de sólo ocho años, cuando lo llevé a visitarlo varios años después. ¿Cómo podía dejarse de explorar aquel planeta desconocido, pero históricamente tan familiar? Mi conversión total tuvo lugar, al cabo de una o dos semanas, en medio de los infinitos cerros llenos de cuadradas habitadas por campesinas aimaras, acurrucadas en los enormes mercados callejeros de Bolivia, con sus pesadas trenzas y sus bombines a la cabeza. Incapaz de llegar a Potosí, pasé la Navidad en compañía de otro solitario temporal, un funcionario de la ONU de nacionalidad francesa, experto en el desarrollo de las aldeas, casi todo el tiempo en el bar de un hotel de La Paz. Bebimos y mantuvimos conversaciones interminables y apasionadas, como lo haría un hombre que vuelve de pasar una temporada en las gélidas aldeas del Altiplano y que descarga sus experiencias ante el primer oyente que encuentra. Fueron unas Navidades muy provechosas desde el punto de vista intelectual y alcohólico, aunque por lo demás bastante carentes de espíritu navideño.

El Año Nuevo de 1963, después de aquellas curiosas Navidades, lo pasé en Bogotá. Colombia era un país cuya existencia no parecía conocer casi nadie fuera de Latinoamérica. Fue mi segundo gran descubrimiento. Modelo sobre el papel de democracia constitucional bipartidista, casi completamente inmune a los golpes militares y a la dictadura en la práctica, a partir de 1948 se convirtió en el campo de la muerte de Sudamérica. Por aquel entonces Colombia había alcanzado una cota de homicidios espeluznante, por encima de los cincuenta casos por cada 100.000 habitantes, aunque esas cifras palidecen al compararla con el celo de los colombianos por el asesinato a finales del siglo xx.² Al escribir estas páginas tengo ante mí los amarillentos recortes de periódico que recogí en aquella época. Hicieron que me familiarizara con el término *genocidio*, que los periodistas colombianos utilizaban para designar las pequeñas matanzas perpetradas en las aldeas campesinas y entre los pasajeros de los autobuses de línea: dieciséis muertos aquí, dieciocho allá, veinticuatro más allá. ¿Quiénes eran los asesinos y quiénes los muertos? «Un portavoz del ministerio de la Guerra ha dicho ... que no podía darse ninguna información categórica acerca de los autores, pues las veredas de esa zona [de Santander] se veían afectadas con bastante regularidad por las “vendettas” entre los militantes de las fuerzas políticas tradicionales», esto es, el Partido Liberal y el Conservador, a uno de los cuales, como bien saben los lectores de García Márquez, todo colombiano pertenecía desde niño por lealtad familiar y local. La oleada de guerra civil llamada «la Violencia», iniciada en 1948 y oficialmente concluida hacía mucho tiempo, había seguido causando la muerte a 19.000 personas en aquel «año tranquilo». Colombia era y continúa siendo la prueba de que la reforma gradual del marco de la democracia liberal no es la única alternativa, ni siquiera la más plausible, a las revoluciones sociales y políticas, incluso a aquellas que fracasan o son abortadas. Descubrí un país en el que la evitación de una revolución social había hecho de la violencia el meollo constante, universal y omnipresente de la vida pública.

Lo que era o había sido exactamente «la Violencia» no estaba ni mucho menos claro, aunque tuve la suerte de llegar en el momento en que estaba a punto de aparecer el primer estudio importante sobre el tema, a uno de cuyos autores, mi amigo el sociólogo Orlando Fals Borda, debo mi primera introducción a los problemas colombianos.³ En aquella época quizá prestara más atención al hecho de que el principal estudioso de «la Violencia» fuera un obispo católico, y de que algunas de las primeras investigaciones en torno a sus repercusiones sociales acabaran de ser publicadas por un joven sacerdote increíblemente apuesto perteneciente a uno de las familias fundadoras del país, un rompecorazones terrible, según se decía, que traía locas a las jóvenes de la oligarquía, el padre Camilo Torres. No fue una casualidad que la conferencia episcopal latinoamericana que unos años más tarde inició la Teología de la Liberación, de tendencias radicales en el ámbito social, se celebrara en la ciudad colombiana de Medellín, todavía conocida entonces por los cárteles de la industria textil y no por los de las drogas. Mantuve varias conversaciones con Camilo y, a juzgar por las notas que recogí entonces, tomé sus argumentos muy en serio, aunque todavía se hallaba muy lejos del radicalismo social que lo llevaría tres años más tarde a unirse a los nuevos guerrilleros fidelistas del Ejército de Liberación Nacional, que aún sigue vivo.

En medio de «la Violencia» el Partido Comunista había creado zonas de «autodefensa armada» o «repúblicas independientes», concebidas como refugio de los campesinos que desearan o tuvieran que ponerse a salvo de las bandas de asesinos del Partido Conservador y a veces también del Liberal. Acabaron convirtiéndose en la base del formidable movimiento guerrillero de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). Las más famosas dentro de ese tipo de zonas «liberadas», Tequendama y Sumapaz, estaban a vuelo de pájaro increíblemente cerca de Bogotá, pero al tratarse de un país montañoso, la distancia equivalía a un largo y dificultoso viaje a caballo o en mula. En Viotá, una comarca de haciendas dedicadas al cultivo del café expropiadas por los campesinos durante las reformas de los años treinta, de la que se habían retirado los terratenientes, ni siquiera hacía falta combatir. Hasta los soldados del Ejército se abstendrían de poner los pies en su territorio, mientras que de la gestión de los asuntos se ocupaba un cuadro enviado a la zona por el Partido, un antiguo trabajador de una fábrica de cervezas, y la venta de su producción de café se llevaba a cabo en el mercado internacional a través de los cauces habituales. Las montañas de Sumapaz, terreno fronterizo para los hombres y las mujeres libres, estaban bajo la autoridad de un líder rural originario de la región, uno de esos curiosos talentos campesinos que se libraron del destino pronosticado por el poeta Gray en su famosa elegía, esto es, el de ser «unos Milton mudos y sin gloria, ... unos Cromwell sin culpa de la sangre derramada de su país». Pero Juan de la Cruz Varela distaba mucho de estar mudo y de ser pacífico. A lo largo de su complicada carrera como jefe de Sumapaz, destacó como liberal, seguidor de Gaitán, comunista, jefe de su propio movimiento agrario y revolucionario liberal, pero siempre se mantuvo firmemente al lado del pueblo. Descubierta por uno de esos maravillosos maestros de escuela que fueron los verdaderos agentes de la emancipación para la mayor parte del género humano durante los siglos XIX y XX, se convirtió en lector y un pensador práctico. Adquirió su educación política leyendo *Los miserables* de Victor Hugo, obra que llevaba consigo a todas partes, subrayando los pasajes que le parecían particularmente afines a su situación personal o la situación política de la época. Mi amiga Rocío Londoño, que estuvo trabajando en su biografía durante la temporada que pasó investigando en el Birkbeck College, heredó el ejemplar de la obra que solía llevar Varela y el resto de sus papeles. Conoció el marxismo o lo que entendiera por tal bastante tarde, a través de las obras de un clérigo inglés, en la actualidad olvidado, entusiasta de la URSS, el difunto Hewlett Johnson, deán de Canterbury (irremediablemente confundido siempre en el extranjero con el arzobispo de esta misma ciudad), que le proporcionaron, al parecer, los comunistas colombianos, cuya fe en la revolución agraria lo atrajo. Aceptado durante mucho tiempo como hombre poderoso e influyente, cuya región se hallaba fuera del alcance de las tropas gubernamentales, era diputado del Congreso. Sumapaz siguió fuera del alcance de la capital incluso después de su muerte, y en su funeral le rindieron honores —según me contó Rocío, que asistió a él— sus hombres armados a caballo. Las primeras negociaciones para llegar a un armisticio entre el Gobierno colombiano y las FARC se celebrarían en su territorio.

Las propias FARC, que se convertiría en el movimiento guerrillero más formidable y duradero de Latinoamérica, todavía no habían sido fundadas cuando llegué a Colombia, aunque su líder militar durante mucho tiempo, Pedro Antonio Marín (*Manuel Marulanda*), otro campesino de la zona, actuaba ya en las montañas próximas a la vieja fortaleza de la agitación agraria y autogobierno comunista del sur de Tolima.⁴ No nacieron hasta que el Gobierno colombiano, deseoso de utilizar contra los comunistas las nuevas técnicas antiguerrilla ideadas por los asesores militares norteamericanos, expulsó a los combatientes de su feudo de Marquetalia. Varios años después, a mediados de los ochenta, pasaría algunos días en la que fuera la cuna de la actividad guerrillera, el municipio cafetero de Chaparral, en casa de mi amigo Pierre Gilhodes, que se había casado con una mujer de la localidad. Las FARC, más fuertes que nunca, seguían en las montañas que rodeaban la ciudad, accesible desde hacía poco en automóvil desde Bogotá y lo bastante en contacto con el mundo exterior y la prosperidad para que en el quiosco de la plaza se vendiera *Vogue*. Los caminos de herradura y los senderos conducían a las montañas a través de empinados barrancos. Era un paisaje tranquilo, en el que, como cabría suponer, la discreción era la regla de oro. Los campesinos del Chaparral estaban a punto de descubrir el potencial del cultivo de la adormidera, pero creo que todavía no lo habían hecho.

Colombia, como escribí a mi regreso, estaba experimentando «la mayor movilización armada de campesinos (ya sea como guerrilleros, bandoleros o grupos de autodefensa) en la historia reciente del hemisferio occidental, con la posible excepción de determinados períodos de la Revolución mexicana».⁵ Curiosamente, este hecho pasó sin pena ni gloria o fue silenciado por la ultraizquierda tanto dentro como fuera de Sudamérica (cuyas intenciones de insurrección guerrillera guevarista fueron en todos los casos un fracaso espectacular), debido aparentemente a su relación con un Partido Comunista ortodoxo, pero de hecho porque cuantos se inspiraban en la Revolución cubana no entendían ni querían entender qué era lo que inducía realmente a los campesinos latinoamericanos a empuñar las armas.

III

A comienzos de los años sesenta no resultaba muy difícil convertirse en un experto en Latinoamérica. El triunfo de Fidel despertó un interés enorme por la región, poco atendida por la prensa y las universidades fuera de Estados Unidos. Yo no pretendía tampoco tomarme un interés de especialista por la región, aunque es cierto que de pronto me vi dando conferencias y escribiendo artículos sobre ella durante los años sesenta y comienzos de los setenta en *The New York Review of Books* y en otras publicaciones, incluyendo apéndices sobre el movimiento campesino peruano y «la Violencia» colombiana en la primera edición (española) de *Rebeldes primitivos*, y pasando en 1971 un año sabático *en famille* en México y Perú dedicado con más seriedad a mis investigaciones en torno a los campesinos. Seguí yendo por allí varias veces cada década, sobre todo a Perú, México y Colombia, pero también en alguna ocasión a Chile, antes de la

época de Allende, durante su mandato y a partir de que acabó la etapa de Pinochet. Y, naturalmente, ni siquiera intenté resistirme al dramatismo y el colorido de las zonas más vistosas de ese continente, aunque en él se dan también algunos de los paisajes más inhumanos del planeta —el altiplano andino, donde la tierra casi no puede cultivarse, o la zona semidesértica del norte de México, con sus cactus erizados de púas— y algunas de las grandes ciudades más invivibles del mundo, como Ciudad de México y São Paulo. Con el paso de los años, he hecho buenos amigos, como la familia Gasparian en Brasil, Pablo Macera en Perú y Carlos Fuentes en México, y he conocido a muchos estudiantes y colegas que se han convertido en amigos. En resumen, me convertí para siempre en un admirador de Latinoamérica.

No obstante, nunca he pretendido ser un especialista en Latinoamérica ni considerarme tal. Como le ocurrió a Darwin en su calidad de biólogo, para mí, en cuanto historiador, la revelación de Latinoamérica no fue regional, sino general. Ha sido un laboratorio del cambio histórico, casi siempre muy distinto de lo que habría cabido esperar, un continente creado para socavar las verdades convencionales. Ha sido una región en la que la evolución histórica se ha producido a una velocidad meteórica y de hecho ha podido comprobarse que se producía en menos de lo que dura la mitad de la vida de una persona, pasándose de las primeras talas de los bosques para el desarrollo de la agricultura y la ganadería a la desaparición del campesinado, del auge y la decadencia de los productos agrícolas destinados a su exportación al mercado mundial a la explosión de las macrociudades gigantescas, como la megalópolis de São Paulo, donde cabe encontrar la mezcla más inimaginable de poblaciones emigradas, desconocida incluso en Nueva York: gentes de Japón y de Okinawa, calabreses, sirios, psicoanalistas argentinos y hasta un restaurante que luce el siguiente letrero: CHURRASCO TÍPICO NORCOREANO. Un continente en el que Ciudad de México vio doblar su población en diez años, y en el que el ambiente callejero de Cuzco pasó de estar dominado por indios vestidos con el traje tradicional a llenarse de gente ataviada con ropas modernas («cholos»).

Irremediablemente, América Latina cambió mi perspectiva de la historia del resto del planeta, aunque sólo fuera porque eliminó la línea divisoria existente entre los países «desarrollados» y el «Tercer Mundo», el presente y el pasado histórico. Como en la maravillosa novela de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad*, en la que cualquiera que conozca Colombia reconoce la magia y el realismo, América Latina obligó a dar sentido a lo que a primera vista parecía imposible. Permitió lo que las especulaciones «contrafactuales» no pueden lograr, a saber proporcionar una auténtica variedad de salidas alternativas a la situación histórica: caudillos derechistas que se convierten en fuente de inspiración de movimientos obreros (Argentina, Brasil), ideólogos fascistas que coinciden con un sindicato minero de izquierdas para hacer una revolución que da las tierras a los campesinos (Bolivia), el único Estado del mundo que ha llegado a abolir el Ejército (Costa Rica), un Estado de partido único, víctima de la corrupción más flagrante, cuyo Partido de la Revolución Institucional recluta sistemáticamente a sus militantes entre los estudiantes universitarios más revolucionarios (México),

una región en la que los emigrantes de primera generación procedentes del Tercer Mundo pueden llegar a presidentes, y en la que los árabes («turcos») solían triunfar más que los judíos.

Lo que hacía este continente extraordinario más accesible a los europeos era su inesperado aire de familia, como las fresas silvestres encontradas en el sendero que discurría por detrás del Macchu Picchu. No era sólo que cualquier persona de mi edad que conociera el Mediterráneo pudiera identificar a las poblaciones diseminadas alrededor de la infinita superficie grisácea del estuario del Río de la Plata y decir que eran italianos alimentados durante dos o tres generaciones con enormes filetes de ternera, ni que estuviera familiarizado por sus raíces europeas con los valores criollos predominantes de honor machista, honra, valentía y lealtad a los amigos, o con las sociedades oligárquicas. (Hasta el enfrentamiento entre los jóvenes revolucionarios de la elite y los Gobiernos militares durante los años setenta no se abandonó la distinción social básica, tan claramente formulada en la novela de Graham Greene *Nuestro hombre en La Habana*, al menos en varios países, a saber, la que existía entre las clases humildes, «a los que se puede torturar», y las clases altas, «a los que no se puede torturar».) Para los europeos esos aspectos del continente más alejados de nuestra experiencia se hallaban enraizados y enlazados a instituciones bien conocidas por los historiadores, como la Iglesia católica, el sistema colonial español, o ideologías decimonónicas como el socialismo utópico y la Religión de la Humanidad de Auguste Comte. Esta circunstancia subrayaba o incluso resaltaba la peculiaridad de sus trasmutaciones latinoamericanas y lo que tenían en común con otras partes del mundo. Latinoamérica era un sueño para los historiadores comparatistas.

Cuando descubrí este continente, estaba a punto de entrar en el período más oscuro de su historia en todo el siglo xx, en la era de la dictadura militar, del estado del terror y la tortura. Durante los años setenta hubo más de todo esto en el llamado «mundo libre» de lo que se dio desde que Hitler ocupó Europa. Los generales se hicieron con el poder en Brasil en 1964 y a mediados de los setenta los militares gobernaban en toda Sudamérica excepto en los países de la costa del Caribe. Las repúblicas centroamericanas, aparte de México y Cuba, habían sido mantenidas a salvo de cualquier veleidad democrática gracias a la CIA y a la amenaza o la realidad de la intervención norteamericana desde los años cincuenta. Se produjo una diáspora de refugiados políticos latinoamericanos que se concentró en los pocos países del hemisferio que ofrecían refugio —México y, hasta 1973, Chile—, o se diseminó por Norteamérica y Europa: los brasileños en Francia y Gran Bretaña, los argentinos en España, los chilenos en todas partes. (Aunque muchos intelectuales latinoamericanos siguieron visitando Cuba, fueron en realidad muy pocos los que decidieron establecerse allí durante el exilio.) La «era de los gorilas» (por usar la expresión argentina) fue esencialmente fruto de una triple coincidencia. Las oligarquías dirigentes nacionales no supieron qué hacer ante la amenaza planteada por las clases humildes, cada vez más concienciadas, de la ciudad y del campo, ni ante los políticos populistas radicales que las atraían con un éxito evidente. Los jóvenes de izquierda de clase media, inspirados por el ejemplo de Fidel Castro, pensaban que el continente estaba maduro para una re-

volución que debía precipitar la acción armada de los guerrilleros. Y el obsesivo temor de Washington al comunismo, confirmado por la revolución cubana, se vio intensificado por los reveses sufridos en la esfera internacional por Estados Unidos durante los años setenta: la derrota de Vietnam, la crisis del petróleo y las revoluciones africanas que volvieron sus ojos hacia la URSS.

Yo mismo me vi envuelto en todos estos asuntos en mi calidad de marxista que visitaba de modo intermitente el continente, simpatizante de sus revolucionarios —al fin y al cabo, a diferencia de lo que sucedía en Europa, las revoluciones eran allí necesarias y posibles—, aunque crítico con buena parte de su extrema izquierda. Decididamente crítico con los absurdos sueños guerrilleros de inspiración cubana de 1960-1967,⁶ me vi a mí mismo defendiendo la segunda mejor opción frente a las críticas de los insurreccionistas de los campus. Como escribía por entonces:

La historia de Latinoamérica está llena de sustitutivos de la izquierda revolucionaria social auténticamente popular que raramente ha tenido la fuerza suficiente para determinar la configuración de la historia de sus países. La historia de la izquierda latinoamericana es, salvo raras excepciones, ... la de tener que escoger entre una pureza sectaria e ineficaz y hacer el mejor de varios tipos de mal negocio, de escoger entre populistas militares o civiles, entre burguesías nacionales o de cualquier otro tipo. Es también, a menudo, la historia de la izquierda que lamenta no haber sabido acomodarse a esos Gobiernos y a esos movimientos antes de que fueran sustituidos por algo peor.

Pensaba en la junta de militares reformistas de Perú, encabezada por el general Velasco Alvarado (1969-1976), que proclamó la «Revolución peruana», sobre la que informé con simpatía, pero con escepticismo.⁷ Nacionalizó las grandes haciendas del país y fue también el primer régimen peruano que reconoció como ciudadanos en potencia a la gran masa de los peruanos, los indios de lengua quechua que bajaban de los Andes y se dirigían hacia la costa, la ciudad y la modernidad. En aquel país lamentablemente pobre y desamparado no había hecho algo parecido nadie más, empezando por los propios campesinos, cuya ocupación masiva de tierras en 1958-1963 empezó a cavar la tumba de la oligarquía de terratenientes. Pero no habían sabido cómo enterrarla. Los generales peruanos actuaron porque nadie más quiso o pudo hacerlo. (Me veo obligado a añadir que tampoco ellos lo lograron, aunque sus sucesores han sido peores.)

Se trataba de una fibra que no estaba bien visto tocar, tanto dentro como fuera de Latinoamérica, en una época en la que el sueño suicida del Che consistente en llevar a cabo la revolución mediante la acción de pequeños grupos en las zonas fronterizas del Trópico seguía estando muy vivo. Quizá permita explicar por qué mi aparición ante los estudiantes de la Universidad de San Marcos de Lima —«Horrible Lima», como la llama el poeta con razón— no gustó en absoluto. Pues el maoísmo, en cualquiera de sus múltiples subvariedades era la ideología de los hijos y las hijas de la nueva clase media «chola» (india hispanizada) de emigrantes de las montañas, al menos hasta que se graduaban. Su maoísmo, como el servicio militar para los campesinos, y el «año sabático» de los estudiantes europeos, constituía un rito de paso social.

¿Pero realmente no había esperanza en Chile, el país con el Partido Comunista más fuerte y con el que tenía contactos personales y políticos? De hecho, el hermano de mi padre, Berk (Ike o don Isidro), un perito de minas establecido en Chile desde que acabó la Primera Guerra Mundial y fundador, junto con su esposa, cierta miss Bridget George, de Llanwrthwl, en Powys, de la rama más numerosa de la familia que todavía lleva el nombre Hobsbawm, había tenido cierta relación con la efímera República Socialista Chilena de 1932, encabezada por el coronel Marmaduke Grove, de nombre memorable. Más recientemente, a través de Claudio Veliz, por entonces en Chatham House en Londres, que me proporcionó el contacto más original para entrar en el continente, conocí a una señora, a todas luces tan inteligente como hermosa, esposa de un destacado socialista chileno, a la que llevé de visita por Cambridge, Inglaterra: Hortensia Allende. Durante mi primera visita a Santiago almorcé en casa de los Allende, llegando a la conclusión de que su esposo, Salvador, personaje poco expresivo, era el menos impresionante de los dos. Aquel juicio demuestra que no supe valorar debidamente la estatura y el sentido de la democracia de un hombre valiente y honorable que murió defendiendo su cargo. Otros quizá recuerden dónde se hallaban cuando murió el presidente Kennedy. Yo recuerdo dónde me encontraba cuando me llamaron de no sé qué programa de radio para decirme que el presidente Allende había muerto: en un congreso internacional sobre la historia del movimiento obrero, contemplando Linz y el Danubio. La última vez que había estado en Chile había sido en 1971, en una excursión desde Perú para informar acerca del primer año del primer Gobierno socialista elegido democráticamente para sorpresa de todos, empezando por el propio Allende.⁸ No obstante, a pesar de mi apasionado deseo de que fuera todo un éxito, no había sido capaz de quitarme de la cabeza la idea de que las cosas no pintaban bien. Manteniendo «mis simpatías completamente al margen del negocio», calculaba que las apuestas iban dos a uno en contra suya. No volví a visitar Chile hasta 1998, cuando compartí con Tencha Allende y otros amigos y camaradas el maravilloso momento en que vimos por la televisión de Santiago cómo el tribunal de la Cámara de los Lores británica daba a conocer su sentencia en contra del antiguo dictador chileno, el general Pinochet. No compartí esa alegría con mis parientes chilenos, que —al menos aquellos que seguían viviendo en Santiago— habían sido partidarios de su régimen.

Los debates en torno a la izquierda latinoamericana se volvieron académicos durante los años setenta tras el triunfo de los torturadores, más académicos aún durante los ochenta, con la era de la guerra civil respaldada por Estados Unidos en América Central y la retirada de los Gobiernos militares en Sudamérica, y completamente surrealista con la decadencia de los partidos comunistas y el final de la URSS. Probablemente el único intento significativo de revolución guerrillera al viejo estilo fuera el de Sendero Luminoso, invento de un profesor maoísta marginal de la Universidad de Ayacucho, que todavía no había tomado las armas cuando yo visité la ciudad a finales de los años setenta. Puso de manifiesto lo que los soñadores cubanos de los sesenta no lograron curiosamente demostrar, a saber, que la política armada sería posible en las zonas rurales del Perú, pero también —así lo veíamos por lo menos algunos— que era una causa que no me-

recía triunfar. En efecto, la intentona fue sofocada por el Ejército de la forma brutal habitual en él, con la ayuda de aquellos sectores del campesinado a los que se habían enfrentado los senderistas.

Sin embargo, la más formidable y destructiva de las guerrillas rurales, las FARC colombianas, siguió creciendo y proliferando, aunque en aquel país ahogado en sangre tuviera que vérselas no sólo con las fuerzas oficiales del Estado, sino con los pistoleros bien armados de la industria de la droga y los salvajes «paramilitares» de los señores de la guerra. El presidente Belisario Betancur (1982-1986), un intelectual conservador y civilizado, con una gran sensibilidad social, al que Estados Unidos no tenía en el bolsillo —al menos en nuestra conversación no me dio esa impresión— inició la política tendente a entablar negociaciones de paz con los guerrilleros, que ha seguido adelante, aunque con intervalos, hasta la fecha. Sus intenciones eran buenas, y logró pacificar al menos a uno de los movimientos guerrilleros, el llamado M19, el favorito de los intelectuales. (Hubo una época en la que en cada fiesta celebrada en Bogotá solía haber uno o dos profesionales que habían pasado una temporada en las montañas con ellos.) De hecho, las propias FARC estuvieron dispuestas a participar en el juego constitucional creando una «Unión Patriótica» cuyo objetivo era funcionar como el partido electoral de la izquierda que nunca había logrado aparecer en el espacio situado entre los liberales y los conservadores. Tuvo poco éxito en las grandes ciudades y cuando casi 2.500 de los alcaldes, concejales y activistas obtenidos, después de deponer las armas, fueron asesinados en las zonas rurales, las FARC mostraron un rechazo comprensible a cambiar las pistolas por las urnas. Fui el anfitrión de uno de esos activistas, que iba a un congreso internacional o que volvía de él, ya no recuerdo, en la cafetería del Birkbeck College, lejos de la violenta frontera de las plantaciones de bananas, de las batallas entre las FARC y los guerrilleros maoístas y los paramilitares de la zona de Urabá, cerca del istmo de Panamá, donde desarrollaba sus actividades políticas legales. Cuando más tarde pregunté por él a unos amigos, me dijeron que había sido asesinado.

IV

¿Qué ha sido de Latinoamérica en los cuarenta años transcurridos más o menos desde que aterricé por primera vez en sus aeródromos? La revolución esperada y en muchos países necesaria no se ha producido, estrangulada por los ejércitos nacionales y Estados Unidos, pero también por las debilidades internas, las divisiones y la incapacidad de muchos. Ninguno de los experimentos políticos que he observado de cerca o de lejos desde que tuvo lugar la revolución cubana ha supuesto una diferencia muy duradera.

Sólo dos han dado la impresión de poder hacerlo, pero los dos son demasiado recientes para poder emitir un juicio. El primero, que llenará de gozo el corazón a todos los viejos rojos del mundo, es el auge a escala nacional desde su fundación en 1980 del Partido de los Trabajadores (Partido dos Trabalhadores) o PT en Brasil, cuyo líder y candidato a la presidencia, *Lula* (Luis Inácio da Silva)

probablemente sea el único obrero de la industria que encabeza un partido socialista en cualquier país. Se trata de un ejemplo tardío de un partido y un movimiento socialista de masas clásico, como los surgidos en Europa antes de 1914. Llevo su insignia en mi llavero para que me recuerde mis simpatías antiguas y modernas, así como las ocasiones que he pasado con el PT y con Lula, a menudo emocionantes y muchas veces enternecedoras, como las anécdotas de los activistas del partido provenientes de las fábricas de coches de São Paulo y los pueblos perdidos del interior del país. Y también como tributo al celo democrático y pedagógico de la ciudad del PT, Porto Alegre (Rio Grande do Sul), honesta, próspera y contraria a la globalización, que movilizó a todo su ayuntamiento para organizar una sesión al aire libre presidida por el alcalde en la que la población pudiera plantear las preguntas que quisiera a un historiador inglés que estaba de visita en la ciudad, todo ello en la plaza mayor, en medio del ruido de los eficientes tranvías municipales.

El otro hito, más espectacular, fue el final en el año 2000 de setenta años de régimen de partido único encabezado por el incombustible PRI (Partido Revolucionario Institucional). Por desgracia, uno duda de que este hecho suponga una alternativa política mejor, lo mismo que la rebelión de electores italianos y japoneses, que a comienzos de los noventa se levantaron contra los regímenes congelados de la Guerra Fría instalados en sus respectivos países.

Así, pues, la política de Latinoamérica sigue siendo a todas luces lo que ha sido desde hace mucho tiempo, lo mismo que su vida cultural (exceptuando la gran explosión mundial de educación superior de la que han participado todas sus repúblicas). En la escena económica mundial, incluso cuando no se ha visto perturbada por las grandes crisis de los últimos veinte años, Latinoamérica desempeña sólo un papel secundario. Políticamente ha seguido tan lejos de Dios como cerca de Estados Unidos, como siempre, y por lo tanto menos propensa que cualquier otra región del globo a creer que Estados Unidos gusta porque «hace mucho bien al mundo».⁹ Durante medio siglo, periodistas y académicos han interpretado las transformaciones transitorias como tendencias políticas seculares, pero la región sigue estando como ha estado durante la mayor parte del siglo, llena de constituciones y juristas, pero inestable a la hora de la práctica política. Históricamente, a sus Gobiernos nacionales les ha costado trabajo controlar lo que sucedía en sus respectivos territorios, y sigue siendo así. Sus gobernantes han intentado evitar la lógica de la democracia electoral entre unas poblaciones respecto de las cuales no puede garantizarse que vayan a votar del modo en que sus superiores quisieran que lo hicieran, debido a una serie de métodos muy variados que van desde el control de los caciques locales, el sistema de patrocinio, la corrupción generalizada y la aparición ocasional de «padres del pueblo» demagógicos, hasta los Gobiernos militares. Todos ellos siguen existiendo.

Y, sin embargo, durante estos últimos cuarenta años he visto una sociedad que se transformaba por completo. La población de Latinoamérica casi se ha triplicado, un continente eminentemente agrario y todavía vacío en gran medida ha perdido a la mayoría de sus campesinos, que se han ido a vivir a unas ciudades gigantescas o han emigrado de Centroamérica a Estados Unidos, en unas propor-

ciones comparables sólo con las de las migraciones irlandesa y escandinava en el siglo xix, o incluso, como los ecuatorianos que trabajan en los campos de Andalucía, han cruzado el charco. Las oleadas de emigrantes han sustituido las grandes esperanzas de modernización. Los vuelos y las comunicaciones telefónicas baratas han acabado con los localismos. Los modelos de vida que he observado en los años noventa eran inimaginables en los sesenta: un taxista neoyorquino originario de Guayaquil que vivía a caballo entre Estados Unidos y Ecuador, donde su mujer regentaba una imprenta; los camiones cargados de emigrantes mexicanos (legales o clandestinos) que regresan de California o Texas a Jalisco o a Oaxaca de vacaciones; Los Ángeles convertida en una ciudad de inmigrantes políticos y sindicalistas centroamericanos. Sí, no cabe duda, la mayor parte de los latinoamericanos siguen siendo pobres. De hecho, en 2001 eran desde luego relativamente casi más pobres que a comienzos de los años sesenta, aun dejando a un lado las calamidades de las crisis económicas de los últimos veinte años, pues no sólo se han incrementado las desigualdades dentro de estos países, sino que el propio continente ha perdido terreno en el ámbito internacional. Puede que Brasil sea la octava economía del mundo por el volumen de su PIB, México la decimosexta, pero por sus rentas per cápita se sitúan respectivamente en los puestos quincuagésimo segundo y sexagésimo. En la clasificación mundial de injusticias sociales Brasil sigue estando a la cabeza. Sin embargo, si pudiéramos a los latinoamericanos pobres que compararan su vida a comienzos del nuevo milenio con la de sus padres, por no decir con la de sus abuelos, excepto en algunos puntos negros probablemente la mayoría dijera: es mejor. Aunque en la mayoría de los países quizá dijeran también: es más imprevisible y más peligrosa.

A mí no me corresponde estar de acuerdo o en desacuerdo con ellos. Al fin y al cabo constituyen la América Latina que fui buscando y descubrí hace cuarenta años, aquella sobre la que escribiera Pablo Neruda en el maravilloso poema de poemas barroco de su continente que es el *Canto general*, en la sección llamada «Alturas de Macchu Picchu». El poema termina con una invocación a los constructores anónimos de aquella ciudad muerta inca, rodeada de verde, por cuya boca muerta desea hablar el autor:

Juan Cortapiedras, hijo de Wiracocha
Juan Comefrío, hijo de la estrella verde
Juan Piesdescalzos, nieto de la turquesa.

«Si desea usted entender Sudamérica —me dijeron antes de salir de Gran Bretaña—, debe usted ir a Macchu Picchu y leer el poema allí.» Por entonces todavía no conocía al poeta, un hombre regordete cuyo elemento natural no era la montaña, sino el mar, al que todavía está asomada su maravillosa casa, y que, cuando le preguntaron que le gustaría ver de Londres, sólo manifestó un deseo: el velero *Cutty Sark* en Greenwich. Murió con el corazón destrozado pocos días después del derrocamiento de Salvador Allende. Yo leí su poema en Macchu Picchu en 1962, en lo alto de una de sus abruptas colinas, mientras se ponía el sol, en una edición rústica argentina comprada en una librería chilena. No sé si me ayudó a

entender Sudamérica como historiador, pero sé lo que quería decir el poeta y conozco a los hombres y mujeres morenos, silenciosos, de ancho pecho y siempre mascando coca en los que pensaba, esos hombres que se ganaron a duras penas la vida en el aire sutilísimo del altiplano andino, donde es más difícil ser una persona que en cualquier otro sitio desde el Ártico hasta el Antártico. Cuando pienso en Latinoamérica ésas son las personas que me vienen a la mente. No sólo el poeta, sino también el historiador debe rendirles el tributo que se merecen.

Capítulo 22

DE F. D. ROOSEVELT A BUSH

I

Si todos los intelectuales de mi generación tuvieron dos países, el suyo propio y Francia, en el siglo xx todos los habitantes del mundo occidental, y al final todos los moradores del resto del planeta, vivieron mentalmente en dos países, el suyo propio y Estados Unidos de América. Después de la Primera Guerra Mundial no había en la faz de la tierra ninguna persona alfabetizada que no supiera identificar las palabras «Hollywood» y «Coca-Cola», y pocos eran los analfabetos que no tuviesen en algún momento un contacto con sus productos. América no tenía que ser descubierta: era parte de nuestra existencia.

Y sin embargo, lo que la mayoría de la gente conocía de Estados Unidos no era precisamente el país, sino una serie de imágenes mediatizadas esencialmente por su arte. Hasta mucho después de la Segunda Guerra Mundial, era relativamente poca la gente de fuera que realmente visitara el país, aparte de los inmigrantes, y desde comienzos de los años veinte hasta los setenta, la política del Gobierno estadounidense hizo que la inmigración fuera extremadamente difícil. Yo no desembarqué en su territorio hasta 1960. Nos encontrábamos con los norteamericanos por el resto del mundo. Supongo que mi primer contacto verdaderamente serio con lo que todavía no se denominaba «la América Media» fue cuando los rotarios decidieron celebrar su convención internacional en Viena en 1921, y yo, un muchacho bilingüe, fui requerido como intérprete. No recuerdo nada del evento, excepto la entrada del hotel, situado en pleno Ring, lleno de hombres vestidos con camisas más relucientes de lo que la ciudad estaba acostumbrada a ver, a una especie de médico anestesista procedente de la llanura central de Estados Unidos que posteriormente me envió una serie de sellos para mi colección filatélica, y mis elucubraciones acerca de cuál debía ser exactamente el cometido de un club como aquél. La explicación oficial («Servicio») me parecía algo falta de contenido.

Me resulta difícil reconstruir la imagen que de Estados Unidos se había formado un chico anglosajón del continente antes de los años treinta. Aunque parezca extraño —pues mi tío trabajaba entonces en una compañía de Hollywood—

esa imagen no procedía de las películas americanas. Los *westerns* tipo Tom Mix tampoco eran de gran ayuda, ya que resultaba obvio incluso para los niños que la vida en Norteamérica no tenía nada que ver con ellos. (Esto demuestra que sabíamos muy poco de Estados Unidos.) Las películas de Hollywood cuya acción tenía lugar en ese país no pretendían mostrar la vida americana, sino el país de ensueño que había en las fantasías de los aficionados al cine. Si nuestro concepto de Estados Unidos se basaba en algo, era en la tecnología y en la música: la primera como idea, la segunda como experiencia. Pues también conocíamos de segunda mano las ventajas de la tecnología. Muy posiblemente ninguno de nosotros llegaría a ver nunca una cadena de montaje, pero sabíamos que era el sistema utilizado por la Ford para fabricar sus automóviles.

Por otro lado, lo artístico llegaba directamente a nosotros. Mi madre y mis tías vibraban y bailaban al ritmo del foxtrot, y escuchábamos música fácilmente identificable con Estados Unidos, aun cuando fuera en versión de orquestas y solistas ingleses. La radio y el gramófono nos acercaron a Jerome Kern y a Gershwin. El jazz, como era entendido entonces por la mayoría de la gente —una música de ritmo sincopado con saxofones y sin instrumentos de cuerda tocados con arco—, ya era en los años veinte el género musical característico en las diversiones de la clase media urbana. Significaba América, y debido a lo que Estados Unidos simbolizaban, significaba la modernidad, el pelo corto para las mujeres y la era de las máquinas. Hasta el personal de la Bauhaus se había fotografiado con un saxofón. Y así, cuando me establecí en Inglaterra y gracias a mi primo Denis me convertí en un apasionado del jazz, esta vez del verdadero jazz, se me abrieron las puertas no sólo de una experiencia estética nueva, sino de todo un mundo nuevo. Al igual que Alistair Cooke, uno de mis predecesores como editor de *Granta*, que por aquel entonces empezaba su carrera como comentarista de por vida en Estados Unidos con un programa radiofónico llamado *I Hear America Singing* (Oigo cómo canta América), yo también descubrí América por el oído.

El jazz era una forma de adentrarse en la realidad norteamericana tan buena como otra, pues en Gran Bretaña al menos el sonido musical y su significado social —una expresión muy típica de los años treinta— iban cogidos de la mano. Ser un fanático del jazz no significaba sólo, y por razones obvias, estar en contra del racismo y a favor de la gente de color (esa época era antes de que quisieran ser llamados negros y luego afroamericanos), sino engullir toda la información acerca de Estados Unidos, aunque estuviera sólo mínimamente relacionada con el jazz: y había muy pocas cosas acerca del país que no lo estuvieran en un sentido u otro. De ese modo, todos los fans coleccionaban un sinnúmero de curiosidades apasionantes sobre Estados Unidos, desde nombres de ciudades, ríos y rutas de ferrocarril (Milwaukee, el ancho Missouri, el Aitchison, Topeka y Santa Fe), hasta los de gánsters y senadores. En los años treinta una buena reputación podía depender simplemente de *estar al corriente de una serie de datos y de hechos* de Estados Unidos. Denis Brogan, un tipo de Glasgow bastante bebedor y poco aficionado al trabajo que enseñaba política en Cambridge, era todo un experto en materia de los dos países, pero la reputación que se ganó en la radio —a pesar de ser uno

de los primeros académicos de Europa que aparecía en los medios de comunicación—no fue como historiador de grandes conocimientos y estudioso de Francia, sino por ser capaz de recitar todas las capitales de los estados norteamericanos y los títulos de cada una de las canciones de Irving Berlin.

La imagen de Estados Unidos es tan portentosa y abarca tantos conceptos que resulta fácil suponer que apenas ha cambiado a lo largo del que actualmente sabemos que ha sido «el siglo de Estados Unidos de América». Pero para aquellos de nosotros que nos dimos cuenta de ello en los años treinta, especialmente si éramos de izquierdas, fue bastante distinto por varios aspectos. Por una razón, no nos dominaba la envidia. Empezamos a reflexionar en Estados Unidos en el único momento en el que su economía no era un modelo triunfal de riqueza y potencial productivo para el resto del mundo. En la década de la Gran Depresión no veíamos el mundo del *Gran Gatsby*, sino el de *Las uvas de la ira*. Durante los años veinte y primeros treinta Estados Unidos era por antonomasia la búsqueda implacable del beneficio económico, la injusticia, la represión despiadada, falta de escrúpulos y brutal. Pero con F. D. Roosevelt el país no sólo rechazó esa reputación, sino que hizo un giro total a la izquierda. Se transformó claramente en un Gobierno para los pobres y los sindicatos. Además, Roosevelt era objeto de enérgicas acusaciones y abominaciones por parte de las grandes figuras de los negocios, que era como decir por parte de la gente que precisamente representaba, más que cualquier otra, los males del capitalismo para nosotros. Es cierto que, como era habitual, la Internacional Comunista, estancada en su fase supersectaria, tardó en darse cuenta de lo que era obvio a los ojos de todo el mundo y en denunciar el New Deal, pero en 1935 eso no era de extrañar. En resumidas cuentas, en los años treinta era posible estar de acuerdo tanto con Estados Unidos como con la URSS, y así lo hizo la mayoría de los comunistas más jóvenes, y un gran número de socialistas y de liberales. Franklin Delano Roosevelt no era a todas luces el camarada Stalin, y, sin embargo, de haber sido norteamericanos, habríamos votado por él con verdadero entusiasmo. No se me ocurre ningún otro político «burgués» del mundo que nos mereciera tal consideración. Durante los más de sesenta años que han transcurrido desde que conocí a Arthur Schlesinger Jr. en Cambridge, Inglaterra, probablemente nunca hayamos estado de acuerdo en ningún tema político excepto en lo tocante a ese presidente norteamericano. Compartía, y sigo compartiendo, su admiración por F. D. Roosevelt.

Aunque cruzar el Atlántico desde Cambridge era un hecho bastante común, no tuve nunca la oportunidad de hacerlo antes de la guerra (y después de 1945 la Guerra Fría parecía convertirlo en un imposible). Estados Unidos no quería comunistas en su territorio y mucho menos si eran extranjeros. Como militante del Partido quedaba automáticamente excluido de conseguir el visado, excepto por una revocación especial de mi no idoneidad, que difícilmente obtendría, a no ser que reuniera las condiciones indispensables para ser recibido, aunque fuera temporalmente, en la comunidad de los libres: confesar mi pecado y abjurar de él en público, aunque no creo que para los extranjeros fuese indispensable denunciar a otros camaradas comunistas. No se trataba de un mero requisito. Recuerdo una larga conversación con Joe Losey, el director de cine y una de las víctimas de

la caza de brujas, con el que había entablado una amistad —que no superó esa charla— debida a nuestra pasión común por Billie Holiday. Durante varios años había bregado por toda Europa, haciendo películas bajo distintos seudónimos o como le fuera posible. Por fin, en los sesenta, había empezado a tener éxito. No sólo se estaba descubriendo su talento, sino también su valor de taquilla. La famosa pregunta («¿Eres o has sido alguna vez?») obstaculizaba su camino. Amigos y empresarios le decían que ahora no sucedería nada si contestaba a ella. Me consultó si debía responder, y con el planteamiento de su pregunta entendí que estaba a punto de hacerlo. No podía echárselo en cara, pero había sido demasiado honesto, o demasiado mojigato, si le decía simplemente lo que él quería oír. Quizás habría debido hacerlo. Para un hombre no es una nimiedad el hecho de considerar si la oportunidad de consagrar su gran talento merece el sacrificio de su orgullo y autoestima. Todavía siento la angustia que se escondía tras su pregunta.

Afortunadamente para mí, no tuve que enfrentarme a un dilema semejante. Si Estados Unidos me formulaba esa pregunta y decidía no aceptarme cuando la contestara honestamente, entonces simplemente no iría allí. Desde luego, quería ir. Y lo que es más, las razones para viajar a ese país se multiplicaban, aunque sólo fuera por el hecho de que la comunidad académica norteamericana estaba incluso en esos tiempos mucho más predispuesta a reconocer al británico heterodoxo que al típico aferrado a la tradición.

Fue entonces cuando surgió la oportunidad de visitar el país que hasta entonces sólo había conocido, como si en realidad lo fuera, como una realidad virtual. En uno de los primeros congresos internacionales de sociología de posguerra —en Amsterdam en 1956 o, más probablemente, en el de Stresa de 1959— había entablado amistad con el economista Paul Baran, un refugiado alemán de los años treinta, quien afirmaba ser el único marxista declarado que era profesor numerario en Estados Unidos.¹ Debí de haberme entendido muy bien con ese hombre corpulento, pasional, de mirada bondadosa y que arrastraba los pies cuando caminaba, pues me invitó a pasar una temporada en su casa y a dar clases durante el trimestre estival en la Stanford University en 1960. Planeamos elaborar juntos un artículo en respuesta al estudio, recientemente publicado, de Walt Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*, una obra que se definía a sí misma como «Manifiesto anticomunista», de la cual se hablaba mucho por aquel entonces. Lo escribiríamos posteriormente en una cabaña del lago Tahoe.²

Esa vez el problema de mi visado desapareció como por arte de magia, gracias a la falta de experiencia burocrática del consulado de Estados Unidos en Londres: se olvidaron de formularme la pregunta. Mi estatus de visitante en Estados Unidos no quedó resuelto definitivamente hasta 1967, cuando me ofrecieron ocupar una cátedra de invitado en el Massachusetts Institute of Technology (MIT). Afortunadamente esta institución estaba acostumbrada tanto a ocuparse de solicitudes de visado de personas cuyo entorno suscitaba sospechas en el FBI y en la CIA como a las maniobras políticas de Washington. Su prestigio y el de su presidente, así como el hecho por todos conocido de que el centro llevaba a cabo una labor importante para el Estado, confería al MIT fuerza suficiente para

insistir en que se debía dejar a su criterio a qué extranjeros merecía la pena o no invitar. La política de despachos del poder llevaba así al MIT a movilizar todos sus recursos con el fin de obtener una dispensa del visado para un académico británico comunista, por otro lado poco importante. Conseguí la revocación, aunque con la condición de que informara de mis planes a la señora amable, pero estricta, que «cuidaba» de los extranjeros en el MIT, cada vez que quisiera salir de la zona de Boston. «¿Quiere decir que no puedo pasar una noche en Nueva York sin su permiso?», le pregunté. Ella reconoció lo absurdo de la situación y optó por soslayar el problema. Nadie interferiría posteriormente en mi libertad de movimiento en Estados Unidos.

No me di cuenta hasta mucho más tarde de lo difícil que debió de resultar el tema de mi visado para las autoridades norteamericanas. Como todas las burocracias, en un primer momento reaccionaron con el silencio y las evasivas. Sin embargo, en el transcurso de una serie de conversaciones telefónicas, cada vez más desquiciadas, con el otro lado del Atlántico, descubrí un hecho que hacía que mi caso fuera tan espinoso. «¿Le importaría —dijo durante una de esas llamadas mi garante— si le formulo una pregunta que, le aseguro, no afectará la invitación que le hemos hecho? ¿Es actualmente o ha sido alguna vez presidente del Partido Comunista británico?» Se trataba de una de las anotaciones típicas de un expediente de los servicios secretos, en la que se combinaban pereza (pues los nombres de todos los presidentes del Partido sin duda estaban fácilmente al alcance de sus agentes) y confusión. Por lo que recuerdo, desde 1939 no había ocupado *nunca* un cargo político en el Partido, ni siquiera en una delegación. Evidentemente alguien había sido incapaz de diferenciar entre la única entidad de la que, dentro o fuera del Partido, había sido presidente, a saber, la Agrupación de Historiadores del PC (véase Capítulo 12), y la presidencia del Partido Comunista. En cualquier caso, el MIT ganó la batalla al Departamento de Inmigración. Obtuve la revocación.

A partir de ese momento terminaron prácticamente mis problemas. Una vez que existe un precedente, las burocracias ya saben qué deben hacer: lo mismo que la última vez. Desde aquel día viajé a Estados Unidos sin topar apenas con dificultades, aunque en un primer momento siempre tenía una o dos entrevistas con el funcionario consular encargado de las dispensas, que solía mirar mi expediente y decir casualmente, «Veo que ha visitado Cuba otra vez», para demostrarme que el Tío Sam me vigilaba de cerca, para luego extender la dispensa. Por supuesto, seguía sin poder aterrizar en Estados Unidos si no iba provisto de un visado, ni siquiera como pasajero en tránsito aéreo, pero al final mis solicitudes empezaron a tramitarse de modo rutinario y se me concedían los visados en pocos días, hasta que la norma de la no admisión *a priori* de los comunistas fue finalmente abolida y los visitantes británicos dejaron de necesitar un visado.

II

Así pues, en 1960 Estados Unidos de América dejó de ser para mí una realidad virtual y se convirtió en un país real. ¿Cómo fue? Ahí, al menos en un primer momento, mi calidad de aficionado al jazz resultó mucho más relevante que mis contactos marxistas o académicos. Pues lo cierto es que en 1960 los marxistas americanos de mi generación estaban bastante aislados del mundo en que vivían, y los historiadores académicos que conocía tampoco parecían estar muy al corriente de él. En Nueva York podía discutir acerca de los problemas de la acumulación de capital y de la transición del feudalismo al capitalismo con mis amigos de *Science and Society*, la revista anglófona más antigua del marxismo intelectual, con la que colaboraba, pero lo que me enseñaban de Nueva York no fue más que lo que cualquier otro judío de clase media-baja de Manhattan habría mostrado a un visitante del extranjero: dónde estaban las tiendas que vendían buenos productos lácteos y las de libros de segunda mano (un artículo que por aquel entonces no quedaba reducido a la librería Strand entre Broadway y la Doce), qué era la Dr. Brown's Celery Tonic y que en Estados Unidos el pastrami no era lo que los ingleses llamaban carne de vaca salada.

Aprendí bastantes más cosas a través de Paul Baran en la Costa Oeste, principalmente porque (creo que gracias a la que entonces era su amante, una señora japonesa de California) conocía a los intelectuales que trabajaban con el International Longshore and Warehousemen's Union (ILWU; Sindicato Internacional de Estibadores y Almacenistas) de Harry Bridges, la piedra angular de la izquierda de la zona de la Bahía. Su campo de acción abarcaba todos los puertos del Pacífico desde Portland a San Diego, y, en gran medida, participaba en cualquier actividad que pudiera organizarse en Hawai. Para mi gran satisfacción, tuve el placer de conocer personalmente a Bridges, un héroe larguirucho y con nariz aguileña, que había logrado imponer la contratación exclusiva de trabajadores a través del sindicato según las condiciones californianas a la patronal de la costa del Pacífico, que no eran precisamente unos angelitos, utilizando para ello dos huelgas generales y un sentido firme del poder y una estrategia sólida en la mesa de negociaciones. También había tenido que luchar para no sucumbir a los diversos intentos del Gobierno norteamericano de deportarlo por extranjero subversivo. Por aquel entonces estaba en el proceso de supervisar a regañadientes la eutanasia de los trabajadores de la costa del Pacífico, negociando la sustitución de mano de obra por las nuevas tecnologías en materia de contenedores y camiones cisterna, y exigiendo una pensión suficiente de por vida para los miembros del sindicato que se quedaban sin trabajo. La organización sindical seguía siendo fuerte, y las convicciones revolucionarias de Bridges, manifestadas con un acento australiano que hacía muy pocas concesiones a media vida como líder sindicalista norteamericano, no estaban empañadas. Continuaba soñando con una huelga general de los trabajadores portuarios de todo el mundo que llevara a los capitalistas a postrarse de rodillas ante ellos, pues para la gente que vive en la costa los grandes océanos son puentes entre los continentes, y no barreras. No es que tu-

viera mucho tiempo para ocuparse de los marineros, a los que consideraba unos «holgazanes» porque carecían del espíritu de resistencia tenaz de un sindicato en tierra firme como el que tenían los estibadores, los cuales se mantenían unidos según su especialidad o en las comunidades habituales. Tampoco, como buen australiano, estaba acostumbrado a tratar con los *pommies*. * Me comentó que en su época de marinero durante su juventud anduvo en relaciones con la hija de un estibador del puerto de Londres. Ello hizo que sintiera un desprecio permanente por la resignación y la pasividad con las que los obreros británicos aceptaban una pertenencia a una clase social inferior.

Como estábamos en 1960, hablamos acerca de las elecciones presidenciales. Jimmy Hoffa, de los camioneros, objetivo de Bobby Kennedy y el FBI, estaba considerando la posibilidad de pedir el voto de su sindicato para Nixon en lugar de Kennedy. La buena voluntad de los camioneros era primordial tanto para los obreros como para la patronal en California, pero Hoffa no gozaba de buena reputación. Bridges, que no sentía ninguna devoción especial por ninguno de los dos «partidos burgueses», veía todo esto como una elección puramente pragmática. Le pregunté si acaso Hoffa no estaba en manos de los gánsters. «Quizás trabaje con gorilas —respondió Bridges tajantemente y desde la experiencia—, pero es un tipo sólido y, que yo sepa, nunca ha abandonado a sus compañeros. De lo que él quiere aprovecharse es de los patronos, no de los trabajadores.» Nunca nadie acusó a Bridges de hacerse rico o de abandonar a sus compañeros. Murió poco después de que lo conociera, mientras San Francisco se alejaba cada vez más de la ciudad de Bridges y de Sam Spade. Lo recuerdo con admiración y ternura. Su sindicato a todas luces conocía a las mafias. Una tarde uno de sus organizadores, que posteriormente entró en las esferas académicas, me dio el equivalente a un seminario acerca de negociaciones con la Mafia, con la que el ILWU debía coordinar sus actividades, pues, aunque los sindicatos portuarios de la costa del Pacífico eran organizaciones limpias, los del Golfo y los de la costa del Atlántico estaban controlados por ella. Al parecer, el trato con la Mafia se basaba en dos presupuestos elementales y un conocimiento de sus limitaciones. El primero, un respeto mutuo, estaba garantizado. Ambas organizaciones operaban en los puertos, que no eran precisamente un juego de niños. Sabían las reglas que imperaban en ellos, siendo la más importante de ellas que no hubiera soplonos. Los representantes de un grupo no tenían por qué confiar en los del otro, pero podían hablar entre ellos. El segundo era que no debían aceptarse favores, por simbólicos o nimios que fueran, de la Mafia, porque ello se interpretaría automáticamente como una forma de establecer cierta dependencia. Así pues, siempre se rechazaba educadamente, pero con firmeza, cualquier sugerencia de que los dos sindicatos podrían reunirse para decidir cuestiones de interés común —por ejemplo, marcar un día único para la finalización de los contratos— en un lugar divertido como Las Vegas.

Por otro lado, el conocimiento de las limitaciones de la Mafia proporcionaba a una organización al día políticamente como era un sindicato rojo la posibilidad

* Término peyorativo utilizado para designar a los inmigrantes ingleses en Australia. (*N. del t.*)

de demostrar lo que a los ojos de las mafias debía parecer un tipo de poder realmente merecedor de respeto. Por supuesto, el ILWU carecía de poder, aun cuando se pueda sospechar que los representantes y los senadores de Hawai se tomaran sus puntos de vista muy en serio. Simplemente tenía sus estrategias, sus horizontes políticos nacionales, a una serie de intelectuales comprometidos y bien informados, y sabía cómo moverse en el Capitolio. Por otro lado, según la experiencia del ILWU, las perspectivas económicas de las mafias eran escasas y sus horizontes políticos estaban limitados a los ámbitos locales. «Hablan con los despachos de los concejales y de los alcaldes. Una vez los llevamos al Congreso en Washington —me dijo el organizador—. Podían ver a los nuestros, saludar a los diputados y a los senadores de todos los estados, les preguntamos si querían conocer a Jimmy Roosevelt Jr., el hijo de F. D. R. Esto les impresionó. A partir de entonces las negociaciones fueron mucho más fáciles.» Todo ello contribuyó a que me vacunara contra la tendencia de los políticos en campaña y gente de a pie a exagerar el poder y el alcance de la Mafia. O incluso su riqueza, aunque el valor neto real de una familia de dicha organización, bastante modesto según los estándares del dinero de verdad en Nueva York, sólo quedó registrado a comienzos de los setenta, la década en la que los italoamericanos se hicieron valer y Estados Unidos escenificaba su romance (vía Hollywood) con los padrinos.³ También me proporcionó una primera toma de contacto muy realista con la política norteamericana.

¿Hasta qué punto hizo que cambiara mi visión de Estados Unidos? Como sucede con todos los observadores transatlánticos de Estados Unidos quedé fascinado por los gánsters que, según descubrí, eran una subcultura de los intelectuales estadounidenses. Afortunadamente, en los años cincuenta se podía tener acceso por primera vez a una gran cantidad de material sobre la evolución del crimen organizado en Estados Unidos, que, naturalmente, prestaba bastante atención a las interacciones entre las mafias y el movimiento obrero. (Este aspecto no había sido enfatizado en la imagen que tenían los jóvenes izquierdistas de la historia del movimiento obrero norteamericano.) Mis estudios acerca de la Mafia siciliana habían despertado en mí un interés profesional en las operaciones que llevaba a cabo en el lado americano, por lo que estaba suficientemente familiarizado con ella para escribir un breve estudio sobre «La economía política del gánster» como una subvariedad de la economía de mercado, que pasó completamente desapercibido, quizá debido en parte a que, por hacer una broma, lo envié al periódico *tory* más antiguo, de hecho una publicación casi prehistórica que apenas se leía, *The Quarterly Review*, que lo sacó en sus páginas sin chistar.⁴ Por lo tanto, cuando llegué a Estados Unidos estaba bien informado acerca de esos temas (pero, por razones obvias, no lo estaba acerca de los planes inminentes de la familia Kennedy de utilizar sus conexiones con las mafias para eliminar a Fidel Castro). Y sin embargo, en cierto modo todavía compartía la visión elemental de un niño de escuela primaria o de la moral de Hollywood, por la que los buenos (gente honesta) se comportan como buenos y son por lo tanto mejores que los malos (chorizos), con los que no tienen nada que ver, aun cuando se ven obligados a coexistir con ellos. Incluso después de haber vivido durante mucho tiempo

en un mundo sumamente imperfecto, me gustaría seguir pensando así. En las islas Británicas de los años cincuenta, observantes de la ley y regidas por un Estado, esta circunstancia continuaba pareciendo no sólo una aspiración, sino una especie de realidad. Pero Estados Unidos no era un país observante de la ley, aunque tuviera más abogados que el resto del mundo junto, ni su sociedad reconocía el gobierno del Estado, aunque descubriera para mi sorpresa que era mucho más entusiasta de la burocracia a todos los niveles de lo que me había imaginado.

Fueron los políticos y los académicos los que me llevaron a Estados Unidos, pero una vez más fue el jazz lo que me hizo sentir que tenía cierta comprensión de la realidad de ese país extraordinario. Difícilmente habría podido elegir un momento mejor para visitar Estados Unidos como aficionado al jazz que 1960. Nunca, ni antes ni después, fue posible disfrutar de todas las variedades de este género musical en vivo, desde los supervivientes de los años veinte a los ritmos anarquistas de Ornette Coleman y Don Cherry que ya podían ser escuchados por una vanguardia muy determinada en ciertos locales de los alrededores de Greenwich Village. De hecho, a pesar del estilo de vida suicida de la gente del jazz, salvo algunas excepciones notables, los grandes nombres con los que mi generación había crecido seguían en forma para actuar. Aún más, cuando oíamos cómo tocaba Monk con aquella genialidad única, y al quinteto de Miles Davis de *Milestones* y *Kind of Blue*, absolutamente extraordinarios, no podíamos evitar darnos cuenta de que la segunda mitad de los cincuenta era una época dorada de la música, que resultaría ser la última. Era un éxtasis estar vivo en aquellas noches de Nueva York y San Francisco, aunque fuera demasiado tarde para un historiador que ya había pasado los cuarenta gozar de la música celestial de la juventud de Wordsworth.

No es que el jazz pudiera separarse de la política de la izquierda, aunque en 1960 el lugar que ocupaba en el mundo académico profesional se pareciera bastante al de la homosexualidad: era una afición privada de algunos profesores, pero no formaba parte de su actividad académica. De ahí que Nueva York, una ciudad a todas luces mucho menos representativa de la América media que, por ejemplo, Green Bay, en Wisconsin, fuera probablemente el mejor lugar para convencer a alguien como yo de que en realidad era posible comprender, quizás incluso amar, ese extraordinario país. *Le tout* Manhattan despreciaba la caza de brujas y, siendo una ciudad de emigrantes judíos y el centro de las publicaciones intelectuales, del teatro y del negocio discográfico y de la música popular, daba por hecho la existencia entre sus conciudadanos de algunos simpatizantes del marxismo revolucionario, pasados o presentes. En la Gran Manzana sólo el FBI se preocupaba realmente acerca del carácter preciso del compromiso político de alguien, pues cuando llegué allí ya era una ciudad en la que incluso los archimillonarios podían ser fácilmente demócratas. Curiosamente el jazz no era una de las grandes aficiones de los marxistas norteamericanos a tiempo completo, cuyos gustos se decantaban de forma instintiva por la música clásica y las canciones populares de protesta. (Todavía recuerdo aquella noche funesta en la que se me ocurrió llevar a Paul Baran a una actuación que daba Miles Davis en el Black Hawk de San Francisco.)

La mayoría de mis contactos en el mundo del jazz eran hombres, salvo raras excepciones como la tenaz profesional del mundo del espectáculo que dedicó su vida a la promoción de la carrera del maravilloso pianista Erroll Garner, y que intentó hacerme un gran favor llevándome con Garner al programa televisivo *Johnny Carson Show*, pensando que así podría hacer publicidad de mi libro sobre jazz que se acababa de editar. (Estaba tan alejado de la realidad editorial norteamericana en 1960, treinta años por delante de la británica, que me pasé los cuatro minutos que duró la entrevista sin apenas citar el título de mi libro.) La mayoría de ellos eran refugiados pertenecientes al sector masculino convencional de la vida norteamericana de los años cincuenta, la década de los hombres «con traje gris de franela», excepto el descubridor de talentos y promotor más importante de toda la historia del jazz, John Hammond Jr. Ningún visitante de fuera de la ciudad al verlo, por ejemplo, frente al Village Vanguard, le habría preguntado nunca, como me ocurrió a mí una vez que me encontraba con un amigo delante de un lugar en North Beach, San Francisco: «Perdón, pero ¿son ustedes dos *beatniks*?» Por supuesto, no había nadie que necesitara preguntarle quién era delante del primer lugar al que me llevó, Small's Paradise, en Harlem. John Hammond Jr. era prácticamente una caricatura del clásico miembro de la Ivy League blanco, anglosajón y protestante de clase alta: de estatura elevada, pelo al cero, con esa especie de acento con el que uno se imagina que hablan los personajes de las novelas de Edith Wharton —pertenecía a la familia de los Vanderbilt— y aquella sonrisa constante de la que hacía alarde. Como suele ser habitual en Estados Unidos, esta última característica no era sinónimo de un gran sentido del humor. John no era un hombre dado a la falta de formalidad o a la carcajada, al igual que Benny Goodman —en otro tiempo cuñado suyo—, quien tenía la fama de dejar helados a los que estaban a su alrededor con su mirada de basilisco. Siguió siendo hasta el final el clásico izquierdista no reformado y militante de los años treinta, aunque el FBI nunca logró atraparlo y demostrar que era un comunista con carnet. La historia del jazz en Estados Unidos antes de la Segunda Guerra Mundial y, como John probablemente era el personaje más importante que utilizó su influencia para lanzar la moda de la música *swing* de los años treinta, la propia historia de Norteamérica no podía ser comprendida sin él. Le pregunté en su lecho de muerte de qué se había sentido más orgulloso en su vida. Respondió que de haber descubierto a Billie Holiday.

Cuando lo conocí, ya no estaba en el meollo del mundo de la música, aunque tampoco se puede decir que el hombre que estaba a punto de lanzar a Bob Dylan a la fama estuviera totalmente anclado en el pasado. Otro neoyorquino antiguo amante del jazz, que se convertiría en mi mejor amigo americano, no sólo no se limitó a hacer de este género musical su profesión como periodista para mantener el contacto con todas las generaciones del momento, viejas y jóvenes, sino que lo hizo con una espontaneidad tan natural, afable y surrealista que conquistó a todo el mundo. Era quien, entre otras cosas, acababa de descubrir a Lenny Bruce, y además se hizo agente electoral de la campaña del gran trompetista del *bebop* Dizzie Gillespie para las presidenciales americanas, unas elecciones que en realidad ninguno de los dos se tomaban en broma, de Ralph

Gleason. De origen irlandés, dejó su ciudad, Nueva York, para trabajar como columnista del mundo del espectáculo y de música popular en el *San Francisco Chronicle*, un periódico que se jactaba de no pertenecer al imperio de William Randolph Hearst, y de contar con unos colaboradores que no se sorprendían por nada de lo que sucedía en esa ciudad acaudalada, cosmopolita y educadamente disidente. Ralph vivía en una casa sencilla situada en lo alto de Berkeley, rodeado de colecciones de discos, cintas, proyectos musicales, grabados en varios formatos y visitas (por lo general gente joven), todo ello bajo un riguroso orden que mantenía Jeanie, su tenaz y protectora esposa. Yo consideraba su hogar como un refugio en Palo Alto, y solía ir allí en el primer automóvil que tuve, un Kaiser de 1948, que había comprado por cien dólares americanos, y que vendí al concluir el trimestre estival a un especialista en lógica matemática de prestigio internacional por cincuenta.

En lo referente a música y al negocio del mundo del espectáculo, la zona de la bahía de San Francisco era en 1960 un lugar muy al día, un buen mercado, pero a las afueras. Todo el mundo actuaba en la ciudad, pero era poco lo que salía de allí, excepto la primera ola tímida de música *dixieland* blanca. Era el típico lugar en el que los maestros de edad más avanzada, como el gran pianista de jazz Earl Hines, solían asentarse, trabajando para un club con público bueno y fijo. Incluso Duke Ellington prefería aceptar en esa ciudad un compromiso de trabajo en un club antes que un concierto, circunstancia que me permitió disfrutar de una velada inolvidable, la primera desde 1933, escuchando a su banda en el ambiente para el que había sido concebida, a saber, en un local para tomar copas en el que se sabía hasta qué punto un grupo impactaba al público no por los aplausos tras la actuación, sino por el silencio repentino que se hacía en las mesas a medida que la gente dejaba de hablar para prestar atención a la banda.

San Francisco, aunque no era todavía la república del mundo *gay* ni la periferia de Silicon Valley, contaba con un perfil nacional y una presencia reconocida por todos en la vida americana, que no tenía nada que ver con la belleza sensorial de su bahía. Era una ciudad liberal, aunque políticamente menos extremista de lo que sería la vecina Berkeley en los años sesenta, que se sentía orgullosa de sus disidentes (entre otros de Harry Bridges). Incluso entonces su postura frente a las drogas era bastante permisiva. Para el modelo californiano, estaba cargada de historia, contaba con el (entonces) Barrio Chino más famoso, el recuerdo del Halcón Maltés y una reputación de ser el centro más importante de la literatura de vanguardia de los años cincuenta, el movimiento de la *beat generation*, un fenómeno muy de moda incluso para Ken Tynan, que me felicitó por mi decisión de visitarla. «Allí» estaba la zona de los alrededores de Broadway, North Beach, una especie de St. Germain-des-Prés del Pacífico, donde podía encontrarme con Ralph en el Café Flore del lugar, y en Enrico's, delante de la librería City Lights, mientras saludábamos y éramos saludados por las personalidades de la ciudad que deambulaban por allí dando un paseo. A diferencia del neoyorquino, la gente utilizaba el Broadway de San Francisco para pasear. Y al otro lado del puente de la Bahía se encontraba Berkeley. A mediados de los años sesenta «los hijos de la clase media americana blanca» hicieron de ese lugar durante un breve período

de tiempo la quintaesencia de los ambientes de la juventud hippy y del *flower-power*, lo que dio lugar, por casualidad, a la aparición de (como apuntó Gleason) «los primeros músicos americanos, aparte de los del género *country*, que no pretenden tocar como si fueran negros».⁵ Ralph se hizo portavoz de la música Haight-Ashbury, de grupos como Jefferson Airplane y Grateful Dead, aunque por su naturaleza no ocupara un lugar en los ambientes de la droga. De hecho, había dejado de fumar hierba. Pertenecía a la generación de intelectuales que fumaban en pipa, como también hacía yo por aquel entonces. Pero su salud fue siempre muy precaria y murió en 1975 a los cincuenta y ocho años.

Fueron tres las razones que hicieron de Ralph mi ventana a Estados Unidos. Al vivir en el mundo del jazz, un género musical foráneo, sabía captar las vibraciones de acontecimientos futuros que escapaban a la mayoría: el cambio de *tono* en la música que llegaba del gueto negro, el movimiento vanguardista de jóvenes blancos que descubrieron la fuerza del ritmo de los *blues* negros de las ciudades, las expectativas de la revuelta estudiantil de Berkeley, que se extendió a toda la nación en 1964 y al mundo en 1968. Eran cosas que en el verano de 1960 no se percibían en ningún otro lugar del planeta. Ninguno de los académicos que conocía de las facultades de Berkeley, y aún menos los de Stanford —una universidad muy distinguida, pero también muy remilgada—, me propuso si estaría interesado en asistir a una acampada política de fin de semana que organizó aquel verano la gente de izquierdas de Berkeley, porque no tenían ni la menor idea de ella. En cambio Ralph, que no se relacionaba con académicos ni tenía contactos políticos evidentes, sí estaba al corriente porque los estudiantes solían hablar con él. No es que Ralph estuviera muy interesado en el radicalismo político organizado, o se moviera en los círculos de izquierdas de la zona de la Bahía. El Ejército Simbiótico de Liberación era mucho más de su estilo, un extraño *reductio ad absurdum* del milenarismo de la zona de la Bahía, recordado (si acaso) por secuestrar primero a la hija de William Randolph Hearst Jr. y luego convertirla a su credo. Aplaudió y agasajó a los rebeldes del Discurso Libre de Berkeley (Berkeley Free Speech) de 1964, y fue un admirador de la retórica de masas y la sinceridad desordenada de su dirigente, Mario Savio, un estudiante de física algo hosco, y, cuando éste fue expulsado, me lo envió junto con su esposa/compañera a Birkbeck con la esperanza de que lográramos encontrar algo para él. (El Departamento de Física de J. D. Bernal me hizo el favor de aceptarlo, pero evidentemente la vida académica y la investigación científica no eran su fuerte, y el muchacho volvió a su antigua vida en los cafés de Telegraph Avenue, en Berkeley, en el reino de sus viejos triunfos.)

La segunda razón de por qué Ralph supuso una forma maravillosa de conocer Estados Unidos posterior a los años sesenta fue que, como inmigrante en el rincón más utópico culturalmente de California, podía entender las aspiraciones de la juventud del lugar y su revolución cultural. Además, aunque era el menos infantil de los hombres, su espíritu se mantuvo siempre joven. Tenía unas reservas inagotables de entusiasmo —de las que yo carecía— a las que recurría incluso para demostrar apasionamiento por los grupos de rock. Una vez más, esa capacidad lo hacía increíblemente sensible a las vibraciones emitidas por los tiempos

que se avecinaban. Fue quien ayudó a uno de sus jóvenes seguidores a publicar una nueva revista de rock, quien encontró el título —*Rolling Stone*— para ella en un disco del cantante de *blues* de Chicago Muddy Waters; él, el hombre con menos sentido comercial sobre la faz de la tierra, que gracias a esto y a lo que había sido una marca discográfica de jazz y de sátira experimental, Fantasy Records, se encontraría con más dinero del que estaba acostumbrado a disponer, pudiéndose permitir el lujo de enviar whisky y puros a sus viejos amigos.

La última razón, pero no por ello la menos importante, era que por su estilo y temperamento, Ralph, un hombre al que no podía concebirse fuera de Estados Unidos, hacía que resultara más fácil entender su país, aun cuando su civilización fuera en ciertos aspectos más extraña a los ojos de los europeos que la de cualquier otro lugar con la excepción de Japón. Poseía la que para los extranjeros constituye la clásica combinación americana de amores y odios repentinos, la sensiblería de los sentimientos (pero no de las palabras). No obstante, parecía inmunizado contra los tres riesgos inherentes a la vida cultural americana: el ensimismamiento, la tendencia a ponderar qué significa ser americano y la pesadez intelectual. Gilipolceces tales como «los valores americanos» y «el sueño americano» no constaban en su diccionario, del mismo modo que tampoco aparecían todavía en las conversaciones privadas de Estados Unidos. Aceptaba a los americanos tal como eran. La retórica pertenecía exclusivamente a la vida pública del pueblo americano y a las modalidades del amor aprobadas oficialmente. No creo que hubiera contemplado jamás la posibilidad de una utopía americana sin la existencia de un concejal corrupto aquí y allá, uno o dos predicadores radiofónicos lascivos y millonarios, unas cuantos núcleos de disidencia contracultural apasionada más allá incluso de la propia utopía y los establecimientos como el que vi delante de los principales casinos de Reno, en Nevada, llamado «Sierra Club: apuestas y venta de platos preparados *kosher*». Por otro lado, como vivía en las Sodoma y Gomorra del planeta, Ralph tenía la esperanza de que Dios se abstuviera de destruirlas, porque siempre se podrían encontrar allí los diez hombres justos necesarios para salvarlas. Él era uno de ellos.

Ralph pertenecía a ese producto exclusivo de Estados Unidos, el cuerpo de observadores, en su mayoría periodistas, cuya crema probablemente fuera la generación de los años treinta-cincuenta, que era también la de las glorias del musical y la canción originariamente norteamericanos, que informaban acerca de su país con amor, rebeldía y estupor. Puso a otros como él en mi camino. No podría haber tenido una forma mejor de conocer Chicago, ciudad que no puede perderse ningún amante del *blues*.

Llegué a Chicago conduciendo de una tirada desde el Pacífico hasta el este, reconocido desde que los *beats* lo celebraran como el rito de iniciación del verdadero rebelde americano. Compartí los gastos del viaje con tres estudiantes de Stanford muy poco del estilo de Jack Kerouac. Según los parámetros europeos, no hay la suficiente variedad de distracción en los vastos espacios de montañas y praderas, al menos para aquellos que no tienen la cabeza hecha polvo. Esto resulta más difícil cuando cuatro personas se tienen que turnar al frente del volante las veinticuatro horas del día, aunque hizo que me adormilara lo preciso para evi-

tar por los pelos que chocáramos contra un vehículo que venía en dirección opuesta por aquella autopista recta e interminable, a la altura de Laramie, en Wyoming. La ciudad de Chicago, especialmente en agosto, alojado en una habitación pequeña de un YMCA sin ningún tipo de refrigeración, sigue pareciéndome el lugar donde más calor hacía de todos los que haya visitado. Insoportable tanto por sus altas temperaturas en verano como por el viento gélido que corre en invierno, simboliza la típica creencia americana de que las limitaciones que suponen los fenómenos climáticos deben ser superadas por la tecnología y el dinero si el fin —en este caso el comercio y el transporte— justifica los medios. Son pocas las ciudades del mundo que resultan tan poco adecuadas como ésta para desarrollar una simple existencia sin la ayuda de esos medios.

Este esfuerzo no era suficiente para hacer de Chicago algo más que la Segunda Ciudad, por mucho que lo intentara. Incluso en jazz, género musical del que fue cuna gracias a la facilidad que tuvo para traerse a los mejores músicos y cantantes del delta del Mississippi, claudicaba frente a la supremacía de la Gran Manzana, y en el crimen organizado perdió su hegemonía tras la desaparición de Al Capone, aunque seguía habiendo mafias suficientes. No había perdido su capitalidad como ciudad del *blues*, pero a diferencia de su *rock and roll* juvenil conocido internacionalmente, el *blues* de Chicago, como la música *gospel*, pertenecía al sinfín de guetos negros, deteriorados y uniformes que se extendían al sur y al oeste de la ciudad. Seguía siendo el arte de los inmigrantes pobres sureños, creado en los bares de barriada, en iglesias con aspecto de tienda e incluso en los mercadillos al aire libre. Contaba con uno de los pesos pesados del mapa político nacional, el alcalde Daley, el último y más importante de los capos de la ciudad, capaz de garantizar el voto de Cook County a cualquier candidato demócrata, lo que le fue muy bien a Jack Kennedy, pues fue determinante para su elección. Cuando escribo estas líneas, la ciudad sigue siendo dirigida por su hijo.

Y sin embargo, ello imprimía a la ciudad una cierta sensación de comunidad local. No puedo imaginarme a mi admirado Studs Terkel abriéndose paso en su carrera en otro lugar. Es un hecho emblemático que el primero de los maravillosos libros que le dieron fama mundial como escritor que se hacía eco de la vida de la gente de la calle fuera *Division Street: America*,⁶ un tapiz concebido maravillosamente como historia oral de Chicago a través de setenta individuos, cuyo título se debe a una calle en el Near North Side de la ciudad —la zona más agradable en 1960—, que le fue encargado por mi amigo y editor, Andre Schiffrin, para una colección de libros sobre «los pueblos del mundo». En ciertos aspectos, lo prefiero a otras obras suyas posteriores llenas de intervenciones y más ambiciosas y famosas como *Hard Times: The Oral History of the Great Depression*, *Work*, *The Good War* etc. Cuando lo conocí tenía cuarenta y ocho años y trabajaba, como siempre, dirigiendo su programa radiofónico diario en una emisora local, sobre lectura, música y todo tipo de cosas, especialmente entrevistas. Su talento exclusivo era una gran capacidad para hacer que la gente olvidara que estaban hablando delante de un micrófono y que cualquiera podía escuchar lo que decían, excepto un tipo un poco payaso con pajarita, que parecía oír lo que ellos querían decir y que estaba al corriente acerca de los buenos y los malos

tiempos. Como de hecho lo estaba, pues su carrera como actor y figura televisiva se había visto interrumpida por la caza de brujas anticomunista. Tras una temporada como agente publicitario de músicos negros de Chicago, que sabían perfectamente qué eran los prejuicios, encontró un puesto en una radio local, donde no se necesitaba mucho dinero y por lo tanto había menos de qué hablar. No obstante, gracias al pacto de autodefensa mutua de los ciudadanos de Chicago frente a los titulares fanáticos del exterior, nadie hizo resurgir el espectro del comunismo en su contra, con lo que se convirtió en un personaje muy conocido. Al fin y al cabo era parte de aquella pequeña comunidad, la de reporteros, comentaristas, autobiógrafos y demás filósofos y observadores de bar que hay en toda gran ciudad que reconoce a sus miembros.

¿Era ése el mejor modo para que un extranjero descubriera Estados Unidos? Los hombres y mujeres que conocí con, o a través de gente como Ralph Gleason y Studs Terkel, no eran ejemplos típicos del «norteamericano medio». Eran individuos como la reina del *gospel*, Mahalia Jackson, una de las mejores cantantes del siglo xx, de la que Studs había sido agente de prensa, y que confiaba en pocos hombres y todavía menos si eran blancos. La religión entre los afroamericanos representa tanto una fe profunda, una plataforma pública y un arte competitivo como una industria para obtener beneficios. Mahalia, una mujer corpulenta que vivía en una gran mansión burguesa, a sabiendas de la necesidad constante de intérpretes del mundo del espectáculo para actuar en público, combinaba la discreta confianza del alma próxima a Jesús con la del profesional de éxito. Había gente como lord Buckley, por aquel entonces en los últimos meses de su vida, una combinación de voz pastosa típica de director de circo de la época victoriana, amante del jazz y recitador de la Biblia y de Shakespeare en un impecable lenguaje callejero negro, que tocaba en la sesión de las dos de la mañana del Gate of Horn. Era gente como Bill Randle de Cleveland, que había hecho conocer a Elvis Presley al público del norte del país, de profesión *disc-jockey*, todo un especialista en historia de la radio, los indios y otras herencias culturales norteamericanas por vocación. (Sigo sin comprender cómo Cleveland, ésa interminable franja que rodea el lago Erie, ha desempeñado un papel tan fundamental en la promoción del *rock and roll*.) Lo menos que puedo decir es que el Estados Unidos que conocí gracias a esos hombres y mujeres no era en absoluto aburrido.

La Norteamérica universitaria que marcó mi experiencia profesional de Estados Unidos durante más de cuarenta años no era una buena forma de conocer el país, aunque sólo sea por el hecho de que la vida de los académicos, aldeanos en sus pequeñas aldeas nacionales y globales, no difiere mucho de un país desarrollado a otro, y lo mismo cabe decir de la vida de los estudiantes. Los académicos norteamericanos se relacionan con los recién llegados con suma facilidad, puesto que la movilidad geográfica es inherente a la estructura de sus carreras profesionales, como, de hecho, también es inherente al estilo de vida nacional. Estados Unidos siguen siendo un país de hombres y mujeres que cambian de residencia, de trabajo y de amistades con muchísima más frecuencia que el resto del mundo. Además, salvo algunas excepciones notables, las universidades eran comunidades autosuficientes situadas junto a ciudades de tamaño medio y pequeño que no

estaban demasiado vinculadas al mundo académico, al menos hasta el último tercio del siglo, cuando se descubrió que la revolución de la información había transformado a las universidades en grandes generadores de riqueza económica y de progreso tecnológico. Eran comunidades en las que los inmigrantes acostumbrados a la vida universitaria podían sentirse integrados fácilmente, aunque de modo superficial, siempre y cuando hablaran suficiente inglés, idioma que en los años setenta se había convertido en la segunda lengua habitual del mundo. Un físico hindú de Cornell, hermano de un antiguo estudiante de Cambridge, me comentó: «Si tuviera que ocupar una cátedra en Gran Bretaña, me sentiría siempre un extranjero. Aquí no me siento extranjero, porque en cierto sentido todo el mundo lo es». Las comunidades permanentes compuestas mayoritariamente por gente que está de paso desarrollan unos modelos de sociabilidad, buena vecindad y ayuda mutua en lo cotidiano inmediatas, pero, como comunidades, no suelen arrojar demasiada luz a lo que ocurre en el exterior.

Al volver la vista atrás y observar de nuevo los cuarenta años durante los que visité y residí en Estados Unidos, me da la impresión de que aprendí tanto acerca del país en el primer verano que pasé en él como en el transcurso de las siguientes décadas. Con una salvedad: para conocer Nueva York, o incluso Manhattan, se debe vivir allí. ¿Cuánto tiempo? Lo hice durante cuatro meses cada año comprendido entre 1984 y 1997, pero aunque Marlene se reunió conmigo durante todo el semestre sólo en tres ocasiones, fue suficiente para que ambos nos sintiéramos más como nativos que como visitantes. He pasado mucho tiempo de mi vida en Estados Unidos enseñando, leyendo en sus fantásticas bibliotecas, escribiendo o divirtiéndome, o todo a la vez en el Getty Center en su época de Santa Mónica, pero lo que aprendí de Estados Unidos de cosecha propia fue fruto de unas pocas semanas o meses. De haber sido un De Tocqueville, me habría bastado. Al fin y al cabo, su *Democracia en América*, el mejor libro que se haya escrito nunca acerca de Estados Unidos, se basa en un viaje de apenas nueve meses. Por desgracia, no soy De Tocqueville, ni mi interés por Estados Unidos es el mismo que el suyo.

III

De haber sido escrito en la actualidad, el libro de De Tocqueville sin duda sería tachado de antiamericano, pues buena parte de él es muy crítica con Estados Unidos. Desde su fundación el país ha levantado pasiones y admiración en el resto del mundo, pero también ha sido objeto de detracción y de condena. Sin embargo, ha sido a partir de la Guerra Fría cuando la actitud de la gente hacia Estados Unidos ha sido juzgada fundamentalmente en términos de aprobación o desaprobación, y no sólo por el sector de la población que además busca probablemente el comportamiento «no americano» en sus compatriotas, sino también en el resto del mundo. Vino a sustituir la pregunta «¿Estás de parte de Estados Unidos?» por la de «¿Qué opinión te merece Estados Unidos?». Y aún más, no existe otro país sobre la faz de la tierra en el que quepa formular o se formule de hecho ese tipo de pregunta acerca de sí mismo. Como Estados Unidos, tras ha-

ber ganado la Guerra Fría contra la URSS, decidió de forma poco plausible el 11 de septiembre de 2001 que la causa de la libertad se veía de nuevo comprometida en la lucha a muerte contra otro demonio, pero que esta vez se trataba de un enemigo increíblemente poco definido, cualquier comentario escéptico acerca de este país y su política cabe esperar que sea acogido, una vez más, con indignación.

Y sin embargo, ¡cuán irrelevante, incluso absurda, es esa insistencia en recibir la aprobación de los demás! Internacionalmente hablando, Estados Unidos fue, según todos los parámetros, una historia de éxitos entre los Estados del siglo xx. Su economía pasó a ser la más fuerte del mundo, tanto por el ritmo como por el modelo de su crecimiento, su capacidad para los avances tecnológicos era única, las investigaciones llevadas a cabo en los campos de las ciencias naturales y las sociales, incluso sus filósofos, fueron dominantes en el panorama mundial, y su hegemonía de civilización consumista global parecía un hecho indiscutible. Terminó el siglo siendo el único poder e imperio del mundo que había sobrevivido. Y lo que es más, «en algunos aspectos Estados Unidos representa lo mejor del siglo xx». ⁷ Si midiéramos la opinión por emigrantes en lugar de por encargados de hacer sondeos, casi con toda seguridad Norteamérica sería el destino preferido de la mayoría de los seres humanos que deben o deciden trasladarse a un país que no es el suyo; sin lugar a dudas lo sería de los que saben algo de inglés. En mi calidad de uno de esos que decidió trabajar en Estados Unidos, mi caso ilustra lo expuesto. Cabe admitir que trabajar en Estados Unidos, o que guste vivir en este país —y especialmente en Nueva York— no implica un deseo de querer ser norteamericano, aunque este punto resulte de difícil comprensión para una gran parte de la población estadounidense. Tampoco implica ya para la mayoría de la gente una elección definitiva entre su país y otro, como sucedía antes de la Segunda Guerra Mundial, o si se quiere hasta la revolución del transporte aéreo a finales de los años sesenta, por no hablar de la revolución de la telefonía y los *e-mail* de los noventa. El trabajo binacional o incluso plurinacional y hasta la vida bicultural o pluricultural se han convertido en un hecho corriente.

El dinero tampoco es su único atractivo. Estados Unidos promete una mayor acogida al talento, a la energía, a las novedades, que otros mundos. También es el país recordatorio de una vieja tradición, si bien en declive, de la investigación intelectual libre e igualitaria, como sucede en la magnífica Biblioteca Pública de Nueva York, cuyos tesoros, a diferencia de lo que sucede en las otras grandes bibliotecas del mundo, siguen siendo accesibles a todo aquel que entre por sus puertas de la Quinta Avenida o las de la calle 42. Por otro lado, el coste humano que conlleva el sistema para los que se quedan al margen o no logran integrarse a él se hacía del mismo modo patente en Nueva York, al menos hasta que fueron barridos, lejos de la vista de la gente de clase media, fuera de las calles o al incalificable *univers concentrationnaire* de la población de las cárceles más numerosa, per cápita, del mundo. Cuando fui por primera vez a Nueva York, Bowery seguía siendo un gran vertedero de desechos humanos, un verdadero barrio de mala vida. En los años ochenta quedó distribuido de modo más equitativo por las calles de Manhattan. Detrás de las conversaciones fortuitas por teléfono móvil que

tienen lugar en sus calles hoy en día sigo escuchando los monólogos de los inde-seables y de los locos que deambulan por las aceras de Nueva York, en la que podríamos considerar la peor década de la ciudad, por su falta de humanidad y su brutalidad. Ese cúmulo de sobras o desechos humanos constituye la otra cara del capitalismo norteamericano, en un país donde «sobrar» significa en la jerga habitual del mundo del crimen «morir asesinado».

Sin embargo, a diferencia de otros Estados, en su ideología nacional Estados Unidos simplemente no existe. Sólo alcanza metas. Su identidad colectiva sólo surge para ser el mejor, el más grande, el país superior a todos los demás y el modelo reconocido para el mundo. Como dice un entrenador de fútbol: «Ganar no es sólo lo más importante, lo es todo». Ésta es una de las características que hace de Estados Unidos un país muy *extraño* para los extranjeros. Todavía recuerdo la sensación que tuve de haber llegado a casa, a mi propia civilización, cuando al regresar de Estados Unidos tras haber pasado uno de mis semestres allí, nos detuvimos para tomarnos unas vacaciones cortas en un pueblo del litoral portugués pequeño, humilde, lingüísticamente incomprensible para nosotros. La geografía no tenía nada que ver con ese sentimiento. Cuando volvimos a Portugal unos años más tarde a pasar unas vacaciones parecidas, esta vez de regreso de Sudamérica, no tuve esa sensación de haber superado un abismo cultural. No es la menos importante de esas particularidades culturales la propia sensación de extrañeza de Estados Unidos («Sólo en América...»), o cuando menos su sentido de sí mismo curiosamente desligado. La cuestión sobre su país que preocupa a tantos historiadores norteamericanos, a saber, «¿Qué significa ser americano?», apenas interesó a mi generación de historiadores en países europeos. En cualquier caso en los años sesenta, ni la identidad nacional ni la personal parecían problemáticas a los ojos de los visitantes británicos, incluso a los de aquellos que tenían un complejo bagaje cultural centroeuropeo, como se desprendía de sus discusiones académicas locales. «¿En qué consiste esa crisis de identidad de la que tanto hablan?», me preguntó Marlene tras abandonar una de esas reuniones en las que se debatía el tema. Nunca había oído ese término antes de nuestra llegada a Cambridge, Massachusetts, en 1967.

Los académicos extranjeros que descubrieron Estados Unidos en los años sesenta estaban quizá más al corriente de sus peculiaridades de lo que lo estarían hoy en día, puesto que un gran número de ellos todavía no se había integrado al lenguaje omnipresente de la sociedad de consumo globalizada, que encaja perfectamente bien con el egocentrismo, o incluso con el solipsismo, profundamente atrincherado de la cultura estadounidense. Pues, fuera cual fuera el caso en tiempos de De Tocqueville, no ha sido la pasión por el igualitarismo, sino un anarquismo individualista, esto es antiautoritario y antinómico, si bien curiosamente legalista, lo que se ha convertido en el centro del sistema de valores en Estados Unidos. Lo que pervive del igualitarismo es principalmente el rechazo de la deferencia voluntaria a los superiores jerárquicos, lo que quizás explique la brusquedad cotidiana —según nuestros parámetros—, e incluso la brutalidad, con la que se hace uso del poder en Estados Unidos, y por parte de este país, para establecer quién es capaz de mandar a quién.

Parecía que los norteamericanos se preocupaban por ellos mismos y por su país de una manera en la que los habitantes de otros Estados bien consolidados simplemente no lo estaban. La realidad norteamericana era y sigue siendo el tema principal de las artes creativas en Estados Unidos. El sueño de que hubiera algo que lo abarcara *todo* perseguía a sus creadores. No había nadie en Europa que se planteara escribir «la gran novela inglesa» o «la gran novela francesa», pero los autores norteamericanos todavía están empeñados en realizar (actualmente en varios tomos) «la gran novela americana», aun cuando hoy en día ya no utilizan esta expresión. En realidad, el hombre que estuvo más cerca de cumplir este objetivo no fue un escritor, sino un creador de imagen superficial en apariencia, de un poder increíblemente duradero, de cuya importancia me convenció en Nueva York el crítico de arte británico David Sylvester en los años setenta. ¿En qué otro lugar del mundo, aparte de Estados Unidos, habría tenido cabida una obra como la de Andy Warhol, una serie interminable de variaciones enormemente ambiciosa y específica sobre unos mismos temas de la vida cotidiana estadounidense, desde sus emblemáticas latas de sopa y sus botellas de Coca-Cola hasta sus mitos, sueños y pesadillas, pasando por los héroes y heroínas de la nación? No hay nada que se le parezca en la tradición de las artes visuales del Viejo Mundo. Pero, como sucede con los otros intentos de captar la totalidad de su país llevados a cabo por los espíritus creativos de Estados Unidos, la visión de Warhol no es la de la búsqueda y la consecución de la felicidad, «el sueño americano» de la jerga y el psicoparloteo político americano.

¿Hasta qué punto ha cambiado Estados Unidos en mi época, o al menos en los cuarenta años y pico transcurridos desde que aterricé allí por primera vez? Nueva York, como suele repetirse constantemente, no es América y, como decía Auden, incluso aquellos que nunca podrán ser americanos son capaces de verse como neoyorquinos. Como de hecho no hace nadie que llega todos los años al mismo apartamento situado en un gigantesco complejo de torres con vistas al aburguesamiento gradual de Union Square, para ser reconocido por el mismo conserje albanés, y que debe negociar la limpieza de la casa como en años anteriores con la misma asistente doméstica hispana, a la cual, durante los doce años que lleva viviendo en la ciudad, nunca le ha parecido necesario aprender inglés. Como hacían los demás neoyorquinos, Marlene y yo solíamos poner al día a los visitantes de fuera acerca de las novedades surgidas desde la última vez que habían aterrizado en el aeropuerto Kennedy, y dónde era recomendable comer ese año, aunque (aparte de una o dos fiestas) a diferencia de los amigos que residían permanentemente allí —los Schiffrin, los Kaufman, los Katznelson, los Tilly, los Kramer— no solíamos recibir en casa. Como si fuera un neoyorquino de pura cepa, sentía la pérdida de uno de mis establecimientos favoritos como si se tratara de la de un pariente, solía hablar de cosas banales mientras comía en el New York Institute of Humanities con la mezcla que allí se congrega de escritores, editores, personas del espectáculo, profesores y empleados de la ONU, el ambiente variopinto que conforma el mundo intelectual de la ciudad (pues uno de los mayores atractivos de Nueva York consiste en que la vida del intelecto no está dominada por la académica). En resumen, no existe ningún otro lugar en el mun-

do como la Gran Manzana. Sin embargo, por atípica que sea, una ciudad como Nueva York no sería posible fuera de Estados Unidos. Incluso sus habitantes más cosmopolitas son claramente americanos, como nuestro amigo, el difunto John Lindenbaum, hematólogo de un hospital de Harlem y gran amante del jazz, quien, cuando fue enviado a Bangla Desh para un proyecto de investigación médica, se llevó consigo una colección de discos de jazz y su molde para el helado. En Nueva York hay muchísimos más judíos que en las demás zonas del país y, a diferencia de lo que sucede en buena parte de Estados Unidos, la mayoría de sus habitantes es consciente de que existe el resto del mundo, pero lo que aprendí como neoyorquino no está fundamentalmente reñido con lo poco que conozco del Medio Oeste y de California.

Curiosamente, las experiencias —lo que en los años sesenta se solía llamar «las vibraciones»— de Estados Unidos han cambiado muchos menos que las de los demás países que he conocido en los últimos cincuenta años. No existe comparación entre vivir en el París, el Berlín o el Londres de mi juventud y hacerlo en esas mismas ciudades en 2002; lo mismo sucede en Viena, que esconde deliberadamente su transformación política y social convirtiéndose en el parque temático de un pasado glorioso. Incluso físicamente el perfil de Londres, tal como se ve desde las laderas de Parliament Hill donde se encuentra mi casa, ha cambiado —hoy en día apenas puede verse el Parlamento—, y París dejó de ser la que era cuando Pompidou y Mitterrand pusieron su sello en esa ciudad. Y sin embargo, aunque Nueva York ha atravesado por el mismo tipo de convulsiones sociales y económicas que las demás ciudades —desindustrialización, aburguesamiento, un flujo masivo de gente del Tercer Mundo—, ni lo nota ni parece notarlo. Ello resulta tanto más sorprendente desde el momento en que, como todo neoyorquino sabe, la ciudad cambia año tras año. Yo mismo he sido testigo de la llegada de innovaciones fundamentales en la vida de Nueva York, tales como las verdulerías-fruterías coreanas, la desaparición de instituciones básicas de la clase media-baja neoyorquina, por ejemplo la de los grandes almacenes Gimbel, y la transformación de Brighton Beach en Little Russia. Y sin embargo, Nueva York ha seguido siendo Nueva York, mucho más que Londres ha seguido siendo Londres. Incluso el perfil de Manhattan sigue siendo en esencia el que tenía la ciudad allá por los años treinta, especialmente ahora que ha desaparecido su añadido más ambicioso de posguerra, las torres gemelas del World Trade Center.

Esta estabilidad aparente, ¿acaso es una ilusión? Al fin y al cabo, Estados Unidos de América forma parte de la humanidad global, cuya situación ha experimentado unos cambios más profundos y rápidos a partir de 1945 que en cualquier otro período de la historia. Esos cambios nos parecieron allí menos espectaculares porque el tipo de sociedad de consumo de masas, próspera y avanzada tecnológicamente, que no llegaría a Europa hasta los años cincuenta, no suponía ninguna novedad en Estados Unidos. Mientras que en 1960 sabía yo que había un abismo histórico que separaba la forma en que vivían y pensaban los británicos antes y después de 1955, para Estados Unidos los años cincuenta fueron —o por lo menos lo parecieron— una versión mejor y más grande del tipo de siglo xx que los ciudadanos más prósperos de piel blanca conocían desde hacía dos gene-

raciones, una vez recuperada la seguridad tras el *shock* de la Gran Depresión. Visto desde fuera, el país seguía en la misma línea que antes, aunque algunos sectores de su ciudadanía —sobre todo los titulados universitarios— empezaron a tener ideas distintas acerca de él y, a medida que las naciones de la Unión Europea iban modernizándose, el sistema de vida con el que los turistas europeos entraron en contacto empezó a parecer menos «avanzado», e incluso un poco ajado. California no me pareció esencialmente distinta ni en su aspecto ni en sus ideas de como era en los años sesenta cuando la recorrí en coche en los setenta, los ochenta y los noventa, mientras que España o Sicilia sí me lo han parecido. Nueva York ha sido una ciudad cosmopolita de emigrantes durante toda mi vida; fue Londres la que se convirtió en otra a partir de los años cincuenta. Los detalles que componen el gran mosaico de Estados Unidos han cambiado y están cambiando constantemente, pero el dibujo básico sigue siendo curiosamente estable a corto plazo.

Como historiador sé que tras esa aparente estabilidad movедiza se producen grandes transformaciones a largo plazo, algunas quizás incluso fundamentales. No obstante, son ocultadas por la deliberada resistencia al cambio de las instituciones públicas estadounidenses y sus procedimientos, y los hábitos de vida americanos, así como lo que Pierre Bourdieu llamaba en términos más generales su *habitus* o manera de hacer las cosas. Obligadas a aguantar el corsé de una constitución del siglo XVIII reforzada por dos siglos de exégesis talmúdica por parte de los juristas, los teólogos de la república, las instituciones de Estados Unidos están mucho más anquilosadas que las de casi todos los demás países de 2002. Hasta ahora se han pospuesto incluso cambios tan baladíes como la elección de un italiano, un judío, o incluso una mujer, como jefe de Gobierno. Pero ello ha hecho que el Gobierno de Estados Unidos sea en gran medida inmune a la posibilidad de que los grandes hombres, o de hecho cualquiera, tomen grandes decisiones, pues la toma de decisiones rápida y eficaz a escala nacional, empezando por el propio presidente, es casi imposible. Estados Unidos, al menos en su vida pública, es un país que está preparado para operar con mediocridades porque no tiene más remedio, y durante el siglo XX ha sido lo bastante rico y poderoso para hacerlo. Es el único país que he conocido en mi vida en el que tres presidentes bastante capaces (F. D. Roosevelt, Kennedy y Nixon) han sido sustituidos, de la noche a la mañana, por hombres que no estaban cualificados para el cargo ni se esperaba que lo ocuparan, sin que ello supusiera una diferencia notable en el curso de la historia tanto del país como del mundo entero. Los historiadores que creen en la supremacía de la alta política y de los grandes hombres lo tienen difícil con Estados Unidos. Esta circunstancia es la que ha creado los nebulosos mecanismos del verdadero Gobierno de Washington, a cuya opacidad contribuyen los extraordinarios recursos del dinero de las empresas y de los grupos de presión, y la incapacidad que tiene el sistema electoral entre el país real y el país político, cada vez más restringido. De ese modo, desde la desaparición de la URSS, Estados Unidos se ha ido preparando silenciosamente para funcionar como la única superpotencia del mundo. El problema radica en que su situación carece de precedentes históricos, en que su sistema político está sujeto a las ambiciones y las reacciones de las primarias de

New Hampshire y al proteccionismo provinciano, en que no tiene ni la menor idea de qué hacer con su poder, y en que el mundo es casi con toda seguridad demasiado grande y complicado para ser dominado demasiado tiempo por una sola superpotencia, por imponentes que sean sus recursos militares y económicos. La megalomanía es la enfermedad ocupacional de los vencedores globales, a menos que sea controlada por el miedo. Hoy día nadie controla a Estados Unidos. Por eso, cuando escribo estas líneas en abril de 2002, su enorme poder puede desestabilizar y evidentemente desestabiliza el mundo.

Nuestro problema no consiste en que nos estemos americanizando. Pese al enorme impacto de la americanización cultural y económica, el resto del mundo, incluso el mundo capitalista, hasta ahora se ha mostrado curiosamente reacio a seguir el modelo político y social estadounidense. Ello quizá se deba a que Estados Unidos constituye un modelo social y político de democracia liberal capitalista, basada en los principios universales de la libertad individual, menos coherente y por lo tanto menos exportable de lo que sugieren su ideología patriótica y su constitución. Por eso, lejos de ser un ejemplo claro que el resto del mundo pueda imitar, Estados Unidos, a pesar de su poder y su influencia, sigue siendo un proceso inacabable, distorsionado por las grandes sumas de dinero y las emociones públicas, de manipulación de las instituciones, públicas y privadas, con el fin de encajar unas realidades imprevistas en el texto inalterable de una constitución de 1787. Simplemente, no se presta a la imitación. Y la mayoría de nosotros tampoco desea imitarlo. Estados Unidos es el país en el que he pasado más tiempo, aparte del Reino Unido, desde mi adolescencia. No obstante, me alegro de que mis hijos no se hayan criado en él, y de pertenecer yo mismo a otra cultura. Sin embargo, también es mi cultura.

Nuestro problema radica más bien en que el imperio de Estados Unidos no sabe lo que quiere hacer ni lo que puede hacer con su poder, ni cuáles son sus límites. Insiste sencillamente en que los que no están con él están contra él. Ése es el problema de vivir en el momento culminante del «siglo de Estados Unidos de América». Como tengo ya ochenta y cinco años no es probable que llegue a conocer la solución.

Capítulo 23

CODA

I

Las biografías suelen acabar con la muerte del protagonista. Las autobiografías no concluyen de una forma tan natural. Sin embargo, la de este libro tiene la ventaja de terminar en el momento en el que tiene lugar una innegable y espectacular cesura en la historia del mundo, como consecuencia del ataque del once de septiembre de 2001 a las torres gemelas del World Trade Center y al Pentágono. Probablemente ningún otro acontecimiento inesperado de la historia universal haya sido vivido directamente por tantos seres humanos como éste. Vi como se iban sucediendo los hechos a través de la televisión en un hospital de Londres. Para un historiador anciano y escéptico, nacido en el año de la Revolución rusa, tenía todos los ingredientes de la maldad que se ha vivido en el siglo xx: matanzas, alta tecnología en la que no se puede confiar, el anuncio repetido de que una vez más se estaba desencadenando una lucha global hasta la muerte entre las causas de Dios y el diablo, como si la vida real fuera una imitación de las películas espectaculares de Hollywood. Las bocas públicas inundaban el mundo occidental de espuma, mientras periodistas de tres al cuarto buscaban palabras para expresar lo indecible y, desgraciadamente, las encontraban.

De repente se produjo un abismo, magnificado por la retórica y las imágenes universales de los medios de comunicación y de la política de la era americana, entre el modo en el que Estados Unidos y el resto del mundo entendían lo que había sucedido aquel día aciago. El mundo veía simplemente un ataque terrorista particularmente trágico con un gran número de víctimas y una humillación pública momentánea de Estados Unidos. Por lo demás, la situación no era muy distinta de la que había habido desde el final de la Guerra Fría, y sin duda alguna no era motivo de alarma para la única superpotencia del planeta.¹ Washington anunció que el once de septiembre lo había cambiado todo, y con eso, realmente *cambió* todo, al declararse de hecho único protector de cierto orden mundial encargado de determinar las amenazas que pudieran surgir contra él. Quien no aceptara esta premisa se convertiría en un enemigo en potencia o real. En realidad no cogió a nadie por sorpresa, pues las estrategias del imperio militar global estadou-

nidense habían venido preparándose desde finales de los años ochenta, de hecho por la gente que actualmente las aplica. No obstante, el once de septiembre demostró que todos vivimos en un mundo con una sola hiperpotencia global que finalmente había decidido que, desde la desaparición de la URSS, su fuerza no tiene límites a corto plazo ni tampoco los tiene en absoluto su disposición a utilizarla, aunque los objetivos para los que se emplee —aparte de poner de manifiesto su supremacía— no están muy claros. El siglo xx se ha acabado. El xxi empieza en medio del crepúsculo y la oscuridad.

No existe otro lugar mejor que una cama de hospital, lugar por excelencia de una víctima en cautiverio, para reflexionar acerca del aluvión extraordinario de palabras e imágenes orwellianas que inunda la prensa escrita y televisiva en una ocasión como aquélla, concebidas todas ellas para confundir, ocultar y engañar, incluso a aquellos que las producen. Iban desde la simple mentira hasta la evasiva dinámica con la que diplomáticos, políticos y generales —y en realidad todos nosotros hoy en día— evitan cuestiones públicas que no queremos o nos asusta responder con honestidad. Iban desde las manifestaciones patentemente falsas, como por ejemplo el pretexto de que Saddam Hussein —de acuerdo que es un objetivo tentador— debe ser derrocado porque Irak amenaza al mundo con sus «armas de destrucción masiva», hasta las justificaciones de la política estadounidense por parte de aquellos que deberían saber mejor lo que ocurre, pues esta política fue la que se deshizo del estalinismo en el pasado. El hecho de que los estrategas y los que deciden la política en Washington hablen en la actualidad de política de poder pura y dura —basta oír lo que dicen extraoficial y a veces incluso oficialmente— acentúa el descaro absoluto de presentar el sistema de un imperio global de Estados Unidos como la reacción defensiva de una civilización a punto de ser invadida por una serie de horrores y barbaridades sin nombre, a no ser que destruya «el terrorismo internacional». Pero, por supuesto, en un mundo donde las fronteras entre ENRON y el Gobierno norteamericano son confusas, creerse las propias mentiras, al menos en el momento en que se dicen, hace que resulten más convincentes para los demás.

Tumbado en la cama, rodeado de ruidos y papeles, llegué a la conclusión de que el mundo del 2002 necesita más que nunca a los historiadores, especialmente a los escépticos. Quizá la lectura de las idas y venidas de un viejo miembro de esta especie a través de su época pueda ayudar a la juventud a afrontar las perspectivas sombrías del siglo xxi no sólo con el pesimismo necesario, sino con una visión más clara, un sentido de la memoria histórica y una capacidad de mantenerse alejada de las pasiones actuales y las chácharas publicitarias.

Aquí la edad es una ventaja. En sí misma, me convierte en una rareza estadística, pues en 1998 se calculaba que el número de habitantes del mundo con ochenta años o más era de unos 66 millones, aproximadamente el uno por ciento de la población del planeta. Simplemente por virtud de una dilatada existencia, la historia que pertenece a los libros para algunos forma parte de la vida y los recuerdos de esa pequeña minoría. Para un lector en potencia que esté a punto de entrar en la edad universitaria, esto es, que haya nacido a principios o mediados de los años ochenta, la mayoría de los acontecimientos del siglo xx pertenecen a

un pasado remoto del que pocas cosas han pervivido en la conciencia actual, excepto ciertos dramas históricos de época en películas y cintas de vídeo, y determinadas imágenes mentales de trozos y retazos del siglo que, por una u otra razón, han pasado a ser parte del mito colectivo como ha sucedido en Gran Bretaña con algunos episodios de la Segunda Guerra Mundial. En su mayoría no forman parte de la vida, simplemente son materia de examen en las escuelas. Aquel frío día de invierno en que Adolf Hitler ascendió al poder en Berlín, que yo recuerdo tan vivamente, queda inconmensurablemente alejado para los jóvenes de veinte años de hoy. La crisis de los misiles de Cuba de 1962, que coincidió con mi boda, no puede tener ningún significado humano en sus vidas y de hecho ni siquiera en las de muchos de sus padres, pues ninguna persona de cuarenta años había nacido todavía cuando tuvo lugar ese hecho. A diferencia de lo que representan para la gente de mi edad, esos episodios no forman parte de la sucesión cronológica de acontecimientos que define la forma de nuestra vida privada en un mundo público; en el mejor de los casos constituyen un tema para la comprensión intelectual, y en el peor, una parte de una serie indiscriminada de cosas que sucedieron «antes de que yo naciera».

Los historiadores de mi edad son guías de una parcela crucial del pasado, aquel otro país en el que hacían cosas de modo distinto, porque hemos vivido en él. Quizá no sepamos más acerca de la historia de nuestra época que otros colegas más jóvenes que escriben sobre ella a la luz de una serie de fuentes de las que entonces no disponíamos, o, en la práctica, no disponía nadie. Además, somos los menos indicados para fiarnos de la memoria, incluso en los casos en los que el tiempo no la ha deteriorado. Sin la ayuda de una documentación escrita, es prácticamente seguro que se interpreten mal los hechos. Por otro lado, estábamos allí, y sabemos cómo era el aire que se respiraba, y ello nos permite disfrutar de una inmunidad natural contra los anacronismos de los que todavía no existían.

El hecho de vivir durante más de ochenta años de los cien del siglo xx ha representado una lección espontánea de la mutabilidad de la que pueden ser víctima el poder político, los imperios y las instituciones. He visto cómo desaparecían totalmente los imperios coloniales europeos, especialmente el mayor de todos, el Imperio Británico, que nunca había sido tan vasto y poderoso como en mis años de infancia, cuando fue pionero de la estrategia de mantener el orden en lugares como el Kurdistán o Afganistán mediante los bombardeos aéreos. He visto grandes potencias mundiales relegadas a jugar en ligas inferiores, el final de un Imperio Alemán que esperaba durar mil años, y el de un poder revolucionario que esperaba hacerlo para siempre. Es muy poco probable que pueda ver el final del «siglo de Estados Unidos de América», pero apuesto sin arriesgar si digo que algunos lectores de este libro lo presenciarán.

Además, los que somos viejos hemos conocido el ir y venir de las modas. Desde la desaparición de la URSS, se ha convertido en ortodoxia política y en sabiduría convencional el hecho de que no existe una alternativa a una sociedad de capitalismo individualista, y los sistemas políticos de democracia liberal, a los que se les considera asociados orgánicamente con ella, han pasado a ser el modelo estándar de gobierno prácticamente en todos los países del mundo. Antes de

1914 esta creencia también estaba muy extendida, aunque no tanto como en la actualidad. Sin embargo, durante gran parte del siglo xx todos esos supuestos parecían muy poco plausibles. El propio capitalismo se encontraba al borde del abismo. Por extraño que pueda parecer hoy en día, entre 1930 y 1960 varios observadores sensatos dieron por hecho que el sistema económico de dirección estatal de la URSS durante los planes quinquenales, tan primitivos e ineficaces como pudo comprobar que eran cualquier visitante del país —incluso los más partidarios de él—, representaba un modelo de alternativa global a la «libre empresa» occidental. La palabra «capitalismo» contaba con tan pocos votos entonces como la palabra «comunismo» en la actualidad. Los observadores sensatos consideraban que en realidad podía incluso superar al sistema occidental en producción. No me sorprende verme de nuevo entre miembros de una generación que desconfía del capitalismo, aunque ésta haya dejado de creer en nuestra alternativa.

Para algunas personas de mi edad, vivir a lo largo del siglo xx supuso una lección increíblemente excepcional del impacto de las fuerzas históricas auténticas. En los treinta años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, el mundo y los que iban a vivir en él cambiaron más rápida y fundamentalmente que en cualquier otro período de extensión similar de la historia de la humanidad. Los que tienen más o menos mi edad en unos cuantos países del hemisferio norte constituyen la primera generación de personas que han vivido realmente como adultos ese lanzamiento extraordinario del cohete del colectivo humano a unas órbitas de convulsión social y cultural sin precedentes, que el mundo experimenta en la actualidad. Somos la única generación que ha vivido el momento histórico en el que las normas y las convenciones, que hasta entonces habían mantenido unidos a los seres humanos en familias, comunidades y sociedades, dejaron de operar. Si alguien quiere saber cómo fue esa época, sólo nosotros se lo podemos contar. Si alguien cree que puede remontarse a aquellos días nosotros podemos confirmarle que no es posible.

II

La edad confiere un tipo de perspectiva histórica, pero espero que mi vida me haya ayudado a proyectar otra: la distancia. La diferencia crucial existente entre la historiografía de la Guerra Fría —por no hablar de los vendedores de pomada de serpiente de la «guerra contra el terrorismo»— y la de la guerra de los Treinta Años del siglo xvii es que (aparte de Belfast) nadie espera que la gente se ponga de un lado u otro según sean católicos o protestantes, o incluso que se asuman esas ideas como hicieron nuestros antepasados. Pero la historia necesita la distancia, no sólo de las pasiones, las emociones, las ideologías y los miedos de nuestras guerras de religión, sino de las tentaciones todavía más peligrosas de la «identidad». La historia requiere movilidad y la capacidad de investigar y explorar un vasto territorio, esto es, la capacidad de saberse mover más allá de nuestras propias raíces. Por esto no podemos ser plantas, unos seres incapaces de abandonar su territorio y su hábitat de nacimiento, porque ni un solo hábitat o nicho ambiental puede agotar nuestro tema de estudio. Nuestro ideal no puede ser el roble

o la secuoya —por majestuosos que sean—, sino el ave migratoria —que se siente en su casa tanto en el Ártico como en el Trópico— que cruza volando la mitad del planeta. El anacronismo y el provincianismo son dos de los pecados mortales de la historia, y ambos se deben en la misma medida a un desconocimiento absoluto de cómo son las cosas en otros lugares, ignorancia que incluso la lectura ilimitada y el poder de la imaginación sólo pueden superar en ocasiones contadas. El pasado sigue siendo otro país. Sus fronteras únicamente pueden cruzarlas los viajeros. Pero (excepto para aquellos cuya forma de vida es el nomadismo) los viajeros son, por definición, gente que se encuentra lejos de su comunidad.

Afortunadamente, como sabrán los lectores que me han seguido desde hace tiempo, durante toda mi vida he pertenecido a una serie de minorías atípicas, empezando por la enorme ventaja que me ha supuesto una educación en el antiguo Imperio de los Habsburgo. De todos los grandes imperios plurilingüísticos y multiterritoriales que se derrumbaron en el transcurso del siglo xx, el declive y la caída del emperador Francisco José, al ser un hecho anunciado y esperado por las mentes más cultivadas, nos ha dejado la crónica literaria o narrada más importante. Las mentes de Austria tuvieron tiempo para reflexionar acerca de la muerte y la desintegración de su imperio, mientras que en los demás casos todo se produjo por sorpresa, al menos para el paso del tiempo en el reloj de la historia, incluso en aquellos cuya salud era a todas luces precaria, como la Unión Soviética. Pero quizás el hecho de que la monarquía percibiera y aceptara la pluralidad de lenguas, de confesiones y de culturas ayudó a este tipo de regímenes a tener un sentido más complejo de la perspectiva histórica. Sus súbditos vivían simultáneamente en universos sociales distintos y en épocas históricas diferentes. Moravia al final del siglo xix era el escenario de la genética de Gregor Mendel, de la *Interpretación de los sueños* de Sigmund Freud y de la *Jenufa* de Leoš Janáček. Recuerdo que una vez, en los años setenta, estando en Ciudad de México en una mesa redonda sobre los movimientos campesinos de Latinoamérica, me di cuenta de repente de que cuatro de los cinco expertos allí sentados habían nacido en Viena...

Pero incluso más allá de este hecho, me siento identificado en el comentario de E. M. Forster acerca de C. P. Cavafis, el poeta griego anglófono oriundo de mi Alejandría natal, quien «se colocaba formando un pequeño ángulo con el universo». Para el historiador, como para el fotógrafo, es una buena manera de colocarse.

Durante casi toda mi vida mi situación ha sido la siguiente: encasillado por haber nacido en Egipto, circunstancia que no ha tenido ninguna relación práctica con la historia de mi vida, como si mis orígenes fueran otros. Me he encariñado y me he sentido como en casa en varios países, y he visto algo de otros muchos. Sin embargo, en todos ellos, incluso en el que me dio la nacionalidad, me he sentido no necesariamente un forastero, sino alguien que no pertenece totalmente al lugar en el que se encuentra, bien como ciudadano británico entre centroeuropeos, bien como inmigrante del continente en Inglaterra, bien como judío en todos los sitios donde he estado —incluso, o mejor dicho en realidad especialmente en Israel—, bien como antiespecialista en un mundo de especialistas, bien como políglota cosmopolita, como intelectual cuya política y cuyo trabajo académico

iban dirigidos a los no intelectuales, e incluso, durante gran parte de mi vida, como una anomalía entre los comunistas, los cuales a su vez han sido una minoría de humanidad política en los países que he conocido. Todo ello ha complicado mi vida como ser humano, pero ha representado una ventaja profesional para el historiador.

Ha permitido que resultara más fácil resistir a lo que Pascal llamaba «las razones del corazón que la razón no comprende», a saber, la identificación emocional con un determinado grupo por motivos obvios o por elección. Como la identidad se define frente a alguien distinto, implica la no identificación con el otro. Conduce al desastre. Por ello precisamente la historia exclusivista escrita sólo para el grupo («historia de identidad») —historia del mundo negro sólo para los negros, historia del mundo *gay* sólo para los homosexuales, historia del feminismo sólo para las mujeres, o cualquier tipo de historia excluyente destinada a un único grupo étnico o nacionalista— no puede ser una buena historia, incluso cuando es algo más que una versión parcial políticamente de una subsección ideológica del grupo de identidad más amplio. Ningún grupo de identidad, por numeroso que sea, se encuentra solo en el mundo; el mundo no puede transformarse únicamente para adecuarse a él, ni tampoco el pasado.

Esto se vuelve particularmente perentorio en los comienzos del nuevo siglo, en las condiciones que resultaron al finalizar el siglo *xx* corto. Como los antiguos regímenes se desintegran, las viejas formas de política desaparecen y se multiplican los Estados nuevos, la producción de nuevas historias que encajen con los regímenes, los estados, los movimientos étnicos y los grupos de identidad nuevos se convierte en una industria global. Como las ansias que siente el hombre de continuidad con el pasado crecen en una época concebida como una ruptura continua con el pasado, la sociedad mediática las alimenta inventando sus versiones de una historia nacional de taquilla, la «herencia» y los parques temáticos vestidos con disfraces antiguos. E incluso en las democracias en las que el poder autoritario ha dejado de controlar lo que puede decirse o no acerca del pasado y del presente, la fuerza conjunta de los grupos de presión, la amenaza de los titulares, la publicidad desfavorable o hasta la histeria pública imponen una evasión, un silencio y una autocensura en público determinada por lo que es «políticamente correcto». Incluso hoy en día (2002) causa estupor que un escritor alemán antinazi de toda la vida con una gran valentía moral, Günther Grass, elija como tema de una de sus novelas la tragedia del naufragio de un barco lleno de refugiados alemanes que huían del avance del Ejército Rojo en los últimos estadios de la Segunda Guerra Mundial.

III

El examen que debe pasar la vida de un historiador o de una historiadora consiste en ver si son capaces de plantear preguntas y responderlas, sobre todo preguntas del tipo «¿Y si...?», en torno a cuestiones de importancia pasional para ellos mismos y para el mundo, como si fueran periodistas que informaran de co-

sas sucedidas mucho tiempo atrás; y no como sujetos extraños al asunto, sino como quien está profundamente implicado en él. No son cuestiones sobre la historia *real*, que no trata de lo que pueda gustarnos o no, sino sobre lo que sucedió o pudiera haber sucedido de otro modo, pero no fue así. Son cuestiones sobre el presente, no sobre el pasado, y por eso son tan importantes para los que viven los comienzos de este nuevo siglo, tanto jóvenes como viejos. La Primera Guerra Mundial no fue evitada, por eso la cuestión de si pudo serlo o no es académica. Si decimos que el número de bajas en ella fue intolerable (como cree la mayor parte de la gente) o que la Europa alemana que habría surgido de una eventual victoria del káiser habría supuesto un planteamiento mejor que el mundo generado por el tratado de Versalles (como yo sostengo), no estoy dando a entender que hubiera sido diferente. Y, sin embargo, suspendería el examen si me plantearan esa pregunta, aunque fuera en teoría, a propósito de la Segunda Guerra Mundial. Haciendo un esfuerzo enorme puedo aceptar el argumento de que España habría salido mejor librada si el golpe de Franco hubiera triunfado en 1936, evitándose así la guerra civil. Estoy dispuesto a conceder, con harto dolor de mi corazón, que la Internacional Comunista de Lenin no fue una idea tan buena y que —en este caso sin la menor dificultad, pues nunca he sido sionista— tampoco lo fue el proyecto de Theodor Herzl de crear un Estado-nación judío. Más le habría valido quedarse en la *Neue Freie Presse* en calidad de columnista estrella. Pero si se me plantea que sostenga el argumento de que la derrota del nacionalsocialismo no valió los cincuenta millones de muertos que costó y los infinitos horrores de la Segunda Guerra Mundial, simplemente no puedo hacerlo. Contemplo la perspectiva de un imperio mundial estadounidense, cuyas posibilidades a largo plazo son escasas, con más temor y menos entusiasmo que si reviso la historia del antiguo Imperio Británico, regido por un país cuyas modestas dimensiones lo protegían de la megalomanía. ¿Qué puntuación he sacado en el examen? Si es demasiado baja, este libro no será de gran ayuda para que el lector —con más años de vida por delante que el autor— se adentre en el nuevo siglo.

Pero no abandonemos las armas, ni siquiera en los momentos más difíciles. La injusticia social debe seguir siendo denunciada y combatida. El mundo no mejorará por sí solo.

NOTAS

CAPÍTULO 1

1. Este párrafo y los siguientes están basados en las cartas que mi madre escribió a su hermana durante mayo de 1915.

CAPÍTULO 2

1. Utilizo deliberadamente los nombres alemanes de estos lugares, pues eran los que se usaban, aunque todas las ciudades mínimamente importantes en la mayor parte del imperio tenían dos o tres nombres.
2. Nelly Hobsbaum a su hermana Gretl, carta de fecha 23 de marzo de 1925.
3. Nelly Hobsbaum a su hermana Gretl, carta de fecha 5 de diciembre de 1928.

CAPÍTULO 4

1. James V. Bryson, *My Life with Laemmle*, Facto Books, Londres, 1980, pp. 56-57. Drinkwater tenía tan poca idea de lo que era Hollywood que realizó el trabajo por menos de la mitad de lo que el agente de Laemmle estaba autorizado a ofrecerle.
2. La mayor parte de la información acerca de la escuela que aparecen en las siguientes páginas se basa en Heinz Stallmann, ed., *Das Prinz-Heinrichs-Gymnasium zu Schöneberg, 1890-1945. Geschichte einer Schule* (edición privada, Berlín, ¿1965?), mis propios recuerdos y los de Fritz Lustig.
3. En 1929 había en la escuela 388 alumnos protestantes, 48 católicos, 35 judíos, más otros seis estudiantes. Stallmann, *op. cit.*, p. 47.
4. Mimi Brown a Ernestine Grün, carta de fecha 3 de diciembre de 1931, comunicando sus planes de abandonar Inglaterra. ¿Con destino a Ragusa (Dubrovnik)? ¿Con destino a Berlín?

CAPÍTULO 5

1. Stephan Hermlin, *Abendlicht*, Leipzig, 1979, pp. 32, 35, 52.
2. Karl Corino, «Dichtung in eigener Sache», *Die Zeit*, 4 de octubre de 1996, pp. 9-11.
3. Heinz Stallmann, ed., en *Das Prinz-Heinrichs-Gymnasium zu Schöneberg, 1890-1945. Geschichte einer Schule*, edición privada, Berlín, ¿1965?, no ofrece ninguna

- información, excepto una alusión a «Leder» en una lista de compañeros de clase de 1926-1935 proporcionada por un colaborador que se graduó en 1935.
4. Mi información procede de Felix Krolokowski, «Erinnerungen: Kommunistische Schülerbevegung in der Weimarer Republik», texto que me fue facilitado probablemente por el autor durante una visita a Leipzig en 1996.
 5. *Kommunistische Pennäler Fraktion* (*Pennäler* significa «estudiantes de escuela secundaria» y es derivado de *Penne*, o «escuela de secundaria» en el lenguaje de los escolares).
 6. *Tagebuch*, 17 de marzo de 1935.

CAPÍTULO 6

1. *Tagebuch*, 8-11 de noviembre de 1934. Una gran parte de este capítulo está basada en este diario, que llevé desde el 10 de abril de 1934 hasta el 9 de enero de 1936.
2. *Tagebuch*, 16 de junio de 1935 y 17 de agosto de 1935.
3. Véase el análisis social acerca de los amantes del jazz británicos en mi libro *The Jazz Scene*, Londres, 1959 y Nueva York, 1993.
4. Josef Skvorecky, *The Bass Saxophone*, Londres, 1978.
5. Afortunadamente para ellos, mi primera tentativa de ponerme en contacto con una delegación del Partido situada en algún lugar de las afueras de Croydon, que descubrí por unos anuncios en el *Daily Worker*, salió mal. Fui a dar con un grupo reducido de camaradas críticos que escucharon con interés mi relato acerca de la última manifestación del Partido en Berlín, pero hice hincapié en que el triunfo de Hitler demostraba que la KPD, o quizás incluso la Comintern, había cometido errores. No supe darles una respuesta, pero me di cuenta de que criticar a los generales para unirme a una unidad probablemente no era la mejor forma de alistarme al ejército de la revolución mundial. No es que los aproximadamente 5.000 comunistas británicos parecieran todo un ejército comparados con el Partido Comunista Alemán de 1932.
6. *Tagebuch*, 4 de junio de 1935: «Hoy se me ha ocurrido releer las cartas que mamá me escribió en 1929. Me llama «cariño». Me sorprende y en un sentido me entristece que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que alguien se dirigió a mí utilizando esa palabra, e intento imaginar cómo me sentiría hoy si una persona la volviera a utilizar».
7. *Tagebuch*, 12 de julio de 1935.
8. Louise London, *Whitehall and the Jews 1933-1948: British Immigration Policy and the Holocaust*, Cambridge, 2001, citado en Neal Ascherson, «The Remains of der Tag», *New York Review of Books*, 29 de marzo de 2001, p. 44.

CAPÍTULO 7

1. Michael Straight, *After Long Silence*, Londres, 1983.
2. E. Hobsbawm y T. H. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, en la colección «Past & Present», 1983. (Trad. cast.: *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2002.) El libro sigue reimprimiéndose desde su edición original.
3. Hago cita de lo que escribí en 1937 acerca del famoso profesor inglés George («Dadie») Rylands (*Granta*, 10 de noviembre de 1937).

4. T. E. B. Howarth, *Cambridge Between the Wars*, Londres, 1978, p. 172.
5. *Financial Times*, suplemento de negocios del fin de semana, 4 de marzo de 2000, p. 18.
6. Recogí esta imagen en «Cambridge Cameo: Ties with the Past: Ryder and Amies» de E. J. H. y J. H. D. (mi amigo Jack Dodd), en *Granta*, 26 de mayo de 1937.
7. Mi descripción de una clase de Sheppard en 1937 aparece citada en Howarth, *op. cit.*, p. 162.
8. E. J. H., «Professor Trevelyan Lectures», *Granta*, 27 de octubre de 1937.
9. H. S. Ferns, *Reading from Left to Right: One Man's Political History*, prólogo de Malcolm Muggeridge, University of Toronto Press, 1983, p. 114.

CAPÍTULO 8

1. *Cambridge University Club Bulletin*, 18 de octubre de 1938.
2. «Los militantes del CUSC siguen siendo poco más de 450», Boletín Semanal del CUSC, ejemplar nº 2 del mes de agosto del curso 1936 (copia).
3. *Spain Week Bulletin*, nº 1, sin fecha (octubre de 1938).
4. H. S. Ferns, *Reading from Left to Right: One Man's Political History*, prólogo de Malcolm Muggeridge, University of Toronto Press, 1983, p. 116.
5. *CUSC Weekly Bulletin*, 25 de mayo de 1937.
6. *CUSC Faculty and Study Groups Bulletin*, Lent Term, 1939.
7. Eric Hobsbawm, «In Defence of the Thirties», en Jim Philip, John Simpson y Nicholas Snowman, eds., *The Best of Granta 1889-1966*, Londres, 1967, p. 119.
8. H. S. Ferns, *op. cit.*, p. 113.
9. Yuri Modin, *My Five Cambridge Friends*, Londres, 1994, pp. 100-101.

CAPÍTULO 9

1. Alessandro Bellassai, «Il Caffè dell'Unità. Pubblico e privato nella famiglia comunista degli anni 50», *Società e Storia*, XXII, nº 84, 1999, pp. 327-328.
2. Anthony Read y David Fisher, *Operation Lucy: Most Secret Spy Ring of the Second World War*, Londres, 1980, pp. 204-205.
3. Theodor Prager, *Zwischen London und Moskau: Bekenntnisse eines Revisionisten*, Viena, 1975, pp. 56-57.
4. E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester, 1959, pp. 60-62. (Trad. cast.: *Rebel-des primitivos*, Crítica, Barcelona, 2001.)
5. Julius Braunthal, *In Search of the Millennium*, Londres, 1945, p. 39.
6. Agnes Heller, *Der Affe auf dem Fahrrad*, Berlín-Viena, 1999, pp. 91-92.
7. La escasez de información real acerca de estos temas antes de la Guerra Fría y el escepticismo con que fue recibida por el eminente numismático medieval que la compiló pueden apreciarse en Philip Grierson, *Books on Soviet Russia 1917-1942: A Bibliography and a Guide to Reading*, Londres, 1943.
8. Citado en P. Malvezzi y G. Pirelli, eds., *Lettere di condannati a morte della Resistenza europea*, Turín, 1954, p. 250. El nombre aparece así en el libro. «Feuerlich» debe de ser probablemente «Feuerlicht».
9. Zdenek Mlynař, apéndice a Leopold Spira, *Kommunismus Adieu: Eine ideologische Autobiographie*, Viena, 1992, p. 158.

10. Fritz Klein, *Drinnen und Draussen: Ein Historiker in der DDR Erinnerungen*, Frankfurt, 2000, pp. 169, 213.
11. Charles S. Maier, *Dissolution: The Crisis of Communism and the End of East Germany*, Princeton, 1997, p. 20.
12. *Ibidem*, pp. 128-129.

CAPÍTULO 10

1. Ian Kershaw, *Hitler*, Londres, 2001, vol. II, p. 302. (Trad. cast.: *Hitler*, Península, Barcelona, 2000.)
2. *Ibidem*, p. 298.
3. Theodor Prager, *Zwischen London und Moskau: Bekenntnisse eines Revisionisten*, Viena, 1975, p. 59.
4. Joseph R. Starobin, *American Communism in Crisis, 1943-1957*, Cambridge, Massachusetts, 1972, p. 55.

CAPÍTULO 11

1. Peter Hennessy, *The Secret State: Whitehall and the Cold War*, Londres, 2002, capítulo 1.
2. En cualquier caso, si la política británica se vio afectada inmediatamente por semejante problema, se debió no a la conducta de los soviéticos, sino a la de los norteamericanos, y en concreto a los durísimos términos a que condicionó Washington la concesión del préstamo que hizo a Gran Bretaña en 1946 (véase R. Skidelsky, *Keynes*, vol. III, CH).
3. Entre ellos estaba Bernard Floud, que posteriormente se suicidaría debido al acoso de los servicios de seguridad, que sospechaban de sus actividades de espionaje o que se dedicaba a reclutar espías soviéticos. (Lo encontró muerto su hijo, Roderick Floud, especialista en historia económica, que más tarde sería colega mío en Birkbeck, y que en la actualidad es director de la London Guildhall University. Irónicamente —me comentó— un militante del PC, David Springhall, intentó en una ocasión reclutarlo como agente, y él le respondió que no tenía autoridad para hacer una cosa así. En cualquier caso es muy improbable que un hombre que asistía a las reuniones de su agrupación del Partido después de la guerra estuviera implicado en un tipo de actividad que habitualmente comportaba la ruptura de todo contacto con la organización.
4. El día que llegué al lugar en agosto de 1947 calculé que el número de viajeros a la «frontera verde» ascendía a unos 500, y que los que volvían eran unos 700 u 800. Por aquel entonces había tres trenes diarios.
5. Palabras de un prisionero de guerra británico que se escapó de un campo de Polonia y luchó al lado del Ejército Rojo en su avance hacia la capital alemana. Agradezco la cita a George Barnsby, de Wolverhampton.
6. El profesor Reinhard Koselleck.
7. Véase Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes* (ed. rústica), p. 189. (Trad. cast.: *Historia del siglo xx*, Crítica, Barcelona, 1995.)
8. Su título *For a Lasting Peace and a People's Democracy* [sic] solía abreviarse «For-for». Desapareció de la vista en 1956.
9. R. W. Johnson, «Do they eat people here much still? Rarement. Très rarement», *Lon-*

- don Review of Books*, 14 de diciembre de 2000, pp. 30-31. Hodgkin, cuyo corazón pertenecía al Tercer Mundo, abandonó la delegación en el curso de sus viajes por África, donde fue a ampliar su labor. Regresó a Oxford en los años sesenta como *fellow* del Balliol College, que además eligió rector al decano de los historiadores marxistas, Christopher Hill. Su viuda, galardonada con el premio Nobel de Química, Dorothy Hodgkin, continuó la tradición familiar, pues en 1984 me la encontré en una visita de solidaridad a la Universidad Bir Zeit, en la Cisjordania palestina ocupada por los israelíes.
10. «Academic Freedom», en *Academic Newsletter*, Cambridge, noviembre de 1953, página 2. Edité y escribí la mayoría de los diez números de estos folletos informativos, «publicados en nombre de un grupo de licenciados comunistas del Partido Comunista de Cambridge» (esto es, la agrupación de licenciados del PC), que aparecieron entre octubre de 1951 y noviembre de 1954.
 11. Agradezco infinitamente a Nina Fishman los importantes documentos de los archivos de la BBC, Controller, Talks to D. S. W., de 20 de septiembre de 1950, y G. 22/48, puesto en circulación el 13 de marzo de 1948, THE TREATMENT OF COMMUNISM AND COMMUNIST SPEAKERS, NOTE BY THE DIRECTOR OF THE SPOKEN WORD. Parece que el director consideraba comunista al famoso físico P. M. S. Blackett, galardonado posteriormente con el Premio Nobel y nombrado presidente de la Royal Society, probablemente debido a su hostilidad a la guerra nuclear.
 12. La guinea, unidad monetaria de cuenta correspondiente a una libra y un chelín, era una forma muy útil que tenían los comerciantes de subir los precios. Desapareció con la aplicación del sistema métrico decimal a la moneda.
 13. W. C. Lubenow, *The Cambridge Apostles 1820-1914: Imagination and Friendship in British Intellectual and Professional Life*, Cambridge, 1998.
 14. Alan Ryan, «The Voice from the Hearth-Rug», *London Review of Books*, 28 de octubre de 1999, p. 19.
 15. Hans-Ulrich Wehler, *Historisches Denken am Ende des 20. Jahrhunderts (1945-2000)*, Gotinga, 2001, pp. 29-30.
 16. La obra pionera de Robert Conquest *The Great Terror* no se publicó hasta 1968. (Trad. cast.: *El gran terror*, Noguer, Barcelona, 1974.)
 17. Véase Hennessy, *op. cit.*, p. 30.

CAPÍTULO 12

1. Ken Coates, «How not to Reappraise the New Left», en Ralph Miliband y John Saville, eds., *The Socialist Register*, Merlin Press, Londres, 1976, p. 112.
2. De ese modo en la normativa del PC británico el derecho de sus militantes a tomar parte en la «formación de la política» fue modificado, convirtiéndose en un mero derecho a «debatirla».
3. Aldo Agostini, *Palmiro Togliatti*, Milán, 1996; Felix Tchouev, *Conversations avec Molotov. 140 Entretiens avec le Bras Droit de Staline*, París, 1995; Robert Levy, *Anna Pauker: The Rise and Fall of a Jewish Communist*, Berkeley, 2000; K. Morgan, *Harry Pollitt*, Manchester, 1993.
4. Carta de Eric Hobsbawm, *World News*, 26 de enero de 1957, p. 62.
5. Véase Eric Hobsbawm, «The Historians' Group of the Communist Party», en M. Cornforth, ed., *Rebels and Their Causes: Essays in Honour of A. L. Morton*, Londres, 1978, p. 42.

6. Francis Beckett, *Enemy Within: The Rise and Fall of the British Communist Party*, Londres, 1995, p. 139.
7. Probablemente resulte de utilidad citar la parte principal de ese documento. A continuación la transcribo:

Durante muchos años todos nosotros hemos abogado por las ideas marxistas tanto en el campo de nuestras especialidades como en el debate político del movimiento obrero. Sentimos, por lo tanto, que tenemos la obligación de expresar nuestros puntos de vista como marxistas ante la crisis actual del socialismo internacional.

Creemos que el apoyo falto de sentido crítico que da el Comité Ejecutivo del Partido Comunista a la actuación soviética en Hungría constituye la culminación indeseable de años de distorsión de los hechos, y supone la incapacidad por parte de los comunistas británicos de analizar los problemas políticos por sí solos. Habíamos depositado muchas esperanzas en que las revelaciones hechas en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética inducirían a nuestra dirección y a nuestra prensa a darse cuenta de que las ideas marxistas sólo serán bienvenidas en el movimiento obrero británico si surgen de la verdad acerca del mundo en que vivimos.

La exposición de graves crímenes y abusos en la URSS y la reciente revuelta de los trabajadores y los intelectuales contra las burocracias y los sistemas políticos pseudocomunistas de Polonia y Hungría han venido a demostrar que durante los últimos doce años hemos fundamentado nuestro análisis político en una presentación falsa de los hechos: no en una teoría caduca, pues seguimos considerando correcto el método marxista.

Si el ala izquierdista y la tendencia marxista de nuestro movimiento obrero gana adeptos, como debe hacer para la consecución del socialismo, ese pasado debe ser repudiado abiertamente. Ello conlleva el repudio del último resultado de este pasado funesto: el respaldo del Comité Ejecutivo a los errores actuales de la política soviética.

La carta fue enviada al *Daily Worker* el 18 de noviembre de 1956; fue publicada en el *New Statesman* y el *Tribune* el 1 de diciembre de 1956.

8. Eric Hobsbawm, «The Historian's Group of the Communist Party», en Cornforth, *op. cit.*, p. 41.
9. Andrew Thorpe, *The British Communist Party and Moscow, 1920-1943*, Manchester, 2000, pp. 238-241.
10. Henry Pelling, *The British Communist Party: A Historical Profile*, Londres, 1958.
11. Véase el Capítulo I, «Problems of Communist History» de mi obra *Revolutionaries*, Londres, 1973. (Trad. cast.: *Revolucionarios*, Crítica, Barcelona, 2000.)
12. Véase la semblanza que escribí de él en *Proceedings of the British Academy*, 90 (1995), pp. 524-525.
13. *Ibidem*, p. 539.
14. Una versión reciente aparece en mi libro (en colaboración con Antonio Polito) *The New Century*, Londres, 2000, en pp. 158-161.

CAPÍTULO 13

1. Tony Gould, *Insider Outsider: The Life and Times of Colin MacInnes*, Londres, 1983, p. 183.
2. *Chambers Biographical Dictionary*, edición de 1974, s.v.: «Darwin».
3. Francis Newton, *The Jazz Scene*, Londres, 1959, Introducción, p. 1.
4. Fue publicado en Estados Unidos en 1960 por una pequeña casa editorial de izquierdas. Penguin Books sacó a la luz una edición actualizada en 1961. Posteriormente fue

traducido al francés para una colección editada por Fernand Braudel, así como al italiano y al checo.

CAPÍTULO 14

1. Richard Haslam en *Country Life*, 21 de julio de 1983, p. 131.
2. Cuando escribo este capítulo, acabo de enterarme por mi hijo Andy de que una vez, presumiblemente en los años setenta, un amigo suyo de Croesor, cuando se hallaron solos después de que otros dos chicos del lugar se hubieran marchado, le confesó, pidiéndole disculpas: «Los otros me han dicho que te diera una paliza, pero no quiero hacerlo. ¿Te importaría simular que te la he dado cuando vuelvan a aparecer?». En cualquier caso, la amistad entre ellos fue desvaneciéndose porque la madre del muchacho galés hacía notar cada vez más a mi hijo que no era bien recibido en su granja.

CAPÍTULO 15

1. Para saber más acerca de mi opinión sobre los acontecimientos de mayo en la época, véase «May 1968», escrito a finales de aquel año en E. J. Hobsbawm, *Revolutionaries* (Londres, 1999, y otras ediciones anteriores), capítulo 24. (Trad. cast.: *Revolucionarios*, Crítica, Barcelona, 2000.)
2. *MAGNUM PHOTOS: 1968 Magnum Throughout the World*, textos de Eric Hobsbawm y Marc Weitzmann, París, 1998.
3. En su momento no fui consciente de ello, pero este dato queda bien recogido por Yves Pagès, editor de todos los grafitos que podían leerse en las paredes de la Sorbona, reunidos y conservados por cinco empleados de la universidad en aquella época. Véase *No Copyright. Sorbonne 1968: Graffiti*, Éditions Verticales, 1998, p. 11.
4. Cita tomada de H. Stuart Hughes, *Sophisticated Rebels*, Cambridge, Massachusetts, y Londres, 1988, p. 6.
5. Alain Touraine, *Le mouvement de Mai ou le communisme utopique*, París, 1968.
6. Eric J. Hobsbawm, *Les primitifs de la révolte dans l'Europe moderne*, París, 1966.
7. Este artículo corresponde al capítulo 22 de mi libro *Revolutionaries: Contemporary Essays* (Londres, 1973, y varias ediciones posteriores). (Trad. cast.: *Revolucionarios*, Crítica, Barcelona, 2000.)
8. Sheila Rowbotham, *Promise of a Dream*, Londres, 2000, pp. 118, 203-204, 208.
9. *Ibidem*, p. 203.
10. *Ibidem*, p. 196.
11. Carlo Feltrinelli, *Senior Service*, Milán, 1999, p. 314. (Trad. cast.: *Carlo Feltrinelli senior service: biografía de un editor*, Tusquets, Barcelona, 2001.)
12. Rowbotham, *op. cit.*, p. 196.
13. *New Left Review*, 1977.

CAPÍTULO 16

1. Martin Jacques y Francis Mulhern, eds., *The Forward March of Labour Halted?*, Londres, 1981; Eric Hobsbawm, *Politics for Rational Left*, Londres, 1989. (Trad. cast.: *Política para una izquierda racional*, Crítica, Barcelona, 1993.)
2. «Labour's Lost Millions», escrito a raíz de las elecciones generales de 1983 en Gran Bretaña, en Hobsbawm, *Politics for a Rational Left*, p. 63.
3. *Ibidem*, p. 65.
4. «Out of the Wilderness» (octubre de 1987), *Politics for a Rational Left*, p. 207.
5. *Marxism Today*, abril de 1985, pp. 21-36 y portada.
6. Geoff Mulgan en *Marxism Today*, noviembre-diciembre de 1998 (número especial), pp. 15-16.
7. Editorial de *Marxism Today*, septiembre de 1991, p. 3.
8. Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes* (edición rústica inglesa), pp. 481, 484. (Trad. cast.: *Historia del siglo xx*, Crítica, Barcelona, 1995.)
9. «After the Fall», en R. Blackburn, ed., *After the Fall, the Failure of Communism and the Future of Socialism*, Londres, 1991, pp. 122-123. (Trad. cast.: *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, Crítica, Barcelona, 1993.)

CAPÍTULO 17

1. Para entender mejor los párrafos que vienen a continuación, véase también Eric Hobsbawm, «75 Years of the Economic History Society: Some Reflections», en Pat Hudson, ed., *Living Economic and Social History: Essays to Mark the 75th Anniversary of the Economic History Society*, Glasgow, 2001, pp. 136-140.
2. Según información del profesor Zvi Razi, biógrafo de Postan, a quien debo, junto a Isaiah Berlin (ya fallecido) y Chimen Abramsky, los datos relativos a los primeros años de su vida.
3. *Actes du IX Congrès International des Sciences Historiques: Paris 28 Août - 3 Septembre 1950*, vol. II, París, 1951, vol II, p. V.
4. Profesor van Dillen de Amsterdam, *ibidem*, p. 142.
5. Jacques Le Goff en *Past & Present*, 100, agosto de 1983, p. 15.
6. Hans-Ulrich Wehler, *Historisches Denken am Ende des 20. Jahrhunderts: 1945-2000*, Gotinga, 2001, pp. 29, 30.
7. *Daedalus: Journal of the American Academy of Arts and Sciences*, invierno de 1971, «Historical Studies Today». Los tres colaboradores franceses relacionados con el imperio de Braudel eran Jacques Le Goff, François Furet y Pierre Goubert; los británicos (dos de ellos vinculados a *Past & Present*) eran Lawrence Stone, Moses Finley y yo; los norteamericanos mantenían principalmente vínculos con Princeton, y entre ellos figuraba Robert Darnton y el único especializado en una región no occidental, Benjamin Schwarz, de Harvard.
8. *Ibidem*, p. 24.
9. Para Braudel véase su obituario en *Annales*, 1986, n.º 1; para mi propia clase inaugural remito a Eric Hobsbawm, *On History* (Londres, 1997), p. 64. (Trad. cast.: *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, p. 77.)
10. En Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, 1973.

11. Lawrence Stone, «The Revival of Narrative», *Past & Present*, 85, noviembre de 1979, pp. 9, 21.
12. Carlo Ginzburg, *Il formaggio ed i vermi*, Turín, 1976. (Trad. cast.: *El queso y los gusanos*, Muchnik, Barcelona, 1994.) Curiosamente, aunque se publicó una reseña (mía) en el *TLS* diez años antes, el estudio más interesante, a mi juicio, de un caso de brujas benéficas, *I Benandanti*, no atrajo entonces ninguna atención.
13. Véase el Capítulo 21 de mi libro *On History*, Londres, 1997, publicado originalmente con el título «The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity». (Trad. cast.: *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998: cap. 21, «La historia de la identidad no es suficiente».)
14. Pierre Bourdieu, *Choses dites*, París, 1987, p. 38.

CAPÍTULO 18

1. Noel Annan, *Our Age*, Londres, 1990, p. 267 n.
2. El *Estado*, una especie de *Times* local, llegó a hablar de un «auditorio lleno a rebosar ... que acabó con un aplauso entusiasta y prolongado», *Estado de São Paulo*, 28 de mayo de 1975.
3. Julio Caro Baroja, citado en E. J. Hobsbawm, *The Age of Extremes*, Londres, 1995, p. 1. (Trad. cast.: *Historia del siglo xx*, Crítica, Barcelona, 1995.)

CAPÍTULO 19

1. Véase la bibliografía relativa a este singular personaje en Annie Kriegel y S. Courtois, *Eugen Fried: Le Grand Secret du PCF*, París, 1997. Los papeles relativos de París y Moscú en la génesis del Frente Popular han sido muy discutidos, pero hoy día parece claro que la verdadera innovación que supuso, esto es, la disposición de los comunistas a ampliar el llamado «Frente Unido» no sólo a otros socialistas, sino también a los liberales, de tendencia a todas luces no socialistas, y en último término a todos los antifascistas, por mucho que se opusieran al comunismo, se originó en Francia.
2. Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Les Intellocrates: Expéditions en Haute Intelligence*, París, 1981, p. 330.
3. Para la Revolución francesa, véase mi obra *Echoes of the Marseillaise: Two Centuries Look Back on the French Revolution*, Rutgers, 1990 (trad. cast.: *Los ecos de la Marsellesa*, Crítica, Barcelona, 1992), e «Histoire et Illusion», en *Le Débat*, 89, marzo-abril de 1996, pp. 128-138.

CAPÍTULO 20

1. *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Manchester University Press, 1959. (Trad. cast.: *Rebeldes primitivos*, Crítica, Barcelona, 2001.)
2. E. J. Hobsbawm, *Revolutionaries: Contemporary Essays*, Londres, 1973, «Reflections on Anarchism», p. 84. (Trad. cast.: *Revolucionarios*, Crítica, Barcelona, 2000, página 124.)

3. Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth: an Account of the Social and Political Background of the Spanish Civil War*, Cambridge, 1943, prólogo. (Trad. cast.: *El laberinto español*, Ruedo Ibérico, París, 1977.) Por razones obvias la primera edición, publicada durante la Segunda Guerra Mundial, no fue objeto de demasiada atención.
4. Los resultados los detallo en el capítulo 5 de *Rebeldes primitivos* y en el capítulo 8 de *Bandits* (1968), (trad. cast. *Bandidos*, Crítica, Barcelona, 2001, capt. 9).
5. Esas notas son la fuente para lo escrito en este libro acerca de mi primera visita a España.
6. «Franco in Retreat», *New Statesman and Nation*, 14 de abril de 1951, p. 145. Este artículo, escrito a mi regreso, fue descrito como «algunos apuntes del cuaderno de un inglés en Barcelona».
7. E. J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Crítica, Barcelona, 2001, Prefacio, p. 7.
8. Para la biografía de este militante de toda la vida (1900-1973), «siempre uno de los líderes más queridos de la Federazione comunista de Palermo», véase el artículo «Sala, Michele» en Franco Andreucci y Tommaso Detti, eds., *Il movimento operaio italiano: dizionario biografico*, Roma, 1978.
9. «1890 y 1910», *Primitive Rebels*, p. 31, frag. 3. (*Rebeldes primitivos*, Crítica, Barcelona, 2001.)
10. Giorgio Napolitano y Eric Hobsbawm, *Intervista sul PCI* (Bari, 1975).

CAPÍTULO 21

1. E. J. Hobsbawm, «The Revolutionary Situation in Colombia», *The World Today*, Royal Institute of International Affairs, junio de 1963, p. 248.
2. Andrés Villaveces, «A Comparative Statistical Note on Homicide rates in Colombia», en Charles Bergquist, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez G., eds., *Violence in Colombia 1990-2000: Waging War and negotiating Peace*, Wilmington, Delaware, 2001, pp. 275-280.
3. Monseñor G. Guzmán, Orlando Fals Borda y E. Umana Luna, *La violencia en Colombia*, Bogotá, 1962, 1964, 2 vols.
4. Eduardo Pizarro Leongómez, *Las FARC (1949-1966): De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*, Bogotá, 1991, p. 57.
5. E. J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Crítica, Barcelona, 2001, p. 232.
6. E. J. Hobsbawm, «Guerrillas in Latin America», en J. Saville y R. Miliband, eds., *The Socialist Register*, 190, pp. 51-63; E. J. Hobsbawm, «Guerrillas», en Colin Harding y Christopher Roper, eds., *Latin American Review of Books*, I, Londres, 1973, pp. 79-88.
7. Véanse mis artículos «What's New in Peru?» y «Peru: The Peculiar "Revolution"», en *New York Review of Books*, 21 de mayo de 1970 y 16 de diciembre de 1971.
8. E. J. Hobsbawm, «Chile: Year One», en *New York Review of Books*, 23 de septiembre de 1971.
9. *International Herald Tribune* y Pew Center Poll of «opinion leaders», *International Herald Tribune*, 20 de diciembre de 2001, p. 6.

CAPÍTULO 22

1. Su afirmación se acercaba bastante a la verdad, pero no era exactamente cierta. Estoy bastante seguro de que algunos de los profesores de la Graduate Faculty of the New School for Social Research de Nueva York, donde posteriormente yo daría clases, seguían haciendo público su marxismo.
2. P. A. Baran y E. J. Hobsbawm, «The Stages of Economic Growth» en *KYKLOS*, vol. XIV, 1961, fasc. 2, pp. 234-242.
3. Véase F. Ianni y E. Reuss-Ianni, *A Family Business: Kinships and Social Control in Organized Crime*, Nueva York, 1972.
4. E. J. Hobsbawm, «The Economics of the Gangster», en *The Quarterly Review*, n.º 604, abril de 1955, pp. 243-256.
5. Esta cita aparece en S. Chapple y R. Garofalo, *Rock'n'Roll is Here to Pay: The History and Politics of the Music Industry*, Chicago, 1977, p. 251.
6. Studs Terkel, *Division Street: America*, Nueva York, 1967.
7. Eric J. Hobsbawm, *Intervista sul nuovo secolo, a cura di Antonio Polito*, Bari, 1999, p. 165. (Trad. cast.: *Entrevista sobre el siglo xxi*, Crítica, Barcelona, 2000.)

CAPÍTULO 23

1. Véase mi resumen acerca de la situación mundial publicado ocho años antes en *The Age of Extremes* (ed. en rústica), capítulo XIX, «Towards the Millennium», especialmente pp. 558-562. (Trad. cast.: *Historia del Siglo xx*, Crítica, Barcelona, 2000. Edición en rústica, capítulo XIX, «El fin del milenio».)

ÍNDICE ALFABÉTICO

- ABC, diario, 310
 aborto, legalización del, 74
 Academia Húngara de las Ciencias, 290
 Academia Soviética de las Ciencias, 186-187
 Adam, Gyorgy, 290
 Adam Smith, Janet, 212
 Adcock, F. E., 107, 109
 Adler, Friedrich, 129
 Afganistán, 375
 África, norte de, 120, 148, 302
 Agnelli, Gianni, 325
 Agustín, san, 10
 Albania, 285
 Alejandría, 13-15, 45-46, 377
 Alemania nazi, 22, 149, 190, 276; *véase también* Berlín
 Alemania, República Democrática de (RDA), 69, 74, 141-142-143, 185, 190, 298
 Alemania, República Federal de (RFA), 74, 143, 266, 323
 Ali, Tariq, trotskista paquistaní, 236-237
 Allende, Hortensia, 346
 Allende, Salvador, presidente chileno, 343, 346, 349
 Althusser, Louis, 202, 303
 Amendola, Giorgio, 126-127, 321
 América Latina, 12, 331-350; visita de E. H. a la, 278, 331-332; historiografía, 270; políticas de, 336-350
 Amis, Kingsley, 139, 212
 Amnistía Internacional, 215
 Andersen, Hans Christian: *Los cuentos*, 45
 Anderson, Ivy, 83
 Anderson, Perry, 97, 199
 Angola, 183, 258
Annales, revista, 264-267, 272, 303
 Annan, Noel, 106, 115
 Apóstoles de la Universidad de Cambridge, 102, 122, 178-181
 Argelia, 118, 302, 335
 Argentina, 284-285, 331, 343
 Arguedas, José María, escritor, 338
 armas nucleares, y movimientos antinucleares, 184-185, 202, 215, 219, 226; *véase también* Campaña en favor del Desarme Nuclear
 Armstrong, Louis, 83
 Aron, Raymond, 234, 286
Arts and Humanities Citations Index, 201
 Ascherson, Neal, 178
 Asociación de Docentes Universitarios, 173
 Auden, Wystan Hugh, poeta, 118, 369
 Auschwitz, campo de concentración de, 59, 132, 170-171
 Austria, 16, 19-33, 36, 120, 142, 159-162; Anschluss de, 16, 138, 161; *véase también* Habsburgo, Imperio de los; Movimiento de la Austria Libre; Viena
 Azcárate, Pablo, 122
 Baader-Meinhof, banda, 237
 Bacon, Francis, pintor, 214
 Baden-Powell, lord Robert Stephenson Smyth: *Escultismo para muchachos*, 43
 Bakunin, Mikhail, 324-325
 Balliol College en Oxford, 95
 Baran, Paul, economista, 238, 354, 356, 359
 Barbato, Nicola, 317
 Barber, Chris, 216
 Barcelona, 79, 313-314
 Barker, Paul, 245
 Barnard, George, 115

- Barthes, Roland, 301
 Bauhaus, movimiento de, 74, 352
 BBC, 169
 Beatles, The, 236
 Beethoven, Ludwig van, 29
 Belcher, Muriel, 214
 Bélgica, 243
 Benario, Olga, 70
 Benjamin, Walter, 172
 Benn, Tony, ex ministro británico, 248-249, 251-252
 Berberian, Cathy, cantante, 328
 Berend, Ivan, 140-141
 Berghauer, Hélène, 300-302
 Berlín, 21, 51-79, 83, 96; auge del nazismo, 63-64; dialecto, 54; en la posguerra, 51-52; huelga de transportes (1932), 65, 75; incendio del Reichstag, 57, 76, 136; Muro de Berlín, 51, 142-143, 214, 258, 327; y la República de Weimar, 51-66, 74; y la segunda guerra mundial, 51
 Berlin, Irving, 21, 353
 Berlin, sir Isaiah, 47, 102, 127, 197
 Berlinguer, Enrico, líder del PCI, 320-321, 327
 Berlusconi, Silvio, 324, 326, 328
 Bernal, J. D., 120, 173-174, 182, 362
 Bernstead, señora, 151-152
 Berti, Giuseppe, 317
 Besançon, Alain, 300
 Betancur, Belisario, presidente colombiano, 347
 Betjeman, John, 111
 Bevan, Aneurin, líder laborista, 251
 Beveridge, William, 114 n.
 Beves, Donald, 108-109, 165
 Bevin, Ernest, ministro de Asuntos Exteriores, 175
 bicicleta, como invento, 90
 Biermann, Wolf, 144
 Birkbeck College, de Londres, 169, 173, 264, 275-276, 281, 286, 341
 Birnbaum, profesor «Sally», 59
 Bismarck, Otto von, 197
Black Dwarf, The, periódico, 236-237
 Blackburn, Thomas, 227
 Blackett, Patrick, 223
 Blair, Eric, 88
 Blair, Tony, primer ministro británico, 243-244, 249-250, 253, 256
 Blake, George, espía soviético, 226
 Blake, William, 201
 Bloch, Marc, 261-262, 264, 266
 Blum, Léon, 297-298
 Blunkett, David, 249, 253
 Blunt, Anthony, 101-102, 179
 Bodsch, Willi, 60
 bolchevismo cultural, 74
 Bolivia, 331, 336, 339
 Bolonia, 317-318, 321
 Bose, Arun, 123
 Bourdieu, Pierre, 245, 274, 303, 335, 371
 Bourguiba, Habib, presidente de Túnez, 335
 Boxer, Charles, 269
 Boxer, Mark, 178
 Boy Scouts, 43
 Bradley's, en Nueva York, 278
 Brasil, 70, 282-284, 331, 343-344, 349
 Bratt, Peter, véase Einsiedel, Wolfgang von
 Braudel, Fernand, 263, 265-267, 271, 286, 298-300, 303, 335; *El Mediterráneo*, 271
 Braun, Otto, 70
 Braunthal, Julius, 133
 Brecht, Bertolt, 60, 74-75, 132, 135, 142-143, 295
 Brennan, Gerald: *The Spanish Labyrinth*, 312
 Bridges, Harry, 356-357, 361
 Brigada Airada, en Gran Bretaña, 243
 Brigadas Internacionales, 69, 117, 137, 247, 312
 Brigadas Rojas, 243, 326
 British Museum, 185-186, 278
 Broda, Hilde, 177
 Brogan, Denis, 352
 Brooke, Rupert, 179
 Browder, Earl, líder comunista americano, 162
 Brown, Gordon, 249, 253
 Brown, Mimi (nacida Grün), tía de Eric Hobsbawm, 23, 26-27, 42, 65-66, 79, 81-82, 229
 Brown, Wilfred, 26
 Browning, Robert, 187-188
 Bruce, Lenny, 180, 360
 Brüning, presidente alemán, 64, 73

- Bubrik, Gennadi («Goda»), 71
 Buchenwald, campo de concentración de, 171
 Bulgaria, 182, 198
 Bünger, Siegfried, 142
 Burgess, Guy, 101-102, 122, 177
 Burns, Emile, 162
 Busch, Ernst, 57
 Cabot, Henry, 237
 Cairncross, 101, 179
 Calvino, Italo, 279, 324, 328-329
 Cambridge, Universidad de, 56, 98-99, 147-150, 177-181, 261-262, 269-270; Apóstoles de, 102, 122, 178-181; Eric Hobsbawm en, 101-122, 261-262
 Cambridge University Socialist Club (CUSC), 113-118
 Campaña de las Estrellas a favor de la Amistad Interracial (SCIF), 215
 Campaña en favor del Desarme Nuclear (CND), 215
 campesinos, movimientos: América del Sur, 337-342, 345-347; Italia, 316, 324; Perú, 240, 278, 281, 286, 333, 338-339, 342, 345-346, 349-350
 Canadá, 281
 Canetti, Elias, 21
 Cantimori, Delio, 319
 Capone, Al, 364
 Carr, E. H., 175
 Cartier-Bresson, Henri, 231-233
 Castro, Fidel, 216, 238-241, 270, 331, 336-337, 339, 342, 344, 358
 Cavafis, Konstantin, poeta griego, 377
 Céline, 291
 César, Julio, 275; *Comentario sobre la guerra de las Galias*, 275
 Chaco, guerra del (1932-1935), 336
 Chakravarty, Renu Roy, 334
 Chamberlain, Neville, 93, 108, 154
 Champernowne, David, 148
 Checoslovaquia, 20, 183, 198, 295; invasión soviética de, 138, 140-141, 258
 Chequia, 31
 Cherry, Don, 359
 Chesterton, G. K., 279
 Chicago, 363-365
 Chile, 331, 336, 342-346
 Chin Peng, 134
 China, 75-76, 134, 178, 258; Larga Marcha del Ejército Rojo chino, 70
 Chomsky, Noam, 245
 Churchill, Randolph, 210
 Churchill, Winston, 154-158, 162, 210
 CIA (Agencia Central de Inteligencia), 300, 344, 354
 Cisjordania, 335
 Clapham, John H., 107
 Clark, Colin, 265
 Cobb, Richard, historiador, 291
 Cohen, Jack, 117, 122
 Coleman, Ornette, 359
 Colette, 66
 Colletti, Lucio, 328
 Collins, Henry, 207
 Colombia, 331, 339-342
 Colorni, Eva, 249
 Cominform (Secretaría de Información Comunista), 173
 Comisión Económica para Latinoamérica de la ONU, 336
 Comintern, véase Internacional Comunista
 Companys, Lluís, 88
 Comte, Auguste, 344
 comunismo, 125-145
 Congreso de Estudios Gramsci (1958), 321
 Congreso Internacional de Ciencias Históricas de París (1950), 299-300
 Congreso Mundial de Ciencias Históricas (1975), 267
 Congreso Nacional Africano (CNA), 257
 Congreso por la Liberación de la Mujer de Gran Bretaña, 273
 Consejo de Cambridge por la Paz, 114
 Cook, Robin, 249, 253
 Cooke, Alistair, editor de *Granta*, 352
 Cooper, Duff, 154
 Corea, guerra de, 177, 265
 Corea del Sur, 284
 Corino, Karl, 69
 Corinth, Lovis, 69
 Cornford, F. M., 104
 Cornford, John, 111, 115, 117, 120-121, 179
 Costa Rica, 343
 Coudenhove-Kalergi, conde austríaco, 47
 Craxi, Bettino, líder del PSI, 327

- Crea, Enzo, 318
 Croesor, valle de, en el norte de Gales, 226-230
 Croissant, madame Humblin, 292
 Cruz Varela, Juan de la, 341
 Cuba, 238, 241, 339, 340, 344-345; crisis de los misiles (1962) en, 208, 215, 226, 375; invasión de la Bahía de Cochinos (1961), 216; revolución, 216, 342; visitas de extranjeros, 239-241, 337, 344
 Cuerpo de Educación del Ejército (AEC), 157-158
 Dachau, campo de concentración de, 79
Daedalus, revista, 268
Daily Mirror, 158
Daily Telegraph, 155
Daily Worker (Morning Star), 181, 194-195
 Dakin, Douglas, 173
 Daley, Richard, alcalde de Chicago, 364
 Dankworth, John, 216
 Dante Alighieri, 294, 318
 Darlington, R. R., 264
 Darwin, Charles, 101, 115, 179, 209, 261, 343
 Davidson, Basil, 183; *Partisan Picture*, 183
 Davis, Miles, 359
 De Sica, Vittorio, 322
 «Debate sobre el nivel de vida», 268
 Debray, Régis, 237
 Democracia Cristiana, de Italia, 320, 324
 Demuth, Helene, 27
 descolonización, 215, 239, 257-258
 Deutscher, Isaac, 33, 191
 Dimitrov, Georgi, 76, 115, 136-137, 196
 Dinamarca, 199, 295; invasión de, 153-154
 Dirac, P. A. M., físico, 175
 Djilas, Milovan, 133
 Dobb, Maurice, 95, 178, 195, 318
 docencia, satisfacción por la, 276-277
 Donini, Ambrogio, profesor, 316
 Drinkwater, John, 57
 Dumas, Alejandro: *Los tres mosqueteros*, 289
 Dutt, Rajni Palme, 196-197
 Dylan, Bob, 236-237, 360
 Eban, Aubrey (Abba Eban), 115
 École des Hautes Études en Sciences Sociales, 303
Economic History Review, 263
 Ecuador, 281, 349
 Eddy, Mary Baker: *Christian Science Scriptures*, 47
 Eden, Anthony, 154, 194
 Effenberg, señora, 44, 48
 Egipto, 24, 35, 38, 377
 Ehrenburg, Ilya, 57
 Einaudi, Giulio, editor, 320, 322-323; *Storia del Marxismo*, 138, 320-321
 Einsiedel, Wolfgang von, editor de «Peter Bratt», 161
 Eisler, Georg, 23, 142, 144, 162, 258
 Eisler, Gerhart, 23, 142
 Eisler, Hanns, 23, 77, 142-143
 Ejército de Liberación Nacional, de Colombia, 341
 Ejército Rojo soviético, 70, 158, 171, 378
 Ejército Simbiónista de Liberación, 362
 Elias, Norbert, 119
 Ellington, Duke, 83, 361
 Elliott, sir John, 217
 Engels, Friedrich, 97, 132, 265, 336; *Manifesto comunista*, 53, 60, 97
 Enrique VI, rey de Inglaterra, 106
 Enzensberger, Hans Magnus, 240
 Enzensberger, Masha, 240
 Escocia, 248
 Escuela de Frankfurt, 97
 Eslovaquia, 20; véase también Checoslovaquia
 Eslovenia, 282
 España, 12, 82, 117, 309-316, 371
 Estados Unidos, 12, 63, 127, 162, 177, 184-185, 208, 215, 235, 237-239, 259, 265-266, 270, 283, 299, 332, 347; América Latina y, 348-349; historiografía, 267-270; imágenes de, 351-353; Italia y, 324-325; visita de E. H. a, 16, 278, 353-366; véase también Guerra Fría; jazz; Partido Comunista de Estados Unidos
 Estenssoro, Víctor Paz, 331
 ETA, 241, 243
 Etoile, restaurante, 280
 Europa central, 55
 Exposición Universal de París (1937), 120
 Facción del Ejército rojo, véase Baader-Meinhof, banda

- Fadeyev, Alexander, 240
 Fainlight, Ruth, 209
 Fals Borda, Orlando, sociólogo, 340
 Fawkes, Wally, 214
 FBI, 354, 357, 359-360
 Febvre, Lucien, 264
 Federico el Grande, 48, 63
 Feltrinelli, Giangiacomo, editor, 240, 323
 Ferns, Henry (Harry), 116, 118, 270
 Feuchtwanger, Lion, 57
 Feuerlicht, Ephraim (Franz Marek), 137-138
 FIAT, empresa, 325-326
 filatelia, historia a través de la, 20
 Finlandia, 148-149
 Finley, Moses I., 217
 Fischer, Ernst, 142
 Fischer, Joshka, ministro de Asuntos Exteriores alemán, 243
 Fischer, Ruth, 23, 142
 Flanigan, Mick, 154
 Flohr, Salo, 82
 Fogel, Robert W., 267
 Foot, Michael, 249, 251
 Foote, Alexander, 129
 Foreign Office, 167, 170
 Forster, E. M., 15, 115, 179, 180, 377; *Alexandria. A History and a Guide*, 15
 Fox, Charles, 162
 Francia, 12, 119, 123, 187; caída de (1940), 151, 154; formalismo de, 298; lengua francesa, 307; ocupación del Ruhr (1923), 16; véase también París; Partido Comunista de Francia
 Francisco José, emperador de Austria, 14-15, 31, 377
 Franco, Francisco, general, 88, 185, 266, 313-314, 379
 Franklin, Benjamin, 307
 Franklin, Rosalind, 174
 Freddie, camarada, 130-131
 Frente Popular, en España, 296, 311
 Frente Popular, en Francia, 88, 115, 204, 296, 310
 Freud, Sigmund, 21; *Interpretación de los sueños*, 377
 Fried, Erich, 162
 Friedmann, Herta, prima de E. H., 43
 Friedmann, Otto, primo de E. H., 43, 54
 Friedmann, Richard y Julie, tío abuelo y tía abuela de E. H., 170
 Friedmann, Victor y Elsa, tío abuelo y tía abuela de E. H., 170
 Front de la Libération du Québec, 241
 Fuchs, Klaus, 53
 Fuentes, Carlos, 343
 Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), 341-342, 347
 Furet, François, 300, 306, 389 n. 7; *La passé d'une illusion*, 306
 Gabin, Jean, 297
 Gaitán, Jorge Eliezer, 339
 Gales, 115, 248
 Gallagher, Jack, 270
 Gandhi, Feroze, 333
 Gandhi, Indira, 122
 Gandy, Robin, 219
 García Márquez, Gabriel, 340; *Cien años de soledad*, 343
 Garner, Erroll, pianista, 359
 Gasparian, familia, 343
 Gaster, Jack, abogado, 176
 Gaulle, Charles de, general, 215, 231, 292, 304-305
 Geertz, Clifford, 271
 Gellner, Ernest, 335
 Génova, 324
 Genovese, Gene, 267
 George, Bridget, (tía de E. H.), 346
 Gestapo, 299
 Gibbon, Edward, 261
 Gide, André, 291
 Gilhodes, Pierre, 342
 Gill, Ken, 246-247
 Gillespie, John Birks (Dizzy), 360
 Ginzburg, Carlo, 271
 Gioacchino de Flora, abad, 319
 Giono, Jean, 291
 Giraudoux, Jean, 291
 Girbau León, Vicente, refugiado español, 207, 313
 Giuliano, bandido, 317
 Giulio Einaudi Editore, 323-324
 Gleason, Ralph, 360-363, 365
 Gluckman, Max, 317
 Goebbels, Joseph, 54
 Goethe, Johann Wolfgang von, 294; *Fausto*, 28

- Gold, Anna («Antschi»), 17, 28
 Gold, familia, 13, 15-16, 18
 Gold, Melitta (Litta), 13, 17, 28
 Goldberg, Millie, tía de Eric Hobsbawm, 91
 Goldmann, Lucien, 301
 Goldstücker, Edward, 140-141
 Gombrich, Ernst, 21
 Gomulka, Vladislav, 198
 Goodman, Benny, 360
 Goodwin, Clive, 216
 Gorbachov, Mijail, 145, 257-259
 Gordon, Hugh, 111
 Göring, Hermann, 76, 78, 136
 Goubert, Pierre, 389 n. 7
 Gramsci, Antonio, 316, 318-319, 321, 324;
 Cuadernos de la cárcel, 322
 Gran Bretaña, 54, 140; en la década de 1930,
 gran crisis económica, 17, 55, 65
 Gran Guerra, véase guerra mundial, primera
 Gran Inflación (1923), 55
 Granta, semanario estudiantil, 112, 116, 119,
 122, 148, 153
 Grass, Günther, 378
 Gray, poeta, 341
 Grecia, 60, 283
 Greene, Graham: *El cónsul honorario*, 337;
 Nuestro hombre en La Habana, 344
 Gresham's School, 121
 Grey, sir Edward, 14
 Grimm, cuentos de los hermanos, 45
 Grosz, George, pintor, 61, 74
 Grove, Marmaduke, coronel chileno, 346
 Grün, Ernestine, abuela de Eric Hobsbawm, 49
 Grün, familia, 15, 24, 25-27
 Grün, Mimi, tía de Eric Hobsawm véase
 Brown, Mimi
 Grün, Nelly, madre de Eric Hobsbawm, véase
 Hobsbaum, Nelly
 Grupo Antibelicista de los Científicos de
 Cambridge, 114
 Guayanas, 331
 guerra civil española, 117, 130, 179, 297,
 311, 314, 315, 336
 Guerra Fría, 51, 119, 127-128, 141, 143-144,
 157, 167, 172, 174-176, 184, 192-193,
 198, 204, 208, 210, 217, 257, 259, 262,
 266, 268, 272, 279, 299, 306, 324, 332,
 366, 376
 guerra mundial, primera, 16, 22, 69, 87-88,
 107, 149, 168, 220, 379
 guerra mundial, segunda, 51, 88, 105, 117,
 123, 126, 135, 147, 149
 Guevara, Ernesto Che, 233, 236-237, 239,
 241, 338, 345
 Guillermo II, káiser, 52, 58
 Guinea portuguesa, 183
 Gupta, Indrajit «Sony», 112, 334
 Gutman, Herb, 267
 Guyot, Raymond, 120
 Habana, La, 239-240
 Habsburgo, Imperio de los, 20, 22, 30, 129,
 161, 314, 377
 Hadj, Messali, 335
 Haksar, P. N., 122, 333
 Haldane, John Burdon Sanderson, 182
 Halder, Franz, jefe del Estado Mayor de Hitler, 155,
 Halifax, lord, 155
 Hall, Stuart, 199, 253, 256
 Haller, Peter, 23
 Hamilton, Patrick, 81
 Hammond, John Jr., 83, 360
 Hanak, Peter, 141
 Hase, Günther von, 56
 Haskell, Francis, 286, 318
 Haskell, Larissa, 286
 Haupt, Georges, 171
 Hayek, Friedrich von: *Capitalism and the
 Historians*, 268
 Hazlitt, William, 94, 251; *Spirit of the Age*,
 162
 Healey, Denis, ex ministro de Defensa y de
 Finanzas, 249-250
 Hearst, William Randolph, 360
 Hearst Jr., William Randolph, 362
 Heartfield, John, 68
 Heath, Edward, 253
 Hegedüs, Andras, primer ministro húngaro,
 140
 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 97
 Heinemann, Margot, 120
 Heller, Agnes, 11, 133
 Heller, Clemens, 299-300
 Heller, Hugo, 299
 Hemingway, Ernest, 135
 Henderson, Fletcher, 83

- Hermelin, Stephan, véase Leder, Rudolf
- Herzl, Theodor, 32-33, 379
- Heseltine, Michael, 253
- Higham, David, agente literario, 280
- Hill, Christopher, 97, 187-188, 195, 282
- Hill, Elizabeth, 111
- Hindenburg, Paul von, mariscal de campo, 63, 74
- Hines, Earl, pianista de jazz, 361
- Hiro Hito, emperador, 185
- historia medieval, estudios de, 263-264
- historiadores, necesidad de, 374
- historiografía, 61-62, 97-98, 107, 161, 177, 181, 202, 217, 261-274
- History Workshop Journal*, 200, 271, 272
- hitchhiking*, autostop, 310
- Hitler, Adolf: Austria y, 16, 18-19, 22, 32, 43, 54, 161, 185, 266, 294, 299; como canciller, 74, 76-77, 171; ascenso al poder, 63-64, 72-74, 375; y la segunda guerra mundial, 59, 61, 89, 117, 121, 148, 150, 153, 155-157, 160, 344
- Ho Chi Minh, 134, 238
- Hobsbaum, Bella, tía de E. H., 42
- Hobsbaum, Berkwood (Ike), tío de E. H., 91, 346
- Hobsbaum, Cissie (Sarah), véase Prechner, Cissie
- Hobsbaum, Ernest (Aron), tío de E. H., 14, 91
- Hobsbaum, familia, 91-92
- Hobsbaum, Gretl (nacida Grün), tía de E. H., 22-26, 41, 43-44, 55-56, 85
- Hobsbaum, Harry, tío de E. H., 40, 42, 91-92, 147
- Hobsbaum, Leopold Percy, padre de E. H., 14, 26, 35-40, 49
- Hobsbaum, Lou, tío de E. H., 91
- Hobsbaum, Nancy, hermana de E. H., 13, 18, 41, 55, 65-66, 79, 82, 84-85, 122
- Hobsbaum, Nelly (nacida Grün), madre de E. H., 14, 17, 27, 35, 40-41, 44-47, 49
- Hobsbaum, Peter, primo de E. H., 44, 55, 82, 122
- Hobsbaum, Phil, tío de E. H., 91, 92
- Hobsbaum, Ronnie, primo de E. H., 42, 90, 92-93
- Hobsbaum, Reuben, primo de E. H., véase Osborn, Reuben
- Hobsbaum, Sidney, tío de E. H., 24, 26, 86-88, 122, 309-310; en la industria cinematográfica, 41, 57-58, 87-88; se hace cargo de E. H., 55-56, 65, 79, 82; visita París con E. H., 289-290
- Hobsbawm, Andy, hijo de E. H., 137, 209, 339, 388 n. 2
- Hobsbawm, Eric J.: actividad comunista en Berlín, 68, 70-79; actividades políticas, 245-247, 249-250; adolescencia en Berlín, 54-66; como amante del jazz, 83, 140, 162, 212-214, 352, 359-362; como miembro del King's College (1949-1955), 177-180; como miembro del Partido Comunista, 111-112, 116-122, 125, 131-132; como profesor en el Birkbeck College, 169, 173, 275-276; como profesor en la New School for Social Research, 276; en América Latina, 331-332, 336-350; en Estados Unidos, 277-278, 353-366; en Francia (de los años sesenta a los noventa), 302-307; en Francia (en los años cincuenta), 300-302; en Francia (en los años treinta), 123, 289-298; en Italia, 316-325; en la Universidad de Cambridge (1936-1939), 101-122, 261-262; en la escuela en Berlín, 56, 58-62; en la escuela en Londres, 93-96; en la escuela en Viena, 28-30, 43; experiencias durante la guerra fría, 174-176, 214-217; experiencias durante la segunda guerra mundial, 149-165; hijos de, 209, 219-220, 228, 326; infancia en Viena, 13, 15-18, 19-33, 40-44, 48; inicios en el marxismo, 60-61, 67, 96-98; matrimonio con Marlene (1962), 96, 208; matrimonio con Muriel (1943-1950), 159; nacimiento en Alejandría (1917), 13-15; nivel de vida de clase media, 209-211; traslado a Inglaterra (1933), 79, 93; vacaciones en Gales, 219-230; viajes como académico, 278-281, 287; vida social, 286-287; visión sobre el comunismo, 61-64, 204; visita a Cuba, 238-241; visita a España, 309-316; visita a Estados Unidos, 278, 353-366; visita a Inglaterra por primera vez (1929), 42-44; visita a la Unión Soviética, 187-189; *Bandidos*, 280; *El capitán Swing*, 280; *Los ecos de la Marsellesa*, 281; *La era de la revolución*,

- 1789-1848, 142, 176, 208, 279, 280, 284; *La era del capital*, 281; *La era del imperio*, 1875-1914, 281; *Historia del marxismo*, 281, 320-321; *Historia del siglo xx*, 210, 281, 284-285, 306, 328; *Industria e Imperio*, 280; *La invención de la tradición*, 281; *The Jazz Scene*, 140, 213-214, 359-360; *Naciones y nacionalismo desde 1780*, 281, 285; *Rebeldes primitivos*, 279, 309, 316, 331, 337, 342; *Trabajadores*, 280
- Hobsbawm, Julia, hija de E. H., 209, 230
- Hobsbawm, Marlene, segunda esposa de E. H., 11-13, 16, 96, 140, 169, 178, 216; en América Latina, 301, 305; en Estados Unidos, 235, 366, 368, 369; en Francia, 302-303; en Gales, 219, 226-227, 229-230; en Italia, 318, 326-327; en Vietnam, 238; y la crisis de Cuba, 208-209
- Hodgart, Matthew, 179
- Hodgkin, Dorothy, 385 n. 9
- Hodgkin, Thomas, 174
- Hoffa, Jimmy, 357
- Hohenzollern, casa de los, 30, 52
- Holiday, Billie, 212, 353, 360
- homosexualidad, en la Universidad de Cambridge, 118
- Honecker, Erich, presidente de la RDA, 68, 77
- Hovell-Thurlow-Cumming-Bruce, A. R., 115
- Hugo, Victor: *Los miserables*, 341
- Hungría, 31, 139-140, 145, 183, 193, 198, 216, 282, 290
- Hunter, Bruce, 280
- Hussein, Saddam, 374
- Huxley, Aldous: *Un mundo feliz*, 235
- Ibárruri Gómez, Dolores, «La Pasionaria», 130
- Illich, Ivan, 339
- India, la 112, 198
- Inglaterra, 79, 81-99
- Institute of Historical Research de Londres, 277
- Instituto Marx-Engels de Moscú, 97
- Instituto Mundial para el Desarrollo y la Investigación Económica (WIDER), 257
- Internacional Comunista (o Comintern), 23, 70-73, 75, 93, 115, 126, 131, 134-136, 142, 162, 196, 296, 317, 353, 379
- Internacional de las Juventudes Comunistas, 120
- IRA (Oficial), 243
- IRA Provisional, 243
- Irán (Persia), 17
- Iraq, 374
- Irlanda, 199
- Israel, 31, 197, 272, 377
- Italia, 12, 126, 316-329
- Jackson, Mahalia, reina del *gospel*, 365
- Jacobson, Roman, 276
- Jacques, Martin, 246, 250 n., 253, 256
- Jagger, Mick, 236
- Janáček, Leoš: *Jenufa*, 377
- Japón, 155, 270, 324, 343
- jazz, 83, 140, 162, 212, 214, 236, 352, 359-362
- Jefferys, James B., 119
- Jenkins, Roy, 249
- Jerome, Jerome K., 95
- Johnson, Harry, 180
- Johnson, Hewlett, deán de Canterbury, 341
- Johnson, Paul, 185
- Jones, A. H. M., 217
- Jones, Claudia, 216
- Jones, Jack, 247
- Jorge V, rey de Inglaterra, 14, 81
- Jospin, Lionel, primer ministro francés, 243, 306
- Jouvet, Louis, 291
- Joyce, James, 14
- Jrushchev, Nikita, 138, 190-191, 193, 195-196, 208, 226
- judíos, 16, 19-33, 36-37, 40, 43, 47-48, 53, 59, 86-91, 115, 133, 137, 164, 170, 194, 200, 263, 321, 332, 344, 356, 359, 371, 377, 379
- Julião, Francisco, 338
- Juventudes Comunistas Internacionales, 54, 68, 70
- Kafka, Franz, rehabilitación de, 140
- Kaganovich, Lazar, 189
- Kallin, Anna («Nyuta»), 169
- Kant, Immanuel, 94
- Karloff, Boris, 58
- Kendrew, J. C., 105
- Kennedy, John Fitzgerald, 208, 258, 270, 346, 364, 371

- Kennedy, Robert, 357
 Keppel, Cynthia, lady, 224, 263
 Kerouac, Jack, 363
 Keunemann, Pieter, 111, 122
 Keynes, John Maynard, 10, 105-107, 114, 179, 180, 261
 Kiernan, Victor G., 97, 270, 334
 King's College, de Cambridge, 95, 103-104, 106-108, 118, 122, 147, 152, 174, 177, 180, 207
 Kinnock, Neil, 249, 251
 Kinsey, Tom, pintor, 226
 Kisch, Egon Erwin, 23
 Klein, Fritz, 141-143
 Klugmann, James, 111, 120-122, 179, 183, 197, 295
 Koestler, Arthur, 195
 Kogon, Eugen, 171
 Kornai, Janos, 144; *The Economics of Shortage*, 144-145
 Kosminsky, E. A., 185
 Kostov, Traicho, 183
 Kraus, Karl, 46, 47, 60, 169, 299; *Los últimos días de la humanidad*, 22, 31
 Kriegel, Annie, 300
 Kube, Wilhelm, 59
 Kubitschek, Juscelino, 336
 Kubrick, Stanley: *Teléfono rojo: volamos hacia Moscú*, 215
 Kuczynski, Jürgen, 142
 Kuczynski, Ruth, 53, 142
 Kumaramangalam, Surendra Mohan, 123, 333
 Kurdistán, 375

 Labrousse, Ernest, 266, 286, 298
 Laemmle, Carl, 41, 57
 Lagrange, Léo, 297
 Laine, Cleo, 216
 Lampedusa: *El gatopardo*, 240
 Lane, Allen, 92
 Lang, Fritz: *Nibelungen*, 28
 Lania, Leo, 23
 Laski, Harold, 114 n.
 Laslett, Peter, 169
 Laterza, Vito, editor, 323
 Le Goff, Jacques, 267, 389 n. 7
 Le Roy Ladurie, Emmanuel, 286, 300, 303, 306
 Leavis, F. R., 95, 98
 Leder, Rudolf (Rolf), 67-69
 Lefebvre, Henri, filósofo y sociólogo, 301
 lenguas: alemán, 149, 160; dialectos, 332; español, 312; francés, 307; guaraní, 337; italiano, 313, 318; problemas de multilingüismo, 285-286, 310, 332; quechua, 338, 345
 Lenin, Vladimir Ilich Ulianov, 14, 68, 125-126, 129, 134, 142, 187, 233, 316, 379
 Leningrado, 188; asedio de, 139, 189
 León, Argeliers, 240
 Leuillot, Paul, secretario de *Annales*, 266
 Levi, Primo, 171
 Lévi-Strauss, Claude, 276
 Lewis, Wyndham, 123
 Leys, Simon, 128
 Lichtenstern, Hedwig, tía de E. H., 170
 Liebermann, Max, 69
 Liebling, A. J., 293
 Liehm, Antonin, 140, 300
 Ligas de Campesinos de Brasil, 338
 Ligas de las Juventudes Comunistas, 73
 Likud, partido, 31
Lilliput, revista de bolsillo, 153, 168
Literary Listy, revista, 140
 Llewellyn-Smith, Harold, 95
 London School of Economics (LSE), 92, 106, 114, 119-120, 237, 261, 263, 333
 London, Artur, 137
 Londoño, Rocío, 341
 Londres, bombardeo de, 156
 Losey, Joseph, 353
 Louvre, Museo del, 290
 Lueger, Karl, alcalde de Viena, 31
 Luis XIV, rey de Francia, 304
 Lukács, Georg, 97, 139
 Lula, Luis Inácio da Silva, 347-348
 Lutero, Martín, 316
 Luxemburg, Rosa, 259
 Lyttelton, Humphrey, 213, 216

 M19, movimiento guerrillero colombiano, 347
 Macdonald, Ramsay, 93
 Macera, Pablo, 343
 MacInnes, Colin, 213, 215
 Mackenzie, Norman, 212
 Maclean, señor, 95, 101, 122, 177, 179
 Maddox, John, 224

- Mafia, 357, 358
 Magris, Claudio, 15
 Mahler, Gustav, 21
 Maier, Charles, 144
 Maitland, Frederick, 179
 Malraux, André, 75, 291
 Manet, Édouard: *Olympia*, 290
 Mann, Thomas, 57, 66; *Carlota en Weimar*, 151; *Montaña mágica*, 44
 Mao Tse Tung, maofismo, 70, 233, 339; *véase también* China
 Marc, Franz, 59
 Marchais, Georges, 305
 Marchesi, Victor, 82
 Marcuse, Herbert, 284
 Marek, Franz, *véase* Feuerlicht, Ephraim
 Marienstras, Elise, 302-303
 Marienstras, Richard, 33, 302-303
 Marín, Pedro Antonio, líder militar de las FARC, 342
 Marks, Louis, 207
 Marruecos, 302, 335
 Mars, barritas, 90
 Mars, Forrest B., 91
 Martin, Kingsley, 212
 Marty, André, 135, 194
 «Marulanda, Manuel», *véase* Marín, Pedro Antonio
 Marx, hermanos, 105
 Marx, Karl, 11, 27, 53, 90, 97, 125, 132-133, 201, 231, 233, 262, 265, 325; *El Capital*, 67; *Manifiesto comunista*, 53, 60, 97
Marxism Today, 197, 203, 246-247, 249, 252-256
 marxismo, 43, 112, 126, 137-138, 181, 193, 202, 231-232, 242, 245, 290, 305, 320, 327, 341; como ideología dominante en el Tercer Mundo, 282; e historia, 96-98, 187-188, 194-196, 265-267, 270, 272, 279; no nacionalista, 243
 Massachusetts Institute of Technology (MIT), 277, 354, 355
 Matisse, Henri, 293
 Mattioli, Raffaele, banquero, 323
 Maxwell, Clerk, 101, 179
 May, Alan Nunn, 177
 McGibbon and Kee, 213
 Meacher, Michael, 253
 Mee, Arthur: *Children's Newspaper*, 28
 Mehdian, Ali-Akbar, 284
 Mendel, Gregor, 377
 Meuvret, Jean, 266
 México, 331, 342, 344, 349
 Mikes, George: *How to Be an Alien*, 89
 Milestone, Lewis, 57
 Miliband, Ralph, 249, 254
 Miller, Jonathan, 180
 misiles, crisis en Cuba de los (1962), *véase* Cuba, crisis de los misiles de
 Mitterrand, François, 304, 306, 370
 MOI (Main d'Oeuvre Immigrée), organización del PCF, 137, 295
 Molotov, Viaceslav M. S., 192
 Momigliano, Arnaldo, 286
 Monk, Thelonious, 213
 Monroe, Marilyn, 317
Monthly Review, revista, 238
 Moore, 179
 Morazé, Charles, 265
 Morgenstern, Christian, 63, 66
 Morgenstern, Miriam, 30
 Morin, Edgar, 301
 Moro, Aldo, primer ministro italiano, 326
 Morris, Christopher, 107
 Morton, Leslie, 97, 187; *People's History of England*, 187
 Mosley, sir Oswald («Tom»), 224
 Movimiento de Austria Libre, 160-161
 Movimiento Juvenil por la Paz, 184
 Multern, Francis, 250 n.
 Múnich, crisis de (1938), 117
 Murcia, 314
 Mussolini, Benito, 31, 72 n., 121, 131, 294, 322
 Mynatt, Margaret, 132
 Naciones Unidas, 258, 338, 369
 Nahum, Ephraim Alfred «Ram», 111, 115
 Namier, sir Lewis B., 263-264
 Napolitano, Giorgio, 321
 Needham, Joseph, 223-224
 Nehru, Indira, 333
 neoliberalismo económico, 256-257, 305, 375
 Neruda, Pablo: *Canto general*, 349
 Nestroy, Johann, 28
 New Deal, 353
New Left Review, 199, 236-237, 254
New Reasoner, 199

- New School for Social Research, de Nueva York, 13, 276, 338
- New Statesman and Nation*, 212-213
- New York Review of Books*, *The*, 342
- New Yorker*, *The*, 127
- Newton, Francis (seudónimo de E. H.), 212
- Newton, Frankie, músico de jazz, 212
- Newton, Isaac, 101, 105
- Niemeyer, Oscar, arquitecto, 336
- Nixon, Richard, 357, 371
- Noche de los Cristales Rotos de 1938, 179
- Norman, E. H., 270
- Noruega, invasión de, 153-154
- «Nueva Izquierda», 199, 203, 273
- Nueva York, 367, 369-371; ataque del 11 de septiembre de 2001, 373
- OAS francesa, 301
- Obstbaum, David y Rose, 91
- Oficina Militar de Asuntos Ordinarios (ABCA), 157-158
- Old Viena Café, 82
- Oposición Sindical Roja (RGO), 75
- Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), 175
- Osborn, Reuben, primo de E. H., 92; *Freud and Marx*, 92
- Owen, Bob, 228
- Owen, David, 249
- Oxford, Universidad de, 105, 200, 254, 333
- pacifismo, 113-114
- Pacto de Varsovia, 198
- Pagnol, Marcel: *Topaze*, 292
- Países Bajos, ocupación de los, 153-154
- Palestina, 67, 69, 79, 164, 175, 333
- Palme, Olof, 121, 197
- Palme, Sven Ulric, 197 n.
- pantalones vaqueros, y la historia, 244
- Panteras Negras, 242
- Papen, Franz von, 57, 64, 76
- Paraguay, 336
- Parc Farm, 225, 229
- París, 53, 123, 231-233, 289-290, 293, 297, 302; Comuna de 1871, 232; Mayo del 68 en, 233-234, 243-244
- Partido Católico de Centro, 73
- Partido Comunista argelino, 335
- Partido Comunista de Alemania (KPD), 23, 54, 72-73, 75-77, 79, 141-142, 143-144
- Partido Comunista de Austria, 138
- Partido Comunista de Checoslovaquia, 190, 300
- Partido Comunista de Chile, 345-346
- Partido Comunista de China, 192
- Partido Comunista de España (PCE), 122, 315
- Partido Comunista de Estados Unidos, 162, 216, 267
- Partido Comunista de Francia (PCF), 134, 137, 194, 232, 296, 300, 302, 305
- Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB), 84, 92, 101-102, 110, 116, 122, 128, 131, 135-136, 148, 157, 162, 175, 193, 194, 198, 203, 216, 253, 280, 355; Agrupación de Historiadores del, 181-182, 187-189, 193-199, 201, 203, 207, 267, 300; crisis de 1956, 181, 194-204; historia del, 197
- Partido Comunista de Hungría, 141
- Partido Comunista de Italia (PCI), 138, 203, 240, 316, 319, 325, 326
- Partido Comunista de la India, 112
- Partido Comunista de la India (Marxista), 198
- Partido Comunista de la Unión Soviética, 135-136, 187, 189, 190; XX Congreso del, 190, 192-193, 198
- Partido Comunista de Rumanía (PCR), 137
- Partido Comunista de Sri Lanka, 111, 122
- Partido Comunista de Vietnam, 130
- Partido Comunista del Brasil, 70
- Partido Conservador británico, 85; véase también Thatcher, Margaret
- Partido Conservador de Colombia, 340, 341, 347
- Partido de la Revolución Institucional de Costa Rica, 343
- Partido de Refundación Comunista, de Italia, 327
- Partido Democrático de Izquierdas, de Italia, 327
- Partido dos Trabalhadores (PT), de Brasil, 347
- Partido Laborista, de Gran Bretaña, 84, 91, 114, 126, 158-159, 167, 194, 203, 213, 245-256
- Partido Liberal de Colombia, 340, 341, 347

- Partido Liberal, de Gran Bretaña, 194, 248, 251
- Partido Nazi, 55, 76
- Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), 310
- Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México, 348
- Partido Socialdemócrata de Gran Bretaña, 248-249
- Partido Socialista de la Unidad (PSU), de Francia, 52
- Partido Socialista de la Unidad, de Alemania Oriental, 143
- Partido Socialista Francés (PSF), 296, 304
- Partido Socialista Unificado (PSU), 302
- Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), 310
- Partisan Coffee House, 200-201
- Pascal, Roy, 111, 378
- Past & Present*, 182, 217, 266-267, 271, 303
- Pasternak, Boris: *Dr. Zhivago*, 240
- Patten, Christopher, 253
- Pauker, Anna, 192
- Peacock, Thomas Love: *Headlong Hall*, 221
- Pearson, Gabriel, 199
- Perec, Georges, 298, 305
- Persia, 17
- Perú, 331, 339, 342, 345
- Pétain, Henri-Philippe, mariscal, 155
- Peter, Haller, 23
- Pevsner, Nikolaus: *Buildings of England*, 169
- Philby, 101, 179
- Philologist*, *The*, revista de la escuela, 94
- Philological School, *The*, 94-95
- Piatnisky, Osip, 196
- Picasso, Pablo, 174, 293; *Guernica*, 296
- Pigou, A. C., 109
- Pinochet, Augusto, general, 343
- Plan Marshall, 172
- Planificación Económica y Política (PEP), 160
- Plumb, Jack (sir John), 282
- Polanyi, Karl, 119
- Polito, Antonio, 125
- Pollard, Sidney, 174
- Pollitt, Harry, 148, 196
- Polonia, 31, 58, 121, 141, 145, 193, 265, 266
- Pompidou, Georges, 370
- Pontón, Gonzalo, 284
- Porto Alegre, en Brasil, 348
- Portugal, 314, 368
- Postan, Michael M. (Mounia), 110, 114, 159, 175, 224, 262-267, 282
- postmodernismo, 271, 305, 307
- Pot, Pol, campos de la muerte de, 242
- Pottle, Pat, 226
- Power, Eileen, historiadora, 263
- Prager, Tedy, economista, 120, 130, 159-160
- Prechner, Cissie (Sarah), tía de E. H., 91-92
- Presley, Elvis, 365
- Prestes, Luis Carlos, oficial brasileño, 70
- Preston (Prechner), Denis, primo de E. H., 83, 92, 160, 162, 213
- Preston, Rosalie, prima de E. H., 92
- Primavera de Praga, 140-141, 170, 253, 258; véase también Checoslovaquia; Partido Comunista de Checoslovaquia
- Primo de Rivera, Miguel, general, 314
- Prinz-Heinrichs-Gymnasium (PHG), 56, 58, 69-70, 93-94
- Procacci, Giuliano, 321
- Pronteau, Jean, 232
- Proust, Marcel, 292
- Prusia, 52-53, 64, 74, 78
- Puigcerdà, 310-312
- Pushkin, Aleksandr Sergeevic, 294
- Quarterly Review, The*, 358
- Queneau, Raymond, 305
- Rabelais, François, 294
- Racine, Jean, 294
- racismo, 215
- Rado, Alexander, 129
- Rajk, Laszlo, 183
- Ramelson, Bert, 247
- Ramelson, Marian, 247
- Ranki, George, 141
- Rassemblement Mondial des Etudiants (RME), 120-121
- Ravensbruck, campo de concentración, 70
- Raymond, Henri, 301-302
- Reagan, Ronald, presidente de Estados Unidos, 254
- Reed, John, 190
- Renn, Ludwig: *Krieg*, 60
- Renner, Karl, primer presidente de la segunda República austríaca, 161

- Renoir, Jean, 88, 293; *La regle du jeu*, 297
- Resistencia francesa, 33, 69, 134, 137, 191, 301-302, 304
- Revista Paraguaya de Sociología*, 337
- Revolución cubana, 216, 342
- revolución cultural de los sesenta, 244, 272
- Revolución de octubre, en Rusia, 22, 61-62, 67, 74, 125, 134, 186, 190, 204, 257
- Revolución francesa, 177, 266, 267, 294, 306
- Revolución industrial, 268
- Revolución mexicana, 342
- Ribar, Ivo (Lolo), 121
- Ricardo, David, economista, 318
- Richards, I. A., 95
- Robespierre, Maximilien de, 297
- Robinson, Joan, 120
- Robles, Miggy, 122
- Robson, R. W., 150
- rock, música, 212, 236
- Rockefeller Foundation, 331
- Rodríguez, Carlos Rafael, 239
- Roger, Richard, 304
- Rogers, Bill, 249
- Rolling Stone*, revista de rock, 362
- Rolling Stones, 236
- Roosevelt Jr., Jimmy, 358
- Roosevelt, Franklin D., 158, 162, 353, 371
- Rosenberg, Alexander, 40, 42
- Rosenberg, ejecución de los, 177
- Rosi, Francesco, 325 n.; *Salvatore Giuliano*, 317
- Rossellini, Roberto, 322
- Rostow, Walt: *The Stages of Economic Growth*, 354
- Roth, Joseph, 21
- Rothstein, Andrew, 136
- Rothstein, Theodore, 136
- Rousseau, Jean-Jacques, 10
- Rowbotham, Sheila: *Hidden from History*, 273; *Promise of a Dream*, 236, 241-242
- Rubensohn, «Tönchen», 61
- Rudé, George, 280; *El capitán Swing*, 280
- Rumania, 21, 262-263
- Runciman, Steven: *Las cruzadas*, 272
- Ruskin College, 200
- Russell, Bertrand, 179, 184, 219, 223-224, 226
- Russell, Ralph, 115, 334
- SA, fuerzas paramilitares de las, 76-78
- Sabaté, Francisco, guerrillero anarquista, 312
- Saint-Just, Louis Antoine Léon, 297
- Saint-Simon, duque de, 292
- Sala, Michele, 317-318
- Saltmarsh, John, 107
- Samuel, Raphael, 199-201, 213, 271
- San Francisco, 236, 361
- San Marcos de Lima, Universidad de, 345
- Sánchez Albornoz, Nicolás, 313
- São Paulo, 337-338, 343, 348
- Sarabhai, familia, 333-334
- Sartre, Jean-Paul, 298
- Saunders, Constance, 119
- Saville, John, 119, 195, 199
- Savio, Mario, 362
- Scanlon, Hugh, 247
- Scargill, Arthur, 248
- Schiffirin, André, 364, 369
- Schilfert, Gerhard, 142
- Schiller, Friedrich: *Guillermo Tell*, 28
- Schleicher, general, 57, 76
- Schlesinger, Arthur Jr., 112, 262, 353
- Schoenman, Ralph, 226
- Schönbrunn, Walter, 59-60
- Schroeder, Hans-Heinz, 63
- Schulkampf, Der*, periódico, 71, 74, 78
- Schumpeter, Joseph Alois, 10
- Schwarz, Walter, 223, 225, 229
- Science and Society*, revista marxista, 356
- Sczwarcz, Luis, editor, 229, 284
- Seaman, Muriel, primera esposa de E. H., 159, 169, 177, 333
- Searle, Ronald, 153, 168
- Seminarios de Salzburgo, 300
- Sen, Amartya, 178, 249, 257
- Sendero Luminoso, guerrillas del, en Perú, 242, 346
- Sereni, Emilio, 321
- Shakespeare, William, 294, 303, 365
- Shaw, Bernard: *Collected Plays*, 90
- Shelest, Alla, 188
- Sheppard, J. T., 107
- Sicilia, 317-318, 371
- Silkin, Sammy, 113
- Sillitoe, Alan, 209
- Simon, Emil, profesor, 61
- Simon, Hedi, 111
- Sindicato de Escritores, 68

- Sindicato Internacional de Estibadores y Almacenenistas (ILWU), 356-357
- Sindicato Nacional de Mineros, de Gran Bretaña, 247
- Siqueiros, David Alfaro, pintor mexicano, 240
- Skvorecky, Josef, escritor checo, 83
- Sling, Otto, 184
- Smith, Adam, 261
- Smith, Bessie, 83
- Smyth, Dame Ethel, feminista, 87
- Soboul, Albert («Marius»), 232
- socialismo, caída del, 257-259
- Sociedad de Historia Económica, 181, 286
- Sociedad Fabiana, 249
- Soegono, Satjadjit, 122
- Sombart, Werner, 262
- Sonabend, Yolanda, 286
- Soros, George, 285
- Sozialistischer Schülerbund (SSB), 68-71, 76, 78
- Spade, Sam, 357
- Spencer, David, 111
- Springhall, David, 385 n.11:3
- Sraffa, Piero, 178, 319, 321, 324
- SS, fuerzas de las, 77
- St. Marylebone Grammar School, 93-96
- Stalin, Josef, 82, 97, 121, 129, 131, 134, 137-138, 143, 156, 158, 162, 182-183, 185, 187, 192-193, 195, 200, 236, 265, 295, 302, 316, 353; *Historia del PCUS (b): Breve Curso*, 182
- Stanford, Universidad de, 278, 354
- Stasi, policía secreta de la RDA, 68, 143-144
- Stern Gang, organización terrorista palestina judía, 301
- Stiglitz, Joseph, 257
- Stone, Lawrence, 217
- Stoppard, Tom: *Travesties*, 14
- Storia del Marxismo*, 138, 281, 320
- Strachey, familia, 224
- Strachey, John, 224
- Straight, Michael, 102, 111
- Strasser, Gregor, 28, 76
- Strindberg, August, 163
- Stroessner, Alfredo, general paraguayo, 337
- Sudáfrica, 257
- Suecia, 199
- Suez, crisis de (1956), 194
- Suiza, 295
- Sweezy, Paul, 238
- Swift, Jonathan, 251
- Sylvester, David, crítico de arte, 369
- Syngé, R. L. M., 105
- Szamuely, Tibor, 139-140
- Szana, Alexander, doctor, 20, 28, 47
- Taiwán, 281
- «Taller de Historia», movimiento, 272-273
- Talmon, J. L., 176-177
- Tarragona, 314
- Tawney, R. H., 114 n.
- Taylor, Charles, filósofo canadiense, 199
- Tel Aviv, 69
- Tennyson, Alfred, poeta, 179
- Tercer Mundo, 12, 238, 243, 282, 331-350
- Terkel, Studs, 364, 365
- Thälmann, Ernst, 63, 75
- Thatcher, Margaret, 247-248, 253-254, 256
- Thomas, Hugh, 313
- Thomas, R. S., 222, 227-228
- Thompson, Dorothy, 223
- Thompson, Edward P., 97, 182, 195, 199, 201, 223, 229, 245; *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 201-202, 282
- Thompson, Frank, 182
- Thompson, J. J., físico, 109
- Tito, Josip Broz, mariscal, 121, 182, 191
- Tocqueville, Alexis de, 234, 368; *Democracia en América*, 366
- Togliatti, Palmiro, presidente del PCI, 72 n., 126, 192, 316, 319, 321, 324
- Torres, padre Camilo, 340
- Touraine, Alain, 234
- Traven, B., 57
- Trentin, Bruno, 318, 321
- Tribune*, periódico, 251
- Trinity College, 104, 318
- Trotsky, Lev Davidovich Bronstein, 22, 240
- Truman, Harry S., 192
- Túnez, 118, 302, 335
- Turing, Alan, 109
- Turquía, 29, 242, 245, 276, 283
- Tynan, Ken, 214, 216, 361
- Ucrania, 263
- Uhlman, Fred, 63

- UNESCO, 231-232
- Unger, Wolfgang, 59
- Unión, de Cambridge, la, 111
- Unión, de Oxford, la, 113, 237
- Unión Soviética, 62, 67, 75-76, 82, 125, 130, 134-135, 138-139, 167, 172, 175, 191, 204, 215, 265-269; caída de la, 257-259; desestalinización de, 187, 190, 198; en la posguerra, 172, 187-189; en la segunda guerra mundial, 125, 156-157; servicios de inteligencia, 53, 101-102, 129; y la guerra fría, 183-186, 215; *véase también* Guerra Fría; Partido Comunista de la Unión Soviética; Revolución de octubre; Stalin
- UNITA de Angola, 258
- Unità, L'*, periódico del PCI, 320, 327
- Universal Films, 41, 57, 289, 309
- Universidad de Belgrado, 121
- Universities and Left Review*, 199-200
- Vailland, Roger, novelista, 301-302
- Varela, Juan de la Cruz, 341
- Vaticano, finanzas del, 327
- velada con Karl Marx, Una*, programa de televisión de la RAI, 327-328
- Velasco Alvarado, general peruano, 345
- Veliz, Claudio, 346
- Venezuela, 331
- Vernant, J. P., filólogo, 191
- Versalles, Tratado de, 62, 379
- Vicens Vives, Jaume, 266
- Vichy, gobierno de, 304
- Vickers, J. O. N., «Mouse», 148
- Viena, 15-16, 19-33, 137
- Vietnam, 134; guerra de, 235-236, 238, 345
- Vilar, Pierre, 266
- Villari, Rosario y Anna Rosa, 321, 327
- Villarroel, Gualberto, 331
- Visconti, Luchino, 322
- Vishinsky, fiscal estalinista, 158
- Voltaire, François-Marie Arouet, 294
- Vossische Zeitung*, periódico, 56, 75, 161, 291
- Wall Street, hundimiento de, 55
- Wallich, Walter, 179
- Warhol, Andy, 369
- Watt, Ian, 152-153
- Wayne, Philip, 94
- Webb, Kaye, 153, 168
- Webb, Sidney y Beatrice, 114 n.
- Weber, Max, 262, 267
- Wedderburn, Dorothy, 225, 229
- Wegener, Alfred, 58
- Weidenfeld, George, 176, 280
- Weimar, República de, 51-66, 75, 78, 204
- Wells, H. G., 57
- Wesker, Arnold: *Sopa de pollo con cebada*, 194
- West, Alick, 207
- White, Archie, coronel, 157
- Whitehead, 179
- Wiemer, Ernst, 63
- Wiener Tagebuch*, publicación mensual, 138
- Wilbraham, Marion, 184
- Wilkinson, Patrick, 109
- Williams, Gwyn Alf, historiador, 272
- Williams, Raymond, 97, 149, 202-203, 254
- Williams, Rupert Crawshaw, 224
- Williams, Shirley, 249
- Williams-Ellis, Amabel, 224, 229
- Williams-Ellis, Clough, 219-230
- Wilson, Harold, 246-247, 251
- Wintour, Charles, 112
- Wittenberg, Gerhard, 67, 79
- Wittgenstein, Ludwig, 43, 111, 179
- Wittkower, Rudolf, 217
- Wolf, Markus, jefe del espionaje de la RDA, 144
- Wolfheim, Walter, 71
- Yeltsin, Boris, 257
- Yugoslavia comunista, 121, 182
- Zangheri, Renato, 321
- Zeitung, Die*, semanario, 13, 160
- Zweig, Arnold, 57

LISTA DE ILUSTRACIONES

Los agradecimientos por las imágenes fotográficas aparecen entre paréntesis.

1. Mimi, Nelly y Gretl Grün.
2. Percy, Ernest y Sidney Hobsbaum.
3. Nelly y Percy Hobsbaum.
4. Tía Gretl.
5. Mamá, Nancy, mi primo Peter y E. H.
6. De acampada con Ronnie Hobsbaum.
7. Fotografía de fin de curso en el Prinz-Heinrichs-Gymnasium.
8. El gobierno del Frente Popular celebra el Día de la Bastilla.
9. Conferencia mundial de Estudiantes, París, 1937.
10. James Klugmann con los delegados a la Asamblea del Congreso Mundial de Estudiantes, París, 1939.
11. John Cornford.
12. Delegación de historiadores británicos comunistas en Moscú, 1954.
13. Visita a Zagorsk del grupo de historiadores británicos.
14. E. H. en Roma, 1958.
15. Tarta de cumpleaños: ochenta años, Génova, 1997.
16. Trafalgar Square, 1961: titulares del *Daily Herald* (*Daily Herald*).
17. Trafalgar Square, 1961: E. H. entre los policías (*Daily Herald*).
18. Marlene y E. H. (Enzo Crea).
19. E. H. antes de la era de los ordenadores.
20. George Eisler.
21. Pierre Bourdieu.
22. Ralph Gleason.
23. Clemens Heller.
24. E. H. con el presidente Cardoso de Brasil.
25. Hortensia Allende.
26. E. H. durante una conferencia en México.
27. E. H. en una vista panorámica de Llyn Arddy, Gales.
28. En Gwenddwr, Powys.
29. Markus Wolf y E. H.
30. Un viejo historiador (Giuliano Ben Vignú).

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
1. Introducción	13
2. Un niño en Viena	19
3. Tiempos difíciles.	35
4. Berlín: la muerte de la República de Weimar	51
5. Berlín: marrón y roja	67
6. En Inglaterra	81
7. Cambridge.	101
8. Contra el fascismo y la guerra.	113
9. Ser comunista.	125
10. La guerra	147
11. La Guerra Fría	167
12. Los días de Stalin y su legado.	187
13. Entre dos aguas	207
14. Bajo Cnicht	219
15. La década de los sesenta	231
16. Un observador político	245
17. Entre los historiadores	261
18. En el mundo de la globalización	275
19. La Marsellesa.	289
20. De Franco a Berlusconi.	309
21. El Tercer Mundo.	331
22. De F. D. Roosevelt a Bush.	351
23. Coda	373
<i>Notas</i>	381
<i>Índice alfabético</i>	393
<i>Lista de ilustraciones</i>	409

FEB

2004

BIBLIOTECA ERIC HOBBSBAM

La era de la revolución, 1789-1848

La era del capital, 1848-1875

La era del imperio, 1875-1914

Historia del siglo xx

Entrevista sobre el siglo xxi

Trabajadores

Estudios de historia de la clase obrera

El mundo del trabajo

Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera

Gente poco corriente

Los ecos de la Marsellesa

Revolucionarios

Bandidos

Rebeldes primitivos

Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos xix y xx

Naciones y nacionalismo desde 1780

La invención de la tradición

(con Terence Ranger)

Sobre la historia

Política para una izquierda racional

A la zaga

Decadencia y fracaso de las vanguardias del siglo xx

Industria e imperio

Historia de Gran Bretaña desde 1750 hasta nuestros días

Eric Hobsbawm es, en palabras de Orlando Figes, «el historiador vivo más conocido del mundo». Nacido en 1917 en Alejandría, pasó su niñez en la Viena posterior a la Gran Guerra, su adolescencia en Berlín, donde fue testigo de la llegada de Hitler, su juventud en Londres y en Cambridge, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, donde fue profesor de la Universidad de Londres hasta 1945, y finalmente de la New School Research de Nueva York. La riqueza de la experiencia vivida y su inmensa curiosidad intelectual son los pilares de esta autobiografía apasionante, memoria del siglo más terrible y extraordinario de la historia de la humanidad. Políglota, cosmopolita, historiador riguroso pero dotado de una gran fuerza imaginativa, sentido del humor y talento literario, Hobsbawm nos lleva en este libro desde el corazón mismo de Europa hasta Estados Unidos (que empezó a apreciar gracias a su pasión por el jazz), a América Latina (donde fue intérprete del Che Guevara), a la India y al Lejano Oriente, siempre al paso de su firme compromiso con la causa del socialismo, para entregarnos una aproximación genial a la historia del siglo XX, a sus guerras y a sus batallas ideológicas, a sus éxitos y a sus fracasos, a los poderosos y a los débiles, a los grandes hombres y a la gente corriente, con una lucidez y un coraje que hacen de estas memorias un documento histórico y humano de proporciones gigantescas.

«Las cualidades de este libro son tales que es casi imposible leerlo sin relacionarlo enseguida con su obra de historiador. Nos encontramos con una especie de quinto volumen [los otros cuatro son sus “Eras”], escrito en un registro más personal, de un proyecto continuo que podría llamarse simplemente “la Era de EJH”.» (Perry Anderson.)

«Hobsbawm posee una mente extraordinariamente fértil y una rara capacidad para acuñar y divulgar nuevos conceptos que dejan una marca permanente en la historiografía [...] La inteligencia de Hobsbawm aplicada a la historia no tiene igual.» (Sir Keith Thomas.)

CENTRAL LIBRARY
1015 N. Quincy Street
Arlington, VA 22201

ARLINGTON VA PUBLIC LIBRARY



29 941 597

MAR 13 2004

APR 30 2004

JUN - 1 2004

R 6/22/04

NOV 16 2006

MAY 16 2009

WITHDRAWN



9 789879 317136